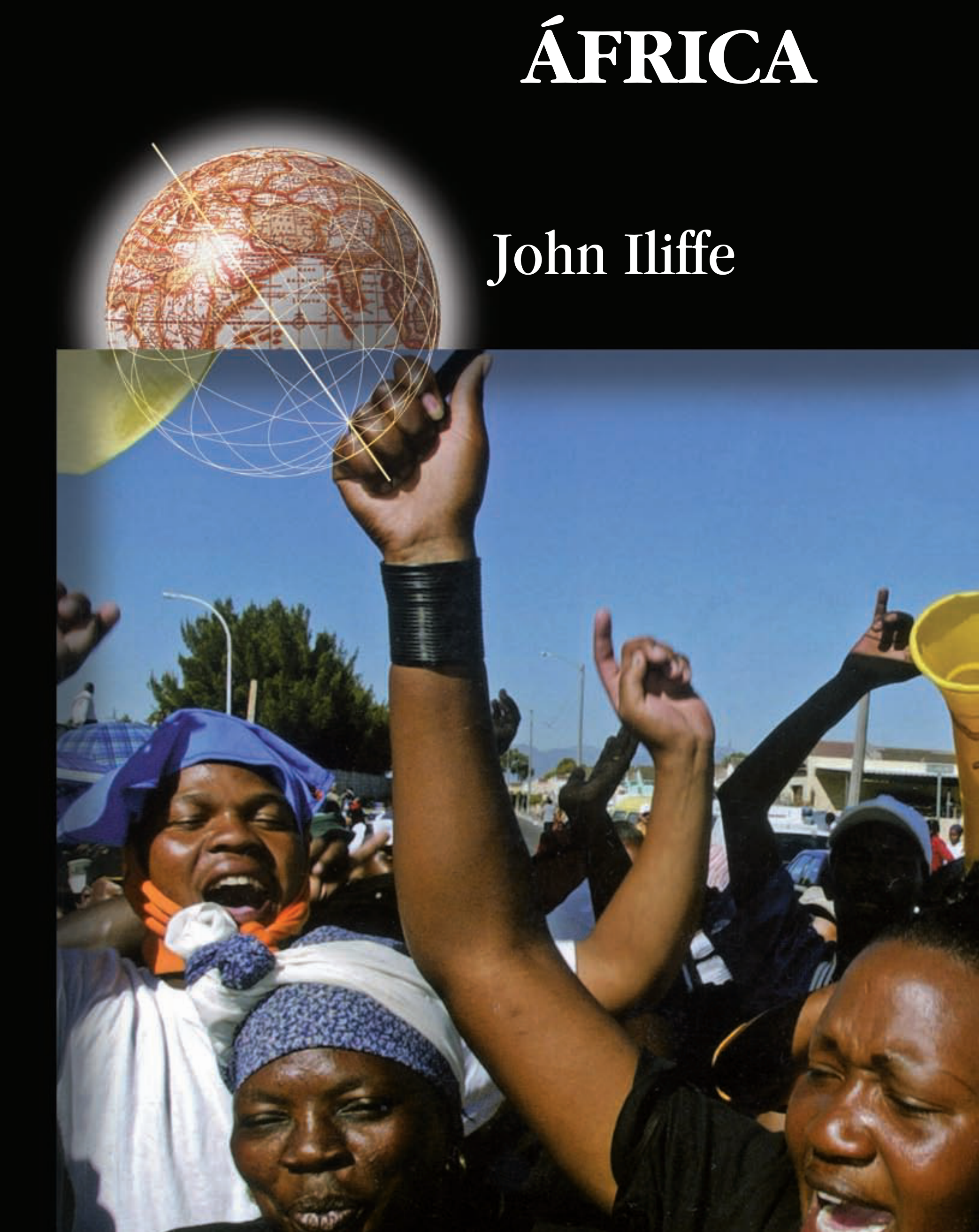
AKAL

2.ª EDICIÓN

HISTORIA DE UN CONTINENTE
ÁFRICA

John Iliffe



AKAL / Historia



Diseño interior y cubierta: RAG

Título original:
Africans. The history of a continent. Second Edition

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid – España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN: 978-84-460-3775-0

Depósito legal: M-5.297-2013

Impreso en Marbán Libros, S. L.
Villanueva de la Cañada (Madrid)

África.
Historia de un continente

JOHN ILIFFE

★

Versión castellana de María Barberán

Actualización para la segunda edición de
Sandra Chaparro Martínez



En recuerdo de
Charles Ross Iliffe y
Joy Josephine Iliffe

Prefacio a la segunda edición

Fue David Fieldhouse quien sugirió la idea de escribir este libro. Yo lo he escrito y, al hacerlo, me alejaba mucho de mis experiencias anteriores en el campo de la historia basada en fuentes escritas. La culpa es de John Sutton, el primero en captar mi interés por la prehistoria africana de la que hablaba en unas conferencias pronunciadas en Dar es-Salam. David Phillipson tuvo la amabilidad de leer y comentar un borrador que también leyó, por cierto, John Lonsdale, de quien he aprendido tanto. John Alexandre y Timothy Insoll me proporcionaron la bibliografía necesaria. En esta segunda edición he añadido un capítulo más para actualizar la información ofrecida en la primera edición de 1995 hasta el año 2006. También he revisado exhaustivamente los capítulos sobre la prehistoria y el tráfico de esclavos en el Atlántico. He puesto al día el resto de forma más superficial para recoger las nuevas teorías sobre diversos periodos cronológicos. Cualquier error que este libro pudiera contener es sólo mío.

John Iliffe

1
Los pioneros de la humanidad

La liberación de su continente ha hecho de la segunda mitad del siglo XX un periodo triunfante para los pueblos de África, pero cuando a finales de siglo seguían sin verse los frutos de la independencia, el triunfo se trocó en desilusión. Ello nos permite reflexionar sobre el lugar que ocupan los problemas contemporáneos en la larga historia del continente. Tal es el propósito de este libro. Es una historia general de África, desde los orígenes de la humanidad hasta los tiempos presentes, pero ha sido escrita teniendo en cuenta la situación contemporánea, lo que explica el esquema de fondo.

Los africanos fueron y son pioneros que colonizaron una región especialmente hostil del mundo en nombre de todo el género humano; esa ha sido su principal aportación a la historia. Por ello son dignos de admiración, apoyo y detenido estudio. Los grandes problemas de la historia africana son: cómo poblar el continente, cómo convivir con la naturaleza, cómo lograr la fundación de sociedades duraderas y cómo defenderse de las agresiones de pueblos procedentes de regiones más favorecidas. Como dice un proverbio de Malaui: «Las personas hacen el mundo; el bosque tiene heridas y cicatrices». Este libro trata del núcleo del pasado africano: una singular historia de colonización del continente que vincula a los seres humanos más antiguos a sus descendientes en un único relato.

El relato comienza con la evolución de la especie humana en África oriental y meridional, desde donde se dispersó para colonizar el continente y el planeta, adaptándose a los nuevos entornos y especializándose hasta que fueron surgiendo diversos grupos raciales y lingüísticos. La adquisición de conocimientos en torno a la producción de alimentos y el aprovechamiento de los metales llevó a la creación de núcleos de población que fueron surgiendo muy lentamente ya que, salvo en Egipto y otras regiones favorecidas, las viejas rocas de África, sus

pobres tierras, sus erráticas lluvias, sus abundantes insectos y el número inusualmente alto de enfermedades, configuraban un entorno sumamente hostil para las comunidades agrícolas. De modo que, hasta bien entrado el siglo XX, África fue un continente subpoblado en el que lo crucial era incrementar la demografía y colonizar tierras. Sus sistemas agrícolas eran variables, pensados para adaptarse a su entorno más que para transformarlo, y evitar la extinción a causa de las malas cosechas. Las ideologías se centraban en la fertilidad y la defensa de la civilización frente a la naturaleza. Su organización social también buscaba incrementar la fertilidad, en especial mediante la poligamia, lo que hizo de los conflictos generacionales una dinámica histórica más importante que los conflictos de clase. Poblaciones escasas con abundantes tierras expresaban la diferenciación social mediante su autoridad sobre las personas, la posesión de metales preciosos y la propiedad de rebaños donde el entorno lo permitía, en especial en el este y el sur. La dispersión de los asentamientos y las grandes distancias dificultaban el transporte, limitaban los excedentes que los más poderosos pudieran producir, impedían el surgimiento de elites cultivadas e instituciones formales, dejaban al agricultor mucha libertad y obstaculizaban la formación de organizaciones políticas complejas, a pesar de que los dirigentes no dejaban de pensar en la forma de obtener la lealtad del resto de los hombres.

En principio, estos problemas no afectaron a África del Norte, pues el Sáhara la aisló del grueso del continente hasta finales del primer milenio d.C., cuando su economía en expansión y el islam cruzaron el desierto, y los norteafricanos empezaron a negociar con oro y esclavos de la red comercial indígena de África occidental, estableciendo conexiones marítimas con el África oriental y central. Pero este desarrollo histórico se vio abortado por una catástrofe demográfica: la Peste Negra, que supuso casi cinco siglos de decadencia para África del Norte.

En cambio, en la mayor parte de África tropical, el primer contacto importante con el mundo exterior se produjo a través del comercio de esclavos: por una brutal ironía, un continente infrapoblado exportaba personas a cambio de bienes con los que las elites intentaban incrementar sus séquitos personales. La esclavitud probablemente frenara el crecimiento de la población durante dos siglos críticos, pero proporcionó a los africanos mayor resistencia frente a las enfermedades europeas, de modo que, cuando a finales del siglo XIX tuvo lugar la conquista

colonial, sus consecuencias demográficas, aunque graves, fueron menos catastróficas que en otros continentes más aislados. Las sociedades africanas se resistieron al gobierno europeo con un vigor inusitado que hizo que a los gobernantes coloniales les costara tanto construir Estados como a sus antecesores africanos. Pero los europeos aportaron innovaciones vitales: el transporte mecanizado, la alfabetización generalizada y, sobre todo, adelantos médicos que, en sociedades organizadas para incrementar la población, impulsaron un crecimiento demográfico a una escala y velocidad únicas en la historia de la humanidad. Un incremento que supuso el hundimiento del gobierno colonial, la desaparición del *apartheid* y la inestabilidad de los nuevos regímenes africanos, erigiéndose en uno de los principales factores de la crisis de finales del siglo XX.

La población no fue uno de los grandes problemas históricos sólo en África. El eje central de la historia de las comunidades agrícolas es la historia del poblamiento del territorio. Los pioneros fueron los principales actores de la historia en la Europa medieval y en Rusia, en China y en las Américas. Tendremos que reescribir la historia moderna de todos los países del Tercer Mundo teniendo en cuenta el crecimiento demográfico. Pero en África se daban circunstancias únicas. Su entorno era excepcionalmente hostil, porque la evolución de los seres humanos en África implica que sus parásitos también se desarrollaron con excepcional profusión y variedad. Mientras que los rusos, los chinos y los americanos colonizaron extendiendo fronteras en línea recta y difundieron culturas formadas en núcleos de población densos, la colonización de África fue mucho más local, mucho más fragmentada, lo que dio lugar, sobre todo, a culturas de frontera. A modo de ejemplo podemos decir que Egipto no supo exportar su cultura al resto del continente como lo hiciera la India por el valle del Ganges.

África poseía una rica tradición cultural ligada a la tierra, aun cuando la tierra era escasa; India tenía un vínculo escaso con la tierra, siendo así que esta última era abundante.

Y, lo más importante de todo, el poblamiento de África se llevó a cabo en estrecha relación con el eje euroasiático del Mundo Antiguo. Este será el primer subtema de este libro. Hasta que el cambio climático hizo del Sáhara un desierto durante el tercer milenio a.C., África ocupaba su lugar en el Mundo Antiguo. Desde entonces, el África subsahariana se vio parcialmente aislada. Estaba más aislada que franjas



Mapa 1. Principales rasgos geográficos.

como Escandinavia o el Sudeste Asiático, que fueron adoptando gradualmente culturas euroasiáticas. Pero estaba menos aislada que las Américas, que crearon culturas propias totalmente ajenas a la tecnología del hierro, los animales domésticos y las enfermedades, las relacio-

nes comerciales, las religiones y la alfabetización que afectaron al África subsahariana en mayor o menor medida debido a su contacto con el eje euroasiático. El aislamiento parcial dotó a esos fenómenos culturales de formas específicamente africanas. La integración parcial suponía que los africanos podrían seguir integrándose, como demuestran su receptividad al cristianismo y al islam y su desdichada aquiescencia a la exportación de esclavos, toda vez que los mismos esclavos cobraban valor al poseer una inigualable resistencia tanto a las enfermedades euroasiáticas como a las tropicales.

El comercio de esclavos también aclara otro punto. El sufrimiento ha sido un elemento fundamental en la experiencia de los africanos, ya fuera a causa de su ardua lucha contra la naturaleza o de la crueldad de los hombres. Los africanos crearon sus propias defensas ideológicas contra el sufrimiento. La preocupación por la salud, por ejemplo, probablemente se manifestara en mayor medida en sus ideologías que en las de otros continentes. Pero, por lo general, afrontaron el sufrimiento de manera resuelta, valorando la resistencia y el coraje por encima de todas las demás virtudes. Para la gente común, esas cualidades eran cuestión de honor, mientras que las elites desarrollaron códigos más complejos. En general, los historiadores no han tenido en cuenta las nociones de honor que con frecuencia motivaron a los africanos en el pasado, y que siguen siendo esenciales para comprender su comportamiento político actual. Devolverlas al lugar que les corresponde en la historia de África es otro de los propósitos de este libro.

Desde el inicio de los estudios científicos serios, en la década de 1950, se han publicado varias historias generales de África. Las primeras hacían hincapié en la formación de Estados y la resistencia a la dominación extranjera. Una segunda generación de historiadores se centró, decepcionada, en los intercambios comerciales, la integración en la economía mundial y el subdesarrollo. En los trabajos más recientes se analizan cuestiones medioambientales y sociales. Todos estos enfoques han contribuido a mejorar nuestros conocimientos y nos han permitido apreciar la diversidad de África. De todos ellos me he servido para redactar el presente trabajo, pero siempre en el marco específico de la historia del poblamiento de África. No pretendo demostrar que la demografía haya sido el principal motor de cambio histórico en África; algo sólo comprobado respecto de la segunda mitad del siglo XX. El cambio poblacional no es una fuerza autónoma, sino que es el fruto de

otros procesos históricos y, sobre todo, de la voluntad humana. De ahí que sea un indicador sensible al cambio, el punto en el que la dinámica histórica se encarna en un resultado que no depende sólo de las acciones de las elites (como la política), ni de un nivel superficial de actividad económica (como el intercambio mercantil), sino asimismo de las circunstancias y los preocupaciones más básicas de la gente corriente. Tampoco he centrado mi interés en las cuestiones de poblamiento influido por los planteamientos de finales del siglo XX, ni pretendo hacer campaña a favor del control de la natalidad. Creo que el cambio poblacional es lo que explica y da continuidad a los diferentes periodos y niveles de la historia de África.

La elección de este tema supone agotar las fuentes para la historia de África, y puede que no baste. Salvo en ciertas regiones privilegiadas, apenas existen datos demográficos fidedignos anteriores a la Segunda Guerra Mundial. La historia general del siglo XX se basa principalmente en fuentes escritas y en las técnicas habituales de los historiadores. En Egipto, los materiales escritos se remontan más allá del año 3000 a.C.; las primeras referencias árabes a África occidental son del siglo VIII d.C. Pero carecemos de testimonios escritos anteriores al siglo XX en ciertas zonas de África ecuatorial. De ahí que el conocimiento del pasado haya de basarse principalmente en la arqueología, que ha realizado avances espectaculares en la segunda mitad del siglo XX sobre todo en lo relativo a los métodos geofísicos de datación mediante el carbono 14 y otras técnicas avanzadas. Pero las excavaciones arqueológicas son tan complejas y caras que muchas zonas del pasado africano siguen siendo una incógnita. Podemos completar nuestros estudios con el análisis de las lenguas, el folclore, las tradiciones orales, los materiales etnográficos, el arte y los datos biológicos extraídos de cuerpos humanos. Todos estos elementos han contribuido a mejorar nuestro entendimiento del pasado, pero no pueden reemplazar a una investigación arqueológica todavía por realizar. Uno de los grandes atractivos de la historia de África es lo mucho que hay oculto en su subsuelo.

2
El surgimiento de las comunidades productoras de alimentos

La evolución humana

África es inmensamente vieja. En su centro se erige una meseta rocosa de entre 3.600 y 500 millones de años de antigüedad, rica en minerales pero poco apta para el cultivo. A diferencia de lo que ocurre en otros continentes, ha habido pocos plegamientos rocosos, de ahí que no se hayan formado cadenas montañosas que, a su vez, pudieran afectar al clima. Por lo tanto, las franjas laterales de temperatura, pluviometría y vegetación se van ensanchando de manera regular desde el Ecuador hacia el norte y el sur. De la selva tropical se pasa a la sabana, y de ahí al desierto, que linda con las zonas de lluvias invernales y clima mediterráneo de las franjas septentrional y meridional del continente. La gran excepción es el este, donde las fallas y la actividad volcánica crearon, hace entre 23 y 5 millones de años, hondos valles y zonas altas en las franjas climáticas laterales.

Este contraste entre el África occidental y oriental ha determinado la historia del continente hasta nuestros días. En época primitiva, las grandes variaciones de altitud dieron lugar, en el gran valle del Rift del este de África, a diversos entornos naturales que los seres vivos aprovecharon para sobrevivir a las fluctuaciones climáticas asociadas en los demás continentes a la Era Glacial. La actividad volcánica y la consiguiente erosión de rocas jóvenes y blandas en África oriental son de gran ayuda para el descubrimiento y la datación de restos prehistóricos. Lo que no implica que los primeros seres humanos evolucionaran sólo en África oriental. Lo cierto es que los registros más antiguos que conservamos proceden de África occidental y aún estamos intentando construir un relato coherente comparando cada pieza ósea hallada con la información genética suministrada por las poblaciones actuales. La historia empieza hace unos seis o cuatro millones de años, cuando los

homínidos (antepasados de los hombres) siguieron una evolución diferente a la de sus parientes animales más cercanos, los antepasados de los chimpancés. En el año 2001, un estudiante africano que excavaba en las inmediaciones del antiguo lago Chad descubrió el cráneo del primer homínido conocido: el *Sahelantropus tchadensis.* Esta criatura parece haber vivido hace seis o siete millones de años, andaba erecta y, si bien tenía otras características de los homínidos, el tamaño de su cerebro seguía siendo el de un chimpancé[1]. Los restos hallados en el este y sur de África confirman que, a lo largo de los siguientes cinco millones de años, surgió otra variedad de homínido, el australopitécido, que se alimentaba principalmente de vegetales y poseía un esqueleto facial de grandes proporciones pero un cerebro pequeño. Es probable que trepase a los árboles, aunque también podía andar erguido, como demuestran huellas, asombrosamente conservadas desde hace más de tres millones y medio de años en los lechos de cenizas volcánicas de Laetoli (Tanzania).

Los australopitécidos se acabaron extinguiendo. Creemos que el hombre desciende, bien de australopitécidos de constitución poco robusta, bien de un antepasado común a ambos. El uso de piedras talladas para cortar fue clave en su evolución. Hemos encontrado este tipo de herramienta primitiva en los valles de Etiopía, Kenia y Tanzania y al datarlas hemos descubierto que tienen unos 2,6 millones de años de antigüedad. Se las relaciona con los restos de unos homínidos denominados *Homo habilis* a los que hay quien considera directamente emparentados con los seres humanos, si bien otros investigadores opinan que, al igual que los australopitécidos, son meros humanoides[2].

Los yacimientos arqueológicos revelan que hace unos 1,8 millones de años apareció una criatura más evolucionada, el *Homo ergaster* (cuyo nombre deriva del término griego «trabajador»), que sobrevivió durante más de un millón de años, evolucionando apenas. Su estatura correspondía a la de los humanos actuales, estaba dotado de un cerebro mayor y más complejo y había adoptado una postura más cómoda para andar erecto. Estos homínidos vivían en los bosques,

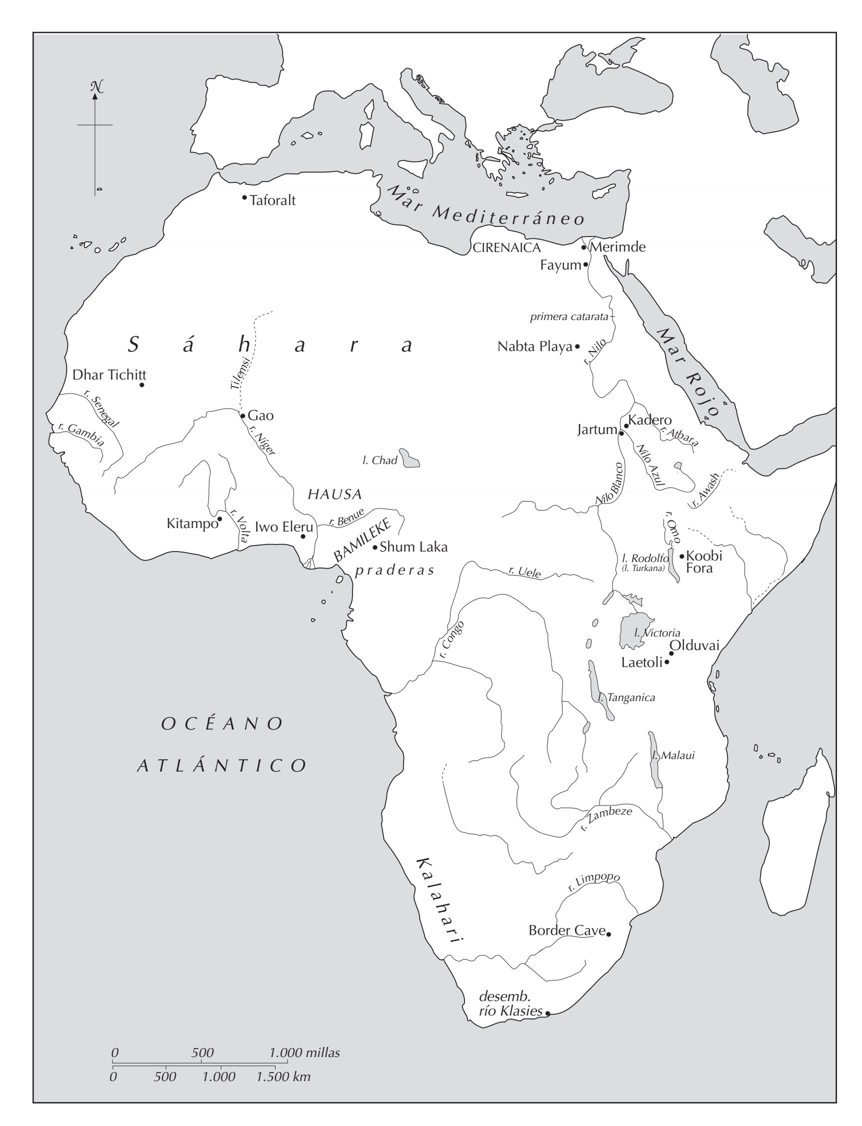
---

[1] M. Brunet *et al., «* A new Hominid from the Upper Miovene of Chad, Central Africa», *Nature* 418 (2002), pp. 145-151; Zollikofer *et al.,* «Virtual Cranial Reconstruction of *Sahelanthropus tchadensis», Nature* 434 (2005), pp. 755-759.

[2] N. B. Wood y M. Collard, «The Human genus», *Science* 284 (1999), pp. 65-71.

probablemente supieran hacer fuego y ya eran capaces de fabricar utensilios de piedra más complejos, como hachas: los principales útiles humanos de material duradero hasta hace unos 250.000 años. Los restos más antiguos de *Homo ergaster* y de hachas de mano proceden de los yacimientos a orillas de los lagos de África oriental y otras partes del continente; por lo general se encuentran cerca de charcas y rara vez en la selva tropical. También hemos hallado restos de estos homínidos en Eurasia. Cada continente del Mundo Antiguo se convirtió en un núcleo autónomo de evolución. Europa vio nacer a los Neanderthal, dotados de un cerebro de tamaño parecido al del hombre actual, mientras que la variante anatómica etíope, y probablemente la asiática, fue evolucionando gradualmente, hace unos 600.000 mil años, hacia el hombre moderno. Los restos más antiguos que conservamos proceden del valle de Awash, tienen unos 160.000 años de antigüedad y los cráneos muestran rasgos arcaicos. Contamos con restos más recientes procedentes del este y sur de África. En torno a esas fechas observamos no sólo una evolución física, sino asimismo cambios en la tecnología y la cultura: las hachas de mano fueron sustituidas por utensilios de piedra más pequeños y variados, más útiles en nuevos entornos. Hay especialistas que atribuyen estas variaciones a la necesidad de adaptarse a un cambio climático que tuvo lugar hace unos 600.000 años, debido a modificaciones en la distancia y el ángulo de rotación de la tierra en relación al sol, obligando a los seres vivos a adaptarse a cambios drásticos de temperatura y fuertes lluvias.

En este punto, el estudio de la evolución del hombre se solapa con la investigación en torno a la composición genética de las poblaciones actuales. El ADN (ácido desoxirribonucleico) mitocondrial, un elemento que transmite las características hereditarias, posee la particularidad de transmitirse exclusivamente (o casi) por vía materna, permitiéndonos rastrearlo, generación tras generación, al margen de las complicaciones planteadas por una herencia mixta, fruto de ambos progenitores. Además, se cree que el ADN mitocondrial experimenta pequeños cambios con relativa frecuencia y a un ritmo bastante regular. Por consiguiente, los científicos se han atrevido a cotejar el ADN hallado en las excavaciones con el de la población actual para determinar ese punto del pasado en el que todos los seres humanos compartieron un mismo y único antepasado femenino.



Mapa 2. El surgimiento de las comunidades productoras de alimentos.

Aunque existe cierta controversia, los especialistas más acreditados fijan el momento en una horquilla de entre 140.000 y 290.000 años, un periodo en el que ya encontramos fósiles que demuestran la existencia de seres humanos anatómicamente modernos. Estos ancestros de los humanos se dispersaron por todo el continente africano que,

según el ADN mitocondrial, cuenta con los linajes supervivientes más antiguos. Me refiero sobre todo a los san (los «bosquimanos») que viven en África austral y a los pigmeos biaka de la moderna República Centroafricana. Hace unos 100.000 años, algunos de estos pueblos anatómicamente modernos de África oriental se asentaron brevemente en Oriente Medio, pero parece ser que no llegaron a establecerse allí permanentemente. Es la única excepción que conocemos, todo lo demás indica que permanecieron en el continente africano durante unos 100.000 años ocupándolo entero desde el este, su punto de origen. Oleadas migratorias posteriores los llevaron hasta Asia y Europa hace unos 40.000 años, cuando empezaron a integrar o a reemplazar por todo el mundo a los homínidos anteriores[3].

Una segunda línea de investigación genética ha confirmado los resultados de las pruebas aportadas por los fósiles y el ADN mitocondrial a favor de una teoría que podríamos denominar «teoría de las migraciones africanas». El cromosoma Y, que determina el sexo masculino, sólo se hereda del padre y también podemos rastrear sus orígenes hasta un antepasado común que, se cree, vivió hace unos 150.000 o 100.000 años. Los africanos ostentan las líneas cromosómicas más antiguas, sobre todo los san, los etíopes y otros antiguos grupos de África oriental. Tras un largo periodo de diferenciación, los rasgos genéticos de estos grupos se difunden por todo el continente antes de aparecer más allá de sus fronteras. Todos los varones, aunque no vivan en África, muestran una mutación en sus cromosomas que supuestamente afectó a un ancestro africano hace un máximo de 90.000 y un mínimo de 30.000 años[4].

Si asumimos que los pueblos anatómicamente modernos surgieron en África y poblaron el mundo desde allí, tenemos que identificar y explicar ese cambio y sus ventajas en relación a otros homínidos. Algunos especialistas sospechan que el cambio fundamental, que tal vez afectara al funcionamiento cerebral, tuvo lugar en el periodo de

[3] Véase P. Foster, «Ice Cages and the Mitochondrial DNA chronology of Human Dispersals: A Review», *Philosophical Transactions of the Royal Society of London* B, 359 (2004), pp. 255-264; A. Trinkaus, «Early Modern Humans», *Annual Review of Anthropology* 34 (2005), pp. 207-230.

[4] Véase P. Hill *et al.,* «The Philopaleography of Chormosome Binary Haplotypes and the Origins of Modern Human Population», *Annals of Human Genetics* 65 (2001), pp. 43-62.

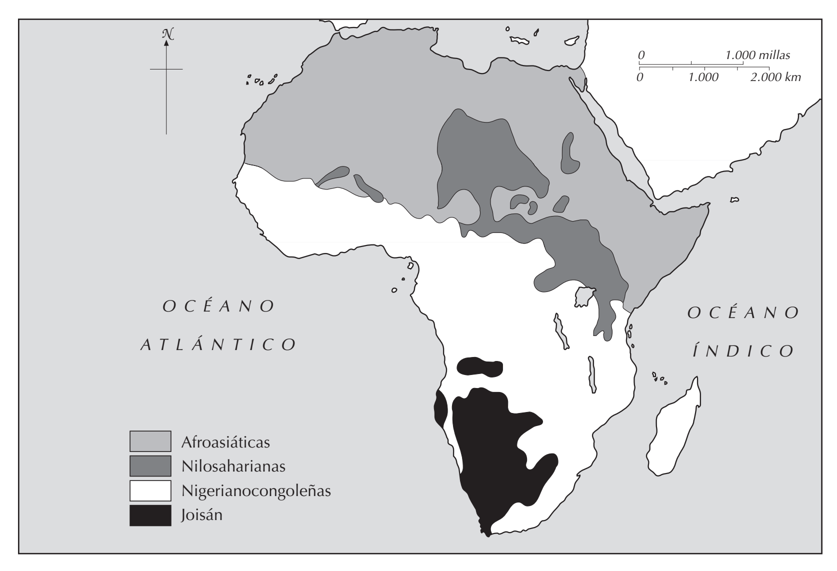
expansión, hace unos 60.000 o 40.000 años. La mayoría se inclina por una acumulación de cambios menores a lo largo de un larguísimo periodo de unos 300.000 años. Sabemos que el hombre anatómicamente moderno fue perfeccionando sus utensilios líticos y reemplazando las pesadas hachas de mano por instrumentos más pequeños y pensados para tareas concretas. Fijaban lascas muy afiladas (microlitos) en varas o mangos. A veces, los materiales necesarios para su fabricación procedían de zonas situadas a una distancia de cientos de kilómetros y los productos acabados muestran estilos regionales muy diferentes. El más conocido es el de Howieson Poort, surgido en África austral hace unos 80.000 o 60.000 años. Los primeros utensilios microlíticos estaban hechos de piedra de grano fino que traían desde grandes distancias. Si bien no hay unanimidad en las fechas, los primeros útiles de hueso hacen su aparición en la misma época, sobre todo en forma de arpones, usados para pescar en el río Semliki del este del Congo, y de puntas de flecha, como las halladas en Blombos Cave, en la costa sur de Sudáfrica. Los recursos marinos fueron los primeros en ser explotados, hace ya unos 100.000 años, sobre todo en Eritrea y África del Sur. En unas excavaciones de Zambia hemos hallado muestras de innovaciones menos tangibles, como pigmentos hechos con ocre y abalorios a base de cáscara de huevo, que datan de hace unos 70.000 años. Muchos arqueólogos opinan que estos ornatos son un buen ejemplo de que la capacidad de abstracción, presente en los símbolos, es una característica clave de los humanos modernos. La decoración artística sería otra. En Blombos Cave hemos encontrado grabados en hueso con ocre que datan de hace 70.000 años. Puede que el lenguaje fuera la forma más destacada de simbolismo. Hay quien afirma que nuestros antepasados adquirieron la capacidad física de hablar hace unos 300.000 años, y sospechamos, aunque no hayamos podido probarlo, que la adopción del lenguaje fue la ventaja crucial que permitió a los pueblos anatómicamente modernos poblar el mundo.

La evolución hacia actividades más modernas comenzó en África hace unos 40.000 años. A principios de esa época, los hombres emprendieron en el valle del Nilo excavaciones subterráneas con el fin de obtener los tipos de piedra más convenientes para sus herramientas, dando lugar a la industria minera más antigua del mundo. En los límites de la selva ecuatorial también se usaban utensilios microlíticos. Eran comunes en las tierras altas de África oriental y en el sur del

continente hace unos 20.000 años, desde donde se difundieron hacia el norte y el oeste, a lo largo de los 10.000 años siguientes, hasta convertirse en algo común. Las puntas de flecha, inventadas hace unos 20.000 años, permitieron a los grupos cazar aves e incluso animales más peligrosos. Los cazadores-recolectores, probablemente antepasados de los pigmeos, se asentaron permanentemente en la selva ecuatorial. La pesca se convirtió en una actividad muy importante. Los asentamientos humanos solían ser provisionales, o al menos estacionales, aunque los enterramientos de hace unos 10.000 años hallados en África austral son cada vez más prolijos, lo que parece sugerir un incremento del sentido de la territorialidad. Los restos de unas 200 personas de ese periodo microlítico encontrados en una cueva en Taforalt (Marruecos) muestran pocos signos de violencia, una gran mortalidad infantil, una estrecha endogamia y muchas dolencias comunes como la artritis.

Una de las más claras muestras de conducta simbólica del periodo microlítico son las pinturas rupestres de África austral, que datan de hace unos 28.000 años. Sin embargo, la evolución más decisiva para el futuro fue la formación de las cuatro familias lingüísticas que hay en África. Son tan diferentes entre sí que no se ha podido establecer ninguna relación entre ellas, lo que implica un desarrollo por separado durante muchos milenios. Coinciden, hasta cierto punto, con las diferencias genéticas entre los pueblos e incluso puede que con las características físicas surgidas de un proceso de selección natural que permitió sobrevivir y reproducirse a los más aptos en entornos concretos. Por ejemplo, los cazadores-recolectores san del sur de África, que muestran los rasgos genéticos más antiguos en sus cromosomas Y y el ADN mitocondrial (junto a comunidades de pastores joijói probablemente emparentados con ellos), hablan lenguas basadas en «chasquidos» que forman una familia aislada y, por ende, antigua. Aparte de ellos, sólo hablan lenguas joisán pequeños grupos de África oriental que habitan en los núcleos donde surgieron y vivieron los san antes de emigrar hacia el sur y convertirse en exitosos cazadores-recolectores. Los san comparten algunos de los cromosomas Y más antiguos que hemos identificado con ciertos etíopes, cuyas lenguas pertenecen a una segunda familia lingüística, también muy antigua y afroasiática que comprende el cushita, las lenguas semíticas de Etiopía, Arabia y el hebreo, así como la lengua bereber del norte de África, el

hausa que se habla en el norte de Nigeria y el egipcio antiguo. Las lenguas afroasiáticas probablemente surgieran en la región de Etiopía hace al menos 8.000 años. Muchos de los que las hablaban tenían ese tipo de físico corpulento, afro-mediterráneo, representado en el arte egipcio antiguo. En cambio, los habitantes de las orillas del Nilo eran altos y delgados y hablaban una lengua perteneciente a una tercera familia, la nilo-sahariana; esta puede haber surgido en la región del Sáhara a la vez que la afroasiática y estar lejanamente emparentada con la cuarta de las familias, hablada, hace al menos 8.000 años, en el Congo y Níger por grupos predominantemente negroides, y que diera origen a diversas lenguas habladas hoy en día en África occidental.



Mapa 3. Familias lingüísticas africanas actuales. Fuente: J. H. Green, *The Languages of Africa,* 3.ª edición, Bloomington, 1970, p. 177.

Como veremos, tres de estas familias lingüísticas están vinculadas a la creación de núcleos dedicados a la recolección y producción intensiva de alimentos, el joisán es una excepción. Un mayor acceso a los alimentos puede haber permitido a los hablantes de las tres familias alcanzar un predominio demográfico y atraer a recolectores-cazadores aislados, cuyas lenguas no han sobrevivido, a sus órbitas lingüísticas.

El pastoreo y la agricultura en la sabana

La incorporación del pastoreo y la agricultura a las economías basadas en la recolección y la caza incrementó la población, pero el cambio resulta difícil de identificar en los restos arqueológicos, sobre todo en África, donde había tantas especies naturales. Lo que parecen ser huesos de ganado, pudieron pertenecer a animales salvajes y no a animales domesticados. Rara vez sobreviven los restos de raíces de plantas cultivadas como el ñame, mientras que el grano hallado pudo haber sido recolectado de plantas, no cultivadas, sino silvestres. Los utensilios de cerámica no prueban la existencia de agricultura, como tampoco las piedras de moler, que pudieron utilizarse para machacar grano silvestre o pigmentos como el ocre. Por tanto, los orígenes de la producción de alimentos en África son objeto de debate, ya que las pruebas lingüísticas, por lo general, sugieren unos orígenes tempranos de la agricultura y el pastoreo, mientras que la investigación arqueológica suele arrojar fechas más tardías. No sabemos por qué surgió la agricultura, pero la idea de que la producción de alimentos comenzó en Oriente Próximo y se extendió a través de África, donde fue adoptada de forma entusiasta por los famélicos recolectores-cazadores, es insostenible. El estudio de los recolectores-cazadores modernos sugiere que la mayoría de ellos obtenían sustancias nutritivas con menos esfuerzo y más libertad que muchos pastores o agricultores. Las pruebas óseas obtenidas en la región sudanesa del alto Nilo sugieren que la producción de alimentos pudo causar desnutrición y dar lugar a enfermedades, pues muchas patologías humanas infecciosas, como la tuberculosis, probablemente se contrajeran a través del contacto con animales domésticos. El desbroce de tierras para el cultivo favoreció la malaria, de manera que los grupos de productores de alimentos, más numerosos, soportaron enfermedades que puede que no se hubieran propagado entre las comunidades más dispersas de recolectores-cazadores. Dada la abundancia de productos silvestres en África, la penosa labor de producir alimentos sólo hubiera sido tolerable para los pueblos prehistóricos si este cambio radical de las circunstancias les hubiese permitido mejorar su anterior estilo de vida.

La mayoría de los especialistas cree que los cambios cruciales que estimularon la producción de alimentos en África fueron, al igual que en América Latina, cambios climáticos, sobre todo en la mitad septentrio-

nal del continente. África no posee un único patrón climático, pero sabemos que entre el 30.000 y el 14.000 a.C. un periodo excepcionalmente frío y seco asoló casi todo el continente excepto en el sur, debido, en parte, a la inclinación del eje terrestre respecto del sol. Hace tan sólo 13.000 años, cuando el Sáhara y sus inmediaciones probablemente no estaban habitados, gran parte del lecho del lago Victoria estaba seco. Debió de ser esta circunstancia la que llevó a la concentración de poblaciones en el valle inferior del Nilo, más fértil. Hay pruebas de que hace sólo entre 20.000 y 19.000 años se daba una explotación intensiva de plantas tuberosas y pesca en asentamientos a orillas del Nilo, al del sur de Egipto, cerca de la primera catarata, donde pronto empezó la recolección de grano silvestre. Inicialmente estacionarios, estos asentamientos crecieron durante los milenios posteriores. Hace 12.000 años, algunos ya eran permanentes y disponían de importantes cementerios. Pero esos progresos no condujeron a la producción de alimentos. Lo que ocurrió fue que, al variar la inclinación del eje terrestre, la temperatura se elevó en todas partes salvo en África austral, y hace también unos 12.000 años, la fase árida del clima tropical dio paso a lluvias excepcionalmente abundantes. Inundaciones devastadoras arrasaron el valle inferior del Nilo, desplazando a sus habitantes a las planicies circundantes.

Desde hace 12.000 años y hasta hace 7.500, la mitad septentrional de África fue mucho más húmeda que en la actualidad. En el Sáhara había tierras altas con lluvias relativamente frecuentes, e incluso el desierto occidental egipcio, notorio por su aridez, disponía de algunas zonas de pastos; el nivel de las aguas del lago Turkana, en el valle del Rif de África oriental, llegó a estar unos 85 metros por encima del actual. A lo ancho de África, desde el Níger al Nilo, surgieron culturas con cierto grado de semejanza. Las investigaciones arqueológicas indican que sus integrantes construyeron algunos asentamientos permanentes, empleaban utensilios de piedra, de madera y de hueso, y se alimentaban de la pesca, la caza y la recolección de vegetales y granos silvestres; la proporción variaba en cada entorno local. En el octavo milenio a.C., surgió la alfarería más antigua de África, denominada «de líneas onduladas y puntos», usada en el moderno Níger y el sur de Libia, en Jartum, el lago Turkana, y posiblemente en todo el sur hasta el lago Victoria. El legado de su cultura más impresionante hallado hasta ahora es una canoa, de 8 metros de largo, la segunda embarcación más antigua del

mundo, desenterrada a orillas del lago Chad[5]. Estos pueblos eran sobre todo de raza negroide, y probablemente difundieron las lenguas nilo-saharianas por la región, donde se siguen hablando en la actualidad.

Algunos especialistas en lenguas nilo-saharianas opinan que quienes practicaron esa cultura en tiempos de lluvias abundantes poseían rebaños y cultivaban grano. En el caso del ganado puede ser cierto. Los arqueólogos han encontrado en unas charcas denominadas Nabta Playa y Bir Kiseiba, en el árido desierto occidental de Egipto, restos de lo que consideran ganado domesticado hace unos 9.000 o 10.000 años, antes que en ninguna otra zona del mundo. El ADN mitocondrial demuestra que el ganado africano ha sido distinto al de otros continentes desde hace mucho tiempo[6]. Hace 7.000 años ya se criaba ganado en las zonas altas del Sáhara central. La actividad se extendió al norte de África durante el milenio siguiente, algo más tarde que el pastoreo de rebaños de ovejas y cabras provenientes, probablemente, del sudoeste asiático, puesto que en África no existían estas especies en estado salvaje. En el norte de África eran los antiguos pueblos bereberes los que se dedicaban al pastoreo realizando magníficas pinturas rupestres en las tierras altas del Sáhara.

En cambio, las pruebas arqueológicas no corroboran aquellos indicios lingüísticos que sugieren que ya se cultivaban o domesticaban plantas en tiempos de las grandes lluvias, lo que implicaría que en África, al contrario que en otras partes del mundo, se hubiese domesticado antes a los animales que a las plantas. En torno al año 5200 a.C. ya se cultivaba trigo y cebada, probablemente procedente del sudoeste asiático, en la depresión de El Fayún, al oeste del bajo Nilo, y pronto se extendió esta práctica a Merimde, importante poblado de chozas de barro en el extremo sudoeste del Delta. No se ha podido probar la existencia de cultivos anteriores en África. Lo que sí podemos demostrar es que, hace unos 7.000 años, había grupos humanos en Nabta Playa y las tierras altas del Sáhara que vivían en asentamientos permanentes y recolectaban y molían grano silvestre; lo que puede haber

---

[5] P. Breunig; K. Neumann y W. van Neer, «New Research on the Holocen Settlement and Environment of the Chad Basin in Nigeria», *African Archeological Review* 13 (1996), pp. 115-117.

[6] D. G. Bradley; D. E. MacHugh; P. Cunningham y R. T. Loftus, «Mitochondrial Diversity and the Origins of African and European Cattle», *Proceedings of the National Academy of Sciences of the USA* 93 (1996), pp. 5131-5135.

dado lugar a un cultivo consciente en los asentamientos del valle medio del Nilo en torno al actual Jartum, una región de lluvias estacionales donde no se podía cultivar ni trigo ni cebada y el cereal más abundante era el sorgo. Hace unos ocho mil años, las gentes del río Atbara, al nordeste de Jartum, recolectaban y molían semillas de hierba salvaje. Kadero, a 20 kilómetros al norte de Jartum, un amplio asentamiento del quinto milenio a.C., vivía principalmente del ganado y de grandes cantidades de sorgo cultivado, pero aún no domesticado a juzgar por las marcas de grano en las vasijas y por las «decenas de millares de fragmentos de piedras de moler gastadas». Era sorgo silvestre, puesto que no hemos hallado restos de sorgo cultivado en la zona de Jartum hasta tiempos de Cristo, y aun entonces puede que procedieran del nordeste de África. Existe la posibilidad de que en esta región se cultivara sorgo durante muchos siglos sin domesticarlo. La razón más verosímil es que los cereales domésticos se diferencian de las variedades silvestres principalmente en que retienen el grano en la espiga hasta que se los trilla, mientras que estas últimas dispersan profusamente sus semillas. Los grupos recolectores de alimentos probablemente domesticaron el trigo o la cebada cortando las espigas, llevándoselas a su vivienda, trillándolas allí y sembrando una parte de la cosecha, con lo cual irían seleccionando gradualmente las plantas que mejor retuvieran el grano en la espiga. El sorgo, sin embargo, posee tallos más gruesos haciendo así más fácil la recogida del grano en el campo, de manera que la especie no se habría transformado cuando se la domesticó. No tenemos la certeza de que se cultivara sin domesticar en la sabana tropical[7].

Tampoco sabemos mucho de la producción de alimentos en Etiopía. Ya en el segundo milenio a.C. había ganado; puede que su existencia se remonte incluso al cuarto milenio. De las lenguas cushita de Etiopía (una rama de las afroasiáticas) podemos deducir un conocimiento temprano de mijo, trigo y cebada. Hasta hoy no hemos podido confirmar arqueológicamente este extremo. Pero los etíopes sí debieron de someter a cultivo doméstico varias plantas características de su zona: el *teff* (un grano minúsculo), el *noog* (una oleaginosa) y el *ensete* (parecido al plátano; alimento básico en el sur de Etiopía). Más aún, puede que los cushita cultivaran trigo y cebada con el arado

---

[7] R. Haaland, «Fish, Pots and Grain: Early and Mid-Holocene Adaptations in the Central Sudan», *African Archeological Review* 10 (1992), pp. 43-64.

antes de que llegaran a Etiopía los inmigrantes de habla semita procedentes del sur de Arabia a principios del primer milenio a.C., ya que los inmigrantes adoptaron palabras cushita para sus cultivos mayoritarios. Mientras, también se había empezado a producir alimentos más al sur, en el este de África. En el quinto milenio a.C., la cultura de las grandes lluvias cuyos miembros pescaban, recolectaban y fabricaban vasijas de cerámica, llegó a la región del lago Turkana. Puede que, al ceder las lluvias, los hablantes nilo-saharianos llevaran su cultura y el cultivo de grano hacia el sur del lago Victoria, una hipótesis que la arqueología no ha podido confirmar. La disminución de lluvias tal vez perjudicara a los pastos del norte, lo que pudo motivar la huida hacia el sur de los pastores, que alcanzaron la región del lago Turkana hacia el 2500 a.C. y descendieron por el sur hasta el valle del Rift. Los pastores debían de hablar cushita, una lengua que se difundió por todo el este de África, donde aún hoy la hablan grupos aislados del norte y centro de Tanzania. El estudio de esta lengua indica que los hablantes cushita conocían los cereales, pero no disponemos de prueba arqueológica alguna sobre su cultivo. En el primer milenio a.C., nuevos grupos de pastores penetraron desde el norte en la región del Sudán y ocuparon las zonas altas de pastos de África oriental. Probablemente hablaran lenguas nilo-saharianas, aunque afirmarlo sea mera especulación por nuestra parte.

La desertización que obligó a los productores de alimentos a desplazarse hacia el sur, hacia África oriental, fue asimismo crucial para la expansión por el sur de la producción de alimentos en las regiones de sabana de África occidental. En el tercer milenio a.C. disminuyeron las precipitaciones. Los pueblos pastores comenzaron a dirigirse al sur, a través de los valles fluviales que llegan hasta el lago Chad y el río Níger, para explotar las regiones meridionales donde los arbustos habían sido hasta entonces lo suficientemente densos como para servir de soporte a la mosca tsetsé que transmitía la tripanosomiasis, fatal para el ganado. Hacia la primera mitad del segundo milenio a.C. se criaba ganado cerca de la curva superior del río Níger. Hacia finales de ese milenio, los ganados pastaban en la orilla sudoeste del lago Chad. Abundantes pruebas arquelógicas indican que, poco después, ya se domesticaban plantas en Dahr Tichitt, en la actual Mauritania, en un conglomerado de pueblos con edificaciones de piedra en los que se cultivó el mijo durante unos 1.000 años, hasta que también esa región empezó a resultar exce-

sivamente seca para la agricultura. El mijo domesticado se difundió rápidamente por el sur. En torno al año 1200 a.C. se cultivaba en pequeñas cantidades en la orilla sur del lago Chad, y poco después, al norte de la actual Burkina Faso.

Más sorprendentes resultan los hallazgos realizados en Birimi, un asentamiento cercano al límite norte de la selva de África occidental, en la actual Ghana. Allí se encontraron restos de mijo, ovejas y/o cabras, otras formas de pequeño ganado local y cerámica con afinidades saharianas, elementos básicos todos ellos de la economía birimi, parte de la cultura kitampo, en cuyos asentamientos más australes se han hallado restos de cáscaras de semillas de palmera de aceite (un cultivo selvático) y cabezas de hachas o de azadas de piedra pulimentada que pudieron utilizarse para desbrozar tierras para el cultivo. Y es exactamente en este punto donde los productores de alimentos de la sabana se toparon con el sistema agrícola característico de la selva del oeste africano.

Agricultura forestal

En la selva, las diferencias entre recolección, cultivo y domesticación son aún más difusas que en la sabana. Los huesos animales se descomponen en los suelos húmedos. Tampoco se recolectaban cereales, sino bananas (un tipo de plátanos) y ñames domesticados localmente, que dejan poca huella arqueológica. La recolección era una actividad tradicional en los bosques. El primer indicio de un estilo de vida más sedentario es la aparición de la cerámica hace unos 7.000 años, en Shum Laka, unos pastizales que bordean la selva de Camerún. Las vasijas no prueban necesariamente la existencia de agricultura, como tampoco los cabezales de hacha de piedra ni la explotación del aceite de palma a partir del cuarto milenio a.C.

Si nos atenemos a las pruebas lingüísticas, podemos deducir que en esa época también se cultivaba el ñame, pero la hipótesis no se ha podido confirmar arqueológicamente. En cambio, los arqueólogos dicen haber descubierto pitolitos de banana (diminutas partículas de minerales que contienen las plantas) de finales del tercer milenio a.C. al sur de Camerún, lo que implicaría que esta planta asiática debió de difundirse por la región ecuatorial en los siglos precedentes, a pesar de que carez-

camos de pruebas de su cultivo más al este. Es una posibilidad que plantea tantas incógnitas que aún debemos confirmarla[8].

De la región selvática limítrofe entre Camerún y Nigeria, los hablantes bantú se difundieron gradualmente por la mitad sur de África. Todas las lenguas bantú forman una sola rama: el grupo benue-congoleño perteneciente a las lenguas nigeriano-congoleñas. Las demás lenguas benue-congoleñas (familia a la que pertenecen casi todas las del sur de Nigeria) se propagaron desde la confluencia del Níger con el Benue, lo que indica que esa pudo ser la tierra de origen de los bantú. Es probable que las lenguas bantú fueran transmitidas por colonos que también llevaron consigo técnicas agrícolas a regiones donde hasta entonces eran desconocidas. Los descendientes de esos colonos todavía presentan una considerable homogeneidad desde el punto de vista genético y lingüístico. Su migración fue una de las mayores y menos dramáticas de la historia humana. Fue una dispersión de familias y pequeños grupos de agricultores tremendamente compleja y gradual a lo largo y ancho del continente; no hubo movimientos de masas dirigidos por grupos organizados o pioneros.

La historia de esta dispersión es polémica y se la interpreta mal. En torno al año 3000 a.C., ciertos hablantes bantú que fabricaban herramientas de pedernal conocían la cerámica y tenían palabras para designar el ñame y el aceite de palma, empezaron a desplazarse lentamente a lo largo de la costa ecuatorial occidental. Llegaron hasta Livreville, en la actual Gabón, en torno al 1800 a.C., y avanzaron al menos hasta el estuario del río Congo. En torno al 1600 a.C. alcanzaron el valle Ogooue tras atravesar la selva y el nacimiento del río en el 400 a.C. Otros siguieron el curso del río Congo asentándose a lo largo de sus afluentes y su cuenca principal por esos mismos años. También hubo grupos que avanzaban más deprisa navegando las corrientes hasta que, en torno al año 1000 a.C., alcanzaron el límite oriental de la selva ecuatorial en la zona de los Grandes Lagos. Allí se asentaron en valles bien provistos de agua donde podían vivir de sus cultivos forestales.

Pero esta fue sólo la primera fase de la expansión bantú. Su posterior difusión por la sabana de África oriental y meridional sólo fue

---

[8] C. M. Mbida; W. van Neer; H. Doutreleponjt y L.Vrydaghs, «Evidence for Banana Cultivation and Animal Husbandry during the First Millenium BC in the Forest of Southern Cameroun», *Journal of Archeological Science* 27 (2000), pp. 151-162; J.Vansina, «Bananas in Cameroun c. 500 BC? Not proven», *Azania* 38 (2003), pp. 174-176.

posible cuando los bantú añadieron el cultivo del grano a su agricultura forestal anterior. La evolución de su lengua sugiere que aprendieron a cultivar cereales (principalmente sorgo) en la región de los Grandes Lagos, gracias a hablantes nilo-saharianos que habían llevado esos conocimientos hacia el sur desde el valle del Nilo. Probablemente también aprendieran a criar ganado de los nilo-saharianos y de los pastores cushitas que se dirigían hacia el sur por el este de África atravesando el valle del Rift, si bien carecemos de pruebas arqueológicas que demuestren la presencia de esos pueblos en la región de los Grandes Lagos. Y es probable que fuera allí donde los bantú adquirieran otro conocimiento: la forja del hierro. Para apreciar debidamente esta innovación, hemos de volver a la historia general de África.

3
El impacto de los metales

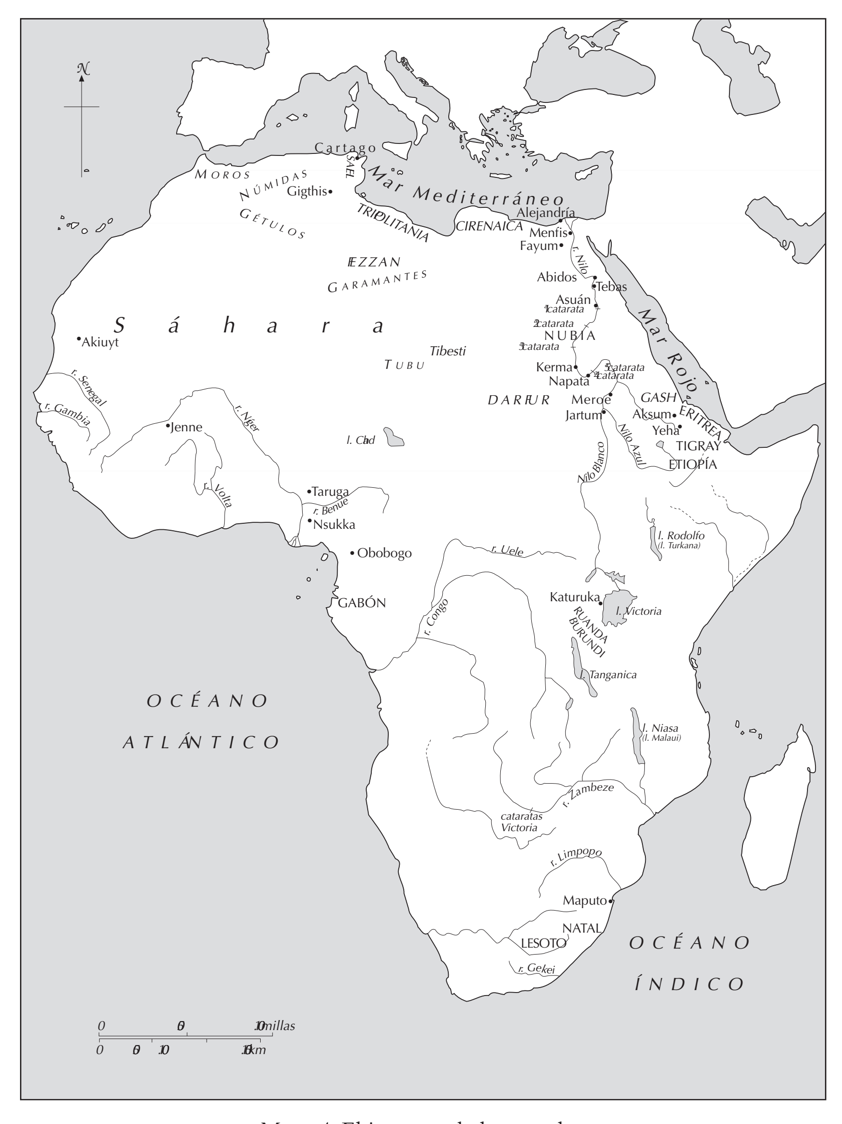
Egipto

Los pueblos que usaban utensilios de piedra fueron los pioneros de la colonización de África. Sus sucesores ahondaron en ella con ayuda de metales, primero el cobre y el bronce y luego el hierro. Sólo África del Norte tuvo una Edad de Bronce, pues los agricultores ya emplearon el hierro para colonizar la mayor parte de África oriental y meridional.

Sabemos que en el sur de África, en el Alto Egipto, ya se conocía el metal a finales del quinto milenio a.C. Al comienzo, probablemente se utilizara cobre puro para confeccionar alfileres, instrumentos punzantes y otros objetos pequeños. Se debió de empezar a fundir mineral de cobre para eliminar impurezas en la primera mitad del cuarto milenio; no sabemos si consistió en una innovación local o una técnica importada del occidente asiático. No registramos discontinuidad alguna en la historia egipcia, ya que los instrumentos de piedra se siguieron utilizando hasta el primer milenio a.C., pero la nueva técnica se difundió hasta tal punto que Egipto entero adoptó como medida de valor universal una cantidad estándar de cobre. Además, esta innovación coincidió en gran medida con el surgimiento de la primera gran civilización agrícola de África en el valle del Nilo. Fue una civilización puramente africana, porque los pueblos egipcios, aunque heterogéneos, eran racialmente afro-mediterráneos y hablaban una lengua afroasiática. La civilización egipcia marcó muchas pautas culturales y políticas que luego aparecieron en otras partes del continente y, comparándola con otras culturas de África, hemos podido definir los grandes rasgos de la historia africana.

Las diferencias se debían al entorno. Los pioneros practicaron la agricultura en la depresión de El Fayún y en el extremo sudoccidental del delta del Nilo desde aproximadamente el año 5200 a.C. A lo largo del milenio siguiente, la sequía fue atrayendo a otros pueblos procedentes

del Sáhara oriental que se asentaron en las colinas que bordean el valle del Nilo, donde las crecidas de menor intensidad hacían que la tierra fuese apta para el pastoreo y la agricultura. La dependencia del río hizo que esos colonos fueran más fáciles de someter al control político que los africanos que conservaron su antigua libertad de movimientos.



Mapa 4. El impacto de los metales.

A lo largo del cuarto milenio a.C. se dio, tanto en el Bajo Egipto (el Delta) como en el Alto Egipto (el estrecho valle en dirección al sur, hacia Asuán), una cultura caracterizada por la explotación de las crecidas fluviales, la utilización tanto del cobre como del pedernal, el trenzado de tejido de lino, el comercio con el Sudeste Asiático, los templos dedicados a divinidades como Horus y Seth (posteriormente dominantes en el panteón egipcio) una estratificación social que conocemos por las tumbas humildes de la gente corriente y los ostentosos panteones profusamente decorados de la clase alta y la existencia de varios reinos pequeños con capitales amuralladas con adobe (ladrillos de pasta de barro y paja cocidos al sol). No está claro todavía cómo se unificaron esos reinos, pero los primeros reyes del Egipto unificado gobernaron el país antes del año 3100 a.C., y fueron enterrados en Abidos, en el Alto Egipto.

Se trata de un tipo de comunidad política, menos centralizada y autoritaria que sus contemporáneas de Mesopotamia, que perduró hasta las postrimerías del Antiguo Imperio, hacia el 2160 a.C. El poderío de estos antiguos reinos suele atribuirse al control, por parte del poder político, de los sistemas de irrigación. Pero el valle del Nilo no poseía sistemas de irrigación; dependía de las crecidas naturales del río que producían una única cosecha de grano al año. No se intentó multiplicar las cosechas anuales hasta tiempos posdinásticos. Se realizaron obras importantes para regular la fuerza de la corriente, eliminar obstáculos y lograr que empapara bien la tierra, pero no pasaban de ser obras meramente locales dirigidas por funcionarios regionales que, como el «excavador de canales» provincial, figuraban entre los administradores más antiguos de Egipto. Los faraones inauguraban esas obras con gran pompa y los visires eran los responsables de su ejecución, pero en los archivos del Antiguo Imperio no consta la existencia de una burocracia que se ocupase del riego. Al contrario, se tendía a fortalecer la autonomía provincial que se mantuvo vigorosa a lo largo de la historia egipcia, y en tres ocasiones (los denominados «periodos intermedios») triunfó temporalmente sobre la unidad política.

Lo que vinculaba la agricultura de regadío al gobierno de los faraones era la necesidad de mantener un sistema de producción capaz de alimentar a la clase gobernante (se estima que los campesinos podían producir el triple de lo que necesitaban) y de proteger al campesino. La organización política se encargaba de transportar los excedentes agrí-

colas por vía fluvial para almacenarlos, brindando a los campesinos más codiciosos la oportunidad de obtener riquezas y disfrutar de una prosperidad mayor. Los faraones ejercían el poder por medios militares, administrativos e ideológicos. Pero mientras que a ellos se los consideraba conquistadores, sus agentes, los escribas, tenían fama de utilizar astutamente su monopolio del recién inventado arte de las letras para reprimir la autonomía social. Un antiguo texto aconsejaba: «Hazte escriba. Tus miembros se volverán esbeltos y tus manos suaves». Eran los funcionarios encargados de recaudar impuestos, a veces con gran brutalidad; en siglos posteriores, la carga fiscal parece haber sido una décima parte de la cosecha. Propagaban una cultura regia que las primeras dinastías fueron imponiendo gradualmente en sustitución de las tradiciones provinciales anteriores. Durante la estación seca, los escribas dirigían las cuadrillas rotatorias de campesinos que llevaban a cabo las gigantescas obras públicas del Antiguo Imperio, no canales de irrigación, sino tumbas-pirámides para los faraones. La mayor, levantada por el faraón Jufu (Keops) a mediados del tercer milenio a.C., tenía 147 metros de altura y estaba formada por 2.300.000 bloques de piedra que pesaban, de media, unas 2,5 toneladas. A medida que se erigían las pirámides, iban desapareciendo las tumbas de los campesinos, tal vez a causa de su empobrecimiento debido al incremento del poder central. Los faraones se habían convertido en semidioses; sólo ellos podían comunicarse directamente con las divinidades y garantizar el orden natural. Se elaboraron teodiceas que demostraban que los dioses, a los que sucedían, habían ocupado ininterrumpidamente el trono de Egipto desde la creación. Por mucho que se afirme en los estudios actuales que la sociedad del Egipto dinástico era mucho más dinámica de lo que sugieren las ideologías oficiales, que la política era laica y dio lugar a una amplia renovación social e intelectual, el carácter único del entorno determinó, en gran medida, la mentalidad egipcia. Se creía que fuera del valle del Nilo el mundo era un caos. La vida del más allá se representaba como un viaje por el Cañaveral, y todo intento de innovación se legitimaba apelando a la restauración de una antigüedad intachable.

El Antiguo Imperio de Egipto era la región africana más densamente poblada de su tiempo y, aun así, las pruebas recogidas en las zonas de cultivo indican que seguía siendo una tierra muy despoblada, con uno o dos millones de habitantes. A finales del segundo milenio a.C., el núme-

ro de habitantes oscilaba entre los 2 y los 4,5 millones de personas. La población alcanzó su máximo, entre 3,2 y 7,5 millones, en los primeros siglos de nuestra era[1]. Esas cifras arrojan unos índices de crecimiento sumamente bajos, por debajo del 0,1 por 100 anual, lo que quizá se deba a los efectos anticonceptivos del amamantamiento prolongado (del que existen pruebas) y a la alta tasa de mortalidad que cabe deducir de los restos exhumados y los datos de censos romanos posteriores que demuestran, además, que la mitad de los menores de quince años que sobrevivían, morían en la década siguiente. En los documentos se hace referencia a «fiebres» (presumiblemente malaria), y los restos momificados nos han permitido averiguar que los egipcios padecían tuberculosis, cáncer, bilharziasis, artritis y probablemente viruela, aunque, por lo que sabemos, ni lepra ni sífilis. La población era más densa allí donde el valle del Nilo se estrechaba y era más controlable, pero el crecimiento fue mucho mayor en el difícil entorno del Delta, un territorio sistemáticamente objeto de reivindicaciones, a pesar de ser pantanoso, en el que se practicaba el pastoreo en tiempos del Imperio Antiguo. La colonización y el cultivo permanente requerían tal inversión en mano de obra que ya en el Imperio Antiguo la propiedad de la tierra era privada, y una clase de grandes terratenientes se fue haciendo poco a poco con la mayor parte de las tierras que cultivaban pequeños arrendatarios. Allá por el año 1153 a.C., sólo los templos poseían aproximadamente una tercera parte de la superficie cultivable de Egipto. El campesino medio cultivaba entonces una hectárea y cuarto por término medio, y procuraba transmitir intactos sus derechos a su prole, unos 3.000 años antes que los hombres de otras partes de África.

La adopción del principio de primogenitura en la sucesión regia protegió a Egipto de las disputas sucesorias que tanto daño causarían más tarde en los reinos africanos. De hecho, el Imperio Antiguo gozó de gran estabilidad hasta el 2160 a.C. Bajo sus últimos faraones, el agobiante autoritarismo se fue suavizando a medida que fueron consolidándose lealtades provinciales en el seno de una burocracia que se enriquecía a costa de la corte, privando al régimen de su capacidad para construir a escala

---

[1] Estimaciones en K. W. Butzer, *Early Hydraulic civilization in Egypt*, Chicago, 1976, pp. 76-77, 83, 91-92; D. O'Connor, «A Regional Population in Egypt to circa 600 B.C.», en B. Spooner (ed.), *Population Growth*, cap. 4, Cambridge (Mass.), 1972; F. A. Hassan, «Town and Village in Ancient Egypt», en T. Shaw, *et al.* (eds.), *The Archaeology of Africa*, Londres, 1993, p. 56.

monumental, minando su facultad de paliar la escasez de alimentos en los años adversos, y arrebatando al faraón, poco a poco, sus prerrogativas de gobernante divinizado. Durante el Primer Periodo Intermedio (2160-1991 a.C.) hubo guerras civiles, breves reinados y hambrunas. Los pueblos del desierto que huían de la sequía ejercieron una gran influencia. En realidad el cuadro no era tan negativo en conjunto, pues también fue una época de gran vitalidad en la que se acumuló mucha riqueza privada y se incrementó la conciencia social. Esto permitió al Imperio Medio (1991-1785 a.C.) proclamarse la encarnación del orden social y el bienestar colectivo. El régimen se colapsó temporalmente en lo que se denomina el Segundo Periodo Intermedio (1785-1540 a.C.), que a su vez dio lugar al Imperio Nuevo (1540-1070 a.C.), el periodo más maduro y expansivo de la civilización egipcia.

Los faraones del Imperio Nuevo fueron grandes guerreros que utilizaban armas de bronce y carros de guerra tirados por caballos. Estos, adquiridos en el Segundo Periodo Intermedio, introdujeron la rueda en Egipto. Los ejércitos del faraón cruzaron el Éufrates, penetraron por el sur en el moderno Sudán hacia la Quinta Catarata del Nilo (o quizá más allá), y convirtieron a Egipto en la mayor potencia del mundo conocido. Como ha sucedido con frecuencia en la historia de África, la conquista de un imperio cambió la estructura central del imperio. Era la primera vez que Egipto se militarizaba gracias a un gran ejército profesional, compuesto sobre todo por mercenarios extranjeros que controlaban el acceso al trono. Dispuso también de una pequeña fuerza de policía. Los faraones restablecieron el poder central con los recursos humanos y materiales que les brindaba el imperio. Pero se trataba de una sociedad antigua, opulenta, urbana y pluralista, para la cual las pirámides del Antiguo Imperio eran ya una atracción turística. Las instituciones dejaron de ser emanaciones de la voluntad regia y cobraron vida propia. Los sacerdotes, por ejemplo, se convirtieron en especialistas hereditarios que practicaban un código ascético, aunque su nombramiento todavía requiriera la aprobación real. El contacto con el mundo exterior hizo ver a los egipcios que los extranjeros eran seres humanos. Consideraron la idea, por primera vez, de que el futuro pudiera ser mejor que el presente. Hubo quien llegó a poner en duda la utilidad de tomar tantas precauciones para el viaje al más allá. Sus artistas se tornaron más atrevidos, sin perder el magnífico equilibrio y la no menos espléndida dignidad del pasado. El profundo desprecio hacia los pobres,

patente en los primeros escritos de miembros de la clase alta, dio paso a manifestaciones como esta, imbuida de paternalismo social, que el visir del siglo XV, Rejmire, hizo plasmar en los muros de su tumba:

> Juzgué tanto [a los insignificantes] como a los influyentes; salvé al débil [de los abusos] del fuerte; doblegué la furia del hombre malvado y sometí al codicioso en su momento [...] Socorrí a la viuda que no tenía marido; establecí al hijo y heredero en el lugar de su padre. Di [pan al hambriento], agua al sediento y carne, aceite y ropas a quien nada tenía... Nunca fui sordo a las peticiones del indigente. En verdad, jamás me dejé sobornar por nadie[2].

Los historiadores sociales que quieren restar influencia al peso de la ideología oficial en la complejidad del antiguo Egipto, cuentan con dos nuevas fuentes del Imperio Nuevo especialmente valiosas. La primera es una colección de papiros y de notas escritas en cubiertas de vasijas y lascas de piedra por una comunidad de escultores, pintores y yeseros que vivieron durante varios siglos en una aldea llamada Deir el-Medina, trabajando en las tumbas del valle de los Reyes, cerca de Tebas. Eran funcionarios cuyos cargos se transmitían de padres a hijos, a veces mediante sobornos. Se les pagaba en especie y, tras alimentar a sus familias, aún les quedaba un remanente que trocaban por otros artículos, ya que en Egipto no circulaba moneda y se recurría al trueque. Estos hábiles artesanos defendían bien sus intereses. Trabajaban ocho horas diarias durante aproximadamente la mitad del año, celebraban frecuentes festividades y gozaban de permisos para ejecutar encargos privados que cobraban aparte. A finales del Imperio Nuevo, se declararon en huelga en diversas ocasiones, y realizaron una sentada ante la tumba regia cuando la Administración dejó de pagarles sus sueldos en especie. La comunidad constaba generalmente de 40 a 60 obreros, y daba empleo a unas 16 esclavas que se turnaban para realizar las tareas más penosas a cada familia. Varias familias tenían asimismo esclavos domésticos que a veces eran enterrados en la tumba familiar, ya que los egipcios trataban de asimilar a los esclavos procedentes de las conquistas del Imperio Nuevo. Ramsés III afirmaba haber proporcionado 81.322 esclavos sólo

---

[2] Citado en T. G. H. James, *Pharaoh's People: Scenes from Life in Imperial Egypt,* Londres, 1984, p. 57.

al templo de Tebas, y había un activo mercado de esclavos, aunque menos importante que los de otras partes del Mundo Antiguo, menos pobladas estas que Egipto. En esta sociedad madura y asentada, la organización familiar difería en ciertos aspectos de las pautas africanas posteriores. En los hogares sencillos de Deir el-Medina, al igual que en otras zonas de Egipto, la norma eran las familias con un promedio de cinco o seis miembros: marido, mujer, dos o tres hijos solteros y quizá la hermana del marido o su madre viuda. Las familias mantenían estrechos lazos con sus parientes de otros lugares, y la tumba familiar era un símbolo de identidad colectiva. Sin embargo, en Egipto el control de la propiedad no estaba en manos de clanes o linajes poderosos que ostentasen la propiedad colectivamente; era la unidad familiar la que la administraba. El matrimonio solía ser monógamo, y la estirpe se transmitía a través de ambos progenitores. La mujer tenía un estatus muy favorable, con pleno derecho a heredar, a recobrar la dote aportada al matrimonio y a recibir una tercera parte de los bienes gananciales en caso de divorcio (que era frecuente y relativamente fácil). El amor conyugal era un tema habitual en la literatura y en el arte. Tanto los hombres como las mujeres se casaban a temprana edad y se establecían en viviendas independientes, aunque mientras los hijos vivieran bajo el techo de sus padres, tanto ellos como sus criados domésticos seguían sujetos a la autoridad patriarcal. El rico campesino tebano Hekanajt recordaba a su familia en unas cartas datadas en el año 2002 a.C.: «El hogar entero es como [mis] hijos, y todo me pertenece. ¡Poned energía en el cultivo! ¡Tened cuidado! Mi semilla ha de perdurar; toda mi propiedad tiene que ser conservada. Os hago responsables de ello»[3]. Aunque sabemos poco de la existencia de contraculturas en el Egipto faraónico, el materialismo y la comercialización, tan fuertes en el Imperio Nuevo, tuvieron que constituir una amenaza para la inmutabilidad que alababa la tradición.

También podemos acercarnos a la vida cotidiana durante el Imperio Nuevo a través de la religión y las manifestaciones escritas. La lenta unificación de Egipto y la formación gradual de un panteón común fueron procesos paralelos. Los dioses evocaban a las divinidades locales de un pasado cazador, y se los representaba en forma de seres humanos

---

[3] K. Baer, «An Eleventh Dynasty Farmer's Letters to his Family», *Journal of the American Oriental Society* 83, n.º 8 (1963), pp. 2-3.

con cabezas de animal que simbolizaban su naturaleza esencial. El enorme interés de los egipcios por la muerte y la regeneración, posiblemente vinculado a la recuperadora crecida anual de las aguas, también fue anterior a la unificación, aunque, con el tiempo, se volvió más reflexivo. La adopción de la escritura a finales del periodo predinástico (3150 a.C.) facilitó la elaboración de un culto único para todo el territorio. Puede que la idea de la escritura procediera de Sumeria (en el Iraq moderno), donde surgió, pero los caracteres egipcios son creaciones independientes que denotan una ágil inventiva, cuya difusión probablemente alentaran las autoridades, que hicieron de la escritura una de sus principales fuentes de poder. Los faraones fueron los primeros en utilizar la escritura para dejar constancia de las posesiones del imperio. Durante 500 años se limitaron a llevar un registro administrativo y consignar los faustos regios, hasta que se recogieron frases completas que cumplían una función diferente a la de la comunicación oral. Se inventaron dos escrituras de manera casi simultánea. La jeroglífica, «las palabras del dios», mágicas y poderosas, se utilizaba en los documentos oficiales y en las inscripciones. Los caracteres eran simplificaciones de objetos que representaban tanto la palabra que designaba a ese objeto como otras con idéntica secuencia consonántica, procedimiento que se adapta especialmente bien a las lenguas afroasiáticas. La escritura demótica, utilizada en la vida diaria, era una versión muy simplificada (casi taquigráfica) de la jeroglífica. Esas dos escrituras simbolizaban dos niveles rigurosamente diferenciados de la cultura egipcia: el misterioso y formal y el mundano y desenfadado. Pero el conocimiento, tanto de una escritura como de la otra, requería de un aprendizaje. Probablemente en el Antiguo Egipto tan sólo uno de cada cien habitantes supiera leer y escribir, por lo que la escritura tuvo una incidencia menor en el pensamiento, la religión y la sociedad egipcios de la que la adopción del alfabeto tuvo luego en Grecia y en culturas africanas más tardías. El pensamiento egipcio retuvo muchas características anteriores a la lectoescritura: era más concreto que abstracto, cada cualidad moral estaba personificada por una divinidad y no desarrolló sentido histórico. La enseñanza se basaba en el aprendizaje de un gigantesco catálogo de nombres y atributos, y la ley no estaba codificada. Dirigían la comunidad política un conjunto de funcionarios e instituciones individuales. A diferencia de la polis griega que se preciaba de tener un gobierno basado en la razón, el gobierno faraónico se legitimaba alegando su

antigüedad y su origen divino. La religión egipcia no era escritural, su núcleo era la veneración ritual de divinidades muy dispares de las que nunca se hizo abstracción para elaborar una teología sistemática. Siempre fue una religión tolerante y ecléctica que incorporaba nuevos dioses a su panteón a medida que se expandía el Imperio Nuevo. El ritual se vivía en términos mágicos.

Pero nada pudo evitar grandes cambios religiosos. El dios del Sol era el más destacado del panteón egipcio. Como responsable del mantenimiento del orden cósmico, fue adquiriendo preeminencia. A comienzos del Imperio Nuevo, se empezó a asociar al dios del Sol con una deidad invisible y ubicua, Amón, en torno al cual los sacerdotes del gran templo de Tebas empezaron a elaborar una teología. Como reacción y contrarreacción, el faraón Akenatón (1364-1347 a.C.) llegó incluso más lejos al instituir un culto estatal al disco solar (Atón), un culto de luz que se ejercía compartiendo la visión regia. Mandó borrar las inscripciones del resto de los dioses, prohibió sus cultos y expulsó a los sacerdotes en una persecución sin precedentes en la historia egipcia. El fuerte poder regio evitó la disidencia abierta, sus sucesores restablecieron el orden anterior y borraron su memoria, pero el impacto de estos sucesos perduró durante mucho tiempo. El antiguo politeísmo fue cediendo y se empezó a considerar a Amón una divinidad suprema de la que el resto de los dioses eran meras manifestaciones. Desde los reyes hasta la gente corriente, todos pedían la intercesión de Amón dando lugar a una nueva forma de piedad personal que es buena muestra de la creciente importancia que había ido adquiriendo el individuo a lo largo de la historia egipcia.

Esta evolución alteró modelos previos de religiosidad popular. En todos los periodos, los padres solían poner a sus hijos los nombres de los dioses principales. Los símbolos y efigies de las divinidades, originalmente reservados para las tumbas de los nobles, fueron apareciendo gradualmente en los sepulcros de las clases inferiores. Las ofrendas votivas realizadas en los templos por gente sencilla se multiplicaron durante el Imperio Nuevo, así como las consultas a los oráculos de los dioses mientras eran llevados en procesión. La adoración de animales se fue haciendo cada vez más popular. Los escribas redactaban amuletos para implorar la protección de los muertos y, a finales del Imperio Nuevo, peticiones a los propios dioses. Como la religión oficial no ofrecía a los seglares, y en especial a las mujeres, contacto directo con la

divinidad, estos hubieron de inventarse sus propios remedios contra la desolación y los infortunios. En Deir el-Medina, por ejemplo, los obreros erigieron monumentos para hacer constar su humildad ante los dioses y su arrepentimiento por los pecados, origen de sus desgracias. En sus casas tenían pequeños altares dedicados a divinidades menores, a menudo representadas con figuras grotescas. Consultaban a «mujeres sabias» cuando se les morían los niños o sufrían «manifestaciones» divinas. Las huellas de esas prácticas se multiplican a medida que transcurren las dinastías.

Al igual que muchas comunidades políticas africanas posteriores, el Imperio Nuevo se hundió debido a unas ansias de expansión, que militarizaron todos los aspectos de la política suscitando profundas divisiones internas. Las incursiones de nómadas occidentales desde Libia parecen haber comenzado en el siglo XIII a.C. En el reinado de Ramsés III (1184-1153 a.C.) se perdió la parte asiática del imperio, y Nubia un siglo después. La sucesión al trono se volvió inestable, los reinados fueron más breves, decayó la autoridad política y los cargos se hacían hereditarios cada vez más frecuentemente. Puede que la rápida elevación de los precios reales del grano a finales del siglo XII a.C., no se debiera sólo a la menor cantidad de lluvias, sino también a una relajación en la administración agraria, lo que explicaría las pruebas de desfalcos de las que disponemos. El poder estaba en manos, cada vez más, de los jefes de los grupos de mercenarios libios y nubios, enemistados entre sí. Cuando Ramsés XI (1099-1069 a.C.) emplazó al virrey de Kush y sus tropas nubias del moderno Sudán con el fin de restablecer el control regio en el Alto Egipto, Herihor de Tebas, que no sólo era visir y general en jefe sino también gran sacerdote de Amón, pagó a tropas libias para repelerle. Se inicia así el Tercer Periodo Intermedio (1070-712 a.C.) en el que se llevó a cabo una militarización general; la población rural se vio obligada frecuentemente a guarecerse tras defensas amuralladas y Egipto se fragmentó en unidades regionales (había 11 hacia el 730 a.C., varias de ellas bajo control libio) hasta que los gobernantes cushita de Nubia ocuparon militarmente el territorio a finales del siglo VIII a.C., antes de ser expulsados a su vez en la década del 660 a.C. por fuerzas procedentes de Asiria, el imperio entonces hegemónico en Asia occidental.

El poder asirio se basaba en la caballería (más que en los carros) y en el uso del hierro, que ya se fundía en Asia desde finales del tercer mile-

nio. Egipto no poseía ni mineral de hierro ni leña para alimentar el fuego, y sus artesanos, sometidos a una estrecha regulación, tardaron en adoptar el nuevo metal. Por lo que sabemos, la primera fundición de hierro de Egipto estuvo en Naukratis, ciudad fundada por colonos griegos en el delta occidental del Nilo hacia el 620 a.C. Mercenarios griegos permitieron a los gobernantes libios de Sais, la opulenta ciudad del delta central del Nilo, reunificar Egipto. Primero fueron vasallos de los asirios y luego, como gobernantes independientes desde el 664 hasta el 525 a.C., vieron nacer el último periodo de esplendor de la civilización faraónica. Las dinastías saítas recreaban pasadas glorias, erigiendo numerosos templos y decorándolos al estilo del Imperio Antiguo. Pero bajo esa superficie de arcaísmo todo cambiaba: se colonizaba el delta, los mercenarios extranjeros adquirían tierras, se empezaron a utilizar piezas de plata de peso fijo como moneda de cambio y la autoridad local estaba más vinculada al empleo y origen familiar que a la voluntad regia. Egipto pasó a ser un trofeo para las grandes potencias. Los conquistadores persas lo ocuparon dos siglos a partir del 525 a.C., con un largo intervalo de independencia. Alejandro Magno se apoderó de él en el 332 a.C., y uno de sus generales creó una dinastía griega, la Ptolemaica, que gobernó hasta el año 30 a.C., cuando Roma incorporó Egipto a su imperio. Gran parte del orden antiguo sobrevivió a esos cambios políticos. Los reyes griegos adoptaron el estilo faraónico, patrocinaron a los sacerdotes de los templos para que preservaran la antigua cultura, identificaron a los dioses egipcios con sus propias divinidades, y se les representaba en actitud faraónica en los muros de los templos siguiendo la tradición artística antigua que sobrevivió hasta el siglo III d.C. Sustituyeron a los administradores con más autoridad por griegos, e impusieron el griego como lengua de gobierno, pero para su trato directo con la gente mantuvieron la estructura burocrática anterior. Hasta los romanos siguieron su ejemplo, pese a su habitual preferencia por el gobierno municipal más que por el burocrático centralizado. Tanto unos como otros fomentaron la colonización del delta que, en tiempos ptolemaicos, albergaba casi a tantos habitantes como el Alto Egipto, erigiéndose en el eje principal de la economía del país y convirtiendo a Alejandría en la nueva capital. La noria de tracción animal *(saqia)* destinada a elevar agua para el riego en la estación seca llegó a Egipto procedente de Oriente Medio en época ptolemaica. Es en esos años cuando nos consta que la siembra ya era estacional y se practicaba un cultivo intensivo y diversi-

ficado. En esa época las exportaciones egipcias de cereales, los denominados «embarques», eran vitales para las finanzas del país, y procuraban a Roma alrededor de la tercera parte del trigo que consumían sus habitantes. Probablemente fuera durante este periodo cuando tanto la población como la producción agrícola alcanzaron su máximo. Pero los campesinos se veían amenazados por la creciente comercialización debida, en parte, a que los ptolomeos empezaron a acuñar moneda y, en parte, al predominio de las ciudades griegas y los grandes latifundios creados por los romanos, que los convertía en arrendatarios obligados a pagar la mitad de las cosechas. El 10 por 100 de la población eran esclavos y su número fue engrosado en esas fechas por campesinos pobres, braceros agrícolas y menesterosos urbanos. Durante las rebeliones de campesinos de los años 152 y 172-173 d.C., la protesta se expresó en los términos milenaristas de la cultura antigua:

> [La justicia] volverá de nuevo a Egipto, y la ciudad junto al mar [*i.e.,* Alejandría] no será más que un lugar en el que los pescadores pongan a secar sus capturas, ya que Knefis, la divinidad tutelar, se habrá marchado a Menfis, y los que pasen por ella dirán: « Esta es la ciudad que nos nutre a todos, donde viven todas las razas de la tierra». Entonces crecerá Egipto, cuando [...] el dispensador de dones, viniendo del Sol, sea establecido allí por obra de la diosa [Isis] la más excelsa[4].

Nubia y el norte de Etiopía

«La Antigüedad egipcia es a la cultura africana lo que la Antigüedad grecorromana es a la cultura occidental», escribió el académico senegalés Sheij Anta Diop[5]. No podemos probar esta afirmación, ya que Egipto fracasó estrepitosamente a la hora de transmitir su cultura al resto del continente. Se trataba de una cultura muy específicamente adaptada al entorno del valle del Nilo cuya época de esplendor coincidió con la desertificación del Sáhara, que aisló al valle del Nilo de la mayor parte de África. Las pinturas rupestres saharianas muestran pocas huellas de

[4] *The Prophecy of the Potter*, cit. en N. Lewis, *Life in Egypt under Roman Rule*, Oxford, 1985, pp. 206-207.

[5] C. A. Diop, en *UNESCO. History*, vol. II, p. 49.

influencia egipcia, aunque se representaran profusamente carros de dos ruedas. En los oasis del Sáhara se adoptaron técnicas de irrigación, la costumbre de construir pequeñas tumbas en forma de pirámides y el culto oracular de Amón. Pero la metalurgia y la idea egipcia de realeza se difundieron casi exclusivamente por el propio valle del Nilo, primero por la llanura sometida a inundaciones periódicas en el sur, conocida como Baja Nubia, y luego por la Alta Nubia, que se extendía hacia el sur desde la Segunda Catarata hasta la actual ciudad de Jartum. En esa árida región probablemente no vivieran más de medio millón de personas en tiempos faraónicos, y tenemos pruebas de que los índices de mortalidad entre los jóvenes adultos eran muy elevados. Tan escasa población estaba abocada a la práctica extinción en circunstancias adversas, sobre todo políticas, porque Nubia prosperó cuando Egipto se debilitaba, pero decayó cuando Egipto era fuerte. No obstante, la sociedad nubia sobrevivió, gozando de una longevidad que rivalizaba con la de Egipto, y el mestizaje fue escaso, como demuestra la notable continuidad de las características físicas de un pueblo, que había heredado las técnicas de pesca, la alfarería, el almacenaje de grano y las tácticas de pastoreo practicadas en el valle del Nilo en época de las grandes lluvias.

Así como las tumbas egipcias más antiguas del cuarto milenio a.C. contenían objetos de marfil y ébano procedentes del sur, las tumbas de la Baja Nubia de finales del cuarto milenio contenían piezas de cerámica, utensilios de cobre y otros objetos de origen egipcio. Esas tumbas pertenecían a gentes etiquetadas como Grupo A, cultivadores de trigo y cebada físicamente similares a los egipcios predinásticos. Parecen haber participado en el crecimiento económico y político que culminó a finales del cuarto milenio en la unificación de Egipto, porque sus asentamientos se expandieron y algunos de sus gobernantes fueron enterrados en tumbas más grandiosas que las de los primeros faraones. Pero esa prosperidad resultó fatalmente atractiva. Un relieve de principios de la Dinastía I muestra a un prisionero nubio atado a la proa de un barco egipcio que posiblemente refleje la primera invasión del sur por parte de Egipto. En tiempos de la Dinastía III (desde aproximadamente el 269 a.C.), el Grupo A había desaparecido virtualmente de los restos arqueológicos de la Baja Nubia, y se había construido una ciudad egipcia en Buhen, cerca de la Segunda Catarata (que luego sería un gran centro de fundición del cobre local). La presencia de esclavos y soldados nubios en Egipto durante la construcción de las pirámides de la

Dinastía I, nos permite imaginar cuál fue el destino de muchos miembros del Grupo A. Sin embargo, a medida que decaía el Imperio Antiguo, los nubios recuperaron espacio vital. Se desmantelaron las guarniciones egipcias, se reanudó el comercio y se repobló la Baja Nubia, quizá por descendientes de sus anteriores habitantes, conocidos como «Grupo C», que se dedicaban al pastoreo. Estas gentes sufrieron las invasiones de tiempos del Imperio Medio, en 1991 a.C., cuando los egipcios construyeron sólidos fuertes en su frontera meridional cerca de la Segunda Catarata y empezaron a extraer oro de las minas del desierto oriental, lo que alteró sus relaciones con Nubia. Un comandante egipcio exclamaba por esas fechas: «Navegué río arriba con gran éxito matando a todos los nubios que encontraba en las orilla. Quemé sus casas, les quité el trigo y mandé talar los árboles que les quedaban»[6]. En los documentos egipcios se empieza a mencionar un reino en la Alta Nubia al que por lo general denominan «el vil Kush».

Este reino africano, el más antiguo del que se tiene constancia aparte de Egipto, era un reino habitado sobre todo por gentes del Grupo C. Su capital era Kerma, una ciudad comercial situada algo al sur de la Tercera Catarata, la región agrícola más rica de Nubia y el punto en el que una ruta por el desierto llevaba desde el río a las tierras del sur. Los habitantes de Kerma eran físicamente similares a los nubios modernos, y parecen haberse asentado allí alrededor del 2500 a.C. Sus tumbas más antiguas indican un grado de diferenciación que sugiere que esta comunidad política alcanzó su máximo esplendor durante el Segundo Periodo Intermedio (1785-1540 a.C.), cuando las tropas egipcias abandonaron la Baja Nubia y Kerma expandió su poder por el norte hasta Asuán, estableciendo alianzas con las dinastías guerreras egipcias. Por entonces, Kerma había asimilado muchas características de la cultura egipcia. Sus habitantes empleaban el cobre en grandes cantidades para recipientes y armas, construyeron una capital fuertemente amurallada y configuraron su centro ritual a semejanza de un templo egipcio, aunque la religión local manifestara la predilección típicamente africana por los sacrificios. Las grandes tumbas tumulares regias del periodo, con sus templos anejos, contenían «pilas de cerámica fina, de joyas, armas y útiles de aseo ornamentados, cofres y lechos de madera con taracea de

[6] Citado en D. N. Edwards, *The Nubian Past: An Archeology of Sudan*, Londres, 2004, p. 91.

marfil[7]», así como los restos de miembros (a veces centenares) de los séquitos reales, enterrados vivos para acompañar a sus amos.

Kerma sucumbió en la última y más poderosa fase de la expansión egipcia, que buscaba no sólo oro sino también gloria militar y poder administrativo. La unificación durante el Imperio Nuevo permitió la repoblación de la Baja Nubia y obligó a Tutmosis III a destruir Kerma en torno al 1450 a.C. para penetrar hasta la Quinta Catarata o más allá. A lo largo de los 400 años siguientes, la cultura egipcia tuvo un impacto totalmente diferente. Los templos y los nobles egipcios adquirieron tierras en la Baja Nubia, y convirtieron a sus habitantes (el Grupo C) en aparceros o jornaleros plenamente asimilados hasta tal punto que desaparecen las huellas distintivas en los restos arqueológicos. Cuando las fuerzas egipcias se retiraron a finales del Imperio Nuevo en 1070 a.C., dejaron tras de sí una población mermada y empobrecida, quizá también en parte porque los bajos niveles del Nilo habían reducido la fertilidad de las llanuras ribereñas. El Egipto del Imperio Nuevo también gobernó Kerma, pero al parecer de manera menos directa y firme, dado que los grandes templos edificados allí como avanzadillas del poder y la cultura egipcios hubieron de fortificarse.

Alrededor del año 900 a.C. se fundó un reino en la Alta Nubia que se parecía mucho a Kerma (a juzgar por las tumbas regias) pero, seguramente debido a la creciente desertificación, estaba situado río arriba, en Napata, el punto donde la ruta por el desierto que partía de Kerma volvía a encontrarse con el río. Desde allí se dirigió hacia Egipto el rey Pianji, en el 728 a.C., irónicamente como paladín de las tradiciones faraónicas contra la expansión militar libia. Egipto se gobernó desde Napata hasta el 656 a.C. y sus reyes se habituaron a la cultura y el estilo egipcios en los templos, tumbas, artes y oficios, adoptando la lengua escrita egipcia. De esta época es el primer objeto de hierro descubierto en Napata: una punta de lanza recubierta de pan de oro, hallada en la tumba del rey Taharqa (690-664 a.C.).

Los gobernantes saítas que expulsaron de Egipto a los sucesores de Taharqa completaron su victoria atacando Napata en el 593 a.C. La capital se trasladó más al sur, a Meroe, el punto más meridional de la confluencia de la ruta del desierto con el Nilo, por encima de la Quin-

[7] C. Bonnet, «Excavation at the Nubian Royal Town of Kerma: 1975-1991», *Antiquity* 66 (1992), p. 622.

ta Catarata. Allí sobreviviría esta antigua comunidad política durante casi 1.000 años más pero, para ello, hubo de cambiar. Meroe se hallaba al sur del desierto propiamente dicho, en la franja donde las lluvias tropicales de verano permitían que creciera el sorgo sin necesidad de riego, y el ganado podía pastar en la llanura durante la estación húmeda. Los símbolos meroíticos solían ser motivos pastoriles ya que probablemente el ganado fuera su principal fuente de riqueza. En el sistema religioso de Mero, el panteón egipcio, encabezado por el dios solar Amón, se mezclaba con divinidades presumiblemente locales como Apedemak, el «León del Sur». Es probable que la cerámica hecha por los hombres en tornos de alfarero se rigiera por modas extranjeras, pero la alfarería local elaborada a mano por las mujeres apenas experimentó cambios. En el siglo II a.C. convirtieron los 23 caracteres de la escritura egipcia en un alfabeto que les permitió plasmar la lengua meroítica, todavía por descifrar. Los gobernantes de Meroe fueron grandes sacerdotes al estilo faraónico que se autoproclamaban reyes del Alto y el Bajo Egipto y fueron enterrados en pequeñas pirámides hasta el siglo IV d.C., pero la reina madre y los notables determinaban la sucesión, siguiendo una costumbre totalmente africana. Meroe suministraba oro, esclavos y productos tropicales al Mediterráneo y a Oriente Medio, donde era conocida como un reino fronterizo exótico digno de ser visitado. Sus ejércitos lucharon contra los ptolomeos y los romanos por el dominio de la Baja Nubia, cuya prosperidad se incrementó a comienzos de la era cristiana con la adopción de nuevos cultivos y la irrigación a base de *saqias.* Pero la base de la economía de Meroe eran el sorgo, el algodón y el ganado procedente de la Alta Nubia que pastaba en las grandes praderas que se extendían hasta Jartum y las tierras circundantes bendecidas por la lluvia. Más que transmitir la cultura egipcia hacia el sur de África tropical, Meroe la absorbió fundiéndola con su propia cultura indígena, algo muy frecuente en la historia del continente. Ni siquiera podemos afirmar que la forja de hierro se extendiera hacia el sur. En el siglo IV d.C. desaparece toda huella de la presencia regia en Meroe, debilitada, tal vez, por la alteración de las rutas comerciales que conectaron al Nilo con el mar Rojo durante la ocupación romana de Egipto. Los restos óseos indican que la población sobrevivió a la transición política, pero, en lo sucesivo, la cultura hegemónica fue la de los pueblos nubios, relacionados con los pastores de las colinas y los desiertos al oeste del Nilo, que introdujeron las primeras bridas,

bocados y espuelas empleados para la doma de caballos en África. Los enfrentamientos violentos despoblaron la Alta Nubia dañando enormemente su economía. Pero en la Baja Nubia los nuevos gobernantes adquirieron productos de lujo traídos del norte, adoptaron algunas de las prerrogativas regias meroíticas, y fueron enterrados con sus queridos caballos en tumbas tan espectaculares como las de sus ancestros, de unos 4.000 años antes.

Nubia nos ha legado algo más. En los tiempos en que Kerma dominaba la Alta Nubia, entre el 2500 y el 1500 a.C. aproximadamente, surgió una entidad política regida por un jefe local en el delta del Gash hacia el sudeste, cerca de la moderna frontera entre Sudán y Etiopía, en una importante ruta comercial hacia el mar Rojo que llevó la cerámica de Kerma hasta la costa occidental de Arabia[8]. Los contactos comerciales del delta del Gash sobrevivieron a la destrucción de Kerma, pero la región se vio sometida a un nuevo sistema político cuyo centro estaba más al sudeste, en el extremo norte de la meseta etíope, en la moderna Eritrea y Tigray. Allí surgió, en torno al siglo VIII a.C., un reino denominado Daamat. Sus habitantes probablemente emigraran a la meseta huyendo de la sequía de las llanuras. Su cerámica procedía en parte de Tigray e incorporaba parcialmente las tradiciones artísticas de Egipto y de Kerma, conocidas por el comercio en el delta del Gash. Su refinada cultura era fundamentalmente de origen sudarábigo, y hundía sus raíces en la inmigración o la imitación. En Yeha, probable capital de Daamat en la moderna Tigray, se conserva un templo de la época dedicado a los dioses astronómicos de Arabia del Sur, junto a un posible palacio, templos menores, inscripciones en lengua sabea hablada en Arabia del Sur (que fue mutando con el paso de los siglos), y hoces y otros objetos de bronce y de hierro, probablemente importados desde el sur de Arabia. No se interrumpió el comercio por el Nilo, y las reinas de Daamat parecen haber adoptado atuendos y ornamentos de Napata, si bien la influencia meroítica fue bastante superficial. El reino se fragmentó entre los siglos V y III a.C., legando a la Etiopía histórica su pluralidad cultural[9].

---

[8] R. Fattovich; K. Sad y S. Vitagliano, «Società e territorio nel Delta del Gash», *Africa* (Roma) 43 (1988), pp. 394-453.

[9] R. Fattovich, «Remarks on the pre-Aksumite Period in Northern Ethiopia», *Journal of Ethiopian Studies* 23 (1990), pp. 1-33.

Bereberes, fenicios y romanos

Los egipcios utilizaron el cobre unos 2.000 años antes de que se generalizara su uso en otras zonas de África del Norte. Establecieron contacto con los «libios» venidos del oeste, los ancestrales bereberes, pueblos pastores de Cirenaica y de los oasis del desierto. Cuando se infiltraron por el valle del Nilo huyendo del hambre, los consideraron bárbaros, pero más tarde los contrataron como mercenarios y acabaron gobernando el delta en torno al año 945 a.C. Más al oeste, en el Magreb, también predominaban los bereberes. Se trata de una región, de grandes contrastes, que abarca desde la Libia occidental moderna (Tripolitania) hasta el Atlántico. Entonces había allí fértiles llanuras costeras que alternaban, hacia el sur, con pastos áridos y hasta zonas desérticas, surcadas por estribaciones montañosas cultivables. Los autores antiguos hablan de tres grupos principales de población en la zona. El más numeroso era el de los bereberes de las llanuras septentrionales, y en especial de las zonas montañosas más accesibles, donde podían utilizar el arado, practicar una agricultura de regadío y dedicarse al pastoreo. Convencionalmente se habla de mauros en el oeste (el actual Marruecos) y de númidas en el centro y este (Argelia y Túnez). Componían el segundo grupo los bereberes parcialmente dedicados al pastoreo en los pastos áridos y el desierto, que adoptaron los carros de caballos procedentes de Egipto en el segundo milenio a.C. y más tarde, en el primer milenio a.C., recurrieron a los caballos como montura habitual. Los autores antiguos los denominaban gétulos, un nombre genérico para los pastores. La tercera categoría estaba constituida por grupos no bereberes que vivían dispersos por los oasis de los desiertos y las zonas cultivables, como los garamante asentado en Fezzán, los antepasados de los actuales Tubu de Tibesti. Las crónicas romanas destacaban las diferencias étnicas y los conflictos entre agricultores y nómadas, pero los estudios actuales demuestran que hubo intercambios y simbiosis entre ellos. Ambos practicaban una religión panteísta centrada en el culto a la fertilidad. Asimismo parecen haber tenido sistemas sociales y políticos segmentados en los que cada persona pertenecía a varios grupos diferentes: familia, linaje, clan, tribu, quizá confederación, etc. La comunidad sólo actuaba colectivamente cuando un miembro de un grupo entraba en conflicto con alguien de otro grupo de importancia equivalente. Ese sistema disuadía del uso de la violencia amenazando con

aplicar la ley del talión sin que para ello hubieran de pronunciarse líderes políticos; de ahí que los autores antiguos hicieran hincapié en el igualitarismo de los bereberes. «Tenían cierta aversión a los reyes provistos de autoridad», comentaba el historiador romano Tito Livio. Sin embargo, en épocas posteriores, esta ideología igualitaria solía coexistir con la presencia de prohombres locales, sobre todo en tiempos de crisis. Los garamante parecen haber elegido a sus jefes en el seno de una confederación organizada.

A finales del segundo milenio a.C., mercaderes fenicios procedentes del actual Líbano colonizaron las costas norteafricanas. Su asentamiento más importante fue Cartago («Ciudad Nueva»), edificada en el norte del actual Túnez poco después de su tradicional fecha de fundación en el 814 a.C. y gobernada por los ciudadanos ricos. El principal objetivo de los fenicios era hacerse con el control del comercio en el Mediterráneo occidental. Al hacerlo, integraron el norte del continente en la historia mediterránea, justo cuando el proceso de desertificación del Sáhara empezaba a dilatar los contactos con África tropical. En cambio, las relaciones de los fenicios con las tierras del interior se desarrollaron con lentitud. Tan sólo conservamos unas cuantas crónicas cartaginesas pero, según la tradición, los colonos no se movieron de la costa hasta el siglo VI a.C., cuando extendieron el territorio de la ciudad unos 200 kilómetros tierra adentro por las fértiles llanuras del norte y este de Túnez, estableciendo un modelo de ocupación extranjera duradera en esa región y dejando el resto de África del Norte en manos de los bereberes. Los cartagineses también establecieron relaciones comerciales con los garamantes, que les procuraban piedras preciosas y un reducido número de esclavos negros del sur, y no parecen haberse dedicado nunca al comercio en el desierto. En las llanuras costeras de la moderna Túnez, los cartagineses ricos crearon grandes granjas dedicadas al cultivo de trigo, mientras que en la zona costera oriental (el Sahel), probablemente introdujeran los olivos que tanta fama han dado a la región. Las fuentes antiguas describen esas granjas como «haciendas esclavistas» y dan cuenta de frecuentes «rebeliones de esclavos». Sin embargo, hay especialistas que creen que los braceros eran habitantes bereberes autóctonos, obligados a trabajar las tierras de sus «señores» como aparceros. La agricultura se benefició de los conocimientos de los fenicios que introdujeron en el norte de África la forja del metal, sobre todo del bronce y del hierro.

En el 241 a.C., el ejército mercenario cartaginés perdió su primera guerra contra Roma, cuyo poder empezaba a incrementarse. La guerra y la derrota produjeron una subida de impuestos. De ahí que intentaran dominar a sus vecinos bereberes para que fueran ellos los que realizaran el trabajo no remunerado. Era la primera vez que los gobernadores provinciales vigilaban las comarcas circundantes. Se excavaron las «Fosas Púnicas» para defender el territorio cartaginés y vigilar los movimientos de los pastores. Los bereberes resintieron mucho el cambio de actitud. Su jefe era el númida Masinissa, quien vivía en la llanura que forma el litoral al oeste de Cartago. En esa época los fenicios también acusaron la influencia de los colonos: la lengua bereber pasó a escribirse en un alfabeto fenicio ligeramente modificado, y hay quien cree que Tanit, la diosa de la fertilidad que los cartagineses empezaron a venerar cuando se dedicaron cada vez más a la agricultura, era de origen bereber. A los seguidores de Masinissa se les expropiaron muchas tierras. En el 202 a.C., el jefe númida ayudó a Roma a derrotar de nuevo a Cartago y a convertirla en un territorio «dependiente». En el año 150 a.C., sus incursiones en territorio cartaginés obligaron a Cartago a atacarle, lo que dio pie a sus amos romanos para arrasar Cartago hasta los cimientos, quedando el territorio casi desierto durante un siglo. Otras ciudades fenicias sobrevivieron bajo la férula de Roma, pero los principales jefes locales del siglo siguiente eran antiguos reyes bereberes y clientes de Cartago. Uno de ellos, Yugurta, descendiente de Masinissa, emprendió una larga guerra contra los romanos, hasta que fue traicionado en el 105 a.C. Los conquistadores romanos acantonaron sus tropas al oeste de Cartago, pero el principal periodo de la colonización romana comenzó 60 años después, cuando se fundó una cadena de asentamientos a lo largo de la costa norteafricana para acoger a veteranos de guerra. A comienzos del siglo I d.C. quizá hubiera entre 10.000 y 20.000 colonos romanos en esa zona del territorio, que se extendía desde el centro de Marruecos hasta Libia occidental. Los emperadores posteriores se limitaron a fundar colonias en zonas periféricas estratégicas.

El poder romano se concentraba en ciudades costeras rodeadas de «cinturones de villas» o fincas, que administraban el *hinterland* bereber extrayendo de él toda su riqueza. La frecuencia de las lluvias en el norte de África de entonces no debía de ser muy distinta a la de hoy[10]. A

[10] G. Barker; D. Gilbertson; B. Jones y D. Mattingly, *Farming the Dessert: the Unesco Libyan Valleys Archeological* Survey (2 vols., París, 1996), vol. I, p. 345.

principios de nuestra era, sus llanuras costeras eran ya la principal fuente de grano de los romanos que no lo cultivaban directamente, sino que lo recaudaban en concepto de renta o impuesto. A lo largo de los tres siglos siguientes, las altas llanuras del interior se fueron convirtiendo en el mayor proveedor de aceite de oliva del imperio. África del Norte era conocida por sus enormes fincas, en especial las haciendas imperiales que en el año 422 d.C. ocupaban alrededor de una sexta parte del territorio romano de la actual Túnez. Los arrendatarios se ocupaban de trabajar parte de las tierras con mano de obra tributaria, los colonos *(coloni),* que a su vez se quedaban en ellas de manera indefinida a cambio de una tercera parte de las cosechas. La legislación del siglo IV prohibía a los *coloni* marcharse de las tierras e impedía a los terratenientes vender las fincas sin arrendatarios. Había tanto villas romanas como aldeas bereberes por toda la región aunque, a medida que se avanzaba hacia el sur, predominaban las aldeas. Los agricultores bereberes eran buenos abriendo nuevos mercados de exportación. En los límites del desierto de la actual Libia, hoy terreno baldío, construyeron sistemas de irrigación para cultivar olivos en un terreno en el que las lluvias sólo cubrían un tercio o la mitad de las necesidades de agua de este cultivo. Las más beneficiadas fueron distinguidas familias bereberes que adoptaron la cultura y los modos de vida de los señores romanos. Por ejemplo, en la ciudad de Gigthis, al sur de Túnez, Manius Pacatus, un bereber, era jefe de la tribu chinithi y a la vez cabeza de una familia que, por el año 200 d.C., mandaba senadores a Roma. La diosa bereber Tanit de Cartago, pasó a ser Juno Caelestis: diosa romana de los cielos. Artistas y escritores como Apuleyo plasmaron una vigorosa cultura norteafricana con personalidad propia que sobrevivió al gobierno de Roma. Ni siquiera los que se resistieron a la dominación romana pudieron evitar el influjo de su cultura. Los garamantes del Fezzán, en respuesta a una expedición de Roma contra su capital en el año 20 d.C., entregaron los escasos productos africanos tropicales (incluidos unos pocos esclavos) que llegaban al mundo romano desde el sur del Sáhara, importando a cambio artículos de Roma y adoptando los estilos de edificación romanos. Los gétulos crearon coaliciones efímeras para resistir a la intromisión romana, pero también dependían del grano en las épocas de cosecha, y del rastrojo para pastos en las regiones agrícolas del norte a las que llevaban sus rebaños en verano. Los romanos construyeron una línea de zanjas, caminos laterales y baluartes denominada *limes,* que co-

rría paralela a la costa desde Marruecos a Libia occidental y les permitía forzar negociaciones con los pastores y vigilar a los numerosos montañeses de la región.

Más allá de la *limes* tuvieron lugar cambios importantes. A medida que las sequías se hacían más frecuentes en el Sáhara, los pastores supervivientes se fueron congregando en torno a los oasis. Para comunicarse dependían de caballos y camellos cuyo número fue creciendo a lo largo de los primeros siglos de nuestra era. El grupo predominante de esta economía del desierto primitiva eran los garamante de Fezzán, un pueblo mestizo de origen negroide y bereber que, ya en el primer milenio a.C., había construido miles de kilómetros de un sistema de irrigación subterráneo que desviaba agua del oasis por canales, permitiéndoles cultivar trigo, cebada, dátiles, vino y aceitunas. Su número debía de oscilar entre los 50.000 y 100.000 y crearon una forma de organización política que se enfrentó al poder romano en varias ocasiones hasta que alcanzaron un acuerdo que beneficiaba a ambos. Los garamante siguieron muchos modelos romanos e incluso importaron materiales de construcción para erigir sus ciudades de piedra. A cambio, proporcionaron esclavos a los romanos, piedras semipreciosas y otros productos exóticos que pasaron a formar parte del comercio mediterráneo. En sus incursiones llegaron muy al sur, probablemente hasta el lago Chad.

Los garamante vivieron su época de esplendor en los siglos II y III d.C., un momento en el que las colonias romanas también atravesaban una época de prosperidad. En los siglos siguientes sufrieron a la par el declive que sacudió al Imperio romano en su totalidad. A finales del siglo III d.C., Roma empezó a retirar sus acuartelamientos del *hinterland* norteafricano, si bien la producción agrícola se mantuvo intacta al menos un par de siglos más, tanto en las haciendas de la costa como en las granjas bereberes del interior. A medida que iba desapareciendo la presencia romana, los jefes bereberes fueron creando pequeños reinos de frontera, beneficiándose de las cualidades guerreras de los pastores y de la capacidad para pagar impuestos de los granjeros. En el año 508 d.C., uno de estos jefes se autoproclamó «rey de los pueblos mauros y romanos» aunque, por entonces, el imperio ya no existiera. Los vándalos habían invadido el norte de África desde Hispania en el año 429 d.C.; habían tomado Cartago y extendido su poder por toda la región.

El África subsahariana

Uno de los misterios de la historia africana es si Cartago difundió la forja de metales por el África subsahariana. El cobre y el hierro sólo se encuentran en estado puro rara vez. Aun así pueden labrarse mediante la forja, en especial si se los calienta. Ese tipo de técnicas para el trabajo del metal se empezaron a usar en Asia occidental (en lo que hoy es Turquía e Irán) hacia el año 8000 a.C. Pero el cobre y el hierro suelen darse en aleación con otros minerales y hay que depurarlos fundiéndolos a altas temperaturas. El cobre es más blando y ya se fundía en Asia occidental poco después del 4000 a.C. Fue descubierto en diversas regiones sin comunicación entre sí, incluso en la América precolombina. Fundir el hierro es más complicado, porque sólo una fundición correcta dota al metal de las características físicas y químicas que lo hacen útil. En la América precolombina no se fundió hierro. Asia occidental descubrió el proceso a finales del tercer milenio a.C., y hay quien opina que también se descubrió de manera independiente en Asia oriental, donde las industrias del cobre facilitaron la adquisición de ulteriores conocimientos metalúrgicos. En general, las técnicas tan complejas como esta se suelen adquirir por difusión. La cuestión de si los africanos, parcialmente aislados del núcleo euroasiático, descubrieron por su cuenta la forja del hierro, es uno de los mayores enigmas de la historia del continente.

La antigüedad de las rocas de África determinó que los minerales fueron su mayor riqueza natural. El cobre, como el oro en otras regiones, era un símbolo de opulencia y ostentación. Pero, como era escaso (salvo en África central), se utilizaba más el hierro, que existía en abundancia aunque no fuera de buena calidad. El hierro tuvo un impacto especial en la historia africana, debido a que la mayoría del continente no conoció una Edad del Bronce anterior. Por otro lado, en gran parte de África oriental y meridional no se practicó la agricultura hasta que se empezó a hacer uso del hierro, de manera que, se podría decir sin exagerar, fue el acceso al hierro lo que permitió a los africanos crear su propia civilización. La posición privilegiada que solían conceder a sus herreros lo confirma, pues se les asociaba a los orígenes del liderazgo político y se les suponía investidos de un peligroso poder místico. En todo caso, los orígenes de la metalurgia africana son un tanto inciertos. Intentamos determinar dónde estuvieron las primeras fundiciones ba-

sándonos en el análisis con radiocarbono de las cenizas de los hornos, con resultados no del todo fiables. Todas las fechas obtenidas por el carbono 14 han de calibrase. Muchos de los talleres de fundición de hierro de la mitad septentrional del continente parecen pertenecer a mediados del primer milenio a.C., un periodo en el que las fechas obtenidas mediante el radiocarbono son especialmente imprecisas. En la actualidad, por tanto, no entendemos la historia de la metalurgia africana. Lo único que podemos hacer es reseñar los descubrimientos realizados hasta hoy con el fin de centrar el problema[11].

El primer metal que se utilizó en África fue el cobre natural trabajado en Egipto a finales del quinto milenio a.C., seguido de la fundición de mineral de cobre en la primera mitad del cuarto milenio y del uso del bronce (una aleación de cobre más dura) tras su descubrimiento en Asia occidental durante el tercer milenio, cuando los egipcios también llevaron hasta Nubia la fundición de cobre. Los egipcios aprendieron a fundir hierro de los asirios y los griegos durante el siglo VII a.C. La prueba más temprana de la presencia de esa técnica más al sur, en Meroe, procede del mismo periodo o de una época ligeramente posterior pero, teniendo en cuenta que la industria de Meroe sólo fue importante tras el nacimiento de Jesucristo, no es probable que la fundición de hierro se difundiera a través del Sáhara. Además, se usaban técnicas diferentes en el África subsahariana y los arqueólogos no han podido hallar ni rastro de una posible ruta de transmisión hacia el sur. Y eso sin olvidar que en el siglo VII a.C. ya se fundía hierro en el Níger, en el extremo sur del Sáhara. Cartago es una fuente de difusión más probable. Los fenicios fueron los grandes metalurgos del Mediterráneo antiguo, y trabajaban tanto el bronce como el hierro. Puede que Cartago ya dominase la forja del hierro hacia el siglo VIII a.C., pero no tenemos pruebas de que difundieran sus técnicas hacia el sur o el oeste, donde se empleaban técnicas de fundición totalmente diferentes. La idea de que ya en el segundo milenio a.C. se fundía cobre y hierro en Níger no ha tenido mucha aceptación, pero sabemos con certeza que se fundía cobre en Akjoujt, Mauritania, a mediados del primer milenio a.C., y hierro al norte de Camerún y Taruga, en el corazón del moderno Níger, por esas mismas fechas. Taruga fue uno de los núcleos de la

[11] Esto se basa en D. Killick, «What do We Know about African Iron Working?, *Journal of African Archeology* 2 (2004), pp. 97-112.

extendida cultura nok, cuyos integrantes usaban hachas de piedra pulimentada, explotaban las palmeras de aceite y produjeron las figuritas de terracota (cerámica endurecida al horno) más antiguas del África subsahariana. En los tiempos en que se confeccionaban estas figuritas, la forja del hierro se iba difundiendo por África occidental, donde han aparecido hallazgos fechados en el siglo IV o III a.C. en Nsukka, al sur de Nigeria, y en otros yacimientos de Gabón y Congo-Brazzaville. También hemos hallado hornos de fundición en la región de los Grandes Lagos del este de África. Lo único que nos puede decir el carbono 14 de los hallados en Ruanda y Burundi es que son anteriores al año 400 a.C. Los de Katuruka, en el noroeste de Tanzania, pueden ser más antiguos. Una vez más la tecnología que empleaban no tiene nada que ver con la de los hornos del Mediterráneo.

Sabemos que los primeros herreros de la región de los Grandes Lagos hablaban lenguas nilo-saharianas pero los bantú, que llegaron a esa región desde el este, adoptaron su vocabulario para referirse a las actividades relacionadas con la metalurgia y sus técnicas. En sus hornos de fundición aparece cerámica de estilo urewe, que se difundió luego ampliamente por las regiones de habla bantú de África oriental y meridional. Sabemos que en Ruanda la forja del hierro y la alfarería se combinaban con el cultivo del sorgo y el mijo y el pastoreo de cabras y, al menos desde el siglo III a.C., de ganado mayor, lo que sugiere que los bantú habían añadido a su agricultura forestal una serie de actividades encaminadas a la producción de alimentos más acordes con la vida en la sabana. La diversificación puede haber contribuido al crecimiento de la población y explicaría por qué los bantú se impusieron a los nilo-saharianos, de quienes probablemente habían adquirido sus nuevos conocimientos agrícolas y ganaderos. Los análisis de polen indican que hubo una extensa deforestación en la región del lago Victoria a partir de finales del primer milenio a.C., debido, quizá en parte, a la agricultura y la fundición de hierro. La evolución lingüística indica que entre el año 500 a.C. y el 500 d.C., los agricultores colonizaron casi toda la región que circunda el lago.

El proceso no se detuvo ahí, pues la agricultura, la forja del hierro, la ganadería y las lenguas bantú se difundieron desde la región de los Grandes Lagos a casi todos los rincones del África oriental y meridional. La ruta más antigua debió de discurrir hacia el sur por el valle del Alto Zambeze, donde se han hallado restos de ganado y de cerámica derivada

de la de Urewe, de alrededor del año 380 a.C. Desde allí, a lo largo de los primeros siglos de la era cristiana, la cultura se expandió hacia el oeste, hacia las sabanas de la moderna Angola, y hacia el este, hacia las modernas Malaui, Zambia y Zimbabue. En esta última región los bantú se unieron a los nuevos colonos, ya que eran los primeros que habían tomado una ruta más al este desde su punto de origen alrededor de los Grandes Lagos. Hace unos 2.000 años dejaron esa zona, desplazándose hacia el este a marchas forzadas. Por donde pasaban dejaban un tipo de cerámica, derivada de la urewe tradicional, que se difundió a través de la Tanzania moderna hasta la costa del océano Índico, donde hemos encontrado piezas de tiempos del nacimiento de Cristo. Quienes las elaboraron, practicaban una metalurgia del hierro similar a la de la región de los Grandes Lagos y se asentaron por los fértiles terrenos al pie de los pliegues montañosos de África oriental, evitando las llanuras ocupadas por los pastores que sólo trabajaban la piedra. Mientras los grupos del interior se desplazaban hacia el sur por África central, los que llegaron al océano Índico se movían con rapidez, dirigiéndose hacia al sur a lo largo de la costa del actual Mozambique, explotando el marisco y otros recursos marinos, hasta alcanzar la moderna Maputo alrededor del siglo II d.C. y penetrar, con el tiempo, más al sur, hasta Durban. A finales del primer milenio d.C., los hablantes bantú habían llegado al río Great Kei, en Sudáfrica, y ya no pudieron seguir avanzando porque su alimento básico, el sorgo, era una planta que requería lluvias veraniegas, y no se podía cultivar en la región meridional y oriental de El Cabo, donde las lluvias importantes caen en invierno. De modo que dejaron esa región a los pueblos joisán, algunos de cuyos miembros adquirieron ganado (probablemente de sus vecinos bantú) y pasaron a autodenominarse joijói.

Es imposible mostrar en unas breves páginas toda la complejidad del proceso de difusión de la nueva cultura por la mitad meridional de África. No fue una simple migración en masa de unos bantú conquistadores y culturalmente superiores. Con frecuencia, rasgos de la nueva cultura alcanzaban diversas regiones en fechas diferentes. Parece ser que muchos recolectores-pastores joisán consideraban que la alfarería era la más útil de las innovaciones, y la adoptaron incluso antes de que la producción de alimentos llegase a su región. Algunos, como los joijói, optaron por la producción de alimentos. Pero no fue una mera transmisión de nuevas lenguas y prácticas culturales de una población ya establecida a la siguiente. La velocidad de la difusión desde los Grandes Lagos hasta

la costa oriental, y en especial hacia las costas de África austral, permite sostener que hubo verdaderos movimientos de población. Los emigrantes probablemente avanzaran en pequeños grupos inconexos, lo que explicaría el predominio de las lenguas bantú y el grado de homogeneidad genética de sus hablantes modernos[12]. En esa primera etapa, los colonos bantú no eran labradores que expandían lentamente sus cultivos ganando franjas de terreno al bosque; eran pioneros nómadas que probablemente todavía dependían en gran medida de la recolección y la caza. Elegían sólo las tierras más aptas para su tecnología agrícola, evitando las llanuras áridas y quedándose con las tierras de regadío o abandonando implacablemente los campos en cuanto perdían su virginal fertilidad. Este proceso se ha estudiado con todo detalle en las cercanías de las cataratas Victoria en la actual Zambia. Los alfareros, que quizá no fueran más de 1.000, penetraron en la zona alrededor del siglo III d.C., llevando consigo la agricultura, la ganadería, el hierro y el cobre. Elegían emplazamientos de poca entidad en los que podían sacar provecho de sus conocimientos y construir sus chozas de ramas entretejidas y barro formando aldeas compactas que, por término medio, ocupaban unos 50 metros de longitud. Este fue el modelo generalmente adoptado por los bantú en sus asentamientos fronterizos del este y el sur de África. Si poseían ganado, lo encerraban en un corral en el centro de la aldea. Cuando los campos circundantes estaban yermos, los pioneros se desplazaban al próximo emplazamiento aprovechable. Por aquel entonces, la idea de volver a la aldea tras un periodo de barbecho ni les pasaba por la imaginación, como tampoco intentaron adaptar sus formas de explotación a circunstancias diferentes. Sólo a finales del primer milenio d.C. empezaron a regresar a emplazamientos anteriores tras largos periodos de barbecho, lo que indica que la colonización agrícola en África oriental y meridional empezaba a crear comunidades más estables.

---

[12] A. Salas *et al.*, «The Making of African mtDNA Landscape», *American Journal of Human Genetics* 71 (2002), p. 1082; L. Pereira *et al.*, «Prehistoric and Historic Traces in the mtDNA of Mozambique», *American Journal of Human Genetics* 65 (2001), pp. 439-449.

4
Cristianismo e islam

Mientras los pueblos de lengua bantú colonizaban África austral, el norte del continente estaba entrando en uno de sus periodos históricos más importantes. Sólo en tiempos faraónicos había jugado un papel tan crucial para el progreso humano como en los siglos III y IV d.C., cuando fue la punta de lanza de la intelectualidad cristiana y 800 años después del islam y de una red comercial que abarcaba casi todo el Mundo Antiguo. El norte de África perdió su liderazgo en el siglo XIV debido a la Peste Negra y la catástrofe demográfica que provocó, de la que la región tardó 500 años en recuperarse. Pero en su época de esplendor, los norteafricanos adaptaron el cristianismo y el islam a sus propias culturas y difundieron ambas religiones por el África negra, donde siglos de desarrollo interno habían dispuesto los entornos sociales para su recepción y asimilación.

El cristianismo en el norte de África

Dice la leyenda que el propio san Marcos introdujo el cristianismo en Alejandría en el año 61 d.C. En realidad, lo más probable es que la Iglesia de Jerusalén enviara misioneros a la gran comunidad judía de Alejandría. La primera prueba fiable de la presencia del cristianismo en la región procede de una controversia de principios del siglo II entre los judíos que habían aceptado la nueva fe y los que la habían rechazado. El cristianismo se difundió rápidamente más allá de este núcleo judío. Hacia el año 200 d.C. había una Iglesia griega dirigida por el obispo de Alejandría, que contaba con muchos fieles tanto en el Alto como en el Bajo Egipto. Consideraban a Jesucristo un gran maestro a la manera griega; su primer gran teólogo, Orígenes (185-253 d.C./254 d.C.), creía que el hombre tenía que elevarse hacia Dios mediante el estudio y el ascetismo. Cuando los primeros obispos se establecieron fuera de

Alejandría, a principios del siglo III, el cristianismo se propagó entre los egipcios tanto como entre los griegos. Alrededor del año 325 d.C. Egipto tenía 51 diócesis episcopales, y la Biblia ya podía leerse en la lengua vernácula copta (egipcio antiguo escrito en caracteres griegos). Los principales guías espirituales del cristianismo popular eran monjes: primero fueron ermitaños individuales como san Antonio, que vivió en el desierto desde alrededor del año 285 d.C. hasta el 305 d.C., y luego comunidades regladas como las fundadas hacia el 321 d.C. por Pacomio. Puede que los monjes se fijaran en el modelo de los ascéticos sacerdotes del Antiguo Egipto y, desde luego, la caridad de la Iglesia copta se basaba en la vieja tradición de ayuda al hambriento, lo que demuestra la indigenización del cristianismo en una época en que la religión y la cultura antiguas de Egipto se estaban desintegrando. En el año 312 d.C. Constantino proclamó al cristianismo religión oficial del Imperio romano. Más entrado el siglo, las autoridades oficiales persiguieron a los sacerdotes de las religiones tradicionales y cerraron sus templos o los convirtieron en iglesias o monasterios. Hacia el 400 d.C., casi el 90 por 100 de los egipcios eran cristianos.

El cristianismo se extendió hacia Occidente, alcanzando el Magreb a través de redes griegas o romanas, más que judías. La primera prueba irrefutable de su presencia es la ejecución en Cartago de 12 cristianos en el año 180 d.C. por negarse a realizar sacrificios en honor del emperador. Estos primeros cristianos de las sociedades urbanas eran al parecer de toda condición social, edad y sexo. El cristianismo defendía la fraternidad por encima de las divisiones sociales en unas ciudades cada vez más jerarquizadas, al tiempo que ofrecía la resurrección del cuerpo en un mundo desprovisto de objetivos y protección espiritual que se había vuelto peligroso. En lugar de las fuerzas espirituales múltiples *(daemones)* y los hechiceros a quienes temían los paganos, el cristianismo pintaba un conflicto dualista entre Dios, que protegía a los creyentes, y el Diablo, cuyas fuerzas reflejaban todos los aspectos del paganismo. El cristianismo no era una amenaza para la jerarquía social y sus enseñanzas se transmitían de los mayores a los más jóvenes, pero se alimentó de los frecuentes conflictos generacionales y de género en las complejas casas patriarcales, al igual que ocurriría más tarde en África tropical. Entre los primeros norteafricanos que sufrieron el martirio en el anfiteatro de Cartago en el 203 d.C. había una mujer de treinta y dos años llamada Perpetua, de buena familia y madre de un niño:

> Subimos al banquillo de los acusados. Todos los demás confesaron su culpa al ser interrogados. Cuando llegó mi turno, apareció mi padre con mi hijo en brazos, me bajó a rastras del estrado y me dijo: «¡Realiza el sacrificio, ten piedad de tu hijo!». Hilariano el gobernador [...] me dijo: «Ten piedad de las canas de tu padre; ten piedad de tu tierno infante. Ofrece el sacrificio por el bien del emperador». «No lo haré», repliqué. «¿Eres cristiana?», preguntó Hilariano. Y yo respondí: «Sí, lo soy». [...] Entonces Hilariano dictó sentencia: nos condenaba a ser devorados por las fieras, y volvimos a la cárcel con elevado espíritu[1].

Las persecuciones fueron esporádicas hasta los años 249-251 d.C., cuando el emperador Decio, un soldado que estaba convencido de que el cristianismo estaba corrompiendo al imperio, endureció aún más la represión. Los mártires fueron especialmente numerosos en la próspera África del Norte, porque allí la Iglesia estaba creciendo más rápidamente. Llegó a tener al menos 150 sedes episcopales, concentradas sobre todo en la antigua zona colonial que rodeaba Cartago.

Pero también las había más al sur, en Byzacena, y al oeste, en Numidia. Durante el medio siglo siguiente, el cristianismo se difundió rápidamente por las zonas rurales, sobre todo en Numidia, por las llanuras del interior de la Argelia actual, donde se empezaba a cultivar el olivo. En estas tierras de colonos de grandes parcelas y de aldeas bereberes, el cristianismo fue una religión de protesta que casaba bien con arraigadas tradiciones bereberes que celebraban el honor y preconizaban las ventajas de una mínima organización política, prohibiendo tanto a hombres como a mujeres traicionar lealtades por miedo a castigos o amenazas de muerte. Cuando Diocleciano desató la Gran Persecución del año 303 d.C., en un intento desesperado de restaurar el antiguo orden romano, conminó a quienes gobernaban la Iglesia a entregar las Escrituras para su destrucción. A los que se sometieron (los *traditores*), los zelotes, que acabaron creando una Iglesia cismática bajo el liderazgo de Donato, candidato a la sede episcopal de Cartago, les negaron todo reconocimiento. Los católicos tenían muchos seguidores entre los notables de las ciudades y en la región agrícola romanizada de la costa; los líderes donatistas, aun siendo mayoritariamente intelectuales de las ciudades que hablaban latín, contaban con el apoyo de las clases bajas

---

[1] H. Musurillo (ed.), *The Acts of the Christian Martyrs,* Oxford, 1972, pp. 113-115.



Mapa 5. Cristianismo e islam.

no romanas de las ciudades y, sobre todo, de los campesinos bereberes y los braceros de Numidia. Muchas iglesias donatistas custodiaban bajo el altar mayor el cuerpo de un mártir local. La coincidencia de conflictos económicos y religiosos dio lugar a actitudes aún más extremistas, como las de los circunceliones («los que están alrededor del relicario»).

Solían ser peones temporeros que defendían las instituciones donatistas y aterrorizaban a los hacendados y al clero católico. El donatismo tuvo gran auge en todo el Magreb a lo largo del siglo IV. El encargado de reprimir esta herejía fue san Agustín de Hipona (al este de Argelia), quien los condenó por mezquinos, provincianos, cismáticos y socialmente subversivos. En el año 411 d.C., la pertenencia a la secta donatista pasó a ser un delito y la Iglesia católica, que prosperaba como un elemento más del Imperio romano, intensificó una represión que cedió en el 429 d.C. tras la invasión desatada por los vándalos en África del Norte y se reanudó al restablecerse el dominio bizantino en el año 533 d.C. El donatismo fue paulatinamente confinado a sus baluartes de Numidia, donde sobrevivió hasta la invasión de los árabes en el siglo VII d.C.

Aun hoy, la Iglesia copta de Egipto utiliza un calendario que no tiene su origen en el nacimiento de Jesucristo, sino en el inicio de la «era de los mártires», es decir, en el año 284 d.C. Pero perdonó a sus *traditores* y solamente sufrió un breve cisma. Su gran crisis tuvo lugar en el año 451, cuando el Concilio de Calcedonia, que intentaba apuntalar un Imperio romano que se desintegraba, proclamó la primacía de los obispos de Roma y de Constantinopla (la nueva capital imperial) a expensas de Alejandría y la doble naturaleza, divina y humana, de Cristo aceptada por Roma pero anatematizada por los alejandrinos. El cisma se produjo en el 536 d.C., cuando el emperador Justiniano intentó imponer a los monofisitas egipcios (defensores de la naturaleza exclusivamente divina de Cristo) jerarquías dispuestas a imponer los principios aprobados en Calcedonia. Las desavenencias entre Bizancio y los monofisitas impidieron que se formara una resistencia cristiana unida contra la invasión islámica del año 639 d.C. Los musulmanes acabaron con las jerarquías oficiales de la Iglesia, pero convirtieron a los cristianos coptos en tributarios protegidos preocupados, más que nunca, por su supervivencia.

El cristianismo en Etiopía y Sudán

La Iglesia copta ejerció una gran influencia en la región, empezando por Etiopía. Tras el hundimiento de Daamat, entre los siglos V y III a.C., varias pequeñas comunidades políticas fueron ocupando la meseta septentrional de Etiopía. El incremento del comercio en el mar Rojo en tiempos ptolemaicos enriqueció a toda la zona vinculándola al desarro-

llo mediterráneo a través de su puerto central: Adulis, famoso por su marfil. Durante el siglo I d.C., en una época de lluvias inusualmente abundantes, surgió un reino en Aksum que llegó a unificar la región. Había heredado gran parte de la cultura del sur de Arabia y embellecido su capital con palacios de piedra. Grandes estelas rocosas decoraban las tumbas regias, y la ciudad dispuso pronto de un cinturón de casas de campo. Dos siglos después, el reino acuñó moneda inspirándose en modelos romanos y sus navegantes llegaron hasta las costas de Sri Lanka.

Se suele atribuir la introducción del cristianismo en Aksum a Frumencio, un joven mercader cristiano secuestrado cuando viajaba de Tiro a la India. Acabó siendo el tutor del futuro rey Ezana, que se convirtió oficialmente al cristianismo hacia el año 333 d.C., cuando Frumencio fue consagrado en Alejandría como primer obispo de Aksum. La tradición simplifica mucho un proceso complejo, porque el cristianismo sólo era una de las religiones (incluido el judaísmo) de la corte de Ezana; más de un siglo después de su supuesta conversión, uno de sus sucesores hizo constar el sacrificio a Mahren (dios local de la guerra) de 50 cautivos. Probablemente, Ezana intentara patrocinar todas las religiones, incluido un cristianismo, cuyos símbolos aparecían en las monedas, lo que permite suponer que muchos forasteros (aunque no sólo forasteros) eran cristianos. Como el cristianismo llegó a Aksum procedente de Alejandría, la Iglesia se hizo monofisita y la dirigieron monjes coptos de Alejandría hasta mediados del siglo XX. Más aún: como el cristianismo empezó siendo una religión de Estado, se difundió gradualmente entre el pueblo gracias al respaldo regio y a la labor de monjes sacerdotes. Entre los siglos V y VII, se tradujeron al ge'ez (lingua franca semítica de Aksum, escrita en unos caracteres derivados del árabe del sur) las Sagradas Escrituras, la autoridad cristiana y aksumita se difundió hacia el sur por la meseta etíope, y los templos paganos de Aksum y Adulis se convirtieron en iglesias. La prosperidad de Aksum empezó a decaer a finales del siglo VI debido, quizás, a que la guerra entre Bizancio y Persia dio al traste con el comercio, y a la expansión musulmana que destruyó Abdulia. Además, la creciente dependencia de la agricultura coincidió con una época de disminución de las lluvias. Aksum acuñó sus últimas monedas en los albores del siglo VII. El rey, que murió en el año 630, no fue enterrado en la capital, sino más al sudoeste, donde la fusión entre la cultura aksumita y la indígena cushita daría lugar a la Iglesia y el reino históricos de Etiopía.

Los orígenes cristianos de Nubia fueron diferentes a los de Aksum debido, en parte, a que Nubia tenía fronteras con el Egipto cristiano. Tras el declive de Meroe en el siglo IV, los gobernantes nubios crearon tres reinos en el valle del Nilo: Nobatia al norte con su capital en Faras; Makuria en el centro en torno a la antigua Dongola, y Alua al sur, cuya capital era Soba (cerca de la moderna Jartum). Los símbolos grabados en la cerámica y otros objetos muestran la influencia del cristianismo egipcio al menos desde el siglo V d.C., pero la iniciativa de las conversiones sistemáticas partió de los bizantinos católicos y monofisitas que enviaron misioneros a Nubia. Los monofisitas llegaron primero (en el año 534 d.C.) a Nobatia, cuyos habitantes, según el cronista Juan de Éfeso, «se convirtieron gozosos a la nueva religión abjurando plenamente de los errores de sus mayores y rindiendo culto al dios de los cristianos»[2]. Las iglesias de los pueblos que se conservan y la adopción de rituales de enterramiento cristianos confirman nuestra interpretación, a pesar de que los templos paganos sobrevivieran en Nobatia dos siglos más. Los gobernantes de Alua querían formar parte de un mundo más amplio. Cuando llegó allí el misionero de Constantinopla, Longino en el año 580 d.C., «llevó al rey y sus nobles la palabra de Dios. Ellos abrieron su entendimiento y escucharon gozosos lo que tenía que decirles. Tras unos cuantos días de instrucción, el mismísimo rey se hizo bautizar junto a todos sus nobles. Sólo era cuestión de tiempo que el pueblo se convirtiera también»[3].

Los reinos nubios fueron cristianos durante casi 1.000 años. Nobatia y Alua fueron monofisitas desde el principio y Makuria se convirtió pronto. Los obispos llegaban a Nubia procedentes de Alejandría, y la Iglesia fechaba los acontecimientos a partir de la era copta de los mártires. Pero Bizancio también pesó mucho en la cultura de las elites. Los primorosos murales de la catedral de Faras, extraídos de la arena en la década de los sesenta, son de un estilo copto, que fue adoptando gradualmente rasgos bizantinos, sin dejar de ostentar ciertos rasgos locales distintivos. La lengua litúrgica era el griego; sólo muy paulatinamente se fueron traduciendo partes muy concretas de la liturgia y de la Biblia a la lengua nubia. Las traducciones se escribían en la versión copta del alfa-

[2] R. Payne Smith (trad.), *The Third Part of the Ecclesiastical History of John Bishop of Ephesus,* Oxford, 1860, p. 254.

[3] Smith, *Ecclesiastical History, op. cit.*, p. 320.

beto griego. La arquitectura de sus iglesias sugiere que el papel de los seglares en la liturgia fue disminuyendo con el tiempo. Los reyes recibían la unción sacerdotal y los obispos ocupaban cargos administrativos al modo bizantino. Ciertos historiadores atribuyen la desaparición definitiva del cristianismo en Nubia a su falta de adaptación a la cultura local; algo que no sucedió en Etiopía, que siempre estuvo más aislada de influencias externas. En las pinturas nubias, por ejemplo, Jesucristo y los santos siempre eran blancos, no nubios, distinción que no se hacía en el arte etíope. Pero hay que atribuir las distintas suertes corridas por ambas Iglesias más que nada a sus diferentes relaciones con el islam.

El islam en el norte de África

La expansión del poderío árabe y la religión islámica tras la muerte del profeta Mahoma en el año 632 d.C. determinó la historia del mundo en los 400 años siguientes. Durante ese tiempo, el islam pasó a ser la fe predominante en todo el norte de África y creó avanzadillas, tanto en África occidental como en la oriental. Al hacerlo, no sólo integraba al norte de modo permanente en la gran corriente histórica del Mundo Antiguo, sino que también incorporaba al África subsahariana por primera vez desde los inicios del proceso de desertificación del Sáhara.

Unos 4.000 musulmanes al mando de Amr ibn al-As invadieron Egipto en diciembre del 639 d.C. En menos de tres años habían conquistado la provincia más rica del Imperio bizantino. Aprovecharon el profundo antagonismo entre los gobernantes bizantinos y sus súbditos monofisitas, que limitó la resistencia de estos últimos a la defensa de sus aldeas. Pero la fuerza de los musulmanes residía en la disciplinada convicción que caracteriza a los seguidores de una nueva fe. Un historiador posterior imaginó a los bizantinos declarando: «Hemos visto a un pueblo que prefiere la muerte a la vida, y la humildad al orgullo. Se sientan en el suelo, y toman sus alimentos a lomos de caballo. Su jefe es uno cualquiera: entre ellos no hay distinciones de rango. Han fijado horas de oración en las que todos rezan con reverencia, lavándose antes las manos y los pies»[4]. En el año 643 d.C., Amr ibn al-As y sus jinetes lle-

[4] Al-Maqrizi, cit. en A. J. Butler, *The Arab Conquest of Egypt,* 2.ª ed., Oxford, 1978, p. 256.

garon a la actual Libia. Cuatro años después derrotaron al grueso del ejército bizantino cerca de Sufetula (Sbeitla), en la actual Túnez, y accedieron al corazón de las fértiles tierras del norte de África, sede de futuros imperios, más rurales entonces que en tiempos romanos, y algo despobladas por la gran peste del año 542, pero todavía ricas en cereales y olivos. En ese momento, los conquistadores aflojaron, debido a los conflictos por la sucesión al califato. Cuando se reanudó la guerra en el año 665 d.C., el principal caudillo, Ukba ibn Nafi, bordeó las grandes ciudades costeras de África del Norte fundando hacia el 670 d.C. Kairuán en el interior de la actual Túnez, llamada a ser la capital de la nueva provincia musulmana de Ifriqiya. Luego se dirigió al oeste cruzando las llanuras interiores hasta alcanzar el Atlántico, declarando que había luchado en nombre de Dios hasta los confines del mundo conocido. A su regreso, sin embargo, su ejército fue aniquilado por una coalición bereber acaudillada por Kusayla, jefe de la región de Tremecén, que luego se apoderó de Kairuán abriendo un nuevo periodo de conquista. Los pueblos bereberes de las llanuras y los montes del interior llevaban cuatro siglos luchando contra romanos, vándalos y bizantinos, de modo que organizaron la mayor resistencia con la que tropezaron los árabes en sus conquistas, reduciendo el poder musulmán al núcleo colonial de Ifriqiya. Cuando finalmente un ejército musulmán conquistó Argelia occidental y Marruecos, a comienzos del siglo VIII, gran parte de las tropas eran bereberes, y lo mismo cabe decir de la expedición que conquistó España en el 711-772 d.C. Decir que en territorio bereber predominaba el islam es tanto como decir que en el islam predominaban los bereberes.

El islam es un caso único en el norte de África y en el continente entero, pues lo que impulsó su difusión fue la conquista, pero los vencedores casi nunca obligaban a los conquistados a aceptar la nueva fe. Su meta era establecer un orden social islámico, confiando en la asimilación progresiva de los individuos. En Egipto, por ejemplo, dieron a elegir a los cristianos entre convertirse al islam y adoptar el estatus de cliente, o seguir siendo cristianos, contribuyentes protegidos *(dhimmi),* obligados a ceder tierras y pagar un tributo *per capita.* La mayoría de los coptos, que en los primeros años administraron la compleja sociedad egipcia para los árabes, optaron por esta solución. En el siglo VIII, sin embargo, se había incrementado el número de inmigrantes árabes, y los cristianos fueron gradualmente apartados de los cargos públicos. Era

una de las diversas medidas de presión social y económica para imponer la conversión al islam. Sin embargo, en torno a los años 717-720 d.C. se hicieron musulmanes tantos coptos que querían librarse de los elevados tributos requeridos para financiar las guerras de los árabes, que se decretó que los conversos seguían estando obligados a pagar la contribución territorial. En ese periodo, los asuntos oficiales pasaron a tramitarse en árabe. La lengua copta sobrevivió algún tiempo en el campo, pero con el tiempo se convirtió en una lengua exclusivamente litúrgica. La Iglesia copta vivió de su pasado sobreviviendo a duras penas, acosada por las autoridades e incapaz de rivalizar con la autoridad y la modernidad de la fe islámica. Hacia el siglo XIV probablemente no fueran cristianos ni una décima parte de los egipcios.

El califato omeya, derrocado en el 750, fue un reino árabe gobernado por la aristocracia de La Meca. En Egipto había tropas árabes acuarteladas. Sin embargo, los abasíes se hicieron con el poder con la ayuda de pueblos no árabes, y trasladaron la capital más al este, a Bagdad, incrementando así la autonomía norteafricana. A finales del siglo IX el poder en Egipto estaba en manos de gobernadores militares turcos y los mercenarios multiétnicos que habían sustituido a los jinetes árabes de los tiempos heroicos. Más al oeste, en el Magreb, las tendencias separatistas eran cada vez mayores. Los bereberes conservaron su lengua y, según el gran historiador tunecino Ibn Jaldun, cometieron apostasía una docena de veces durante sus primeros setenta años bajo el islam. Desde luego, hicieron gala del mismo igualitarismo, puritanismo y particularismo que había inspirado el cisma donatista. Al menos, una comunidad cristiana sobrevivió durante mil años. Un grupo de las llanuras atlánticas marroquíes pretendía poseer un Corán en lengua bereber y mantuvo su heterodoxia hasta el siglo XI. Pero el principal vehículo de las aspiraciones bereberes era el jariyismo, una variante extremista del islam surgida en el año 657 durante la guerra civil que dio lugar al califato omeya. Predicaban la igualdad absoluta entre musulmanes, el derecho de cualquier musulmán digno a ser elegido imán de toda la comunidad y la obligación de rechazar el ilegítimo califato existente. Los jariyíes que se libraron de la persecución en Oriente escaparon al Magreb hacia el 714 d.C., donde los bereberes y, al parecer, los antiguos cristianos les brindaron más apoyo del que habían tenido en ningún otro lugar. El año 740 se rebelaron en Tánger, liderados por un antiguo aguador que encendió la chispa que acabó derrocando a los omeyas.

Cuando los abasíes se mostraron igual de represores, los jariyíes formaron varias comunidades religiosas en el interior de África del Norte, sobre todo en Tahert, al oeste de Argelia, que en los años 761-762 d.C. se convirtió en el núcleo de un reino jariyí. En 789-790, Idris, un descendiente del Profeta que llegó como refugiado, fundó un reino con base en Fez, que se convirtió en el principal vehículo de islamización en el norte de Marruecos. En medio de todos esos disturbios, Ifriqiya siguió siendo el centro del poder abasí en el Magreb y prácticamente la única zona de asentamiento árabe. Cuando en el año 800 d.C., un gobernador árabe fundó allí la dinastía hereditaria aglabí, el Magreb empezó a ser realmente independiente.

A lo largo de los cinco siglos siguientes, surgieron en África del Norte algunas de las dinastías más creativas del islam. La primera, la de los fatimíes, era chiita y decía descender del Profeta a través de su hija Fátima. Se hicieron con el poder en Kairuán en el año 910 al socaire de una rebelión bereber, se apoderaron del reino aglabí, ocuparon temporalmente gran parte de Marruecos entre el 958 y el 959, y en el 969 d.C. arrebataron el poder de forma pacífica a los gobernantes militares turcos de Egipto, completando la reconquista bereber de África del Norte y transformando El Cairo en la capital apropiada para un califa fatimí. A pesar de sus orígenes heterodoxos, los fatimíes no tenían un programa radical. Se habían enriquecido en Ifriqiya en la época de prosperidad sin precedentes que siguió a la conquista árabe. El viajero al-Ya'qubi (m. 891) hablaba con entusiasmo de la riqueza de Kairuán, de su floreciente industria textil, de las crecientes importaciones de oro de África occidental, de los mercados ajardinados que la circundaban y de las frutas de la costa, del grano de las llanuras costeras, las aceitunas del Sahel y los dátiles de los oasis saharianos. Los hombres de las ciudades poseían grandes haciendas heredadas de sus antepasados victoriosos y labradas por esclavos, que dieron gran fama a la región. Inicialmente eran bereberes capturados durante la conquista y más adelante esclavos blancos y negros traídos de Europa y del África tropical. Los cultivos de sorgo y trigo duro se extendieron hacia el sur, no hubo hambrunas durante el siglo x y la población debió de incrementarse. El comercio mediterráneo estaba en gran medida en manos musulmanas, gracias a la flota fatimí, que saqueó Génova en el 934 y el 935 d.C. Cuando esa riqueza permitió al ejército fatimí, compuesto por mercenarios eslavos y tropas auxiliares bereberes, capturar Egipto, la prospe-

ridad alcanzó a la nueva capital. Los archivos recuperados de Geniza, en El Cairo, donde los judíos depositaban los documentos que no les eran imprescindibles para evitar la destrucción de todos los que llevaran el nombre de Dios, demuestran que tras los inmigrantes fatimíes arribaron mercaderes procedentes del Magreb que buscaban fortuna en lo que había pasado a ser el centro del mundo islámico. «Fue la época dorada de la burguesía», afirma un historiador[5], «un mundo comercial controlado por familias de todas las creencias, que realizaban operaciones a través de emporios y agentes por todo el Mediterráneo, aprovechándose de una libertad de movimientos y de una tolerancia religiosa que hizo que los mercaderes judíos llamasen al Egipto fatimí "la tierra de la vida"». Esta burguesía creó una sociedad jerarquizada pero móvil, con un excepcional nivel de especialización en oficios, muchas esclavas en el servicio doméstico y numerosos mendigos. El Cairo despreciaba y explotaba el entorno rural, donde los gobernantes árabes habían introducido el cultivo de la caña de azúcar, el algodón y el arroz, fomentaron los cultivos múltiples y, tras la conquista, probablemente estimularan el crecimiento demográfico que, hacia el siglo XIV, estaba recuperando los niveles de tiempos ptolemaicos. Entretanto, sin embargo, la explotación del campo puede haber contribuido a la gran de hambruna de 1062-1073, el primer síntoma de la decadencia fatimí 20 años después, los fatimíes sólo gobernaban Egipto. En 1171 fueron derrocados por su visir kurdo, el gran Saladino.

La transferencia del poder y la prosperidad a Egipto acabó con la lealtad de los lugartenientes bereberes de los fatimíes en Ifriqiya, los ziríes, en el 1048. Cuenta la tradición (sin fundamento alguno) que los fatimíes, en vez de enviar un ejército, animaron a los banu hilal y otras tribus nómadas árabes que habían penetrado en Egipto a desplazarse hacia el oeste, en dirección a Ifriqiya. Según Ibn Jaldun, los hilalíes «se apoderaron del país y lo arruinaron». En el año 1057 d.C. saquearon Kairuán. Los ziríes desplazaron su capital y su atención hacia la zona costera, perdiendo el control del interior. Se interrumpió el transporte y se dispersaron las caravanas de oro por otras rutas de la costa, más hacia el oeste de Marruecos. Los pastores bereberes se replegaron hacia el oeste y los labradores, a los baluartes montañosos. Una ancha franja de antiguas llanuras bereberes se había arabizado por completo, los nó-

[5] S. D. Goitein, *A Mediterranean Society*, 6 vols., Berkeley, 1967-1994, vol. I, p. 92.

madas empezaron a hablar árabe. Sin duda se han exagerado los efectos de esa «invasión hilaliana», que fue más una infiltración que una invasión. Las zonas lluviosas y cultivadas del norte de África se habían ido reduciendo, probablemente desde el siglo V d.C., y la desertificación alcanzó su nadir en el siglo XIV[6]. La pérdida del control naval por parte de los bizantinos durante el siglo X privó a Ifriqiya de su abastecimiento de esclavos del norte, lo que deterioró aún más la economía agraria y generó repetidas hambrunas a partir del año 1004 d.C. Estos factores, unidos a la debilidad política de los ziríes, causaron el declive comercial de Kairuán antes incluso de que los banu hilal la saquearan. Su vandalismo fue causa y efecto de un colapso del que Ifriqiya nunca se repuso. Hacia la década de 1090, el otrora granero de Roma estaba pasando a depender de las importaciones de trigo siciliano.

El principal beneficiario de estos procesos fue el fragmentado Magreb occidental, donde las ambiciones nómadas coincidieron con la diversificación económica y la interiorización plena del islam por parte de los bereberes, dando inicio a un periodo de gran esplendor. Comenzó con el movimiento almorávide, que se originó entre los bereberes nómadas sanhaja, de Marruecos meridional y el Sáhara occidental, largamente eclipsados por los zanata, sus rivales más asentados del norte. Los sanhaja estaban perdiendo el control del comercio en el desierto occidental, ejercido por ellos desde antiguo. Eran musulmanes que contaron con una tradición oral hasta el siglo XI, cuando sus jefes decidieron instruirse con la ayuda de rigurosos preceptores, que querían extirpar la herencia chiita y jariyí, tan arraigadas en el Magreb. Abdallah ibn Yasin comenzó a enseñar a los sanhaja en torno al año 1039. Reunió buen número de seguidores entre los miembros de las tribus, y los azuzó contra los zanata. En el 1070 d.C. crearon una nueva capital en Marrakesh. Hacia el 1083 ya habían conquistado todo el Magreb al oeste de Argelia. Tres años después, penetraron en la España musulmana para organizar su resistencia contra la expansión cristiana. Esa supremacía militar se financió con el oro de África occidental, arrebatado a los comerciantes, y fomentando los cultivos de cereales en las llanuras atlánticas marroquíes. La prosperidad permitió a los almorávides intro-

---

[6] M. Rouvillois-Brigol, «La steppisation en Tunisie depuis l'époque punique», *Bulletin archéologique du Comité des Travaux Historiques et Scientifiques* (nueva serie) 19B (1985), p. 221.

ducir en Marruecos la elegante cultura islámica de la España meridional, que aún resplandece en la arquitectura de Marrakesh. La opulencia suscitó las críticas de los puritanos, mientras otros manifestaban su disgusto por la crueldad del régimen al imponer la ortodoxia y su dependencia de las tribus que inicialmente habían apoyado a Abdallah ibn Yasin.

Estas críticas dieron alas al movimiento almohade (unitario) que acabaría sustituyendo a los almorávides. No eran nómadas sino sus antiguos enemigos, los campesinos bereberes de la cordillera del Atlas. Su guía espiritual, Muhammad ibn Tumart, había nacido allí hacia el año 1080, pero se educó en Bagdad, donde aprendió a poner en entredicho el rigor legalista de los almorávides y a admirar la espiritualidad personal que entonces estaba penetrando en el islam a través de los místicos conocidos por el nombre de sufíes. De vuelta en su hogar de las montañas, fue declarado Mahdi por sus compañeros de la tribu masmuda, y en el año 1128 los acaudilló en una yihad contra los nómadas sanhaja y contra todos los corruptores de la fe. Se apoderaron de Marrakesh en 1147 d.C. y de Ifriqiya en 1160, frenando la expansión de los banu hilal y unificando, por vez primera, todo el Magreb bajo un único régimen bereber. El gobierno almohade era rigurosamente islámico; el cristianismo quedó virtualmente erradicado del Magreb, y los judíos tuvieron a los almohades por excepcionalmente intolerantes. Pero eran menos legalistas que los almorávides y permitieron a las cofradías sufíes establecerse por la región a finales del siglo XII, donde se convirtieron en el núcleo del islam popular. La decadencia del gran Imperio almohade comenzó con su derrota ante las fuerzas cristianas en las Navas de Tolosa (Jaén), en 1212. Pero lo que la hizo inevitable fue su incapacidad para gobernar a las tribus nómadas, en especial a los pastores árabes que el régimen había deportado desde Ifriqiya a las llanuras atlánticas, iniciando así la arabización del antiguo territorio bereber. En 1269, una tribu zanata que controlaba el norte de Marruecos, los banu marín (benimerines), tomó Marrakesh, transfiriendo la capital a Fez. La dinastía mariní gobernó Marruecos durante dos siglos.

El gobierno benimerín fue testigo de la decadencia general del Magreb. Una dinastía sucesora de los almohades, los hafsíes, gobernó Ifriqiya hasta su conquista por los otomanos en el siglo XVI, mientras que los zayaníes, otra dinastía zanata establecida en Tremecén, ejerció una autoridad tan centralizada como la de Argelia occidental. Estos

regímenes dependían de tropas mercenarias y del control de las ciudades del norte donde florecía el tráfico marítimo de los europeos, y se fueron alejando, cada vez más, de un entorno campesino en el que ganaban protagonismo las tribus de pastores árabes y las cofradías sufíes. Lo más importante de todo es que el crecimiento demográfico del que se habían beneficiado los regímenes fatimí y almorávide se estancó durante el siglo XIII y se invirtió drásticamente en 1348, cuando la gran epidemia denominada en Europa «Peste Negra» llegó a Marruecos desde Sicilia.

En Egipto, la Peste Negra también acabó con casi cuatro siglos de prosperidad y pujanza sin igual desde tiempos del Imperio Nuevo. Los fatimíes habían sentado las bases de esa prosperidad. Saladino reforzó las instituciones tras alcanzar el poder en 1171, convirtiendo a Egipto en el paladín del islam contra cruzados y mongoles. En 1250 d.C., su dinastía (ayubí) fue derrocada por sus tropas mamelucas. Los mamelucos eran esclavos, comprados siendo aún niños a los jinetes de la estepa euroasiática, instruidos rigurosamente en el islam y adiestrados en las artes de la guerra como arqueros a caballo. Posteriormente se les manumitía para que fueran soldados profesionales leales a sus antiguos amos, y llegaron a formar una casta tan exclusiva que ni sus propios hijos tenían cabida en ella. El sistema estaba pensado para aprovechar tanto el valor de los nómadas como las ventajas de una administración civilizada. Los generales mamelucos gobernaron Egipto hasta 1517 d.C. Dividieron el territorio en feudos cuyos tributos permitían a los oficiales enfeudados sustentarse a sí mismos y a sus tropas. Ampliaron las zonas de regadío y cultivo, fomentaron los conocimientos médicos, y fueron los mayores constructores en Egipto desde los Ptolomeos. El boato de sus mansiones hizo de El Cairo de comienzos del siglo XIV la «metrópolis del universo, jardín del mundo conocido, bullente enjambre de la especie humana»[7], en palabras de Ibn Jaldun.

Pero las cosas estaban a punto de cambiar. A comienzos del siglo XIV, el comercio internacional, que se extendía de Flandes a China, con El Cairo como punto central, se hundía a medida que se desmoronaba el Imperio mongol en Asia central, convirtiendo a Egipto en un canal por el que las mercancías orientales fluían hacia las boyantes economías europeas. Los cristianos controlaban el Mediterráneo desde el siglo X.

---

[7] Citado en J. L. Abu-Lughod, *Cairo,* Princeton, 1971, p. 338, n. 7.

Las ciudades comerciales italianas como Génova y Pisa cerraban tratos mercantiles con los gobernantes norteafricanos desde la década de 1130. Mercenarios portugueses y aragoneses (catalanes) estuvieron al servicio de esos mismos gobernantes desde la década de 1220. Los dominicos establecieron una casa en Túnez en 1250 y, entre 1284-1286, Aragón convirtió dos islas frente a la costa tunecina en las primeras colonias europeas desde tiempos de los vándalos. Por entonces, los comerciantes europeos frecuentaban regularmente las ciudades norteafricanas, se habían hecho con el comercio del oro y hacían la competencia a la industria textil cairota. Europa estaba ganándole la partida al mundo islámico en cuanto a tecnología y organización de los negocios se refiere, y empezaba a superar su producción agrícola en unas tierras vírgenes de las que ya no había en el norte de África.

La relativa decadencia se convirtió en crisis abierta cuando la Peste Negra llegó a Egipto a través de las rutas comerciales de la estepa asiática. Egipto había sufrido esporádicamente la peste desde la última gran epidemia del siglo VI. Sin embargo, hasta entonces se trataba de la peste bubónica, transmitida por las pulgas de las ratas a los humanos, mientras que la Peste Negra es neumónica, más infecciosa, porque se transmite por el aire, de una persona a otra, causando una muerte segura, rápida y horrible. No se conocían los mecanismos de transmisión, y no se adoptaban medidas eficaces para atajar la enfermedad. Los guías religiosos recomendaban oración, caridad y una digna resignación. En 18 meses, la epidemia quizá matara a una cuarta o una tercera parte de la población egipcia[8]. Para los trabajadores de las ciudades supuso un aumento de salario, pero la falta de hombres en las zonas de agricultura de regadío obligó a los mamelucos a paliar la falta de población rural, exigiendo a los cultivadores que quedaban la renta debida también por los ausentes. Es evidente que no lograron imponerse, pues sabemos que poco después de 1517 los gobernantes de Egipto recaudaban menos de la quinta parte de los impuestos pagados en 1315. La agricultura y el control del comercio entre Asia y Europa permitieron a Egipto sobrevivir a la Peste Negra mejor que el resto del norte de África y Oriente Medio, pero la decadencia económica era muy grave y coincidió con enfrentamientos recurrentes entre grupos mamelucos y con el declive

[8] Estimaciones en M. W. Dols, *The Black Death in the Middle East*, Princeton, 1977, p. 218.

de toda la casta militar cuando las armas de fuego tornaron obsoleta su maestría bélica. Lo más devastador de todo fue que, al contrario que en Europa, la peste neumónica persistió a lo largo de los 160 años siguientes: Egipto sufrió 28 brotes de peste que probablemente fueron, acumulativamente, más destructivos que la Peste Negra en sí. Perduraron hasta comienzos del siglo XIX, cuando la población de Egipto era quizá la mitad o las tres cuartas partes de la de 1346. En el Magreb ocurrió lo mismo. Túnez, por ejemplo, se vio asolada por cinco epidemias sólo en el siglo XVII. Esta catástrofe demográfica acabó con los tiempos de grandeza del norte de África. Ibn Jaldun, que perdió a sus padres durante la Peste Negra, quiso conservar el recuerdo de ese mundo desaparecido:

> A mediados del siglo VIII [XIV], una peste destructora asoló la civilización tanto en Oriente como en Occidente, devastando naciones y causando la desaparición de sus pobladores [...] La civilización menguó al menguar el género humano. Ciudades y casas quedaron yermas, se borraron los caminos y sus señales, caseríos y mansiones se fueron vaciando, debilitándose las dinastías y tribus. Cambió todo el mundo habitado [...] Por consiguiente, es preciso que alguien, en estos tiempos, ponga por escrito de modo sistemático la situación del mundo en todas sus regiones enumerando todas sus razas, como asimismo las costumbres y las diversas creencias que han cambiado para sus seguidores[9].

Comercio e islam en África occidental

La conquista de África del Norte por los árabes transmitió el islam a través del Sáhara hacia la sabana de África occidental. Allí se practicaban la agricultura y la forja del hierro desde antes del nacimiento de Cristo, pero los primeros musulmanes que domesticaron sus camellos en los límites septentrionales de la sabana también hallaron ciudades y un sistema regional de comercio que parece ser una invención local. De hecho, lo que explica el rápido crecimiento del comercio transaha-

[9] Ibn Khaldun, *The Muqaddimah: An Introduction to History*, F. Rosenthal (trad.), N. J. Dawood (ed.), Londres, 1967, p. 30.

riano en el primer periodo islámico es que era un eslabón entre dos economías florecientes.

Los datos más fiables de los que disponemos proceden de las excavaciones de la antigua Jenne, una localidad en el moderno Malí, en el borde meridional del delta interno del Níger, donde las rutas de comercio, tanto hacia la sabana del norte como hacia las selvas del sur, atravesaban las zonas de cultivo de las llanuras. En torno al 2000 a.C., la sequía empujó a los pescadores del sur del Sáhara y a granjeros de asentamientos como Dahr Tichitt hacia un valle del Níger cada vez más habitable. En el siglo III a.C. contaba con una fundición de hierro y en el año 400 d.C. era una ciudad importante con cementerios abarrotados. La ciudad se había construido con adobe y su sencillo estilo corresponde a una urbanización tan temprana como la de Oriente Medio. En el siglo IX, la ciudad ocupaba 33 hectáreas y estaba rodeada por una muralla de 2 kilómetros. Había poblados semejantes por todo el valle, sobre todo en torno a Dia y Tombuctú[10]. En estos asentamientos se aprecia cierto grado de especialización, pero los enterramientos reflejan pocas diferencias sociales y no hay evidencia de la existencia de poderosos gobernantes o grandes edificios públicos, lo que sugiere que la complejidad social de la región no implicaba la existencia de un Estado, un modelo que se repetiría en el caso de otras sociedades africanas. Los hombres de la ciudad poseían objetos de cobre confeccionados al sur del Sáhara, aunque al parecer no tejían telas (costumbre probablemente introducida por los mercaderes musulmanes). Las piezas de oro más antiguas que hemos encontrado en el África subsahariana también provienen de la Jenne de los siglos VII u VIII. Sin embargo, a mediados del primer milenio d.C. no poseían casi nada de origen mediterráneo, salvo cuentas de vidrio. En otras palabras, por aquel entonces la antigua Jenne formaba parte del sistema comercial de África occidental, pero mantenía escasos contactos con el extranjero. Las cuentas de vidrio halladas en las tumbas de guerreros de los siglos I a VII en el norte de Burkina también indican que el volumen de comercio a través del desierto era escaso.

El comercio y la urbanización preislámicos pueden ayudar a aclarar uno de los misterios de la historia de África: el descubrimiento en Ig-

[10] S. K. McIntosh y R. J. MacIntosh, «Archaeological Reconnaissance in the Region of Timbuktu, Mali», *National Geographic Research* 2 (1986), pp. 302-309.

bo-Ukwu, en el sudeste de Nigeria, de los objetos funerarios aparecidos en la tumba de un jefe o guía ritual del siglo IX, entre los que figuran utensilios de bronce, hechos con metales locales, de estilo africano, trabajados de una forma exquisita, muy característica, que no tenía parangón en ninguna otra parte del mundo de aquella época. Sus símbolos, en especial los motivos animales, muestran una notable continuidad con los de los igbo que habitaron esa región mil años después. Pero el hallazgo de Igbo-Ukwu también demuestra que, ya en el siglo IX, África occidental no estaba aislada del mundo, pues en sus ajuares funerarios figuran unas 100.000 cuentas de vidrio, algunas procedentes sin duda de Egipto e incluso de la India.

En cambio, las dos cuentas de vidrio helenísticas aparecidas en los yacimientos de finales de época precristiana en la vieja Jenne sugieren que el comercio a través del Sáhara se había reducido al mínimo. Los garamante del Fezzán (en la actual Libia) exportaban marfil y esclavos negros hacia el norte en tiempos de los romanos. Fue ese un periodo especialmente árido en el Sáhara y en la sabana de África occidental, pero alrededor del año 300 d.C. se incrementaron las lluvias y los bereberes cambiaron sus caballos por los camellos que les permitieron abrir el desierto al comercio. Que Uqba ibn Nafi llevara a sus hombres al oeste hacia el Magreb, sugiere cierto auge del comercio. En los años 666 y 667 se dirigió hacia el sur con el fin de reconocer el camino al Fezzán, una de las principales fuentes de esclavos negros. Dieciséis años después llevó a cabo una incursión parecida en el sur de Marruecos. Una expedición que pasó por allí en la década del 730 regresó con suficiente oro, seguramente procedente de las minas de Bambuk en el Alto Senegal, como para excitar la codicia de los árabes. Por esos años se empezó a usar, por primera vez, oro de África occidental para acuñar monedas por todo el Mediterráneo.

En la ruta de los esclavos se estableció una nueva base comercial jariyí/bereber en torno al año 700 d.C. en Fezzán oriental, en Zauila, que acabó siendo el principal punto de suministro de esclavos negros de Ifriqiya, Egipto y Oriente Medio. Para cruzar el desierto se partía del norte del lago Chad. Allí, los principales abastecedores de esclavos eran los zaghaua, un pueblo de pastores, mencionado por un autor árabe incluso antes del 728 d.C., que encabezaba una federación poco cohesionada denominada Kanem, posiblemente creada ya a finales del siglo VI. Kanem y su sucesora Borno carecían de oro, de modo que se

convirtieron en los mayores proveedores de esclavos procedentes de la sabana del oeste africano de todo el mundo islámico y siguieron siéndolo durante unos 1.000 años. Cambiaban esclavos por los caballos que les permitían, a su vez, capturar más esclavos. Los aglabíes, que en el siglo IX gobernaban Ifriqiya, debían de ser sus mejores clientes, pues los soldados esclavos negros cuidaban de la pervivencia del régimen, igual que en el caso de sus sucesores fatimíes y ziríes. Las primeras menciones de Kanem de las que disponemos son del año 872 d.C. y proceden de al-Ya'qubi, uno de los tres reinos principales de la sabana de África occidental, junto a Ghana y Gao al oeste.

Ghana, situado al este de la moderna Mauritania, era un reino de etnia soninke, negros que hablaban una lengua nigeriano-congoleña. Aparece mencionado por primera vez en un texto árabe fechado entre el 788 y el 793 d.C. procedente de la comunidad bereber jariyí de Tahert, que inició el comercio transahariano con la sabana occidental cuando sus competidores de Zauila establecieron relaciones comerciales con Kanem. Una ruta comercial unía a Tahert y Sijilmasa (fundada en el 757-758 d.C.) con el sur de Marruecos, luego se desviaba hacia el sur, hacia Awdaghust y Ghana, atravesando el desierto por el punto más ventajoso y serpenteando en paralelo a la costa atlántica. Su posición estratégica al nordeste del yacimiento de oro de Bambuk confería importancia a Ghana, y su situación respecto a las rutas comerciales le permitió controlar el comercio del oro. Se decía que la capital del reino de Ghana, aún por descubrir, estaba a 10 kilómetros de una ciudad de mercaderes denominada Kumbi Saleh, donde los arqueólogos han sacado a la luz una ciudad que ya debía de comerciar con el norte entre los siglos IX y XV. De los estratos más profundos podemos deducir que la zona ya estaba ocupada a mediados del primer milenio d.C. En España, el geógrafo al-Bakri recogía en los años 1067-1068 d.C. testimonios de viajeros que habían visitado la corte de Ghana en su apogeo:

> El rey tiene un palacio y cierto número de edificios abovedados, rodeados de una muralla como si fuera una pequeña ciudad [...] El rey lleva adornos como una mujer en el cuello y antebrazos, y se pone un alto sombrero con adornos de oro, envuelto en un turbante de fino algodón. Se sienta para la audiencia o para escuchar quejas contra sus funcionarios en un pabellón abovedado en torno al cual se sitúan diez caballos cubiertos de gualdrapas bordadas de oro. Detrás

> del rey esperan diez pajes de pie, armados de adargas y espadas con incrustaciones de oro. Los hijos de los reyes [vasallos] se colocan a la derecha del monarca luciendo espléndidos atuendos y oro trenzado en los cabellos[11].

El rey no era musulmán, pero muchos de sus ministros sí lo eran. En la época descrita por al-Bakri, Ghana se veía amenazada en el oeste por el reino de Takrur a orillas del Senegal, que abastecía de oro de Bambuk al recién creado Imperio almorávide. Pero el antiguo rival comercial de Ghana era Gao, ciudad situada más al este, posiblemente fundada en el siglo v, aunque mencionada por vez primera a comienzos del siglo ix, y situada a orillas del río Níger en territorio de los modernos Estados de Malí y Níger. Gao probablemente fuera la ciudad de los songhay su asentamiento principal, la capital del reino que contaba con un barrio comercial que abastecía a las caravanas que iban hacia el norte, por Tadmekka y Wargla, a Tahert y la costa norteafricana. Las caravanas rara vez realizaban esa travesía de 2.000 kilómetros de una vez. Los mercaderes solían bajar desde la costa hacia el sur vendiendo telas y cobre hasta un núcleo comercial que, como Tahert en el límite septentrional del desierto, estaba a mitad de camino. Allí el comercio pasaba a manos, sobre todo, de los bereberes del desierto que transportaban las mercancías a lo largo de una línea de oasis, en los que se cultivaban dátiles y se negociaba con cobre y sal, tan apreciada en Gao que se utilizaba como moneda. A veces daban la vuelta al llegar a otro centro comercial intermedio en la franja meridional del desierto, como Tadmekka; otras seguían avanzando hacia el sur, hasta alguna ciudad como Gao. Los mercaderes buscaban socios o agentes en cada etapa del viaje, a veces eran hombres de una misma comunidad que, como los jariyíes, se dedicaban eficazmente al comercio, o incluso parientes. En el siglo xiii, dos hermanos de la familia Maqqari vivían en Tremecén (cerca de la costa occidental argelina), uno en Sijilmasa, y dos en Valeta (en el límite meridional del desierto). Se dedicaban a los negocios familiares e invertían en pozos a lo largo del camino.

Las exportaciones de oro procedentes de la sabana occidental parecen haberse incrementado de forma constante. En el siglo viii, las úni-

---

[11] N. Levtzion y J. F. P. Hopkins (eds.), *Corpus of Early Arabic Sources for West African History*, Cambridge, 1981, p. 80.

cas cecas de oro de África del norte estaban en Kairuán (Túnez) y Fustat (Egipto). Pero todo califa acuñaba monedas de oro. Cuando los fatimíes de Ifriqiya, los omeyas de España y, más tarde, almorávides y almohades de Marruecos aspiraron a esa condición, lo primero que hicieron fue acuñar moneda de oro. En el siglo XI, sólo los almorávides disponían de 21 cecas de oro. En España y el Magreb, el comercio atrajo a los mercaderes meridionales europeos, que se establecieron en las ciudades costeras del norte de África. Inicialmente exportaron moneda de oro islámica con el fin de incrementar el volumen de la moneda de plata en Europa. Génova y Florencia empezaron a acuñar monedas de oro en 1252, Venecia en 1284, y los reinos del norte de Europa a comienzos del siglo XIV, suscitando una verdadera fiebre del oro a finales de la Edad Media. Sabemos que, ya en el siglo XIV, se vendían esclavos negros en los mercados del sur de Europa.

La expansión del comercio del oro alteró el equilibrio de poder en África occidental. Ghana, situada a orillas del desierto, dejó de ser el núcleo del comercio africano, cuando, sobre el año 1100 d.C., la alcanzó el proceso de desertificación. Por entonces ya se explotaba otro yacimiento de oro en Bure, en la cabecera del Níger, en tierras de los malinke, que poseían cierto número de pequeños principados, algunos de ellos ligeramente islamizados. Cuando los grupos soninke (no islamizados) les atacaron, en la primera mitad del siglo XIII, un cazador y guerrero llamado Sundiata Keita encabezó la resistencia malinke y creó el reino de Malí. Su capital estaba cerca del extremo nordeste del yacimiento aurífero de Bure. Su soberanía se extendió hasta casi 2.000 kilómetros desde la costa atlántica, hasta el curso medio del Níger, un viaje que duraba cuatro meses, según un residente habitual. Pero Malí, situado no en el borde del desierto sino en las tierras cultivadas del valle del Alto Níger, no fue sólo un reino más extenso e importante que Ghana. Su auge permitió la reincorporación del occidente de África al Mundo Antiguo.

A comienzos del siglo XIV, Malí era oficialmente un reino islámico cuyos gobernantes participaban ostensiblemente en la peregrinación anual a La Meca. En un viaje realizado entre 1352 y1353 por el gran viajero Ibn Battuta, este dijo admirar la «asiduidad de sus súbditos en la oración, así como su costumbre de rezar en comunidad y de pegar a sus hijos para obligarles a orar». Le impresionaban menos el mantenimiento de prácticas no islámicas como los bailes de máscaras, la recitación en

público de tradiciones paganas, la postración ante el rey, la ingestión de alimentos sin limpiar y la exigüidad de los vestidos femeninos[12]. Como el islam no era sólo una religión sino todo un orden social, los africanos fueron adoptándolo de modo gradual. En África del Norte fue la conquista la que creó las condiciones para la islamización de las sociedades; en el oeste el vehículo inicial fue el comercio de los bereberes y los jariyíes. Salvo la arquitectura de las mezquitas, quedan escasos testimonios de la influencia jariyí en el occidente africano, pero muchos de los pueblos que comerciaban en el desierto ya eran musulmanes en el siglo x. Probablemente fueran, asimismo, los comerciantes los primeros en aceptar la nueva religión más al sur, pues la comunidad internacional de mercaderes tenía mucho contacto con forasteros musulmanes y poco que ver con los ritos agrícolas que estaban en la base de las religiones indígenas. Los campesinos, cuyas circunstancias eran exactamente las contrarias, probablemente se resistieron con más fuerza a la adopción del islam. Los gobernantes, preocupados por conservar la unidad política, protegieron de forma algo ecléctica la libertad religiosa de todos sus súbditos. Esto fue patente en el caso de Malí y en el de Gao del siglo xi, cuyo monarca había sido el primero en adoptar el islam en África tropical, en algún momento alrededor del año 1000, seguido por Takrur (antes del 1040) y Kanem (hacia el 1067), mientras que Ghana parece haber adoptado el islam ortodoxo suní, debido a la presión almorávide, en la década del 1070. El siglo xi fue un periodo crucial para el islam en la costa oriental africana, si bien el grado de conversión variaba en gran medida. En Ghana y Gao, el islam parece haber sido durante mucho tiempo la religión de los mercaderes y la corte, pero en Takrur y Kanem se difundió con mayor rapidez entre el pueblo llano y suscitó conflictos entre los maestros islámicos y los magos (estrechamente vinculados a la forja del hierro) al servicio del trono.

El comercio y el islam en África oriental

El islam penetró en África occidental a través del desierto más inhóspito del mundo, pero alcanzó África oriental por rutas bastante más cómodas, surcando el océano Índico. Una guía náutica nos dice que

---

[12] *Ibid.*, pp. 296-297.

durante el siglo I d.C. ciertos comerciantes del sur de Arabia y del mar Rojo bajaron cabotando por las costas de África oriental hasta llegar a «Rafta», un lugar situado en alguna parte de la moderna Kenia o Tanzania y principal puerto de exportación de marfil. Hemos encontrado cerámica iraní de los siglos V al VII d.C., no sólo en yacimientos costeros desde el Cuerno de África hasta Chibuene en el sur de Mozambique, sino incluso 50 kilómetros tierra adentro en Bagamoyo (Tanzania). Esto indica que los comerciantes del océano Índico estaban integrados en un comercio regional comparable, aunque a menor escala, al del curso medio del Níger. Es lo que late tras la difusión del islam por África oriental. En Shanga, un yacimiento en el archipiélago Lamu, frente a las costas septentrionales de Kenia, los arqueólogos han dejado al descubierto los restos de lo que probablemente fuera una mezquita de madera, más o menos orientada a La Meca, en la que no cabían más que nueve fieles. Los hallazgos se han fechado con ayuda del carbono 14 y la cerámica del siglo VIII encontrada en las excavaciones. Fue la primera de nueve mezquitas de tamaño gradualmente creciente (las tres últimas, de piedra) erigidas en ese lugar a lo largo de tres siglos. Se desconoce si los constructores fueron gentes del lugar o inmigrantes, pero la primera mezquita estaba en el centro de un asentamiento agrícola, cuyos habitantes disponían de la misma cerámica que se usaba y usó durante siglos en otras comunidades africanas próximas y en toda la costa. Shanga también importó pequeñas cantidades de alfarería iraní y de utensilios chinos de piedra, estos últimos llegados quizás a través del golfo Pérsico. Desde el siglo IX se usaban monedas de plata para los intercambios en Shang y, posiblemente, también se las acuñara[13].

Suponemos que, en el siglo VIII, se estableció en el seno de la comunidad africana de Shanga un pequeño núcleo de musulmanes, indígenas o forasteros, que fueron convirtiendo de forma paulatina a sus vecinos. En cambio, en la vecina isla de Manda, la pequeña ciudad edificada en el siglo IX parece haber sido obra de pobladores de fuera, posiblemente de Siraf en el golfo Pérsico, que construían al estilo de Oriente Medio, complementando la piedra básica con ladrillo quemado importado de Arabia, y estaban excepcionalmente bien provistos de alfarería foránea. Por lo tanto, la cultura costera de África oriental mos-

[13] M. Horton, *Shanga: the Archeology of Muslim Trading community on the Coast of East Africa,* Londres, 1996.

tró, ya desde sus comienzos, una constante y tensa alternancia entre elementos indígenas e importados. En los siglos IX y X había asentamientos desde Gezira (al sur de Mogadiscio) hasta Chibuene. Las pruebas del comercio con el interior abundan más en el sur, donde se ha hallado un fragmento de vidrio importado en un yacimiento del siglo VII cercano a las cataratas Victoria. También han aparecido cuentas de vidrio foráneas de los dos siglos siguientes en el sur de Zimbabue, el norte de Botsuana y el este de Transvaal. Como constató al-Mas'udi en el año 916 d.C., la principal exportación de las ciudades de la costa era el marfil, que se llevaba hasta la India y China a través del golfo Pérsico; conocemos este tráfico gracias a los objetos hallados en el valle del Limpopo. Los leños de mangle eran otra mercancía valiosa en un golfo Pérsico desprovisto de árboles. Las primeras menciones a la exportación de esclavos desde la costa son del siglo X. Al-Mas'udi afirma que «los zany poseen una lengua elegante y hombres que predican en ella»[14], puede que refiriéndose al suajili, una de las muchas lenguas bantú habladas en la costa de Kenia, posiblemente usada en el comercio ultramarino. El comercio la difundió por el sur y se acabó convirtiendo en la *lingua franca* de la costa.

A partir del año 1000 se aceleró la islamización y el desarrollo del comercio en la costa. Al menos en ocho asentamientos costeros se edificaron mezquitas de piedra durante el siglo XI y a comienzos del XII. Esa expansión pudo ser el fruto de la creciente prosperidad y sed de oro del mundo islámico, que al-Mas'udi menciona ya en el año 916, atribuyéndola a «Sofala», nombre dado a la costa de Mozambique desde donde se exportaba el oro extraído por los antepasados de los pueblos shona del moderno Zimbabue, donde las pruebas arqueológicas confirman los inicios de la minería en esos años. A finales del siglo XVI probablemente había varios centenares de musulmanes shona, cuyos descendientes, que se autodenominaban «tejedores», conservarían ciertas prácticas islámicas hasta el siglo XX. Pero la trama comercial se extendió más allá del mundo islámico. Entre el 1050 y 1150, las importaciones chinas de productos africanos se multiplicaron por 10.

La prueba más llamativa de la expansión comercial del siglo XI fue la fundación de una dinastía musulmana al sur de la costa tanzana, en

[14] G. S. P. Freeman-Grenville (ed.), *The East African Coast: Select Documents*, Oxford, 1962, p. 16.

Kilua, hasta entonces una aldea de pescadores. Se han descubierto monedas, al estilo de Shanga, con la leyenda «El majestuoso sultán Ali bin al-Hassan» (fundador de Kilua según la tradición local), en contextos que permiten datarlas alrededor del año 1070. La nueva dinastía pudo venir del archipiélago de Lamu. Fue derrocada dos siglos después por los mahdali, posibles colonos yemeníes que decían descender del Profeta. Kilua alcanzó su mayor prosperidad bajo su gobierno, a comienzos del siglo XIV, cuando su gobernador en la costa de Sofala controlaba el comercio del oro y se usaban sus monedas hasta en el Gran Zimbabue. Los mahdali construyeron un templo el doble de grande que la Gran Mezquita de Kilua; edificaron un magnífico palacio, un caravasar y barracones para esclavos en una ciudad denominada Husuni Kubua. Cuando Ibn Battuta visitó la ciudad en 1331, observó que eran muy devotos a pesar del materialismo de su cultura, y también mencionaba su liberalidad. Describió Kilua como una ciudad de madera y cubierta de paja, porque el núcleo central de edificios de piedra estaba rodeado de las sencillas chozas «de los zany, de fuerte complexión negra», que constituían la mayoría de los 10.000 o 20.000 habitantes del núcleo urbano. Algunos debían de ser esclavos, pues Ibn Battuta anotó que el sultán de Kilua «realiza frecuentemente expediciones en tierras de los zany»[15]. El gobernante probablemente fuera mestizo y, al igual que su homólogo de Mogadiscio, sabía árabe pero hablaba suajili, que, por entonces, apenas había incorporado préstamos árabes. El gobernante de Kilua realizó la peregrinación a La Meca entre 1410 y 1411, y probablemente la mayoría de los visitantes forasteros de la ciudad fueran musulmanes, ya que la primera flota china de «barcos del tesoro» no llegó al este de África hasta 1417-1419, sólo una década antes de que el gobierno Ming abandonara las aventuras ultramarinas, mientras que el comercio con la India perdió fuerza pero no se interrumpió hasta el siglo XV, cuando la creciente prosperidad de Gujarat animó a sus mercaderes a llevar telas y cobre a los puertos orientales de África. Por entonces, Kilua se hallaba en decadencia. Sus gobernantes abandonaron Husuni Kubua a finales del siglo XIV, ignoramos por qué. Tal vez la razón fuera un brote de Peste Negra, pero las tradiciones locales no la mencionan, y otras ciudades costeras prosperaron hasta que llegaron los navegantes portugueses a África oriental, en 1498.

---

[15] *Ibid.*, p. 31.

El islam en Sudán

Nada más conquistar Egipto en el año 641, las fuerzas árabes penetraron en la Nubia cristiana y se encontraron con la feroz resistencia de sus famosos arqueros. Otra costosa invasión, diez años después, disuadió a los árabes de volver a atacar «a esa gente cuyo botín es escaso y cuyo rencor es grande». De modo que concertaron una tregua (el *baqt* del año 652) con el reino de Makuria, que se comprometió a entregar 360 esclavos anuales a cambio de productos egipcios. El convenio también garantizaba la seguridad de los comerciantes. A lo largo de los 500 años siguientes, la principal exportación de Nubia fueron los esclavos, capturados sin duda en el sur pagano. Los árabes se establecieron en los reinos cristianos como mercaderes, se dedicaban a la minería del oro y las piedras preciosas y, desde el siglo x, se establecieron como pastores. Los gobernantes fatimíes que gobernaron Egipto entre el 969 y el 1170 d.C. dependían de soldados-esclavos negros y su gobierno coincidió con el apogeo de la Nubia cristiana. Fue una época de fuertes crecidas del Nilo, cuando el reino meridional de Alua contaba con «una cadena ininterrumpida de aldeas y una franja continua de tierras cultivadas»[16].

Esa prosperidad cesó cuando Saladino derrocó a los fatimíes en 1171 y pasó a cuchillo a su ejército de esclavos, socavando los acuerdos entre Egipto y Nubia. Las fuerzas nubias realizaron incursiones en el sur de Egipto. Saladino replicó atacando el norte de Nubia. Cuando las tribus de pastores árabes de Egipto se rebelaron en 1253, sus sucesores recordaron lo sucedido con los banu hilal y expulsaron a los disidentes a Nubia. Las comunidades islámicas se habían ido asentando lentamente en los reinos cristianos durante varios siglos; ahora se veían engrosadas por los turbulentos nómadas en una época en que el nivel de los ríos iba bajando, las principales familias cristianas estaban divididas, y la sociedad nubia se iba militarizando cada vez más. La crisis comenzó en Makuria en 1268, cuando un usurpador pidió el reconocimiento de los mamelucos, a lo que siguió una guerra dinástica y la intervención egipcia. Alrededor del 1317 un musulmán se apoderó del trono de Makuria y la catedral de la vieja Dogola se convirtió en mezquita. Ochenta años después se menciona por última vez a un rey de Makuria. Ibn Jaldun

[16] Ibn Hawqal (m. 988), en G. Vantini (ed.), *Oriental Sources Concerning Nubia,* Heidelberg, 1975, p. 162.

escribió: «No ha quedado vestigio alguno de autoridad regia en esa tierra, ya que el sistema del nomadismo árabe sumió en un caos total su modo de vida, dando lugar a un estado de guerra incesante»[17]. Mientras tanto, los árabes habían conseguido el acceso a tierras más húmedas y a los mejores pastos de Alua. Destruyeron el reino a finales del siglo XV, sólo para caer ellos mismos bajo el vasallaje de los funj, africanos de oscuros orígenes que conquistaron la comarca en 1504 y se convirtieron rápidamente al islam. Los tres siglos siguientes se caracterizaron por la pobreza y los desórdenes. Los funj gobernaron hasta la Tercera Catarata, mientras que el valle del norte estaba dominado por los *meks,* salteadores de caminos que controlaban los tramos anchos del río, donde construían castillos de adobe. Pero también fue un periodo de arabización e islamización, en el que los nómadas y los maestros musulmanes sentaron las bases del Sudán septentrional moderno. Las últimas noticias de cristianos en Nubia proceden de 1742, aunque, aun a finales del siglo XX, algunas aldeanas rezaran a la Virgen en tiempos de escasez.

Etiopía

En Etiopía, el cristianismo sobrevivió a la expansión islámica básicamente porque estaba más lejos del poderío musulmán. En la Etiopía de los siglos IX a XVI, cultivadores semitas colonizaron el antiguo territorio de los cushita en las comarcas montañosas. Hacia el siglo IX, el corazón del reino ya no era Tigray, sino la moderna Wollo, más al sur, cuyos moradores cushita hablaban lenguas agau. En 1137, un príncipe agau ascendió el trono y creó la dinastía zagüe que gobernó hasta 1270. Legitimaron su gobierno apelando a llamativas creaciones cristianas como las iglesias excavadas en la roca de Lalibela, de las que se dice que son la Nueva Sion, junto al río Yordanos y a una colina denominada el Calvario. El asentamiento cristiano se desplazó hacia el sur debido a las grandes lluvias y al señuelo del comercio con las tierras bajas del este, hacia la costa de Zeila. Intercambiaban esclavos, oro y marfil por sal de las tierras bajas y productos islámicos de lujo. Los musulmanes controlaban ese tráfico y los pueblos que vivían a lo largo de la ruta se fueron convirtiendo paulatinamente al islam. Primero fueron los pueblos so-

[17] *Ibid.,* p. 563.

malíes cushita de las tierras bajas orientales y luego los semitas de las franjas al sudeste de las tierras montañosas, que crearon dos de los primeros principados musulmanes del África subsahariana, al este de Shoa y en Ifat.

En 1270, mientras los semitas colonizaban el sur, más allá de la comarca de Agau, hacia Amhara y Shoa, fuerzas, en su mayor parte de Shoa, derrocaron a la dinastía zagüe elevando al trono a Yikunno Amlak, que se proclamaba descendiente de Salomón y la reina de Saba. Su nieto, Amda Siyón (1314-1344), fue el mayor rey guerrero de Etiopía. Conquistó Ifat, obligando a sus gobernantes musulmanes a crear un nuevo emirato más al este, en Harrar. También expandió su reino cristiano hacia el sur y el oeste, a expensas de las comarcas cushita no cristianas y de pueblos que conservaban las antiguas costumbres judías de Aksum, cuya larga lucha contra el dominio regio los había unido en la comunidad de Beta Israel (Falasha). El reino salomónico en su forma clásica fue, básicamente, una creación de Amda Siyón.

La Etiopía de tiempos de Salomón es la primera sociedad negra de África que podemos analizar en detalle gracias a las crónicas reales y a los documentos eclesiásticos. Su organización estaba pensada para explotar la naturaleza y colonizar la tierra, algo a lo que los cristianos daban gran valor. El asentamiento estaba emplazado en una meseta relativamente cálida y húmeda con una altitud de entre 1.800 y 2.500 metros, evitando las áridas tierras bajas, las escarpadas faldas de los montes y los valles densamente arbolados. En la meseta, cada colono rodeaba su granja de círculos concéntricos de cultivos gradualmente menos intensivos y mantenía sus campos libres de naturaleza salvaje. En la hagiografía del abad de Shoa, san Takla Haymanot (1215-1313), se describe a los monjes cavando para ganar tierra de cultivo a la maleza, mientras que allí cerca «la montaña era tierra inculta y baldía». Cuando los animales se comían los cultivos, el santo aconsejaba paciencia: «No los hostiguéis, porque somos nosotros los que hemos invadido su hábitat, no ellos los que han invadido el nuestro». Pero cuando un inmenso mono robó a una pobre viuda, el santo ejerció su autoridad: «¡Por la Palabra de Dios a quien sirvo, refrenaos animales del desierto, porque habéis traspasado los límites que se os han impuesto!»[18]. La cultura etíope se

[18] E. A. Wallis Budge (ed.), *The Life of Takla Haymanot*, 2 vols., Londres, 1906, vol. I, pp. 219-220.

basaba en el mantenimiento de esos límites. Los hombres santos como san Takla Haymanot solían proteger a la gente de manera milagrosa contra los animales salvajes. Cuando expulsaban a Satanás de los cuerpos de los enfermos o los pecadores, este solía adoptar figura de mono. Sólo los santos podían cruzar incólumes la frontera entre la civilización y la naturaleza, vivir como ermitaños entre los animales y alimentarse de productos silvestres.

Los campesinos tenían otros enemigos que combatir. Los niveles de los lagos indican que, probablemente, la lluvia fuera más generosa que hoy pero el hambre, aunque menos frecuente que en tiempos venideros, era una amenaza constante. El principado islámico de Shoa sufrió tres hambrunas a finales del siglo XIII. En 1520, un misionero portugués, Francisco Alvares,

> viajó cinco días por una comarca totalmente despoblada, y por campos cubiertos de tallos de mijo tan gruesos como las cañas para trasegar viñedos; tenían cortes y mordiscos indescriptibles, como si los hubiese mordido una manada de asnos; todo ello producido por la langosta [...] La gente había ido abandonando la comarca y vimos los caminos atestados de hombres, mujeres y niños a pie, algunos en brazos de los mayores, con los bultos a la cabeza, yéndose a otras tierras en busca de víveres[19].

Las fuentes también hablan de epidemias y, aunque las descripciones son muy genéricas, es probable que se tratase, entre otras cosas, de viruela transmitida por un ejército aksumita entre los años 569 y 570. La excepcional peculiaridad de la geografía etíope dio pie a una gran variedad de enfermedades epidémicas, desde la lepra (sobre todo en las zonas rurales más alejadas) y la malaria (que los etíopes ya asociaban a las picaduras de los mosquitos) hasta los parásitos intestinales que, según descubrieron los doctores europeos más tarde, eran casi universales. Los drásticos remedios populares se complementaban con conocimientos de hierbas medicinales, las curaciones semimágicas de los *debtera* [diáconos] de las iglesias y los milagros de los santuarios. El polvo del sepulcro de san Takla Haymanot «daba hijos a las mujeres secas, aliviaba a

---

[19] C. F. Beckingham y G. W. B. Huntingford (eds.), *The Prester John of the Indies*, 2 vols., Cambridge, 1961, vol. I, pp. 135-137.

las mujeres los dolores del parto, devolvía la fertilidad a los varones estériles y la salud a los enfermos, exterminaba las bestias salvajes del desierto, y a los bichos del vientre»[20].

Los labradores se esforzaban por minimizar su vulnerabilidad ante las catástrofes. Según le dijeron a Alvares: «Sembramos mucho con la esperanza de que aunque vengan las plagas que le hemos contado [la langosta y el granizo], si algo se llevan, algo nos dejan. Aunque se lo lleven todo si el año anterior fue bueno, no sufrimos escasez»[21]. Dependían de sí mismos ya que la situación de las tierras altas tropicales, su lejanía de los valles fluviales y la ausencia de puentes no permitían más que el transporte local de alimentos. Los productos básicos de la meseta eran el trigo, la cebada y el *teff;* el ensete (falso plátano) era el principal cultivo del sur, más húmedo. Se rotaban los cultivos y, aunque sólo se labrara con arado en el África subsahariana, el arado de superficie, tirado por uno o dos animales, impidió que se consolidaran estructuras señoriales o serviles. Sólo los hombres manejaban el arado; las mujeres realizaban otras muchas tareas agrícolas, si bien gozaban de menor independencia económica que en muchas otras regiones africanas. Alvares dejó constancia de la fertilidad y populosidad de la antigua Tigray. En las tierras altas había más regiones densamente pobladas, pero aún quedaba mucho pasto y bosque. Como las familias mencionadas en las hagiografías salomónicas solían tener pocos hijos, recurrían al polvo de la tumba de san Takla Haymanot. Ya entonces, al igual que en el siglo XIX, tanto las mujeres como los hombres se casaban jóvenes, cosa nada frecuente en África. Posiblemente se debiera a las condenas eclesiásticas de la poligamia (que a los hombres eminentes les traían sin cuidado) y a un sistema bilateral de parentesco en el que los hijos varones heredaban las tierras de ambos progenitores y dejaban la casa de sus padres para instalarse con sus esposas en su propia casa. Por consiguiente, en Etiopía no había conflictos generacionales, los cristianos no formaron linajes pues no tenían ni apellidos. En algunas comarcas había pequeñas aldeas, pero lo normal era que las familias nucleares vivieran en granjas dispersas cuyo principal nexo institucional eran la Iglesia y su parroquia.

Algunas familias nobles, dispersas en una sociedad colonizadora que ofrecía una gran movilidad social, lograron cierta permanencia. Su

---

[20] Budge, *Takla Haymanot,* vol. II, p. 302.

[21] Beckingham y Huntingford, *Prester John,* vol. I, p.189.

riqueza procedía de las tierras desbrozadas por sus antepasados y del privilegio de percibir tributos en especie y exigir corveas a los campesinos vecinos. Teóricamente, estos privilegios eran revocables, pero en la práctica solían ser hereditarios, de manera que el poder regio dependía de la constante expansión territorial para recompensar a sus seguidores. Los beneficiarios del derecho a percibir tributos tenían a su cargo el mantenimiento de la ley y el orden y estaban obligados a aportar guerreros, que en aquel tiempo no eran campesinos, sino sus enemigos:

> ¿Qué cara no has desfigurado?
> ¿Qué mujer e hijo no has capturado?[22].

La clase gobernante se apoderaba de aproximadamente un 30 por 100 de las cosechas, no porque tuviera arados, sino porque contaba con caballos para hacer la guerra. Pero el campesino (*gabbar,* pechero) no era un siervo, pues la costumbre de la tierra le permitía dejar a un señor impopular. El noble era un Gran Hombre *(tellek saw)* y adquiría ese estatus a base de talento y de favores en una sociedad militar competitiva y fluida cuyos dirigentes, fuertemente arraigados en el medio local, tenían escasa identidad corporativa y carecían de una cultura característica. Hacían alarde de su categoría manteniendo a muchos servidores y haciendo gala de una ostentosa liberalidad hacia los pobres y lisiados que se apiñaban en los lugares públicos. No hubo insurrecciones populares hasta el siglo XVII, cuando las encabezaron jefes que se autoproclamaban mesías o reyes legítimos.

El gobierno de esa sociedad dispersa y móvil era necesariamente débil y personal. A Yikunno Amlak y sus sucesores les legitimaba su sangre salomónica, pero se mantuvieron en el poder por la fuerza de las armas. Por lo general les sucedían sus hijos, de ordinario sus primogénitos, pero sólo tras largas luchas entre ellos. El rey gobernaba un conjunto de principados cuyos jefes agradecían su reconocimiento, pero rechazaban el control de los gobernadores regionales que disponían de guarniciones de tropas reales traídas de otras partes del reino. Para ejercer su autoridad, los reyes salomónicos no dispusieron de capitales permanentes hasta mediados del siglo XV; la corte era itinerante. Un escri-

[22] Citado en G. W. B. Huntingford (ed.), *The Glorious Victories of Amda Seyon*, Oxford, 1965, p. 129.

tor europeo del siglo XVII afirmaba: «No tienen leyes; la justicia y el derecho se basan en la costumbre y el ejemplo de sus antepasados, y dirime la mayor parte de las diferencias la Voluntad de los Jueces»[23]. Los castigos solían ser físicos y brutales, como en otras sociedades en las que rara vez se capturaba a los transgresores. Aguantar el dolor sin rechistar era cuestión de pundonor para todos los estamentos, pero los nobles observaban un código de honor personificado por Amda Siyón:

> Algunos dijeron al rey: «Refugiémonos en el campamento y luchemos allí». Pero el rey dijo: «No, yo no quiero morir en brazos de mi mujer, sino morir como un hombre en la batalla» [...] Diciendo esto, brincó como un leopardo y saltó como un león, y se montó en su caballo, llamado Harab Asfare [...] Le rodearon empuñando sus espadas y él, con su rostro firme como la piedra y su espíritu impávido ante la muerte, cayó como un halcón sobre las filas de los rebeldes con una fuerza tal, que Dios le dio impulso para traspasar a dos de ellos de un sol lanzazo. Ante lo cual, los rebeldes se dispersaron y se dieron a la fuga, incapaces, por su presencia, de defender el terreno[24].

Las conquistas de Amda Siyón crearon una gran misión para la Iglesia etíope. Sus evangelizadores eran la contrapartida espiritual de sus héroes militares: los santos varones como san Takla Haymanot, por lo general de cuna humilde, que crearon los primeros monasterios en tierras paganas, practicaban una automortificación extrema, declararon guerras épicas a las religiones naturalistas de los indígenas, y convirtieron a las gentes al cristianismo gracias a su fortaleza, su santidad, sus milagros y los servicios que pudieron prestar en el nuevo orden cristiano. Según la tradición, el monacato ha existido en Tigray desde el siglo V. En torno al año 1248, Iyasus Moa lo difundió por el sur, hacia Amhara. Su discípulo, san Takla Haymanot, fundó el gran monasterio de Debra Libanos en Shoa, hacia 1286. Sus monjes fueron edificando comunidades por todo el sur a lo largo de los dos siglos siguientes. Cuando Ewostatewos (1273-1352) revitalizó el monacato tigrayano, ambos movimientos monásticos rechazaron la centralización religiosa pretendida por el rey. La religión indígena cushita proclamaba la existencia de es-

---

[23] J. Ludolphus, *A New History of Ethiopia*, 2.ª edición, Londres, 1684, p. 380.
[24] Huntingford, *Glorious Victories*, *op. cit.,* pp. 89-90.

píritus de la naturaleza que podían poseer a sus sacerdotes o hablar a través de ellos o de la gente común. Los santones cristianos aceptaban la existencia de los espíritus de la naturaleza, pero los identificaban con demonios o manifestaciones de Satanás y entablaron una guerra personal contra ellos. Por ejemplo, san Takla Haymanot hizo talar el árbol que albergaba el espíritu que veneraban, afirmando que «ese árbol bastaba por sí mismo para abastecer a la iglesia de toda la madera que necesitaba»[25]. A modo de represalia, los sacerdotes indígenas azotaron y torturaron al santo varón y el rey pagano mandó arrojarlo por dos veces por un precipicio, salvándole en ambas ocasiones san Miguel. Pero otros cabecillas locales se aliaron con los santones y fueron los primeros en aceptar el cristianismo, quizá para librarse del dominio al que los sometía el clero indígena. A veces la vieja religión se reprimió violentamente pero, por regla general, los pueblos conquistados parecen haber ido añadiendo de forma ecléctica ciertos aspectos del cristianismo a las prácticas indígenas. Por ejemplo, se construyó una capilla con los restos del árbol sagrado, se celebraba la fiesta Maskal de la Cruz en vez del festival de fin de las lluvias y siempre había alguien que acababa siendo poseído por san Miguel o san Gabriel. Los espíritus paganos locales se fueron fusionando con los cristianos y los islámicos en un culto de posesión *(zar)* que era de gran ayuda psicológica para los marginados y los más desafortunados.

El sincretismo de los misioneros reforzó los rasgos distintivos de la cristiandad etíope. La retirada hacia los montes del sur, unida a la simultánea expansión del islam, había acentuado el aislamiento parcial de Etiopía del núcleo euroasiático del cristianismo. La Biblia (tanto el Antiguo Testamento como el Nuevo) llegó a dominar la imaginación de los cristianos. Etiopía se convirtió en Sion, una nación definida por la religión, una segunda Israel que defendía su fe contra los enemigos que la rodeaban. Su fe hacía hincapié en la majestad de Jehová, y en la divinidad de Jesucristo más que en su humanidad. Se seguían ciertas prácticas judaicas (prohibiciones de alimentos, danzas rituales, uso de tabot o arca sagrada), pero la poligamia era difícil de erradicar y la escatología y el misticismo tenían menos arraigo que en el cristianismo europeo. La lectura del Nuevo Testamento influyó sobre el comportamiento, dio importancia a la caridad, suscitó la fe en los milagros y promovió la salud

[25] Budge, *Takla Haymanot*, vol. I, p. 91.

espiritual. Un único obispo, enviado de modo irregular desde Alejandría, ordenó a numerosos sacerdotes jóvenes, que a menudo apenas sabían leer y escribir, con el fin de que el reino no careciese mucho tiempo de obispos. Ese clero secular formaba casi una casta hereditaria, que se casaba y se dedicaba a la agricultura. Por lo general, los monjes eran algo más cultos que los nobles, pocos de los cuales sabían leer. El resultado fue un cristianismo rural, un tanto pintoresco, simbolista, de cultura en gran medida oral, dotado de una mínima estructura jerárquica pero con una clara distinción entre los laicos y una selecta minoría espiritual; pauta también aplicable en gran medida a la sociedad laica. El cristianismo etíope fue expresión de una cultura heroica: las espectaculares «contiendas» de los santones, la mortificación mediante el ayuno, el papel simbólico desempeñado por san Jorge y los arcángeles, todos ellos encabezados por un sacerdote-rey de Arabia del Sur renombrado por su violencia en la guerra, notorio por su poligamia, que reclamaba, a la manera bizantina, presidir las declaraciones doctrinales.

El rey llamado a desempeñar ese papel fue Zara Yaqob (1434-1468). Puso orden en la Iglesia en los años de evangelización monástica más intensa, codificó sus prácticas, fortaleció el sistema de parroquias e intentó eliminar el eclecticismo e imponer la ortodoxia. En el ámbito secular, Zara Yaqob trató de consolidar las conquistas de sus antecesores y crear un reino estable, con capital fija en Debra Berhan, en Shoa. Volvió a implantar la antigua costumbre de la coronación en Aksum. Pero sólo logró sus objetivos parcialmente y fue tan brutalmente autoritario que a su muerte hubo reacciones un tanto singulares y de lo más diversas. Se abandonó la nueva capital y se relajó la centralización. Entre 1478 y 1527, el promedio de edad de los reyes que accedían al trono fue de 11 años.

Quien salió ganando fue el sultanato de Harar, donde se habían refugiado unos creyentes musulmanes procedentes de Amda Siyón. Fortalecidas por la islamización de sus vecinos somalíes, y con ayuda de aventureros turcos y árabes, las fuerzas de Harar invadieron las tierras altas cristianas en 1529 bajo la égida del imán Ahmad ibn Ibrahim. Su asombroso éxito no se debió sólo a que las fuerzas cristianas estuvieran divididas y mal dirigidas, sino también a que los cushita recién sometidos se unieron a los invasores con la esperanza de recobrar su independencia. Las fuerzas musulmanas arrasaron las tierras altas a lo largo de 14 años, destruyendo Debra Libanos y causando daños todavía visibles

en las iglesias excavadas en la roca de Lalibela. El imán nombró gobernadores en cada provincia, pero murió en 1543 en una batalla contra un ejército cristiano del que formaba parte un cuerpo de mosqueteros portugueses. Las fuerzas del imán se disolvieron y regresaron a Harar, abandonando a su suerte a una Iglesia etíope que es la única de África que ha sobrevivido independientemente hasta la era moderna.

5
La sociedad colonizadora de África occidental

Los pueblos de África occidental que aplicaban técnicas agrícolas y trabajaban el hierro intentaron incrementar su crecimiento demográfico, preparar las tierras para el cultivo, fertilizarlas con sus muertos, consolidar sus sociedades y enviar a más colonos a luchar contra la naturaleza. Eran unas tareas tan fundamentales que confirieron a la organización social y a la cultura un carácter que aún se aprecia en la conducta de los africanos de hoy. En este capítulo se describe la evolución de las sociedades colonizadoras de la sabana y las selvas de África central y del centro-oeste entre el siglo XI y mediados del XVII, momento en el que el tráfico atlántico de esclavos tuvo su mayor impacto. También se recogen datos de siglos posteriores cuando sirven para aclarar los modelos sociales de larga duración.

Colonización y agricultura

De Senegal a Angola, la mayor parte de los africanos occidentales de la selva y la sabana contigua hablaban lenguas nigeriano-congoleñas. En la zona norte de la sabana, habitaban supervivientes de grupos probablemente empujados hacia el sur por el proceso de desertificación del Sáhara. Algunos hablaban lenguas nilo-saharianas (como los songhay del Níger medio) o afroasiáticas (como los hausa de la moderna Nigeria), al igual que los pueblos del desierto, los bereberes, los moros y los tuareg. La posterior desertificación del norte y la afanosa tala de bosques alimentaron un lento pero continuo trasiego de población hacia el sur.

Esta deriva sólo era un modelo de colonización más. La sabana del oeste africano no tuvo una única frontera móvil como América del Norte o Siberia. Grupos de campesinos pioneros se fueron quedando por la región, fundando asentamientos favorables y defendibles a lo largo

del curso medio del Níger o en las lomas que dominan la llanura aluvial al sur del lago Chad. A comienzos del segundo milenio d.C., se multiplicaron esas regiones de cultivo intensivo y ricas culturas situadas, sobre todo, en los valles fluviales o en las tierras altas susceptibles de defensa, donde la azada y el palo de cavar eran las únicas herramientas utilizables. Por ejemplo, en el siglo XI se asentó al borde del macizo de Bandiagara, en el moderno Malí, un pueblo conocido entre sus sucesores como los «tellem». Cultivaban las estribaciones de la meseta, almacenaban el grano y enterraban a sus muertos en cuevas inaccesibles de los acantilados. Confeccionaron algunos de los primeros tejidos y de los objetos de madera más antiguos (azadas, estatuillas e instrumentos musicales así como reposacuellos para los difuntos) hallados hasta el momento en el África subsahariana. A partir del siglo XV se les unieron (y eventualmente los sustituyeron) diversos inmigrantes conocidos como los «dogón», que practicaban una agricultura excepcionalmente intensiva destinada a aprovechar hasta la última gota del agua que ya escaseaba. Crearon algunas de las más hermosas tallas de madera que conservamos, y sus danzas con máscaras eran las más coloristas de toda África. Las principales cosechas en esa seca región de sabana eran el mijo y el fonio (cereal de grano menudo). Más al sur, donde las precipitaciones anuales superaban los 700 mm, prevalecía el sorgo, mientras que el arroz se cultivaba en comarcas favorables como el delta interno del Níger. El grano de muestra recuperado por los arqueólogos suele ser mucho menor que las variedades modernas, lo que sugiere que, para arrebatarle a la tierra una subsistencia segura durante una corta estación, se precisaban la maña y la energía que los campesinos manifestaban luego en las competiciones públicas de cavado con azadón.

En las abiertas llanuras de la sabana de África occidental también había núcleos de población centrados en la necesidad de defenderse, de reducir los costes en el transporte interno, de vivir en sociedad y de ejercer el poder político. Cada núcleo estaba, por lo general, rodeado de asentamientos fronterizos y separado del núcleo vecino por un trecho de vegetación salvaje. Cada aldea o agrupación menor de viviendas campesinas del núcleo estaba asimismo rodeada de anillos concéntricos de cultivos permanentes, de campos de cultivo temporales y de franjas boscosas (*karkara, saura* y *daji* en lengua hausa) que limitaban con el territorio de la aldea siguiente. En este excepcional y desigual modelo de distribución de la población, cada grupo tenía su frontera propia,

que se agrandaba en los buenos tiempos y se encogía en los malos. Pero si la demografía se incrementaba demasiado, si la sequía, las brujas, o los enemigos atacaban el núcleo, si las disensiones, la ambición o la sed de aventuras crecían sin control, los jóvenes podían labrarse otro núcleo de tierra indómita:

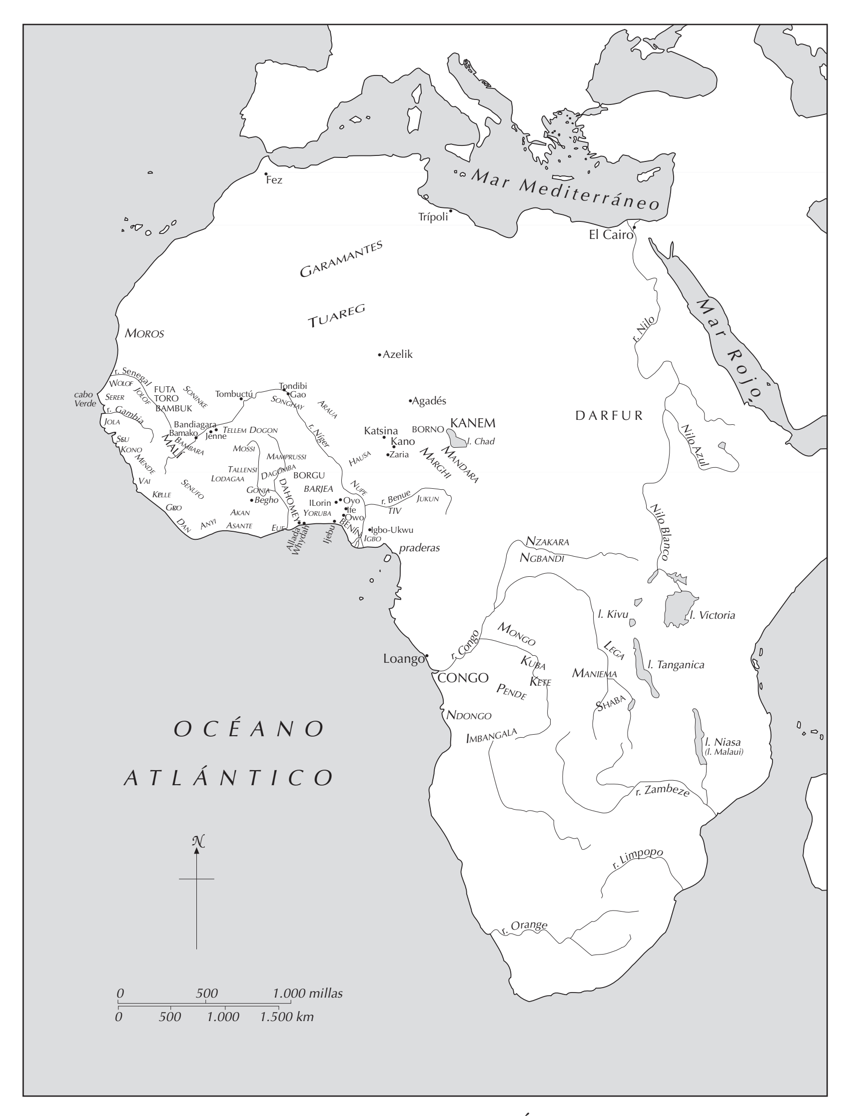
> Bagauda taló el primer claro en el bosque de Kano,
> que era entonces una jungla deshabitada;
> una selva enorme en la que sólo había antílopes,
> búfalos y elefantes.
> El hogar de Bagauda estaba en Gaya;
> fue un cazador poderoso, un depredador[1].

Los nombres de las aldeas de los pueblos del norte de Costa de Marfil como Nueva Aldea, Aldea de los Do, Tierra Dura, Bosque del Agua, Hiena, reflejan el espíritu de los pioneros. Las teorías migratorias tienden a simplificar mucho el proceso al sugerir la existencia de movimientos concertados de población de una ubicación a otra cuando, por lo general, la colonización fue una difusión gradual de familias y grupos pequeños, que solían asentarse junto a gentes de orígenes totalmente diferentes. Los colonos dogón recordaban desplazamientos en muchas direcciones y hablaban lenguas tan diversas que los habitantes de aldeas situadas sólo a pocos centenares de metros no los entendían.

Reconstruir la historia de esas migraciones colonizadoras puede resultar casi tan laborioso como la operación en sí. La falta de recursos creó una sociedad móvil que reaccionaba ante la escasez con nuevos desplazamientos en mucha mayor medida que las poblaciones de Siberia o América del Norte.

La colonización fue especialmente penosa hacia el sur, en el interior y los alrededores de las selvas de África occidental. Desde Senegambia hasta Costa de Marfil, los campesinos se especializaron en el cultivo del arroz aprovechando la temporada de lluvias intensas para cultivar grandes extensiones en las tierras altas del interior o introducir cultivos intensivos en pólderes artificiales en la costa, recurriendo a unas técnicas que impresionaron a los europeos del siglo XV. En cambio, desde Costa

[1] *The Song of Bagauda*, en M. Hiskett, *A history of Hausa Islamic verse*, Londres, 1975, p. 139.



Mapa 6. La sociedad colonizadora de África occidental.

de Marfil hacia el este había dos temporadas al año de lluvias intensas y la cosecha principal era el ñame, cuya productividad en tierras vírgenes compensaba incluso la tala de parcelas de selva tropical, con una densidad de más de 1.250 toneladas de vegetación por hectárea. Los cultivadores de ñame eran colonos por necesidad, pero actuaron de

modo muy gradual. Durante casi tres milenios, tal vez más, fueron talando la mayor parte de la selva que había en las actuales praderas de Camerún. Los antiguos yoruba e igbo de la moderna Nigeria colonizaron, durante la mayor parte del mismo periodo, los límites de la selva del sur, perfeccionando cultivos que explotaban tanto en la sabana como en el medio selvático. Ciertos pueblos que hablaban la lengua edo habían penetrado en la selva al oeste del Níger en tiempos precristianos pero, a finales del primer milenio d.C., nuevos pioneros les empujaron hacia el sur de la región, al levantar cerca de 10.000 kilómetros de fronteras de tierra para cercar las aldeas y las tierras de cultivo que habían ido ganando a la selva. Puede que, en aquel periodo, la frontera norte de la selva estuviera situada a unos 160 kilómetros más al norte de su situación actual. Sin embargo, 500 años después, había asentadas comunidades agrícolas en la mayoría de las zonas boscosas, y sólo unos pocos cazadores se adentraban en las espesas selvas de la moderna Ghana, Costa de Marfil y Liberia.

La laboriosa colonización de la selva del oeste africano siguió un modelo más elaborado que la de la sabana, donde los espacios talados se rodeaban de círculos de vegetación progresivamente más silvestre. Los aldeanos igbo, por ejemplo, construyeron sus comunidades en torno a lugares de encuentro y de mercado, rodeados de anillos residenciales, a su vez circunvalados por cinturones de palmeras de Guinea (que florecían cerca de los asentamientos humanos). Más allá empezaban las tierras de cultivo de la aldea y, finalmente, el «bosque malo» habitado por espíritus malignos y frecuentado sólo por los cazadores más aguerridos y los herboristas. En las fronteras de las tierras ocupadas por los grupos edo encontramos un núcleo de recintos pequeños y complejos rodeados de una maraña de otros recintos más amplios y de tierra yerma, lo que nos permite deducir que el impulso colonizador fue gradual. Desde finales del primer milenio d.C., los grupos de aldeas de esos territorios se fusionaron para formar los primeros micro-Estados, pilares del futuro desarrollo político.

La habilidad de Jan Vansina para obtener información histórica de las lenguas antiguas que aún se hablan nos ha ayudado mucho a entender la colonización de África ecuatorial[2]. En esa región, los bantú se

[2] J. Vansina, *Paths in the Rainforests,* Londres, 1990, y *How Societies are Born: Governance in West Central Africa Before 1600,* Charlottesville, 2004.

internaron en un medio inmensamente complejo. No era fácil penetrar en la selva ecuatorial, que contenía pocos alimentos o caza, pero talarla era aún más difícil. Lo hicieron los grupos de pigmeos con los que los cultivadores bantú establecieron lazos de intercambio y patrocinio. Sin embargo, entreverados con la selva había microentornos más favorables: franjas sabana-selva, cenagales y ríos ricos en peces, espacios ribereños que los colonos podían ensanchar para transformarlos en tierras de cultivo. Siguiendo el curso de los ríos, los pioneros podían extenderse por África occidental con más rapidez que sus predecesores. Los primeros colonos bantú utilizaron hachas de piedra y varas de cavar para cultivar ñame, palmeras de aceite y posiblemente bananas. Sus descendientes adquirieron utensilios de hierro e incrementaron rápidamente su demografía, penetrando por casi toda la región hacia el año 1000 d.C. Tras esa fecha, los pequeños grupos dejaron de buscar nuevas tierras cada año para sus cultivos y se fueron consolidando poblaciones estables en torno a los campos semipermanentes de bananeras. Cuando la densidad de población se incrementaba en exceso, creaban colonias-satelite. Explotaban la naturaleza de forma instrumental, sin sentimentalismos. A medida que los grupos se asentaban en entornos característicos, iban perdiendo su cultura y lengua común, y cobraban forma diversos grupos étnicos. En la frontera nordeste de la selva ecuatorial, los agricultores bantú empezaron a interactuar con cultivadores de cereal que hablaban lenguas nilo-saharianas, con los que llegaron a crear una potente cultura mixta. En el sudoeste, más allá de las selvas en territorio de la moderna Angola, los granjeros adquirieron semillas de cereal y ganado del este, se unieron a antiguos cazadores/recolectores, formaron asentamientos y los grupos étnicos se fueron estableciendo en los valles de los ríos, ocupando asimismo las tierras más áridas del sur que configuran las actuales regiones de pastoreo de Namibia. Pero, por mucho que colonizaran los bantú, dejaron extensas zonas casi desocupadas. Muchas de las tierras altas orientales de la provincia de Kivu seguían deshabitadas en el siglo XIX. Allí la agricultura ecuatorial requería un gran esfuerzo de colaboración, mayor que en cualquier otra parte de África, ya que se precisaba un equipo de, al menos, 20 hombres para talar la selva ecuatorial y organizar un espacio habitable. De ahí que los colonos vivieran en aldeas de chozas apiñadas separadas por amplios espacios baldíos. Muchas de estas aldeas se hallaban en la frontera entre la selva y la sabana, donde el terreno se despejaba más fácilmente y los

hombres podían sacar provecho de los múltiples recursos del entorno. Allí, a lo largo del segundo milenio d.C., fueron cobrando forma las primeras comunidades de cierta entidad.

Tras colonizar la tierra, a medida que se incrementaba su número, los africanos occidentales hubieron de luchar contra muchas enfermedades. Probablemente fueran enfermedades comunes, como demuestran las muchas muecas de dolor y deformidades representadas en las antiguas figuras de terracota procedentes de Nok y de la ciudad yoruba de Ife. Pero muchas dolencias pueden haber sido crónicas más que mortales, precisamente porque los parásitos parecen haber tardado mucho tiempo en adaptarse a sus portadores humanos en África. La malaria (sobre todo la infantil), probablemente fuera la que más víctimas causó en todas las regiones excepto en las más frías y secas. De hecho, las tierras altas del Camerún se colonizaron gracias a que ahí no se manifestaba esta enfermedad. Los africanos occidentales habían desarrollado un alto nivel de resistencia mostrando una gran fortaleza frente a la anemia producida por la tenia. Debieron de padecer dos enfermedades infantiles: pian en las regiones ecuatoriales, y sífilis endémica en la sabana, menos aguda que la sífilis venérea, desconocida en la región hasta el siglo XVI[3]. La lepra era común cuando los europeos penetraron tierra adentro en el siglo XIX, sobre todo en las regiones ecuatoriales y en tierras de los igbo. Pero, por lo general, adoptaba una forma más benigna que en otros continentes, y sólo hubo que aislar a los enfermos más graves. Las moscas tsetsé, que transmitían la enfermedad del sueño, infestaban muchas regiones boscosas, en especial junto a las vías de agua. A mediados del siglo XIV, el rey de Malí, Diata II, fue una de sus víctimas, pero los africanos occidentales combatieron bien esa enfermedad. La investigación moderna ha demostrado asimismo que la viruela que se manifestó en África oriental y occidental era de una variedad relativamente benigna[4]. Por otra parte, la larga convivencia con las enfermedades contribuyó a la adquisición de conocimientos médicos. La palabra «medicina» *(ti)* tiene, en la lengua ancestral bantú, la misma raíz que «árbol», lo que demuestra la evolución de la farmacopea. Las

---

[3] C. J. Hackett, «On the Origin of the Human Treponematoses», *Bulletin of the World Health Organization* 29 (1963), p. 16.

[4] K. R. Dumbell y F. Huq, «Epidemiological Implications of the Typing of Variola Isolates», *Transactions of the Royal Society of Tropical Medicine and Hygiene* 69 (1975), pp. 303-306.

lenguas bantú de las regiones occidentales poseían una palabra común para las ventosas de cuerno con las que los curanderos sangraban a sus pacientes. Fueron los misioneros los que divulgaron esa práctica en el siglo XVI por el reino del Congo (actual Angola), que se compatibilizaba con el uso de hierbas, ungüentos, purgantes y remedios mágicos. Entre los especialistas hausa había herboristas, curanderos, comadronas y barberos-cirujanos, además de exorcistas que recurrían a remedios espirituales. La investigación antropológica ha destacado el carácter racional y experimental de la medicina africana y la amplia difusión de la medicina popular. Pero las enfermedades, sobre todo unidas a una alimentación deficiente en proteínas animales y vitaminas (los esclavos americanos crecieron notablemente más que sus antepasados africanos), debilitaban a los pobladores de la Costa de Oro en el siglo XVII produciéndoles «dolores de cabeza, flujos sanguíneos, fiebres [...] cólicos, dolores de estómago». Muchas enfermedades, como la angustiosa filarosis, producida por el gusano de Guinea («la miseria», como la llamaban en Borno), se debían sobre todo a la ingesta de agua en malas condiciones y dejaban incapacitadas a muchísimas personas en toda África occidental, sobre todo a las más pobres. Pero el Sáhara protegía a la región de las epidemias procedentes del Viejo Mundo. Al parecer, la Peste Negra no afectó a África occidental. Varias epidemias inespecíficas hicieron estragos en ciudades de la sabana a lo largo del siglo XVI, pero hasta la década de 1740 no hay constancia de una «plaga» común allí y en el norte de África.

El hambre fue el segundo obstáculo para el crecimiento de la población en todas las regiones excepto en las más húmedas. Tanto la tradición oral como las crónicas islámicas de las ciudades de la sabana destacan sus devastadores efectos. Los datos portugueses recopilados en Angola a partir del siglo XVI muestran que hubo una gran hambruna aproximadamente cada 70 años. Estas, unidas a las enfermedades epidémicas, podían llegar a matar a un tercio o a la mitad de la población, destruyendo el crecimiento demográfico de toda una generación y obligando a los colonos a regresar a los valles fluviales. No sabemos si se daban estas hambrunas antes de que los europeos introdujeran las variantes más graves de la viruela, aunque sí nos consta que eran bastante destructivas. Podían deberse a las plagas de langosta (de las que habló Ibn Battuta en Malí en 1352), a las fuertes lluvias a destiempo, a abusos de poder o a guerras, pero la razón más común era la sequía. Como demuestra la prosperidad

del valle del Níger, entre el año 300 d.C. y el 1100, África occidental gozó de un régimen de lluvias relativamente bueno. También el lago Chad mantuvo un nivel elevado durante la mayor parte de ese periodo. En los cuatro siglos siguientes, se produjo una renovada sequía. Los niveles de los lagos eran bajos: en 1154, al-Idrisi fue el primero de los muchos jeremías que advirtió que el Sáhara iba avanzando, y los gobernantes de Kanem abandonaron su «tierra de hambre y austeridad» para trasladarse más al sur, a Borno. En el año 1400 se abandonó la vieja ciudad de Jenne que había disfrutado de 1.000 años de prosperidad. En la frontera norte de la selva surgieron sabanas que dieron a los criadores de ganado supremacía sobre los agricultores. En el siglo XVI volvió a llover copiosamente, pero a partir del año 1600 se reanudó la desertificación. En los 250 años siguientes, el Sáhara occidental ganó de 2 a 300 kilómetros en dirección sur. El deterioro se hizo evidente cuando, entre 1639 y 1643, se perdieron las cosechas del valle del Níger y los habitantes de Jenne saquearon los graneros de sus gobernantes. Las peores crisis se produjeron, por un lado, en la década de 1680, cuando el hambre se extendió desde la costa de Senegambia hasta el alto Nilo y «muchos se vendieron como esclavos, sólo para asegurarse el sustento». Entre 1738-1756 tuvo lugar la mayor crisis de subsistencia del África occidental debido a la sequía y a las langostas que, según las crónicas, mataron a la mitad de la población de Tombuctú: «ni las personas más distinguidas tenían para comer más que [...] semillas de hierbajos u otros granos con los que normalmente sólo se alimentaban las gentes más despreciables y pobres»[5]. Añadían que los pobres se veían obligados a recurrir al canibalismo, la metáfora africana habitual para referirse al desplome de la civilización. En cada una de las tres hambrunas perfectamente documentadas que tuvieron lugar en Cabo Verde entre 1773 y 1866, pereció, en números redondos, el 40 por 100 de la población. Pero ese índice de mortalidad no era frecuente: por lo general, el hambre sólo era un obstáculo más para el crecimiento demográfico.

En medio de esos obstáculos, los africanos occidentales otorgaban una importancia primordial a la reproducción: «Sin niños, está uno como desnudo», reza un proverbio yoruba. La virilidad era vital para el honor de un hombre: en una aldea kuba, en el límite meridional de la

[5] Akhbar Molouk es-Soudan, *Tedzkiret en-Nisian*, O. Houdas (trad.), París, 1966, pp. 117-118.

selva ecuatorial, el barrio de los célibes se denominaba «la calle de los niños pequeños». La falta de hijos era todavía más amarga para las mujeres. Uno de los primeros visitantes de Benín escribió: «Se da mucho valor a la mujer fértil, mientras que se desprecia a la estéril». Los hijos garantizaban la posición social de los padres, su bienestar en la vejez y su supervivencia como antepasados. Eran necesarios para la mera existencia del grupo organizado en sociedades competitivas y con frecuencia violentas en las que, como luego demostraría la realidad precolonial, los grupos familiares eran absorbidos por rivales más fértiles en un proceso de selección natural. Como dice un refrán congoleño: «Una raza es tan frágil como un niño recién nacido». La captura de personas era uno de los objetivos principales de las guerras. La fertilidad de la mujer era un tema preponderante en el arte. El cuidado de la mujer encinta y del neonato era un asunto crucial en la medicina y los ritos. Esta obsesión africana por la reproducción sorprendió posteriormente a los antropólogos familiarizados con regiones donde la naturaleza era más benigna.

Carecemos de datos fiables suficientes como para estimar los índices de nacimientos o fallecimientos de aquella época, aunque suponemos que eran elevados. El promedio de esperanza de vida al nacer era de menos de veinticinco años (en el siglo II, durante el Imperio romano), posiblemente de menos de veinte. Se ha sugerido que la población puede haber crecido a largo plazo a un promedio anual del 2 o 3 por 1.000, aunque este dato no se ajuste a los promedios del antiguo Egipto y de otras sociedades tradicionales[6]. Extrapolando situaciones paralelas actuales, suponemos que más de una tercera parte de los niños moriría en el primer año de vida, y una proporción inusualmente grande a lo largo de los cuatro años siguientes, debido a que el clima africano que favorecía la malaria, a la escasez general de leche animal (a causa de la tripanosomiasis) y a que la falta de tratamientos médicos era especialmente perniciosa para los niños más pequeños. A finales del siglo XVIII, un líder musulmán de las tierras hausa tuvo 42 hijos de los que sólo 15 alcanzaron la pubertad. Su hijo mayor tuvo 33 hijos varones de los que únicamente sobrevivieron 13[7]. Entre los anyi de Costa de Marfil del siglo XVIII, sólo el

---

[6] Cfr. J. C. Caldwell, UNESCO, *History*, vol. VII, p. 463.

[7] M. Last, «The Power of Youth, Youth of Power» en H. d'Almeida-Topor; C. Coquery-Vidrovitch; O. Georg y F. Guitart (eds.), *Les jeunes en afrique*, 2 vols., París, 1992, vol. II, p. 378.

cuarto niño fallecido de una misma madre tenía derecho a un funeral. La vulnerabilidad de los niños explica probablemente por qué la tasa de nacidos vivos no era aún más alta. Los escasos datos de los que disponemos sugieren que la mayoría de las mujeres africanas occidentales se casaban en cuanto podían traer niños al mundo. Las mujeres yoruba liberadas de los barcos negreros a comienzos del siglo XIX tuvieron por término medio su primer hijo a los veinte años, probablemente poco después de haber alcanzado la pubertad. Pero tanto los datos del periodo colonial temprano como las estimaciones subsiguientes de los demógrafos sugieren que las mujeres tenían, por término medio, poco más de seis gestaciones y partos durante su vida fecunda, muchos menos que los teóricamente posibles. Es improbable que se debiera al uso de medios anticonceptivos, ya que los africanos occidentales recurrieron poco a las hierbas para ese fin, y tal vez fueran ineficaces. Al igual que en el siglo XX, el mayor obstáculo a la fertilidad era el espaciamiento de los embarazos. El prolongado amamantamiento inhibía la concepción, pero era indispensable al no haber más leche que la materna. Un visitante de Costa de Oro refería en 1785 que el periodo de lactancia podía durar cuatro años. Un médico que viajaba por Borno en 1870 hablaba de un promedio de dos años. Había tabúes que prohibían las relaciones sexuales mientras el niño fuera totalmente dependiente de la madre. Un perspicaz comerciante europeo recogió las reglas vigentes en el río Gambia en la década de 1730, y les dio un toque de escepticismo:

> Ninguna mujer casada, tras dar a luz y si el niño vive, yace con su marido hasta transcurridos tres años completos. Después desteta al niño y yace con su marido. Dicen que si una mujer yace con su marido mientras está dando el pecho al niño, se le estropea la leche y le sobrevienen grandes trastornos. Sin embargo, yo creo que ni una de entre veinte mujeres espera hasta destetar al niño para yacer con su hombre y, de hecho, yo he visto con mucha frecuencia a mujeres muy denostadas, acusadas de ser infieles a sus maridos, sólo porque el niño que amamantaban caía enfermo[8].

[8] F. Moore, *Travels into Inland Parts of Africa,* Londres, 1738, pp. 132-133. Cfr. asimismo S. A. Wisnes (ed.), *Letters of the West Africa and the Slave Trade,* Oxford, 1992, p. 141, y G. Nachtigal, *Sahara and Sudan,* A. G. B. y H. J. Fisher (trads.), 4 vols., Londres, 1974-1987, vol. III, pp. 200-201.

Sin duda, las costumbres variaban, pero en las crónicas de comienzos del periodo colonial se hacen frecuentes referencias a los intervalos de tres o cuatro años entre cada parto. El objetivo no era limitar el número de niños, sino tenerlos más robustos y que las madres sobreviviesen, porque hoy sabemos que la mortalidad entre los neonatos es muy elevada cuando el intervalo entre los partos es más breve. Sin embargo, estos largos intervalos entre embarazos impedían la rápida recuperación de una población diezmada por las catástrofes. En África occidental, el precio a pagar por el crecimiento de la población era su lentitud.

La evolución política en la sabana

El principal obstáculo para el surgimiento de comunidades políticas en la sabana del oeste africano fue la escasez de población. Esta estaba muy dispersa y no podía producir los excedentes necesarios para mantener a las clases dirigentes. Allí donde la densidad de población era mayor, las tierras deshabitadas despojaban de su atractivo a la autoridad política. No nos consta que hubiera elites gobernantes en el valle del Níger en el primer milenio d.C. y, por lo tanto, suponemos que la escasa complejidad social no requería de una organización política. Tampoco en el segundo milenio disponían de autoridad política muchas de las grandes concentraciones de población que defendían celosamente su libertad como colonos, arreglaban sus asuntos recurriendo a la costumbre y la amenaza de represalias y se agrupaban para resistir a los pueblos vecinos más rapaces. Este modelo se extendió sobre todo en las regiones de lengua voltaica (sobre todo en la moderna Ghana) y entre los labradores de las tierras altas. Cualquier autoridad existente en esas regiones solía estar en manos de los descendientes de los pioneros a quienes los que llegaron después «mendigaron tierra». Entre los serer del moderno Senegal, por ejemplo, esos «dueños del fuego» constituyeron la única autoridad política hasta el siglo XIV. Su equivalente entre los mande, el mayor grupo de la sabana occidental, era el *fama* al mismo tiempo dueño de la tierra y jefe político de un *kafu,* grupo de aldeas que formaban una comunidad política en miniatura. Un viajero del siglo XIX lo describía así: «En medio de la selva hay inmensos claros de varios kilómetros de diámetro. En su centro se agrupan siete, ocho, diez y hasta quince

aldeas fortificadas individualmente. Esta clase de confederación posee un jefe electo que ostenta el título de *fama*. La aldea del jefe da su nombre al grupo»[9]. El *kafu* fue la comunidad política más estable de la sabana, el pilar sobre el que se construían otras entidades políticas más amplias pero más efímeras. Se trata de un proceso común a todo el continente, a los micro-Estados del Egipto predinástico, el nadu del sur de India, o las comunidades subimperiales de la América precolombina. El *kafu* encarnaba el penetrante localismo de la política africana. Los reyes y conquistadores ansiosos de cambios basaron sus modelos políticos en las grandes y ricas concentraciones de población, sobre todo de la sabana del valle del Níger. También recurrieron al trabajo de esclavos, el comercio a larga distancia y la fuerza militar. Pero, a medida que aumentaba la distancia de la capital, disminuía su autoridad, y se entraba en una difusa tierra de nadie donde, como relató un viajero posterior, «los habitantes apenas sabían de quién eran súbditos». La escasez de población también creó otros obstáculos para la consolidación política. Los modelos matrimoniales poligámicos de las sociedades colonizadoras daban a los gobernantes enjambres de hijos que exigían puestos oficiales, ponían la sucesión en tela de juicio y fragmentaban la comunidad política porque no eran capaces de gobernarla, sobre todo cuando no había instituciones religiosas que hicieran de válvulas de escape para los hijos sobrantes como en Asia y Europa. Los grupos familiares que despejaban y defendían nuevas tierras eran tan poderosos que rara vez se los podía doblegar. La mezcla entre colonos móviles originó poblaciones heterogéneas en sus costumbres y lealtades. «El poder es como sujetar un huevo en la mano», dice un proverbio akab de la moderna Ghana. «Si lo sujetas demasiado fuerte, se rompe, y si lo sujetas demasiado flojo, se te cae.» Para crear un gobierno político en la sabana, entonces igual que hoy, había que buscar los recursos necesarios para contrarrestar el localismo y la fragmentación.

Donde mejor se aprecia esta dinámica es en la historia de Malí, el reino que dominó la sabana occidental desde el siglo XIII hasta el XV. Comenzó como un *kafu* y luego se convirtió en un grupo de kafúes en el Alto Níger. Como recordaba un bardo a su fundador, Sundiata Keita, en vísperas de la batalla en la que fue proclamado rey hacia 1235: «De

---

[9] P. L. Monteil, *De Saint-Louis à Tripoli par le Lac Tchad,* París [1895], p. 43.

ser jefes de aldea, los keita pasaron a jefes de tribu, y luego reyes. Tala los árboles y transforma los bosques en campos, porque sólo así serás un verdadero rey»[10]. En el centro del reino proliferaron las aldeas de artesanos y otros especialistas, más allá la fértil agricultura del valle del Níger y aún más allá se extendían sus territorios desde el Atlántico al desierto y la selva, en los que los gobernadores y guarniciones de las provincias conquistadas se mezclaban con vasallos semiindependientes. Esta organización se debía en parte a la expansión de los mande, que precedieron al reino de Sundiata y, en parte, a los estímulos del triunfo. Los primeros mande estaban tan dispersos que probablemente fueran cazadores. Tras ellos se inició una lenta difusión de colonos, como el grupo pagano conocido como susu, que al parecer alcanzaron las costas de la moderna Guinea. Otros grupos avanzaron con mayor rapidez conquistando y fundando poblados con los jefes malinke a lo largo del río Gambia y entre los serer durante el siglo XIV. Dos siglos después, bajo el nombre de mane, conquistaron el interior de la moderna Sierra Leona y dieron lugar al pueblo mende. Hubo grupos de mercaderes que penetraron hacia el sudeste hasta los campos auríferos de los akán de la moderna Ghana, o fueron en busca de nueces de cola en las selvas sudoccidentales. Allí los pueblos vai y dan de la moderna Liberia, los gouro de Costa de Marfil y los kono y kpelle de Guinea son grupos que hablan mande. La tercera fase de expansión fue más violenta, pues la fundación del reino de Malí y la escasez de lluvias permitió a sus jinetes penetrar en Gambia y en tierras de los serer a lo largo del siglo XIV. El prestigio de Malí era tal que incluso los gobernantes de Gonja, en la moderna Ghana, que no hablaban lenguas mande se proclamaban descendientes de las fuerzas de caballería malinke enviadas a vigilar el comercio del oro.

Sin embargo, Malí padecía la debilidad propia de las comunidades de la sabana. Su familia real, poligámica, estaba dividida entre los descendientes de Sundiata y los de sus hermanos menores. La ciudad de Gao, probablemente conquistada en torno a 1300, era la llave de las fértiles provincias del este del valle medio del Níger y se volvió a perder un siglo más tarde. En 1433-1434, los nómadas tuareg del vecino desierto tomaron Tombuctú. A su vez, Jenne parece haber recobrado por entonces su independencia de Malí. Mientras, en la mitad occiden-

---

[10] D.T. Niane, *Sundiata: An Epic of Old Mali*, G. D. Pickett (trad.), Londres, 1965, p. 62.

tal del imperio se infiltraron los ganaderos fulbe, de lengua nigeriana-congoleña, que surgieron como un grupo especializado de pastores en el Alto Senegal y comenzaron a dirigirse hacia el este a comienzos del segundo milenio. Al principio, reconocieron la autoridad de Malí, pero a medida que esta se fue debilitando y los fulbe incrementaron sus efectivos, los pastores empezaron a crear un reino pagano en Futa Toro (la antigua Takrur) a finales del siglo XV. Por entonces, Malí se estaba desintegrando. Los songhay, sucesores de Malí en el curso medio del Níger, saquearon la capital en 1545-1546. Un desastroso intento de reconquista del Níger medio, en 1599, hizo perder a Malí el yacimiento de oro de Bambuk. Las escasas provincias que quedaron, optaron por la secesión. En la década de 1630, los campesinos bambara, que hablaban mande y eran paganos, destruyeron la capital. Sus bardos y cortesanos se retiraron a Kaba, donde, en tiempos, los jefes juraron lealtad a Sundiata. Los kafúes volvieron a dominar el Alto Níger.

Más hacia el oeste, a comienzos del segundo milenio, los pueblos serer y wolof colonizaron el sur desde el valle del Senegal hacia Senegambia, tras emigrar por la sequía y el creciente poderío del islam. El primer reino del que quedan huellas parece haber surgido hacia el siglo XII en Waalo, en el bajo Senegal, donde los agricultores aprovechaban las crecidas estacionales. A lo largo de los dos siglos siguientes, el poder se trasladó tierra adentro a Wolof, región seca de la sabana, tal vez debido a la prosperidad comercial de Malí. A finales del siglo XIV, Wolof no rendía vasallaje a Malí, pero su propia autoridad sobre los wolof del sur y el oeste era tenue y fluctuante porque, al igual que en Malí, las comunidades políticas subyacentes eran los poblados, gobernados por descendientes de los pioneros, nobles militares que dominaban al pueblo y a los esclavos. Puede que el comercio europeo ayudara al reino costero de Kajoor a derrotar a Wolof a mediados del siglo XVI, pero lo que explica la desintegración de Wolof en cuatro reinos probablemente sea la constitución del nuevo reino fulbe en Futa Toro, que impedía su acceso al interior.

El reino de los songhay (nilo-saharianos) sucedió al de Malí extendiéndose unos 2.000 kilómetros a lo largo del valle del Níger. Gao fue su capital a partir del siglo XII. Durante todo el siglo XIV estuvo sometido a Malí, pero recobró su independencia gracias a una dinastía guerrera que derrotó a Malí y fundó un reino que tuvo gran renombre entre 1464 y 1492 bajo el gobierno de Sonni Ali Ber. Pobla-

ron las tierras con asentamientos de esclavos agricultores logrando que el valle del Níger fuera, durante una época de lluvias especialmente copiosas en el siglo XVI, más productivo que en cualquier periodo posterior. El reino también vivía de los cultivos de los campesinos libres, así como del comercio con Jenne y Tombuctú. Respaldado por un pequeño ejército permanente, probablemente de esclavos, el régimen administraba de modo directo el valle del Níger a través de delegados elegidos entre la parentela real, dejando en manos de dirigentes tributarios indígenas el gobierno de las provincias más lejanas. La estructura fue creada en parte por Sonni Ali, y en parte por un antiguo gobernador provincial, Askiya Muhammad Ture, que usurpó el trono con apoyo musulmán a raíz de la muerte de Sonni Ali en 1492. Sin embargo, al igual que los reyes de Malí, los askiya nunca establecieron un régimen sucesorio. Los repetidos conflictos entre la prolífica familia real y la nobleza militar dividieron el reino cuando la lucha por el tráfico del oro llevó al sultán de Marruecos, Ahmad al-Mansur, a emprender una marcha a través del desierto con 2.500 mosqueteros y 1.500 jinetes, y a llevar a cabo un atrevido asalto a Songhay. El 12 de marzo de 1591 derrotó en Tondibi a una fuerza compuesta, al parecer, por 10.000 o 20.000 jinetes, pero la acertada defensa de los asaltados y las enfermedades les impidieron someter uno de los reinos sucesores de Songhay en la marca sudeste del viejo imperio. Las tropas marroquíes se retiraron a Tombuctú, rompieron sus lazos de lealtad con Marrakesh y se acabaron convirtiendo en una brutal tiranía local. Entre 1651 y 1750, Tombuctú tuvo 128 gobernantes militares. Aunque el islam se propagó y difundió más profundamente durante ese periodo y se formaron varios reinos sucesores, por lo general fue una época de decadencia económica y política. La población del valle disminuyó al dispersarse los asentamientos agrícolas. El hambre y las epidemias fueron cada vez más comunes. Los pastores fulbe se infiltraron por el oeste, y los tuareg por el norte, tomando Gao hacia 1680 y penetrando al sur del Níger hacia 1720. Los campesinos bambara saquearon Jenne y construyeron sus *kafu* sobre las ruinas del imperio. El comercio transahariano no cesó más al este, en la sabana central.

Desde fechas tan tempranas como el siglo VI, el mayor poder de la zona al norte del lago Chad era Kanem, un reino de pastores nilo-saharianos especializados en la exportación de esclavos hacia el norte y regidos desde alrededor del año 1075 por la dinastía saifaua. Durante

el siglo XIV, las tensiones internas, y puede que también la disminución de las lluvias, llevaron a los Saifaua a desplazar su capital hacia Borno, en las llanuras del sudoeste del lago Chad. Esa región tenía un mayor potencial agrícola y el reino perdió su carácter ganadero, pero la obtención de esclavos resultaba muy fácil entre los pueblos agrícolas del sur, y siguió siendo su principal exportación. Borno, más aún que Songhay, estaba dominada por una aristocracia de jinetes-guerreros que obtenían tributos de las comunidades agrícolas que se les asignaban, se distinguían de los demás por el vestido y la pronunciación, y buscaban gloria en las guerras, lo que hizo que, puesto que cualquier hijo del rey podía ser elegido para ocupar el trono, las guerras de sucesión fueran endémicas a lo largo del siglo XV. A partir de entonces, el reino atravesó un periodo de mayor estabilidad. A lo largo del siglo XVI conquistó varios pueblos agrícolas colindantes, obligando a los mandara y otros grupos a organizarse en comunidades políticas para su autodefensa. Mai Idris Aloma (1571-1603), el rey guerrero más famoso de Borno, prosiguió implacablemente esas guerras. Borno prosperó durante los años de las grandes lluvias de comienzos del siglo XVII, gobernó su territorio a través de los esclavos de la Corona, y las provincias adyacentes, con ayuda de vasallos militares. Fue un reino que duró más de 1.000 años debido, al igual que Etiopía, a su sentido de superioridad cultural como guardián de una religión universal entre diversos pueblos que no estaban organizados políticamente y entre las diversas creencias indígenas.

Cuando los gobernantes de Borno se retiraron hacia el sudoeste de Kanem, establecieron un contacto más estrecho con las llanuras del oeste que actualmente ocupa el pueblo hausa del norte de Nigeria. Los orígenes de los hausa son todo un misterio. Hablan una lengua afroasiática relativamente homogénea que tiene afinidades con otras lenguas del este, en el moderno Chad. Sin embargo, muchos estudiosos creen que se debieron de ir retirando hacia el sur durante un largo periodo debido a la desertificación del Sáhara. En Dalla Hill, en la moderna ciudad de Kano, ya se trabajaba el hierro en el siglo VII d.C., pero no sabemos si sus habitantes eran hausa o nigeriano-congoleños que se integraron posteriormente. Ateniéndose a la *Crónica de Kano,* del siglo XVII, los investigadores modernos suponen que, a comienzos del segundo milenio, el país de los hausa estaba dividido en muchos micro-Estados agrupados en torno a las fundiciones de hierro o a las formaciones

rocosas de granito, símbolos sagrados de los espíritus de la naturaleza. Aunque puede que el islam penetrase en la región procedente de Kanem en fecha más temprana, la *Crónica de Kano* destaca la llegada de mercaderes, posiblemente de Songhay, a mediados del siglo XIV. Lo cierto es que algo debe de haber impulsado a los hausa a comerciar en la sabana y el desierto, porque a lo largo del siglo XV surgieron nuevas comunidades de comerciantes no sólo allí, sino también en Agades, hacia el norte, y en tierras de los yoruba, hacia el sur. A finales del siglo XVI, mercaderes europeos de Ragusa (Dubrovnik, Croacia) vivieron en Kano y la consideraban, junto a Fez y a El Cairo, una de las tres principales ciudades de África: «Viven allí muchos caballeros blancos, que se trasladaron desde El Cairo hace muchos años. Llevan un tren de vida tal que muchos de ellos poseen caballos en sus propias cuadras, y son servidos como señores por numerosos esclavos»[11].

La importancia dada a esclavos y caballos lleva a pensar que, en los siglos XV y XVI, los hausa no se iniciaron únicamente en el comercio, sino también en la política. El sistema sarauta, tan ensalzado en la *Crónica de Kano* implicaba la unificación de los micro-Estados en reinos, la construcción de capitales amuralladas como Kano y Katsina, el nombramiento de administradores fijos (con frecuencia siguiendo el modelo de Borno), la importación de caballos de batalla más vigorosos, incursiones sistemáticas hacia el sur para capturar esclavos entre los nigeriano-congoleños, repetidas guerras entre los nuevos reinos, la adopción del islam por la clase dirigente sin eliminar las demás prácticas religiosas indígenas y el control del campo por parte de los habitantes de la ciudad. Muhammad Korau (hacia 1444-1494), fundador y constructor de Katsina, personificó el nuevo orden que encubría profundos cambios demográficos y sociales: un flujo de gente de procedencia diversa, una mezcolanza cultural, una ordenación política según criterios cada vez más territoriales y menos personales (restando importancia a los lazos de parentesco), la especialización y diferenciación económicas reflejadas en la urbanización y la proliferación de ocupaciones, y la probable intensificación de la agricultura en «cotos cerrados» fertilizados con estiércol en los alrededores de las ciudades amuralladas. El comercio a larga distancia de los hausa estaba centrado más claramente que el de Songhay o Borno en la

[11] D. Lange y S. Berthoud, «L'intérieur de l'Afrique Occidentale d'après Giovanni Lorenzo Anania», *Cahiers d'Histoire Mondiale* 14 (1972), p. 341.

agricultura, en la producción artesanal y el intercambio local de una población lo suficientemente densa como para librarse de algunas de las tendencias centrífugas de las sociedades colonizadoras. Sin embargo, aunque hubiera grandeza en su futuro, en el siglo XVI la tierra de los hausa aún se veía azotada por las guerras desatadas entre los nuevos reinos que pugnaban por la supremacía.

Innovaciones militares latían tras estos cambios políticos de la sabana. Hasta el siglo XIII la infantería libraba y ganaba las batallas en África occidental. Los arqueros libres formaban el núcleo central del ejército de Malí, mientras que las guerras entre pueblos aún no constituidos en comunidades políticas solían parecer meros torneos con pocas bajas. Los caballos procedentes del norte llegaron a la sabana, como muy tarde, en el primer milenio d.C. Pero, al parecer, o perdieron talla en un entorno menos favorable, o eran jacas que ofrecían a sus jinetes que montaban sin sillas, estribos ni bocados, una gran ventaja en el combate: mayor movilidad. A lo largo del siglo XIII, probablemente llegaran a África occidental razas de caballos de guerra de un tamaño mayor y se difundieran los arreos. El modelo de caballería puede haber sido el de los mamelucos de Egipto, ya que su primera utilización en la sabana se atribuye a Mai Dunama Dibalemi (hacia 1210-1248) de Kanem, el reino que más contactos mantuvo con Egipto. Malí adoptó las nuevas técnicas hacia la década de 1330; según la *Crónica de Kano,* por decisión de Sarki Yaji (hacia 1349-1385). Los reinos wolof ya poseían algunos caballos hacia la década de 1450, y Songhay contaba con una caballería importante en tiempos de Sonni Ali (1464-1492), que la usó para proteger su poder. Estas innovaciones se fueron difundiendo hacia el sur. El reino yoruba de Oyo, por ejemplo, probablemente adoptara la caballería durante el siglo XVI. A medida que los caballos proliferaban hacia el sur, se fueron volviendo más vulnerables a las enfermedades tropicales hasta llegar a ser un mero símbolo de estatus social; a menudo se los enterraba con sus dueños. Bien es verdad que los caballos conferían rango en todas partes, porque su precio (de 9 a 14 esclavos en la costa de Senegambia, en 1450) convertía a sus propietarios en una nueva clase relativamente exclusiva en África occidental. Los caballeros solían ser osados y despiadados; sus espadas y azagayas aumentaban el desprecio que sentían por las armas arrojadizas y los que las empleaban:

> Nuestro ejército prosiguió matando e hiriendo con espadas, lanzas y látigos, hasta que los hombres se cansaron. La caballería del enemigo espoleó a sus caballos, y dejó atrás a la infantería cual sandalia gastada y desechada. A los de a pie sólo pudo salvarlos la providencia divina, o el reponerse de las heridas agazapados en la oscuridad[12].

Los caballeros cultivaban códigos de honor interesados y egoístas, basados en la autoexaltación. Según la leyenda de Sundiata: «Los hombres superiores ignoran la humildad». Hacían ostentación de sus armas, tanto en el campo de batalla como en los frecuentes desafíos. Tenemos noticias de un famoso lance, que tuvo lugar en el siglo XVI, en el que dos príncipes mossi lucharon por el trono ante sus hombres. La gente sencilla también tenía sus códigos de honor basados en el valor, la resistencia al dolor (especialmente inculcada en las ceremonias de iniciación) y la capacidad para cumplir los cometidos de adultos y de padres. Pero el código de los caballeros enfatizaba las divisiones sociales, lo que probablemente explique la resistencia de los reinos de la sabana a adoptar las armas de fuego. Los guerreros songhay arrojaron al río Níger los mosquetes marroquíes. Sólo los de Borno utilizaron armas de fuego, durante el reinado de Idris Aloma y quizá durante el de sus antecesores, pero se las confiaron a los esclavos o a los mercenarios otomanos, y dejaron de usarlas en el siglo XVII. Es posible que, al igual que sus colegas franceses, los caballeros de Borno consideraran que las armas de fuego eran la «tumba del honor».

La guerra a caballo probablemente incrementara la dependencia de los esclavos, porque eran la moneda de cambio para pagar los caballos importados y porque los jinetes capturaban esclavos con mayor facilidad. Es posible que entre 4.000 y 7.000 esclavos cruzaran anualmente las rutas saharianas (incluyendo la que salía de Darfur en la sabana oriental) dirigiéndose hacia el norte. Los mercaderes norteafricanos decían que muchos de ellos morían a causa de las privaciones y la sed, y que los supervivientes valían en Trípoli entre cinco y ocho veces su precio en Borno. Los esclavos también fueron muy numerosos en las sociedades de la sabana, aunque allí sus obligacio-

---

[12] Ahmed ibn Fartua, «The Kanem Wars», en H. R. Palmer, *Sudanese memoirs* (reeditado en tres partes), Londres, 1967, parte I, p. 24.

nes eran distintas. Hasta entonces, al igual que en otras tierras islámicas, la mayoría de las esclavas serían criadas, concubinas o esposas. Todos los gobernantes de Songhay menos uno nacieron de concubinas, y el Malí del siglo XIV no sólo importaba esclavos negros del sur, sino también esclavas blancas del Mediterráneo oriental. Los hombres trabajaban como sirvientes, porteadores, labradores, artesanos, mineros (sobre todo en las minas de sal del Sáhara) y soldados. Algunos soldados de caballería eran esclavos que montaban los caballos de sus amos. En Borno se celebraban luchas de esclavos similares a las de los gladiadores. Los reinos de la sabana también emplearon esclavos en la administración, porque se consideraba que su condición social constituía un freno a sus ambiciones y era garantía de lealtad, aunque un jefe esclavo parece haber usurpado el trono en Malí en 1357. Una de las características del sistema sarauta de la tierra de los hausa era que dependía en gran medida de esclavos administradores. Según la *Crónica de Kano,* fue Sarki Muhammad Rumfa (hacia 1463-1499) quien «inició la costumbre de confiar a los eunucos los cargos del reino». En la década de 1770, los esclavos desempeñaban 9 de los 42 cargos principales de Kano. Pero la principal innovación fue la utilización creciente de esclavos para las tareas agrícolas, algo raro en el mundo islámico, pero muy característico de la sabana de África occidental y síntoma de una despoblación, que hizo que el trabajo libre fuera escaso y difícil de explotar. Puede que en Kanem, ya desde el siglo XI, se utilizaran esclavos para colonizar nuevas tierras. Malí obligaba a los siervos agricultores a que reservaran una parcela cuyos productos entregaban directamente a las autoridades. Las pruebas más antiguas de señoríos de realengo trabajados por esclavos proceden de tierras de los wolof en la década de 1450. Puede que fuera por esos años cuando los dirigentes y funcionarios hausa empezaran a emplear cultivadores esclavos, pero la institución estaba más asentada en Songhay, donde se dice que Askiya Dawud (1549-1583) poseía plantaciones de arroz en unos 20 puntos a lo largo del valle medio del Níger, trabajadas estas por entre 20 y 100 esclavos dirigidos por sus capataces. La mayoría de estos esclavos procedía de pueblos del sur aún no islamizados, donde los jinetes hacían incursiones en la estación seca. Como no eran reinos, una canción alaba a un gobernante de Kanem del siglo XI ensalzando su brutalidad:

> Los mejores frutos de la batalla que tomaste (y mandaste a tu tierra)
> fueron los niños llorosos que arrancaste de los brazos de sus madres;
> arrebataste al esclavo su mujer y mandaste a cada uno a tierras muy [distantes[13].

De uno de sus sucesores del siglo XVI se dice que todos los años adquiría esclavos con los que pagar a los acreedores forasteros que esperaban su regreso y vivían a su costa. Una crónica glorificaba a Idris Aloma por degollar a «todos los cautivos varones, adultos y paganos» y añadía: «Las mujeres y los niños eran un simple botín»[14]. En el siglo XVII se nombró en Kano un funcionario para supervisar a los esclavos, lo que indica que el auge de la institución requería de un poder central más fuerte al que, a su vez, sostenía.

La evolución política en la selva occidental

En la selva de África occidental y sus praderas aledañas, la formación de reinos fue más lenta que en la sabana. Las comunidades eran más pequeñas, y hubo sociedades, muy distintas entre sí, que no habían llegado a fundar reinos cuando los europeos las describieron por primera vez. Se trataba de sociedades fragmentarias, basadas en los linajes, en las que el orden se basaba en la ley del talión. Como eran sobre todo pastores, había pocos en la región; el mejor ejemplo son los tiv del valle del Benue, cuya historia es poco conocida. En las regiones forestales de Camerún, lo más común eran las aldeas autónomas de pioneros, encabezadas, bien por un Gran Hombre cuyas cualidades personales atraían a clientes y parientes o, en las zonas boscosas del oeste, por el descendiente de más edad del primer colono. Pueblos costeros, como los jola del moderno Senegal, nunca formaron un reino, pues confiaban como mediadores en los expertos que realizaban los rituales transmitiendo su saber a sus descendientes. Otros pueblos, contiguos a Benín, pedían un arbitraje a los gobernantes de los reinos colindantes cuya autoridad, sin embargo, rechazaban en otras ocasiones. Lo que mantuvo la cohesión

---

[13] Citado en H. J. Fischer, *CHA*, vol. III, p. 273.

[14] D. Lange (ed.), *A Sudanic Chronicle: the Borno Expeditions of Idris Alauma*, Stuttgart, 1987, pp. 63, 89.

en el seno de las comunidades sin estructura política fija posiblemente fueran sociedades secretas, como las de iniciación femenina y masculina de los poro y los sande, de cuya importancia en las selvas de Guinea y Sierra Leona dan fe los primeros visitantes portugueses. Dichas instituciones no se excluían mutuamente. La mayoría de los pueblos de África que carecían de una estructura política compleja pertenecían a los grupos del sudeste de la moderna Nigeria y, más tarde, se los denominó los «igbo». A pesar de su gran densidad de población y al considerable volumen de su comercio, los igbo recurrían a casi todos los mecanismos políticos antes mencionados y se negaron a formar un reino. El notable del siglo IX enterrado en Igbo-Ukwu probablemente fuera uno de sus líderes rituales. Los igbo occidentales vivían a la sombra de Benín, mientras que los del norte se basaban en un sistema de títulos que permitía a los hombres ascender según su edad, riqueza, salud e influencia. Entre los igbo, que tenían un gran sentido del honor personal, también reinaba la ley del talión.

Políticamente no había mucha diferencia entre un líder ritual o Gran Hombre de la aldea y un jefe territorial, y resulta fácil imaginar cómo los pueblos de la selva y sus vecinos crearon, a finales del primer milenio d.C., micro-Estados que, inicialmente, surgieron en las comarcas de los modernos yoruba, los edo y los nupe así como entre los pueblos jukun, a caballo entre la selva y la sabana que se extendía al sur de la tierra de los hausa. Según los arqueólogos, el micro-Estado más antiguo identificado hasta el momento fue Ife, justo al borde de la selva. Sus orígenes son inciertos, pero había pequeños asentamientos en la zona hacia el siglo IX o X y existen indicios de urbanización, pues se han hallado restos de casas soladas con fragmentos de cerámica y esculturas de terracota de los siglos XI y XII. La ciudad se encontraba junto a un pequeño yacimiento de oro y estaba bien situada para el comercio y el establecimiento de relaciones tanto con la sabana como con la costa. Sin embargo, tenemos pocas pruebas de esos contactos; nuestros datos sugieren que se trataba de una economía agrícola que contribuyó a un sistema regional de comercio con la manufactura de cuentas de vidrio. Aun así, Ife fue la capital de un importante reino entre los siglos XII y XV. Su fama se basa en sus magníficas esculturas de terracota y bronce que, en su mayoría, representan a personas y no los típicos objetos naturales de Igbo-Ukwu. Las terracotas son más antiguas. Probablemente eran ofrendas depositadas en santuarios que reflejaban de

forma realista a todos los estamentos, desde los reyes y cortesanos hasta los enfermos y los reos ejecutados. En los siglos XIV y XV se pasó de la terracota al bronce, aunque no hemos reunido ni 30 piezas de ese material. Se las confeccionaba por el procedimiento de cera perdida y el estilo era naturalista, pero más idealizado. Muchas representan a reyes en el apogeo de su poder, y están imbuidas de una serena majestad sin parangón en el arte. Los broncistas de Ife plasmaron la valía humana y, por razones que desconocemos, su arte sobrevivió en una versión más popular en el humanismo vitalista de la talla en madera de los yoruba, mucho después de que el surgimiento de otras comunidades aislase a Ife de sus fuentes de bronce y del poder, reduciéndola a un primado meramente ritual.

El sucesor más antiguo de Ife fue, por lo que sabemos, el único reino de importancia similar de la época, el reino edo de Benín, también situado en la selva. En este caso, tenemos muchos datos que demuestran que el reino creció a partir de poblados y micro-Estados anteriores. De hecho, hemos encontrado los 10.000 kilómetros de empalizadas levantadas por sus fundadores en las fronteras a comienzos del segundo milenio. Puede que la ciudad de Benín, situada en la frontera occidental, fuera inicialmente un centro religioso, pero en los siglos XV y XVI la ocuparon reyes guerreros que proclamaban su origen de Ife e introdujeron innovaciones yoruba. El primero y más célebre de ellos fue Ewuare, de quien se dice que había conquistado 201 ciudades y aldeas, sometiendo a los micro-Estados circundantes, reasentando a sus moradores y convirtiendo la ciudad en capital de un reino que no medía más de unos 120 kilómetros de parte a parte. Se le atribuye la construcción del palacio y las defensas de la ciudad. Convirtió el gobierno en una burocracia hereditaria, sustituyendo a los jefes de linajes por hombres libres a los que puso al frente de los asuntos militares y administrativos. Él o sus sucesores debieron de apostar por la fuerte implicación estatal en el comercio exterior que describen los portugueses que llegaron allí en 1486. El régimen subvencionaba a los broncistas que labraron las famosas cabezas reales de Benín y otras magníficas esculturas. Trabajaban el metal europeo con la técnica de cera perdida que al parecer habían aprendido de Ife, aunque hay que señalar que los expertos modernos no están de acuerdo en este punto. El arte de Benín fue un arte de corte, hereditario, practicado dentro de los muros de palacio por unos artesanos a los que separaba un hondo abismo técnico de la cultura popular. Cuando llega-

ron los primeros europeos quedaron impresionados por la riqueza y sofisticación de Benín, el mayor reino de la selva de África occidental. Sin embargo, durante el siglo XVII, los altos cargos administrativos y militares se rebelaron contra el rey, recluyéndolo y reduciéndolo a una mera figura ritual. Acabaron peleándose entre ellos y abandonando la ciudad.

Hacia el siglo XV coexistían con Ife otros reinos yoruba. Todos tenían su capital amurallada; sus reyes vivían como reclusos y decían ser originarios de Ife; los jefes de la ciudad encabezaban poderosos grupos de un mismo linaje, y las ciudades estaban rodeadas de aldeas periféricas. El comercio debía de desempeñar un papel importante en varias de esas agregaciones políticas, sobre todo el comercio con los mercaderes itinerantes de Songhay, pues la lengua yoruba aún conserva muchos préstamos del songhay para referirse a cuestiones islámicas, de comercio y ecuestres. Uno de los nuevos reinos, probablemente Ijebu Ode, surgió hacia el año 1400 y ya un siglo después era descrito como «una ciudad muy grande». En el siglo XV, Owo era un centro artístico que rivalizaba con Ife y Benín. La llegada desde el norte de los caballos de guerra constituyó otro fuerte estímulo político. Hasta entonces, los pueblos de la selva habían llevado la iniciativa en la región. Hemos encontrado bronces de Ife del siglo XIV más hacia el norte, en el reino de Nupe, en la sabana. La madre de Tsoede, el fundador, según la tradición, de una nueva dinastía en Nupe a comienzos del siglo XVI, hablaba edo. Pero, poco después, tanto el ejército de Nupe como el de Bariba invadieron desde el norte la tierra de los yoruba con su caballería, atacando en especial a Oyo, el reino yoruba más septentrional, situado en la sabana. Oyo reaccionó haciéndose con su propia caballería, lo que lo convirtió, a lo largo del siglo XVII, en el reino yoruba más poderoso. Procesos similares pudieron contribuir a la fundación de los reinos de Allada y Whydah, los primeros de los pueblos de habla aja (eue y fon) que ocuparon la brecha de Dahomey. Posiblemente ambos reinos ya existían en el siglo XV.

Más hacia el noroeste, en las regiones de sabana de las modernas Ghana y Burkina Faso, los caballos de guerra permitieron a pequeños grupos de jinetes crear una serie de reinos entre los pueblos indígenas de lengua voltaica, como los reinos de Mamprussi y Dagomba de finales del siglo XIV o comienzos del XV, o los reinos mossi de Uagadugú y Yatenga. Los orígenes de sus gobernantes son inciertos, pero debían de

ser forasteros, ya que sólo reclamaban el poder político y dejaban el control de la tierra en manos indígenas, contentándose con el pago de tributos. Estos cambios políticos fueron muy diferentes a los que tuvieron lugar en la selva entre los pueblos de lengua akán de la moderna Ghana. Allí hubo asentamientos humanos desde finales del primer milenio y se expandieron rápidamente a lo largo del segundo milenio d.C., cuando surgieron en la región los reinos más impresionantes de África occidental. La clave de esa transformación fue el oro. La fecha de los inicios de su explotación es incierta. Begho, el asentamiento comercial que unía a los akán del norte con Jenne y Malí, existía desde el siglo XI, y Bono Manso, la capital del primer reino akán, desde el XIII, pero ninguno de los dos cobró importancia hasta los siglos XV y XVI. El oro servía para la adquisición de esclavos que abriesen claros en la selva que la cultura akán siempre quiso conquistar. Los pioneros fueron los arquetípicos Grandes Hombres, los *abirempon,* cuyos séquitos de clanes matrilineales crearon, junto a los esclavos, los núcleos de los reinos de la selva, confiriéndoles un carácter empresarial duradero e imponiendo una desigualdad que chocaba con los europeos que comerciaban con ellos en la costa desde finales del siglo XV.

La evolución política en la selva ecuatorial

El Gran Hombre, pionero en desbrozar la selva, constituyó asimismo el pilar de la evolución política en las regiones occidentales ecuatoriales. En ese entorno frágil y de población dispersa, el control de la mano de obra era la clave del cambio, y el desarrollo institucional podía adoptar formas diversas. Muchos grupos no crearon estructuras políticas más complejas hasta la conquista europea. Al principio, la falta de instituciones entrañaba ventajas obvias para los cazadores y pescadores itinerantes, pero después, cuando la densidad de población era mayor, tal vez se mantuviera esta carencia de modo deliberado y se siguiera dando salida a la presión social al margen de la consolidación política. El pueblo lega de la selva ecuatorial oriental controló la ambición desmedida, al igual que los igbo del norte, valiéndose de la concesión de títulos en sociedades desde las que difundían su exquisito arte miniaturista. En otras zonas, el Gran Hombre podía decretar el predominio de su aldea sobre las vecinas, basándose en el crecimiento demográfico o

en alianzas comerciales o matrimoniales. Luego, él o algún sucesor suyo se convertía en jefe territorial, como sucedió entre los pueblos que bordeaban el límite septentrional de la selva ecuatorial donde, en torno al año 1600, se establecieron los jefes de los territorios de Nzakara y Ngbandi, en la moderna República Centroafricana. La religión también facilitó la consolidación política. En la cuenca del río Cuanza, en la moderna Angola central, se creó hacia el siglo XVI el reino de Ndongo, que legitimaba su autoridad por el hecho de custodiar unos símbolos de hierro denominados *ngola*.

Sin embargo, en esa región ecuatorial sólo (aunque no necesariamente) nacieron grandes y duraderos reinos cuando una excepcional riqueza de recursos, en especial, la conjunción de entornos de selva, sabana y cercanía del agua, permitió mantener a unas poblaciones excepcionalmente densas. Contamos con dos ejemplos sobresalientes. Situado cerca del límite meridional de la selva, el reino Kuba fue fruto de la colonización gradual por parte de un grupo de hablantes de lengua mongo que se adentraron hacia el sur hasta alcanzar el territorio de otro pueblo que hablaba el bantú occidental: los kete. El mestizaje dio lugar a varias pequeñas jefaturas tribales (territorios gobernados por un jefe tribal) que un gran gobernante llamado Shyaam (tal vez un inmigrante del oeste) y sus sucesores unificaron por la fuerza, fundando un único reino durante el siglo XVII. Gracias a la gran riqueza medioambiental y cultural, la aristocracia de la jefatura tribal hegemónica de Shyaam extendió su dominio sobre las regiones más alejadas y los pueblos sometidos con ayuda de unas instituciones de inusitada complejidad (hasta con organización judicial separada). Los tallistas de madera y los tejedores reflejaron en los artículos cotidianos su estilo de vida. Carente de fuerzas militares y alejado de influencias externas, el reino kuba conservó sus equilibradas instituciones y refinada cultura hasta la invasión colonial. Pero los príncipes se mataban entre sí en el momento de la sucesión y, a finales del siglo XIX, su población no superaba las 150.000 personas en una superficie equivalente a las dos terceras partes de Bélgica.

El reino del Congo, en la costa occidental al sur del estuario del río Congo, tuvo un futuro muy diferente, aunque sus orígenes fueran bastante similares. También estaba emplazado en la frontera meridional de la selva, en un punto de intercambio de productos especializados entre la costa y el interior montañoso. El control de la redistribución de las

mercancías de diferentes zonas era una de las bases del poder real de los mwissikongo, una estirpe real extranjera que, a lo largo los siglos XIV y XV, unificó varias pequeñas jefaturas tribales creando un reino expansionista con sede en Mbanza Congo. Los cautivos capturados durante la conquista fueron esclavizados y repartidos alrededor de la capital como mano de obra agrícola. Esto creó una esclavitud más parecida a la del valle del Níger que a la esclavitud de linaje predominante en otras regiones ecuatoriales y en la selva de África occidental, donde los esclavos solían ser personas separadas de sus grupos familiares e incorporadas al clan de sus amos como miembros de segunda cuya condición mejoraba con el tiempo. Los parientes del rey gobernaban a la población rural dispersa del Congo como gobernadores provinciales. Su administración, unida a un ejército y un sistema tributario centralizados y a un sistema monetario basado en conchas controlado por el gobierno, hicieron del Congo un reino africano insólitamente autoritario, pero también fomentaron las guerras sucesorias, puesto que el régimen de sucesión no estaba claro. La infrapoblación siguió minando al Congo a pesar de las medidas adoptadas para contrarrestarla.

El comercio y la industria

Las economías no agrícolas de África occidental también padecían escasez de población, lo que dificultaba el transporte, inhibía los intercambios y fomentaba la autarquía local. Los mercados, al ser muy limitados, no permitían innovaciones tecnológicas, como tampoco el relativo aislamiento del mundo exterior, de modo que la producción exigía trabajo intensivo, incluso donde escaseaba el trabajo. Los poderosos solían competir entre sí por los pequeños excedentes con medios que perjudicaban la producción misma. Sólo poco a poco y con grandes esfuerzos lograron los africanos abrir una brecha en ese callejón sin salida, gracias, sobre todo, a su espíritu emprendedor y al crecimiento demográfico.

Como muchos pueblos premodernos, los africanos occidentales preferían los animales de carga a los vehículos con ruedas. Los garamante cambiaron primero sus carruajes por caballos de carga y después por camellos. Con ellos pudieron iniciar, por primera vez, el transporte de mercancías a través del Sáhara. Al sur del desierto sólo había una franja relativamente estrecha por la que pudieran circular vehículos de

tracción animal hasta la región de la mosca tsetsé. En esa región se sacaba mayor provecho de los animales de carga que no necesitaban unos caminos que la falta de recursos económicos, la escasez de población y las lluvias tropicales impedían construir. La rueda sencillamente no era rentable, como comprobaron todos los europeos que, entre los siglos XVII y XIX, intentaron introducir vehículos de tracción animal en África tropical. De los animales de carga, los camellos eran los más rentables. Transportaban la mayor parte de la carga hasta el norte del Níger, donde la descargaban en burros, a los que costaba el doble mantener y que sólo trabajaban en la estación seca. Al llegar a la región de la mosca tsetsé, más al sur, había que descargar cada asno y pasar la carga a dos porteadores. Pero allí, al igual que en el resto de África occidental, el transporte más barato era el fluvial, en embarcaciones que iban desde las pequeñas canoas hechas con troncos del alto Níger, poco profundo, hasta las canoas de comercio de 20 metros de eslora del delta del Níger y demás ríos anchos y lagunas costeras.

El transporte imponía severas restricciones al comercio, y gran parte de los intercambios eran meramente locales. Podían darse de forma espontánea, como a orillas de un río, donde la pesca se podía cambiar por frutas y verduras, o en mercados más o menos concertados: «algodón, pero no en grandes cantidades; algodón hilado y telas, hortalizas, aceite y mijo, cuencos de madera, esteras de hoja de palmera, y todos los demás artículos de uso en la vida diaria», como apuntó un mercader europeo en la región de Kajoor, en el moderno Senegal, en 1455[15]. África occidental poseía sistemas de mercado bien organizados en las ciudades y pueblos independientes, en tierras de los igbo, en territorio neutral entre ambos y en el reino del Congo. Había «mercados semanales» que rotaban por los pueblos vecinos en días sucesivos. Un antropólogo observó que en Nupe, en la década de 1930, la plaza del mercado ocupaba de unos 8 a 16 kilómetros y era asimismo el lugar habitual de los casamientos y donde se ventilaban los intereses locales. La mayoría de los vendedores de los mercados solían ser mujeres, aunque los mercaderes ambulantes profesionales que abastecían los mercados eran varones. Muchas autoridades políticas cobraban peajes a los vendedores y supervisaban los mercados con ayuda de los funcionarios que formaban parte del nuevo sistema sarauta de la tierra de los hausa. Otros

[15] G. R. Crone (ed.), *The Voyages of Cadamosto,* Londres, 1937, p. 48.

reinos crearon sistemas de redistribución. En el reino de Kuba, por ejemplo, la demanda estatal de producción especializada era el principal estímulo para la producción de excedentes.

Como en gran parte de las regiones selváticas ecuatoriales se precisaban porteadores humanos para transportar las mercancías, sólo se recorrían distancias cortas con los productos agrícolas. Esto explica la concentración de población en torno a Mbanza Congo y que casi todo el comercio fuera local. La existencia de moneda regional, como las pequeñas conchas importadas utilizadas en las provincias occidentales del reino del Congo o los tejidos de manufactura local empleados en el este, solía facilitar los intercambios. El transporte animal permitía un comercio de mayor envergadura y, de hecho, la leyenda atribuía la prosperidad de Kano al comercio de grano llevado a lomos de asno. Pero los profesionales sólo recorrían largas distancias para transportar mercancías de gran valor. El caso más conocido es el tráfico de oro, con el que Malí negoció hasta finales del siglo XIV, cuando se abrió el nuevo campo aurífero akán que siguió explotándose hasta que los lingotes de oro americano inundaron Europa. El cobre mantuvo su valor, pero el mayor yacimiento sahariano, el de Azelik, fue abandonado en el siglo XV. Dos siglos después, el principal producto mineral de África occidental era la sal que, posiblemente, arrojaba más beneficios que todo el comercio transahariano junto. No sólo era vital para los pueblos de dieta herbívora, sino que en África occidental se le daba tanto valor como a las especias en Europa. La lengua hausa poseía unas 50 palabras para nombrar las diferentes clases de sal. Los mayores y mejores cargamentos procedían del Sáhara, donde esclavos que trabajaban en condiciones espantosas explotaban las grandes reservas dejadas por los lagos que ocuparon la región en épocas anteriores. Los tuareg y otros nómadas acarreaban los pesados bloques de sal hacia el sur, atravesando el desierto a veces en caravanas de 20.000 a 30.000 camellos que se prolongaban hasta 25 kilómetros. El intercambio de sal sahariana por oro de la sabana o por cereales constituía el núcleo del comercio norte-sur entre las zonas climáticas en las que se centraba el tráfico a larga distancia. Los costes de transporte eran elevados, ya que se decía que el natrón [carbonato de sodio] valía 60 veces más en Gonja que en Borno, a unos 2.000 kilómetros de su punto de origen; de modo que los africanos occidentales más pobres tenían que echar mano de sustitutivos locales inapropiados. Por las rutas del desierto se transportaba gra-

no, oro, esclavos y ganado de la sabana. También nueces de cola de la selva de África occidental, muy estimadas por los musulmanes como estimulantes, afrodisiacos y símbolos de hospitalidad, aunque también se apreciaran sus propiedades astringentes que daban un toque de dulzura a las aguas locales. Las nueces de cola llegaron al norte de África hacia el siglo XIII. Los mercaderes mande utilizaban asnos para transportar las mercancías perecederas, cuyo precio, en el siglo XIX, se podía multiplicar por 40 entre Gonja y Borno.

A medida que el poder y la riqueza se fueron desplazando hacia el este, de Ghana y Malí a Songhay y luego a la tierra de los hausa, los mercaderes de Marruecos y la moderna Argelia tuvieron que ceder su lugar a los extranjeros de Trípoli y El Cairo. Pero eran las gentes del desierto, los moros en el extremo occidental y los tuareg en las demás zonas, las que llevaban a cabo la mayor parte del comercio del desierto. Aunque la diversidad local fuera importante, ambos eran pueblos nómadas cuyas aristocracias guerreras pretendían tener ascendencia «blanca»: los nobles tuareg eran de origen bereber, mientras que los aristócratas moros eran en su mayoría descendientes de los árabes que, desde el siglo XIV, gobernaban a los bereberes. Ambas aristocracias dominaban a las castas clericales, a los vasallos pastores, a los labradores negros dependientes, a los esclavos negros que hacían tareas domésticas en los campamentos nómadas y a los estigmatizados artesanos. Ambas establecieron firmas comerciales que transportaban la sal del desierto, así como de los productos agrícolas y del pastoreo en camellos, y contaban con agentes residentes en núcleos urbanos. Cuando, entre los siglos XV y XVII se desintegraron los reinos sedentarios a orillas del Senegal y del Níger medio, los moros y los tuareg extendieron su influencia en el Sahel.

Estas redes, que se extendían a través de las fronteras naturales, eran la principal forma de organización comercial de África occidental. Las primeras las formaron los mercaderes soninke de Ghana, famosos luego como conductores itinerantes de caravanas de asnos. Cuando Malí suplantó a Ghana, muchos soninke formaron el núcleo de una clase comerciante multiétnica, musulmana, de lengua mande, conocida como los dyula, que traficaron sobre todo con oro, cola y tejidos. Muchos dyula eran mercaderes itinerantes, otros se instalaron en territorio foráneo, establecieron lazos locales e iniciaron una diáspora que permitía al comercio traspasar fronteras políticas y étnicas de la selva al desierto y del Atlántico hasta la tierra de los hausa. Más al este, los mercaderes

ambulantes de Borno se especializaron en la sal y los caballos. El reino de Borno había organizado un sistema de comercio estatal a través del Sáhara que era único en la, por otra parte, economía de libremercado de la región. Sin embargo, desde el siglo xv, los mercaderes hausa se convirtieron en sus competidores y dieron lugar a una diáspora similar a la de los dyula, pero aún mayor. Los hausa solían usar conchas de caurí como moneda. Las importaban del océano Índico y cruzaban con ellas África del Norte ya que, por su carácter único, su larga duración, su escasez y su utilidad en las transacciones pequeñas les ofrecían mayores ventajas que las demás monedas locales utilizadas en las regiones selváticas. Cuando Ibn Battuta impuso su uso generalizado en Malí, en 1352, puede que ya se las conociera en la región desde hacía unos 400 años. Se usaban en todas las zonas de comercio de los dyula y los hausa excepto en Senegambia y en la comarca de los akán. Las conchas de caurí favorecieron la expansión comercial pero, como eran de importación y los mercaderes del desierto se negaban a aceptarlas en pago por sus mercancías, generaron cierta dependencia del comercio exterior de África occidental.

Las dificultades de transporte que restringían el comercio también limitaron la especialización de la producción. Muchos artesanos abastecían sólo los mercados locales aunque aplicaran técnicas muy perfeccionadas. Un antropólogo del siglo xx recogió una lista de alrededor de un centenar de variedades de cestos confeccionados por los jola de la costa senegalesa y nos consta que los agricultores sabían desempeñar al menos otro oficio además del de la labranza. Algunos oficios, desde luego, requerían una pericia especial. Para ser herrero se precisaban conocimientos esotéricos y una larga experiencia; se creía que era un arte casi mágico, pues permitía producir objetos vitales para labradores, cazadores y guerreros. En casi toda África, los herreros tenían un estatus especial. Podían hacerse ricos, se les atribuía la introducción de los adelantos de la civilización y estaban estrechamente asociados al caudillaje, sobre todo entre los pueblos agrícolas asentados desde hacía mucho tiempo. Los marghi, al sur del lago Chad, solían enterrar a sus jefes sentados en banquetas de hierro y rodeados de carbón vegetal. Sin embargo, bajo la influencia del islam, los herreros se fueron convirtiendo en un grupo estigmatizado con el que los demás no querían sentarse a la mesa ni formar pareja; algo que también afectaba a otros oficios como curtidores, carpinteros y bardos, que frecuentemente se casaban con alfareras o

parteras. Estos grupos marginados solían constituir un 5 por 100 de la población. Se les dispensaba de la observancia de los códigos de honor y normalmente no podían llevar armas ni ser hechos esclavos. Muchos cultivaban sus parcelas y sus productos se pagaban en especie.

Los orígenes de esta estigmatización son inciertos. Dice la tradición que ya existía en la antigua Ghana. Las primeras pruebas documentales de su existencia proceden del Malí del siglo xiv, donde al parecer los herreros constituyeron un foco de resistencia a la política islámica de formación de reinos. Posiblemente, la estigmatización se difundiera con el islam. No se extendió a Jenne, ciudad libre hostil al Imperio islámico, ni más allá de la sabana occidental y sus alrededores. En el resto de las regiones, los oficios eran casi siempre hereditarios, en parte porque las enseñanzas se transmitían de padres a hijos, y en parte debido a que toda maestría se consideraba parte del patrimonio, principio que se aplicaba igualmente a la caza o a la interpretación musical. Entre los yoruba, los oficios solían ser (aunque no necesariamente) hereditarios y su práctica recaía sobre determinados linajes, uno de los cuales designaba al maestro de quienes practicaban ese oficio en una ciudad, convirtiendo en superfluas a las hermandades gremiales. Lo más aproximado a los gremios en África occidental se dio en Nupe y entre los maestros artesanos de Benín, que formaban grupos estrechamente unidos bajo la jefatura de personas acreditadas con títulos para ejercer el oficio. Pero esas organizaciones, al igual que las de los reinos islámicos, dependían totalmente de los gobernantes. Nupe era famosa por la artesanía del vidrio, una de las muchas especialidades que fueron desarrollando a medida que ampliaban mercados. En tierras de los yoruba, Ijebu Ode se hizo famosa por el labrado de metales preciosos, Ilorin por su alfarería y Oyo por sus curtidos. Más al norte, en Katsina, se asoció el curtido de pieles a la guerra a caballo. La especialización era mayor en la industria textil. En África ecuatorial, muchos pueblos tejían rafia u otras fibras, produciendo prendas de gran belleza. La tela más antigua conocida del África occidental estaba hecha de fibra vegetal y apareció en una tumba del siglo ix, en Igbo-Ukwu. Parece que fueron los mercaderes islámicos los que introdujeron tanto el algodón como su hilado, ya que las excavaciones de Jenne sacaron a la luz contrapesos de ruecas, pero sólo en yacimientos posteriores, de en torno al año 900 d.C. No todos los tejedores eran musulmanes, pero sí tendían a monopolizar este arte, como sucedió en las regiones de habla voltaica,

y el prestigio del islam sólo puede explicar la estigmatización de los tejedores fulbe y wolof. Las mujeres que hilaban algodón utilizaban el huso y no la rueca, lo que implicaba un menor rendimiento y aisló aún más tecnológicamente a África occidental del Mundo Antiguo. Las mujeres también tejían en grandes telares poco eficaces, mientras que los hombres utilizaban otros más estrechos, menos toscos pero, en todo caso, relativamente improductivos. Son las únicas máquinas conocidas por los africanos occidentales y se estima que producían respectivamente una sexta parte o cinco novenas partes de la producción total de un telar ancho inglés. Con los telares estrechos se producían telas de elevada calidad, en especial en las comarcas de los wolof y los malinke, en Yupe y en tierras de los yoruba, donde algunos tejedores eran profesionales dedicados exclusivamente a su oficio. Se comerciaba mucho con estos tejidos por toda África occidental, donde el desierto brindaba una protección natural. Pero nunca llegaron a conquistar los importantes mercados de exportación creados a partir 1450 en el Atlántico; probablemente fueran demasiado caros para competir, debido a su dependencia de técnicas intensivas en el seno de una economía donde el trabajo escaseaba.

La producción artesana enriqueció la vieja tradición urbana del África occidental. El comercio transahariano y la disminución de precipitaciones destruyeron en gran medida a las agrupaciones urbanas sin autoridades políticas visibles que habían poblado el valle del Níger en época preislámica. La vieja Jenne y casi las tres cuartas partes de las aldeas circundantes habían sido abandonadas en el siglo XV, mientras que Tombuctú sobrevivió, convirtiéndose en el núcleo del comercio del desierto y en un importante centro de educación coránica. Sin embargo, las ciudades de África occidental cumplían diversas funciones. Las principales ciudades amuralladas en tierras de los hausa eran capitales, mercados centrales, centros artesanos y refugio para los campesinos de los alrededores. Ife no fue solamente un centro religioso y una capital política, pues disponía de una afamada industria de vidrio y albergaba a los agricultores que constituían la mayor parte de los habitantes yoruba de la ciudad. Esta situación carece de una explicación funcional aparente, sobre todo teniendo en cuenta que, en casi todas las regiones igbo más densamente pobladas, los asentamientos estaban mucho más dispersos. Muchas ciudades se fundieron de modo imperceptible con el campo. Mbanza Congo fue una gran agrupación de aldeas, mientras

que, en una descripción del siglo XVIII de la capital de Loango, en la costa del moderno Gabón, se decía que «un misionero algo corto de vista podía atravesar toda la ciudad sin ver una sola casa». Tenía unos 15.000 habitantes, pero se decía que era tan grande como Ámsterdam. La ciudad de Benín, por su parte, medía 6 kilómetros de diámetro y las murallas primitivas de Kano tenían un perímetro de unos 7 kilómetros cuadrados. Debido a que muchas de las grandes ciudades de la sabana eran capitales, sus ciudadanos tenían poca autonomía política, si bien las turbulentas historias de Jenne y Tombuctú constituyeron excepciones parciales. Las principales ciudades yoruba también eran capitales, pero parecen haber tenido tradiciones políticas más fuertes. Tal vez se debiera a que sus ciudadanos formaban milicias y a que existía una división tajante entre el palacio y los barrios populares, donde la gente formaba parte de grandes grupos patrilineales y vivía en habitaciones dispuestas alrededor de patios interiores, que solían contar con depósitos de agua subterráneos: un modelo residencial que los yoruba del siglo XIX denominaban adecuadamente «plazas». Los templos yoruba no eran nada imponentes, pero las ciudades de la sabana se extendían en torno a palacios y mezquitas construidas con barro y troncos en un pintoresco estilo atribuido a Abu Ishaq al-Saheli, arquitecto norteafricano al servicio de un rey de Malí de comienzos del siglo XIV. La técnica evolucionó sobre todo a nivel local. Los barrios se agrupaban alrededor de un núcleo por etnias y oficios; los edificios se construían con material duradero, y las casas de los ricos solían tener varios pisos. En la línea exterior se agolpaban las chozas de paja de los pobres que se guarecían del mundo exterior tras los altos muros.

Religión y cultura

Al intentar reconstruir los modelos culturales y sociales de pueblos básicamente analfabetos de mediados del segundo milenio d.C., se corre el peligro de confiar demasiado en las pruebas etnográficas. Pero podemos afirmar que el pensamiento y la cultura de África occidental se vieron fuertemente influidos por la experiencia de la colonización de la tierra. Al igual que en la Europa medieval y en la India hinduista, el marco intelectual se basaba en la distinción entre lo cultivado y lo agreste, entre la civilización y el salvajismo. No se trataba de una senci-

lla dualidad entre lo bueno y lo malo, pues los africanos expresaban diversas actitudes hacia la naturaleza. Por lo general, cuanto más trataba una cultura de dominar el entorno natural, más hostil parecía la naturaleza. Afirmaban los pueblos akán, haciéndose eco de las ideas de los asante bajo cuyo dominio vivieron durante el siglo XVIII que, tras desbrozar la densa selva, la civilización parecía un débil logro, siempre pendiente de un hilo. La baja barrera simbólica que separaba a una aldea asante de la selva circundante reflejaba su empeño por poner límites entre ambas esferas. En Benín se daban actitudes similares. En cambio, los antropólogos han llegado a la conclusión de que los pigmeos que vivían de los productos silvestres consideraban que la selva era innatamente buena, mientras que otros pueblos mantenían con ella una relación ambivalente y simbiótica. Probablemente, las mujeres entendieran esta dicotomía de forma diferente.

Los agricultores que ganaron tierras de cultivo a la selva crearon tanto la civilización (a menudo asociada al hecho de plantar la semilla en una mujer para incrementar la comunidad) como la propiedad, que dio a los descendientes de los primeros colonos el derecho a reclamar la tierra. Los rituales de iniciación que se realizaban en el monte civilizaban a los jóvenes, apartándoles del mundo animal, como atestigua el hecho de que los yoruba emplearan el mismo término para referirse a la civilización que para grabar las líneas de identidad en el rostro de una persona. Las actividades humanas básicas se realizaban a la zona cultivada. Allí se producían los intercambios sexuales, frecuentemente prohibidos en la selva, y enterraban a sus muertos en casa o en los campos adyacentes, ya que sólo las víctimas de viruela, lepra, ahogamiento, suicidio o ejecución eran arrojadas al «bosque malo». En cambio, la selva se asociaba a la brujería y la magia, que transformaba en animales salvajes a quienes la practicaban, puesto que algo procedente de la naturaleza salvaje penetrara en el mundo civilizado se consideraba de mal agüero. Los mossi decían que las pesadillas eran como «la selva acercándose sigilosamente».

El arte expresaba a menudo esta dicotomía. En las dos principales ceremonias de iniciación de los senufo del norte de Costa de Marfil se contraponían dos grandes tallas de madera de la pareja ancestral, símbolo de la civilización, magníficas máscaras en forma de yelmo que representaban hienas cuyas «fauces abiertas y dientes mellados eran, unidos a la fuerza explosiva de los penachos de plumas, las plumas

arrancadas, las capas de piel erizadas y otros materiales, iconos robados al mundo de la selva y convertidos en símbolos de poder»[16]. Lo peligroso también era poderoso: una fuerza de la que cabía apropiarse para el bien con valor y destreza. Los especialistas eran los cazadores que en regiones civilizadas como las de los yoruba, los mande y la tierra de los hausa, constituían grupos influyentes, con su propio folclore y sus esferas de poder, asumiendo funciones militares y practicando la magia. Los herboristas necesitaban un dominio similar de la naturaleza. Los análisis modernos han demostrado que muchos de los medicamentos usados por los congo eran una mezcla de plantas silvestres y cultivadas. Las personas torpes o desvalidas que abandonaban la seguridad que les brindaba la civilización quedaban expuestas a grandes riesgos. Esto afectaba sobre todo a los pobres, que solían sobrevivir explotando la selva y recolectando productos silvestres en tiempos de hambre. Aun siendo peligrosa, la selva era un recurso vital. El mito africano más rebuscado (de fecha indeterminada), el de la ceremonia de iniciación de los bagre, pueblo loDagaa del noroeste de la moderna Ghana, hablaba de pequeños seres que pastoreaban animales salvajes, cultivaban plantas silvestres y enseñaron a los primeros humanos a cazar, a cultivar, a fundir metales, a cocinar y a morir. Los símbolos de la selva dieron color a los sistemas religiosos, en especial el hacha, a veces hachas rupestres de los comienzos de la colonización. La realeza también se recubría de iconos de lo salvaje para resultar amenazadora. En Benín se identificaba al rey con el leopardo, señor de la selva, cuya piel era un símbolo de mando en toda África ecuatorial. Los seres humanos se conceptualizaron a sí mismos y a su entorno a través de un juego de imaginación cuyo objeto principal eran los animales salvajes.

Es especialmente difícil reconstruir las ideas y prácticas religiosas. También fueron pensadas para colmar las necesidades de unos pueblos colonizadores a los que preocupaba la fertilidad de las mujeres y de las cosechas. En cambio, a diferencia de las sociedades más asentadas de Asia y de la América precolombina, las sociedades africanas no crearon instituciones religiosas estables. Sin escritura, los africanos no islámicos carecían de textos sagrados para definir la ortodoxia y la herejía. Lo que legitimaba las prácticas religiosas y a los practicantes eran los resultados, dándose validez a aquellas que aliviaban las miserias humanas y garan-

[16] A. J. Glaze, *Art and Death in a Senufo Village,* Bloomington, 1981, p. 197.

tizaban la fertilidad, la prosperidad, la salud y la armonía social en este mundo. En 1563, la sequía llevó al rey de Ndongo, en la moderna Angola, a ejecutar a 11 brujos «hacedores de lluvia». La falta de resultados prácticos hizo que muchos africanos dejaran esa religión. Según un mito de los bagre, aunque sus prácticas no fueran el camino hacia Dios, por lo menos traían la prosperidad terrenal:

> En la tierra de Dios,
> ¿qué hay que lo supere?[17].

Este sentido pragmático de las religiones indígenas llevó al eclecticismo: se aceptaban, haciendo gala de una gran tolerancia, ideas y prácticas de cualquier procedencia siempre que resultaban eficaces y aunque fueran poco coherentes. Y, como demuestran sus mitos y símbolos, no porque los africanos fueran cándidos o irreflexivos, sino porque no tenían razones para ser sistemáticos, a no ser que se enfrentasen al reto de un credo importado. Por consiguiente, las religiones eran dúctiles, tal vez el aspecto más rápidamente mudable de la cultura africana. De ahí que resultaran tan chocantes a los observadores musulmanes y cristianos por lo muy diversas, fragmentadas e incoherentes que resultaban, sobre todo en ausencia de textos escritos.

Las religiones de la región ecuatorial son las más accesibles de África occidental, debido a que los pueblos de habla bantú conservaron cierta homogeneidad religiosa en sus lenguas. En todas ellas tenían cabida un espíritu creador, espíritus ancestrales y de la naturaleza, hechizos, así como brujos y brujas expertos en ritos. A partir de esta base común, cada sociedad había desarrollado sus ideas y prácticas peculiares. Por ejemplo, los pueblos congo de finales del siglo XV parecen haber tenido una vaga noción de un «poder altísimo o último», *nzambi mpungu,* aunque para ellos los principales poderes espirituales fueran los espíritus de los ancestros y de la naturaleza. Cada matriarcado se comunicaba con sus antepasados mediante rituales públicos ante sus tumbas. La fertilidad agrícola, un asunto comunitario, pertenecía a la esfera de los espíritus de la naturaleza, servidos por «jefes de la tierra», que se comunicaban con ellos mediante la posesión de hombres o mujeres. A veces, los espíritus se manifestaban en objetos conocidos como *nkisi*. La descripción anterior está muy simplifi-

---

[17] J. Goody, *The Myth of the Bagre,* Oxford, 1927, p. 288.

cada. Para hacerse una idea de la complejidad y mutabilidad de las religiones, baste recordar que, en el siglo XVIII, probablemente se veneraba en el reino kuba a tres espíritus creadores diferentes: Mboom (el espíritu reconocido por los inmigrantes mongo del norte), Ngaan (reconocido por los indígenas kete) y Ncyeem apoong (*nzambi mpungu,* cuyo culto estableciera en la región del Congo el rey fundador Shyaam).

Muchas ideas y prácticas religiosas de África occidental se basaban en un abanico de poderes espirituales similar. En el mito de los bagre se establecen los fundamentos de la acción religiosa:

> El altar de la tierra,
> los antepasados,
> los guardianes,
> las divinidades,
> dicen que tenemos que seguir adelante.
> El fracaso a la hora de engendrar,
> el suicidio,
> la picadura del escorpión,
> las cosechas malogradas,
> quitaron el sueño al anciano,
> que tomó diez cauríes
> y se fue a toda prisa
> a consultar a un adivino[18].

La desventura podía ser colectiva porque los africanos creían, en gran medida, que las calamidades sobrevenían por los malos comportamientos sociales y morales. Al-Bakri mencionaba el sacrificio de animales para favorecer la lluvia en la Ghana en el siglo XI. La escasez de lluvias era una de las pocas razones que hacían pensar a los africanos occidentales en el Creador. Pero la desgracia también podía ser individual: la divinidad más venerada en Benín era Olokun, que proporcionaba hijos y salud, sobre todo a las mujeres. Un agorero determinaba el poder espiritual que había de ser propiciado o invocado y podía orientar al suplicante a un altar u otro, sobre todo en las regiones de habla voltaica donde se originó el mito de los bagre. A cargo de un descendiente de los primeros colonos, una capilla de barro proclamaba su

[18] *Ibid.*, p. 204.

poder sobre todos los habitantes del territorio. Los antepasados son objeto de los grabados figurativos tallados en madera más antiguos del África subsahariana. Los realizaron los tellem de Malí, cuyos antepasados sólo se relacionaban con sus descendientes, aportándoles beneficios o castigándolos según observasen o dejasen de cumplir las buenas costumbres. Existía la creencia, muy difundida, de que los antepasados sobrevivían en un tenebroso mundo que reproducía las circunstancias en la tierra, el Cañaveral, de manera que los reyes de Ghana eran enterrados con sus ornamentos, con alimentos y junto a sus deudos (el mismo tipo de ajuar funerario que hallamos en Igbo-Ukwu). El culto a los antepasados floreció allí donde predominaba la descendencia por línea paterna. Cuando la organización de las aldeas era sólida, la religión se encarnaba en sociedades secretas como la de los poro, que creían obtener poder de los antepasados o los espíritus de la naturaleza para curar enfermedades, devolver la fertilidad y combatir la brujería. Las sociedades mayores podían incluso crear instituciones y panteones más complejos. Por ejemplo, los yoruba y otros pueblos afines veneraban a innumerables divinidades *(orisha).* Algunas eran conocidas sólo en una ciudad o región, mientras que otras, como las del antiguo Egipto, habían obtenido reconocimiento en toda un área cultural. Individualmente, los yoruba adoraban a una *orisha* concreta por tradición familiar o porque el dios le había elegido hablando por boca de su adivino. Los devotos de una *orisha* podían formar un grupo local de culto, con su templo, imágenes, sacerdotes y ritos colectivos y participaban en el variopinto ciclo de festivales de la ciudad. Los yoruba practicaban asimismo un sistema de adivinación, el *ifa,* en el que un experto decidía cuáles de los centenares de versos memorizados eran los adecuados para la situación planteada por un suplicante. Este culto ya existía hacia el siglo XVII (se conserva una tablilla adivinatoria de aquella época) y su foco principal residía, al parecer, en Ife, lo que confirmaría la primacía ritual de la ciudad. La ciudad rival, Oyo, respondió difundiendo por sus dominios un culto a Sango, supuesto antiguo rey de Oyo identificado con un dios del Trueno más antiguo aún. Sango se comunicaba mediante la posesión de sus devotos, algo muy común en África occidental. Por ejemplo, cuando se creó el nuevo reino en la tierra de los hausa, en torno a la ciudad de Katsina, y sus gobernantes adoptaron el islam, la posesión por un espíritu (bori) se convirtió en un rito popular de aflicción entre los marginados por el nuevo orden. Su panteón se extendió con posterioridad más

allá de los viejos espíritus de la naturaleza para incluir a personificaciones de las nuevas fuerzas que habían acarreado la desventura. Lo mismo debió de suceder con la religión indígena de Songhay.

Los cultos de posesión sugieren que los africanos occidentales con más dificultades para controlar su entorno buscaban explicaciones y remedios externos para sus infortunios. Muchos culparon a las brujas, sobre todo cuando se trataba de la fertilidad de las mujeres, la supervivencia de los niños y la multiplicación de la comunidad. Algunos pueblos distinguían entre la brujería, un poder psíquico diabólico innato y quizá hereditario, y la hechicería o manipulación de sustancias para fines malignos. Pero la distinción no era universal. Por ejemplo, los congo del siglo XVI utilizaban la misma palabra para designar a brujos y hechiceros, dividiéndolos al menos en tres categorías: los que tenían poderes innatos, los poseídos por espíritus diabólicos y los que se revestían de poderes espirituales para propósitos malignos. No han sobrevivido referencias completas de aquel periodo sobre la creencia en las brujas, pero las recogidas en tiempos modernos solían asociarlas a la selva y la inversión de la normalidad:

> las que matan sin guerras,
> las que son bendecidas a medianoche,
> las que devoran carne del vientre,
> las que comen el hígado y el corazón[19].

Estas creencias florecieron en asentamientos con gran densidad de población, en los que las tensiones y conflictos eran frecuentes y las instituciones para resolverlos, débiles. Los sospechosos de brujería solían ser parientes o vecinos que podían salir ganando con las desgracias ajenas. También había mujeres que suscitaban desconfianza por su edad, por no tener hijos, por ser contrahechas, por sus desdichas o su naturaleza enfermiza. Las sospechosas se sometían a la prueba del veneno (para la cual la lengua original bantú poseía tres palabras distintas) u otras comprobaciones. Varios pueblos tenían asociaciones de jóvenes enmascarados que identificaban y ejecutaban a las brujas, a veces con gran crueldad. Entre los yoruba, la sociedad egungún contaba con una máscara de «colgador de brujas». El destierro era una alternativa. Los

---

[19] U. Beier (ed.), *Yoruba Poetry,* Cambridge, 1970, p. 52.

misioneros cristianos del siglo XIX conocieron varias pequeñas comunidades de mujeres desterradas en los límites de las ciudades de los igbo. La persecución de las supuestas brujas era un rasgo cruel tanto del África precolonial como de otras culturas.

La naturaleza de las religiones indígenas ayuda a entender su reacción ante islam. Hacia el siglo XIV, los moros y tuareg del desierto aceptaron la nueva fe y el grupo clerical moro Kunta se afilió a la orden Qadiriya, la cofradía más importante de las comprometidas con la expansión del islam. En Senegambia, uno de los primeros centros del islam subsahariano, los mercaderes portugueses del siglo XV describieron cortes islámicas en las que había súbditos no islámicos. En Borno, otro centro temprano, el islam había penetrado más profundamente; entre 1574 y 1728, al menos 12 de sus gobernantes pasaron por El Cairo en peregrinación hacia La Meca, y existen indicios de una islamización más amplia en el medio rural, aunque ciertas prácticas religiosas indígenas sobrevivían incluso en la corte. En el valle del Níger, Mansa Musa proclamó la islamización de Malí acometiendo una extravagante peregrinación en 1324-1325, en una de las, al menos, 16 caravanas de peregrinos que llegaron a Egipto procedentes de África occidental a lo largo de los dos siglos siguientes. En cambio, la dinastía sonni, que creó el Imperio de Songhay, mantuvo muchos lazos con la religión indígena. Su derrocamiento, en 1493, por parte de una coalición de militares y clérigos musulmanes encabezada por Askiya Muhammad, constituyó el primer golpe de Estado islámico en África occidental. Aun así, el nuevo régimen siguió patrocinando la religión indígena de sus súbditos del campo. Al parecer, los gobernantes posteriores al siglo XV de Kano, Katsina y Zaria, en tierras de los hausa, eran musulmanes, lo que a lo largo del siglo siguiente generó muchas tensiones con aquellos de sus súbditos que deseaban conservar sus creencias indígenas. Existen algunos indicios de que el islam desapareció de la corte, de modo que incluso en la Katsina del siglo XVII, un afamado centro de enseñanza, los ritos de entronización seguían siendo paganos y el palacio era un sólido baluarte del viejo culto a los espíritus. La expansión islámica hacia el sur fue todavía más precaria. Se dice que un gobernante de Nupe fue depuesto durante el siglo XVIII cuando trató de convertir el islam en religión oficial. Los musulmanes de Songhay probablemente llegaran a tierras yoruba hacia el siglo XV. La existencia de muchos términos abstractos songhay en la lengua yoruba muestra el profundo impacto

intelectual que tuvieron[20]. Pero los clérigos de finales del siglo XVIII en tierras de los hausa consideraban a los yoruba un pueblo pagano al que se podía esclavizar legalmente. Los pueblos limítrofes se mostraban abiertamente reticentes, especialmente el reino Jukun en el valle de Benue y los bariba de Borgu que, aun en el siglo XXI, hacen redoblar tambores en la primera luna del ramadán a modo de reto. En los Estados mossi, la situación era más tranquila. Se toleraba a una pacífica sociedad de mercaderes mande y el islam llegó a gozar de cierta simpatía entre los jefes, pero no hubo conversiones entre la población rural, fiel a sus cultos ancestrales y a las capillas de tierra.

Los maestros musulmanes, al igual que sus homólogos cristianos de Etiopía, tenían a las religiones africanas por obra del demonio. En Kano, por ejemplo, talaban los árboles sagrados porque «de ellos surgían extraños diablos que nadie puede describir», y en su lugar construían mezquitas[21]. Sin embargo, como en Etiopía, lo que predominaba eran las tradiciones eclécticas y pragmáticas de las religiones indígenas. Deseosos de utilizar cualquier poder que resultase eficaz, los africanos occidentales consideraron inicialmente magos poderosos a los musulmanes. La crónica de Gonja afirma que su rey se convirtió al observar la superioridad mágica de los guerreros islámicos. La cofradía de los poro nombró a un clérigo islámico funcionario encargado de realizar actos mágicos contra sus enemigos. Se otorgaba a los amuletos islámicos un valor especial, y a los descendientes de un imán de Kanem del siglo XII o XIII se les dispensaba de las tareas cívicas a cambio de que oraran. La medicina islámica era asimismo atractiva, como lo era el prestigio que se obtenía vinculando la genealogía propia a la historia sagrada del islam, reacción característica de pueblos sólo parcialmente integrados en el Mundo Antiguo. Los reyes de Malí tenían a Bilal, el almuédano negro del Profeta, por antepasado suyo, y los gobernantes desde Kanem hasta la tierra de los yoruba decían provenir de Oriente Medio. Hasta los jefes bariba, resueltamente antiislámicos, se procuraron un antepasado de La Meca desterrado por rechazar las enseñanzas de Mahoma. El islam ofrecía a los africanos occidentales

[20] S. Reichmuth, «Songhay-Lehnwörter im Yoruba und ihr historischer Kontext», *Sprache und Geschichte in Afrika* 9 (1988), pp. 269-299.

[21] Muhammad Al-Hajj, «A Seventeenth Century Chronicle on the Origins and Missionary Activities of the Wangarawa», *Kano Studies* 1, 4 (1968), p. 12.

unas nociones más claras del creador y del modo de acercarse a él, poderosas visiones del cielo y del infierno, un sentido de la voluntad y del destino y una cosmología que reclamaba la autoridad de la revelación divina. En Songhay, aceptaron todo eso incluso quienes se mantenían fieles a los cultos indígenas. El resultado fue el eclecticismo habitual de los africanos occidentales que añadieron a Alá a su panteón o sintetizaron en él al espíritu creador, tomando prestadas nociones acerca de los ángeles y el diablo o venerando a una figura como la del Profeta que había revelado a los hombres la divina sabiduría. Fruto de este proceso fue un abanico de creencias que los gobernantes fomentaron en aras de la armonía. Por la misma época en que Ibn Battuta observó que el rey de Malí celebraba el final del ramadán por la mañana y escuchaba por la tarde a los bardos que, con máscaras de cabeza de pájaro, entonaban sus alabanzas dinásticas, un gobernante de Jenne había construido una mezquita con dos secciones: una para los musulmanes y otra para los paganos. En la corte de Katsina se sacrificó ganado en honor del Corán hasta finales del siglo XVIII. En un poema árabe de 1659 se alaba al gobernante en tanto que líder de los fieles y cazador de elefantes[22].

Los musulmanes no se ponían de acuerdo sobre cómo reaccionar ante el eclecticismo. Por ejemplo, en el Tombuctú del siglo XVI, los clérigos más ortodoxos seguían al maestro argelino al-Maghili y denunciaban la falta de fe, mientras que los más acomodaticios se atenían a las enseñanzas del sabio egipcio al-Suyuti y consideraban que el descreimiento era ignorancia que había que ir erradicando mediante el ejemplo pío. En la práctica, los musulmanes se oponían enérgicamente a determinados ritos indígenas que, como el sacrificio de sirvientes en los funerales de Grandes Hombres, prácticamente desaparecieron de las zonas de influencia islámica hacia el siglo XIX. Al parecer, los musulmanes abolieron en Tombuctú la costumbre songhay de la circuncisión femenina y, en general, consideraban malignos todos los espíritus no islámicos e incluso la magia misma, aun cuando los no musulmanes los tuviesen por benéficos. Pero, en otros aspectos, muchos musulmanes se volvieron eclécticos, sobre todo en la frontera

[22] Hamidu Bobbayi y J. O. Hunwick, «Falkeiana I: A Poem by Ibn al Sabbagh (Dan Marina) in praise of the Amir al-Muminin Kariyagiwa», *Sudanic Africa* 2 (1991), pp. 126-129.

meridional del islam, donde en muchos relatos se describe a peregrinos de Dyula cuyos descendientes hacían sacrificios a copias del Corán compradas en La Meca.

La veneración del libro pone de relieve que la expresión escrita fue una diferencia esencial entre el islam y las religiones indígenas. Entre los préstamos árabes incorporados a la lengua songhay, podemos mencionar los términos «tinta» «religión», «paraíso», «amuleto» y «provecho». Las sociedades infrapobladas, difíciles de someter a tributos o controles, nunca pudieron mantener a las burocracias que habían inventado la escritura en Sumeria y Egipto. Por consiguiente, las culturas orales africanas eran de una riqueza excepcional. En la corte de Kuba, la oratoria, la controversia, la poesía y la conversación eran artes refinadísimas: al no estar limitada por textos escritos, la imaginación volaba con total libertad. Cultivaban la memoria los adivinos que componían versos *ifa,* los memoristas que transmitían los mensajes o atesoraban las tradiciones de los reinos, y los mercaderes, cuyas facultades para memorizar sorprendieron a un negociante europeo: «iban más allá de lo que cabe fácilmente imaginar». Algunos grupos de África occidental inventaron sistemas de signos escritos, entre los que destacaba la escritura *nsibidi,* usada por la sociedad secreta Epke en el sudeste de la moderna Nigeria; pero su antigüedad es incierta y carecía de la flexibilidad precisa para una auténtica expresión literaria. Los mensajes estereotipados podían transmitirse a golpe de tamtan o mediante conjuntos de objetos naturales. Los tejedores hausa «firmaban» sus telas tejiendo en ellas un signo minúsculo. Las madres de Jenne identificaban a sus hijos por diversas cicatrices. Esos recursos permiten suponer que muchos africanos occidentales sacaron provecho de la expresión escrita islámica. Pero, al igual que en el Antiguo Egipto, el impacto de lo escrito dependía de los intereses de quienes lo transmitían y del contexto social de los receptores. Se dice que, a mediados del siglo XVI, había en Tombuctú entre 150 y 180 escuelas coránicas, la mayoría para la memorización de textos árabes. Relativamente pocos africanos occidentales aprendieron a leer y escribir, y ninguno dejó de expresarse oralmente. En Malí había secretarios para llevar la correspondencia extranjera, pero la administración interna no consignaba nada por escrito. Se confeccionaban amuletos con los escritos. Sin embargo, para una pequeña minoría de la sabana, lo escrito se convirtió en algo más que en una mera ayuda a la comunicación oral, sobre

todo cuando la escritura arábiga se empleó para plasmar las lenguas africanas (posiblemente en territorio hausa, en el siglo XV o XVI). Con el tiempo, la ortodoxia escrita ganó la partida al eclecticismo oral, pero todavía era pronto para cantar victoria.

El islam también se adaptó a las relaciones sociales de los indígenas. El arduo combate contra la naturaleza despertó en los africanos occidentales un gran interés por la prosperidad y la armonía en este mundo. Este ideal se asocia a la imagen del Gran Hombre opulento que disponía de almacenes repletos de grano, de grandes rebaños y de oro abundante y, sobre todo, de gente que trabajaba y le proporcionaba poder y seguridad. Los versos *ifa* reflejaban una trayectoria ideal de pingües riquezas, numerosas mujeres e hijos, títulos, honores y una larga vida. La búsqueda de la prosperidad fomentaba la competitividad y el espíritu emprendedor, pero, cuando se conseguía, apenas se traducía en una lujosa ostentación. Los nobles de Costa de Oro tenían, en el siglo XVII, varios días festivos al año en los que repartían alimentos, bebidas y bienes a todo el que se acercara. La finalidad, como bien observara un europeo, era evitar la acumulación. *Arziki,* «la fortuna», en ambos sentidos en lengua hausa, se perdía fácilmente cuando la naturaleza era tan hostil y la muerte rondaba siempre. Por consiguiente, la movilidad social iba acompañada de una franca aceptación de la desigualdad, incluso (quizá de manera específica) en los pueblos sin estructuras política complejas y ostensiblemente igualitarios en los que la categoría se obtenía sólo mediante la competencia. En ese mundo de amplias tierras, los pobres eran aquellos que ni podían trabajar (porque eran ancianos o discapacitados, estaban enfermos o eran demasiado jóvenes o estaban cargados de hijos) ni podían contar con el trabajo de los demás (en especial, de los parientes). Fuera del grupo familiar, la caridad se ejercía sobre todo en forma de dádivas no reglamentadas, si bien las autoridades políticas de Costa de Oro proporcionaban trabajo bajo techado a los ciegos e impedidos. Por su parte, los gobernantes de Benín exhibían su liberalidad con gran pompa:

> Siendo el rey muy caritativo, así como sus súbditos, está rodeado de funcionarios dedicados expresamente a la caridad. Su principal cometido consiste en acarrear gran cantidad de alimentos, debidamente aderezados, que el rey manda a la ciudad determinados días para que gocen de ellos los pobres. Forman algo así como una proce-

> sión, caminando en perfecto orden de dos en dos con esos alimentos, encabezados por su jefe que porta un largo cayado blanco[23].

Los musulmanes aceptaron esos modelos, exceptuando la aplicación del legado benéfico *(waqf)* que en otros lugares constituía la base normal de la caridad islámica y recurriendo a la limosna personal, cuidando de los mendigos, que tan numerosos eran en los reinos de la sabana, como se comprobó cuando por fin se pudo disponer de datos en el siglo XIX. El islam tenía ideales ascéticos distintos de los de las religiones indígenas, pero el paradigma de las crónicas de Tombuctú era el clérigo, tan ascético como generoso, que repartía entre los pobres las limosnas que él recibía. Era una combinación satisfactoria de los valores islámicos y los indígenas.

La familia

La necesidad de fortalecer a la población y colonizar tierras proporcionó a África occidental unas estructuras familiares duraderas. Siendo la tierra un bien casi gratuito, no había necesidad de retenerla en la familia mediante matrimonios endógamos o monógamos. La tierra procuraba estatus social a los hombres, pero estos precisaban que las mujeres y los niños la cultivasen. Esto produjo una enorme competencia por obtener mujeres, una gran desigualdad en el acceso a ellas, una obsesión por la potencia masculina y la fertilidad femenina, ningún fomento de la castidad y una extremada tensión entre las generaciones masculinas. La pugna por hacerse con mujeres dio lugar a diversas formas de matrimonio, desde el rapto, preferido por los jóvenes más atrevidos, hasta el pago formal de una cantidad mediante la cual la familia del novio compensaba a la de la novia por la pérdida de su contribución al aumento de la prole y al trabajo colectivo. Aunque el pago de esa cantidad pretendía evitar que los hombres poderosos ejercieran un monopolio sobre las mujeres, probablemente les permitió practicar la poligamia a alto nivel. Se estima que, en el siglo XIX, las dos terceras partes de las esposas del medio rural de los yoruba contrajeron matrimonios po-

[23] J. Barbot, «A Description of the Coasts of North and South-Guinea», en A. y J. Churchill (eds.), *A Collection of Voyages and Travels*, vol. 5, Londres, 1732, p. 368.

lígamos; ayudaba a sus maridos a respetar el tabú del largo periodo de abstinencia sexual tras el parto, manteniendo relaciones con las demás. Pero también requería que la mayor parte de las mujeres se casaran muy jóvenes, probablemente al llegar a la pubertad o incluso antes, y suponía que, salvo los más ricos, los hombres no podían casarse hasta muy tarde, posiblemente hacia los treinta años, aunque había excepciones en las regiones ecuatoriales. En el reino de Kuba, donde, por razones que ignoramos, cesó la poligamia en una época comprendida entre los siglos XVII y XIX (excepto entre los jefes), el precio a pagar por una novia bajó mucho, y los hombres empezaron a casarse con menos de veinte años. En otros lugares, sin embargo, más de la mitad de los hombres adultos se quedaban solteros, mientras que la proporción de los que no dispusieron nunca de una mujer sexualmente activa debió de ser aún más elevada. Pese a los brutales castigos, debió de darse una intensa actividad sexual extraconyugal, que dio alas tanto al machismo como al hedonismo y la relajación de costumbres que horrorizaron a Ibn Battuta. En África occidental, la mujer probablemente corría menos peligro por ser infiel que por no ser fértil[24].

La participación de las mujeres en las labores agrícolas variaba en gran medida y de modo inexplicable. Las mujeres tio, del moderno Zaire, realizaban casi todas las tareas del campo, mientras que, entre los yoruba, su participación era mínima. Por lo general, sin embargo, la pesada tarea del desbroce recaía en los hombres, y la aburrida labor de plantar y arrancar hierbajos, en las mujeres, mientras que realizaban conjuntamente las grandes tareas estacionales, como, por ejemplo, la recolección de grano. Puesto que marido y mujer raras veces compartían la propiedad, la mujer poseía una autonomía económica mayor de la normal en las sociedades agrícolas, sobre todo en las de la selva de África occidental y la sabana meridional, donde muchas mujeres predominaban en el comercio a pequeña escala. En Borno, por ejemplo, la elevada condición de las esposas regias de mayor edad, que tomaban parte en la actividad política y gobernaban importantes territorios, contrastaba con la sumisión que se esperaba de las campesinas, por lo general mucho más jóvenes que sus maridos, y con las penosas tareas impuestas a las mujeres que eran mayoría entre los esclavos de África

[24] J. C. Caldwell; I. O. Orubuloye y P. Caldwell, «The Destabilization of the Traditional Yoruba Sexual System», *Population and Development Review* 17 (1991), pp. 239-262.

occidental. El palacio del reino mossi de Yatenga tenía dos puertas, una para los hombres libres y otra para los cautivos y las mujeres. En cierta medida, la dura lucha por obtener esposas protegía a las mujeres, y el divorcio era relativamente fácil en bastantes sociedades.

En muchas regiones, el ideal de organización social era el amplio y complejo hogar encabezado por un Gran Hombre rodeado de sus esposas, sus hijos casados o solteros, sus hermanos menores, sus parientes pobres, sus subalternos y numerosos niños. Los hogares de esa clase, que contaban con entre 10 y 40 miembros, fueron los principales grupos colonizadores de África ecuatorial. En torno a ellos se formaron las aldeas e incluso las jefaturas tribales, al igual que entre los malinke y los hausa en África occidental. La casa de un notable urbano de la Costa de Oro del siglo XVII podía albergar a más de 150 personas, mientras que la de un noble de los congo posiblemente diera cabida a varios centenares. Allí donde la agricultura era extensiva, las grandes casas eran una buena alternativa, ya que brindaban y garantizaban seguridad económica y protección física en un mundo violento. Cuando a principios del siglo XX se comenzó a censar los hogares, se constató que, de promedio, su tamaño era más bien grande: de 10 a 15 personas en cinco aldeas hausa inspeccionadas en 1909; de 10,4 personas en 61 hogares tallensi en el norte de Ghana en 1934. Aunque en muchos hogares hausa vivieran hasta 50 miembros, debieron de ser bastante pequeños, lo que coincide con los datos de otros continentes, donde los hogares grandes eran el ideal más que la norma. Los datos correspondientes al reino de Congo del siglo XVII y comienzos del XVIII permiten suponer un promedio de cinco o seis personas en los hogares de labradores, lo normal en el Antiguo Egipto[25]. Esas familias estaban ligadas entre sí por lazos de parentesco, de ahí que se hablara tanto de la «familia extensa». Probablemente la diferencia entre la casa del Gran Hombre y la del campesino fuera el elemento crucial de la organización social en un mundo dominado por la familia.

La pugna por procurarse esposas en las sociedades polígamas hizo que los conflictos entre diversas generaciones de varones fueran una de las dinámicas más duraderas de la historia de África, siendo así que la gran disponibilidad de tierras minimizó otras formas de conflicto social. En la India se daba la situación exactamente opuesta, pues allí

[25] J. K. Thornton, *The Kingdom of Kongo,* Madison, 1983, p. 29.

ambos sexos se casaban muy jóvenes, la tierra era escasa y el conflicto se centraba más en la estratificación social que en la edad. Lo más que podía ocurrir en el África subsahariana era que padre e hijo se disputasen la propiedad de la parcela con la que querían abonar la compensación por una misma mujer. Aun así, el conflicto generacional debía de permear a la sociedad en su conjunto. Esto se deduce de la importancia que daban los mitos y el folclore al respeto por la edad avanzada (los dogón consideraban que la desobediencia a un antepasado traía la muerte al mundo) y del uso extendido de unos ritos de iniciación a la edad adulta dolorosos y psicológicamente traumáticos para imponer la autoridad de los mayores. El mito kuba decía que el primer hombre instituyó el rito de iniciación para castigar a sus hijos por burlarse de su desnudez. Los datos lingüísticos hacen suponer que tanto la circuncisión de los muchachos como su organización en grupos de edad eran elementos culturales clave en las regiones ecuatoriales durante el primer milenio d.C. Sin embargo, las sociedades de África occidental no eran unas gerontocracias inmovilistas. Los pueblos que luchaban contra la naturaleza no podían mostrar mucha deferencia a la edad avanzada, que, por otra parte, pocos alcanzarían. Un europeo que visitó Costa de Oro en el siglo XVII, escribió: «No les gusta llegar a viejos, porque allí no son honrados ni estimados cuando lo son: se les da de lado y no se les respeta en parte alguna»[26]. La tradición decía que los ewuare de Benín veían con buenos ojos a los fundidores de bronce porque su labor les hacía parecer más jóvenes que los tallistas de madera. Los escultores de Ife solían representar a los reyes en la plenitud de su virilidad, poco antes de la decadencia. Las representaciones y máscaras de ancianos tendían a la caricatura. Pero los viejos que ejercían la autoridad no eran necesariamente desdentados de barbas grises, ni los jóvenes siempre inmaduros, ya que el término «joven» por lo general englobaba a todos los solteros. En Benín, por ejemplo, el grupo de hombres de menor edad englobaba más o menos a los comprendidos entre los doce y los treinta años. La probabilidad de conflictos era grande, no sólo en torno a las mujeres, sino también con respecto al trabajo de los hombres jóvenes, un recurso capital para sus padres, pero también vital para que los jóvenes pudieran lograr su independencia allí donde la tierra

[26] P. de Marees, *Description and Historical Account of the Gold kingdom of Guinea*, A. van Dantzig y A. Jones (trads.), Oxford, 1987, p. 180.

era fácilmente asequible. En el siglo xvii había en Costa de Oro «muchachos» en las playas que buscaban trabajos ocasionales remunerados que nadie quería hacer. Es más, si los mayores conseguían poder vigilando a sus mujeres y a sus propiedades, los jóvenes lo obtenían a través de la violencia en un mundo en el que todo hombre tenía que estar dispuesto a defenderse a sí mismo y a su familia. De ahí que el rapto y la fuga coexistieran con el matrimonio mediante compensación. La violencia juvenil se toleraba y fomentaba; de hecho, las batallas ritualizadas en las que se embarcaban los grupos de jóvenes hausa contra los de otras aldeas u otros barrios urbanos eran un modelo común en África occidental. A juzgar por los relatos de los primeros observadores europeos, los jóvenes cultivaban una subcultura diferente que hacía hincapié en la belleza, el atuendo, el adorno, la virilidad, la insolencia y la agresión. Objetos tan antiguos como las figuritas nok reflejaban con gran detalle la apariencia y el adorno personal. En situaciones extremas, esas tensiones pudieron propiciar que los jóvenes participasen en levantamientos políticos. Ocurrió en la sociedad guerrera de los imbangala en la Angola del siglo xvi, basada en ritos de iniciación y en la inversión de los valores sociales normales. Durante el mismo periodo, proliferaron territorios de refugiados arawa en el moderno Níger, a raíz de que un joven gobernante movilizase a sus coetáneos contra los mayores. A veces, la tensión generacional adoptaba forma dramática en una representación festiva, como en el caso de la mascarada Do que Ibn Battuta parece haber presenciado en la corte de Malí. Aunque sabemos poco acerca de la historia de la danza, esta es la expresión cultural africana más importante y una de las que mejor encarnaron los valores de la juventud.

La única actividad de ocio con una historia que se remonta más allá del contacto con los europeos era un juego de tablero que en África occidental se solía denominar *mankala.* Posiblemente fuera originario de Egipto, donde se encontró un tablero de piedra de hacia el 1500 a.C. Al parecer, el juego se difundió entre hablantes de otras lenguas afroasiáticas y desde allí por todo el continente, excepto su extremo más meridional, cambiando enrevesadamente de forma. En todas partes se consideraba un test de inteligencia. Decía la leyenda que Sundiata jugó durante toda su vida contra su rival por el poder en Malí. La estatuilla ritual de Shyaam lo muestra con el tablero de *mankala* supuestamente introducido en el momento de la fundación del reino de Kuba. Al ser africano, el juego se jugaba rápidamente, en público, en grupo y rui-

dosamente. El islam no lo veía con buenos ojos y lo sustituyó por otro juego más reposado, el *dara,* una especie de damas. La nobleza etíope jugaba una variante especialmente complicada, o bien al ajedrez, que era un juego apropiado para una sociedad estratificada, con piezas desiguales y el objetivo de destruir a las fuerzas contrarias. En el *mankala* todas las piezas eran de igual valor y el objetivo era capturar las piezas contrarias y sumarlas a las propias. Era el juego de una sociedad dedicada a incrementar su demografía[27].

[27] P. Townshend, «Mankala in Eastern and Southern Africa», *Azania* 14 (1979), pp. 109-138; J. W. Fernández, *Buiti,* Princeton, 1982, p. 110.

6
La sociedad colonizadora de África oriental y del Sur

En el presente capítulo se analiza la evolución de las regiones al este y al sur de la selva ecuatorial durante los 1.000 años transcurridos entre el final de la Edad del Hierro y el comienzo de la intensa penetración del mundo exterior en el siglo XVIII. Los problemas básicos son los mismos que en el caso de África occidental: colonización de las tierras, dominio de la naturaleza, expansión de las poblaciones y consolidación de las sociedades. Pero las circunstancias de esta zona son diferentes. Debido a que, por lo general, ni los musulmanes ni los europeos se adentraron más allá de la costa, existen pocas fuentes escritas sobre esta región. No hay relatos islámicos y europeos como sobre el resto de África occidental, y las tradiciones orales apenas se remontan más allá de tres siglos. Por consiguiente, nuestros datos sobre estas regiones son inciertos, y habrá que esperar a que los confirme la arqueología. Más aún, en las franjas climáticas laterales de África occidental, los pastores se separaron de los agricultores, pero en África oriental y del Sur, donde la aparición de fallas y la actividad volcánica provocaron drásticas variaciones locales en la altitud, régimen de lluvias y medio ambiente, ambos grupos convivían. Las praderas en las que la humanidad se fue desarrollando pasaron a sustentar a un ganado que se convirtió en la principal fuente de riqueza para los humanos. Los asentamientos estaban dispersos y solían ser móviles, y había pocos centros urbanos que pudieran rivalizar con Jenne o Ife. El entendimiento entre pastores y agricultores llevó a la creación de muchas de las primeras comunidades políticas de la región; otras surgieron en las escasas zonas donde el comercio era intenso. Los valores de los pastores configuraron la organización social, la cultura y la ideología. No sólo los hombres, también sus rebaños emprendieron una larga y ardua colonización de las tierras.

África austral

Hacia el año 400 d.C., agricultores de la Edad del Hierro que hablaban lenguas bantú ocupaban la mayor parte de África oriental y del Sur, aunque de manera dispersa y desigual. Las pruebas arqueológicas demuestran que preferían las zonas húmedas (márgenes de la selva, valles, riberas de los ríos, orillas de los lagos y llanuras costeras), por lo que suponemos que su alimentación dependía más del ñame, el sorgo, la pesca, la caza y los pequeños animales domésticos que del mijo o el ganado mayor. En África oriental se han hallado enterramientos, sobre todo, alrededor del lago Victoria (donde el desbroce de la selva ya estaba muy avanzado), en las laderas de altas montañas como el monte Kenia y cerca de la costa, pero no en las praderas del oeste y norte de Uganda, el valle del Rif o el oeste de Tanzania, que eran zonas deshabitadas o ya ocupadas por otras poblaciones. Más al sur, en la moderna República Centroafricana, los bantú vivían dispersos junto a los recolectores y cazadores joisán, y habían desarrollado ciertos estilos regionales de cerámica. Sin embargo, allí, al igual que en el valle del Zambeze por encima de las cataratas Victoria, se asentaron sobre todo en «agrupaciones de pequeñas chozas de barro y ramas entretejidas, cubiertas de paja y situadas en un claro despejado de los boscosos márgenes de un *dambo* [depresión húmeda]»[1]. Los cauces fluviales y las zonas litorales también atrajeron a los primeros colonos de habla bantú de la actual República Sudafricana. Estos solían tener poco ganado y ocupaban el bajo *veldt* boscoso [campo abierto] cercano a la costa, huyendo de las praderas sin árboles del alto *veldt* del interior.

La evolución de África austral es un buen ejemplo del incremento del pastoreo y del papel que desempeñó, junto al comercio, en la ingeniería política a mayor escala. Alrededor del año 500 d.C., grupos de hablantes bantú del bajo *veldt* de la costa fueron asentándose en los valles que conducían al alto *veldt,* tal vez utilizando las tierras altas como pastos. Por aquellas fechas, las gentes del Soutpansberg del norte del Transvaal tenía «granjas» con chozas circulares alrededor de los corrales centrales de ganado. Cavaban hoyos para el almacenamiento y las tumbas, una disposición que resultó tan característica de muchos de los

[1] J. O. Vogel, «An Early Iron Age Settlement System in Southern Zambia», *Azania* 19 (1984), p. 63.

asentamientos del África austral, como las calles rectas y las chozas rectangulares que definían a los poblados occidentales de la zona ecuatorial. Más al oeste, en la franja oriental de pastoreo del Kalahari, en la moderna Botsuana, eran mucho más abundantes las lluvias a mediados del primer milenio d.C. que hoy. Allí floreció una sólida cultura ganadera, la tradición tutsi, que seguía el mismo modelo de asentamiento, pero hacia el año 900 d.C. creó una jerarquía de asentamientos pequeños y grandes que implicaban la existencia de autoridades políticas y demostraban la importancia del ganado como fuente de riqueza que permitía la división en estratos sociales.

La tradición tutsi sobrevivió hasta por lo menos el siglo XIII, cuando la sequía y el exceso de pastoreo posiblemente despoblaran la región. En el moderno Natal, en cambio, la cerámica de comienzos de la Edad del Hierro fue completamente sustituida, entre los siglos IX y XI, por otra de un estilo nuevo, a la par que surgían asentamientos más pequeños asociados, en ese entorno más húmedo, a la ganadería. No se sabe con certeza si esa discontinuidad se debió a una oleada migratoria o a la expansión local de la ganadería, pero era el modelo que aún prevalecía entre los pueblos de habla nguni de la región cuando los europeos los describieron por primera vez. Según los arqueólogos, unos parientes próximos de este grupo, los pueblos soto-tsuana que vivían al oeste del territorio nguni, más allá de la cordillera de Drakensberg, también se dedicaban a la ganadería intensiva. Existe cierta controversia en torno a sus orígenes pero, en el siglo XII, la cerámica moloko, luego asociada a este pueblo, sustituyó a las vasijas anteriores en los asentamientos del norte y el este del Transvaal. Desde allí colonizaron el alto *veldt* del sur del Transvaal y, a partir del siglo XV, el Estado Libre de Orange, cuyas praderas desprovistas de árboles y propensas a sufrir sequía habían ahuyentado a los agricultores en la misma medida en que atrajeron a los ganaderos. En esta zona había que construir en piedra.

Los yacimientos nos muestran asentamientos de más de 1.500 personas compuestos de círculos de chozas entrelazadas por muros de piedra sin argamasa, agrupadas estas en torno a los corrales del ganado. La multiplicación de esos asentamientos a lo largo de los siglos XVI y XVII permite suponer un incremento de población en las regiones favorecidas, desde las que los grupos soto y tsuana se dispersaron en todas direcciones, usando la riqueza que procuraba el ganado para asimilar a los



Mapa 7. La sociedad colonizadora de África oriental y del Sur.

pueblos anteriores y formar las pequeñas jefaturas tribales que protagonizaron la historia posterior del alto *veldt*. Las jefaturas tribales hereditarias, la granja como unidad social y el predominio ideológico de los ganaderos pasaron a ser rasgos culturales compartidos de los pueblos bantú

del África austral, donde había menos comunidades carentes de organización política compleja que en otras partes del continente. Pero hasta las jefaturas tribales hereditarias del siglo XVIII eran pequeñas, en parte porque las extensas tierras permitían a los ambiciosos y a los descontentos establecer nuevas microunidades, y en parte porque los sistemas de transmisión de la herencia fomentaban la división patrimonial al otorgar casi los mismos derechos al primogénito de la primera mujer de un jefe que al de su «gran mujer» (con la que había contraído matrimonio después de su acceso a la jefatura). Hasta el siglo XIX no hallamos en el alto *veldt* meridional una jerarquía de asentamientos políticamente más compleja al estilo tutsi. Todos los jefes de los xhosa, el grupo nguni más meridional, pertenecían a la familia real Chaue (de hecho, lo que definía a la identidad xhosa era la lealtad a esa familia), pero las jefaturas tribales se multiplicaban de generación en generación, a medida que sus descendientes se asentaban en los valles desocupados de los ríos, manteniendo sólo unos débiles lazos con los mayores del linaje. Como refirió el primer misionero que predicó entre ellos, cuando un gobernante xhosa desagradaba a sus súbditos, estos emigraban de forma gradual hasta que se enmendaba.

Al norte del Limpopo, la mayoría de la cerámica tradicional de la Edad del Hierro fue sustituida en torno al año 1000 d.C. por nuevos estilos. Algunos (en especial el luangua que pasó a predominar en el norte, el centro y el este de la moderna Zambia y en el norte y el centro de Malaui) probablemente se debieran a una migración hacia el este desde la antigua zona de Shaba, en Zaire, y desde el Copperbelt, en Zambia. Otros tipos de cerámica, entre los que destaca la kalomo y otras posteriores de la meseta Batoka y los bancos de cobre de Zambia, tal vez indiquen que hubo una expansión de los ganaderos locales, aunque sobre esto existen opiniones encontradas. Los cambios más complejos tuvieron lugar en el moderno Zimbabue, en la meseta entre los valles del Limpopo y el Zambeze, donde se evolucionó hacia un nivel más alto de organización política. Los agricultores habían comenzado a poblar esa región desde alrededor del año 200 d.C. Quizás algunos hablasen las lenguas ancestrales de los pueblos shona, hoy numéricamente predominantes en la zona. En los yacimientos de la meseta de finales del siglo VII aparecen cuentas importadas de las costas del océano Índico. En Schroda, dos siglos posterior, situada en la cuenca Shasi-Limpopo al sur de la meseta, hemos encontrado la ma-

yor cantidad de cuentas importadas de África central, junto a fragmentos de marfil que permiten suponer que basaban su prosperidad en ese material. Pero la principal fuente de riqueza no agrícola de la región era un filón de oro que atravesaba la cresta más alta de la meseta de sudoeste a nordeste. A finales del primer milenio se explotaba el oro en cuatro puntos. La primera referencia al oro que llegaba a la costa forma parte de un relato de al-Mas'udi del 916 d.C. Menos de un siglo después, en un lugar conocido como Leopard's Kopje (Nthabazingüe), situado en las suaves praderas cercanas a la moderna Bulauayo que atrajeron en su día a los ganaderos, hemos hallado restos de grandes rebaños, así como de un nuevo estilo de cerámica. Entre los siglos X y XII, los habitantes de Leopard's Kopje, que probablemente hablaran una variante meridional de la lengua shona, se dispersaron por la meseta de Zimbawue[2]. Esta expansión dejó intactas la mayor parte de las culturas locales previas. Los utensilios para cavar y los cestos para grano apenas cambiaron. Pero el resultado fue un nuevo sistema político, creado por unos ganaderos que obtuvieron pujanza y seguidores explotando no sólo sus rebaños, sino también el tráfico internacional del oro.

Los efectos se hicieron sentir primero en Mapungubue, en la orilla meridional del Limpopo. A finales del siglo X, los pueblos de la cultura de Leopard's Kopje establecieron allí un asentamiento en torno a un corral central de ganado. Fue asimismo un centro de comercio importante, donde se intercambiaron muchos objetos de marfil por cuentas de vidrio importadas. A medida que fue creciendo, hubo que trasladar el ganado, pues los rebaños se habían incrementado tanto que ya no cabían en el corral. En torno al año 1220 d.C., la corte se trasladó de la llanura a lo alto de una colina de piedra arenisca, donde surgió una cultura de elite con imponentes murallas de piedra en las zonas destacadas, que utilizaba contrapesos en las ruecas, lo que indica que allí se elaboraron las primeras telas en el interior del África central. Los ajuares funerarios de los notables estaban chapados en oro, y toda una jerarquía de asentamientos circundantes permite suponer que la comunidad política ya no estaba sujeta a la repetida segmentación que limitaba la escala de las anteriores jefaturas tribales.

---

[2] C. Ehret y M. Kinsman, «Shona Dialect Classification and its Implications for Iron Age History in Southern Africa», *IJAHS* 14 (1981), pp. 401-443.

Es más, cuando Mapungubue fue abandonada a principios del siglo XIII, el poder regional se desplazó al norte del Limpopo, hacia el Gran Zimbabue, donde hoy han aparecido los restos más majestuosos de la Edad del Hierro africana. Sus edificios de piedra (un palacio en lo alto de una colina, con el Gran Recinto de altas murallas debajo, y una red contigua de grupos de casas rodeados de muros bajos) sólo eran el núcleo de una pequeña ciudad de estructuras menos permanentes. Se trata del emplazamiento más impresionante de los cerca de 150 emplazamientos aún visibles en la meseta, que se reparten a lo largo del eje sudeste por los variados entornos y praderas de hierbas perennes del alto, medio y bajo *veldt*. El Gran Zimbabue se hallaba en una zona muy bien irrigada, inmejorablemente situada para el pastoreo. En el siglo XII, probablemente fuera la capital de una dinastía local, uno de los centenares de micro-Estados de la meseta, muy similares a los kafúes de Malí, sobre los que se asentaban los «imperios»[3]. A finales del siglo XIII comenzaron a erigirse sus murallas de granito, coincidiendo con las primeras muestras de oro extraídas por los mineros (normalmente mujeres y niños), que hincaban palos en el filón hasta una profundidad de 30 metros, con riesgo para su integridad. En los años de mayor explotación quizá se exportaran unos 1.000 kilogramos de oro al año, o tal vez la misma cantidad que posteriormente sacaron los europeos en sus mejores años de los campos auríferos de Akán, en África occidental. El Gran Zimbabue se hallaba lejos de los yacimientos, pero al parecer controlaba el tráfico de oro a lo largo del valle del Save hacia Sofala, permitiendo que esta jefatura tribal aventajase a sus rivales y se convirtiera en el centro de una difundida cultura. Probablemente tuvo su mayor auge a comienzos del siglo XIV, coincidiendo con la hegemonía de Kilua en la costa de Sofala. En el Gran Zimbabue ha aparecido una moneda de Kilua de hacia 1320-1333 d.C. junto a una gran cantidad de cerámica china, persa e islámica de aquel periodo. El comercio debía de estar en manos africanas, pues no hay pruebas de la existencia de una comunidad comercial extranjera. Al igual que otras muchas capitales africanas, quizá el Gran Zimbabue también cumpliera funciones religiosas. Se han sugerido teorías más o menos probables centradas en la mediación a través de espíritus, la iniciación de las mujeres y la adora-

[3] El relato sigue a T. N. Huffman y J. C. Vogel, «The Chronology of Great Zimbabwe», *South African Archaeological Bulletin* 46 (1991), pp. 61-70.

ción del gran dios shona Muari (puede que repesentado por los pájaros de esteatita encontrados en el yacimiento). Pero la agricultura, el pastoreo y el comercio constituían la base de la economía de la ciudad. Es posible que su decadencia a lo largo del siglo XV se debiera en parte a la sobreexplotación del entorno local (que hoy día sigue siendo un páramo), pero también, y sobre todo, a una reorientación del tráfico de oro hacia el norte en el valle del Zambeze, por debajo del límite septentrional de la meseta. La prosperidad de esa región se manifiesta en los enterramientos de finales del siglo XIV y comienzos del XV en Ingombe Ilede, cerca de la confluencia del Zambeze con el Kafue, cuya riqueza en oro, lingotes de cobre locales, contrapesos de rueca, conchas y cuentas importadas sugiere un intenso comercio con la costa, donde durante el siglo XV los mercaderes disidentes de Kilua crearon un puerto rival en Angoche para explotar el comercio del valle del Zambeze.

La herencia del Gran Zimbabue se dividió. En el sur, el poder se trasladó hacia el oeste, donde fue ejercido por los gobernantes torua de Butua, cuya capital, Jami, se construyó al más primoroso estilo del Gran Zimbabue. En el norte, el creciente comercio del Zambeze dio lugar al reino de Munhumutapa que, aunque fundado oficialmente en el siglo XV en el límite septentrional de la meseta por un ejército procedente del Gran Zimbabue, probablemente fuera fundado por cazadores, pastores y aventureros que formaban parte de un movimiento migratorio más amplio hacia el norte. Poco a poco fueron extendiendo sus alianzas con los jefes locales y los mercaderes musulmanes en un reino cuya influencia llegaba hasta el mar. Allí entraron en contacto con los portugueses, que alcanzaron la costa oriental de África doblando el cabo de Buena Esperanza en 1498 y siete años después saquearon tanto Kieba como Mombasa para abastecer su fortaleza de Sofala, construida para hacerse con el comercio del oro. Un viajero luso llegó a la corte de Munhumutapa hacia 1511, y en 1531 los portugueses establecieron una base en tierra firme en Sena, a orillas del Zambeze. Las relaciones se enturbiaron en 1561, cuando el misionero Gonçalo da Silveira convirtió a un joven munhumutapa y fue asesinado en venganza por los tradicionalistas y los mercaderes musulmanes. Una expedición de portugueses, cuya misión principal era apoderarse de las minas de oro, acabó con los mercaderes musulmanes, pero no logró escalar la meseta. En cambio, mantuvieron grupos de esclavos armados en la ribera meridional del Zambeze. Los aventureros utilizaron a esos *chikunda* para explotar el comercio y exigir

tributos a los jefes del valle y sus zonas limítrofes. El resultado fueron enclaves privados que la Corona portuguesa reconoció en 1629 dándoles la denominación de *prazos.* Estas jefaturas tribales, enfocadas a la explotación, paternalistas y progresivamente más africanas, dominaron el valle hasta finales del siglo XIX. Sus ejércitos privados desestabilizaron el reino Munhumutapa en la década de 1620, e impusieron una dinastía-cliente que se sometió a su control durante 60 años. Pero la presencia portuguesa en África oriental se debilitó durante el siglo XVII. Entre 1693 y 1695 fueron expulsados de la meseta por los changamire, vasallos de los munhumutapa cuyo poder parece haber descansado en un ejército de jóvenes embrutecidos formados al modo de los chikunda. Con ese ejército conquistaron asimismo el reino torua e instauraron un reino de *rozvi* («destructores»), que ejerció un débil dominio en el sudoeste hasta el siglo XIX. Sentaron en el trono a una dinastía subordinada de los venda, al sur del Limpopo, y se aseguraron el predominio sobre los manyika y sus explotaciones auríferas. Gravemente debilitado, el reino de Munhumutapa trasladó su capital río abajo al valle del Zambeze, donde sobrevivió hasta el siglo XX.

África central

Al norte del Zambeze, en las tierras boscosas de África central, la evolución política y social adoptó una forma diferente debido a que la plaga de la mosca tsetsé centró el interés en el crecimiento demográfico, los intercambios culturales y el comercio. El mejor testimonio del continuo desarrollo de esta zona desde comienzos de la Edad del Hierro procede de un gran cementerio en Sanga, hallado en la depresión de Upemba en el sudeste de Zaire, una de las varias cuencas expuestas a crecidas fluviales desde las que evolucionó culturalmente África central. Hacia el siglo VI d.C., una población relativamente dispersa de pescadores ocupó las riberas del lago en Sanga y se dedicó a la forja del hierro y a la explotación del aceite de palmera. Probablemente hablaran una lengua bantú occidental más antigua que la hablada por el pueblo luba moderno, y sólo comerciaban por sus alrededores inmediatos. La comunidad debió de evolucionar gracias el comercio de pescado seco por toda la sabana, cuyos habitantes necesitaban alimentos ricos en proteínas. Algunas tumbas de Sanga, de entre los siglos VIII y X,

contienen hachas ceremoniales de cobre de un tipo que durante los 1.000 años siguientes simbolizó la autoridad política en la región. Por entonces, las comunidades se estaban jerarquizando y la población se había incrementado, aunque es posible que la economía siguiera basándose más en la pesca y la caza que en la agricultura, y desconocieran la ganadería. Ya en las tumbas del siglo x encontramos conchas de caurí, lo que indica que había contactos comerciales (probablemente indirectos) con la costa oriental de África. A lo largo de los cuatro siglos siguientes, los ajuares funerarios fueron cada vez más ricos, lo que sugiere la existencia de artesanos profesionales. En el caso de personas distinguidas, sobre todo de mujeres, la elaboración de los ajuares parece haber sido especialmente minuciosa, lo que hace suponer que se trataba de una sociedad matriarcal. En una tumba de en torno al siglo xiv ha aparecido una gran cruz de cobre de un estilo muy difundido por África central en aquella época. Puede que fuera un objeto de prestigio que formara parte de las dotes. En las tumbas de los dos siglos siguientes son frecuentes las cruces de cobre más pequeñas, de un tamaño estándar que, casi con seguridad, debían de usarse como medio de pago.

El Imperio luba, situado en las llanuras del norte, probablemente incorporara Sanga a lo largo del siglo xviii. El núcleo original del reino Luba puede haber surgido hacia el año 1600 o incluso unos siglos antes. Como solía suceder, la leyenda atribuye su fundación a la llegada de un hermoso cazador, Kalala Ilunga, que logró imponerse sobre los jefes locales y diseñó las instituciones de un reino más amplio. El proceso real debió de tener lugar a lo largo de varias generaciones y conllevó el dominio del comercio regional, la recaudación y redistribución de tributos, un intenso cruce matrimonial entre las familias reales y los grupos de notables de las provincias, redes y ritos de iniciación así como la difusión de prestigiosas insignias reales y de una ideología que hacía hincapié en el abolengo para desempeñar el cargo de jefe. El reino se expandió a lo largo del siglo xviii, pasando a formar un imperio que abarcaba desde el río Lubilashi por el oeste hasta el lago Tanganica por el este. Su influencia y prestigio se extendieron mucho más allá, ya que ciertos jefes que decían ser originarios de Luba se establecieron al este del lago, en Ufipa, mientras que otros emigraron hacia el sur en el siglo xvii, creando una confederación con los bemba en las tierras boscosas escasamente pobladas del nordeste de Zambia. La cultura luba fundó otros dos importantes sistemas políticos.

Uno de ellos al oeste y sur del lago Niasa, originalmente ocupados por todo un enjambre de reinos. Puede que los inmigrantes de la extensa región de Shaba se mezclaran con los habitantes locales a principios del segundo milenio, atraídos, quizá, por la puntualidad de las lluvias a orillas del lago. En torno al año 1400 les siguieron los clanes firi, que pretendían ser de origen luba, y daban a su «jefe» *(mulopue)* un nombre luba en sus rituales. Los firi se casaron con los líderes indígenas, reconocieron la potestad de estos últimos sobre las tierras y les asignaron importantes funciones políticas, pero consiguieron afirmar su propia soberanía. No es fácil reconstruir su historia política con la única ayuda de las tradiciones que sobreviven y los documentos portugueses, pero sabemos que constaba de tres jefaturas hereditarias: Kalonga, la más antigua, situada al sudoeste del lago Niasa, sólo pudo imponerse por la fuerza y de manera esporádica; Lundu, en el valle del Shire, al sur del lago, se beneficiaba del tráfico de marfil con la costa y luchó por la supremacía a finales del siglo XVI, cuando sus bandas de guerreros zimba derrotaron a los portugueses en dos ocasiones y conquistaron gran parte de la comarca makua en Mozambique. Undi, al oeste del lago, llegó a ser la más poderosa durante el siglo XVIII gracias al comercio de marfil que habían organizado los portugueses a orillas del Zambeze.

El otro reino importante que reivindicaba su origen luba era el reino de lunda, cruzando el Lubilashi hacia el oeste, cuyos gobernantes hacían remontar su origen a Chibinda («el cazador») Ilunga, sobrino del legendario fundador luba. Lo cierto es que el reino lunda probablemente creara una comunidad entre los pueblos de la sabana al sur de la selva del Congo alrededor del año 1600 con medios locales y alguna contribución luba[4]. Las culturas locales eran matriarcales, pero los jefes del nuevo reino implantaron la sucesión patrilineal al modo de los jefes luba, denominados *mulopue.* A finales del siglo XVII el rey había adquirido el título distintivo de *muant yav.* El logro más importante del reino lunda en esa zona de poblamiento disperso, donde el peligro de fragmentación política era aún mayor que entre los maravi, fue la adopción de dos ingeniosos mecanismos: la transmisión hereditaria del rango social y la perpetuidad del parentesco que suponía que, al ocupar un cargo público, se heredaba asimismo toda la personalidad

[4] J. J. Hoover, «The Seduction of Ruwej: Reconstructing Ruund History», tesis doctoral, Universidad de Yale, 1978, pp. 177, 205-206, 238.

social de su predecesor, incluidas todas sus relaciones de parentesco. De modo que si el hijo de un rey creaba una jefatura tribal, establecía también una relación filial con la Corona, por lejano que fuera el parentesco consanguíneo entre los titulares concretos de ambos cargos. Diferenciar entre lo político y lo social, convirtiendo las relaciones familiares en modelos de conducta política, permitió a Lunda ejercer una soberanía un tanto tenue sobre los pueblos de cultura afín en una extensa zona de África central, donde recaudaba impuestos en «una cadena de islas políticas en un mar de tierras boscosas». La expansión de los lunda hacia el oeste en el siglo XVIII afectó a los sistemas políticos de los pende y los yanda. En el siglo XVII, el éxodo hacia el este probablemente diera lugar al reino Bulozi, que dependía de las pequeñas jefaturas tribales de la llanura fluvial del Zambeze. Era un sistema político muy intrincado, situado en un entorno complejo de montículos artificiales hechos por los colonos, de canales de irrigación, de agricultura basada en las inundaciones periódicas y de redistribución de productos regionales especializados. Más hacia el norte, un caudillo lunda, Kazembe, conquistó el fértil valle de Luapula en la década de 1740, asentándose entre los bemba, manteniendo su obediencia formal al distante *muant yav* y difundiendo la convicción de los aristócratas lunda de que su cometido específico era gobernar mientras sus súbditos pescaban o cultivaban. Pero incluso allí donde se observaba con rigor el modelo de jefatura luba-lunda, los gobernantes se veían condicionados por la movilidad humana en una tierra vacía. En 1867, David Livingstone escribía lo siguiente acerca de Kazembe, que reinaba en ese momento:

> Cuando usurpó el poder hace cinco años, su comarca estaba densamente poblada, pero fue severo en sus castigos, cortando orejas y manos y realizando otras mutilaciones o vendiendo niños por delitos muy leves, con lo cual sus súbditos se fueron dispersando paulatinamente por las comarcas vecinas, huyendo de su poder. Así es como suele evitarse la tiranía en sitios como este, donde los fugitivos nunca vuelven. El Casembe actual es muy pobre[5].

[5] H. Waller (ed.), *The Last Journals of David Livingstone,* 2 vols., Londres, 1874, vol. I, p. 265.

África oriental

En la sabana de África oriental, la evolución de las culturas de la primera Edad del Hierro hacia sociedades más complejas fue continua, sin grandes saltos. En parte, fue un proceso de expansión de agricultores de habla bantú que utilizaban sus conocimientos para colonizar nuevos entornos y absorber a sus dispersos pobladores. A comienzos del segundo milenio, los antepasados de los modernos sukuma y niamuezi, especializados en el cultivo de cereales de secano, se asentaron en Tanzania occidental y central, al tiempo que la introducción del banano (una planta asiática) permitía a otros agricultores colonizar estribaciones montañosas de la selva como las del Kilimanjaro. Pero esa continuidad se debió también a la lenta migración hacia el sudeste de África de los pueblos nilóticos desde sus tierras de origen en el Sudán meridional. Los pastores nilóticos del sur (antepasados de los actuales kalenyin de Kenia) probablemente llegaran a lo largo del primer milenio a.C. Los pastores nilóticos del este les siguieron lentamente, alcanzando el Kilimanjaro por el sur a comienzos del segundo milenio d.C., aunque su grupo más vigoroso, los masái, no dominaron el valle del Rif hasta los siglos XVII y XVIII. Los nilóticos occidentales, en cambio, eran tanto agricultores como pastores cuando comenzaron su expansión, desde el sur de Sudán, a comienzos del segundo milenio d.C. Parte se desplazó hacia el norte creando el reino shilluk al sur de Jartum, mientras que la mayoría se dirigió al sur por la región de los Grandes Lagos, donde la mayor parte de sus numerosos descendientes, los lúo, ocuparon la ribera oriental del lago Victoria.

Muchos de los pueblos de la sabana de África oriental no llegaron nunca a formar reinos. El primer pueblo cushita del sur que introdujo la producción de alimentos en el valle del Rif y sus alrededores, el pueblo iraqu del norte-centro de Tanzania, desdeñó el liderazgo político, pese a soportar siglos de agresión por parte de los nilóticos. La palabra bantú con la que originalmente se denominaba al «jefe» desapareció de muchas de las lenguas bantú del este.

Pueblos agricultores como los kikuyu, que se asentaron en las tierras altas, cerca de los bosques de higueras *(mukuyu)* de la moderna Kenia, resolvían sus disputas por procedimientos consuetudinarios. Los pastores tampoco tenían jefes políticos y sólo reconocían la autoridad de los jefes guerreros, de los expertos en ritos por vía hereditaria o de

los que con la edad adquirían el título de portavoces. La autoridad política en la sabana de África oriental solía evolucionar de una de estas dos formas. En las tierras boscosas menos pobladas de la moderna Tanzania, muchos pequeños jefes eran descendientes de los primeros colonos y su título, *ntemi,* significaba «limpiar talando». Al igual que los señoríos xhosa, sus pequeños territorios se subdividían repetidamente a medida que los príncipes desbrozaban otro trecho de selva. A veces, la tradición podía describir a un jefe como descendiente de un forastero, por lo general un cazador o pastor, cuyos méritos para gobernar eran su neutralidad en las disputas locales y la posesión de recursos con que pagar a sus seguidores. Muchas de esas tradiciones reflejan los intercambios entre pueblos de diferentes culturas que carecían de normas consuetudinarias compartidas y precisaban de una autoridad política que dirimiera sus disputas. En la comarca de Shamba, un macizo montañoso que se alza en las llanuras del nordeste de Tanzania, los agricultores bantú, establecidos allí desde muy antiguo, se vieron amenazados, a comienzos del siglo XVIII, por pueblos de pastores emigrantes, posiblemente refugiados cushita desplazados por la expansión masái, cuyo nivel de organización era mejor que el de las pequeñas jefaturas tribales shamba. La tradición refiere que Mbegha, un cazador inmigrante, fundó un reino para defender la cultura shamba contra esa amenaza. Los shamba le nombraron rey por sus hazañas y las alianzas políticas que estableció con los jefes locales. La historia de los nilota occidentales sigue un esquema similar porque, así como los padhola, que se asentaron en una zona desocupada de Uganda, no tenían autoridades políticas, los lúo de Kenia hubieron de crear varias pequeñas jefaturas tribales para enfrentarse a las primeras poblaciones bantú y nilota. La posesión de ganado confería una evidente superioridad en esas circunstancias porque no había otra forma de riqueza escasa, almacenable y reproducible que sirviera para ganar clientes políticos o adquirir mujeres sin intercambiar parientes femeninos. El ganado otorgaba a sus poseedores una ventaja demográfica decisiva.

Esta dinámica explica la historia de la segunda mayor región de África oriental, una zona de fuertes lluvias situada alrededor de los Grandes Lagos. Los agricultores bantú sólo ocuparon las zonas más lluviosas de la región hasta finales del primer milenio d.C., cuando algunos ganaderos propietarios de grandes rebaños emigraron hacia los pastos altos, más secos. Examinando las lenguas, encontramos una multiplica-

ción de las palabras utilizadas para denominar realidades como el ganado y los plátanos, que probablemente fueran el alimento básico en las zonas más húmedas de la época. La cerámica del primer milenio dio paso a un estilo «de ruleta» más tosco que ya utilizaban los nilotas, aunque no podamos probar la existencia de movimientos migratorios ni analizando la evolución lingüística, ni de ninguna otra forma. Los primeros indicios que tenemos de la existencia de una sociedad más compleja proceden de Ntusi y Munsa, unas praderas donde, al menos desde el siglo XI, se concentraron centenares o miles de personas que se dedicaban tanto a la agricultura como al pastoreo. En ambos yacimientos abundan las cuentas de vidrio y las conchas marinas, lo que tal vez sea la prueba más temprana de la existencia de contactos entre la región de los Grandes Lagos y la costa del océano Índico. A pocos kilómetros de allí, los enormes contrafuertes de tierra de Bigo (Plaza Defensiva) llegaron a cobijar en su interior más de 300 hectáreas de pastos entre los siglos XIII y XVI, pero no hemos encontrado productos exóticos ni nada que indique que poseían ganado. Se cree que Bigo llegó a ser la capital del primer reino de la región de los Grandes Lagos, pero no hemos hallado pruebas que demuestren la jerarquización de asentamientos de diversos tamaños característica de la creación de reinos en la meseta de Zimbabue. Estos aparecieron más tarde cuando un clan nilótico, el de los bito, emigró hacia el sur hasta los pastos de Uganda occidental, probablemente a finales del siglo XV, donde fue sentando las bases del reino de Bunyoro, que hacía gala de todos los símbolos de autoridad de los pastores bantú, que probablemente adoptaron a raíz de encuentros con jefaturas tribales menores y más antiguas. Los lanceros de Bunyoro atacaban a los pueblos vecinos, pero el poder real no cobró consistencia hasta el siglo XVIII, momento en el que la clase dirigente de Bito y ganaderos y agricultores destacados empezaron a percibir tributos del resto de la población, lo que puede haber suscitado desavenencias, puesto que varias provincias se desgajaron del reino a finales del siglo XVIII.

El reino vecino más turbulento de Bunyoro era Buganda, en la orilla noroeste del lago Victoria, donde las fuertes lluvias permitieron que una población relativamente densa se alimentara de bananas, pero las enfermedades del ganado inhibieron el pastoreo. Según las tradiciones de Bunyoro, fue el hermano menor de su primer rey el que fundó Buganda, aunque por las tradiciones de Buganda y los testimonios lingüísticos, suponemos que el reino fue fundado por los bantú. En sus

inicios, durante los siglos XV y XVI, era poco más que una confederación de grandes clanes patriarcales a orillas del lago (a unos 50 kilómetros de la actual Kampala) regida por un rey *(kabaka)* que no poseía un clan propio, sino que asentaba su autoridad en sus parientes y allegados por línea materna y en una soberanía laxa sobre los demás clanes. La historia posterior de Buganda es la historia de su expansión territorial a expensas, sobre todo, de Bunyoro. A lo largo de los siglos XVII y XVIII fue creando un reino de una gran cultura, bastante homogénea, que se extendía unos 250 kilómetros en torno a la orilla del lago y más de 100 kilómetros tierra adentro. Los *kabakas* obtenían botines y tributos de las provincias conquistadas y designaban delegados para gobernarlas, nombrando funcionarios que rivalizaban con los jefes de los clanes hereditarios. Al mismo tiempo, el asentamiento de miembros del clan ganda en las tierras conquistadas dio al traste con la solidaridad entre clanes y creó una sociedad muy individualizada. Los viejos cargos políticos fueron sustrayéndose paulatinamente al control de los clanes, y la casa real dio lugar a una administración. Hubo un momento en el que muchos de los líderes de las aldeas eran forasteros nombrados para el cargo, si bien las viejas provincias centrales seguían constituyendo una jungla de jurisdicciones privadas donde el *kabaka* ejercía un poder limitado. El núcleo de la organización social era militar: un jefe era un guerrero, y cada hombre libre podía elegir el capitán a cuyas órdenes quería servir, recibiendo a cambio protección y tierras para cultivar, lo que creó cadenas de lealtades personales parecidas a las de Etiopía. El sistema político era igualmente abierto, competitivo y centrado en el trono. Desde finales del siglo XVIII, el poder dejó de pasar de hermano a hermano (por lo general, tras una guerra de sucesión) para recaer sobre un príncipe joven designado por su padre y los jefes más destacados que mataban a los príncipes rivales. La corte redistribuía los productos que cada provincia aportaba como tributo, y la conquista territorial fue transformando una sociedad basada en clanes en un reino militarizado con cargos públicos hereditarios.

Los ataques de Bunyoro tal vez expliquen por qué Ruanda, el otro gran reino de la región de los Grandes Lagos, fue adquiriendo perfiles más concretos durante el siglo XVIII. El rasgo más destacado de su territorio era la alternancia entre colinas cultivadas y valles de pastizales. Muchos de sus habitantes combinaban el cultivo con la cría de ganado y nos consta la existencia de un grupo de pastores más especializados. Proba-

blemente no fueran inmigrantes porque no hay tradición alguna que hable de movimientos migratorios de este tipo, aparte de que hablaban la misma lengua y pertenecían al mismo clan que los agricultores. Sin embargo, estudios modernos han demostrado que los descendientes de los pastores de Ruanda tienen grupos sanguíneos genéticamente determinados que les habilitan para asimilar la leche y muestran perfiles de cromosomas Y[6]. Existe la posibilidad de que los pastores cushita de la región fueran antepasados suyos. Hacia el siglo XVII d.C., tanto agricultores como pastores controlaban pequeñas jefaturas tribales. Por esos años, un nuevo grupo de pastores que probablemente huía de las agresiones de Bito, conquistó un territorio en torno al lago Mohazi que se convertiría en el núcleo del reino de Ruanda. A lo largo del siglo XVIII logró integrar algunas de las jefaturas tribales de su entrono, posiblemente gracias a la creación de ejércitos de lanceros entrenados, casi todos pastores de origen, procedentes de todos los rincones del país y vinculados por lazos clientelares al rey y sus jefes que, a cambio, les proporcionaban tierras, rebaños y siervos para cultivar la tierra. Esta distinción entre los guerreros y sus «siervos» corre paralela a la diferenciación entre hutus y tutsis. Originalmente, la palabra tutsi designaba a una etnia dedicada al pastoreo, y hutu era la denominación que se daba a los siervos campesinos. A finales del siglo XVIII, la distinción aún no estaba clara, las categorías sociales eran muy complejas, y el reino, relativamente pequeño.

El vecino reino de Burundi se definió igualmente entre los siglos XVII y XVIII. También allí los pastores tutsi se infiltraron por los valles y crearon pequeñas jefaturas tribales junto a gobernantes hutu, que hacia el año 1700 habían logrado cierto grado de consolidación en el núcleo montañoso de la región. Por entonces, fueron sojuzgados por gentes procedentes del este que proclamaban ascendencia hutu y fusionaron las muchas pequeñas jefaturas tribales en un reino que integró ambas culturas, si bien la tutsi acabó predominando gracias a su control del ganado. A finales del siglo XVIII Burundi se expandió rápidamente, compitiendo ferozmente con Ruanda, y sólo gobernaba menos de la mitad de su futuro territorio.

---

[6] J. Hiernaux, *Les caractéres physiques des populations du Ruanda et de l'Urundi,* Bruselas, 1954, pp. 79-80; J. Simmons, «Lactose Malabsorption in Africa», *African Economic History* 5 (1978), pp. 25-28; J. R. Levi *et al.,* «The Levant versus the Horn of Africa: Evidence for Bidirectional Corridors In Human Migrations», *American Journal of Human Genetics* 74 (2004), pp. 535, 538.

Los pastores refugiados de Bito más preeminentes de Bunyoro probablemente fueran los hinda, quienes crearon el reino de Karagwe en las tierras altas del noroeste de Tanzania y formaron otras dinastías en Buhaya, en la orilla occidental del lago Victoria y en Nkore, al norte. Sus tradiciones simplificaron al máximo los procesos mediante los cuales los gobernantes hinda establecieron su supremacía, tanto sobre los pastores como sobre los agricultores, fomentando la reciprocidad entre ambos. Recaudaron tributos, nombraron agentes administrativos, sustituyeron los duelos a muerte por la justicia regia y sofocaron la resistencia de los sacerdotes y médiums de las religiones indígenas vinculados al antiguo jefe bantú y a la forja del hierro. Un rey hinda del siglo XVII edificó su palacio en Katurka, en el mismo lugar donde se había fundido hierro 2.000 años antes. La monarquía de los Grandes Lagos llegó a su máxima expansión en el siglo XVIII, cuando una dinastía tutsi sustituyó a los gobernantes luba, recién llegados, al frente del gobierno de Ufipa, al este del lago Tanganica. Así convergieron las dos corrientes principales de innovación política en África oriental.

La producción de alimentos y la familia

Históricamente, la colonización de la tierra fue un tema aún más importante en África austral y oriental que en África occidental. Comenzó más tarde, sobre todo tras la expansión bantú, y tuvo lugar en un entorno donde las diferencias de altitud creaban severos contrastes entre las tierras de regadío y las de secano. El resultado fue una distribución excepcionalmente desigual de la población, con parcelas de cultivo intensivo aisladas entre grandes zonas de pastizales o de bosque poco denso.

La mayor concentración de población se daba en la región de los Grandes Lagos, donde las técnicas para el cultivo del ñame y el sorgo que ya existían antes del nacimiento de Jesucristo se diversificaron y, hasta cierto punto, se vieron superadas por la llegada del banano, tal vez en el primer milenio d.C. Una plantación de bananos podía durar 50 años, y permitía a una mujer obtener alimento suficiente para tres o cuatro hombres, pero había que realizar una labor previa: en Buhaya se procuraba mejorar la fertilidad de la quinta parte de la tierra dedicada a los bananos con hierba y estiércol de terrenos dedicados a pasto. La

tradición revela cómo los jefes mandaban transportar tierra fértil para recubrir el manto estéril de laterita sobre la que levantaban sus palacios. Más al este, los bananos también daban nombre a los macizos montañosos densamente poblados de las llanuras: Shambai («Donde prosperan los bananos»), o Mndeny («En los huertos de bananos», como denominaban los moshi del Kilimanjaro a su tierra natal). Más al sur los agricultores se agrupaban alrededor de las riberas de los lagos, en los valles de los ríos y en las tierras costeras bien regadas del sudeste de África, buscando emplazamientos como el Gran Zimbabue donde pudieran explotar varios entornos diferentes en una zona reducida. Los utensilios eran toscos (los xhosa usaban aperos de madera al ser las azadas de hierro escasas y valiosas), de modo que la supervivencia dependía de la maña. Se ha escrito de los shamba que «el labrador tenía que derrotar al hambre y engañar a la muerte en una zona ecológica única, cuya complejidad entendía, con una perfección insólita incluso para un campesino occidental, desarrollar una lengua rica y llena de sutilezas, con profusión de términos para describir la ecología local y plantar las docenas de cosechas para las cuales el entorno era particularmente apto»[7]. Los primeros europeos que visitaron Ruanda describieron lo orgullosos que estaban los africanos de sus técnicas de cultivo (las madres daban azadones de juguete a los niños que lloraban para que se callasen) y un nivel técnico frecuentemente superior al de los campesinos de Europa oriental, pues usaban estiércol, cultivaban en terrazas y recurrían al riego artificial. Los canales captaban las corrientes de las montañas y las llevaban por acueductos de madera hasta las plantaciones de bananos del Kilimanjaro y Shambai. Los arroyos de las escarpaduras del valle del Rif regaban los campos del valle, sobre todo en Engaruka, donde, entre el siglo XV y el XVII, una ingeniosa red de canales regaba más de 20 kilómetros cuadrados. Al ser imposible domeñar el vigoroso curso del Zambeze, los lozi se adaptaron a él, situando sus aldeas en montículos artificiales por encima del nivel más bajo de las aguas, retirándose al borde de los valles cuando las aguas alcanzaban su nivel más alto, y regresando a sembrar las tierras abonadas por el limo dejado por las aguas al retirarse. En el siglo XVIII, sus vecinos meridionales bayei y hambukushu, encabezados por un legendario pescador y cazador de hipopótamos llamado Hauzuki, crearon un sistema de cul-

[7] S. Feierman, *The Shambaa Kingdom: A History,* Madison, 1974, p. 19.

tivos similar en las llanuras aluviales y de secano, en el singular entorno donde el río Okavango se sumía en las ciénagas. En las tierras bajas se cultivaban sobre todo sorgo y mijo, complementados a finales del periodo por maíz, mandioca, alubia y batata, todas ellas de origen americano e introducidas por los portugueses. Los hablantes nguni del sur de África oriental conocieron el maíz durante el siglo XVII y lo cultivaron en el reino de Kazembe en el XVIII, junto a la mandioca, que sus seguidores lunda habían traído de sus tierras de origen. Los nuevos cultivos transformaron muchos sistemas agrícolas y, al igual que las bananas, seguramente facilitaron el incremento de la población y los cambios en la organización social. En Burundi, por ejemplo, se cultivaban desde el siglo XVIII las judías y el maíz que permitieron ese crecimiento de la población necesario para la expansión y la consolidación de reinos[8].

Los agricultores dedicados al cultivo intensivo fueron colonizando las tierras de modo progresivo, desbrozando los bosques altos y las llanuras bajas. En cambio, los campesinos y pastores de las tierras boscosas de secano y las praderas, aunque menos numerosos, eran muchísimo más móviles. Solían recurrir al fuego para desbrozar las tierras (los marinos portugueses bautizaron al moderno Natal como «la tierra de los fuegos») y, o bien sembraban mijo en las cenizas, o llevaban a pastar el ganado en la hierba que volvía a brotar. Ellos fueron los que convirtieron la espesa selva de secano de África central y oriental en bosque abierto y, en algunas regiones, en «cultivos esteparios», libres de árboles, excelentes para el ganado mayor. Amplias regiones quedaron casi desocupadas, a menudo por la falta de agua. En 1616, un viajero portugués que invirtió 11 días en hacer el recorrido a pie desde Kilua, en la costa de Tanzania, hasta Tete, a orillas del Zambeze, dijo no haber encontrado en su camino más que una aldea. Salvajes eran asimismo las tierras que separaban la comarca de los maravi del reino de Kazembe y, en general, las que aislaban a los grupos de población de sus vecinos. H. M. Stanley escribió en 1871: «Cuando se asciende en globo, se ve una gran selva con pequeños claros alrededor de las aldeas», y entre la selva y la aldea, la selva, que daba cobijo a animales salvajes, a la mosca tsetsé y al tripanosoma fatal para el ganado, pero también a los disidentes, fugitivos y bandidos. A 45 kilómetros al este del centro de Buganda, la selva de

[8] H. Cochet, «Burundi: quelques questions sur l'origine et la différenciation d'un systéme agraire», *African Economic History* 26 (1998), pp. 15-62.

Mabira albergó durante siglos a renegados, mientras que la región de los Grandes Lagos estaba salpicada de ciénagas, zona de caza por donde pululaban los espíritus.

La movilidad era esencial en ese mundo vacío, «la forma principal de comunicación social y cultural, el medio que canalizaba el conocimiento de un lado a otro del continente, por el que se fueron filtrando las ideas de comunidad en comunidad»[9]. Podía ser el breve y calculado movimiento del agricultor itinerante en busca de tierras para su próxima cosecha, decisiones individuales que, sumándose en el tiempo, daban lugar a movimientos de población que luego la tradición interpretaba como un éxodo. Podía tratarse de la trashumancia temporal de los pastores, que iban penetrando paulatinamente en tierras nuevas. A veces los portadores de nuevas ideas eran hombres recién iniciados de alguna jefatura xhosa que acompañaban a un príncipe de su generación para hacerse con un territorio sin dejar de acatar la ley de que ningún hombre debía quedarse en la tierra de su padre muerto. Pero la razón de las migraciones podía ser más acuciante: huir del hambre, quizá, o de una acusación de brujería. Y siempre estaba la atracción de tierras deshabitadas y ricas en caza:

> Por más que buscaron, no encontraron en parte alguna huellas de pisadas humanas; ni siquiera las pisadas de un solo hombre. Es más, no hallaron ningún otro signo de vida humana, aunque no fuera más que un árbol talado por la mano del hombre. De ese modo llegaron a la conclusión de que la comarca estaba deshabitada, y que sólo había pertenecido a Dios. ¡Oh, qué felices fueron! Dijeron: «Hemos adquirido una patria, y la gobernaremos nosotros mismos»[10].

La tradición apenas menciona la existencia de colonizaciones de tierras planificadas por los gobernantes, aunque quizá fuera lo que ocurrió cuando los campesinos de Ganda siguieron a un jefe triunfante a las nuevas tierras conquistadas. Las tradiciones familiares de las regiones periféricas de Ruanda nos hablan de antepasados enviados por reyes

---

[9] D.W. Cohen, *Womunafu's Bunafu: a study of authority in a nineteenth-century African Community,* Princeton, 1977, p. 67.

[10] «La tradición bungu», en A. Shorter, *Chiefship in Western Tanzania,* Oxford, 1972, p. 40.

como colonos. Algunos pioneros se desplazaron, asentándose con sus clanes, como hicieron los lúo, que colonizaron las riberas orientales del lago Victoria, Pero incluso en este caso «la operación global se diversificó, fue irregular y desorganizada [...] Lo que vemos son héroes locales [...] que actuaban como jefes o reyes»[11].

Las tradiciones suelen describir al pionero como un individualista, por lo general un cazador (ya que sólo un cazador osaría internarse en las nuevas tierras) con el aura de violencia, ferocidad y brujería que rodeaba a Chibinda Ilunga, a Mbegha y a Hauzuki, los verdaderos héroes de las leyendas africanas. Chiti Muluba, el supuesto fundador de los bemba, viajó desde la tierra de los luba llevando semillas de mijo y sorgo en el pelo. Luego se impuso la tarea de doblegar a la naturaleza:

> Los recién llegados [a Bisonga, en la orilla norte del lago Victoria] tenían que hacer claros en la selva para poder sembrar. Había que arrancar el matorral de raíz y quemarlo para destruir los lugares donde habitan las fastidiosas moscas y demás bichejos. Era una tarea ardua. Los primeros frutos de la siembra no dan la seguridad buscada, ni los segundos, ni los terceros. Los primeros años son de laboriosa penuria y transcurren sin mujeres para los hombres o sus hijos, sin compañeros ni criados, porque al comienzo hay pocos excedentes que recolectar [...] Aunque difíciles, esos duros años de existencia encarnan el ideal tradicional de roturar las tierras con esfuerzo e instituir para varias generaciones los derechos, tanto a la tierra como al alto rango que confiere la propiedad de la tierra[12].

La roturación de una hectárea, necesaria para mantener a una familia en las altas selvas que luego fueron la tierra de los kikuyu, requería de 150 jornadas de trabajo. Los pioneros solían ser jóvenes que formaban un *mbari,* un grupo colonizador. Ocupaban una loma, desbrozaban la selva y luego se repartían entre ellos las tierras en parcelas que se convertían en propiedad hereditaria legitimada por el esfuerzo físico. Otras zonas fronterizas fueron pobladas por pioneros de origen diverso, que contaban con instituciones sociales fluidas, a los que sólo unían la tarea común, lazos de amistad y matrimonio, la lealtad al Gran Hombre

---

[11] B. A. Ogot, *History of the Southern Luo*, vol. I, Nairobi, 1967, pp. 153-154.

[12] Cohen, *Womunafu's Bunafu,* p. 44.

de turno y un sentido colectivo de la propiedad que excluía de ella a los inmigrantes posteriores. Los que llegaron después a la tierra de los kikuyu se quedaron como *ahoi,* sometidos al consejo *mbari* pero sin formar parte de él.

Al igual que en África occidental, la labor de los campesinos y los desvelos de los pastores ahuyentaron al fantasma del hambre. Hubo, desde luego, diversos grados de carencia: la escasez periódica llevó a los kimbu de los bosques occidentales tanzanos a bautizar los tres meses anteriores a las nuevas cosechas «el que anda buscando harina», «el que anda rebañando» y «el vencido por la pesadez». Podían darse malas cosechas cada cinco o diez años y el daño que ocasionaban dependía del aislamiento de una región. El azote mayor, el del «hambre que mata», servía a las poblaciones de las regiones áridas para datar su historia. Por último, estaban las plagas catastróficas que duraban varios años. Según las tradiciones del norte de Uganda y las de Angola, la gente solía vivir una en su vida. El desastre podía ser causado por enjambres de langostas, como las que llevaron el hambre al norte de las costas mozambiqueñas en 1589, o las que encontraron los colonos holandeses nada más desembarcar en Table Bay, en 1652. Pero la principal causa de hambre era la sequía. A juzgar por los niveles de los lagos, entre 1270 y 1850 cayeron generosas lluvias sobre África oriental, si bien nos consta que hubo tres largos periodos de sequía[13]. La zona de África austral, y sus alrededores, regada por las lluvias estivales también pudo volverse más seca unos siglos después del 900 d.C., pero los estudios de los anillos de crecimiento de los árboles demuestran que, por lo menos hasta el siglo XIV, hubo ciclos alternativos de 18 años de humedad y sequía, aspecto que confirman las tradiciones orales que narran las hambrunas del siglo XVIII. El temor a la escasez era naturalmente mayor en las regiones de la sabana. El saludo más habitual entre los tsuana era: «¿Qué coméis?». Pero incluso los que habitaban comarcas de abundantes lluvias vivían con el temor a la escasez. Buganda tenía una diosa de la sequía, Nagawonyi; Ruanda y Burundi contaban largas epopeyas sobre las épocas de hambre. Con el fin de minimizar el peligro, se adoptaban minuciosas precauciones: explotación de múltiples entornos, cultivos diversificados y resistentes a la sequía, intercambio de plantaciones, construcción de graneros y mante-

[13] D. Verschuren; K. R. Laird y B. F. Cumming, «Rainfall and Drought in Ecuatorial east Africa During the Past 1000 Years», *Nature* 403 (2000), pp. 410-414.

nimiento de rebaños como fondos de reserva contra el hambre. Se procuraba que las relaciones sociales fueran buenas por si había que superar tiempos de crisis. Cuando las cosechas eran pobres, la gente recogía productos silvestres (los pueblos que sabían recolectar, como los san, pocas veces sufrían hambre), intercambiaba lo que tenía y se ayudaba mutuamente, vendía sus bienes, emigraba, o recurría a la ayuda de jefes o protectores. El «hambre que mata» actuaba cuando los protectores desatendían los ruegos de sus clientes (los prazeros sólo manumitían a sus esclavos en tiempos de hambre), los lazos de familia se aflojaban o disolvían y los hombres se volvían animales. Pero había recursos suficientes para sobrevivir y la naturaleza silvestre producía lo suficiente para abastecer las poblaciones pequeñas. Por consiguiente, la mortalidad era probablemente mayor cuando la violencia se sumaba al hambre e impedía la adopción de estrategias para hacerle frente. «Guerra y sequía, paz y leche», decía un proverbio somalí.

Los colonos también tenían que hacer frente a las enfermedades. El paludismo era endémico en todas las regiones, excepto en las más elevadas y más áridas: los primeros médicos que llegaron a las colonias calcularon que en la orilla norte del lago Niasa mataba a una quinta parte de los niños. Algunos pueblos de las montañas, como los shamba, conocían la conexión entre el paludismo y los mosquitos y tenían miedo a pasar la noche en las llanuras. Las úlceras, las erupciones cutáneas tropicales, la sífilis endémica (pero no venérea) y la parasitosis intestinal estaban muy extendidas. La lepra también era endémica, sobre todo en las zonas húmedas como el alto Nilo, las riberas del lago Niasa y la llanura aluvial del Zambeze. Las epidemias eran otra amenaza para los colonos, porque los roedores como la rata negra, asociada a la peste en los valles del Zambeze y el Limpopo a comienzos del segundo milenio d.C., mantenían vivo el virus que causó en el siglo VI d.C. la Plaga de Justiniano. Epidémica era también una grave enfermedad que los ganda denominaban *kawumpuli* y atribuían a un espíritu maligno de ese nombre. Sus sacerdotes facilitaban amuletos protectores, trataban a los enfermos y luego se proclamaban herederos de sus propiedades. Probablemente la viruela también fuera una enfermedad arraigada desde antiguo. En Bunyoro, su tratamiento era responsabilidad del templo dedicado a un antiguo gobernante divinizado, al parecer anterior a la dinastía bito del siglo XV, cuyo ejército padeció la enfermedad. El testimonio escrito más antiguo procede de Mozambique, donde Joâo dos Santos narra la evolución de una epidemia agravada

por una hambruna desatada, en 1589, en la costa de Makua, al norte del estuario del Zambeze. Afirmaba que era un círculo vicioso porque el hambre apiñaba a las gentes, tornándolas más vulnerables, y añadía: «A veces esa enfermedad remite, parece menos peligrosa, y no causa muertes»[14], lo que permite suponer (con ayuda de la medicina moderna) que hubo una variante indígena, relativamente atenuada, a la que los europeos (y, posiblemente, antes los asiáticos) sumaron sus variedades más virulentas. «Hasta en el interior del país saben cómo se inocula», reza una crónica sobre la isla de Kilua de 1776[15]; el estudio de las técnicas sugiere que habían sido aleccionados sobre su tratamiento por los árabes de África oriental y los portugueses de África austral, aunque los métodos concretos posiblemente siguieran siendo los de la medicina indígena. Las lenguas bantú orientales, al igual que sus primas hermanas occidentales, poseen una palabra común para la aplicación de ventosas como práctica médica. La utilización de hierbas medicinales era el recurso más empleado. Los san eran particularmente famosos por su gran familiaridad con el bosque e intentaban curar mediante danzas para provocar el trance. Ciertos relatos posteriores acerca de las prácticas médicas en esa región dan noticia de una gran variedad de especialistas y tratamientos, tanto físicos como mágico-religiosos, pero apenas mencionan la cirugía. La viruela, enfermedad tan generalizada que era considerada como «enviada por Dios», más que causada por la malicia humana o por la infracción de alguna costumbre, se trataba con remedios físicos, con un cuidado esmerado y, en su caso, con el aislamiento. Esas medidas sanitarias eran probablemente más eficaces cuando había gobernantes que las impusieran. Los gobernantes de Ruanda ponían en cuarentena a los enfermos de frambesía y, de ser necesario, cerraban las fronteras del reino para mantener bajo control la viruela. El herborista oficial de los munhumutapa participaba por derecho propio en el Consejo del reino.

Tras el asentamiento de los holandeses en El Cabo, aparecieron nuevas enfermedades. El tifus, introducido hacia 1666, mató a numerosos europeos y joijói. En 1713, una epidemia de viruela asiática se llevó al otro mundo a la cuarta parte de la población de El Cabo, causando un número desconocido, pero probablemente elevado, de muertes en-

[14] J. dos Santos, «Eastern Ethiopia», en G. M. Theal (ed.), *Records of South-Eastern Africa*, 9 vols., Ciudad del Cabo, 1898-1903, vol.VII, p. 319.

[15] G. S. P. Freeman-Grenville, *The french at Kilua Island*, Oxford, 1965, p. 121.

tre los joijói, cuya pequeña población posiblemente no hubiera sufrido hasta entonces la enfermedad. Esta epidemia se extendió hacia el norte hasta la tierra de los tsuana y el río Orange, y se registraron nuevos brotes en 1755 y 1767, casi igual de extensos y mortíferos. Es posible que por aquella época los europeos introdujeran también enfermedades venéreas, y quizá la tuberculosis, padecida por la población negra en El Cabo a comienzos del siglo XIX, si bien los rituales tonga del sur de Mozambique, las pruebas lingüísticas y otros indicios menores permiten suponer que puede haber sido más antigua.

A pesar de la crisis de mortalidad y de las muertes infantiles debidas a causas endémicas, la arqueología ha demostrado una expansión de asentamientos que debió de ir precedida por un crecimiento de la población más claro en este caso que en África occidental debido a que, en el este, la población estaba más dispersa a comienzos de la Edad del Hierro. Poco sabemos acerca de la evolución de su crecimiento demográfico. Cuando los europeos los describieron por primera vez, en los siglos XIX y XX, los intervalos normales entre nacimientos eran, al igual que en África occidental, de tres o cuatro años (supuestamente para incrementar al máximo la población). Sabemos, por los nombres de los niños de Burundi, que el número ideal de hijos era siete (se da a entender que alguno más sería excesivo), lo que se correspondería con el espaciamiento en un ciclo completo de maternidad[16]. Si esto era la norma, el crecimiento de la población debió de depender en gran medida de la supervivencia infantil y la minimización de las crisis. El rey de Bunyoro preguntó al primer visitante europeo «si había alguna medicina aplicable a las mujeres o a los niños con el fin de evitar que la prole muriera al poco de nacer»[17]. Los recién nacidos recibían una esmerada protección. La población crecía incluso en un entorno tan insalubre como la depresión de Upemba, donde la supervivencia infantil debió de beneficiarse del incremento de los rebaños y del consiguiente aumento de los suministros de leche. El cuadro era perfecto cuando permitía a sus propietarios colonizar tierras montañosas libres de paludismo. Resulta muy tentador imaginar ese incremento de población en

---

[16] C. Thibon, «Fécondité 'naturelle' et fécondité contrôlée: un aperçu de l'évolution de la fécondité au Burundi», *Annales de démographie historique* (1988), p. 182.

[17] J. H. Speke, *Journal of the Discovery of the Source of the Nile,* Londres, 1969, p. 437 (reimpresión).

el este de Botsuana a finales del primer milenio, en la meseta de Zimbabue en la primera mitad del segundo, y posteriormente en el alto *veldt* meridional. Tanto la nutrición como las crisis de mortalidad seguramente mejoraron tras la diversificación de los cultivos, en concreto con la introducción de la banana, en las zonas de fuertes lluvias, y del maíz, que probablemente explique la existencia, en los siglos XVII y XVIII, de asentamientos más densamente poblados entre los nguni, cuyo aspecto físico tanto impresionara a los primeros observadores. Pero gran parte de lo anterior es mera especulación. Lo que sí nos consta es la importancia de tener numerosos hijos, sobre todo en las sociedades fuertemente patriarcales y competitivas de los pastores de ganado. Los primeros colonos holandeses afirmaban que, en las guerras de los joisán, «las mujeres parecían ser el botín principal, pues todos se jactaban del número de mujeres capturadas a sus adversarios. La razón parece ser su deseo de incrementar la población criando hijos»[18]. Un estudioso del folclore sudafricano ha escrito: «Ni que decir tiene que, al final de la historia, a veces los héroes poblaban aldeas enteras, o bien todo el relato giraba en torno a una pobre mujer estéril, de la que se burlaban las demás esposas, que al final paría hijos extraordinarios, engendrados casi siempre por medios milagrosos»[19]. Para un polígamo, poblar una aldea no era un sueño vano. Entre los 1.500 habitantes de una comunidad busoga estudiada en 1971, 445 eran descendientes de un único Gran Hombre del siglo anterior, cuyo principal rival, en cambio, sólo tuvo seis descendientes[20]. Según un proverbio zulú[21]: «Tu feudo está en tus testículos», y la pugna por la supervivencia de los linajes mediante la procreación era el tema central de la vida social y política:

Ea, ea, un hijo no basta,
un hijo no es suficiente,
ea, ea, cuando el tambor guerrero dice «¡tindi, tindi!»,
¿quién vendrá a salvarte? ¡Un hijo![22].

---

[18] H. B. Thom (ed.), *Journal of Jan van Riebeeck* (3 vols.), Ciudad del Cabo, 1952-1958, vol. II, p. 172.
[19] A. Kriel, *Roots of African Thought I*, Ciudad del Cabo, 1984, p. 26.
[20] Cohen, *Womunafu's Bunafu*, p. 130.
[21] C. L. S. Nyembezi, *Zulu Proverbs,* Johannesburgo, 1954, p. 145.
[22] Canción padhola, en Ogot, *History,* p. 99.

En la región de Kivu, en Zaire oriental, se denominaba estéril a toda «mujer con menos de tres hijos». Muyaka, el poeta suajili de Mombasa del siglo XVIII, satirizaba a las mujeres que presumían de hermosas y no habían tenido hijos.

El patriarcalismo debe de ser antiguo en África austral, ya que la representación de figuras masculinas sobrepasaba a las femeninas en una proporción de al menos cinco a uno en las pinturas rupestres san, en las que hay cazadores pero apenas mujeres recolectando. Sin embargo, estudios antropológicos posteriores sugieren que, en general, había mayor igualdad. La importancia cultural del ganado en África fomentaba los grandes hogares polígamos y obligaba a las mujeres a realizar las tareas agrícolas. Se construía un círculo completo de chozas alrededor del corral del rebaño del patriarca. Allí la condición social de las mujeres era algo inferior a lo habitual en África occidental. A las muchachas se les enseñaba, posiblemente desde niñas, a servir a todos los hombres adultos y a las mujeres mayores del hogar del que pasaban a formar parte como recién casadas. No tenían acceso a la tierra o a los graneros excavados bajo el corral más que a través de los hombres. En caso de divorcio, solían perder todo derecho a la custodia de los hijos, recurso encaminado a imponer una castidad femenina mucho más rigurosa que la exigida en cualquier otra zona del África subsahariana. Aunque los primeros misioneros llegados en el siglo XIX citaban más máximas que realidades, parecían saber de lo que hablaban cuando ponían como ejemplo de la enorme importancia dada a la virginidad que los tsuana obligaran a las madres solteras a matar a sus hijos. Probablemente se debía al valor otorgado a las mujeres en las sociedades polígamas, que se reflejaba en el número de cabezas de ganado que había que aportar para obtener una novia. Según un censo de 5.765 hogares shona, realizado en 1848, en un momento en que el impacto del colonialismo aún era mínimo, el 20 por 100 de los hombres polígamos acaparaban al 50 por 100 de todas las mujeres, mientras que el 32 por 100 de todos los hombres adultos no se casaban nunca[23]. Los relatos orales procedentes de la orilla norte del lago Malaui dan a entender que la pugna por las mujeres impidió a muchos hombres niakiusa casarse antes de cumplir los treinta años, mientras que las mujeres se casaban antes de llegar a los

[23] J. Lewis, «The Rise and Fall of the South African Peasantry: A critique and Reassessment», *Journal of Southern African Studies* 11 (1984-1985), p. 5.

veinte. En esa región, el «pecado más común» era «que un hijo sedujera a una de las mujeres más jóvenes de su padre»[24]. Los portugueses del siglo XVI decían que los shona pagaban el precio de la novia en especie: ganado, telas y otras mercancías. En otros tiempos, un hombre pobre podía procurarse una mujer trabajando para su suegro, pero como no se la podía llevar a su aldea de origen ni adquirir derechos sobre sus hijos, solían fugarse. Muchos pueblos consideraban que el rapto era una forma de matrimonio que regularizaba, a posteriori, el atrevimiento y la violencia ejercida por el joven novio.

El pastoreo solía imponer a las mujeres una mayor carga de labores agrícolas. Entre los tsuana, al cabeza de familia se le enterraba en el corral, y a su mujer en la era. A menudo los hombres no eran responsables más que de desbrozar las tierras. Pero también había pueblos, entre ellos los shona y los niakiusa, cuyos hombres se preciaban del buen cuidado de la agricultura, mientras que entre los cushita meridionales, los hombres llevaban a cabo la mayor parte de las tareas de cultivo. Por otro lado, la labor de las mujeres era por lo menos igual de importante que la de los hombres en regiones no ganaderas como Buganda (donde los maridos tenían que pedir permiso a sus esposas para entrar en el huerto de bananos) y otras sociedades matriarcales de África central. En otros aspectos, sin embargo, existía una mayor desigualdad entre hombres y mujeres en pueblos como los maravi, los bemba y otros matriarcales de las actuales Zambia, Malaui y Mozambique. En ellos, las dotes eran pequeñas o inexistentes y a veces se las sustituía por una prestación de servicios por parte del novio, que se casaba relativamente joven y trabajaba para su suegro en una comunidad que giraba en torno a un grupo de mujeres muy unidas y emparentadas entre sí. No se solía llevar a su esposa a su aldea natal hasta transcurridos varios años de matrimonio. En esas sociedades, las relaciones entre géneros eran por lo general tensas, y el divorcio, frecuente, pero las mujeres gozaban de un estatus elevado, como demuestran las tumbas ricamente provistas de Sanga o las tallas de madera del pueblo matriarcal hemba del este del Congo. Llaman la atención las figuras femeninas serenas y de edad indefinida que encarnaban la continuidad social. El respeto a la feminidad también sobrevivió en la cultura de los luba y los lunda, ambas posiblemente matriarcales en sus orígenes.

---

[24] M. Wilson, *For Men and Elders,* Londres, 1977, pp. 114, 194.

Las sociedades ganaderas patriarcales padecieron agudas tensiones generacionales. En los pueblos de pastores, los mayores controlaban a los jóvenes mediante los ritos de iniciación, exigiéndoles aguantar el dolor hasta extremos casi imposibles, supuestamente para que pudieran soportar el sufrimiento en la edad adulta. La evolución de la lengua demuestra que se trata de una costumbre cushita. Los jóvenes iniciados proseguían su formación durante toda su vida, e iban obteniendo grados, desde el de joven guerrero hasta el de anciano provecto, por lo menos en el sistema vigente en el siglo XX. Los jóvenes guerreros vivían en puestos militares avanzados y se les prohibía casarse hasta los treinta años. De ese modo no sólo se procuraban defensores para la sociedad, sino que se desplazaban las tensiones generacionales y se garantizaba a los mayores el monopolio sobre las mujeres y el poder. Allí donde lo esencial eran la agricultura y la estructura de clanes, esta organización a veces pasaba a segundo término, pero los pueblos agrícolas, como los chagga del Kilimanjaro que estaban en contacto con los pastores nilota, organizaban a sus jóvenes en diversos grados de guerreros que adoptaban la ética militar de los pastores y, a veces, su cultura. Los cheua, que buscaban la subordinación de los jóvenes por medios tanto ideológicos como sociales, decían que sus jóvenes habían barrido del mapa a toda una generación de ancianos, porque «eran los jóvenes los que lo hacían todo, mientras que los viejos sólo se dedicaban a comer y a dormir». A veces, la frustración de los jóvenes que buscaban el estatus de adulto, cuando se les negaba la posibilidad de casarse y procrear, acababa en violencia, como entre los vanyai de Munhumutapa y los rozvi de Changamire. Si bien (al igual que en África occidental) la vejez posiblemente fuera una vigorosa madurez más que una edad caduca, haber cuidado del ganado posiblemente les granjeara un respeto mucho mayor que el que obtenían en regiones predominantemente agrícolas como Buganda. Los proverbios, las máscaras de los danzantes y los cuentos populares reflejan indiferencia más que consideración hacia los mayores, aunque los testimonios son nimios.

En África oriental y meridional, posiblemente debido a que el comercio a larga distancia estaba menos desarrollado que en las regiones occidentales, sólo unas pocas comunidades practicaron la trata de esclavos. En los lugares donde se llevó a cabo fue, por lo general, un esclavismo entre linajes, pues los individuos separados por alguna crisis de su grupo familiar quedaban incorporados a otro en calidad de miembros

subordinados. Sus fuentes más comunes eran la autoesclavización en épocas de hambre y la captura en acciones de guerra. Por ejemplo, con motivo de una plaga de langosta en la costa de Mozambique en 1589, «había tal escasez de alimentos que los cafres se vendían como esclavos a cambio de comida, y daban a sus hijos por un *alqueire* de mijo»[25]. En las guerras entre reinos no se incorporaba a los cautivos a otros grupos allegados; estos formaban una categoría distinta, como ocurrió en el reino luba, donde la capital estaba rodeada de aldeas de esclavos, igual que en Mbanza Congo. En esta región, la esclavitud se parecía más a la practicada en los prazos del Zambeze, donde los esclavos eran una propiedad hereditaria y enajenable, aunque la institución tuviera muchos rasgos de paternalismo. África oriental probablemente exportara esclavos desde, al menos, el siglo IX, sobre todo hacia el golfo Pérsico e India, quizás alrededor de 1.000 al año. Muchos de ellos pasaban a ser concubinas, criados o soldados; en el siglo XV un esclavo llegó a ocupar el trono de Bengala. La ocupación portuguesa de Mozambique amplió este comercio para abastecer su cuartel general de Goa. Sin embargo, en los siglos XVI y XVII, los esclavos procedían mayoritariamente de Madagascar y las islas del océano Índico más que del continente que no logró introducirse exitosamente en este comercio hasta el siglo XVIII.

El arte de la guerra sufrió cambios análogos. Los pueblos pastores con sistemas sociales basados en la diferencia de edad se militarizaban, pero los agricultores, que sin duda estaban dispuestos a defenderse a sí mismos en caso de necesidad, apenas exaltaban la guerra en sus proverbios y tradiciones. Sus héroes épicos eran cazadores, no guerreros. Pese a siglos de contacto con los pastores nilóticos, los iraqu de Tanzania central, un pueblo cushita meridional establecido allí desde muy antiguo, parecen no haber tenido ni organización ni espíritu militar. Los iraqu combatían entre sí sólo con palos, haciendo gala de comedimiento en sus conflictos internos. Aun en las luchas entre grupos no afines, el honor y el robo de ganado solían prevalecer sobre el aniquilamiento del enemigo. Los observadores del siglo XIX, que dieron testimonio del modo de guerrear de los xhosa, hablan de la «increíble intrepidez» de unos guerreros para los que las emboscadas o los ataques por sorpresa eran «totalmente degradantes». La batalla consistía en la formación de

[25] J. dos Santos, «Eastern Ethiopia», p. 319.

dos líneas de guerreros que se lanzaban azagayas unos a otros y, en ocasiones, llegaban al combate cuerpo a cuerpo con la última jabalina que les quedaba. Aunque al parecer había pocas bajas, el incremento de las poblaciones y el ganado debió de aumentar los niveles de violencia fomentando así la creación de unidades políticas de mayor entidad. Los primeros misioneros del siglo XIX describieron cómo los jefes tsuana se apoderaban de un millar de hombres en sus correrías en busca de ganado, y cómo guiaban a la batalla a todos los hombres capaces de llevar armas. Los ejércitos ganda, probablemente constituidos por miles de hombres, sometieron a las provincias limítrofes, estableciendo un código de rapiña feroz, crueldad, temeridad y una celosa defensa del honor personal. Los guerreros de Ruanda adoptaron los mismos métodos en el siglo XVIII. Se trataba de fuerzas ciudadanas, no de los ejércitos permanentes de jóvenes guerreros que crearon los shona, y posiblemente también los maravi, imitando, quizás, a los *chikunda* portugueses. Los shona experimentaron asimismo con armas de fuego, aunque con escasos resultados, pero los guerreros lunda del siglo XVIII no las querían al considerar que «atentaban contra el valor».

El comercio

En comparación con África occidental, África oriental y meridional fueron predominantemente rurales. Había ciudades comerciales en las costas y en los baluartes portugueses del valle del Zambeze. Ntusi, al menos, era un asentamiento densamente poblado. Por otro lado, todas las ciudades parecen haber sido capitales políticas. A veces fueron el resultado de un diseño elaborado, más evidente en el Gran Zimbabue y en algún palacio de piedra de los shona, pero también en capitales erigidas con materiales perecederos en aras de la cultura local, como sucedió entre los shamba y los lunda. En 1832 se afirmaba que la capital de los kazembe tenía un recinto de más de 3 kilómetros de diámetro. Probablemente, ninguna ciudad estaba más poblada que el Gran Zimbabue, que llegó a contar en sus mejores tiempos con más de 18.000 habitantes. Un elevado porcentaje de los tsuana vivía en ciudades a comienzos del siglo XVIII, aunque muchos de los «vecinos» fueran agricultores. Molokueni, la capital de los kuena en el Transvaal de aquella época, era una ciudad tan extensa como la capital de los kazembe, y estaba rodeada de

murallas de piedra. Latakoo, otra capital de los tsuana, ocupaba aproximadamente la misma superficie a comienzos del siglo XIX, y se la consideraba «tan grande como la Ciudad del Cabo», pues sus chozas dispersas daban cobijo a entre 5.000 y 15.000 habitantes. Las capitales de los tsuana cambiaban a menudo, los emplazamientos no se elegían siguiendo criterios económicos u ecológicos y se desintegraban en épocas de inestabilidad política. Suponemos que era el rey el que elegía el lugar teniendo en cuenta las preferencias culturales.

La escasez de asentamientos explica el tímido desarrollo del transporte, comercio e industria de la región. A diferencia de lo que ocurría en la sabana de África occidental, en la sabana oriental había pocos animales de carga, seguramente debido a que su población vivía más dispersa y a que la plaga de la mosca tsetsé estaba más difundida. Varios pueblos meridionales se servían de los bueyes como montura y como bestias de carga; los masái y otros pueblos del valle del Rif utilizaban burros. En ningún lugar de la región se utilizaron para el comercio a larga distancia. En los Grandes Lagos había un animado tráfico de canoas, pero ningún río de África oriental o meridional era tan navegable como el Congo o el Níger. Había que recurrir a porteadores, que transitaban por estrechos senderos y que, según comprobó un funcionario a principios de la época colonial, recorrían más de cuatro veces la distancia recta entre dos puntos.

Por consiguiente, el comercio se limitaba a los artículos que los seres humanos podían transportar. En esta región no había nada comparable con el comercio de grano en tierra de los hausa. Se celebraban ferias y mercados locales regularmente en diversas franjas fronterizas entre regiones ecológicas o políticas, por ejemplo en las laderas del Kilimanjaro y el monte Kenia, o en las fronteras entre los reinos de los Grandes Lagos. También había mercados en las comarcas donde se cultivaba el banano, como Buganda y Shambai, quizá porque estaban densamente pobladas y los artículos de primera necesidad eran perecederos. Pero ni el Gran Zimbabue ni las capitales de los tsuana parecen haber tenido mercados. Sin duda, muchas cortes establecieron sistemas de redistribución que fomentaran la especialización. En Buganda, hasta la alfarería parece haber estado encomendada a especialistas, que confeccionaban cacharros rojos de barro sin vidriar para los campesinos y cerámica negra de calidad para la clase gobernante. Al igual que los músicos, que portaban instrumentos y los herreros, que llevaban mar-

tillos, los alfareros se ponían pequeñas pellas de arcilla en la cabeza, manifestando así su inmunidad ante una detención arbitraria. La mayoría de los oficios se organizaban en el ámbito regional y constituían complejas redes comerciales. Las pesquerías de Sanga y las salinas de Kibiro son algunos de nuestros ejemplos más antiguos. A partir de entonces, la forja del hierro, de la que dan testimonio los primeros asentamientos bantú, se especializó aún más, en parte debido a que, como los ganaderos ocuparon regiones desprovistas de árboles donde resultaba imposible la fundición, en África austral las fraguas de metales se concentraban en las tierras bajas mejor irrigadas. Pero en parte también porque la expansión del comercio implicaba que pueblos como los nyoro de Uganda, que disponían de las mejores materias primas y habían adquirido mayor destreza, se hacían con los mercados regionales. La forja del hierro era una actividad respetada y a menudo asociada al caudillaje, como en Ruanda, pero los herreros de los pueblos pastores nilóticos practicaban la endogamia, probablemente por influencia cushita, y luego transmitieron sus conocimientos a determinados pueblos bantú. El cobre fue otro de los productos más antiguos (ya se fundía en Shaba en el siglo IV d.C.) que circuló por las redes comerciales. Un viajero europeo describía los antiguos puntos de extracción de Buana Mkubua, cerca del moderno Copperbelt, como «una brecha de unas 1.000 yardas de largo con paredes cortadas a pico de 30 a 40 pies de altura, teñidas de verde (malaquita), lo suficientemente ancha como para que pudieran circular por ella dos carretas a la vez»[26]. Durante el siglo XVIII, esos dos puntos alimentaron sendas redes comerciales hacia el norte a lo largo del límite oriental de la selva ecuatorial, y hacia el este por el valle del río Zambeze y más allá. Las cruces de cobre utilizadas en ese comercio desde el primer milenio d.C. se convirtieron en la moneda de cambio más antigua la región. Hacia el siglo XVI, en el señorío shona de Uteve, en Mozambique, se recurría a piezas de tela de algodón con el mismo fin, pero en la mayor parte de la región no se disponía de moneda de cambio comparable a las conchas de caurí de África occidental. En Manda, en la costa de Kenia, se hilaba algodón ya por el siglo XI, y en Mapungubue, en el XII. En el siglo XVI, las zonas aledañas a los valles del Zambeze y el Shire eran famosas por sus telas de algodón. La industria se extendió por las aldeas del oeste y sudeste

[26] Citado en E. W. Herbert, *Red Gold of Africa,* Madison, 1984, p. 25.

de Tanzania, pero no se impuso en los Grandes Lagos, donde lo normal era vestirse con cortezas de árbol o pieles de animales.

Las culturas de África oriental y meridional mostraban tanto apego al mundo como las del África occidental. En los cuentos populares se recompensaban la perseverancia, la inteligencia y el valor físico con un buen matrimonio, estatus, abundancia de alimentos, paternidad (o maternidad), logros y seguridad. El primer europeo que visitó Buganda narraba que «allí, las mujeres, el ganado y el poder sobre otros hombres eran los elementos principales de la riqueza»[27]. La palabra masái para «rico» hacía referencia al número de hijos. Pero la riqueza material podía procurarle súbditos tanto a un rey de los nkore (cuyo título *omugabe* derivaba de una raíz que significaba «distribuir riqueza») como a un patriarca de aldea. Un rey hacía gala de su poder mostrando a sus numerosos parientes y la ostentosa complejidad de su corte, donde se fomentaban la urbanidad, la elocuencia y la viveza de ingenio. El ritual de coronación de Buganda incluía la victoria regia en el juego del *mankala;* en Mapungubue existían, desde el siglo XI o XII, tableros de piedra para un juego similar. Un patriarca de aldea manifestaba su riqueza en la abundancia de dependientes y ganado:

Contemplad mi cercado, rebosante de reses.
En todas mis tierras podéis ver cabras y corderos.
También abundan en ellas aves de corral y cerdos.
Este es el hogar de aquel al que llaman «¿Qué-le-falta?».
Traed cerveza y bebamos juntos[28].

En África oriental y meridional el ganado solía sustituir a los esclavos y bienes negociables que se utilizaban en África occidental para acumular, almacenar y reproducir la riqueza. Pese a sus ideologías igualitarias, los pueblos pastores establecían jerarquías en base a la riqueza, como pudieron comprobar los primeros colonos holandeses en tierras de los joijói. Los préstamos de reses a cambio de ayuda en la labranza y apoyo creaban vínculos de clientelismo entre los distintos grupos sociales, incrementando la influencia de los ricos sin reducir sus propiedades. Las excavaciones en las capitales de los shona han demostrado

---

[27] Speke, *Journal,* p. 212.
[28] A. C. Hodza y G. Fortune (eds.), *Shona Praise Poetry,* Oxford, 1979, p. 384.

que, en contra de la difundida creencia de que en África ricos y pobres comían lo mismo, sólo que en diferentes cantidades, los habitantes de los recintos de piedra comían sobre todo bovino de buena calidad, mientras que los moradores de las chozas de las afueras disponían, como mucho, de cordero, caza menor o reses viejas de vacuno.

Religión y cultura

La dualidad entre el campo abierto y la selva, la civilización y la barbarie, era una cuestión tan básica del pensamiento, el folclore y la cultura de estas regiones como de África occidental. La comunidad de danzantes de los niau de las jefaturas tribales maravi, constituye una de sus encarnaciones más espectaculares. Algunos opinan que tuvieron su origen en los antiguos ritos de caza de los san; otros, que probablemente se importaron de Saba en el segundo milenio. Lo cierto es que se convirtió en un foco de resistencia contra los gobernantes extranjeros firi. Se decía que la danza niau había nacido en un periodo de hambre. Era una danza ritual de figuras enmascaradas que representaban a los animales y espíritus ancestrales que surgían de la selva para apoderarse de la aldea en épocas de crisis existencial. Se denominaba «la Gran Oración» y la dirigía un «anciano de la selva» que reproducía el drama de la creación. La comunidad era enteramente masculina y brindaba ayuda a los hombres que vivían en las aldeas de sus mujeres en esa sociedad matriarcal. También controlaba a los jóvenes y defendía los intereses de la aldea frente a los de los gobernantes. El vínculo entre los hombres y la naturaleza fue otro de los principales motivos artísticos. No se han conservado tallas de madera anteriores al siglo XVIII, pero el arte rupestre de África oriental y meridional ilustra el tema de forma muy gráfica. Muchas de las pinturas no se han fechado todavía, pero puede que se remonten al año 26.000 a.C. Otras seguramente son de finales del primer milenio a.C., y el resto se pintaron en el siglo XIX. La tradición empleó un lenguaje simbólico que aún entienden los san de hoy. Muchas pinturas recogían las experiencias de expertos en ritos que tenían poderes curativos, practicaban la magia y «hacían» lluvia cayendo en un trance inducido por danzas que aún enseñan los san. En el aterrador mundo del trance (similar al inducido por drogas alucinógenas), uno de los experimentos consistía en cruzar el límite entre lo humano y lo animal,

por lo que muchas pinturas, incluso una de las más antiguas, muestran figuras con rasgos humanos y animales. En ese estado, un experto en rituales podía poseer el espíritu de un animal y conducirlo a una trampa humana. A su vez, los animales (en especial el gran antílope, admirablemente pintado en muchas rocas) eran fuentes de poder a las que se tenía acceso mediante el trance. «Así, pues, los lugares pintados eran verdaderos almacenes de poder donde el contacto con el mundo espiritual era posible, lo que garantizaba la existencia de la humanidad, deparando salud, atrayendo la lluvia y sometiendo a los animales»[29].

La religión san parece haberse centrado en un dios creador y en una dualidad de fuerzas buenas y malas en las que los expertos en ritos trataban de influir a través del trance. De modo similar, los joijói adoraban a una divinidad antropomorfa que controlaba la lluvia y a su maligno rival a la vez. Los pueblos cushita del sur compartían la creencia en un Gran Dios que identificaban con el cielo y el sol, y con el que se comunicaban a través de los expertos en ritos: esquema religioso aparentemente heredado por los pueblos nilóticos del sur y del este que se desplazaban hacia la misma región. Los cushita del sur conservaron esas creencias tras convertirse en agricultores, pero solían ser creencias de pueblos pastores o cazadores nómadas. Los estudios lingüísticos indican que los bantú poseían diferentes nociones de la divinidad. Por un lado estaba el creador, que pocas veces intervenía en los asuntos humanos y, por otro, los espíritus de los antepasados y de la naturaleza, así como esa expresión de la maldad humana que se reflejaba en la brujería y la hechicería, a las que los bantú daban una importancia mucho mayor porque respondían mejor a las preocupaciones propias de los agricultores de aldea. A medida que los hablantes bantú entraban en contacto con las poblaciones ya asentadas, el eclecticismo y el pragmatismo fomentaron un complejo intercambio de ideas y prácticas religiosas. Los xhosa, por ejemplo, adoptaron la noción de dios de sus vecinos joisán. Este sincretismo fue el núcleo de la historia religiosa a lo largo de todo el periodo.

Entre los pueblos patriarcales de África austral estaba muy extendida la idea de que sólo se podía acceder al poder espiritual a través de los antepasados y sacrificando reses. Uno de los primeros misioneros antropólogos calificó la religión de los thonga en el sur de Mozambique de

[29] D. Lewis-Williams y T. Dowson, *Images of Power: Understanding Bushman Rock Art,* Johannesburgo, 1989, p. 36.

«ancestrolatría». Los tswana enterraban a los jefes de los grandes linajes con sus armas en la mano para realizar el viaje al otro mundo. La fe en una vida en el más allá se manifiesta en los ajuares funerarios sanga. La creencia en brujas era por lo menos igual de antigua, como pone de relieve la palabra bantú para designarlas. Se solía considerar brujas a mujeres estériles y solitarias, a las que se torturaba haciéndolas beber una pócima denominada *muavi* en África central, o se entregaban a multitudes furiosas. Se consideraba que inhibían la fertilidad. Los bantú también invocaban directamente a Dios para pedir lluvia. Solían hacerlo en santuarios (asociados en muchos casos a cuevas y agua), donde los médiums y sacerdotes que residían allí se ocupaban de cualquier asunto relacionado con la fertilidad de una región entera. Estos cultos territoriales estaban muy extendidos por todo el norte de Tanzania hasta el Transvaal meridional. Cuando los gobernantes extranjeros intentaban imponer su autoridad, los santuarios antiguos solían convertirse en núcleos de conflicto e innovación. La tradición refiere, por ejemplo, que cuando el jefe maravi denominado Lundu se hizo con el gobierno del valle del Shire a finales del siglo XVI, mató a Mbona, el sacerdote que imploraba la lluvia en un antiguo santuario, y trató de crear allí un centro de culto oficial, desde donde ejercer la autoridad religiosa en toda la región, dedicado al mártir Mbona. El santuario dedicado a invocar lluvias de Dzivaguru, en la frontera nordeste de la meseta del Zimbabue, se incorporó al reino de Munhumutapa en el siglo XV, pero el ansia del nuevo gobernante por «hacer las paces con la tierra» convirtió al «hacedor de lluvia» en gran sacerdote del reino, y el oficiante del culto pasó a ser responsable de la coronación de cada nuevo rey. El de Dzivaguru (probablemente una personificación del Zambeze) fue un culto oficial a los espíritus mediadores de los antepasados regios, descrito en el siglo XVII por un misionero portugués:

> [El médium] empieza a toser y a hablar como lo haría el rey muerto a quien representa, de un modo que parece ser él mismo, tanto en su voz como en sus movimientos [...] Luego, todos se retiran, dejando al rey solo con el espíritu, con el que conversa amigablemente como si fuera su padre fallecido, preguntándole si habrá guerra, y si triunfará sobre sus enemigos, y si habrá hambre o calamidades en su reino, y todo aquello que quiere saber[30].

[30] J. dos Santos, «Eastern Ethiopia», p. 197.

La mediación de los espíritus también era el eje del sistema religioso de la región de los Grandes Lagos, denominado culto *chuezi, lubaale* o *kubandua.* Probablemente tuviera su origen en las primitivas jefaturas tribales bantú, donde se lo relacionaba con la forja del hierro. En los lugares de culto, los médiums eran poseídos por el espíritu de fenómenos naturales divinizados como Mukasa, el dios del lago Victoria. Cuando los pastores se fueron haciendo poderosos en la región, se desató una compleja y oscura reacción en cadena que acabó incorporando a los espíritus de anteriores gobernantes y héroes de la resistencia al panteón de los antepasados que velaban por sus descendientes. Con el tiempo, sus nombres dieron lugar a una dinastía, probablemente mítica, de reyes antiguos denominados los bachuezi. El culto ofrecía remedios contra la aflicción, en especial a las mujeres, ya fuera a través de una consulta al médium, como en Buganda, o por medio de la iniciación y participación en los ritos, como ocurriera en Burundi. Aunque los médiums y sacerdotes pudieran llamar a la resistencia contra los gobernantes extranjeros, ambos poderes aprendieron a coexistir. En Ruanda, por ejemplo, los reyes auspiciaban el culto y nombraban a su jefe, haciendo que las protestas derivaran en un inofensivo milenarismo y que las fuerzas espirituales estuvieran al servicio del reino más autoritario de la región. Los gobernantes políticos trataban de hacerse con el control religioso en otros lugares también. Los reinos de los luba, los lunda, los kazembe, los lozi y los bemba de África central tenían religiones cívicas centradas en torno a las antiguas tumbas de sus reyes. Pero monopolizar la religión no era fácil. Cuando el culto oficial no remediaba la aflicción, los bemba volvían a su culto a la naturaleza y a la posesión por parte de los espíritus de los ancestros. Los bantú orientales parecen haber echado mano de una antiquísima tradición denominada *ngoma,* que integraba ritualmente a los afligidos en un grupo religioso de apoyo con el que el espíritu causante de las desgracias podía comunicarse mediante danzas y música, lo que pone de relieve, una vez más, la importancia dada por la cultura africana a la salud.

La Colonia de El Cabo bajo los holandeses

Los primeros colonos holandeses llegaron al cabo de Buena Esperanza en 1652. Los agricultores africanos habían dejado esa región de lluvias invernales a los aproximadamente 50.000 pastores joijói del su-

doeste del cabo y a los pueblos san recolectores y cazadores de las montañas y desiertos que la rodeaban por el norte y el este.

Los topónimos sugieren que, en el primer milenio d.C., los joijói pudieron haber llegado a la costa sudoriental del moderno Transkei, mientras los san cazaban por África austral, pero los agricultores y ganaderos bantú que ocuparon la región con posterioridad limitaron sus territorios. Los joijói se desplazaban con sus rebaños trashumantes, aprovechando las lluvias de invierno y de verano. Pertenecían a grupos familiares que provocaban litigios y llevaban a cabo incursiones para apoderarse de ganado. Algunos reconocían a jefes cuya frágil autoridad se basaba en su carácter hereditario y en la opulencia. Las notables desigualdades entre ganaderos se compensaban parcialmente mediante un clientelismo de corte feudal que también practicaron algunos grupos san en ciertas épocas. Los yacimientos arqueológicos demuestran que se trataba de dos grupos distintos, aunque fueran permeables. De hecho, los joijói llamaban «san» a sus propios indigentes. A pesar del clientelismo y la simbiosis, se producían muchos conflictos entre ambos pueblos, especialmente en cuestiones de ganado.

Las relaciones entre los joisán y sus vecinos bantú del este también eran complejas. Debió de darse un gran mestizaje entre ambos pueblos, ya que cerca de la mitad de los genes de los tsuana actuales son de origen joisán, y una sexta parte de las palabras xhosa contienen «chasquidos» joisán[31]. El pastoreo de los joijói era más vulnerable a las catástrofes naturales que la economía mixta de los bantú que, gracias a ello, pudieron integrarlos (sobre todo xhosa) o convertirlos en dependientes. La violencia estaba asimismo a la orden del día entre los pueblos que manifestaban una insaciable codicia por el ganado. «Xhosa» parece ser un término joijói que significa «hombres furiosos». Sabemos, por las muchas pinturas rupestres de batallas que conservamos, que las relaciones entre los san y los bantú eran incluso peores. De ahí que, aunque existiera asimismo un intercambio más pacífico de mercancías y de conocimientos para recabar lluvia y con fines médicos, la integración o aniquilación de los san, a lo largo del siglo XVII, fuera brutal en el sudeste de África, aunque no en el sudoeste.

Los joijói fueron los primeros en establecer relaciones con los europeos. Inicialmente estas fueron hostiles pero, a finales del siglo XVI,

---

[31] J. Hiernaux, *The People of Africa*, Londres, 1974, p. 108; J. Hodgson, *The God of the Xhosa,* Ciudad del Cabo, 1982, p. 8.

los joijói mantenían un comercio regular con los barcos europeos, intercambiando corderos y ganado bovino por hierro, cobre y bronce para comprar más ganado a los pueblos del interior. Probablemente pensaran que los holandeses que arribaron en 1652 se irían pronto, como los anteriores europeos. Lo cierto es que la East India Company se había fijado metas modestas: evitar que ningún otro europeo ocupase el estratégico Cabo y levantar allí un fuerte donde los barcos holandeses pudieran disponer de un puerto seguro para abastecerse de hortalizas, carne y agua, así como obtener cuidados médicos. Pero en El Cabo era imposible mantener un mercadeo constante de productos hortícolas al estilo holandés. Por consiguiente, en 1657 la Compañía permitió que algunos empleados se asentaran como colonos libres. Dos años después, los joijói los expulsaron de sus granjas «por la sencilla razón de que veían que estábamos roturando las mejores tierras y pastos, donde pacían sus ganados, y que tratábamos de establecernos en casas y granjas, como si nunca nos fuéramos a marchar y quisiéramos ocupar, permanentemente, más tierras de esa región del Cabo»[32]. Al final triunfaron los caballos y las armas de fuego, los joijói se fueron debilitando y los holandeses empezaron a comerciar directamente con su principal linaje, los cochoqua. También en este caso la expansión generó fricciones, hasta que los holandeses acabaron con el poder de los cochoqua en 1673-1677. Los grupos desposeídos trataron de desquitarse a costa de los demás joijói, llevando la guerra tierra adentro. En la década de 1720, sólo sobrevivían grupos joijói independientes en las fronteras oriental y septentrional de la colonia o más al interior, donde se habían retirado los refugiados korana, namaqua y griqua. La apropiación de las tierras, el ganado y las fuentes de agua había aniquilado la débil economía de los joijói, llevándolos a depender de otros. Puede que la mayoría de los que se quedaron en la parte occidental del Cabo pasaran al servicio de los europeos en 1713. La epidemia de viruela de ese año fue el golpe final, pero para entonces la sociedad joijói ya se estaba desintegrando.

En 1658, tras comprobar que esa población dispersa de pastores no les podía suministrar la mano de obra adecuada, los holandeses empezaron a importar gran número de esclavos. En 1711 había en la colonia 1.771 esclavos en manos privadas; en 1793 ya eran 14.747. En cada una

---

[32] De Van Riebeeck al gobernador general, 29 de julio de 1659, en D. Moodie (ed.), *The Record,* 5 partes, Ciudad del Cabo, 1838-1841, parte I, p. 186.

de esas fechas había, aproximadamente, tantos como hombres libres (excluyendo a los joisán). Sin embargo, como entre el 60 y el 70 por 100 de los esclavos eran hombres adultos, sobrepasaban a los hombres libres en una proporción de, al menos, dos a uno. Muchos de los primeros esclavos procedían de India e Indonesia. Madagascar siempre fue un proveedor importante, aunque, a finales del siglo XVIII, la fuente principal de esclavos fuera Mozambique. Como la economía de la colonia era sencilla, la mayoría de los esclavos eran criados en Ciudad del Cabo o peones agrícolas. En los límites de las tierras de pastoreo, colonizados durante el siglo XVIII, había pocos esclavos. La principal cosecha era el trigo aunque, tras 1780, se exportara más vino. Si bien una pequeña minoría de terratenientes, la «clase acomodada de El Cabo», gobernaba a la sociedad de los colonos, sólo un hacendado admitió poseer más de 100 esclavos, número pequeño en comparación con lo que se estilaba en el resto de África o en América, siendo así que en 1750 la mitad de los hombres blancos poseía al menos un esclavo, proporción excepcionalmente elevada que confería mucha cohesión a la clase dominante.

La Colonia de El Cabo fue una de las sociedades esclavistas más rígidas y opresoras. Debido a que había que importar a los esclavos de lugares muy distantes, resultaban bastante caros. El precio medio por cabeza era, a mediados del siglo XVIII, de unas 40 libras esterlinas, quizá 10 veces superior al normal en Zanzíbar un siglo después. Por consiguiente, se trataba a los esclavos como a meros braceros, no como a servidores o seguidores políticos, y se les explotaba tan duramente como en América con el fin de sacarles el mayor provecho. Por esa razón, y también porque amos y esclavos no compartían una misma cultura, pocos esclavos se ganaban la libertad: la proporción de manumitidos anualmente entre 1715 y 1791 fue de un 0,165 por 100, tan sólo una sexta parte de la cifra equivalente en el Brasil colonial. Es más: el 57 por 100 de los esclavos manumitidos identificables eran naturales de la comarca, y el 41 por 100, de Asia. La mayoría de los libertos eran mujeres, lo que indica que, probablemente, mantuvieran una relación sexual con sus amos o les prestaran algún tipo de servicio personal íntimo. A diferencia de lo que disponía la ley islámica sobre la esclavitud, los hijos habidos por hombres libres de mujeres esclavas pasaban a ser esclavos. En consecuencia, la comunidad negra libre de El Cabo, concentrada en Ciudad del Cabo, constaba en 1770 de sólo un 4 por 100 de todos los

esclavos, manumitidos y sus descendientes. Como en todas las sociedades esclavistas, los amos adoptaban actitudes paternalistas hacia sus esclavos e intentaban refrenar las mayores crueldades, como hiciera la Compañía aplicando el derecho europeo. Los incentivos, que daban buenos resultados a los norteamericanos, eran poco eficaces en El Cabo, donde se requería una destreza menor y donde la desproporción entre sexos (de cuatro a seis veces más hombres que mujeres) no fomentaba el matrimonio ni la vida familiar, siendo así que las familias esclavas normalmente eran matriarcados. De ahí que se empobreciera la cultura de los esclavos. La *lingua franca* era el portugués de los criollos o un holandés simplificado que probablemente constituyera la base del afrikáans. Los amos no intentaron convertir ni instruir a sus esclavos, entre los cuales había arraigado con fuerza el islam que los esclavos asiáticos difundieron por Ciudad del Cabo. Allí donde el paternalismo era débil y la manumisión poco frecuente, se controlaba a los los esclavos por medio de la coacción, ya que los amos eran inferiores en número y se hallaban geográficamente dispersos. El derecho holandés del siglo XVII era brutal para todos, pero con los esclavos era indeciblemente cruel. Los individuos se rebelaban frecuentemente y recurrían a la violencia, el crimen, la obstrucción e incluso el suicidio. Pero hasta el siglo XIX no hubo rebeliones significativas debido, en parte, a que los esclavos estaban desperdigados y eran heterogéneos, y también a que era relativamente fácil intentar escaparse, aunque muy difícil conseguirlo, pues los joijói, temerosos de caer ellos mismos en la esclavitud, solían matar o devolver a los fugitivos.

Inicialmente, no se impuso la segregación racial en la colonia holandesa, ni existía en ella prohibición de relaciones sexuales interraciales. Por lo general, los esclavos dormían en las casas de sus amos. En 1685, casi la mitad de los niños esclavos de la Compañía eran hijos de padres europeos. El que fuera gobernador entre 1679 y 1699 era de ascendencia indonesia, y un estudio detallado ha permitido demostrar que, en 1807, alrededor de un 7 por 100 de la herencia genética de los afrikáneres que estaban surgiendo era de origen no blanco[33]. Pero los holandeses aportaron un fuerte sentido de la jerarquía racial. Los blancos cohabitaban con las mujeres asiáticas o mestizas de Ciudad del Cabo o

[33] J. A. Heese, *Die herkoms van die Afrikaner, 1657-1867,* Ciudad del Cabo, 1971, p. 21.

con mujeres joijói de la frontera. En ningún caso estaba permitido el matrimonio con mujeres que no fueran blancas. En la región que contaba con más haciendas esclavistas, Stellenbosch, no se registró ni un solo matrimonio interracial a lo largo de los siglos XVII y XVIII: uno de los muchos indicios de que el racismo era más acentuado donde la esclavitud era más común. Se clasificaba a los esclavos por escalas de color. Entre los alojados en instalaciones de la Compañía en Ciudad del Cabo, los capataces y artesanos solían ser mestizos, mientras que los indonesios o los africanos ejecutaban labores que no exigían cualificación; los procedentes de Mozambique realizaban las tareas más pesadas. Las divisiones raciales se agudizaron a lo largo del siglo XVIII, pero no había una categorización racial plenamente articulada. Digamos que había cierta flexibilidad y que la riqueza, la cultura, la ocupación y la legitimidad del nacimiento podían afectar al estatus social, sobre todo en Ciudad del Cabo y en las regiones fronterizas. Lo que distinguía a un hombre libre era su negativa a realizar trabajos manuales. En 1717, las autoridades manifestaban que «por muy pobre que sea una persona [libre], no es conveniente que se acostumbre a realizar tareas de esclavos». El mayor legado del régimen holandés a la República Sudafricana fue una fuerza de trabajo negra carente de todo derecho.

Al igual que muchas generaciones de africanos, los blancos pobres evitaban los trabajos manuales por cuenta ajena, dejando Ciudad del Cabo y convirtiéndose en pastores pioneros que ampliaron la frontera más de 800 kilómetros a lo largo del siglo XVIII, valiéndose de carros tirados por bueyes cuya suspensión les permitía transitar por zonas que carecían de caminos. Se los denominó *trekboers* y primero se dirigieron hacia el norte, recibiendo de la Compañía «fincas en préstamo» que, por término medio, tenían entre 2.400 y 4.000 hectáreas, a un precio meramente nominal. Dedicarse al pastoreo en esas tierras requería poco capital, ya que los rebaños se adquirían o se los arrebataban a tiros a los joijói bandas de jinetes armados denominadas «comandos», utilizadas por primera vez en 1715. En la década de 1770, los *trekboers* habían llegado a tierras más áridas y hubieron de enfrentarse a los san (entre los que había muchos joijói desposeídos), unos enemigos temibles y desesperados porque el uso de las armas de fuego estaba acabando con la caza. Entre 1770 y 1800, los san intentaron huir hacia el norte, porque los «comandos» llevaban a cabo brutales incursiones en sus tierras: sólo en las razias de 1785-1795 murieron 2.504 san y se

hicieron 699 cautivos, siempre según las cifras oficiales que serían inferiores a las reales. Mientras tanto, la emigración puso rumbo a Oriente, rodeando la árida comarca de Karoo y penetrando en las tierras más húmedas al oeste del río Great Fish, que pasaron a convertirse en el núcleo de la colonia. A finales de siglo, una familia media de la frontera disponía de un promedio de 10 a 14 braceros agrícolas dependientes, en su mayoría pastores joijói que, a su vez, eran propietarios de pequeños rebaños. El clientelismo se ejercía a la manera africana. A veces, los *trekboers* les prestaban ganado para tenerlos bajo control, lo que, unido a la posesión de caballos y armas y a la convicción de una superioridad que tomaron de un cristianismo popular muy alejado del calvinismo ortodoxo, les confería el poder. El racismo fue creciendo a finales del siglo XVIII a medida que se incrementaba la población de la frontera y se endurecía la lucha por la obtención de recursos. Los *trekboers* fueron cobrando cada vez mayor conciencia de ser afrikáneres, término empleado de manera genérica para distinguir a los nacidos en la colonia de los funcionarios nacidos en Europa, cuya menguante autoridad y negativa a apoyar las ambiciones de los *trekboers* produjeron pequeñas rebeliones fronterizas en 1795, 1799 y 1801.

En la década de 1770, los *trekboers* penetraron en Zuurveld, al oeste del río Great Fish, donde fueron aún más crueles compitiendo por ganado, pastos y aguas con los xhosa, hablantes bantú, que se dirigían hacia el oeste. Los xhosa también se mostraban más agresivos en aquel tiempo, ya que los pueblos de la frontera occidental, los rharhabe, combatían para afianzar su predominio sobre toda la nación. Los *trekboers* y los xhosa libraron tres guerras fronterizas entre 1779 y 1799, y aún estaban enfrentados cuando, en 1806, los británicos sustituyeron a los holandeses en el gobierno de El Cabo. Durante la tercera guerra fronteriza, en 1799-1803, los rebeldes joijói de las fincas de los blancos se unieron a los xhosa, dispuestos a reclamar «la tierra de la que fueron despojados nuestros padres». Su derrota marcó el rumbo que adoptaría África austral en el siglo XIX.

7
El tráfico de esclavos en el Atlántico

Una historia de África debe dedicar algunas páginas a la trata de esclavos en el Atlántico, no sólo por razones morales y emocionales, sino también por la importancia que tuvo en la evolución del continente. Desde mi punto de vista, sus efectos fueron enormes, complejos, y sólo se entienden a la luz de la larga lucha librada por las sociedades africanas contra la naturaleza. Las exportaciones de esclavos frenaron el crecimiento demográfico de África occidental durante al menos dos siglos. La trata de esclavos dio lugar a nuevas formas de organización política y social, a una mayor utilización de esclavos en el continente y a una mayor insensibilidad ante el sufrimiento. El África subsahariana ya se había quedado atrás en el desarrollo tecnológico, pero el tráfico atlántico agudizó su atraso. Sin embargo, a pesar de tanta desdicha, no debemos olvidar que los africanos sobrevivieron a la trata de esclavos, conservando relativamente intactas su independencia política y sus instituciones sociales. Paradójicamente, este vergonzoso periodo de la historia también aguzó al máximo la capacidad de resistencia del ser humano. Era el sufrimiento lo que daba a África su esplendor.

Orígenes y crecimiento

El tráfico de esclavos del Atlántico comenzó en 1441 cuando un joven capitán de marina portugués, Antam Gonçalvez, raptó a un hombre y a una mujer en la costa del Sáhara occidental para complacer a su señor, el príncipe Enrique el Navegante. Debió de complacerle, porque Gonçalvez fue nombrado caballero. Cuatro años después, los portugueses construyeron un fortín en la isla de Arguin, en la costa de Mauritania. Ahí compraban esclavos y, sobre todo, el oro que, por entonces, escaseaba mucho. En 1415 fracasó el intento de los marinos portugue-

ses de apoderarse del comercio del oro mediante la ocupación de Ceuta en la costa marroquí. Fueron caboteando hacia el sur por la costa occidental africana en busca de las minas de oro. La isla de Arguin era un señuelo para desviar a las caravanas de oro de Marruecos. Pero los esclavos no fueron un producto más, ya que, desde mediados del siglo XIV, había buen mercado para ellos en el sur de Europa, donde la mano de obra escaseaba a causa de la Peste Negra, y la esclavitud había sobrevivido desde tiempos romanos en el servicio doméstico y en ciertas bolsas de agricultura intensiva (sobre todo en la producción de azúcar) que los europeos adoptaron de los musulmanes durante las Cruzadas.

A medida que la caña de azúcar se difundía hacia el oeste por el Mediterráneo y las islas atlánticas como Madeira, hasta alcanzar América, las plantaciones fueron dependiendo, cada vez más, de la mano de obra esclava. La trata de esclavos en el Atlántico respondía en gran medida a esa demanda.

Pero ese comercio también dependía de que los africanos estuvieran dispuestos a vender esclavos. La despoblación, que dificultaba que se pudiera garantizar el trabajo por medios puramente económicos, ya había fomentado la esclavitud y la trata de esclavos entre muchos pueblos africanos, aunque no la practicaran todos. En el fuerte de Arguin, los portugueses trataban con los moros, abastecedores desde muy antiguo del mercado de esclavos sahariano. Cuando los portugueses navegaron costeando hacia el sur hasta la desembocadura del río Senegal en 1444, vieron que sus pobladores estaban asimismo integrados en el tráfico norteño. Un cronista escribió: «El rey se mantiene gracias a las incursiones que le proporcionan muchos esclavos de su propio país y de países vecinos. Emplea esos esclavos [...] para labrar las tierras [...] pero también vende muchos a los [moros] [...] a cambio de caballos y otros bienes»[1]. Los jinetes wolof pagaban a los portugueses entre 9 y 14 esclavos por caballo. Pero no todos los pueblos ribereños del Senegal estaban inmersos en la trata de esclavos sahariana. Los jola de orillas del Casamance, al sur del moderno Senegal, carecían de jefes y sólo les interesaba el ganado. Evitaron todo trato con los europeos hasta finales del siglo XVII y no contaron con mano de obra dependiente hasta el XIX. Los baga de la moderna Guinea se negaron a tomar parte en la trata de esclavos a lo largo de toda su historia. Al igual que los kru de la moderna

[1] G. R. Crone (ed.), *The voyages of Cadamosto,* Londres, 1937, p. 30.



Mapa 8. El tráfico de esclavos en el Atlántico.

Liberia y otros pueblos vecinos carentes de organización política compleja, se resistieron a la esclavitud con fiereza y, cuando los capturaban, eran tan propensos a matar a sus amos o a suicidarse que los

europeos dejaron de esclavizarlos. Un cuantioso número de los esclavos que escaparon en América para crear los grupos de «cimarrones» procedían de comunidades africanas que apenas estaban políticamente organizadas.

En África occidental la esclavitud no se practicó sólo entre los pueblos islamizados de la sabana. También se esclavizaban linajes, convirtiendo a los nuevos dependientes en miembros subordinados. Los portugueses lo descubrieron cuando se toparon con los pueblos akán de la Costa de Oro, allá por 1471. Allí empezaba el comercio sahariano y estaban las principales fuentes de oro de África occidental. En 1482 construyeron en El Mina (en la moderna Ghana) la primera fortaleza europea en África tropical. Con el tiempo se apoderaron de la mitad de las exportaciones de oro del occidente africano; un oro que, en 1506, constituía aproximadamente la cuarta parte de las rentas de la Corona portuguesa. Cada vez se exportaba menos oro y más esclavos pero, hasta principios del siglo XVIII, los esclavos no fueron la mercancía de mayor valor que exportaba África occidental. El problema para los portugueses de la Costa de Oro era con qué pagar el oro. En aquellas tierras no sobrevivían los caballos. Al principio, los portugueses aprovecharon la gran demanda de armas de fuego, pero el papa prohibió su venta para evitar que fueran a parar a manos de musulmanes hostiles. Después ofrecieron piezas de tela (procedentes de otras partes de África), metales (de Europa) y esclavos. Al principio, los akán cambiaban esclavos por oro; entre 1500 y 1535 compraron a los portugueses entre 10.000 y 12.000 esclavos, utilizándolos para acarrear tierra adentro otras mercancías importadas, pero sobre todo para desbrozar parcelas de selva y dedicar la tierra a la agricultura, su ocupación básica. Los portugueses compraron algunos esclavos a Benín, que se estaba expandiendo militarmente y tenía cautivos que vender. Pero en 1516 Benín dejó de exportar esclavos de sexo masculino por miedo a quedarse sin mano de obra. Desde entonces, la mayoría de los esclavos vendidos a los akán probablemente procedieran del delta del río Níger y de las tierras de los igbo, hacia el este. Al igual que en Asia, los portugueses se convirtieron en los intermediarios marítimos de una red comercial indígena.

Los primeros portugueses descubrieron a un socio especialmente valioso para sus tratos comerciales. En 1482, el rey del Congo se enteró de que habían aparecido a la altura del estuario del río Congo unos

seres marinos nunca vistos. Los marinos portugueses pronto establecieron relaciones mutuamente ventajosas con los gobernantes extranjeros del reino, cuya vacilante autoridad descansaba en la concentración de esclavos en los alrededores de la capital. Allí, como sucedía entre los wolof, la trata de esclavos se había convertido en un negocio en el que gobernantes y súbditos tenían intereses contrapuestos. Ávido de nuevos recursos y de apoyo exterior, el rey del Congo aceptó el bautismo y su hijo, Afonso Mbemba Nzinga, que usurpó el trono en 1506, fue mucho más allá adoptando no sólo la vestimenta, sino también los títulos, la etiqueta, la tecnología y la literatura cristiana. Esta estrategia prosperó durante una década hasta que sobrevino la crisis. Desde 1500 los portugueses habían estado creando plantaciones de caña de azúcar en la isla de Santo Tomé, en el golfo de Guinea frente a la costa del moderno Gabón, y el Congo les proporcionaba la mano de obra. En 1526, cuando el reino estaba exportando de 2.000 a 3.000 esclavos al año, Afonso exponía sus quejas a su homólogo portugués:

> Muchos de nuestros súbditos codician ávidamente las mercaderías que vuestras gentes traen a nuestros reinos. Para dar gusto a sus desmedidos apetitos, capturan a muchos individuos de nuestra comunidad negra, libres o manumitidos, incluso nobles, hijos de nobles y hasta miembros de nuestra propia familia. Se los venden a los blancos [...] Esa corrupción y depravación está tan extendida que nuestras tierras se han ido despoblando [...] Es en verdad nuestro deseo que se prohíba a los esclavos transitar por este reino y que se acabe con el comercio de esclavos[2].

El rey de Portugal le replicó que el Congo no tenía otra cosa que vender. Afonso no acabó con la trata de esclavos, pero la limitó y la reguló. Su reino se extendió y perduró hasta mediados del siglo XVII. Los portugueses buscaron esclavos en otros lugares y acabaron fundando un centro en Luanda, en 1576, que se convertiría en la base desde la que los europeos llevarían a cabo la conquista y realizarían expediciones en busca de esclavos.

---

[2] De Afonso I a Joâo III, 18 de octubre de 1526 y 6 de julio de 1526, en L. Jadin y M. Dicorato (eds.), *Correspondance de dom Afonso, roi du Congo 1506-1543,* Bruselas, 1974, pp. 156, 167.

La fundación de Luanda respondía a una nueva fase en la trata de negros. Los primeros esclavos procedentes de África occidental desembarcaron primero en Portugal, luego en Madeira y después en Santo Tomé. Los envíos directos desde África a las Américas comenzaron en 1532. Cuando las enfermedades europeas y africanas diezmaron a los pueblos amerindios, los esclavos africanos los sustituyeron, debido a que eran los únicos lo suficientemente numerosos. Además, resultaban más baratos que contratar a campesinos blancos y eran inmunes tanto a las enfermedades europeas como a las africanas, pues vivían en la periferia tropical del Viejo Mundo. A finales del siglo XVI, casi el 80 por 100 de todos los esclavos exportados por África occidental estaban destinados a América, sobre todo a Brasil, donde el cultivo de la caña de azúcar arraigó en la década de 1550.

Tabla 7.1: Esclavos africanos embarcados rumbo al Atlántico por siglos, 1519-1867

1519-1600	266.000
1601-1700	1.252.800
1701-1800	6.096.200
1801-1867	3.446.800
Total	11.061.800

Fuente: D. Eltis, «The Volume and Structure of the Transatlantic Slave Trade. A Reassessment», William y Mary Quarterly, tercera serie, n.º 58 (2001), p. 44.

Las cifras, sin embargo, eran todavía relativamente bajas. Sólo se exportaron entre tres y cuatro mil esclavos al año en los últimos 80 años del siglo XVI. Los datos proceden de un exhaustivo estudio realizado en la década de 1990 en el que se analizaban los registros de 27.233 viajes de negreros realizados entre 1519 y 1867, aproximadamente el 70 por 100 de todos los realizados, a los que sumaba un estimación que cubriera a los no registrados. Como muestra la tabla 7.1, el comercio relativamente modesto en el siglo XVI fue creciendo rápidamente durante el siglo XVII y alcanzó su punto culminante en el XVIII. El cuarto de siglo en el que África vendió el mayor número de esclavos fue el que va de 1776 a 1800 (1.921.100). A lo largo del siglo XIX la trata de negros fue decayendo paulatinamente. El cambio más impor-

tante tuvo lugar a mediados del siglo XVII. Hasta entonces, no se exportaban más de 10.000 esclavos al año, la mayoría comprados por portugueses para venderlos en Brasil. Pero en 1630 los holandeses conquistaron el norte de Brasil, en 1637 tomaron El Mina y en 1641 pasaron a ocupar Luanda, acabando con la hegemonía portuguesa en la costa occidental africana. A partir de la década de 1640, los holandeses suministraron muchos esclavos, más baratos, a las nuevas plantaciones de caña de azúcar de la colonia británica de Barbados y a las islas caribeñas de Martinica y Guadalupe, a la sazón en manos francesas. Esto atrajo a comerciantes británicos y franceses que, poco a poco, fueron sustituyendo a los holandeses. Primero se hicieron cargo del tráfico las compañías privilegiadas (la Royal African Company obtuvo su privilegio en 1672) y luego, en el siglo XVIII, armadores privados afincados sobre todo en Liverpool y Nantes. Jamaica, la mayor colonia británica de esclavos, sobrepasó pronto a otras islas caribeñas donde se cultivaba la caña de azúcar, aunque el productor más importante era la colonia francesa de Santo Domingo (Haití), que importó cerca de un millón de esclavos a lo largo del siglo XVIII y fue escenario, en 1791, de la única gran rebelión triunfante de esclavos de la historia de la humanidad. En resumen, el 49 por 100 de los esclavos exportados se vendieron en las islas del Caribe, el 41 por 100 en Brasil, y menos del 4 por 100 en América del Norte, que estaba más lejos de África. El precio de los esclavos subió un 150 por 100 en el Caribe a lo largo del siglo XVIII y el porcentaje que iba a parar a manos de los comerciantes de África occidental pasó de un 25 a un 50 por 100[3]. Debido a que las manufacturas importadas se abarataban cada vez más gracias a los adelantos de la industria europea, los ingresos de los negreros aumentaron de modo espectacular. Un esclavo que valía dos piezas de lino en Dahomey en 1674 se vendía por 70 piezas en 1750[4].

Los negreros se fueron desplazando paulatinamente hacia el sur. Los primeros procedían principalmente de Senegambia, de la costa de Guinea superior (desde la moderna Bissau hasta Liberia) y el centro de África occidental (sobre todo de Congo y Angola), que nunca dejó de ser

[3] D. Eltis; F. D. Lewis y D. Richardson, «Slave Prices, the African Slave Trade and Productivity in the Caribbean, 1674-1807», *Economic History Review* 58 (2005), p. 679; D. Behrendt; D. Eltis y D. L. Richardson, «The costs of Coercion: African Agency In the premodern Atlantic World», *Economic History Review* 54 (2001), p. 474.

[4] R. Law, *The Slave Coast of West Africa 1550-1750*, Oxford, 1991, p. 183.

un buen proveedor que aportaba el 44 por 100 de todos los esclavos exportados. A mediados del siglo XVII, el tráfico se incrementó en Costa de Oro y la ensenada de Benín (incluidos los reinos de Dahomey y Yoruba). Las zonas de expansión del siglo XVIII fueron la ensenada de Biafra (en especial, el delta del Níger) y Mozambique.

Las plantaciones precisaban de hombres jóvenes. La Royal African Company les decía a sus agentes: «Cuando transporten esclavos en nuestros barcos, observen siempre que los negros sean bien parecidos y sanos, que tengan entre 15 y 40 años y que, al menos, dos tercios de los esclavos sean hombres». Se seguían las instrucciones referentes al género: dos tercios de los esclavos exportados a América fueron hombres, por lo que solían costar un 20 o un 30 por 100 más que las mujeres en la costa de África occidental. Puesto que tanto las sociedades africanas como la sahariana preferían esclavas, las diferentes ramas del comercio se complementaban. Pero los mercaderes europeos probablemente capturaran más niños (menores de catorce o quince años) de los que necesitaban: un 21 por 100 de todos los que llegaron al Caribe en el siglo XVIII[5]. La razón era que la legislación europea permitía acomodar en un barco a más niños que adultos.

El modo de operar y la experiencia

La mejor forma de entender el tráfico de esclavos es seguir a una víctima desde el lugar en que la redujeron al cautiverio en el interior de África occidental hasta su llegada a América. Poco sabemos acerca de la esclavización, pero un misionero de mediados del siglo XIX de Sierra Leona, Sigismund Koelle, pidió a 177 libertos (y a dos mujeres cuyo testimonio debemos omitir) que describiesen cómo les redujeron a la esclavitud[6]. De ellos, un 34 por 100 afirmó haber sido «cazado en la guerra», ya fueran guerras entre comunidades o expediciones a gran escala montadas para hacer cautivos, como las grandes incursiones anuales que los jinetes de la sabana llevaban a cabo contra los pueblos agricultores. Koelle no menciona los cautivos tomados por los dirigen-

[5] D. Eltis, *the Rise of African Slavery in the Americas,* Cambridge, 2000, p. 95.

[6] S.W. Koelle, *Polyglotta Africana,* Londres, 1854; P. E. H. Hair, «The Enslavement of Koelle's Informants», *JAH* 6 (1965), pp. 193-203.

tes en expediciones contra sus propios súbditos, algo frecuente en el Congo y otras regiones en el siglo XVII. Un 30 por 100 de sus informadores, sobre todo igbos y otros pueblos de la selva que no estaban organizados en reinos, había sido raptado. De hecho, los igbo del siglo XVIII iban a realizar las labores agrícolas portando sus armas y dejaban a los niños dentro de una empalizada debidamente custodiada. Otro 11 por 100 dijo haber sido esclavizado por sentencia judicial, casi siempre por adulterio, lo que indica que los hombres mayores tal vez utilizaran la ley para deshacerse de los competidores más jóvenes. El agudo negrero Francis Moore escribía desde Gambia en la década de 1730: «Toda pena se conmuta por esclavitud, lo que tiene sus ventajas, pues si no hay crimen se lo inventan para lucrarse con la venta del criminal»[7]. Dos hombres dijeron a Koelle que fueron esclavizados porque sus parientes habían sido condenados por brujería. Los débiles eran especialmente vulnerables. Alrededor de un 30 por 100 de los informantes de Koelle había sido antes esclavos de otros africanos. Los tratantes europeos los preferían porque los consideraban más sufridos y menos propensos a escaparse. Los huérfanos, las viudas, los pobres, los vagos, los irresponsables y los débiles mentales estaban abocados a la esclavitud, al igual que los que desafiaban a los poderosos: un hombre dijo que «había sido vendido por un jefe guerrero porque se negó a darle a su mujer». Un 7 por 100 había sido vendido en pago de deudas, la mayoría por deudas de su familia más que por las propias. Ninguno dijo haberse vendido durante una hambruna, aunque era frecuente porque las exportaciones de esclavos solían aumentar en épocas de hambruna: un barco obtuvo todo un cargamento ofreciendo comida.

Hasta entonces, los esclavos habían sido cautivos, personas raptadas o condenadas por algún delito, o bien privadas de libertad por algún otro medio. Pero los negreros se regían por un principio fundamental: los esclavos eran una mercancía perecedera. Para obtener beneficios había que venderlos antes de que murieran o, en el caso de los esclavos recientemente capturados y que aún se hallaban cerca de su casa, antes de que escaparan. Los tratantes que compraban esclavos recientes y los transportaban a los centros comerciales podían ser hombres modestos que añadían de modo ocasional seres humanos a sus lotes de telas o rebaños de ganado. Una muchacha igbo raptada fue vendida seis veces en

---

[7] F. Moore, *Travels into the Inland Parts of Africa*, Londres, 1738, p. 42.

menos de 200 kilómetros. Sin embargo, como observara un comerciante francés bien informado, por lo general se consideraba a los esclavos un bien valioso que entrañaba riesgos, y a la trata, «negocio de reyes, de gente rica y de comerciantes selectos, nunca basada en los tipos inferiores de negros». Entre los comerciantes selectos figuraban los soninke, que transportaban a los esclavos capturados en incursiones a caballo hasta la costa de Senegambia o de Guinea: «Delante iban cinco o seis hombres cantando, todos ellos pertenecientes a la cáfila; a estos les seguían los demás libertos. Luego venían los esclavos, sujetos a la manera usual por una soga alrededor del cuello, de cuatro en cuatro, y un hombre con una lanza entre cada cuatro; a continuación los esclavos domésticos y, al final de la cola, las mujeres de condición libre»[8]. Más al sur se hicieron famosos tres grupos. Los aro comerciaron sobre todo entre la tierra de los igbo y el delta del Níger, explotando en especial un oráculo en Arochukwu, cerca del río Cross, del que se decía que «se comía» a quienes declaraban reos de brujería u otros delitos; en realidad, los vendían río abajo. Los remeros y mercaderes bobangi recorrían en canoa los 1.700 kilómetros del río Congo central transportando esclavos hasta los mercaderes vili de Loango, en el moderno Gabón. Los afro-portugueses de la frontera de Angola conducían caravanas tierra adentro, mientras que el comercio interior de otros lugares era monopolio africano, excepto a orillas de los ríos Senegal y Gambia. Los gobernantes también participaban en la trata, aunque como exportadores privilegiados más que como monopolistas. Incluso en Asante y Dahomey, los reinos más autoritarios de la red comercial del siglo XVIII, tenían economías mixtas en las que los jefes y los comerciantes privados exportaban junto a los tratantes oficiales. Gran parte de las ventas finales de esclavos a los mercaderes europeos fueron realizadas por mediadores de la costa que se esforzaban por impedir que los blancos penetrasen en el interior, o que mercaderes de tierra adentro llegasen hasta el mar, quizá diciendo a cada uno que «los otros» eran caníbales. En Senegambia y Guinea superior esos intermediarios solían ser afro-portugueses. Pero, por lo general, eran africanos. El grupo más conocido era el de los mercaderes ijau del delta del Níger, que se basaban en una institución, la casa-canoa, que combinaba rasgos de un linaje, una compañía comercial y una facción política, y

---

[8] M. Park, *Travels of Mungo Park*, R. Miller (ed.), Londres, 1954, p. 251.

contaba con esclavos y criados con los que remontaban el río Níger en grandes canoas recogiendo esclavos:

> Los mercaderes negros de Bonny y de Calabar, muy duchos en reconocer y hablar las diferentes lenguas de su propia región, así como las de los europeos, bajan una vez por quincena con esclavos: jueves y el viernes son sus días de trata. Veinte o treinta canoas, unas veces más y otras veces menos, bajan al mismo tiempo. En cada canoa puede haber de veinte a treinta esclavos. Algunos llevan los brazos sujetos a la espalda por varillas, juncos, sogas de hierba u otros ligamentos de su región; y si se los considera más fuertes de lo común, se los ata también por encima de las rodillas. De esa forma son arrojados al fondo de la canoa, donde yacen con gran pena, y a veces van cubiertos de agua. Al desembarcar, los llevan a los almacenes de los mercaderes, donde los untan de aceite, les dan de comer y los preparan para la venta[9].

Los compradores de esclavos europeos utilizaban dos métodos diferentes. A veces fundaban factorías, en lo que en realidad era una diáspora comercial de un estilo muy africano. Las autoridades políticas permitían a los europeos establecer asentamientos costeros permanentes para acumular esclavos en espera de un buque. Estas factorías eran caras y sólo las fundaron las compañías privilegiadas del siglo XVII allí donde el volumen de esclavos lo requería, como en Dahomey. Los comerciantes privados seguían otro sistema, el de los barcos, que haciendo navegación de cabotaje recogían sólo unos pocos esclavos cada vez, hasta que llenaban los buques. En último término, los africanos controlaban ambos sistemas y todos debían someterse a prolongados y hábiles regateos, facilitados por la hospitalidad, el soborno, las alianzas políticas, el alcohol en abundancia y las relaciones personales entre dos grupos de mercaderes que tanto tenían en común.

Los europeos han asegurado a menudo que los africanos se vendían unos a otros por «meras bagatelas o por armas». Las bagatelas eran a veces parte del trato, sobre todo en los primeros tiempos. Todavía en la década de 1680, un 40 por 100 de las importaciones de Senegambia

[9] Testimonio de W. James, 1789, en E. Donnan (ed.), *Documents Illustrative of the History of the Slave Trade to America*, 4 vols., Washington, 1930-1935, vol. II, p. 598.

eran cuentas de vidrio y piedras semipreciosas. Los europeos vendían en África los mismos productos que vendían a los colonos americanos. Al menos la mitad de las importaciones de África occidental durante los siglos XVII y XVIII fueron telas, en principio procedentes de la India o de algún otro país africano y, posteriormente, sobre todo de Europa. El hierro y el cobre en bruto eran también importantes, al igual que las conchas de caurí (que servían de moneda) en la ensenada de Benín. En el siglo XVIII se sumaron a las telas otras mercancías que formaban alrededor del 10 por 100 de las importaciones totales: alcohol, tabaco, diversos tipos de manufacturas (fundamentalmente piezas de metal), armas de fuego y pólvora. Los europeos del norte empezaron a vender armas de fuego en cantidades importantes a finales del siglo XVII, cuando los mosquetones de chispa permitieron a los reinos de Costa de Oro y la ensenada de Benín rearmar a sus fuerzas. Un siglo después, el África subsahariana importaba cerca de 200.000 mosquetes al año.

El eclecticismo y la competitividad de las sociedades africanas hicieron que las mercancías importadas por los comerciantes europeos resultaran fatalmente atractivas. Ninguna de ellas era esencial, excepto las armas de fuego, pero muchas acabaron siendo bienes de consumo tan valorados como para instigar a los gobernantes africanos y a muchas personas corrientes a vender a otros africanos con los que no se sentían obligados, del mismo modo que los venecianos y genoveses de la Edad Media habían vendido a otros europeos a los musulmanes. Algunos africanos se opusieron, y no necesariamente por motivos morales. Varios de los pueblos que no estaban organizados en reinos se negaron a participar en la trata de esclavos. Benín cerró su mercado, el rey Afonso del Congo puso en entredicho los beneficios de este comercio, y se contaban relatos acerca de gente que ayudaba a escapar a los esclavos. Dada la preocupación de los africanos por aumentar su número, resultaba incongruente vender a las personas, una especie de broma de mal gusto. Lo hacían porque había una brecha entre los intereses individuales y los colectivos, ya que los hombres pudientes vendían esclavos para adquirir bienes con los que atraían a más seguidores personales. Vendían a gente con miras a ganarse a más gente.

Cuando terminaba el regateo y el esclavo había pasado a manos de su nuevo propietario europeo, lo primero era marcarlo a fuego, lo que sucedía cada vez que cambiaba de dueño. Lo segundo era cargar al esclavo en un buque rumbo a América, antes de que muriese. Carecemos

de estadísticas fiables sobre las tasas de mortalidad antes del embarque. Joseph Miller ha estimado que de cada 100 esclavos que se exportaban desde Angola en las últimas décadas del siglo XVIII, 10 quizá murieran durante la captura, 22 camino a la costa, 10 en las ciudades costeras, 6 en el mar y 3 en América antes de empezar a trabajar, con lo que se reducía a menos de la mitad el número final de los aptos para trabajar como esclavos[10]. A finales del siglo XVII, las cifras se elevan; los esclavos de Gambia costaban al menos cinco veces más en la costa que en su lugar de captura en el interior. No podemos precisar más, pero el tiempo pasado en los centros costeros de confinamiento o a bordo de un buque en espera de zarpar entrañaba muchos riesgos, como son enfermedades, suicidios e intentos de fuga:

> Cuando nuestros esclavos están a bordo, les ponemos grilletes de dos en dos mientras estamos en el puerto, y a la vista de su tierra, por si intentasen escapar, o amotinarse [...], les damos de comer dos veces al día [...] porque es el tiempo en que están más propensos a amotinarse, al estar todos en cubierta. Durante ese tiempo todos los hombres que no están ocupados distribuyendo vituallas o acomodándoles, sujetan sus armas, y algunos acercan cerillas encendidas en los grandes cañones, cargados con cartuchos, hasta que se terminan de comer y se vuelven a sus cuchitriles entre cubiertas[11].

El momento de hacerse a la mar era traumático. En el diario de un marinero se afirma: «Los esclavos han estado agitados toda la noche. Sentían el movimiento del barco. Nunca había oído un alarido así, semejante al de los pobres locos del manicomio de Bedlam. Los hombres agitaban sus cadenas haciendo un ruido ensordecedor»[12]. Muchos africanos del oeste se angustiaban enormemente porque creían que los europeos eran criaturas del mar, caníbales de la tierra de los muertos, y que el cuero negro de sus zapatos era piel de africanos, que el vino tinto era sangre africana, y que la pólvora eran huesos de africanos quemados y molidos. Estos miedos proliferaban en Mozambique y en-

---

[10] J. Miller, *Way of Death*, Londres, 1988, p. 440.

[11] T. Phillips (1693-1694), en Donnan, *Documents*, vol. I, p. 406.

[12] Citado en W. McGowan, «African Resistance to the Atlantic Slave Trade in West Africa», *Slavery and Abolition* 11 (1990), p. 20.

tre los pueblos expuestos a la trata de negros sahariana. Pero los esclavos de amos africanos occidentales eran, asimismo, capaces de una violencia desesperada (sin desechar el suicidio o el asesinato) nacida del honor ofendido y del amor a la libertad. Debió de haber revueltas en aproximadamente el 10 por 100 de los viajes de barcos negreros, y en cada una de ella morían una media de 25 esclavos. La probabilidad de morir era unas cuatro veces mayor que las posibilidades de liberación, pues de las 369 revueltas cuyo fin conocemos, sólo tras 12 parece que alguno de los cautivos regresó libre a África. En conjunto, puede que menos de un esclavo de cada 1.000 exportados recuperara la libertad antes de llegar a América. Las dos revueltas más conocidas fueron las que tuvieron lugar en el *Marlborough,* en 1752, y en el *Regina Coeli,* en 1858. Escaparon 270 esclavos de cada uno de estos barcos tras hacerse con el control de la embarcación cuando estaba cerca de la costa. Las revueltas eran más comunes en los barcos que zarpaban de Senegambia y la Costa de Oro, lugares donde los esclavos compartían fuertes tradiciones de honor militar y de donde procedía el mayor número de mujeres cautivas que tenían mayor libertad de movimientos en las naves[13]. No es que nadie tuviera mucha libertad en una *tumba,* como llamaban los portugueses a los barcos negreros de la época. Los barcos negreros franceses medían un promedio de 20 metros de eslora por 6 metros de manga, y transportaban a unos 300 esclavos. En 104 buques medidos entre 1839 y 1852, el promedio de espacio por esclavo era de 0,4 metros cuadrados. Los índices de mortalidad dependían del puerto de embarque, de la duración del viaje (unos dos o tres meses de media en el siglo XVIII pero, a veces, mucho más) y de las epidemias, normalmente de disentería, viruela o escorbuto. Aproximadamente el 12 por 100 de los esclavos embarcados hacia América entre 1519 y 1867 murieron en la travesía[14]. Los tiburones solían seguir a los barcos durante un mes.

De los relatos de esclavos que habían sobrevivido a la Gran Travesía, destacaban por lo general tres recuerdos: el ambiente repulsivo de los alojamientos de esclavos entre ambas cubiertas, en los que a veces no ardía ni una vela, la brutalidad de la tripulación y, sobre todo, la sed,

[13] Behrendt, Eltis y Richardson, «Costs of Coercion», pp. 454, 476; D. Richardson, «Shipboard, Revolts, African Authority and the Atlantic Slave Trade», *William and Mary Quarterly* 58 (2001), 3.ª serie, pp. 69-91.

[14] D. Eltis, «The Volume and Structure of the Transatlantic Slave Trade: A Reassessment», *William and Mary Quarterly* 58 (2001), 3.ª serie, pp. 43-45.

porque el agua era un recurso escaso: la ración normal solía ser de 1 litro al día por cabeza. Olaudah Equiano, raptado en tierras de los igbo a la edad de once años y vendido a negreros británicos en 1756, nos ha legado la más estremecedora de las descripciones:

> La estrechez del lugar y el calor del clima, añadidos al número de los que íbamos en el barco, que iba tan abarrotado que apenas disponíamos de sitio para darnos la vuelta, nos ahogaban. Sudábamos copiosamente, de modo que pronto el aire se volvió irrespirable, y el olor, repugnante. Los esclavos enfermaban y algunos morían [...] Esa mísera situación se veía agravada por el roce de las cadenas, que se volvía insoportable, y por la suciedad acumulada en las inevitables tinajas, en las que se solían caer los niños, corriendo el riesgo de ahogarse. Los gritos de las mujeres y los gemidos de los agonizantes dotaban a la escena de un horror apenas concebible[15].

Consecuencias demográficas

Las poblaciones africanas, preocupadas a lo largo de toda su historia por la necesidad de incrementar su número, acusaron con fuerza el impacto demográfico del comercio de esclavos. Por desgracia, es un tema difícil de investigar. No sólo es incierto el número de esclavos exportados, sino que tampoco disponemos de datos fiables sobre la pérdida de vidas antes del embarque ni tenemos datos globales sobre la población de África occidental cuando comenzó la trata de negros. Ignoramos si la población estaba creciendo y a qué ritmo, o cuánto podría haber crecido si la trata de esclavos no hubiera tenido lugar. Algunos historiadores, como Patrick Manning, han construido modelos del proceso demográfico en cuestión, pero muchas de las cifras no pasan de ser meras conjeturas. Manning partió de datos del censo de 1931; asumió un crecimiento natural (o intrínseco) de población del 0,5 por 100 anual en los siglos anteriores; adoptó las cifras de la exportación de esclavos puestas al día por Curtin, y llegó a la conclusión de que en la

[15] P. D. Curtin (ed.), *Africa Remembered,* Madison, 1967, p. 95; sobre las dudas en torno a la autenticidad de Equiano, véase V. Carretta, «Olaudah Equiano or Gustavus Vassa?», *Slavery and Abolition* 20, 3 (1999), pp. 96-105.

zona de África occidental que abasteció el tráfico atlántico de esclavos vivían unos 25 millones de personas en 1700. Utilizando los datos existentes sobre edad y género de los esclavos exportados y las estimaciones acerca de las bajas en las primeras etapas de la trata, calculó que la población había disminuido hasta alrededor de los 20 millones en 1850, siendo así que la reducción fue más drástica en Angola y la ensenada de Benín. En su opinión, el crecimiento probable de la población de no haberse producido el tráfico de esclavos podía darnos cifras realistas sobre el coste demográfico. Calculó que, en 1850, la población de todo el África subsahariana debía de rondar los 100 millones cuando, en realidad, no pasaba de 50 millones. Esa pérdida de población potencial tuvo lugar en una época de rápido crecimiento demográfico en otros países (la población de China se duplicó en el siglo XVIII), por lo que Manning estimó que, en comparación con el crecimiento combinado de las poblaciones de Europa, África, Oriente Medio y el Nuevo Mundo, la población africana descendió entre 1600 y 1900 entre un 30 por 100 y poco más del 10 por 100[16].

Muchos historiadores coinciden en que Angola se vio especialmente afectada por lo disperso de su población y sus elevadas exportaciones de esclavos a lo largo de tres siglos, que dieron lugar a un despoblamiento del que poseemos datos. Pero no todos están de acuerdo en que la trata afectara a la ensenada de Benín en igual medida, porque Manning asumió que muchos de los esclavos apresados allí lo fueron cerca de la costa. No hay consenso en torno al descenso de la población de África occidental, aunque muchas voces autorizadas opinan que el descenso fue relativamente pequeño. Algunos especialistas creen que no se puede dar por sentado un ascenso de la población de África occidental debido al hambre y las epidemias, pero muchos señalan la amplitud del territorio y la dispersión de la población y convienen con Manning en que lo crucial es determinar cómo podría haberse incrementado la población de África occidental al margen del tráfico de esclavos. Por desgracia, resulta prácticamente imposible contestar a esa pregunta. Por un lado, Manning asume un crecimiento normal del 0,5 por 100 anual sin ningún tipo de base documental y esta cifra sobrepasa ampliamente los índices normales de crecimiento en las sociedades tradicionales. Entre 1550 y 1820, la población inglesa creció un 0,5 por

[16] P. Manning, *Slavery and African Life,* Cambridge, 1990, pp. 180-181, 82, 85, 171.

100 anual, y la de Europa occidental, un 0,24 por 100 anual. Por otro, debemos contar con otras dos consecuencias no cuantificables que tuvo la expansión europea de aquella época para la historia de la población de África occidental.

Una fue la importación de cultivos americanos, en especial el maíz y la mandioca. En las regiones húmedas de la sabana, el maíz produce casi el doble de calorías por hectárea que el mijo, y un 50 por 100 más que el sorgo. La mandioca aporta un 150 por 100 más de calorías que el maíz y es más resistente a la sequía. Ambos se difundieron de modo irregular. Fue más sencillo introducir el maíz en los sistemas de cultivo tradicionales, por lo que se difundió más rápidamente. Ya era un alimento básico en el reino del Congo en 1640 y tuvo mucho éxito en las zonas fronterizas entre la selva y la sabana como Asante, donde contribuyó a alimentar a una población en rápida expansión y a producir raciones de alimento para el ejército fácilmente transportables. En cambio, la mandioca requería de nuevos métodos de cultivo y procesamiento, de manera que su difusión fue más lenta, sobre todo en las regiones selváticas de África occidental. Lo bueno era que podía conservarse y transportarse en forma de harina, de manera que se convirtió en uno de los alimentos básicos de todos los que hacían viajes a larga distancia por África ecuatorial occidental y se difundió a lo largo de las rutas comerciales tan al este como el reino de Kazambe en la actual Zambia, donde un visitante halló, en 1831, «campos infinitos de mandioca». Los nuevos cultivos aportaron un mayor volumen de comida disponible en una región en la que la desnutrición era relativamente frecuente, aunque la mandioca (considerada una comida de pobres) sólo era nutritiva si se consumía con un acompañamiento rico en proteínas como el pescado. Es la existencia de estos nuevos cultivos la que nos lleva a pensar que el potencial de crecimiento de la población era elevado.

En contra, hay que tener en cuenta que el tráfico atlántico también expuso a África occidental a nuevas enfermedades que, sin embargo, no tuvieron los efectos devastadores que tuvieron en una América que había permanecido más aislada. La tuberculosis y la neumonía bacilar debieron de ser muy mortíferas, puesto que los africanos occidentales no estaban inmunizados contra ellas; también la peste bubónica, pues aunque el Sáhara parece haber protegido a África occidental, la enfermedad afectó al Congo y a zonas de Angola entre 1655-1660, así como a las costas de Senegal y Guinea en torno a 1744. La sífilis venérea, una

enfermedad probablemente latinoamericana, se sumó a la sífilis endémica y a la frambesía, aunque se parecen tanto que es difícil discernir cuál es cuál en las primeras referencias de las que disponemos. También la viruela común causó graves problemas porque, aunque África occidental contara con una versión relativamente atenuada de la enfermedad, los europeos parecen haber introducido las cepas virulentas que devastaron su propio continente entre los siglos XVI y XVIII. La coexistencia de las diversas cepas puede explicar las distintas reacciones ante la enfermedad que registraron los observadores europeos, que iban desde la indiferencia hasta el pánico que engendraba cazas de brujas. Las regiones ecuatoriales parecen haber registrado menor resistencia. En la zona del Congo se registró un brote de viruela en 1560, así como una gran epidemia entre 1625 y 1628 que también afectó a Angola. Hubo epidemias periódicas hasta comienzos del siglo XX, casi siempre vinculadas a hambrunas. La viruela también afectó a regiones situadas más al norte como la ensenada de Benín, que sufrió varias epidemias graves a partir del siglo XVII. Al parecer, el rey Agaja de Dahomey introdujo allí el culto del norte al dios de la viruela, Sakpata, en el siglo XVIII. Los africanos del oeste se inoculaban contra la viruela, y transmitieron el saber a sus amos en América. En otros continentes, los índices de mortalidad por una viruela virulenta rondaban el 25 por 100 o más. Los relatos de epidemias en África occidental sugieren una mortandad a esa escala. Además, los que se recuperaban de la enfermedad en otros continentes solían quedar estériles. Si la viruela tuvo el mismo efecto en África occidental, debió de frenar el crecimiento de población facilitado por las cosechas de productos americanos.

Resumiendo, no sabemos cuán severamente afectó el comercio de esclavos a la historia demográfica de África occidental. La realización de estudios detallados sobre la colonización o el abandono de tierras nos permitirá evaluarlo. Hoy por hoy, la respuesta más verosímil es que el tráfico de esclavos causó una merma de población en Angola y retrasó enormemente el crecimiento en otros lugares, aunque el potencial de crecimiento era sustancialmente menor que el sugerido por el modelo de Manning. Mientras esto sucedía en África, en otros continentes se daba una rápida expansión demográfica. Dada la importancia crucial que siempre tuvo la baja densidad de población en la historia africana, el tráfico de esclavos constituyó un desastre demográfico, pero no una catástrofe. Los africanos sobrevivieron.

Consecuencias políticas

Las consecuencias políticas están mejor documentadas y son quizá más fáciles de resumir. Como todo capital mercantil, el comercio de esclavos podía coexistir con cualquier sistema político. Los igbo, por ejemplo, suministraron muchos esclavos, pero sufrieron escasos cambios políticos y la gran mayoría carecía de organización política compleja, de lo que se aprovechaban los ciudadanos de los reinos principales, que manejaban gran parte del comercio a su costa. La principal consecuencia política fue el carácter mercantilista que fueron adquiriendo esos reinos a medida que se fundían el poder político y el comercial, bien porque los gobernantes controlaban el comercio, bien porque los comerciantes se hicieran con el poder político. Como semejante fusión de poder no era normal en esa región, tal vez se debiera más al comercio internacional que al tráfico de esclavos, porque se produjeron cambios similares en la línea costera de Asia cuando el tráfico marítimo europeo absorbió riqueza y poder a expensas de los imperios regidos por mogoles, otomanos o safavíes. Es más: lo que permitió en África occidental que unas minorías pequeñas pero bien armadas dominasen a poblaciones mayores, fue la importación y uso de armas de fuego, no la captura y exportación de esclavos. El comercio extranjero sólo fue una de las muchas fuerzas que configuraron la historia política del África occidental de aquel tiempo, y no siempre la más importante.

Tres grandes reinos de África occidental se desintegraron en tiempos del tráfico de esclavos, pero no necesariamente por su causa. El juego de fuerzas se aprecia claramente en el primer reino importante con el que los portugueses entraron en contacto, el Gran Wolof, en Senegal. Era un imperio territorial, con sede en la sabana interior, controlado por jinetes, fuertemente comprometido en el tráfico transahariano, que ejercía una soberanía difusa sobre sus cuatro reinos wolof (los jolof originales, los waalo, los kajoor y los bauol) y sus súbditos serer. Vendiendo unos pocos caballos a los reinos wolof de la costa a cambio de esclavos, los comerciantes portugueses desataron fuerzas centrífugas. Pero el tráfico con el norte seguía siendo más importante, y puede que la creación de un reino pagano en Futa Toro, hacia el este, en la década de 1490, debilitara al Gran Wolof al cortar sus vías de acceso al interior. Cuarenta años después, los demás reinos wolof se ne-

garon a pagar tributos, y el Gran Wolof se desintegró. Los reinos que le sucedieron se aprovecharon del tráfico atlántico, sobre todo cuando empezaron a circular armas de fuego en el siglo XVII. Controlaban los nuevos reinos wolof ejércitos de esclavos a caballo *(ceddo),* buenos bebedores, paganos, que poseían un código del honor militar, grandes cantidades de esclavos y trataban a los campesinos con rudeza. Sin embargo, la continua expansión hacia el sur del islam les perjudicaba mucho más que la trata de esclavos. A lo largo de los tres siglos siguientes, la política de los wolof se centró en el conflicto entre las fuerzas comerciales (reyes, *ceddo,* traficantes europeos) y las del islam, representadas por los morabitos (clérigos) que intentaban convertir al campesinado y crear teocracias islámicas, desafiando la antigua tradición africana occidental de que los clérigos predicaban y los guerreros gobernaban. Entre los wolof, ganó el mercantilismo. En 1673 hubo una gran rebelión tras un conflicto surgido en Mauritania entre las tribus clericales bereberes y sus conquistadores árabes, cuyo líder, Nasir al-Din, se dirigió al sur subyugando a los waalo, los kajoor y conquistando Futa Toro. Pero a su muerte, en 1674, las fuerzas mercantilistas recobraron el poder y acabaron con los morabitas. Tierra adentro, sin embargo, el comercio era menos poderoso. Alrededor de 1678, un morabita llamado Malik Sy fundó una teocracia islámica en Bundu, una comarca que anteriormente había estado bajo control de los soninke, pero en la que recientemente se habían instalado los sedentarios fulbe. En 1725, los clérigos fulbe de Futa Jalon se rebelaron contra sus gobernantes mande y fundaron una teocracia, en gran medida fulbe, en la que se mandó traducir el Corán, por primera vez en África occidental, a una lengua vernácula. Medio siglo después, el partido clerical se hizo con el gobierno del reino fulbe de Futa Toro. Su primer gobernante prohibió la venta de esclavos musulmanes, pero las teocracias no escaparon a la atracción del tráfico atlántico. Futa Jalon, en especial, se convirtió en un importante punto de exportación de esclavos. Tenía la economía más dirigida de África occidental y padecía una excepcional dependencia de esclavos agrícolas, quienes posiblemente constituyeran la mayoría de su población. Más tierra adentro, entre los bambara de habla mande que entonces gobernaban el viejo núcleo de Malí, prevalecía el comercio sobre el islam. Biton Kulibali, joven cazador de baja cuna, agrupó a sus compañeros de generación en una fuerza militar con cuya ayuda fundó el reino segú hacia el año 1712, tras lo que sería la más dramática rebelión

del África precolonial. Más tarde, los generales esclavistas derrocaron a su sucesor musulmán y establecieron un régimen de *ceddo* dependiente del tráfico de esclavos y del uso de mano de obra esclava en la agricultura y en la producción artesanal.

El segundo reino importante que se desintegró en tiempos del tráfico de esclavos fue el del Congo, donde el impacto europeo fue más intenso debido a la proximidad de la colonia portuguesa de Angola. Pero el colapso del Congo fue tardío. Tras la crisis de 1526, cuando la esclavitud amenazaba con írsele de las manos, el rey Afonso I restableció la autoridad especificando que sólo forasteros y reos convictos podían venderse como esclavos. Su largo reinado (1506-1543) aseguró a su círculo más íntimo el monopolio de los cargos de gobernador. La adopción del cristianismo como culto oficial dotó a los súbditos de cierta cultura administrativa y facilitó los recursos rituales con que oponerse a la religión indígena. En el siglo XVII, el reino poseía asimismo un ejército regular de unos 5.000 hombres, incluidos unos 500 mosqueteros mercenarios a los que el rey equipaba con armas de fuego. Los aristócratas se distinguían por ciertas nociones de cultura europea. Se congregaban en la capital, rebautizada como São Salvador, que dominaba la campiña, donde campesinos y esclavos se fueron fundiendo en una única población sometida. El reino reconstruido sobrevivió durante un siglo y medio, pero se fue debilitando por la formación de facciones en el seno del gran linaje patrilineal regio. Durante una crisis, la de 1568, São Salvador fue destruida por «Jaga», posiblemente una coalición de invasores forasteros y de campesinos rebeldes. El rey tuvo que recurrir a la ayuda portuguesa para recuperar su trono. Mientras tanto, se vio perjudicado por variaciones en las rutas comerciales. Tras 1576, el comercio portugués desde Luanda dio a los dirigentes provinciales del sur acceso independiente a las armas de fuego y otras mercancías importadas, mientras que el comercio holandés, establecido en Soyo desde 1600, logró lo mismo en el norte. Un rey de talento, Garcia II, se esforzó por conservar su reino hacia la mitad del siglo XVII, pero su sucesor pereció en 1665 en la batalla de Mbuila, desatada por las pretensiones portuguesas sobre los depósitos de cobre del Congo. Soyo saqueó São Salvador, y el reino del Congo se hundió al desintegrarse las provincias y aldeas que lo componían. A comienzos de la década de 1700, una joven noble llamada Beatrix Kimpa Vita llevó a cabo un espectacular intento de reunificación. Recurriendo a una compleja síntesis de creencias indígenas y

cristianas, se declaró poseída por san Antonio y fue declarada líder nacional por sus seguidores campesinos en una Sâo Salvador reconstruida, pero acabó en la hoguera en 1706.

El tercer gran reino de África occidental que se vino abajo durante el tráfico de esclavos fue Oyo, un reino yoruba hegemónico en el sudoeste de la moderna Nigeria. También allí se daba un complejo sincretismo entre los procesos indígenas y el comercio extranjero. Oyo era un reino interior de la sabana, con una caballería de elite y un sistema político que dispersaba el poder entre grupos estructuralmente opuestos e instituciones a la manera característica de las antiguas ciudades yoruba. El poder en la capital era compartido entre el Alafin, un gobernante que vivía como un recluso, con autoridad ritual, y el Oyo Mesi, un consejo del que formaban parte los jefes de los ocho linajes más importantes. A comienzos del siglo XVII, Oyo era un importante proveedor de esclavos que había conquistado un pasillo de sabana hacia la costa a través de la brecha de Dahomey, convirtiendo al propio Dahomey en tributario en 1726-1727, para poder exportar a sus habitantes. Los oyo también sojuzgaron muchas ciudades yoruba y ejercieron cierto predominio sobre los borgu y los nupe del norte. Pero el control de ese imperio (y no solamente el tráfico de esclavos) acabó por desestabilizar a los oyo, al igual que desestabilizó al Imperio Nuevo egipcio. Las ganancias arrojadas por el imperio se diluían tanto como el poder. El Alafin ejercía novedosas funciones administrativas a través de esclavos regios. Los jefes incrementaron en gran medida su poder militar. En la disputa por el poder, el jefe más antiguo, el Basorun Gaha, derrocó al Alafin, gobernando desde aproximadamente 1754 hasta 1774, momento en que su impopularidad permitió al Alafin Abiodun recurrir a las fuerzas militares comandadas por el kakanfo para derrocar a Gaha y convertirse en jefe supremo hasta 1789. Desde entonces, el conflicto fue minando el sistema político, los pueblos sometidos se independizaron y, en 1817, un kakanfo disidente incitó a la rebelión a los numerosos musulmanes oyo que acabaron por asolar la capital que, hacia 1835, ya estaba despoblada. Las tensiones estructurales internas, la expansión imperial y el islam militante habían acabado con el reino.

Mientras los viejos imperios territoriales se hundían, fueron surgiendo nuevos reinos mercantilistas, bien porque los comerciantes se hacían con poder político, o porque los gobernantes controlaban el comercio. Los comerciantes que mayor éxito tuvieron fueron los del

delta del Níger, donde los líderes de las más poderosas casas-canoa se convirtieron, en el siglo xviii, en «reyes» hereditarios de diversas ciudades comerciales pequeñas. En África ecuatorial, en las tierras de los mercaderes vili de Loango, en la costa de Gabón, había un reino antes de que el comercio extranjero adquiriera una importancia decisiva. Pero cuando su gobernante intentó supervisar el comercio, los tradicionalistas insistieron en que evitase la corrupción rehuyendo el contacto con los blancos y sus productos. De ahí que fueran los comerciantes los que se hicieron con la riqueza y el poder, eliminando a los jefes territoriales del consejo real y eclipsando a la monarquía que, tras 1787, dejó de tener un rey. Lejos de la costa, entre los comerciantes tio de la laguna Malebo (Stanley) del río Congo, la monarquía se tornó meramente ceremonial y el poder pasó a manos de los jefes comerciales de las provincias. Los Grandes Hombres ejercieron su liderazgo durante mucho tiempo en esa región ecuatorial, adaptándose perfectamente al tráfico del Atlántico. Entre los mercaderes bobangi del Congo medio, por ejemplo, las casas-canoa eran tan importantes como en el delta del Níger, aunque fueran una novedad en esa región recién abierta al comercio y la competitividad.

Los que más se beneficiaron de los efectos políticos que tuvo el tráfico atlántico de esclavos fueron los akán de Costa de Oro. En el siglo xvii, sus reservas de oro habían dado lugar a una sociedad costera populosa, comercializada y dividida en estamentos, gobernada por Grandes Hombres que un comerciante europeo calificó de «pasmosamente altaneros y arrogantes». Los dirigentes militares de tierra adentro tenían más poder, pues desde finales del siglo xvii disponían de mosquetes para crear milicias ciudadanas, ampliar sus territorios y mantener el control de los puertos costeros con el fin de asegurarse el abastecimiento de armas. En 1680, el principal de estos reinos, Akuamu, capturó Accra. Dieciocho años más tarde, su rival, Denkyira, conquistaba Assin. Pero, al fin y a la postre, el vencedor fue Asante, un reino dependiente de Denkyira que escapó a su control en 1701 bajo el liderazgo de Osei Tutu, el líder que conquistó el resto de los reinos dependientes de Denkyira convirtiendo a Asante en el más poderosos de los reinos akán.

La riqueza de los asante se basaba en la agricultura. Tenían su capital en Kumasi, a unos 50 kilómetros al sur del límite septentrional de la selva, lo que les permitía sacar provecho tanto de la selva como de la sabana. La tierra era propiedad de los linajes, pero estaba disponible para

todos y la cultivaban núcleos básicos de campesinos, cuyas aldeas de chozas pequeñas y cubiertas de paja, construidas en los claros de la selva, contrastaban espectacularmente con el aspecto de la peligrosa, competitiva y dominante capital, que quizá contara con entre 12.000 y 15.000 habitantes a comienzos del siglo XIX; estaba rodeada de un cinturón de unos 20 kilómetros de asentamientos agrícolas con una gran densidad de población, y contaba con numerosos artesanos especializados. Los asante constituían además un reino eminentemente comercial, y utilizaban cuatro rutas principales que conducían hacia el norte, desde Kumasi hasta la sabana, y otras cuatro que llegaban por el sur hasta la costa. El comercio del norte, en especial el de nueces de cola, estaba abierto tanto a mercaderes privados como a agentes públicos, pero el tráfico del sur, basado en el oro, el marfil y los esclavos, estaba más regulado. Fueron las rutas comerciales las que determinaron las conquistas de los asante, primero en el sur, entre 1701 y 1720, y luego en el norte, entre 1730 y 1752. En sus mejores momentos, hacia 1820, el imperio abarcaba más de 250.000 kilómetros cuadrados, divididos en tres amplias regiones. Las seis jefaturas tribales metropolitanas que habían creado la confederación militar de Osei Tutu, un anillo interior de pueblos conquistados que eran principalmente akán, y pagaban impuestos anuales a los funcionarios del reino, y los pueblos periféricos no akán, tributarios de Gonja y Dagomba, a los que los asante exigían 1.000 esclavos al año y entre los que tenían que reprimir frecuentes rebeliones. Los asante siempre fueron una sociedad radicalmente militarizada con milicias y una severa ideología militarista brutal con los débiles.

El gobierno del imperio enfrentó a los asante a los mismos problemas que desestabilizaron a los oyo, pero los asante contaban con una sofisticación política mucho mayor. Al igual que los alafín de Oyo, los asante (y en especial Osei Kuaduo [1764-1777]) crearon un cuerpo de funcionarios para administrar las tierras conquistadas pero, a diferencia de los alafín, los eligieron de entre los linajes matriarcales libres, poniéndolos al frente de jefaturas tribales que constaban de lotes de tierra y gente, y creando departamentos administrativos con funciones específicas. Tanto en la tesorería como en la cancillería emplearon a musulmanes cultos, siendo así que no era nada frecuente que los asante dieran empleo a personas con cultura, como tampoco lo era que dependieran de musulmanes, a los que en general mantenían a raya. Como la de Buganda, era una burocracia patrimonial: surgió en la casa real, siguió

sujeta al favor real, se convirtió en parcialmente hereditaria y los empleados no recibían salarios regulares. Creada para administrar el imperio, se convirtió en un medio utilizado por los reyes para asentar de modo paulatino su supremacía sobre los jefes militares en las provincias metropolitanas. Los reyes también explotaron las rivalidades entre provincias, crearon una fuerza de seguridad interna (la *ankobea*), pusieron en funcionamiento tribunales regios, establecieron el culto estatal del Banquillo de Oro, implementaron un festival anual, el Oduira, en el que se escenificaba el poder regio, y crearon una rica cultura mixta que incluía danzas, instrumentos de música y conocimientos y prácticas médicas de los pueblos conquistados. El reino era fuerte gracias a sus instituciones políticas basadas, no en una oposición estructurada entre el rey y los jefes, como en Oyo, sino en una asamblea nacional anual, la Asantemanhyiamu. Asantehen eran los reyes en consejo. Los elegían la reina madre y los jefes eminentes entre varios candidatos de los linajes matriarcales, sistema que libró en gran medida a los asante de las disputas sucesorias tan funestas para el resto de los reinos africanos.

La tierra de los asante era la única de África donde había tanto ricos recursos agrícolas como mineros. Su oro les procuraba armas de fuego y también, inicialmente, esclavos, hasta que los elevados precios de los esclavos en el siglo XVIII llevaron al reino a exportarlos a cambio de municiones, reservando el oro para la economía doméstica, donde hasta el precio de las bananas se calculaba en polvo de oro, y en el que todo hombre importante llevaba consigo sus escalas y sus pesos de oro, frecuentemente moldeados en bronce. El oro deparó a los asante una espectacular opulencia. Un emisario de la costa informó, deslumbrado: «Había oro por todas partes»; el baño matinal del Asantehene se acompañaba con el tintineo de las llaves del tesoro. Los reyes obtenían la fidelidad de sus ambiciosos seguidores prestándoles oro. El oro, con el que compraban el trabajo de los esclavos, les defendía de la amenaza de la selva circundante. Si se convertía en mosquetes, defendía al reino contra sus enemigos. El oro acumulado por un jefe pertenecía, no a sus descendientes, sino al reino, que (por lo menos en el siglo XIX) gravaba con elevados impuestos sucesorios los patrimonios de los ricos fallecidos. De ese modo, convertían en virtudes públicas los éxitos privados. El oro dio a los asante un medio para canalizar la competitividad individual y ponerla al servicio del reino, dentro de los límites del orden establecido de rango y poder.

Dahomey fue el segundo gran reino costero creado en respuesta al tráfico atlántico de esclavos pero, como no había oro, evolucionó de forma diferente. A finales del siglo XV las comunidades principales entre los pueblos aja-eue de la ensenada de Benín eran Allada y Whydah. Dahomey era un reino del interior creado al parecer en el siglo XVII como apéndice de Allada. Cuando este último intentó controlar el intenso tráfico de esclavos y armas de fuego de la época, Dahomey lo conquistó, en 1724, convirtiéndose en el poder local hegemónico, aunque fuera tributario de Oyo. Los jefes principales limitaban un poder regio ya bastante limitado de por sí en la práctica, aunque Dahomey no fue nunca un reino más autoritario que sus antecesores. La sucesión al trono, en gran medida por primogenitura, garantizó que solamente 10 reyes reinasen entre 1650 y 1889. Realizaban incursiones contra sus enemigos, pero nunca se creó un imperio; siempre fue un pequeño reino cuidadosamente administrado por jefes del pueblo y las cortes reales. El sistema religioso estaba bajo estricto control regio. El ejército contaba con unidades de mosqueteros, famosos por su brutalidad y su fina puntería. Su célebre cuerpo de amazonas (probablemente en origen una guardia palaciega) reflejaba la importancia pública de las mujeres, quizá porque un reino tan pequeño y agresivo necesitaba todos sus recursos humanos. El rango y la etiqueta eran estrictos; el militarismo, estridente. Todos los esclavos capturados pertenecían al rey y se les trataba de forma excepcionalmente cruel.

En Angola también vieron la luz reinos basados en el comercio. El primero, a comienzos del siglo XVI, fue Ndongo, creado por un eminente líder ritual de los mbundu en el interior de Luanda. Cuando los portugueses ocuparon Luanda en 1576 y comenzaron su expansión tierra adentro, Ndongo logró resistir, hasta que les atacaron por la espalda bandas de guerreros imbangala, jóvenes embrutecidos, probablemente movidos por el hambre y el clima de turbulencia política interna y atraídos a la costa por el comercio. Finalmente, Ndongo se hundió en 1671, pero durante la década de 1620 su reina Nzinga había adoptado el militarismo de los imbangala, se retiró a Matamba, tierra adentro, y estableció allí un nuevo reino que se convirtió en un gran centro de tráfico de esclavos a larga distancia. El jefe imbangala más destacado, Kasanje, creó un reino semejante con súbditos mbundu durante la década de 1630. Matamba y Kasanje fueron los reinos comerciales más destacados de Angola. Gozaron de cierta estabilidad en cuanto desarro-

llaron instituciones para paliar la violencia del tráfico de esclavos, la crueldad de la esclavitud durante la guerra y el derecho al secuestro y la distorsión de los procedimientos judiciales. Pero la violencia sólo se trasladó tierra adentro. Durante el siglo XVIII, el principal proveedor de esclavos de Angola fue Lunda y surgió un nuevo foco de trata de negros, más al sur, donde se había instalado en el siglo XVII el pueblo ovimbundu, probablemente reorganizado políticamente con innovaciones copiadas a los mbundu y de los imbangala, que empezó a explorar, a partir de la década de 1790, las posibilidades del comercio de esclavos en el alto del Zambeze.

Consecuencias económicas y sociales

El comercio de esclavos tuvo un impacto económico complejo. La esclavitud sólo era un sector más en unas economías que seguían siendo predominantemente agrícolas. Los especialistas creen que, a mediados de la década de 1780, momento culminante del tráfico de esclavos, el valor medio por esclavo en África occidental no pasaba de 0,10 libras esterlinas anuales, comparado con las 2,30 libras en Gran Bretaña y las 5,70 libras en las Indias occidentales británicas[17]. Por entonces los africanos occidentales tocaban a menos de medio metro de tela importada al año. El tráfico de esclavos estaba creciendo mucho más deprisa que el comercio internacional en su conjunto y, claro está, se distribuyó de modo mucho más desigual por África occidental. Lo más destacado de ese impacto económico fueron los pocos cambios que suscitó. África occidental comerció con el mundo atlántico durante más de 300 años sin experimentar gracias a ello un desarrollo económico apreciable.

El impacto que tuvieron las manufacturas importadas sobre las industrias de África occidental ilustra bien esta cuestión. En la costa, en Angola y a lo largo del río Senegal (donde la trata de esclavos tuvo un mayor impacto) las telas importadas sólo perjudicaron a la industria textil indígena durante el siglo XVIII. En otras regiones, el mercado en expansión absorbió tanto los productos locales como los importados. Se estima que la producción de tejidos entre los igbo creció en el siglo

---

[17] D. Eltis y L. C. Jennings, «Trade between Western Africa and the Atlantic World in the Pre-Colonial Era», *American Historical Review* 93 (1988), p. 956.

XVIII; las telas de los yoruba se vendían en Brasil, y los asante crearon una nueva industria textil con ingenios mecánicos importados del norte. Lo mismo sucedió con el resto de la artesanía. En la costa y a lo largo del río Senegal, la fundición de hierro (la industria africana menos competitiva) requería a menudo importación de hierro en bruto. Pero, por lo general, los costes de transporte y las preferencias de los usuarios protegieron a los fundidores en otras partes, dando alas a los herreros. El bronce importado elevó a niveles envidiables a la artesanía de Benín, a la par que los nuevos reinos como el de los asante y Dahomey refinaban un sistema industrial dirigido desde la corte. Entre los barqueros y los porteadores surgieron nuevas especialidades. Pero el tráfico atlántico no mejoró la estructura de las industrias africanas occidentales, ni el sistema de transporte, su principal cuello de botella. Más aún, al contrario que las plantaciones del Caribe, África occidental apenas exportó productos agrícolas, aparte de alimentos para los barcos negreros, que se cultivaban, en gran medida, en aldeas de esclavos. En Allada se calculó en 1663 que dar de comer a ocho esclavos en el mar costaba tanto como otro esclavo. En 1726, el rey Agaja de Dahomey no recibió respuesta cuando sugirió a los europeos que, en lugar de exportar africanos, crearan más plantaciones en su reino, que él proveería de esclavos. Uno de los efectos más destructivos del tráfico de esclavos fue el atraso en la producción de bienes de consumo en África.

Otro efecto, de consecuencias más inciertas, fue el fomento de la esclavitud dentro de la propia África occidental, en especial de la esclavitud femenina. Un censo, realizado entre 1777 y 1778 en los territorios portugueses de Angola, demuestra que había el doble de mujeres esclavas adultas que de hombres, debido a que se exportaba a los jóvenes. A las mujeres se las valoraba atendiendo tanto a su capacidad reproductora como a su capacidad de trabajo. La capital de Lunda estaba rodeada por aldeas dedicadas a la producción de alimentos de las que partían sus rutas comerciales. Se dice que, a mediados del siglo XVIII, un empresario poseía 140 esclavos trabajando en su plantación de Futa Jalon. En algunas de las sociedades costeras más volcadas en el comercio, era la posesión de esclavos la que otorgaba la plena ciudadanía, y se empezó a denominar a muchos de los trabajos más pesados: «trabajo de esclavos». Según un comerciante de Costa de Oro de la década de 1770 que, sin duda, exageraba, todo hombre fante libre poseía al menos uno o dos esclavos. Cuando los esclavos eran tan numerosos podían obtener

un estatuto privilegiado, como ocurría en el caso de los administradores del Alafin, o de los esclavos reales de los reinos wolof, que supervisaban el trabajo de las cuadrillas de campesinos libres. Pero lo normal era que la proliferación de esclavos redujera el estatus de muchos, de parientes pobres a meros jornaleros. Quienes visitaban los reinos asante y Dahomey observaron que los esclavos tenían dificultades a la hora de obtener esposa allí donde los amos polígamos acumulaban mujeres. Curiosamente, ciertos estudios realizados sobre el siglo XIX sugieren que las mujeres esclavas tenían pocos hijos, quizá deliberadamente. Como demuestra el caso del Congo, la esclavitud masiva tendía, asimismo, a reducir el estatus de los campesinos libres, lo que debió de afectar especialmente a un colectivo muy numeroso de esclavos: las mujeres.

Las tensiones endémicas, propias de las sociedades esclavistas, se aliviaban en ciertas fiestas en las que se autorizaba una inversión del orden, como ocurría en el festival asante de Odvira, en el que «los artesanos de más baja extracción social y los esclavos declamaban furiosamente contra la palabrería oficial». A veces los conflictos generaban violencia. Se han registrado más de 92 ataques a barcos de negreros desde las costas, sobre todo en el curso de los ríos Senegal y Gambia. Sabemos que hubo revueltas de esclavos contra los comerciantes europeos en Gambia, entre 1681 y 1682, y en Senegal en 1698. Las revueltas fueron muy comunes en Futa Jalon, donde los esclavos eran mayoría. Tras una de ellas se creó un asentamiento de esclavos independiente en Kondeah, en 1756. En otra, habida en 1785, acabaron decapitados varios amos y quemados los campos de arroz, tras lo cual los esclavos fundaron una comunidad independiente que aguantó 11 años. Poco después murieron 50 esclavos a consecuencia de una conspiración. Sin embargo, los levantamientos eran algo relativamente excepcional hasta el momento en que el fin de las exportaciones de esclavos llevara al asentamiento en la costa de grandes grupos de hombres carentes de libertad. Tal vez se debiera a la facilidad con la que podían escapar y volver a sus comunidades de origen o unirse a alguna de las comunidades de cimarrones situadas en los límites de las regiones esclavistas. Por ejemplo, en la Angola del siglo XVII, las rebeliones de esclavos no afectaron a los portugueses, pero sí hubieron de hacer frente a fugas masivas en la zona de Luanda y alredededores. Los esclavos se refugiaban en la selva de Nsaka de Casanze o en la zona de monte bajo deshabitada del sur de Kisama, aún no conquistado y probablemente el mayor refugio

para los cimarrones de África occidental. A veces se unían a los rebeldes de la reina Njinga de Matamba, que prometía a los esclavos su libertad y tierras.

Sin embargo, por lo general, las sociedades esclavistas solía basarse en una desigualdad brutal y en el comercio. El arte de Benín evolucionó hasta dar formas exquisitas a, por ejemplo, muchos símbolos de Olokun, dios de la riqueza. En la ensenada de Benín surgió la leyenda de que las conchas de caurí importadas como monedas crecían en los cadáveres de los esclavos arrojados al mar. La riqueza adquirida con la venta de esclavos era tan volátil como uno de los pasatiempos favoritos de los africanos: el juego. De ahí que los bobangi llegaran a la conclusión de que sólo se podía incrementar la propia riqueza a expensas de la de los demás, normalmente a través de la hechicería o brujería, o incluso sacrificando la vida de un pariente, como hiciera Asimini, segundo rey de los bonny en el delta del Níger, de quien se decía que sacrificó a su hija a los dioses del mar a cambio de que ahondaran más el estuario para los buques portugueses. Muchos de los oráculos a los que se consultaba sobre la existencia de hechizos condenaban por brujería a los apresados que acababan vendidos como esclavos. Entre los jola de la costa sur del moderno Senegal se añadieron nuevos altares a los tradicionalmente erigidos para garantizar la prosperidad y alejar la desgracia, esta vez para que ayudaran a la captura de esclavos. El rito requería que el sacerdote oficiante hubiera capturado personalmente un esclavo para verter sangre y vino de palma sobre grilletes de madera. También había altares que protegían a aquellos esclavos excluidos de los rituales de las personas libres. En la región de los Anlo, en la costa de oro, un culto nuevo permitió a los esclavos comunicarse con los ancestros a los que ya no podían honrar en sus lugares de origen. Puede que la reacción que mejor ilustra esta patología social se encarnara en una patología médica, algo muy habitual en el pensamiento africano. En el culto lemba del Congo medio y bajo, creado en el siglo XVII, se trataba de «calmar» los síntomas de una enfermedad que supuestamente cursaba con síntomas como dolor abdominal, respiración dificultosa y esterilidad, que afectaba a la elite comercial compuesta por jefes, comerciantes y esclavos que habían triunfado. Puede que la enfermedad real fuera ansiedad generada por la envidia, pero se la intentaba curar a base de hechizos. La cura consistía en pagar mucho para entrar a formar parte de la sociedad lemba, cuyos poderosos miembros se

protegían entre sí garantizando, según su retórica, que no se extinguieran los linajes. Los curanderos lemba utilizaban tambores y pulseras adornadas con conchas de caurí, controlaban los mercados, dirimían las disputas y regulaban un sistema comercial que traspasaba las fronteras políticas a lo largo de media África ecuatorial. El culto desapareció a comienzos de siglo XX, junto con el tráfico de esclavos, pero sobrevivió en el Caribe, al igual que las consecuencias generadas por la venta de seres humanos.

El culto lemba ilustra la capacidad de los africanos privilegiados para crear o adaptar instituciones que les ayudaran a sobrevivir al tráfico de esclavos. Los comerciantes igbo enriquecidos crearon asociaciones similares, y la Orden de Cristo, originalmente un cuerpo de caballeros portugueses, ocupó en Angola el lugar del culto lemba. Allí, como en muchas otras regiones, los hombres mayores redefinieron sus estructuras familiares para controlar mejor la conducta y libertad de sus dependientes, a los que explotaban pero también protegían. Puesto que la familia ocupa un lugar tan importante en las sociedades africanas, su destrucción solía constituir la experiencia más amarga de un esclavo. Olaudah Equiano cuenta en sus memorias cómo, a lo largo de toda su vida, intentó crear una red de parientes que reemplazara a la original. Los que se quedaron en África contribuyeron enormemente a reforzar los sistemas de parentesco, pues la familia seguramente fue su principal arma contra la esclavitud. El matrimonio polígamo, por ejemplo, protegía a los huérfanos y al excedente de mujeres. En ese sentido, su experiencia histórica pertrechó a los africanos para resistir la esclavitud mejor que otros pueblos, y sus códigos de honor y rituales para soportar el dolor fortalecieron su resistencia a la crueldad. La historia anterior de África hizo posible tanto el tráfico de esclavos como que sobrevivieran a él.

El impacto de la abolición

En 1807 el Parlamento británico resolvió abolir el tráfico atlántico de esclavos. Los abolicionistas creían que así se abriría un nuevo capítulo en la historia de África occidental. Algunos historiadores consideran que la abolición generó una discontinuidad crucial que situó a África occidental en el lugar que ocupa actualmente en el seno de la economía mundial como proveedor de productos agrícolas, con sus

consecuencias políticas y sociales. Hay algo de verdad en ello, pero la quiebra entre el siglo XVIII y el XIX no fue tan impactante, ya que las resoluciones parlamentarias tuvieron escaso efecto en África. Por más que Gran Bretaña impusiera la abolición a sus ciudadanos, su única arma contra los extranjeros era estacionar buques de la Armada frente a las costas africanas con el fin de interceptar los barcos de negreros. Un liberto recordaba que «nos quitaban los grilletes de los pies y los tiraban al mar, y nos daban prendas de vestir para que tapásemos nuestras desnudeces, y abrían las espitas de las tinajas para que pudiésemos beber agua hasta la saciedad, y también comíamos hasta hartarnos»[18]. En total, la Armada capturó 1.635 barcos y liberó a tan sólo unos 160.000 esclavos, de los que muchos desembarcaron en una colonia creada en 1787 en Freetown (en la actual Sierra Leona). Sin embargo, no menos de 3.446.800 esclavos zarparon de África occidental rumbo al Atlántico en el siglo XIX, o sea, más de la mitad que en el siglo anterior. En las décadas de 1820 y 1830 se exportaron más esclavos que en cualquier otra década, excepto la de 1780.

La campaña británica cambió el sistema de un comercio de esclavos que desvió la exportación a Brasil o a la colonia española de Cuba, productora de azúcar. Los tratantes eran brasileños o cubanos (es decir, españoles) que establecieron factorías costeras permanentes, preparadas para cargar esclavos en cuanto aparecía un barco, con el fin de eludir las patrullas británicas. Un barco brasileño llegó a Cabinda, cargó a 450 esclavos y se hizo a la mar en menos de 100 minutos. Los mercaderes extranjeros residentes aumentaron su influencia política, en especial en la ensenada de Benín, donde Felix de Souza, en la década de 1840, y Domingo José Martins, en la de 1850, llegaron a ser príncipes entre los comerciantes. El tráfico ilegal era arriesgado, pero rentable. Entre 1856 y 1865, los barcos cubanos probablemente obtuvieran un promedio del 90 por 100 de lo invertido contra, quizá, un promedio del 10 por 100 en el siglo XVIII. El coste real de los esclavos cayó un 60 por 100 entre 1780 y 1860, debido a la dificultad de exportar, mientras que los precios en América subieron por el mismo motivo. Y más rentable aún resultaba exportar niños, por entonces la mitad de los embarcados en Angola. El origen de los esclavos también cambió. La guerra civil de Yoruba hizo que, a partir de 1817, la ensenada de Benín pasara a ser un

[18] Ali Eisami Gazirmabe, en Curtin, *Africa Remembered,* p. 214.

importante proveedor. El comercio se orientó hacia el sur para escapar a las patrullas británicas, concentrándose en la costa de Loango, Angola y Mozambique, que proporcionaron el 80 por 100 de los esclavos embarcados tras 1855.

El comercio exterior de África occidental se expandió en conjunto de modo espectacular durante la primera mitad del siglo XIX. El comercio con Gran Bretaña y Francia se multiplicó por seis o por siete entre 1820 y 1850, y las telas de algodón europeo incrementaron unas 50 veces su volumen de importación anterior. La expansión se debió principalmente a los bajos precios de los productos de las fábricas europeas y, tras 1850, al impacto de los barcos de vapor metálicos. No es una exageración. El valor promedio *per capita* del comercio de África occidental durante la década de 1860 era sólo de una cuadragésima parte del de Gran Bretaña y un octavo del de Brasil. Además, aunque la participación de África en el comercio mundial se incrementara durante el siglo XVIII, fue disminuyendo a partir de entonces. La producción y el consumo interno siguieron siendo el eje de su economía, si bien el comercio de ultramar fue, sin lugar a dudas, un importante factor de crecimiento.

No todas las consecuencias fueron positivas. La inflación resultó inevitable cuando, tras 1850, los barcos europeos importaron grandes cantidades de conchas de caurí, depreciando el valor de esta moneda de cambio. En Lagos, las conchas de caurí perdieron el 87 por 100 de su valor entre 1850 y 1895. Las telas europeas baratas hacían la competencia a los tejidos locales en regiones de mucho comercio, como el sur de Yoruba y las tierras de los asante, aunque los clientes más ricos seguían prefiriendo las telas africanas. En 1862 un viajero que iba de Osiele a Abeokuta, en tierras de los yoruba, se encontró con 1.305 personas, de las cuales 1.100 llevaban tejidos europeos. La competencia textil europea perjudicó a las industrias domésticas de los igbo por primera vez y la fundición de hierro local disminuyó notablemente.

Pero lo más importante del comercio del siglo XIX fue que África occidental empezó a exportar productos agrícolas y forestales, y no dejó de hacerlo hasta la década de 1960. Ya en el siglo XVIII se habían exportado pequeñas cantidades de esos productos. En la década de 1770, la vieja Calabar exportaba aceite de palma y goma (utilizada en la industria textil), superando las exportaciones de esclavos de Senegambia entre 1780 y 1820. Fueron, por lo general, las regiones más

implicadas en el tráfico de esclavos las que se pusieron a la cabeza de las exportaciones legítimas, utilizando las estructuras comerciales ya existentes. Pero la demanda europea de aceites vegetales se multiplicó a comienzos del siglo XIX, debido a que las poblaciones industriales ya no producían sus propios aceites y grasas, y también a que las innovaciones técnicas hacían que el procesamiento del aceite fuera más provechoso que antes. Entre la década de 1820 y la de 1850, las importaciones británicas de aceite de palma de África occidental se multiplicaron por seis y el precio se duplicó. En la década de 1830 el de aceite de palma africano valía más que sus esclavos. Llegaba a Gran Bretaña principalmente a través del delta del Níger, abastecido por los igbo y los pueblos afines del interior en cuyas tierras las palmeras eran silvestres. En tierras de los yoruba, eran las mujeres las que se encargaban del aceite, y en Dahomey, comerciantes y jefes crearon plantaciones de palma trabajadas por esclavos. También se extraía aceite vegetal de las semillas del cacahuete, un cultivo de la sabana que Gambia empezó a exportar en 1834 y Senegal en 1839, donde lo cultivaban campesinos locales, «granjeros emigrantes» del interior y esclavos. Entre 1868 y 1877 Senegal exportó un promedio anual de 27.000 toneladas de cacahuetes, el resultado estimado de unos 70.000 productores. Por entonces, el café (que empezó a exportarse en 1844) y ciertos productos de la selva (marfil, cera y caucho) arrojaban más beneficios en Angola de los que se obtuvieron con la trata de negros.

Muchos líderes africanos se resistieron a la abolición del comercio de esclavos. Los reyes de Asante, Dahomey y Lunda advertían que los cautivos que no se vendían y los criminales habían de ser ejecutados. Los historiadores han sugerido que la transición a las exportaciones agrícolas creó una «crisis de la aristocracia», porque, así como el tráfico de esclavos había sido un negocio «para reyes, hombres pudientes y mercaderes destacados», las exportaciones agrícolas beneficiaron a comerciantes y productores modestos. Los aristócratas, en consecuencia, intensificaron su explotación de la gente más preparada para resistir, provocando una escalada del conflicto. Esta teoría es muy interesante, pero sólo se puede aceptar con muchas reservas. No sólo hubo una gran continuidad política, incluso en las regiones más activas en el tráfico atlántico, sino que el comercio internacional no ejerció gran influencia en la mayoría de los sistemas políticos de África occidental.

Los asante, por ejemplo, nunca dependieron por completo de la exportación de esclavos, aunque siguieron vendiéndolos a los pueblos costeros a cambio de mercancías europeas compradas con aceite de palma, hasta muy entrado el siglo XIX. También incrementaron tanto sus exportaciones de oro a la costa como sus exportaciones de nueces de cola a los países islámicos del norte. Cuando los británicos se hicieron con el control de la costa en 1826, los asante, un pueblo muy militarizado, perdió también el poder en el interior ejercido, a partir de entonces, por los defensores del comercio pacífico. Kuaku Dua I (1833-1867) presidió un largo periodo de paz, prosperidad comercial y autoritarismo. La burocracia se convirtió en un estamento hereditario que guardaba celosamente sus conocimientos. El poder pasó del consejo nacional al círculo interno del rey. El gobierno estrechó su control, tanto sobre las provincias como sobre los ciudadanos, lo que afectó mucho a los ricos comerciantes que tenían contactos con el mundo exterior y resentían las trabas impuestas al comercio. El reino Asante de mediados del siglo XIX no era sólo rico y complejo, sino también brutal y crecientemente hostil a unas innovaciones que aparentemente amenazaban al orden establecido. De ahí que rechazaran la labor didáctica de los misioneros que pretendían enseñar a leer y a escribir, por miedo a que sus enseñanzas socavasen el valor militar o la obediencia de los esclavos. La principal quiebra se produjo cuando el sucesor de Kuaku Dua reanudó una política expansionista que, en 1873-1874, provocó una guerra en el curso de la cual una expedición británica destruyó Kumasi, se independizaron todas las jefaturas tribales excepto las originarias del imperio y se desencadenaron fuerzas, largo tiempo reprimidas, que dieron lugar a medio siglo de turbulencias. Algo parecido sucedió en Dahomey, que sobrevivió al abolicionismo con pocas dificultades y vivió una época dorada durante el gobierno de Gezo (1818-1858). Dahomey no sólo siguió exportando muchos esclavos hasta mediados de siglo, sino que, a veces, hasta sustituyó esas exportaciones por otras de aceite de palma cultivado por esclavos. Aunque la influencia de los comerciantes indígenas fue aumentando, la aristocracia militar mantuvo su predominio hasta la invasión francesa de 1892.

Así pues, en los dos principales reinos costeros de África occidental hubo bastante continuidad en la transición del tráfico de esclavos al tráfico legítimo. También la hubo en Senegambia, pero allí se registró cierta inestabilidad. Se ha sostenido que los cacahuetes permitían a los campe-

sinos adquirir armas de fuego con las que hacer frente, bajo la dirección de los morabitas islámicos, a la opresión de gobernantes «paganos» (a menudo, eclécticos) y sus fusileros ceddo, a su vez empobrecidos por la abolición. El resultado fueron las «revoluciones morabíticas». La más importante fue la de Maba Jaaxu en la orilla norte del bajo Gambia (1860-1867). Eran conflictos que llevaban causando estragos en la región desde el siglo XVII, y apenas se recrudecieron cuando los gobernantes tuvieron que gravar con impuestos las exportaciones de cacahuetes, o cuando dedicaron a los esclavos no vendidos a la producción de esos mismos cacahuetes, ni cuando aún no se habían impuesto limitaciones al tráfico de esclavos en el norte del Sáhara. La principal diferencia fue que algunas de las primeras revoluciones morabitas tuvieron éxito, mientras que las del siglo XIX fracasaron, en parte, porque los franceses estaban más que dispuestos a intervenir para abortarlas. Sólo tras la conquista europea se hicieron los morabitas con Senegambia. La abolición animó a Futa Jalon, el principal reino esclavista, a extender su influencia a la costa norte de Guinea para compartir el tráfico legítimo y adquirir tierras para su población en expansión, compuesta por hombres libres y esclavos.

La continuidad también fue lo más característico del siglo XIX en el delta del Níger. La transición del comercio de esclavos al de aceite de palma fue paulatina. Se los comercializó en los puertos del río, pero procedían de otras zonas y llegaban al delta a través de la maquinaria comercial creada por las casas-canoa. Estas casas flotantes daban mucha movilidad a los hombres con talento de baja condición, incluidos esclavos. Competían entre sí y, las que se hacían con un gran volumen de comercio, dejaban la organización, en un proceso que se prolongó a lo largo de todo el siglo XIX. En Bonny, por ejemplo, la monarquía se hundió bajo el peso de estas rivalidades, y el perdedor, un esclavo llamado Jaja, aceptó su derrota en 1869 y fundó una nueva ciudad en Opobo, cuyo gobierno legitimó a la manera tradicional. La antigua Calabar (en el río Cross) era la única excepción a esa pauta, pues carecía de casas-canoa. En su lugar, la elite comercial fundó una sociedad secreta, Ekpe, que reprimió con gran brutalidad al creciente número de esclavos. Estos respondieron uniéndose en una defensa común como «hermanos de sangre», pero nunca se opusieron a la esclavitud en sí, y seguían apoyando a sus amos en las luchas entre facciones.

En tierras de los yoruba se aprecia fácilmente la continuidad a pesar de los cambios habidos durante el siglo XIX. Cuando la rebelión islámi-

ca de 1817 destruyó Oyo, su medio millón de habitantes se refugiaron más al sur, en la selva, donde se hicieron con extensas tierras de cultivo, sembraron la mandioca y el maíz, construyeron grandes ciudades como Ibadán, Ijaye, Abeokuta y Nueva Oyo, e iniciaron casi un siglo de guerras con armas de fuego compradas a cambio de esclavos y aceite de palma. La sociedad yoruba estaba fuertemente militarizada, los jefes guerreros acumulaban poder y formaban grandes séquitos de «jóvenes guerreros». Entrenaban a grupos de niños demasiado jóvenes para guerrear, que seguían a los ejércitos encuadrados en unidades llamadas «Padre ha dicho que no me escape nunca». Ibadán se convirtió en la nueva capital, pero el nuevo orden yoruba nunca cuajó, sobre todo porque era una confederación de jefes militares que atentaba contra las tradiciones políticas de los yoruba. Las ciudades rivales que formaban parte de antiguas monarquías, como Alafin de Nueva Oyo, despreciaban a Ibadán: «un pueblo sin rey y hasta sin Constitución». Fueron los británicos los que, en 1893, fundaron un nuevo orden en tierras yoruba.

La abolición tuvo un mayor impacto en los sistemas políticos de África ecuatorial, donde la esclavitud había sido más destructiva. El declive de las exportaciones de esclavos en Angola, a lo largo de la década de 1850, provocó una crisis entre los gobernantes imbangala. Lunda, la mayor exportadora de esclavos que, sin embargo, carecía de armas de fuego, sufrió especialmente las consecuencias de la expansión del comercio de productos de la selva, que atrajo al reino a grupos de cazadores chokue, móviles y bien armados, que intervinieron en las disputas sucesorias, mataron al rey, saquearon la capital y destruyeron el imperio en las décadas de 1870 y 1880. La movilidad suscitada por el comercio tuvo mayores efectos en Gabón y Camerún, donde las mercancías importadas impulsaron a los ambiciosos pueblos fang y beti a abrirse camino a través de la selva ecuatorial hacia la costa, en medio de «un paroxismo de violencia», a mediados del siglo XIX. El nuevo reino más importante de la región, el reino de los bamum en las praderas de Camerún, debió mucho de su temprana expansión durante el siglo XIX a la utilización de las armas de fuego para conquistar, esclavizar y asentar a miles de cautivos, siguiendo así muy de cerca los pasos dados por los fundadores del reino Asante un siglo antes.

Como demuestra el caso de los bamum, la prohibición de exportar esclavos entre los siglos XVIII y XIX difundió la esclavitud por toda África, donde los esclavos pasaron a ser más numerosos que en cualquier

otro continente. Los negreros penetraron incluso más hacia el interior. Alrededor de 1850, los tratantes ovimbundu del sur de Angola llegaron a tierras de los luba de Shaba y de los ovambo de la moderna Namibia. En África occidental, la comarca de los mossi (que probablemente abarcaba una gran área alrededor del río Volta) se convirtió en la nueva zona de caza, suministrando el 59 por 100 de los 605 esclavos que compró un tratante en Kumasi entre 1837 y 1842. Cuarenta años después, el comercio de esclavos en esa región culminó con las conquistas de Samori, fundador del reino dyula, que vendió miles de esclavos en la costa a cambio de armas de fuego. Muchos de ellos quizá fueran a parar a las plantaciones de cacahuete de Senegambia porque allí, como en Dahomey, en tierras de los yoruba, en la antigua Calabar y otras muchas regiones, se siguió considerando legítimo el tráfico de esclavos debido, en parte, a lo extendido de la práctica.

Los amos temían las artes de brujería practicadas por sus esclavos. A medida que crecía el número de esclavos y se capturaban más hombres, aprendieron a temer asimismo posibles rebeliones. Cuando empezaron los disturbios, a comienzos del siglo XIX, los asante tuvieron que dispersar a los esclavos por la campiña de los alrededores de la capital. En Futa Jalon hubo una rebelión importante en 1845, cuando los esclavos se congregaron en torno a un morabita disidente, Alfa Mamadu Dyuhe. Conocido como Hubbu (de hubb, «amor», palabra clave en sus cantos árabes característicos), tomó la capital Futa Jalon, retirándose después a una comunidad de cimarrones que fue exterminada por Samori en 1884. Entre 1848 y 1851 fueron esclavos rebeldes los que controlaban Itsekiri, en el delta del Níger. Poco después, otros esclavos obtuvieron su libertad tras destruir Ode Ondo, al este de las tierras de los yoruba. En Duala, los esclavos crearon tanta inseguridad entre 1858 y 1877 que sus amos recabaron la protección de los europeos.

La necesidad de atemorizar a numerosos esclavos, hombres vendidos a bajo precio, probablemente fuera una de las razones que expliquen lo que los europeos del siglo XIX calificaban de «sacrificio ritual». Las primeras dinastías egipcias y las culturas de Kerma, de Ghana, de Igbo-Ukwu y de Ife, entre otras, enterraban a los sirvientes con sus amos para que acompañaran a los grandes hombres en su viaje al más allá. Tanto los musulmanes como los cristianos se opusieron enérgicamente a esa costumbre, que sólo sobrevivió en el siglo XIX allí donde su influencia era escasa. Se realizaban sacrificios a diario, en las festividades anuales y

en los funerales importantes (que quizá se tornaron más comunes a medida que se incrementaba la riqueza de los aristócratas). Muchas matanzas tenían una finalidad religiosa, pero también servían para castigar a los delincuentes, asustar a los adversarios ejecutando cautivos y aterrorizar a los esclavos. «Cuando un esclavo se toma demasiadas confianzas, lo sacrificamos en un rito funerario», decía un proverbio asante. Y Kuaku Dua decía a un misionero: «Abolir los sacrificios humanos sería como privarme a mí mismo del medio más eficaz para controlar a mis súbditos»[19]. Establecida desde antiguo en los reinos Asante, Dahomey y Benín, esa práctica se volvió mucho más común en el siglo XIX en otras zonas con una población de esclavos creciente, sobre todo entre los bobangi, en Duala y en la antigua Calabar. No dejaba de ser una ironía que la abolición fomentara semejante crueldad.

Los historiadores han sostenido que la abolición del comercio de esclavos estimuló el crecimiento de la población en África occidental desde mediados del siglo XIX. La mejor evidencia de este fenómeno proviene de Igboland, donde, desde alrededor de 1840, varios observadores testimoniaron la colonización agrícola, el cultivo de la yuca en suelos pobres y la creciente escasez de tierras locales. «La población es tan grande y le es tan difícil vivir de sus granjas», escribió uno de los primeros misioneros, «que si oyesen que queremos transportistas, acudirían en gran número mendigando que les empleásemos»[20]. Sin embargo, los obstáculos para el crecimiento de la población siguieron siendo serios. Igboland sufrió graves epidemias de viruela en 1864, 1867 y 1873, al igual que muchas partes de África occidental. Se cuenta que la de 1864 mató a un cuarto de la población de Luanda. Angola sufrió también graves pérdidas de cultivos en 1857, 1863-1869 y 1876-1884, la exportación de muchos «trabajadores libres» a São Tomé y la guerra intestina sin tregua así como la esclavitud, por lo que su declive demográfico probablemente continuó hasta finales de siglo. Senegambia, de igual manera, experimentó la mayor epidemia de cólera en la región en 1868-1869, además de incesantes oleadas de violencia y muerte. No sabemos si la población de África occidental en su conjunto se recuperó a finales del siglo XIX, más nos consta que las experien-

[19] T. B. Freeman, *Journal of Various Visits to the Kingdoms of Ashanti, Aku and Dahomi*, Londres, 1844, p. 164, 2.ª ed.

[20] F. M. Dennis, periódico, 17 de noviembre de 1908, CMS Unofficial Papers 4/F2.

cias locales variaron desde el crecimiento en Igboland a la probable disminución en Angola. Como en otras partes de África durante el siglo XIX, los factores locales determinaron la historia demográfica.

El cristianismo

Las pautas de pensamiento y las instituciones de África occidental paliaron, hasta finales del siglo XIX, el brutal impacto de las costumbres e intereses europeos. La labor de los misioneros cristianos es nuestro mejor ejemplo. Portugal envió sus primeros misioneros a África occidental en 1458 visando sus actividades hasta que, en 1622, el papa creó su propia organización misionera, la Congregación Propaganda Fide, y comenzó a enviar a clérigos no ibéricos. La obra de los misioneros decayó durante el siglo XVIII, pero se retomó con fuerza tras 1800, cuando se implicaron en ella, por primera vez, tanto protestantes como católicos.

El principal campo de acción durante los siglos XVI y XVII fue el Congo. Como sus nuevos gobernantes carecían de legitimidad ritual y no encajaban en las instituciones religiosas indígenas, quisieron hacer del cristianismo un culto oficial que permitiera entrar en contacto con los espíritus de los reyes muertos. De ahí que la iglesia central de Sâo Salvador se edificara sobre el cementerio real. Tras su ascenso al trono, Afonso I destruyó «la gran casa de los ídolos» y envió a docenas de jóvenes aristócratas a Portugal para que se educasen en el cristianismo. Su hijo Henrique llegó a ser obispo y cabeza de la Iglesia entre 1521 y, quizá, 1530. Aunque los misioneros nunca crearon un sacerdocio autóctono en el Congo, ordenaron a varios congoleses en el siglo XVII, reclutaron entre la aristocracia culta a catequistas e intérpretes, y nombraron a los «esclavos de la iglesia» (un cargo hereditario) custodios del ritual cristiano. Aunque al principio el cristianismo era ante todo un culto aristocrático, el pueblo adoptó las prácticas cristianas que satisfacían bien sus necesidades, al modo ecléctico y pragmático de las religiones africanas. Se creía que el bautizo protegía contra la brujería. Una nueva categoría de espíritus celestiales, probablemente de inspiración cristiana, ofrecía a los individuos prosperidad, buena salud y protección contra los hechizos. A la Virgen María se la asociaba con la fertilidad. La tradicional veneración a los antepasados hizo del Día de Difuntos y del Jueves San-

to las festividades más populares. Los misioneros del siglo XVI respondieron en su mayor parte igual que los obispos norteafricanos o que san Takla Haymanot: aceptaron un sincretismo que guardaba muchas semejanzas con el cristianismo de la Europa rural, pero consideraban que las prácticas puramente indígenas eran obras del diablo, brujería más que religión. Esos puntos de vista se endurecieron en el siglo XVII. Los ascéticos frailes capuchinos enviados por el Vaticano en 1645 pusieron tanto celo en destruir objetos rituales que se ganaron la animadversión de la aristocracia del Congo. Pero en la provincia de Soyo, que aspiraba a la independencia, su impacto fue lo suficientemente profundo como para influir incluso sobre las prácticas matrimoniales de los aristócratas. Sin embargo, en otras zonas del Congo rechazaron la monogamia y el matrimonio eclesiástico, habida cuenta de que los misioneros no consideraban que la poligamia fuera un obstáculo para recibir el bautismo pero, en tanto que concubinato, lo calificaban de pecado.

Aunque el reino del Congo se derrumbara tras 1665 y se abandonaran los intentos de reunificación del movimiento sincrético antonino en 1706, el cristianismo africanizado sobrevivió en el Congo con gran desconcierto por parte de los misioneros del siglo XIX. Los jesuitas del siglo XVIII habían tenido éxito evangelizando la región de Ambaca, en Angola; pero, en otras regiones de África tropical, la labor misionera anterior a 1800 tuvo poco impacto. Los gobernantes de Benín fueron hostiles a los evangelizadores. Sus rivales, los itsekiri, profesaron el cristianismo desde alrededor de 1570 hasta 1733, aunque sólo en la corte. En un principio, los gobernantes de la ensenada de Benín consideraban el cristianismo tanto una posible religión oficial como una fuente de magia, pero lo rechazaron al enterarse de que suponía el abandono de sus rituales ancestrales, en vez de su fortalecimiento. La misión portuguesa en África central condujo al asesinato de Gonçalo da Silveira y acabó tras tres siglos de esfuerzos, en gran medida baldíos, en la región del Zambeze. Sus intentos de acercamiento a Etiopía acabaron con la expulsión de los misioneros en 1632.

Tras 1800, se reanudó la evangelización activa en África occidental. Los católicos empezaron su labor en Senegal y Gabón, pasando desde allí a tierras yoruba e igbo. Los protestantes se establecieron primero en Sierra Leona en 1804 prosiguiendo luego su labor por la costa, sobre todo por Liberia, Costa de Oro y el sur de la moderna Nigeria. Al proceder de sociedades que se modernizaban rápidamente, esos misioneros

fueron menos tolerantes que sus antecesores con ciertas instituciones africanas como la poligamia, la esclavitud, la aristocracia y la realeza. Cuando las clases gobernantes se negaban a escucharles, se ocupaban, como decía la Constitución de los Padres del Espíritu Santo, «de las almas más abandonadas». No era ya que confiaran en su superioridad moral y tecnológica, sino que verdaderamente tenían cosas más modernas que enseñar que los capuchinos descalzos. También rescataron esclavos, que se convertían en sus agentes africanos. Las misiones protestantes convirtieron a los saro (de Sierra Leona), quienes luego regresaban a sus hogares en otros lugares de África occidental como cristianos, clérigos o laicos. El más famoso, Samuel Ajayi Crowther, se convirtió en obispo de Níger en 1864. Sin embargo, ni siquiera contando con los saro lograron las misiones del siglo XIX nada parecido a una conversión general de la sociedad africana. Antes bien, el cristianismo se integró en el marco de las instituciones africanas, que funcionaban, a pesar de su volatilidad.

Los laicos fueron los primeros en reaccionar ante la labor de los misioneros. Cuando regalaron un Nuevo Testamento al Consejo de los asante, sus miembros afirmaron: «Es la Palabra de Dios, y más vale que no lo abramos», pues temían que fuera una amenaza para el orden establecido[21]. Los akuapim, en cambio, que se habían aliado con Gran Bretaña para poder librarse del dominio de los asante en la década de 1820), dieron la bienvenida a los misioneros en 1835, y su territorio se convirtió en un centro de innovación cristiana. Muchos de los primeros cristianos eran esclavos, niños, marginados o príncipes que no lograban acceder al trono. Según Elizabeth Isichei, en tierras de los igbo «el grueso de los primeros conversos al cristianismo eran pobres, necesitados y marginados: madres de gemelos, mujeres acusadas de brujería, personas que padecían enfermedades abominables como la lepra»[22]. La poligamia desanimó a muchos cabezas de familia, ya que, a diferencia de sus antecesores en el Congo, la mayoría de los misioneros del siglo XIX afirmaban que las enseñanzas cristianas prohibían el bautismo de los polígamos. En ocasiones, los cabezas de familia prohibían a su gente asistir a la catequesis, a veces sin éxito. Aunque buena parte de las primeras congregaciones se centraron en una o dos grandes casas cris-

---

[21] F. A. Ramseyer y J. Kühne, *Four Years in Ashantee,* Londres, 1875, p. 134.
[22] E. Isichei, *A History of the Igbo People,* Londres, 1976, p. 162.

tianas, muchos de los primeros conversos eran mujeres (el 80 por 100 de los comulgantes anglicanos en Abeokuta en 1878) o jóvenes, aunque la protesta generacional que luego se hizo común entre los primeros cristianos africanos era menos intensa en el África occidental del siglo XIX, debido a que la educación y las primeras letras gozaron, sorprendentemente, de pocas simpatías fuera de las colonias de la costa.

Los africanos buscaban en el cristianismo lo mismo que en las religiones indígenas: hacer frente a sus necesidades mundanas. Muchos conversos yoruba, por ejemplo, se unieron a la Iglesia igual que podrían haber venerado a un orisha que les hubiera curado: «Como Dios la había curado por medio de la oración, ella se decidió a servirle»[23]. En efecto, el Dios cristiano se incorporó al panteón yoruba, junto a Alá. El culto ifa también aprovechó ideas cristianas y musulmanas. Muchos pueblos de África occidental fueron muy tolerantes al principio con las enseñanzas cristianas, pero era la tolerancia propia del eclecticismo. Salvo por razones políticas, no se perseguía a los conversos que adoptaban prácticas cristianas, sino a quienes hacían dejación de las exigencias indígenas. Es lo que le sucedió al primer mártir de Nigeria, el esclavo Joshua Hart, de Bonny. Los misioneros, en cambio, adoraban a un Dios celoso, intolerante con el eclecticismo. Los conversos africanos también equiparaban las prácticas religiosas indígenas con la brujería y el demonio. Como respondiera una vez un evangelizador cuando le preguntaron sobre esto: «Así como tú nunca comer con perro en estercolero, lo mismo el Gran Dios nunca comer con ídolos»[24]. Es más: el modelo africano no podía incorporar todos los aspectos del cristianismo. Ideas como la del cielo, el infierno o la resurrección, resultaban muy chocantes para los aldeanos del Congo del siglo XIX, que las consideraban francamente increíbles, aunque no dejaran de ejercer su influencia en las mentes más reflexivas.

Las colonias de la costa

Debido en parte a la labor misionera, fue surgiendo en las colonias de la costa una elite de africanos educada al modo occidental. La más antigua, la de Luanda, inició su declive cuando cesaron las exportaciones

[23] D. Coker, diario, 24 de enero de 1876, CMS CA2/O28/6.
[24] G. A. Vincent, diario, 13 de agosto de 1884, CMS G3/A2/O/1885/8.

de esclavos tras 1850. En aquellos años el poderío portugués se extendió tierra adentro gracias al comercio legítimo, entonces en alza. Más al norte, un fuerte francés construido en Saint-Louis-du-Sénégal en 1659 formó el núcleo de una colonia de la costa habitada principalmente por la comunidad afro-francesa que comerciaba en la parte alta del río Senegal y aspiraba a la ciudadanía francesa. Un puesto británico de comercio, establecido en Gambia en 1661, cumplió funciones similares. Sierra Leona se creó en 1787 y fue una base que acogió sucesivamente a los negros pobres de Londres, a los esclavos fugitivos de América del Norte y a los esclavos liberados por la Armada Británica, 74.000 de los cuales desembarcaron en la colonia y luego la gobernaron. Livreville, en la costa de Gabón, fue asimismo poblada por esclavos liberados en 1849, y Liberia fue colonizada, a partir de 1822, por libertos negros procedentes de los Estados Unidos. De ahí que su cultura fuera la más occidentalizada cuando obtuvo su independencia en 1847. Las otras dos colonias de mediados del siglo XIX fueron Costa de Oro, que fue creciendo en torno a fortalezas comerciales, y Lagos, de la que Gran Bretaña se apoderó en 1861 y que pobló con indígenas yoruba, los saro rescatados de Sierra Leona y libertos amaro de Brasil.

Puesto que tanto el derecho como los principios morales prohibían la utilización de mano de obra esclava en los cultivos a gran escala, muchos de los pobladores de las colonias costeras intentaron hacer fortuna con el comercio. Algunos negociaron con géneros comprados a crédito a los mercaderes europeos, aunque los más afortunados los importaban directamente de Europa. En 1875, los comerciantes liberianos poseían 54 barcos. Prósperos y cristianos devotos, tenían una profunda fe en la educación. En 1868, estaba escolarizada alrededor de una sexta parte de la población de Sierra Leona, un porcentaje mayor que en Gran Bretaña. Los alumnos más aventajados iban al Fourah Bay College, sucursal de la Universidad de Durham desde 1876, o incluso a Europa, donde el obispo Crowther envió a estudiar a sus seis hijos. Hacia 1880 los africanos obtuvieron cargos en la administración de Lagos, eran tesoreros, superintendentes de la policía o empleados de la Secretaría Colonial Interina. James Bannermann, un próspero negociante mestizo casado con la hija de un asantehene, ocupó el cargo más alto de Costa de Oro: el de teniente gobernador. El primer médico de África occidental con un título europeo probablemente fuera John Macaulay Wilson, que ejerció en Sierra Leona desde 1827. El profesio-

nal de mayor éxito en una colonia británica fue Sir Samuel Lewis, de Sierra Leona, miembro de la curia desde 1871 y nombrado caballero en 1896. James Russwurm, licenciado por una universidad norteamericana, fundó el Liberia Herald en 1830.

Comerciantes, funcionarios y profesionales liberales eran la elite de las colonias costeras, los «aristos», como los denominaban en Freetown. Hasta la década de 1880 se consideraron a sí mismos la correa de transmisión de Las Luces europeas. El abate Boilat, de Senegal, escribía: «La educación [...] hará caer en el olvido todos esos comportamientos ordinarios, por no decir deshonrosos, denominados, con escasa fortuna, las costumbres del país»[25]. Pero su postura era extrema. A muchos, como al Dr. James Africanus Horton de Costa de Oro, les hubiera gustado mezclar lo mejor de ambas culturas, pues seguían defendiendo el eclecticismo de sus antepasados. La lengua que inventaron en Freetown, el krio, combinaba la sintaxis yoruba con un vocabulario extraído de muchas lenguas europeas y africanas. Entre los saro de Lagos, a finales del siglo XIX y comienzos del XX, 99 de 113 miembros de la elite optaron por el matrimonio cristiano, mientras que 54 lo hicieron por unas «uniones informales» casi polígamas, esquema que también se aplicó en Liberia. Hasta los clérigos más respetables oraban ante las tumbas de los antepasados y tenían un sentido de la familia que rozaba el nepotismo. Los hombres menos aculturados de las zonas fronterizas seguían teniendo esclavos. Los hijos de las familias locales se casaban entre sí y «adoptaban las costumbres del lugar» como los prazeros de Mozambique. Muchos se implicaron en la política local, apoyando a las ciudades de sus antepasados en las guerras civiles de los yoruba, ayudando a los jefes de Costa de Oro a resistir contra la instauración de impuestos directos en la década de 1850, aliándose con ellos para formar la Confederación Fante de 1868 por miedo a una agresión de Asante, o creando la Egba United Board of Management (Consejo de Administración Unido de Egba) en 1865 para impulsar la modernización de Abeokuta. En cambio, los ocupantes liberianos carecían de lazos ancestrales con los pueblos circundantes y poseían la independencia política requerida para emprender la expansión hacia el interior. En 1874, el territorio de la República se extendía unos 800 kilómetros a lo largo de la costa, y unos 200 kilómetros tierra adentro, al menos sobre el papel.

---

[25] D. Boilat, *Esquisses sénégalaises,* París, 1984, p. 238 (reimp.).

Hacia la década de 1880 las elites empezaron a poner en tela de juicio el eclecticismo y el control europeo. La decadencia del comercio lo explicaba en parte. Esta empezó en Senegal, donde la abolición de la esclavitud, en 1848, empobreció a los tratantes mulatos y africanos; la exportación de cacahuetes desde la década de 1840 y el transporte por barcos de vapor desde la década de 1850 atrajeron a los mercaderes franceses, y la expansión militar de ese mismo periodo abrió el río Senegal a los europeos, reduciendo a muchos hombres de negocios independientes locales a meros agentes de firmas europeas. Los comerciantes de Lagos se enfrentaron a una competencia semejante desde 1861, pero su crisis principal tuvo lugar durante la depresión económica internacional de 1880-1892. En 1890, sólo el comerciante saro más rico, R. B. Blaize (millonario en moneda actual), seguía exportando a gran escala. En 1880, un 57 por 100 de la elite de Lagos era comerciante; en 1902, sólo un 38 por 100. Incluso en Liberia, donde la legislación protegía a los comerciantes negros, casi todos los negocios pasaron a manos europeas durante las décadas de 1880 y 1890. La rivalidad política entre negros y mulatos subió de tono también allí y culminó en la victoria, en 1878, del partido de los colonos negros, True Whig Party (Partido Liberal Auténtico). En las colonias británicas se produjo un grave conflicto entre iglesias protestantes. Las discrepancias acerca del control eclesiástico llevaron a los secesionistas wesleyanos de Sierra Leona a fundar la primera Iglesia moderna independiente de África, en 1821. Posteriores cismas en Lagos se extendieron a la doctrina y la disciplina. Cuando la African Church Organization (Organización de la Iglesia Africana) se separó de la Iglesia anglicana en 1901, admitió la poligamia, manifestando una insatisfacción con el matrimonio victoriano compartida por las mujeres, molestas por la dependencia económica a la que se veían reducidas. Una minoría de miembros de la elite se interesó por la historia y la cultura locales, adoptó nombres y vestimenta africanos e intentó superar el eclecticismo para realizar una síntesis cultural. Muchos estaban descontentos por lo lentamente que ascendían en el servicio gubernamental, una fuente de controversia en Sierra Leona desde al menos 1829, que se acentuó en las colonias británicas tras 1880, cuando los gobiernos que obtenían el poder en el interior insistieron en conservarlo en manos de los blancos. En 1883 los africanos ocupaban 9 de los 43 altos cargos de la administración de Costa de Oro; en 1908, sólo eran 5 de 274.

Sólo la elite liberiana se opuso a la penetración del poder europeo tierra adentro. Horton, por ejemplo, formó parte de la expedición británica que arrasó Kumasi. Los europeos penetraron en el continente lentamente, a excepción de en Senegal, donde el gobernador Faidherbe comenzó la conquista de los reinos wolof en 1855. La decisión de poner término a la trata de negros llevó a los británicos a abandonar su larga deferencia hacia los gobernantes de la costa, a imponer tratados antiesclavistas a partir de la década de 1830, a nombrar un cónsul en 1849, a crear tribunales mixtos de europeos y africanos en las ciudades costeras desde 1850 y a intervenir en la política africana, especialmente en tierras de los yoruba y en el delta del Níger. Esa estrategia culminó con la conquista de Lagos en 1861, el mismo año en que se inició la lenta expansión desde Freetown hasta la comarca de Sherbro. El conflicto con los asante resultó en la ampliación de la colonia de Costa de Oro en 1874, pero la retirada tras la destrucción de Kumasi ese mismo año puso de relieve el afán de los británicos por no quedar aislados tierra adentro. En 1876, cuando África occidental estaba al borde de un rápido reparto, nada en la situación local apuntaba a tan drástica ruptura con el pasado.

8
Diversidad regional en el siglo XIX

Incluso allí donde el tráfico de esclavos del Atlántico no planteó graves dificultades, la despoblación retrasó el desarrollo de África y obstaculizó los intentos de superar la fragmentación política mediante la creación de reinos estables. Entre los siglos XV y XIX, casi todo el continente fue absorbido por una economía mundial dominada por Europa y un orden político basado en el uso creciente de las armas de fuego. Lo que, por un lado, suponía una amenaza para los pueblos de África, pero también les brindaba nuevas técnicas y oportunidades para vencer la fragmentación, técnicas que sirvieron de complemento a antiguas estrategias y se combinaban con nuevos recursos de invención africana. Pero en el siglo XIX fallaron muchos intentos de elevar el nivel de organización económica y política de África, en parte debido a que la agresión europea los abrumó, pero también porque no supieron enfrentar el problema latente de la despoblación, que agravaban exigiendo demasiado a las poblaciones. Pero, en contra de lo que parece, tuvieron lugar cambios más profundos. Por primera vez determinadas regiones se libraron de las antiguas trabas y se embarcaron en un rápido crecimiento demográfico. Otras, en cambio, experimentaron un estancamiento o una decadencia comparable a la de Angola. Esta diversidad regional (la ausencia de un rumbo continental general) fue un rasgo característico del África del siglo XIX, y nos obliga a analizar cada región por separado: primero, el norte, luego el occidente islámico, el sur y finalmente el este.

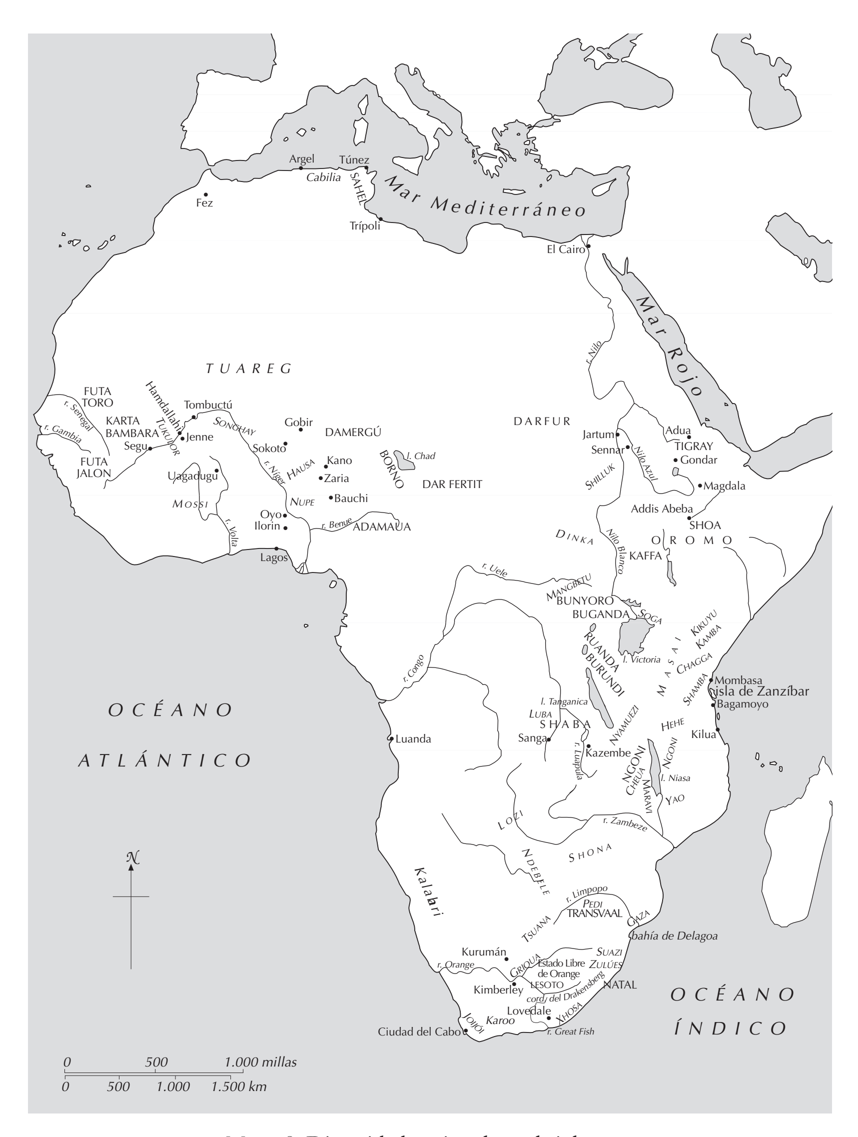
El norte de África

El norte de África (excepto Marruecos) se empezó a incorporar al Imperio otomano en 1517, cuando los mosqueteros turcos derrotaron

a la anticuada caballería mameluca de Egipto. Más al oeste, los corsarios turcos compitieron por el control de la línea costera magrebí con gobernantes locales e invasores procedentes de la península Ibérica, hasta que una fuerza otomana tomó Túnez en 1574, y la convirtió en capital provincial, junto a Trípoli y Argel. A lo largo de los dos siglos siguientes, el control de Estambul se fue debilitando a favor de las fuerzas provinciales. En Egipto, el ejército intimidó tanto a los gobernadores que estos optaron por apoyar a los mamelucos supervivientes, cuyos líderes (denominados *beys*) recobraron su predominio en el siglo XVIII.

En Túnez y Trípoli, donde había guarniciones otomanas formadas por hijos de soldados y mujeres locales, los comandantes militares fundaron dinastías semiindependientes, en Túnez en 1705 y en Trípoli en 1711. En Argel, en cambio, la ciudad nunca controló a los soldados, que eligieron a un oficial llamado *dey* y gobernaron las tierras del interior brindando su protección a algunas tribus para que recaudaran impuestos entre las demás.

Todas esas sociedades norteafricanas bajo dominio otomano estaban fragmentadas, tanto en el sentido estricto de que los nómadas o los montañeses bereberes pertenecían a tribus autónomas subdivididas en clanes y linajes, como en el sentido más amplio de que la sociedad estaba dividida en grupos corporativos especializados y autogobernados, como los 240 gremios y los 100 distritos de barrio que existían en El Cairo a finales del siglo XVIII. Además de los nobles militares y comerciantes que gobernaban en las capitales, muchos ciudadanos eran pequeños comerciantes y artesanos (los talleres cairotas sólo tenían por término medio tres o cuatro obreros), mientras los jornaleros y los esclavos negros, que constituían entre el 4 y el 5 por 100 de la población urbana, realizaban las más bajas tareas. Los campesinos, que mantenían a la clase dirigente con sus impuestos, eran labriegos que poseían tierras y empleaban una tecnología que apenas cambió desde los primeros siglos islámicos. Los campesinos ricos producían arroz o caña de azúcar en Egipto, o aceite de oliva en el próspero Sahel, al este de Túnez. Los labradores pobres o *jamamisa,* que no se quedaban más que con una quinta parte de la cosecha, cultivaban fincas en las llanuras costeras. Los pastores nómadas de tierra adentro sólo pagaban impuestos a las expediciones militares.



Mapa 9. Diversidad regional en el siglo XIX.

Los Estados otomanos gozaron de gran prosperidad durante el siglo XVII. Túnez la mantuvo durante el siglo XVIII y los egipcios probablemente fueran tan ricos como los franceses en 1800. Pero, a partir de entonces, los europeos empezaron a hacerse con el control económico de la región. La industria no progresaba debido al control de los gre-

mios, que impedía la concentración de la producción en unidades mayores que, a su vez, hicieran rentable la mecanización. Aunque a finales del siglo XVIII Egipto exportaba casi tantas piezas de tejido como importaba, las importaciones procedían de Europa, mientras que las exportaciones iban en gran medida a los demás países norteafricanos. Además, Egipto importaba de Europa casi todos sus metales, casi toda su moneda, los barcos que transportaban sus productos por el Mediterráneo y a los comerciantes extranjeros que controlaban su comercio exterior. André Raymond escribió que «en cierta medida ya es un comercio "colonial"»[1]. En Túnez, la dependencia cada vez mayor de las exportaciones de aceite de oliva tuvo repercusiones similares.

Esta decadencia relativa se debía el estancamiento de la población norteafricana. En 1800, Egipto pudo tener entre tres y cuatro millones de habitantes, probablemente menos que en época ptolemaica o que a comienzos del siglo XIV. Túnez posiblemente no sobrepasara el millón o el millón y medio de habitantes. La mayoría de los expertos estiman en tres millones la población de Argelia en 1830, aunque hay quien eleva la cifra a cinco[2]. La principal razón del estancamiento demográfico fue la peste bubónica, endémica en el norte de África desde la Peste Negra (sobre todo como enfermedad urbana, debido a los contactos regulares con las tierras centrales otomanas), mientras que la peste desapareció de Europa en el siglo XVIII. Argelia sufrió cinco epidemias de peste sólo en el siglo XVIII; Egipto y Túnez, tres. Las cifras de mortalidad de aquellos tiempos no son fiables, pero se dijo que la epidemia de 1784-1785 había matado a uno de cada tres o seis habitantes en Túnez. Esto había que sumarlo a las enfermedades endémicas, a la incesante mortandad infantil a causa de la viruela y a los estragos del hambre, si bien hubo pocas hambrunas durante el siglo XVIII hasta su desastroso último cuarto de siglo.

Este panorama de relativa decadencia económica e inestabilidad política basada en repetidas crisis demográficas se daba también en Marruecos, que se libró del control de los otomanos adoptando las innovaciones militares de su enemigo. Ahmad al-Mansur (1578-1603) em-

---

[1] A. Raymond, *Artisans et commerçants au Caire au XVIII^e siècle,* 2 vols., Damasco, 1973-1974, vol. I, p. 197.

[2] D. Panzac, «The Population of Egypt in the Nineteeenth Century», *African and Asian Studies* (Haifa) 21 (1987), p. 15; L. Valensi, *Le Maghreb avant la prise d'Alger,* París, 1969, p. 20; D. Sari, *Le désastre démographique*, Argel, 1982, p. 238.

pleó a mosqueteros mercenarios para salvar al país de la amenaza de turcos y cristianos. Años después, Muley Ismail (1672-1727) creó un ejército de esclavos negros que unificó temporalmente la mayor parte de Marruecos. Tras su muerte, el ejército sólo contribuyó a fragmentar el reino. La decadencia de las ciudades y la del comercio internacional debilitaron a la monarquía. Más de la mitad de la población eran bereberes montañeses que despreciaban a una administración estatal que no pagaba y sólo respetaban la fuerza militar o la autoridad espiritual del rey. La confesionalidad de la monarquía les negaba la libertad de acción de la que gozaban los gobernantes otomanos más laicos, que podían denunciar ante los ulemas (clérigos) la exigencia de impuestos no contemplados por la ley coránica. Bajo esa frágil autoridad subyacía una gran debilidad demográfica. Entre 1500 y 1800, Marruecos sufrió al menos 10 epidemias de peste que causaron mayor número de bajas en las ciudades y llanuras circundantes, donde se concentraba el poder real. El hambre fue especialmente grave a lo largo del siglo xvii; la hambruna de Fez de 1661-1662 fue un caso extraño pues, como relatara un cronista: «Allí muchos poderosos y ricos perecieron de hambre como los pobres»[3]. La población de Marruecos puede no haber superado los tres o cuatro millones en 1800, poco más que en 1500[4].

La crisis demográfica del norte de África alcanzó su punto álgido durante el primer tercio del siglo xix. Entre 1818 y 1820, el Magreb sufrió su última gran epidemia de peste. Egipto experimentó una más, en 1835, que según se dice mató a unas 200.000 personas. Desde entonces, la peste desapareció de modo tan misterioso como había desaparecido de Europa. Pero sobrevinieron otros desastres. Túnez sufrió una grave crisis agraria, sobre todo a causa de la sequía que, entre mediados del siglo xviii y la década de 1820, redujo a, aproximadamente, la mitad la zona de fincas de cultivo estatales. En 1831 Egipto fue víctima del primer ataque de cólera asiático, introducido por los peregrinos que utilizaban el método de transporte más rápido entonces disponible desde La Meca. Al parecer, murieron 150.000 egipcios. Cuatro años después, la misma pandemia, la primera de las cinco que afectaron a África del Norte en el siglo xix, alcanzó el Magreb. Aun siendo una enferme-

[3] Citado en B. Roseberger y H. Triki, «Famines et épidémies au Maroc aux xvi[e] et xvii[e] siècles», *Hesperis Tamuda* 15 (1974), p. 101.

[4] D. Johnson, «The Maghrib», en *CHA,* vol. V., p. 101.

dad pavorosa que mataba a casi la mitad de quienes la contraían, el cólera causó menos muertes que la peste bubónica, salvo en la década de 1830 o cuando estuvo asociada al hambre. Más que acabar con la población, seguramente fue un obstáculo para su recuperación. Pero asoló la zona justo después de la peste sin ese intervalo para el crecimiento demográfico del que gozaron tanto Europa como China.

Paradójicamente, fue durante ese periodo de desastres cuando Egipto dio los primeros pasos hacia el rápido crecimiento demográfico que ha presidido la historia moderna africana. A finales del siglo XVIII Egipto ya tenía nuevos rasgos. Los *beys* mamelucos lograron vencer a las fuerzas otomanas bajo el mando de Ali Bey (1760-1762), que llegó a ser gobernante casi independiente de un creciente Estado egipcio. La expansión del comercio con Europa contribuyó a la crisis económica, pero también fomentó la agricultura comercial, debilitó las instituciones gremiales y dio lugar a una coalición de artesanos y clérigos radicales que se convirtió en una fuerza política importante en El Cairo. La invasión francesa de 1798, destinada a asegurar los suministros de cereal y a amenazar la posición británica en la India, estimuló el patriotismo egipcio, derrocó el sistema militar y gubernamental controlado por los mamelucos, y brindó nuevos modelos de organización militar y administrativa a todos los norteafricanos. El primer beneficiado fue Muhammad Ali (1805-1848), oficial del ejército otomano que reconquistó Egipto en 1801. En la subsiguiente lucha por el poder, derrocó al gobernador otomano ganándose el apoyo popular en El Cairo para, posteriormente, excluir del poder a sus defensores. Muhammad Ali fue un autócrata otomano que quería crear una dinastía con la máxima independencia frente a Estambul. Analfabeto hasta los cuarenta y siete años de edad, suspicaz y supersticioso, su aguda mentalidad y su receptividad otomana a las innovaciones militares le convencieron de que un ejército moderno no sólo requería fusiles, sino también una infraestructura de apoyo industrial y técnico. Inicialmente, reunió ese ejército entre los esclavos negros y, tras 1823, reclutó a campesinos egipcios de por vida. Llegó a tener unos efectivos de hasta 200.000 hombres, que absorbían el 60 por 100 del presupuesto estatal. Para financiar su ejército, anuló todas las concesiones para recaudar impuestos sobre las tierras, y los recaudó directamente en las aldeas campesinas multiplicando así por doce las rentas obtenidas durante su reinado. Desde 1821 obligó a los agricultores a cultivar algodón, y gravó este cultivo con un impuesto.

Los trabajos de irrigación incrementaron la superficie cultivable en un 37 por 100 entre 1805 y 1863. El Estado compraba y vendía todo el algodón, los productos artesanales y otras muchas mercancías. Muhammad Ali creó empresas industriales (en especial de tejidos, astilleros y armamento) usando la tecnología europea de tracción animal. Egipto pasó a ser el quinto productor de hilados del mundo[5]. La necesidad de importar hierro, carbón, tecnología y patentes era un obstáculo para la industrialización. En su activo tenía el algodón, mano de obra barata, comida abundante y no muy cara, excelentes transportes y un nivel relativamente alto de riqueza media. Para implementar su programa, Muhammad Ali creó una burocracia hereditaria compuesta por turcos en los altos cargos y egipcios en los niveles subordinados, todos ellos con diversos grados militares. Fundó escuelas primarias y técnicas para un máximo de 10.000 alumnos, envió a unos 500 egipcios a formarse a Europa, pero restringió la educación a las necesidades estatales. Puede que este intento de crear el primer Estado industrial no europeo no tuviera viabilidad alguna en un país de sólo cuatro millones de habitantes, comparados con los 16 millones del Reino Unido en 1801 y con los quizá 30 millones de Japón cuando comenzó a modernizarse en 1868. Pero esta teoría nunca se podrá probar, ya que los británicos tenían tanto miedo de que Muhammad Ali pudiera poner en peligro su poder en Asia, que entre 1838 y 1841 le obligaron a reducir su ejército a 18.000 hombres y a abolir los monopolios comerciales que excluían las manufacturas europeas de los mercados egipcios. Privadas de protección, las industrias egipcias se hundieron. En 1849 sólo quedaban dos manufactureras. El país se volvió más exclusivamente agrícola y dependiente de lo que había sido en el siglo xviii.

Pero uno de los grandes logros del reinado de Muhammad Ali fue el crecimiento demográfico, imparable hasta nuestros días. En 1800 Egipto probablemente tenía menos de cuatro millones de habitantes. El primer censo de 1846 arrojaba la cifra de 4.476.439. Un recuento en 1897 daba 9.734.405[6]. La razón inicial del crecimiento probablemente fuera la desaparición de la peste bubónica a partir de 1835. El cólera causó menos mortandad. El gobierno contribuyó fomentando la

---

[5] J. Batou, «L'Égypte du Muhammad-Ali: pouvoir politique et développement écomomique», *Annales ESC* 46 (1991), p. 403.

[6] Panzac, «Population», p. 15.

vacunación contra la viruela (en 1850 Egipto tenía más de 2.500 barberos-vacunadores que inmunizaban a 80.000 niños al año) y creando, en 1836, un servicio provincial de salud. Muhammad Ali también acabó con las guerras internas, amplió los sistemas permanentes de regadío e incrementó el cultivo del maíz durante el siglo XVIII. El crecimiento de la población se debió a los menores índices de mortalidad, sin cambios en cuanto a la fertilidad. Cabe destacar que el moderno crecimiento de población de África comenzó en el primero de sus Estados que contaba con un gobierno moderno.

Bajo los sucesores de Muhammad Ali, Egipto se mantuvo muy abierto a la penetración económica europea. En 1876 vivían allí más de 100.000 europeos. Se beneficiaban del algodón, cuyas cosechas se multiplicaron más o menos por diez entre la muerte de Muhammad Ali y principios de la década de 1880, ocupando tantas tierras como para obligar a Egipto a importar cereales desde 1864. Se construyeron 1.750 kilómetros de ferrocarril para transportar el algodón entre 1852 y 1879. El canal de Suez se abrió a la navegación en 1869. Una estrategia económica liberal permitió la propiedad privada de tierra. En 1884 la familia real, los notables, los funcionarios oficiales y los europeos poseían más del 48 por 100 de las tierras cultivables, si bien las grandes fincas se dividían para su explotación en pequeñas parcelas arrendadas. Surgió una elite rural de jeques de aldea y de notables, y una clase sin tierras cuya disponibilidad para el trabajo urbano acabó con la esclavitud. La población de El Cairo se duplicó entre 1850 y 1900. Los planes para transformar la ciudad, tomando a París como modelo, acabaron en nada, pero los nuevos palacios que ocultaban la pobreza urbana eran todo un símbolo de la extravagante y elitista modernización realizada por el jedive Ismail (1863-1879), autócrata turco cuyo Consejo de Diputados, creado en 1866, tuvo como principal finalidad la de impresionar a los europeos. No obstante, una influyente clase política que hablaba árabe, integrada por terratenientes, clérigos, funcionarios y oficiales educados en Occidente, convirtió El Cairo en el centro de una Ilustración egipcia (tan opresora del campesinado como la Ilustración europea, y con una influencia comparable en el mundo islámico), representada principalmente por la Salafiyya, o Movimiento Modernista, que procedía de la mezquita-universidad de al-Azhar, que contaba con 10.000 estudiantes y un elenco de profesores encabezado por Muhammad Abduh (1849-1905), el intelectual más importante del África mo-

derna. Abduh enseñaba que para reforzar al mundo islámico frente a la agresión europea había que restaurar el islam puro y racional de los comienzos del califato, a fin de integrarlo armoniosamente con la ciencia y la tecnología. Esa teoría, demasiado elitista para suscitar el entusiasmo de las masas, inspiró a jóvenes intelectuales por todo el norte de África. Tras escuchar a Muhammad Abduh, uno de ellos escribió: «Sentíamos en nuestras almas que cualquiera de nosotros era capaz de reformar una provincia o un reino»[7].

A diferencia de su abuelo, Ismail financió parcialmente la modernización con préstamos extranjeros. En 1876 la deuda era de 91 millones de libras esterlinas, y una comisión internacional se hizo cargo de las finanzas egipcias. Cuando Ismail movilizó a sus funcionarios y a la Cámara de Diputados contra la injerencia extranjera, el sultán otomano le depuso a requerimiento de los europeos, en 1879. Los intentos de modernizar a una sociedad fragmentada les había llevado al borde de la invasión colonial. Pero el ejemplo de Egipto ya había tenido eco en África del Norte.

Mientras Egipto era fuerte, Sudán sufría. En 1820, Muhammad Ali lo invadió en busca de esclavos para su ejército. En Egipto, los esclavos procedían sobre todo del sudoeste, donde la caballería del reino de Dafur realizaba incursiones entre los agricultores de la sabana al sur y al sudoeste, en Dar Fertit («La tierra de los esclavos»). Pero Muhammad Ali no creía que fuera el lugar adecuado: «El fin de todos nuestros esfuerzos y nuestros gastos es procurarnos negros», le dijo a su comandante en Sudán[8]. Sus tropas vencieron a los señores de la guerra que dominaban la Baja Nubia, consiguieron la sumisión de los reinos árabes sedentarios que habían sustituido a los antiguos reinos cristianos y tomaron Sennar, la capital del sultanato de Funj, junto al Nilo Azul. Se reclutaron unos 30.000 esclavos sudaneses pero, en vista de que morían como moscas en Egipto, Muhammad Ali decidió sacarles provecho obligando a los sudaneses a cultivar algodón. A su vez, los mercaderes sudaneses penetraron hacia el sur a través del reino de Shilluk, hacia tierras de los dinka en el alto Nilo, primero buscando marfil y luego, desde la década de 1860, esclavos para las plantaciones de algodón egipcias y del mundo islámico en general. Los pastores carentes de organización política del sur de Su-

[7] Hifni Bey Nacif, cit. en J. P. Halstead, *Rebirth of a Nation,* Cambridge Mass., 1967, p. 126.

[8] Citado en W. Y. Adams, *Nubia: Corridor to Africa,* Londres, 1977, p. 623.

dán sentían escaso interés por el comercio, carecían de jefes a los que seguir y de armas de fuego para resistir. Así pues, construyeron fortalezas, realizaron incursiones con armas de fuego a la caza de esclavos y crearon una anarquía y una despoblación que los dinka recuerdan como los tiempos en que «se despojó la tierra». A mediados de la década de 1860 algunos mercaderes de Jartum intervinieron en las guerras de sucesión que tenían lugar muy al sur, en las tierras de los bunyoro y en el próspero reino de los mangbetu al nordeste del moderno Zaire, que se desintegró tras la muerte de su rey en la batalla de 1873 contra enemigos apoyados por Jartum. Tres años después, los egipcios llegaron a orillas del lago Victoria. Pero en 1877 la debilidad financiera de Ismail permitió a los europeos obligarle a nombrar gobernador de Sudán a un inglés, el general Gordon, con el fin de acabar con el tráfico de esclavos. Al igual que en el propio Egipto, la intervención europea se intensificó.

La transformación de Egipto por Muhammad Ali también afectó a Etiopía. Tras repeler la invasión musulmana en 1543, el reino cristiano no estaba plenamente restaurado, ya que el estado de guerra había permitido al pueblo oromo, de habla cushita y carente de organización política, infiltrarse desde el sur en la zona montañosa cristiana. Los amhara se establecieron en el norte y el oeste, fundando en 1636 una capital permanente en Gondar. En Etiopía la fragmentación equivalía a regionalismo, sobre todo durante la «era de los jueces», entre 1769 y 1855, cuando los señores de la guerra provinciales que pugnaban por controlar a los emperadores débiles redujeron el reino a «una flor sin valor que los niños recogen en las lluvias de otoño». Las provincias fronterizas se beneficiaron especialmente en aquella época del tráfico a larga distancia de esclavos y armas de fuego. Tigray, en el norte, se hizo con un gran arsenal. Shoa, en el sur, reconquistó el territorio de los oromo y creó la primera burocracia de Etiopía. Pero fue Tewodros, un gobernador de distrito en las tierras bajas occidentales, el que decidió centralizar el poder político. En 1848 fue derrotado por el nuevo ejército de Muhammad Ali, que se abrió camino hasta el trono en 1855 imitando su disciplina y capacidad guerrera. Los cuantiosos gastos que originaban esos intentos de consolidar el poder central mediante la creación de una industria de armamentos y la sustitución de los mandos militares regionales por gobernadores nombrados al efecto, le llevaron, en 1860, a confiscar tierras eclesiásticas. El clero respondió decantándose por el regionalismo. En 1868, cuando su autoridad apenas se extendía más allá

de su fortaleza de Magdala, Tewodros se pegó un tiro al saber que se acercaba una expedición británica de castigo para investigar el maltrato al que había sido sometido su cónsul. El poder central pasó entonces al gobernador de Tigray, Yohannes IV (1872-1889), que había ayudado a los británicos y posteriormente volvería a intentar la reunificación de Etiopía, tanto por la fuerza militar como por los métodos tradicionales de la diplomacia, estableciendo una alianza matrimonial con Menelik de Shoa. Cuando Yohannes pereció en una batalla ante las fuerzas musulmanas sudanesas, Menelik (1889-1913) le sucedió pacíficamente y puso en práctica un ponderado programa de modernización, introduciendo el sistema de impuestos y la burocracia de Shoa, estableciendo enlaces telegráficos y telefónicos con sus puestos de mando provinciales, construyendo la primera línea de ferrocarril y las primeras escuelas públicas, creando una nueva capital en Addis Abeba y, sobre todo, reforzando su ejército. A mediados de la década de 1890, su cuerpo de guardia regular contaba con unos 3.000 hombres, poseía algunas ametralladoras y podía recabar el apoyo de más de 100.000 soldados irregulares equipados con armas de fuego. Los soldados regulares eran recompensados con lotes de tierras arrebatadas a los oromo y a otros pueblos del sur durante una década de guerras que culminaron en 1897, cuando el rey de Kaffa fue llevado cautivo a Addis Abeba entre cadenas de oro. Un año antes Etiopía había repelido la invasión italiana en la batalla de Adua. Su territorio se extendía casi hasta sus límites modernos, y su poder era mayor que en cualquier época desde Amda Siyon.

Más hacia occidente, en el Magreb, la influencia de Muhammad Ali fue asimismo notable, como también lo fue el impacto de la invasión francesa de Argelia en 1830, destinada a procurar gloria a la monarquía que sucedió a Bonaparte. La guarnición turca de Argelia ofreció poca resistencia y fue deportada a Estambul, pero las tribus árabes del interior occidental resistieron, eligiendo como jefe a Abd el-Qader, líder de la cofradía Qadiriya, que hubo de unificar a un pueblo fragmentado para hacer frente a las amenazas exteriores. Reunió un ejército regular de unos 5.000 hombres, a los que se sumaban los combatientes procedentes de las levas tribales. Sentó las bases de un Estado en las tierras occidentales del interior, administradas por jeques qadiríes y dirigentes de las tribus. Sus mosquetones eran mejores que los de los franceses, e hizo falta una brutal campaña en la que participaron 108.000 hombres (una tercera parte del ejército francés) para lograr su rendición en 1847.

10 años después, los franceses tomaron el bastión bereber de Kabilia, sofocando una grave rebelión en 1871 con la que completaron una conquista excepcionalmente destructiva. Los franceses dividieron la colonia en tres departamentos para gobernarla mejor. Los colonos europeos ejercían el poder real desde 1871 a través de sus representantes electos en Argel y París. La población de colonos, que en 1872 ascendía a 279.691 personas, se duplicó en los 20 años siguientes, a partir del momento en el que el ejército instaló en tierras confiscadas del interior a los prósperos granjeros que sustituirían a los campesinos mediterráneos. Los notables de las tribus musulmanas, que no habían sido liquidados por completo, compartían un empobrecimiento generalizado que contribuyó a la muerte de varios centenares de miles de musulmanes por hambre, cólera, tifus y viruela a finales de la década de 1860. No obstante, a finales de siglo, la conquista había culminado, el cólera había perdido su virulencia, se iba desvaneciendo la resistencia a la vacunación contra la viruela, la población musulmana crecía alrededor del 1 por 100 anual y Argelia se había unido a Egipto como pionera en el crecimiento demográfico del África moderna.

Es posible que la población de Túnez empezara a recuperarse al remitir esta misma epidemia de cólera pero, por otro lado, las décadas anteriores a la ocupación francesa de 1881 fueron de las peores de la historia del país. Durante la década de 1830, la invasión francesa de la vecina Argelia, la reocupación otomana de Trípoli en 1835 y el modelo del Egipto de Muhammad Ali obligaron a los gobernantes tunecinos a intentar fortalecer su propia postura. Ahmed Bey (1837-1855), un enérgico modernizador, reclutó un nuevo ejército de 16.000 hombres de procedencia local, fundó una academia militar e industrias de suministros y reforzó a los tunecinos que formaban parte de la burocracia. Pero como al Antiguo Régimen tunecino no lo había desestabilizado la invasión napoleónica, las innovaciones impuestas desde el gobierno fueron más superficiales que en Egipto. Es más, las reformas eran prohibitivamente caras para un país que, como mucho, tenía un millón y medio de habitantes. Ahmed Bey duplicó sus ingresos, en parte gravando las exportaciones, pero su ejército le seguía costando las dos terceras partes de las rentas estatales, y una creciente deuda exterior, seguida de una mala cosecha, le obligó a disolverlo en 1852. La crisis se ahondó. Un intento de restaurar las finanzas en 1864 duplicando los impuestos provocó una rebelión generalizada que afectó a la agricultu-

ra, la industria, el comercio y el tesoro público. En 1869, cuando las potencias europeas impusieron una comisión financiera, los intereses de la deuda pública superaban la renta nacional. En 1873, un funcionario mameluco muy competente, Jayr ed-Din, hizo un último intento de reforma intentando combinar la modernización del ejército, la burocracia, la educación y las finanzas con la benevolente autocracia que los otomanos aplicaban a la economía y la política, restableciendo el control gremial sobre la industria y la servidumbre de los jornaleros. Cuando fue depuesto en 1877, gracias a la alianza entre la corte y los cónsules europeos, Túnez estaba al borde de la invasión colonial.

Los intentos de modernización también desestabilizaron Marruecos. El apoyo a Abd el-Qader condujo a una derrota frente a Francia en 1844 que estimuló reformas militares. La posterior derrota frente a España en 1859-1860 impuso al país africano el pago de una indemnización que elevó la deuda exterior sometiéndolo al control financiero europeo. El inteligente sultán Muley al-Hasan (1873-1894) luchó contra los líderes religiosos más poderosos de Marruecos, ya que la modernización requería la recaudación de impuestos no coránicos y el desafío al monopolio clerical de la enseñanza. Por otra parte, un Estado poderoso y un ejército modernos amenazaban la autonomía de las tribus que, a finales del siglo XIX, reaccionaron adquiriendo armas de fuego a los traficantes de las diversas naciones europeas, pero no intentaron hacerse con el poder por miedo a sus rivales. Al igual que China, Marruecos sufrió los inconvenientes del semicolonialismo, si bien el reino conservó su independencia hasta 1912, cuando franceses y españoles se repartieron el país. Al igual que en todo el norte de África, salvo quizá Etiopía, la modernización no acabó con la fragmentación, debido a los costes que suponía para sociedades infrapobladas y a que era una amenaza para los intereses, sobre todo, de los europeos. Aun así, la modernización de África del Norte acabó con cinco siglos de decadencia y restauró el dinamismo de una población en aumento.

La sabana de África occidental

Al otro lado del desierto, en la sabana de África occidental, no se hizo sentir la amenaza europea hasta finales del siglo XIX. Allí se acabó con la fragmentación política por motivos internos y se utilizaron téc-

nicas indígenas para lograrlo. También fueron los propios indígenas los que dieron un impulso al crecimiento demográfico.

Esos cambios tuvieron lugar de forma desigual en las diferentes partes de la región. La sabana occidental siguió dividida y empobrecida tras la destrucción de Songhay por Marruecos en 1591. La guarnición marroquí de Tombuctú tomó mujeres locales, mantuvo vínculos de vasallaje muy laxos con Marruecos y sus miembros se dedicaron a pelearse entre sí. En 1737 fueron derrotados por los nómadas tuareg que se expandían hacia el sur en una época de sequía y poco propicia para el sedentarismo. Fueron esas mismas circunstancias las que animaron a los pastores fulbe a la expansión hacia el este y el sur. En el siglo XVIII, los reinos bambara de los segu y de los kaarta sucedieron a Songhay y a los diversos reinos mossi, que suministraban esclavos en número creciente para el tráfico atlántico. Durante este periodo de fragmentación política en la sabana occidental se acentuó la penetración religiosa, tanto en los nuevos reinos (Dulugu fue el primer gobernante mossi de Uagadugu que adoptó el islam hacia 1796-1825) como, sobre todo, tierra adentro, donde las familias clericales abandonaron las cortes y ciudades para ir a crear comunidades de musulmanes devotos y hacer proselitismo entre campesinos y pastores. Muchos pertenecían a la hermandad Qadiriya y tenían por jefes a los Kunta, una familia de clérigos bereberes afincada en Tombuctú.

El islam se difundió especialmente deprisa por tierras de los hausa y las comarcas vecinas de la sabana central, de manera que los primeros esclavos hausa del siglo XIX vendidos en Oyo o en Brasil solían ser musulmanes. Hasta los reformadores musulmanes que condenaban el eclecticismo de los gobernantes de Hausa reconocían que su fe había tenido gran aceptación, principalmente en las ciudades y en el norte de las tierras rurales de los hausa. Puede que el islam se difundiera tan rápidamente debido a que, durante los siglos XVII y XVIII, la economía de los hausa estaba muy por encima de la del resto de la sabana occidental. En toda la región se usaban conchas de caurí como moneda. Los cultivos de cereal de los hausa y el pastoreo de los fulbe se desarrollaron simbióticamente. Las rutas comerciales del norte hacia Trípoli prosperaron, mientas que por el sur los mercaderes hausa alcanzaron varias ciudades costeras durante el siglo XVIII. Pero todo ocurría en medio de una gran inestabilidad política, pues los reinos hausa peleaban entre sí por la supremacía. Las estructuras socioeconómicas y políticas de los reinos eran muy distintas.

Sobre este telón de fondo tuvo lugar el acontecimiento más importante del África occidental del siglo XIX, la yihad de 1804, que unificó las tierras de los hausa bajo el califato de Sokoto. Se inició por razones internas. Los sabios africanos occidentales estaban sin duda al tanto de los alborotos y los aires de renovación que soplaban por todo el mundo islámico, pero ni en los escritos del líder de la yihad, un sabio fulbe de la cofradía Qadiriya llamado Usumán dan Fodio (1754-1817) ni en los de sus compañeros se aprecia gran interés por las cuestiones internacionales ni por las yihads del siglo XVIII de Futa Jalon y Futa Toro. Las expectativas mahdistas eran algo corriente al acercarse el siglo XIII musulmán, y Usumán llegó incluso a creerse el Muyaddid (renovador) que precedía al Mahdi. Pero la yihad fue sobre todo el resultado de las contradicciones que el crecimiento del islam había ido creando en los reinos hausa, sobre todo en el más poderoso, Gobir, patria de Usumán. Hacia 1788, un gobernante benévolo declaró exenta de impuestos a la creciente comunidad musulmana, les permitió llevar las ropas distintivas del islam y admitió a cualquiera como miembro. Sin embargo, tras su muerte, hacia 1790, sus sucesores, temerosos, cancelaron esos privilegios. Usumán se retiró a su comunidad rural, reclutó partidarios, predicó en lengua vernácula a los campesinos fulbe y hausa de los alrededores, armó a sus seguidores y desobedeció la orden de abandonar el reino. Las fuerzas de Gobir atacaron en 1804; los musulmanes las rechazaron y la guerra empezó.

Usumán proclamaba que los eclécticos gobernantes de los hausa «veneraban en muchos lugares ídolos, árboles y rocas, ante los que realizaban sacrificios», matando a sus súbditos y saqueando «sin que la ley islámica les diese ningún derecho a hacerlo»[9]. La crítica le granjeó las simpatías de seguidores heterogéneos. Su núcleo era la comunidad de jóvenes estudiantes devotos, casi en un 80 por 100 de origen fulbe. La guerra en sí concitó en muchos pastores fulbe, hombres aguerridos, hostilidad hacia las ciudades, los gobiernos y los impuestos. Los campesinos hausa compartían esa animadversión y algunos se unieron al movimiento, haciendo frente a la caballería de sus gobernantes con sus

[9] H. F. Palmer, «An early Fulani Conception of Islam», *Journal of the African Society* 14 (1914-1915), p. 54; M. Hiskett, «*Kitab al-Farq:* a Work on the Habe Kingdoms attributed to Uthman dan Fodio», *Bulletin of the School of Oriental and African Studies* 23 (1960), p. 567.

arcos, sus 20 caballos y su elevada moral. La lucha en Gobir generó tensiones a lo largo y ancho de las tierras hausa. En el norte, donde los pastores fulbe eran más numerosos, los gobernantes hausa afirmaban que la yihad era una rebelión fulbe para acabar con los pastores, que les obligaba frecuentemente a emprender el exilio hacia el norte, mientras enérgicos gobiernos fulbe ocupaban su lugar. Más hacia el este, en Borno, la represión de una rebelión fulbe acabó en una invasión por las fuerzas de la yihad, pero Borno las rechazó bajo el liderazgo de un clérigo de talento, Muhammad al-Kanemi, cuyos descendientes ascendieron el trono en 1846. En el sur, los clérigos locales fulbe reaccionaron ante las noticias de los combates en Gobir reconociendo a Usumán, derrocando a los gobernantes hausa como en Zaria, creando emiratos, conquistando gentes que no eran hausa, como en Bauchi y Adamaua, o interviniendo para apoyar a los musulmanes no hausa en los conflictos locales de Nupe y Oyo. Hacia 1809 se conquistaron los principales reinos hausa y se fundó una nueva ciudad, Sokoto, llamada a convertirse en la capital de un califato. Tres años después, el nada mundano Usumán se retiró. Cuando falleció en 1817, su hijo, el gran Muhammad Bello, acabó con la rebelión generalizada y estabilizó el califato dotándolo de un sistema de gobierno duradero.

Con una extensión de unos 400.000 kilómetros cuadrados, la descentralización del califato se fue acentuando debido a las diferentes yihads que dieron lugar a emiratos locales, y a la continuación de la guerra en las zonas fronterizas a lo largo del siglo XIX. Pero sobrevivió como entidad política, debido a que el modelo de califato legitimado por la historia islámica y su derecho tenía una Constitución escrita. Por más que Muhammad Bello invocase los deberes de los 30 emires que gobernaban las diversas unidades del reino, intentando reproducir el funcionamiento del primer califato, los reinos anteriores a la alfabetización de África, incluso los más sofisticados, desconocían la noción de autoridad. El gobierno de Sokoto se basaba, por vez primera en el continente, en leyes y no en hombres; en una ley islámica aplicada por magistrados religiosos, como en Marruecos. El califa era elegido de entre los descendientes más próximos a Usumán por un consejo de personas que no pertenecían a las familias reales. Ningún califa fue depuesto nunca. Todos observaron la austeridad de Usumán. Los emires descendían de los clérigos que estaban al frente de cada una de las yihads locales. El califa los nombraba, previa designación de los consejos elec-

torales locales. Tenía mayor libertad de elección donde varias familias se repartían el liderazgo, como en Zaria, en la que los califas depusieron a cuatro emires entre 1860 y 1890, mientras que en Kano, en 1893, el intento de imponer a un emir impopular desató una guerra civil que perdió. En este caso, el califa, que sólo ostentaba el mando directo de las tropas locales de Sokoto, no logró persuadir a los demás emires para que unieran sus fuerzas a las suyas. Por lo general, sin embargo, podía contar con sus leales emires, que visitaban Sokoto todos los años llevando un elevado tributo.

Aunque la yihad no fuera originariamente un movimiento étnico, fue adquiriendo un marcado sesgo fulbe. Todos los emires, menos Yakubu de Bauchi (discípulo de Usumán), y los funcionarios eran fulbe. Al igual que Yakubu, que cavó su propia tumba, muchos emires mantuvieron la austeridad de los primitivos devotos. Pero al conquistar las ciudades hausa, los fulbe, al igual que otros pastores antes que ellos, fueron absorbidos por la poderosa cultura de sus súbditos, que confirió al califato gran parte de su estabilidad y sofisticación. Adoptaron una vida urbana y sedentaria. Muchos hablaban hausa, que era la lengua de la corte de Sokoto en la década de 1890, aunque el árabe era la lengua de la docencia y la diplomacia. Contrariamente a los deseos de Usumán, adoptaron el sistema hausa *sarauta* de funcionarios titulados. Cambiaron sus arcos por el *ethos* aristocrático de los jinetes. Estos nobles urbanos fulbe se financiaban con lotes de tierras, esclavos y derecho a recaudar impuestos:

> No confisquéis, como lo hacen los cortesanos,
> galopando, galopando en sus ponis,
> quitan a los campesinos sus bienes por la fuerza y les dejan
> sin otra cosa que el sudor de su frente[10].

El régimen parece haber tenido pocas funciones aparte de recabar impuestos muy regresivos y haber desplegado escaso poder militar fuera de sus amuralladas capitales. Probablemente todo fuera más opresivo a finales del siglo XIX, cuando los emiratos más ricos crearon ejércitos estables de esclavos fusileros.

---

[10] Muhammadu Na Birin Gwari (hacia 1850), en M. Hiskett, *A History of Hausa Islamic Verse,* Londres, 1975, p. 100.

En 1900, la mayoría de los habitantes libres del califato probablemente fueran musulmanes. La Qadiriya era, de hecho, su cofradía oficial. La tierra de los hausa se había convertido en un gran centro de enseñanza, suplantando en gran medida a Tombuctú. Su sistema escolar admitía a muchos muchachos pero a pocas muchachas, ya que el entusiasmo de Usumán por la educación de las mujeres no parece haber cuajado más allá de las aristócratas que, a su vez, comenzaron a vivir como reclusas. La medicina islámica alcanzó un gran nivel y, aunque los conocimientos indígenas y sus prácticas de herboristería sobrevivieron, los procedimientos médicos locales que invocaban a poderes espirituales o mágicos dieron paso a la práctica de la medicina islámica. Los varones musulmanes aprendían y aplicaban lo que llegaban a conocer de la ciencia médica musulmana. La medicina indígena de los espíritus sobrevivió solamente en algunas zonas rurales atrasadas y entre las mujeres musulmanas de la ciudad, que participaban en un culto de posesión (bori) a través de la danza que supuestamente curaba enfermedades específicamente femeninas. Los gobernantes musulmanes toleraban esas prácticas aunque las eludieran, marginando lo que antes era una cultura compartida.

Al dotar a la tierra de los hausa de instituciones políticas apropiadas para su economía, la yihad la convirtió en la región más próspera del África tropical. La economía se basaba en una cosecha anual de mijo o sorgo, complementada con otras más específicas cultivadas en tierras abonadas de las zonas de asentamiento de colonos alrededor de las principales ciudades. Estas zonas se ampliaron en el siglo XIX atrayendo a inmigrantes y creando aldeas de esclavos porque, aunque la mayoría de los agricultores aún debían de ser campesinos libres, el califato de Sokoto fue la última gran sociedad esclavista del mundo. Los esclavos eran baratos (en el siglo XVII quizá valieran la décima parte de su precio en África del Sur), pues los jinetes del califato los capturaban en los pueblos vecinos, no islámicos, durante las brutales correrías que realizaban anualmente en la estación seca. Muchos esclavos pertenecían probablemente a nobles fulbe o mercaderes hausa y fundaron aldeas. Vivían en familia, cultivando sus propias parcelas. Pero, bajo la supervisión de un capataz esclavo, también trabajaban un campo común cuyos productos eran del amo, quien vivía en la ciudad. Otros esclavos trabajaban en los diferentes niveles de una economía comercial compleja como porteadores, artesanos, mercaderes, sirvientes domésticos, soldados o concubinas. Algunos

vendían su fuerza de trabajo y pagaban a sus amos parte de sus ganancias. El sistema tenía poco que ver con la esclavitud sudafricana basada en los latifundios. En Sokoto había una mayor proximidad cultural entre esclavo y amo, una mayor facilidad de fuga, una ley islámica que protegía los derechos del esclavo y la posibilidad de declarar libres a los hijos de hombres libres y madres esclavas, además de la costumbre clientelar que atribuía a los esclavos un valor como seguidores y no sólo como braceros. La esclavitud siguió siendo una institución cruel con sus brutales castigos, sus cazadores de esclavos profesionales y sus diversas comunidades de cimarrones, pero la de Sokoto fue una sociedad más compleja y móvil que la de El Cabo en el siglo XVIII.

Camellos, burros y porteadores humanos transportaban los cereales, la cola, la sal y las telas que, junto con el ganado y los esclavos, eran los principales productos de un comercio a larga distancia facilitado por la moneda de plata o las conchas de caurí. Lo realizaban los cambistas asentados tras alguna de las múltiples diásporas étnicas: los hausa en Trípoli y lagos, los norteafricanos en Kano e Ilorin. El comercio transahariano sólo era la parte más espectacular de un sistema que canalizaba el rico comercio interno de la sabana enriqueciendo notablemente a los comerciantes saharianos, y fue capaz de sobrevivir, aunque fuera en franca decadencia, hasta comienzos del siglo XX. Los comercios interno y transahariano convergían en ciudades amuralladas, sobre todo en Kano, cuyos 20 kilómetros de murallas de adobe rojo, de una altura de 10 a 20 metros, albergaban a unos 50.000 habitantes, a los que había que sumar los comerciantes de paso. Como explicaba un viajero: «su comercio y la manufactura con complementarios», porque Kano y su región eran famosas por sus telas, en especial una lustrosa tela de azul muy intenso, teñida con añil, llamada *yan kura*. El lugar central que ocupaba Kano en el «mercado común de Sokoto» hizo que el acabado de sus tejidos fuera el más cotizado de África tropical. De ahí que ciertos comerciantes compraran piezas de tela sin acabar para teñirlas en sus propias tinas con la ayuda de trabajadores contratados. La economía de escala permitió a los hausa destruir la industria textil de Borno, hacerse con el mercado de Tombuctú, vender los tejidos locales a 1.000 kilómetros de distancia y dar salida a sus productos en lugares tan lejanos como Egipto y Brasil. Los comerciantes de telas de Zaria empleaban a atractivas muchachas como «modelos ambulantes». Otros mercaderes hausa ofrecían materias primas a los artesanos y luego comercializaban las pie-

zas acabadas. Algunos porteadores, los hombres de la ciudad sin habilidades concretas y los braceros agrícolas emigrantes trabajaban por un salario, pero la mayoría del trabajo recaía en los esclavos, ya que la tierra estaba en manos de los hausa libres. Lo que obstaculizaba la introducción del capitalismo era la falta de población, aunque el califato experimentó en el siglo XIX un significativo crecimiento demográfico. Sólo hubo una hambruna grave en 1855. El lago Chad alcanzó su máximo nivel moderno en 1874. No hay mención a peste alguna. Las únicas epidemias de importancia, que sepamos, fueron la de viruela a comienzos de la década de 1820 y la de cólera a finales de la de 1860. La literatura médica hausa nunca menciona la viruela, aunque era «prácticamente endémica» en la región vecina de los borno. La guerra debió de frenar el desarrollo demográfico, pero quizá el principal efecto de la violencia fuera que las gentes de las regiones circundantes a las tierras de los hausa acabaran siendo esclavas, lo que debió de reforzar el viejo desequilibrio en la distribución de la población de la sabana. La prueba más evidente del crecimiento demográfico fue la expansión de los cultivos hacia el norte, a Damergu, una región saheliana en el moderno Níger, en la ruta comercial del norte que conectaba Kano con Trípoli que, como escribiera un viajero en 1851: «parece ser una tierra común donde, si a uno le agrada y tiene fuerzas para ello, puede establecerse»[11].

La sabana occidental experimentó, asimismo, dos yihads durante el siglo XIX, pero no dieron estabilidad a la zona. La primera, en 1818, tuvo lugar en el delta interno del Níger, controlado hasta entonces por los jefes de los clanes paganos fulbe, tributarios de los dirigentes bambara de Segu. Un clérigo fulbe llamado Shehu Ahmadu Lobbo reunió una comunidad de seguidores musulmanes, entró en conflicto con las autoridades, movilizó el resentimiento contra la jefatura tribal de los bambara y creó un califato con base en la nueva capital de Hamdallahi («Gloria a Dios»). Era una teocracia gobernada por un consejo de 40 clérigos que recaudaba los impuestos coránicos, organizaba la caridad y supervisaba un sistema educativo libre, obligando a los pastores a asentarse, purgando Jenne y Tombuctú de vicios urbanos, proscribiendo el baile, el tabaco y todo vestido que no fuera sencillo e imponiendo el islam a los pueblos vecinos. Su rigor se debía en parte al fervor religioso de Shehu Ahmadu,

[11] J. Richardson, *Narrative of a Mission to Central Africa,* 2 vols., Londres, 1853, vol. II, p. 169.

pero sobre todo a la pobreza y la ignorancia de una región de pastores y a la austeridad de la cultura fulbe. Cuando Shehu Ahmadu falleció en 1845 y sus descendientes se disputaron el trono, el reino era demasiado pobre y se hallaba demasiado aislado como para adquirir las armas de fuego necesarias para resistir, en 1862, a la conquista por parte del líder de una segunda yihad: al-Hadj Umar Tal.

Este nuevo movimiento había surgido 10 años antes entre los tukulor, fulbe asentados en Futa Toro, en el valle del Senegal. Umar Tal era un distinguido erudito tukulor que dedicó varios años a la peregrinación y se convirtió en el líder occidental africano de una nueva cofradía, la Tijaniyya, que proclamaba una revelación especial, complementaria del islam ortodoxo. Su objetivo eran los reinos militares bambara a los que los musulmanes devotos consideraban los últimos grandes reinos paganos de la sabana aunque, en el fondo, fueran eclécticos. El ejército tukulor de Umar conquistó Kaarta en 1855, Segú en 1861 y Hamdallahi (supuestamente aliada con Segú) en 1862. En Kaarta: «Ordenó que sus ídolos fueran derribados, y él personalmente los hizo pedazos con una maza de hierro»[12]. Pero aunque los tukulor crearon un Estado islámico en Kaarta, sus conquistas carecían de estabilidad debido, en parte, a que esa región había sido inestable desde la invasión marroquí y también a que la yihad no había sido una insurrección interna, sino una invasión externa a la que los bambara seguían resistiéndose. Cuando Umar murió durante una revuelta en 1864, sus hijos dividieron sus dominios en la guerra que siguió hasta que los franceses conquistaron la región en la década de 1890. El islam militante no fue capaz de vencer a las fuerzas centrífugas de la sabana occidental, mientras que la tierra de los hausa se fundió con una sociedad más estable para crear el Estado más impresionante del África tropical.

África austral

A comienzos del siglo XIX, los pueblos indígenas de África austral utilizaron dos estrategias para superar la fragmentación social y crear entidades políticas mayores. La más drástica fue la utilizada por los ngu-

[12] Citado en B. G. Martin, *Muslim Brotherhoods in Nineteenth-century Africa,* Cambridge, 1976, p. 90.

ni del norte en la comarca bien regada que se extiende entre la cordillera del Drankensberg y el mar que, posteriormente, pasaría a manos de los zulú. La arqueología ha demostrado que hubo allí una proliferación de asentamientos durante los siglos XVII y XVIII que implica un crecimiento demográfico, tanto en el caso de los seres humanos como en el del ganado. Las genealogías reales sugieren que hubo una proliferación semejante de pequeñas jefaturas tribales unidas entre sí por lazos de parentesco. El crecimiento demográfico pudo deberse a la adopción del cultivo del maíz así como al elevado nivel de lluvias que indican los anillos de crecimiento de los árboles. Probablemente fuera aumentando la competitividad por los recursos, mientras que la escasez de tierras libres evitaba la desintegración de los grupos en conflicto. Cierto es que, al igual que en tierras de los hausa, la fragmentación política estaba reñida con sus necesidades económicas. Los nguni del norte comerciaban desde el siglo XVI con los europeos en la bahía de Delagoa (la moderna Maputo) exportando primero marfil y luego ganado a cambio, sobre todo, de hierro y cobre. Esto puede haber dado a los linajes una razón más para extender sus territorios y asentar su autoridad sobre los vecinos más débiles, aunque los nguni del norte parecen haber importado pocas mercancías. En las tierras más bajas cercanas a la costa, varias jefaturas tribales mejoraron su capacidad defensiva, sustituyendo a los ejércitos de adolescentes locales por regimientos formados por soldados de la comunidad de todas las edades. El proceso fue importante a finales del siglo XVIII, cuando los nduandue, los nguane y los mthethua se afianzaron como los grupos más poderosos. Las rivalidades fueron en aumento cuando la sequía asoló la región en 1800-1803, en 1812 y en 1816-1818. La tradición recoge que el conflicto por el control de la tierra de los valles fue agudizándose hasta degenerar en una guerra a gran escala en 1817. El vencedor último fue Shaka, hijo de un jefe de poca importancia entre los mthethua, que incorporó a toda la región a su nuevo reino zulú antes de ser asesinado en 1828.

Shaka era un hombre corpulento, jovial y brutal, cuya violencia era legendaria incluso en su tiempo. Al igual que Biton Kulibali en Segu, parece haber explotado el descontento de los hombres solteros que formaban sus regimientos y que fueron movilizados de manera casi continua durante su breve reinado. El uso de las armas cortas como estoques en los combates cuerpo a cuerpo había sido una táctica muy antigua en la región, pero, al igual que los jinetes africano-occidentales,

Shaka le dio una gran relevancia, intensificó el entrenamiento y la disciplina, e implementó una dura moral militar. Pero el reino zulú era algo más que su ejército. Las mujeres jóvenes seguían casándose con hombres mayores, los grupos que se incorporaban conservaban su identidad y frecuentemente hasta sus jefes, y los regimientos estaban divididos en compañías basadas en las jefaturas tribales, mientras que los zulú originarios, así como sus aliados más íntimos, formaban una aristocracia que ostentaba el liderazgo militar, político y religioso. La tensión entre la autoridad regia y los grupos sociales que componían el reino salió a la luz repetidas veces en la historia posterior de los zulú. Pero el reino sobrevivió como entidad política y en la mente de los ciudadanos, demostrando que se podía poner coto militar a la fragmentación y el coste de este.

Las grandes convulsiones desencadenadas entre los nguni del norte tras 1817 llevaron a varios grupos a buscar refugio hacia el norte y el oeste. Los nguane, que formaban ya un reino importante, se retiraron hacia el norte, absorbieron a otros grupos nguni y soto, y formaron el reino Suazi; se militarizaron más a mediados del siglo XIX, como respuesta a las agresiones de los zulú y los afrikáner, pero lo compensaron adoptando las instituciones consultivas de los soto para crear una entidad política estable. Un grupo nduandue, liderado por Soshangane, se retiró hacia el norte en el moderno Mozambique y fundó el reino de Gaza para gobernar a los indígenas thonga y pueblos vecinos, atrayendo a sus jóvenes al ejército, en el que, no obstante, se hacía una distinción tajante entre dirigentes y súbditos. Un segundo grupo nduandue, denominado ngoni, también se dirigió al norte, pero se fragmentó y el resultado fueron varias pequeñas jefaturas tribales en África central y oriental. Los ngoni despreciaban a los agricultores no militarizados que conquistaron quienes, a su vez, consideraban bárbaros a los ngoni. Sin embargo, hubo un complejo sincretismo cultural entre ellos, sobre todo al oeste del lago Niasa, donde los ngoni crearon cuatro jefaturas tribales entre los cheua y pueblos afines en la década de 1860. Los jóvenes cheua admiraban las técnicas militares ngoni, las danzas y los trajes. Pero la sociedad niau, que defendía a los aldeanos cheua de los gobernantes, se resistió al control ngoni. Los ataques de los ngoni a los antiguos lugares de culto donde los cheua pedían lluvia a sus dioses sólo alteraron su forma de comunicarse con los espíritus, pasando de la intermediación a una posesión, a la que los gobernantes eran tan susceptibles

como los súbditos. Al igual que los conquistadores fulbe en tierras de los hausa, los ngoni fueron absorbidos por una cultura más compleja. Un cheua recordaba: «Los derrotamos con nuestras mujeres». Algo parecido sucedió también a los ndebele, que abandonaron Shaka y se asentaron alrededor de 1840 en los ricos pastos al sudoeste del Zimbabue, creando un reino que sometió a muchos indígenas shona. Como inmigrantes sin tumbas regias en las que pudieran hacer sacrificios, los ndebele llegaron a un acuerdo con los representantes del culto territorial de Muari al dios shona, y consultaron a otros especialistas en ritos y en medicina shona. Pero los ndebele conservaron su lengua y su organización militar hasta la conquista europea.

Al oeste de la cordillera de Drakensberg, los pueblos soto-tsuana del alto *veldt* emprendieron otra estrategia para acabar con la fragmentación. En vez de partir del ejército para reestructurar la sociedad, los líderes utilizaron los antiguos recursos de la jefatura tribal africana: mediación, compromisos, enlaces matrimoniales, redistribución y clientelismo. Lo que sólo fue posible porque el alto *veldt* limitaba con la Colonia de El Cabo, donde la guerra no la llevaban a cabo ingentes grupos de lanceros sino comandos móviles de fusileros montados. Debido a que las fuentes de agua eran más escasas en el alto *veldt* que entre los nguni, los asentamientos se dispersaban menos y los jefes fueron más poderosos. Pero la fragmentación persistió hasta el siglo XVIII, cuando se formaron unidades mayores, tal vez a causa de un incremento de población. A finales del siglo XVIII, los pedi del alto *veldt* oriental instituyeron una jefatura tribal que sobrevivió a la agresión de los blancos hasta 1879, gracias a las armas de fuego compradas por los agricultores emigrantes. Varios jefes tsuana siguieron la misma estrategia en el siglo XIX, financiando la compra de armas con lo que sacaban de los productos silvestres del desierto del Kalahari y sometiendo a los pastores san a una dependencia servil para poder hacerlo. Pero el principal reino nuevo en el alto *veldt* fue Lesoto, creado por Moshoeshoe, un jefe menor soto del valle de Caledon. En la década de 1820, esta región fue asolada por una sequía, así como por grupos de refugiados nguni y de fusileros montados griqua, de descendencia mixta joijói y afrikáner, que recorrían el alto *veldt* en busca de esclavos, marfil y ganado. Moshoeshoe respondió en 1824 creando una fortaleza de montaña en Thaba Bosiu y ganándose a los refugiados. Los misioneros estimaron que tenía unos 25.000 seguidores en 1834 y alrededor de 80.000 en 1848. Hacia 1904 la po-

blación de Lesoto era de 347.731 habitantes[13]. Muchos se establecieron en grupo bajo el mando de sus antiguos jefes, que estaban ligados al rey por vínculos matrimoniales, préstamos de ganado, asambleas y consejos consultivos y relaciones personales. Moshoeshoe era un hombre sabio y de mentalidad abierta que rechazaba «la mentira de las brujerías». En 1833 acogió a los misioneros que pretendían impartir enseñanzas y estableció alianzas diplomáticas. Ya en 1852 mandaba a unos 6.000 «jinetes bien armados». Pero probablemente no encontrara una solución duradera para la fragmentación. Su burocracia planificada, encabezada por la generación siguiente, ya educada en las misiones, fracasó porque sus miembros prefirieron convertirse en jefes provinciales. En la década de 1850, Moshoeshoe temía que las luchas entre ellos destruyeran el reino a su muerte, pero un protectorado británico, instituido en 1868, conservó la unidad.

Las técnicas políticas de los soto también demostraron ser ineficaces para sostener una entidad política mayor cuando un grupo conocido como los kololo se separó del resto dirigiéndose hacia el norte y conquistando el reino lozi de la llanura fluvial del Zambeze en 1840. A diferencia tanto de conquistadores nguni como de los ndebele, los kololo intentaron establecer lazos matrimoniales y clientelares con los líderes lozi. Esta política generó fuertes lazos de lealtad hacia los lozi, mientras los kololo del alto *veldt* morían de fiebres palúdicas en el valle. En 1864, un pretendiente al trono lozi inició una insurrección en la que se exterminó a los varones kololo supervivientes y se restauró el Antiguo Régimen.

Los acontecimientos en el alto *veldt* se vieron muy influidos por la ocupación británica de la Colonia de El Cabo en 1806. Los británicos querían proteger sus rutas marítimas y, al principio, aceptaron la sociedad esclavista de la colonia e intentaron estabilizar su frontera oriental rechazando a los xhosa más allá del Fish River en 1812 y asentando a unos 5.000 colonos británicos en la parte oriental de El Cabo en 1820, a modo de fuerza de interposición, que se convirtieron en un *lobby* poderoso a favor del avance de la frontera blanca. Todo lo cual incrementó la demanda de mano de obra africana, que ya era escasa desde la prohibición de importar esclavos de 1807. Los británicos intensificaron

---

[13] P. Sanders, *Moshoeshoe, Chief of the Soto,* Londres, 1975, p. 70; A. Eldredge, *A South African Kingdom*, Cambridge, 1993, p. 63.

la explotación del pueblo joisán, que fue perdiendo más y más tierras y cuyos miembros se convirtieron en sirvientes ligados a amos blancos por el Código Caledon de 1809. La situación provocó la protesta humanitaria de los misioneros británicos que desembocó en una campaña contra la esclavitud que culminó con su abolición en 1838. Muchos de los 39.021 esclavos (de 1834) se fueron a las ciudades o a las misiones, pero como sólo sabían realizar tareas agrícolas y las autoridades no les asignaron tierras deliberadamente, las fincas volvieron a contar con suficiente fuerza de trabajo en cuatro años. Se volvió en gran medida al sistema antiguo agravado por la pobreza, las deudas, el alcoholismo y la falta de perspectivas, a lo que se unía la necesaria observancia de la rigurosa Masters and Servants Ordinance (Ordenanza sobre Amos y Criados) de 1841. Aun así, los antiguos esclavos obtuvieron el suficiente poder como para poder negociar y tener la oportunidad de disfrutar de una vida familiar normal. La sustitución de la esclavitud por una economía básicamente capitalista tuvo una importancia fundamental, pero perpetuó la mano de obra negra, sin cualificar y semilibre. La emancipación seguramente agudizó las divisiones raciales, que sustituyeron a la esclavitud como categoría social. Los matrimonios interraciales fueron poco comunes. La segregación residencial urbana, iniciada por los británicos en la parte oriental de la Colonia de El Cabo en 1828, se implantó asimismo en Ciudad del Cabo cuando la elite abandonó el centro de la ciudad y las clases trabajadoras se agruparon en subgrupos sociales y raciales.

La emancipación tuvo consecuencias importantes en la frontera. Los pioneros afrikáneres habían empleado a trabajadores bantú desde la década de 1770. Esos trabajadores fueron numerosos tras 1834-1835, cuando una nueva guerra fronteriza permitió a los colonos capturar a miles de braceros «mfengu» (principalmente xhosa). Pero los británicos prohibieron toda apropiación de tierras de los xhosa. Esto, unido a una protección armada inadecuada, a la liberación de los joisán y los esclavos y a los intentos de imponer la igualdad ante la ley, convencieron a los afrikáneres de la frontera de que los negros estaban «en pie de igualdad con los cristianos, en contra de las leyes de Dios y las diferencias naturales de raza y religión»[14]. Entre 1834 y 1840, varios miles de blancos, en

[14] Anna Steenkamp (1843), cit. en A. du Toit y H. Giliomee, *Afrikaner Political Thought I,* Berkeley, 1983, p. 85.

su mayoría pobres *trekboers* en busca de tierras nuevas, se desplazaron hacia el norte, frecuentemente guiados por notables más especuladores (a veces insolventes) con fama de combatientes de frontera. Algunos se filtraron a través del río Orange, pero la corriente principal de la Gran Migración bordeó Lesoto hacia el oeste para girar luego al este cruzando el Drakensberg hacia Natal donde, en 1838, sus fusileros derrotaron a los lanceros zulú en Blood River. Los vencedores proclamaron una República de Natalia, pero los británicos la convirtieron en protectorado suyo en 1843, y muchos *trekboers* regresaron al oeste, a Transvaal.

La Gran Migración libró a los afrikáneres de una britanización duradera, pero crear un Estado en el alto *veldt* seguía siendo tan difícil como en tiempos de Moshoeshoe. En 1870, sus dos repúblicas apenas contaban con unos 45.000 habitantes blancos. Ambas empezaron siendo asentamientos de grupos familiares. El Estado Libre de Orange se consolidó primero, librándose de la injerencia británica en 1854, anexionándose la mitad de Lesoto a lo largo de los 14 años siguientes de guerras esporádicas, y estabilizándose tras 1864 bajo la presidencia de J. H. Brand, gracias a las exportaciones de lana. A comienzos del siglo XX, sólo unos 17.000 de sus habitantes africanos poseían tierras en tres pequeñas reservas. Otros 200.000 vivían en haciendas de los blancos, a veces como aparceros o arrendatarios. El Transvaal estaba aún más lejos y era más turbulento. Diez enfrentamientos armados entre grupos de *trekboers* tuvieron lugar entre 1845 y 1864. Una Constitución redactada en 1858 establecía el orden social más rígidamente segregado que había existido nunca en la frontera de El Cabo. Pero careció de gobierno real hasta que la ocupación británica en 1877-1881 provocó una resistencia relativamente unida. La intervención británica transformó asimismo las relaciones del Transvaal con los africanos. Inicialmente, bandas dispersas de afrikáneres realizaban incursiones contra los grupos más débiles en busca de «aprendices», pero no eran lo suficientemente fuertes como para derrotar a pueblos más importantes como los pedi. Los británicos lo hicieron por ellos en 1879, permitiendo que los afrikáneres completasen la ocupación del alto *veldt,* limitando la posesión de tierra por parte de los africanos al bajo *veldt,* y sustituyendo a sus aprendices por trabajadores «libres». De los 921.000 africanos que, en 1904, vivían en Transvaal, 130.000 poseían tierras, 303.000 ocupaban tierras del Estado, y 488.000 eran braceros o agricultores en haciendas de blancos.

Las dos colonias británicas de África austral también adoptaron formas diferentes a mediados del siglo XIX. Natal, anexionada en 1845, tenía en 1871 unos 17.886 habitantes blancos, entre 300.000 y 350.000 africanos y 5.070 hindúes, los primeros de los 152.184 importados entre 1860 y 1911 para trabajar contratados en las plantaciones de caña de azúcar, trabajo que los africanos aún podían darse el lujo de rechazar. Aunque en teoría los africanos votaban junto a los blancos para elegir a los representantes del Consejo Legislativo establecido en 1856, sólo tres lo hicieron. En la Colonia de El Cabo, en cambio, se instauró un gobierno representativo en 1853 con un censo que permitió que, en 1886, los africanos constituyeran el 43 por 100 de los votantes en seis distritos electorales del este de El Cabo. Las autoridades británicas impusieron este «liberalismo de El Cabo» hasta que la colonia logró formar su propio gobierno en 1872. El liberalismo también impuso la igualdad ante la ley y una economía de libremercado basada, a partir de la década de 1840, en los rebaños de ovejas criados en los pastos secos de la región oriental de El Cabo y el Karoo. Se estimuló el comercio con los africanos de la frontera oriental, con un valor estimado de las transacciones de unas 750.000 libras esterlinas al año en 1875. Así, los comerciantes se convirtieron en los mejores defensores del liberalismo de El Cabo.

La estrategia asimiladora de El Cabo otorgó un papel preponderante a los misioneros cristianos. La Iglesia morava llevaba trabajando entre los joisán desde 1737. Los wesleyanos abrieron su primera iglesia entre los xhosa en 1823. Los miembros de la London Missionary Society (Sociedad Misionera de Londres) penetraron más tierra adentro, estableciéndose en Kuruman entre los tsuana del sur, en 1816, y cruzando el río Limpopo en 1859 hasta alcanzar las tierras de los ndebele. En 1833 Moshoeshoe acogió a los misioneros protestantes franceses, que luego se establecieron también en el reino de los lozi. La penetración de los católicos hacia el interior comenzó en 1852. Los presbiterianos escoceses llegaron al lago Niasa en 1875. Estos misioneros eran colonos victorianos, en muchos casos artesanos o intelectuales autodidactas, que creían que los africanos podrían adoptar mejor el cristianismo como parte de una cultura más amplia que incluyera la literatura, la tecnología, el atuendo y las prácticas sociales europeas, junto al abandono de las creencias y los esquemas familiares africanos. En palabras de un distinguido misionero: «La civilización es a la religión cristiana lo que el

cuerpo es al alma»[15]. Los africanos estuvieron de acuerdo. Tenían la esperanza de que la religión les reportase beneficios materiales y, en general, se mostraban deseosos de adquirir tecnología, armas de fuego y caballos para comerciar con ellos, así como de establecer alianzas políticas con los blancos del otro lado de la frontera. A veces, los gobernantes tomaban la iniciativa. Moshoeshoe envió un emisario con 100 cabezas de ganado para procurarse un misionero a quien, al instante, puso a educar a los príncipes. Entre la sección nguato de los tsuana, el joven Jama utilizó a sus amigos cristianos para apoderarse del trono de su padre en 1875, y gobernó durante los 48 años siguientes como un modélico modernizador cristiano, fomentando el comercio y la enseñanza, desaprobando las ceremonias indígenas, prohibiendo la importación de alcohol y la venta de tierras, y empleando a los misioneros como expertos en ritos e intermediarios para asegurarse la protección británica contra la agresión de los afrikáneres. En cambio, los reyes zulú no permitían la entrada de cristianos en sus cortes y batallones, mientras que la incapacidad de los misioneros para convertir a un solo ndebele durante 22 años se debía en buena parte al «vigor aborigen» de la sociedad.

Como en muchos otros lugares durante el siglo XIX, muchos de los primeros cristianos del sur procedían de grupos amenazados, como los súbditos de los reinos ngoni en Malaui, o los oprimidísimos pueblos joisán de la Colonia de El Cabo, que fueron de los primeros en convertirse, aunque algunos consideraban que los misioneros eran agentes del dios joisán que debían «mostrarnos a los hotentotes una senda estrecha que nos permita huir del fuego»[16]. En otras regiones, los primeros cristianos solían proceder de los estratos sociales inferiores de las sociedades patriarcales. En el reino de Khama, por ejemplo, la mayoría de los cristianos eran mujeres que apoyaban las campañas de sus gobernantes prohibiendo el consumo de cerveza y otros aspectos de la cultura machista de los poblados que parecían impermeables a los cambios decretados desde el gobierno central. En las jefaturas tribales de Ovambo, en lo que luego sería el norte de Namibia, los que más entusiasmo mostraron ante el cristianismo fueron los jóvenes a los que se negó el acceso a la

[15] A. Ross, *John Philip,* Aberdeen, 1986, p. 217.

[16] Citado en E. Elbourne, *Blood Ground. Colonialism, Missions and the Context for Christianity in the Cape Colony and Britain 1799-1853,* Montreal, 2002, p. 178.

vida de adulto casado, cuando empezaron a surgir hombres lo suficientemente poderosos como para apropiarse de las mujeres y la riqueza. Estos conflictos, unidos a la hostilidad de los misioneros hacia las costumbres indígenas y a los obvios lazos entre el cristianismo y la expansión blanca, dieron lugar a profundas disensiones entre quienes rechazaban y quienes aceptaban el cristianismo, o los «Rojos» y la «Escuela», como se les denominaba en África austral («rojos» hacía referencia al uso cosmético del ocre rojo). Ambas comunidades solían vivir separadas. La escolarización tenía un valor especial para los que se habían integrado en la economía de los blancos. La primera gran escuela misionera se abrió en Lovedale, en la Provincia Oriental del Cabo, en 1841. En los 50 años siguientes impartió enseñanza secundaria a más de 2.000 africanos, entre los que figuraron varios sacerdotes como Tiyo Soga, el primero en ser ordenado, en 1856.

Muchos africanos australes respondieron inicialmente al cristianismo con su eclecticismo habitual, intentando adoptar los aspectos que podían conservar y realzar sus propias vidas. Los xhosa trataron de incorporar ideas cristianas a su cosmología, al igual que anteriormente habían incorporado nociones joisán; así, por ejemplo, el concepto de cielo, descrito en el «Gran Himno», un poema de alabanza dedicado al dios cristiano, compuesto por el profeta de principios del siglo XIX, Ntsikana[17]. Pero estas enseñanzas podían tener efectos muy subversivos. Por ejemplo, fue la idea de la resurrección la que en 1857, en una época de epidemias que diezmaban al ganado y de expansión blanca, inspiró a los profetas para convencer a muchos xhosa de que mataran su ganado y abandonasen los cultivos, porque sus antepasados iban a renacer con un ganado mejor y a arrojar a los europeos al mar. Quizá murieran una tercera parte de los xhosa, y el gobierno de El Cabo aprovechó la oportunidad para destruir su sociedad, enajenando más de la mitad de sus tierras y admitiendo a, al menos, 22.150 de ellos como trabajadores de la colonia.

Esta crisis se produjo tras dos generaciones en las que África austral probablemente experimentara un escasísimo crecimiento demográfico a causa de la conjunción de su ciclo regular de años húmedos y secos con el estado de guerra generalizado. Siguió una crisis más amplia en 1860-1863, cuando toda la región sufrió la mayor sequía de su historia,

[17] A. Hastings, *The Church In Africa 1450-1950,* Oxford, 1994, p. 220.

que coincidió con epidemias de viruela y sarampión. La mortandad fue especialmente terrible al sur de Malaui, donde las expediciones en busca de esclavos diezmaban a la población. La sequía alertó por primera vez a los sudafricanos blancos del deterioro de sus pastos, que atribuyeron equivocadamente a la desertificación, cuando en realidad era culpa suya. La erosión fue muy severa en Lesoto, donde la pérdida de tierras y los movimientos de población sólo se compensaron parcialmente con la colonización de las zonas de montaña y el exterminio de sus habitantes san. Tras la sequía de la década de 1860, sin embargo, la población del África austral (no de África central) debió de incrementarse sustancialmente, a juzgar por la gran cantidad de niños que aparecen en los censos de finales del siglo XIX; tal vez se debiera a la vacunación contra la viruela, el hambre menos frecuente, a la mejora de los transportes, al empleo asalariado y a la expansión económica general del periodo.

El acceso a nuevos mercados y a las técnicas agrícolas europeas, sobre todo a los arados tirados por bueyes introducidos por los misioneros, fue una fuente de gran prosperidad para África. Algunos joijói se beneficiaron de ellos en la década de 1820, los mfengu en la de 1830, los soto desde la de 1850 y los xhosa tras la matanza de ganado de 1857. En la década de 1880 había entre 1.000 y 2.000 granjeros-comerciantes africanos en la Colonia de El Cabo. Algunos poseían más de 1.200 hectáreas de tierra y 200 cabezas de ganado, utilizaban arados y carros y, al igual que sus vecinos blancos, no dejaban de discutir sobre «el problema de los sirvientes». Durante la segunda mitad del siglo, los granjeros africanos progresistas adoptaron la nueva tecnología y cultivaron zonas cada vez más amplias de África austral, cargando sobre la mano de obra femenina trabajos cada vez más duros.

El mercado urbano creado por el descubrimiento de diamantes en Kimberley junto a la frontera norte de la Colonia de El Cabo en 1867 fue un estímulo crucial para la agricultura comercial. Ese descubrimiento transformó, asimismo, la situación política de África austral. Los ingresos por diamantes permitieron a la Colonia de El Cabo aceptar los costes de un gobierno propio en 1872. A lo largo de los 30 años siguientes obtuvo créditos de más de 20 millones de libras esterlinas, sobre todo para construir 2.500 kilómetros de vía de ferrocarril hacia el interior. Los gobiernos de El Cabo, libres de las trabas del liberalismo británico, impusieron la segregación estricta que sus votantes blancos deseaban. Se segregaron hospitales, prisiones, instalaciones deportivas y muchas es-

cuelas e iglesias. En 1901 durante una epidemia de peste bubónica, sacaron a los africanos de Ciudad del Cabo a punta de bayoneta y les abandonaron en un paraje alejado de la ciudad. Se modificó el derecho al voto en la Colonia de El Cabo para excluir a los africanos de los territorios fronterizos conquistados en el este. Los responsables del gobierno también agitaron a los afrikáneres de El Cabo. En 1879-1880 crearon el Afrikáner Bond (Vínculo Afrikáner), que se convirtió en el partido dominante en la Colonia de El Cabo, y obtuvo el apoyo de las repúblicas afrikáner, molestas por la anexión británica del Transvaal en 1877, para crear una confederación sudafricana bajo el liderazgo de Ciudad del Cabo. La solidaridad política entre los afrikáneres disminuyó en 1881 y cuando ya nadie creía en su viabilidad, pero una identidad cultural empezó a tomar forma en torno a la lengua afrikáans, hasta entonces un cúmulo de dialectos locales hablados por los afrikáneres pobres y los mestizos, pero desarrollado como lenguaje escrito, tras 1875, por los intelectuales nacionalistas. Para contribuir a la constitución de la confederación, las tropas imperiales británicas conquistaron a los pedi, los zulú y los pueblos supervivientes de los xhosa en 1878-1879, dando la hegemonía a los blancos en toda África del Sur.

Al igual que la emancipación de los esclavos, la minería de diamantes, más que transformarlo, endureció el orden social. Los primeros hallazgos de superficie en Kimberley atrajeron a una avalancha de mineros (algunos negros) y jornaleros (algunos blancos). A medida que se avanzaba en las excavaciones, los empresarios prósperos unieron sus intereses y los cavadores blancos expulsaron a los obreros independientes negros. El último cavador africano, el reverendo Guayi Tyamzashe, se marchó en 1883. Cinco años después, casi todo el campo de Kimberley estaba controlado por De Beers, creada conjuntamente por financieros europeos (encabezados por los Rothschild), Cecil Rhodes y Alfred Beit (el comprador de diamantes más próspero). En 1885, De Beers inició la minería a gran profundidad, utilizando a empleados blancos para supervisar a los braceros negros emigrantes a los que se alojaba en complejos cerrados (literalmente, grandes jaulas de alambre) con el fin de evitar robos e intensificar el control de los trabajos. Los trabajadores blancos se negaron a vivir en centros de internamiento. En El Cabo, los blancos ganaron durante mucho tiempo más que los negros por la misma tarea: el doble en la construcción de ferrocarriles, por ejemplo. En Kimberley, en la década de 1880, los blancos tenían un

salario cinco veces superior al de los negros, en parte porque monopolizaban las tareas oficialmente designadas como especializadas o de supervisión. Se prefería a los trabajadores negros recién emigrados, sistema introducido en las haciendas de El Cabo a comienzos del siglo XIX. La mitad de los primeros braceros africanos de Kimberley fueron pedi del Transvaal, a menudo muy jóvenes, enviados por sus jefes por partidas con el fin de conseguir fusiles. Hacia 1877 los braceros llegaban de tan lejos como el moderno Zimbabue. Años después, con el auge de la minería del oro en 1886, se adoptó este mismo sistema en Witwatersrand.

África oriental

El interior de África oriental fue una de las regiones más aisladas del continente hasta el siglo XVIII, cuando se integró en la economía mundial por el comercio a larga distancia. Esto les ofreció nuevas oportunidades de vencer la fragmentación política, pero también era una amenaza para las formaciones políticas existentes y para el control de la naturaleza que habían conseguido. Los cambios, que duraron siglos en el África occidental, se comprimieron en décadas África oriental. Pero el cambio inspirado en el mundo exterior sólo fue una de las características del periodo. La segunda fueron los cambios internos y la tercera, la continuidad.

La intervención portuguesa, a partir del siglo XV, alteró el modelo de comercio costero sin destruirlo. Durante los dos siglos siguientes, los comerciantes suajili del archipiélago de Lamu proporcionaron a Arabia y el golfo Pérsico esclavos que procedían de Madagascar y otras islas del océano Índico, nunca del interior. A finales del siglo XVI, la isla de Zanzíbar parecía depender de los esclavos para mantener su agricultura[18]. Los comerciantes yao del sur llevaban el marfil desde la región del lago Nyasa hasta la costa de Kilwa. Pero, a lo largo del siglo XVIII, la gran vitalidad de la economía del Índico estimuló la penetración comercial hacia el interior del continente. Kilwa empezó a exportar esclavos capturados en sus propias tierras a Oriente Medio y las islas francesas repletas de grandes plantaciones utilizando las redes comerciales de los yao. También alcanzaron el lago Nyasa comerciantes nyamwezi proce-

---

[18] T. Vernet, «Le commerce des esclaves sur la côte swahili 1500-1750», *Azania* 38 (2003), pp. 69-97.

dentes del oeste de Tanzania y abrieron una ruta comercial que conectaba el continente con la isla de Zanzíbar, situada justo enfrente, que vivía sus mayores momentos de esplendor en la década de 1770. El incremento de la rivalidad entre las jefaturas tribales del Kilimanjaro indica que había mucha actividad más al norte[19]. En la década de 1780 se establecieron en Zanzíbar los comerciantes hindúes que huían de la opresión portuguesa en Mozambique.

Probablemente fuera esa prosperidad la que llevó a los gobernantes de Omán, en el golfo Pérsico, a dotar de autoridad real al poder nominal sobre la costa que proclamaron cuando, en 1698, encabezaron la oposición a los portugueses. Se hicieron con el control de Kilwa en 1785 en 1800 establecieron una administración más eficaz en Zanzíbar y situaron a gobernadores en los puertos costeros a lo largo de las décadas de 1820 y 1830, trasladando la capitalidad a Zanzíbar en 1840; todo ello ante la resistencia de los notables suajili de la costa. Dado que el gobierno de Omán tenía poca autoridad sobre la costa, se centró en canalizar el comercio hacia Zanzíbar. Tierra adentro, los omaníes ejercieron cierta influencia y nada más. Las ciudades costeras rebosaban de esclavos, inmigrantes y porteadores de caravanas. La cultura suajili experimentó una considerable arabización. Los mercaderes de la costa condujeron tierra adentro caravanas de porteadores humanos, gracias a los créditos que les concedían los hindúes porque las moscas tsetsé impedían el transporte animal. A finales del siglo XIX puede que unos 100.000 porteadores viajaran por la ruta central entre Bagamoyo (frente a Zanzíbar) y la comarca de los niamuezi cada año. La exportación principal era el marfil, cuyo precio, en constante aumento, llevó a los mercaderes a adentrarse todavía más hacia el interior. Las exportaciones de esclavos aumentaron hasta el punto de rivalizar con las de marfil a mediados de siglo, cuando en torno a 50.000 esclavos abandonaban la zona (incluso Mozambique) cada año, una cifra inferior a las de África occidental que se mantuvo durante un periodo mucho más corto, pero afectó a una población más reducida[20]. Se importaban sobre todo telas cuyos bajos

---

[19] O. J. M. Kalinga, «The Balowoka and the Establishment of States West of Lake Malawi», en A. I. Salim (ed.), *State Formation in Eastern Africa*, Nairobi, 1984, cap. 2; R. Ross (ed.), «The Dutch on the Swahili coast, 1776-1778», *IJAHS* 19 (1986), pp. 305-360, 479-506; L. Wimmelbrücker, *Kilimanjaro. A Regional History, vol. I,* Münster, s.f., pp. 26-27.

[20] G. Campbell, «Madagascar and Mozambique in the Slave Trade of the Western Indian Ocean 1800-1861», *Slavery and Abolition* 9, 3 (diciembre, 1988), p. 185.

precios, debido a la industrialización, alimentaban el sistema comercial en su conjunto. Las armas de fuego sirvieron de complemento desde mediados de siglo; en la década de 1880 se exportaban casi 100.000 piezas al año. La isla de Zanzíbar se convirtió no sólo en una capital y centro comercial, sino asimismo en una colonia de plantaciones que empleaba mano de obra esclava (posiblemente la mitad de sus 200.000 habitantes a mediados de siglo fueran esclavos) para cultivar una especia, el clavo, muy apreciada en el mercado mundial.

A medida que las rutas comerciales se introducían tierra adentro, fue cambiando el sistema comercial. Los comerciantes de la costa, que contaban con mayores recursos y armamento, se apoderaron a mediados del siglo XIX de una ruta situada al norte de Mombasa, abierta en el siglo XVIII y controlada durante mucho tiempo por los kamba locales. Los mercaderes de la costa también buscaron rutas alternativas no controladas por los niamuezi como la ruta central desde Bagamoyo. Llegaron a Buganda en la década de 1850 y cruzaron el lago Tanganica en la década de 1860, internándose en la selva congoleña donde, según Livingstone, «el marfil era como hierba», y penetrando en los reinos luba y nyoro, donde convergieron con otros comerciantes procedentes de Luanda y Jartum. El comercio se fue haciendo aún más competitivo y más violento, en parte por la mayor concentración de esclavos y de armas de fuego y, en parte, por la caza de elefantes, que dejó a los africanos con poca cosa que vender a lo largo de las rutas comerciales. De ahí que dependieran de la extorsión ocasional a mercaderes costeños, que replicaron empleando a ejércitos de fusileros esclavos para afianzar su poder, sobre todo en torno a los lagos Tanganica y Nyasa. A finales del siglo XIX, África oriental entró en una espiral de violencia. Durante unos años fue, en palabras de Livingstone, «la llaga abierta del mundo».

En general, el comercio había procurado a los africanos los medios para vencer la fragmentación y crear unidades políticas mayores. Es lo que sucedió en el siglo XIX en África oriental, principalmente entre los pueblos comerciantes niamuezi y yao, que crearon jefaturas tribales mercantilistas similares a las del siglo XVIII de África occidental. En la década de 1860, un mercader niamuezi llamado Msiri fundó, con ayuda de un séquito de fusileros, una de esas jefaturas tribales de la región de Shaba donde en tiempos floreciera la cultura sanga. El contemporáneo más poderoso de la comarca niamuezi era Mirambo («Cadáveres»), quien había sido un jefe menor y activo mercader, cuyo extenso pero

efímero reino se basó en los *rugaruga,* jóvenes fusileros mercenarios comparables a los muchachos guerreros de las tierras de los yoruba. Los comerciantes yao que tuvieron éxito durante ese periodo emplearon a mujeres esclavas para hacerse con seguidores personales (era el único medio disponible en su sociedad matriarcal) y crear núcleos de jefaturas tribales territoriales. Pero el comercio también quebrantaba a las comunidades basadas en principios más antiguos, como las de los congo, los oyo y los maravi. Hubo dos ejemplos especialmente significativos en África oriental. Uno fue el del reino luba de la región de Shaba, que se desintegró en la década de 1870 cuando los mercaderes de la costa introdujeron armas de fuego en un conflicto sucesorio. Otro fue el reino shamba al nordeste de la moderna Tanzania. Su gobernante, que vivía en montañas recónditas y basaba gran parte de su poder en el ritual, apenas tuvo acceso a los mercaderes que suministraban armas de fuego y otras mercancías a los jefes fronterizos: sus propios hijos. Al morir, en 1862, sus hijos se pelearon por el trono y fragmentaron el reino.

Tanto si fomentó la consolidación como la fragmentación, el comercio dio prioridad a la riqueza y a la fuerza militar que rivalizaban con los viejos principios hereditarios y el ritual religioso como forma de legitimidad. También puso en tela de juicio el nacimiento como criterio para acceder a cargos administrativos. Procesos semejantes tuvieron lugar en todas partes, desde Marruecos hasta las tierras zulú. Los nuevos principios no sustituyeron a los antiguos; antes bien, tanto la fuerza militar como el estatuto ritual originaron conflictos, y hubo reinos, como el reino shamba, que se desintegraron porque nadie podía controlar a la vez los fusiles y las lluvias. En ocasiones, algún gobernante, como Mirambo, se aseguró ambas fuentes de autoridad, convirtiéndose en jefe hereditario y comandante de los *rugaruga.* Los nuevos principios no invalidaron los viejos, hubo sincretismo, hubo conflicto y, en algunos casos, se combinaron para dar lugar a un nuevo orden político.

La situación en los Grandes Lagos es la que mejor ilustra esta dinámica. Durante el siglo XVIII y comienzos del XIX, el antiguo reino de Bunyoro se fragmentó, y sus provincias más distantes quedaron bajo control de los buganda o se hicieron independientes, mientras que el reino central estuvo dominado por los jefes hereditarios y los clanes regios. Pero cuando los mercaderes de Jartum alcanzaron Bunyoro en la década de 1860, seguidos por los de Zanzíbar en 1877, el rey creó un ejército de fusileros mercenarios, reafirmó su autoridad sobre sus jefes,

inició la reconquista de las provincias secesionistas, rechazó la anexión a Egipto y, en 1886, derrotó a los lanceros de Buganda. En términos de consolidación política, Bunyoro fue el principal beneficiario del comercio del siglo XIX en África oriental.

Para Buganda, en cambio, la apertura al mundo exterior fue su fin tras dos siglos de éxitos. A mediados del siglo XIX, sus reyes utilizaron los recursos obtenidos por la expansión territorial para llevar a cabo una inusual concentración de poder en su corte, caracterizada por una intensa pugna para obtener los conocimientos que garantizaban los ascensos. Cuando llegaron los mercaderes de la costa, alrededor de 1852, la corte no sólo adoptó sus tejidos y armas de fuego, sino también el islam. Entró de golpe, al contrario que en África occidental, donde la penetración fue más lenta. El perspicaz Kabaka Mutesa (1856-1864) vio en el islam una religión capaz de contrarrestar el poder de los mediadores espirituales vinculados a clanes pero, al final, hubo de ejecutar a algunos jóvenes cortesanos en 1876, acusados de desafiar su autoridad basándose en principios islámicos. Los misioneros anglicanos llegaron un año después, y los Padres Blancos católicos, en 1879. Mientras los misioneros de otras partes de África oriental (al igual que de la occidental y la meridional) ganaban adeptos principalmente entre la gente marginada, en Buganda la enseñanza se reservaba para los miembros de la corte. Mutesa no quiso convertirse porque su intención era apadrinar todas las religiones, pero algunos jóvenes cortesanos ambiciosos mostraron un entusiasmo inusitado por las letras, la enseñanza y el apoyo moral que ofrecían los misioneros. Cuando Mutesa falleció en 1884, esas fuerzas innovadoras ocuparon su lugar en los consabidos conflictos generacionales y entre facciones, normales en toda sucesión al trono. El joven Kabaka Muanga vio que sus pajes eran más leales al cristianismo que a su persona. Ejecutó a unos 42 (luego canonizados como los Mártires de Uganda) y armó a los restantes, junto a musulmanes y algunos tradicionalistas, formando regimientos según el modelo de los fusileros de los nyoro para afianzar su autoridad sobre los jefes de su padre. Pero los ancianos incitaron a los fusileros contra Muanga. Le depusieron en 1888 para luego pelearse entre sí. En 1890, cuando las tropas británicas llegaron a Buganda, cuatro ejércitos (católico, protestante, musulmán y tradicionalista) controlaban diversas partes del reino. El choque entre las viejas fuerzas y las nuevas puso a Buganda al borde de la desintegración. Pero también dio paso a jefes

jóvenes, innovadores y valerosos que dirigirían prósperos reinos bajo control colonial.

No podemos explicar esta evolución aludiendo sólo a las presiones externas por dos razones: primera, no se tiene en cuenta el cambio endógeno. En Ruanda tuvo lugar la transformación social más drástica de todo el siglo XIX en África oriental. Hasta los últimos años del siglo, Ruanda se negó a dejar paso a las caravanas de la costa y apenas hizo uso de armas de fuego. Durante esos años se intensificaron los conflictos entre los hutu y los tutsi debido a la multiplicación de linajes aristocráticos, a su violenta lucha por el poder a costa de la Corona, al incremento de sus ganados y a la introducción de cultivos americanos para mantener a la población, lo que generó cierta escasez de tierras e hizo que los aristócratas explotaran más a los campesinos. El resultado fue, a partir de 1870, la denominada *uburetwa,* una forma de servidumbre impuesta a los hutu que sólo conservaban sus tierras si proporcionaban gran parte de su cosecha y muchas horas de corveas a sus jefes. La *uburetwa* cristalizó en una separación profunda entre hutus y tutsis que se fue difundiendo desde el centro del reino causando revueltas campesinas que, en ocasiones, tenían ecos milenaristas y que entroncaban con la resistencia de pueblos foráneos que querían evitar que este reino en expansión los subyugara, sobre todo en el norte y el oeste. La Ruanda de la segunda mitad del siglo XIX era un territorio en el que se daban rápidos cambios y se desplegaba una gran violencia, pero todo se debía a la situación interna. Lo mismo cabe decir de Burundi, que se resistió a la penetración de los comerciantes de la costa mientras su población crecía rápidamente y la guerra civil se hacía endémica. Pero era un reino menos centralizado, en el que había un mayor equilibrio entre tutsis y hutus y donde ninguno de los dos grupos convirtió en siervos a los miembros del otro.

Una segunda razón para no dar excesiva importancia al comercio a larga distancia fue que otros intrusos también provocaron cambios. Los refugiados militarizados ngoni del sur de las tierras zulú se instalaron al norte del lago Nyasa en la década de 1840, obligando a reorganizarse para la resistencia a pueblos vecinos como los hehe de las montañas del sur de la moderna Tanzania, cuya jefatura tribal se hizo poderosa en la década de 1860 gracias a su ejército de ciudadanos armados con lanzas. En el norte, los pastores masái desempeñaron el papel de los ngoni. Tras hacerse con el control del valle del Rif, los grupos masái pasaron gran

parte del siglo xix luchando entre sí por la hegemonía. Los perdedores hacían incursiones contra los agricultores vecinos que, en general, adoptaron la cultura y organización militar masái antes de recurrir, a finales del siglo xix, a las armas de fuego.

La movilidad y el intercambio fomentaron el cambio cultural. Los yao, que tenían mucha experiencia en el comercio, eran más receptivos a la cultura costera. A finales del siglo xix sus jefes adoptaron el islam y edificaron capitales al estilo de la costa, y sus hijos jugaban a un juego de mercaderes y esclavos en el que el perdedor «moría en el camino». Los niños hacían pistolas de juguete como en el resto del mundo. El islam también se difundió por la zona contigua a la costa, donde los jóvenes con ambiciones lo utilizaron para liberarse de las trabas sociales. Ganó muchos adeptos en Buganda, pero sólo hubo conversiones aisladas en otras partes del interior, si bien había gran demanda de magia y medicina islámicas. La lengua suajili era la lengua franca para comunicarse con los mercaderes de la costa, aunque en zonas más remotas «suajili» tenía connotaciones de corrupción y enfermedad. Hubo mucho intercambio de danzas y de música; los chagga adoptaron danzas de los masái, y los ganda tocaban instrumentos soga. También hubo sincretismo entre prácticas religiosas. La inseguridad multiplicó las acusaciones de brujería, en especial allí donde se vendía a las brujas, a las que se identificaba por medio de una prueba a base de cierto veneno: el *muavi*. La mejora de las comunicaciones extendió la reputación de los hacedores de lluvia y los expertos en ritos. Los cultos de posesión también se adaptaron. Los seguidores de Msiri introdujeron el antiguo culto chuezi en el reino de Shaba. Los seguidores del nuevo culto de Niabingi encabezaron la resistencia a la expansión ruandesa y los pueblos costeros incorporaron espíritus árabes, europeos y de otros pueblos africanos a su panteón. Muchos de estos cultos preveían la protección de las mujeres cuya carga laboral fue creciendo a medida que los hombres se iban a la guerra. Sus memorias demuestran que ganaron poco con el comercio a larga distancia y que fueron objeto de brutalidades que alimentaron la preocupación por la seguridad y la familia nuclear que podía proporcionársela.

El impacto económico del sistema comercial varió según los lugares y las épocas. Las incursiones en busca de esclavos fueron más devastadoras en las zonas densamente pobladas que carecían de organización política compleja de alrededor del lago Niasa y al oeste del lago Tanga-

nica, donde incluso el experimentado Livingstone tuvo «la impresión de hallarse en el Infierno»[21]. Los ejércitos de los ganda causaron los mismos estragos entre los busoga. Pero el comercio a larga distancia también tuvo efectos beneficiosos. Estimuló la especialización de comerciantes, cazadores, soldados, porteadores de caravanas y ciudadanos urbanos. Expandió el mercado de la artesanía del hierro, pero las telas importadas acabaron con gran parte de la producción de tejidos de África oriental. Las caravanas estimularon los mercados, los sistemas regionales de comercio y la producción comercial de alimentos, tanto en la costa (para abastecer a Zanzíbar y Arabia) como a lo largo de las rutas comerciales (para abastecer las caravanas). En 1890, un oficial británico podía encargar en pocos días 10 toneladas de alimentos al sur de las tierras de los kikuyu y tener la certeza de que se las servirían. Parte de los alimentos los producían esclavos, porque algunas de las sociedades de tierra adentro, que hasta entonces habían convertido a los cautivos o a los pobres en sirvientes, empezaron a comprar esclavos como braceros agrícolas, sobre todo cuando la prohibición de exportar esclavos de 1873 bajó mucho los precios dentro del continente. Entre los nuevos cultivos figuraba el maíz, que arraigó excepcionalmente bien gracias al clima de África oriental y se difundió rápidamente tierra adentro por las rutas de las caravanas. Se cultivaba en Buganda hacia 1862, junto a la mandioca y el arroz. Los pastores iban a vender el ganado desde el sur del lago Victoria hasta la costa, a 1.000 kilómetros de distancia. Así como la economía de gran parte de África austral se reorganizó en torno a la industria minera, las economías de África oriental se fueron reestructurando en torno a Zanzíbar y su comercio. Pero a diferencia de las minas, ni el comercio de marfil ni el de esclavos sobrevivieron en el siglo XX. África oriental sufrió una brutal crisis económica. Había crecido en el siglo XIX sin salir del subdesarrollo y se dirigía hacia «un inevitable punto muerto»[22].

Las consecuencias se reflejaron en una historia demográfica que revela datos dispersos. Durante el siglo XIX, la población de África oriental probablemente siguiera el rumbo inverso a la del sur de África, expe-

---

[21] H. Waller (ed.), *The Last Journals of David Livinsgtone,* 2 vols., Londres, 1874, vol. II, p. 135.

[22] A. Roberts, «Niamuezi Trade», en R. Gray y D. Birmingham (eds.), *Pre-colonial African Trade,* Londres, 1970, p. 73.

rimentando un crecimiento inicial que, a mediados de siglo, dio paso a la decadencia. Aparte de la sequía y el hambre generalizadas de la década de 1830, las lluvias fueron relativamente abundantes hasta la década de 1880, y el lago Victoria alcanzó su nivel más alto a finales de la década de 1870. La gran movilidad, las guerras y el apiñamiento en grandes asentamientos defensivos reducían a la población, pero las epidemias fueron un obstáculo mucho más serio para el crecimiento demográfico. Las caravanas solían extender la viruela, y los ejércitos de los ganda parecían incapaces de librarse de ella. La gravedad de algunos brotes epidémicos (en especial, el surgido en torno a los Grandes Lagos a finales de la década de 1870) hace pensar en cepas virulentas asiáticas o europeas. Por las rutas comerciales se difundieron cuatro epidemias de cólera y posiblemente nuevos brotes de enfermedades venéreas. Pero el comercio abrió muchas regiones a la colonización agrícola, sobre todo Ruanda y Burundi, donde las condiciones ambientales favorables, los cultivos americanos y la relativa estabilidad política en las regiones centrales fomentaron tanto la intensificación como la expansión de la agricultura, lo que se tradujo en un crecimiento demográfico sustancial hasta, por lo menos, la década de 1880[23]. En otros lugares, las condiciones se deterioraron antes. Patrick Manning sugiere que las exportaciones de esclavos causaron una decadencia demográfica seria, pero relativamente breve, en África oriental a mediados del siglo XIX[24], lo que probablemente afectara a las comarcas sometidas a incursiones periódicas en busca de esclavos. En la década de 1880, la violencia, la sequía y las enfermedades se generalizaron. Las hambrunas a lo largo de las rutas de las caravanas, tanto del norte como del centro, sugieren que la sequía se exacerbó con las ventas de grano y el fallo de los mecanismos que debían advertir del riesgo. Cuando la población se concentró en los asentamientos defensivos, la maleza, la caza y la mosca tsetsé se apoderaron de amplias zonas del valle del Zambeze, del sur y el centro de Malaui, de Tanzania occidental y tal vez de otras regiones.

Al igual que en otras zonas de África, en el siglo XIX la mayor integración en la economía mundial ofreció a los africanos orientales

---

[23] C. Thibon, «Croissance et régimes démocratiques anciens», en *Histoire Sociale de l'Afrique de l'Est*, Département d'Histoire de l'Université du Burundi, París, 1991, pp. 224-228.

[24] P. Manning, *Slavery and African Life,* Cambridge, 1990, p. 81.

nuevas razones y recursos para ampliar su organización política y económica, pero también desestabilizó sus estructuras. Lo que explicaba la fragmentación política y el atraso económico era la escasez de población. En determinadas épocas y lugares se incrementó, pero en otras zonas en decadencia se mermó aún más. Ruanda y Burundi participaron en la expansión de las tierras de los igbo, de Egipto, del califato de Sokoto, de la Colonia de El Cabo y de Argelia en el siglo XIX. El sur de Malaui y el este de Zaire compartieron la miseria de Angola y de Sudán meridional. En un siglo de rápido crecimiento demográfico en otras zonas, el porcentaje de africanos de la población mundial probablemente cayera drásticamente[25]. En este contexto hay que situar al gobierno colonial.

[25] *Ibid.*, p. 171.

9
La invasión colonial

En los últimos 20 años del siglo XIX, las potencias europeas se fueron repartiendo África sobre el mapa. Sin embargo, el reparto sobre el terreno fue lento y muy traumático. La posesión generalizada de armas, los códigos militares de honor y la larga hostilidad al control gubernamental hicieron que la resistencia popular a la conquista fuera mayor en África que, por ejemplo, en la India. Al crear Estados en un continente turbulento e infrapoblado, los administradores coloniales se enfrentaron a los mismos problemas que sus antecesores africanos, y con frecuencia los abordaron de la misma manera. Pero disponían de ventajas tecnológicas: armas de fuego, transporte mecánico, conocimientos médicos y cultura general. Los Estados que crearon antes de la Primera Guerra Mundial fueron, por lo general, simples esqueletos formales a los que daban vida las fuerzas políticas africanas. Pero la conquista europea tuvo dos efectos cruciales. Al convertirse cada colonia en un productor especializado de géneros para el mercado mundial, adquirió una estructura económica que luego sobrevivió en el siglo XX. Había grandes diferencias entre la producción agrícola de África occidental y la producción capitalista, estilo europeo, de África oriental, y el colonialismo perpetuó el antiguo contraste entre ambas regiones. Además, la intrusión europea tuvo hondas consecuencias en la demografía africana.

El reparto

Lo que había sido una lenta penetración europea en África durante el siglo XIX, se convirtió en una verdadera escalada a finales de la década de 1870, por diversas razones. Una fue la iniciativa francesa en Senegal, lanzada en 1876 por un nuevo gobernador, Louis Brière de

l'Isle. El general Faidherbe había llevado a cabo allí 20 años antes, una política expansionista. Pero su marcha en 1865 y la derrota francesa ante Prusia en 1871 acabó con ella. Sin embargo, Brière de l'Isle pertenecía a una facción decidida a reforzar Francia con la riqueza colonial, fundamentalmente con la de la sabana de África occidental. Muchos soldados coloniales, ávidos de distinciones y acostumbrados en Argelia a una gran libertad de acción, formaban parte de esa facción, como también políticos que lograron fondos en 1879 para estudiar el posible trazado de un ferrocarril que uniera el Senegal al Níger. Los militares gastaron ese dinero en financiar su avance hasta el río en Bamako en 1883. Este tipo de política se extendió a otras dos regiones de África occidental.

Primero, agentes franceses se esforzaron por establecer tratados con los notables del curso inferior del Níger, que eran una amenaza para los intereses comerciales británicos establecidos allí desde hacía tiempo. Después, en 1882, la Asamblea Nacional francesa ratificó un tratado en el que el gobernante tio del lago Malebo en el río Congo legaba sus derechos hereditarios al viajero francés Pierre Savorgnan de Brazza. Ese tratado, base del Imperio francés en África ecuatorial, puso en peligro los planes del rey Leopoldo II de Bélgica, quien desde 1876, utilizaba su fortuna privada para fundar establecimientos comerciales en el bajo Congo y ahora se veía obligado a formular reclamaciones territoriales. Los británicos, que temían un régimen proteccionista francés en el bajo Congo pero no querían comprometerse, reconocieron las viejas reclamaciones portuguesas sobre la región, a cambio de libertad para comerciar en ella. Esta decisión disgustó a otros estadistas europeos; sobre todo, al canciller alemán.

Bismarck no deseaba colonias alemanas, pero la protección de los intereses comerciales alemanes en África era una responsabilidad que podía reportarle cierto apoyo político. Por consiguiente, en 1884 autorizó la creación de protectorados alemanes en el sudoeste de África, en Camerún y Togo, beneficiándose de la disputa que se desató entre sus principales rivales europeos: Francia y Gran Bretaña. La disputa surgió en África del Norte. En 1881 Francia constituyó un protectorado sobre Túnez, fuertemente endeudada, para evitar la hegemonía italiana en la zona. Egipto también estaba endeudado y se hallaba sometido al control financiero de un organismo franco-británico. Cuando los europeos lograron que fuera depuesto el jedive Ismail en 1879, se hizo un vacío



Mapa 10. La invasión colonial.

político en Egipto que se vio cubierto por terratenientes árabes y oficiales del ejército, encabezados por el coronel Arabi, hostil al control extranjero. Francia y Gran Bretaña trazaron planes de invasión pero, al cambiar de gobierno, los franceses se echaron atrás. Los oficiales britá-

nicos de El Cairo informaron a su gobierno de que el orden se desmoronaba en Egipto, lo que dio pie a que una facción imperialista del gabinete británico insistiese, en agosto de 1882, en la necesidad de invadir Egipto. Sólo pensaban instaurar un régimen títere, estabilizar la hacienda pública y luego retirarse, pero fue imposible. El antagonismo franco-británico resultante dio gran autoridad a Bismarck.

La usó para convocar la Conferencia de Berlín de 1884-1885, que reconoció las reclamaciones de Leopoldo II sobre el Estado Independiente del Congo (luego, Congo Belga y Zaire), así como los derechos franceses en África ecuatorial, e insistió en la necesidad de garantizar la libertad de comercio en toda la región. Los delegados aceptaron la postura británica sobre el curso bajo del Níger y la primacía francesa en sus tramos superiores. La conferencia dejó bien claro que toda futura reclamación europea sobre territorio africano tenía que basarse en algo más sustancial que el simple poder de su presencia naval y comercial que Gran Bretaña había alegado hasta entonces. El reparto posterior estuvo marcado por los esfuerzos de una Gran Bretaña que quería conservar tanto las posiciones estratégicas que dominaban las rutas marítimas hacia la India como las regiones de comercio especialmente intenso, como Nigeria.

El primer paso se dio un día después de que acabase la Conferencia de Berlín, cuando Bismarck proclamó un protectorado sobre el territorio continental frente a Zanzíbar, donde unos aventureros alemanes habían firmado tratados. Habiéndose contentado hasta el momento con ejercer su influencia indirecta a través del gobernante de Zanzíbar, Gran Bretaña decidió repartir formalmente la región firmando un tratado en 1886 que le dejaba la moderna Kenia y cediendo Tanzania continental a Alemania. Un tratado posterior, de 1890, dio a Gran Bretaña manos libres en Uganda, importante porque las fuentes del Nilo se consideraban vitales para la seguridad egipcia.

La Conferencia de Berlín también precipitó la expansión europea en África occidental. Los británicos proclamaron un protectorado sobre el delta del Níger, desde donde se extendieron a las tierras de los igbo y a Benín. También confirmaron su hegemonía en las tierras yoruba en 1886 mediante la firma de un tratado de paz que puso fin a casi un siglo de guerras. Más tarde persuadieron a los reinos yoruba, extenuados por la guerra, a aceptar residentes británicos. Con ello habían conseguido los británicos el control de Nigeria del Sur, la parte más rica de la selva africana occidental. Las principales conquistas francesas

en esa región fueron Dahomey, tomado en 1892 al cabo de un mes de brava resistencia, y Costa de Marfil, considerada inicialmente como una mera escala en la costa para los que iban a los puestos avanzados franceses del Níger.

La zona de África occidental que más interesaba a Francia era el curso alto del Níger. En 1888 su ejército reanudó el avance tierra adentro desde Bamako, capturando en 1891 Nioro, la capital de los tukulor, tomando Jenne y Tombuctú en 1893-1894, y bajando hacia el sur para conquistar la región de Futa Jalon y la capital de los mossi, en 1896. Su principal adversario fue Samori Ture que, en la década de 1870, había creado un reino mande entre el alto Níger y el límite de la selva, cuya seguridad garantizaba con la ayuda de bandas profesionales de jóvenes armados que financiaba con incursiones masivas en busca de esclavos. Su larga resistencia terminó con su captura en 1898. Los franceses ya podían avanzar hacia el lago Chad donde, en 1900, convergieron columnas procedentes del Níger, el Congo y Argelia. Gracias a ese avance hacia el este, las colonias de la costa se expandieron hacia el norte para asegurarse sus flancos comerciales. Las fronteras de Sierra Leona y Liberia retrocedieron hasta muy cerca de la costa, si bien los británicos tuvieron tiempo de ocupar Asante en 1896, sin resistencia, y de proclamar un protectorado sobre el califato de Sokoto en 1900.

En África occidental, los británicos se contentaron con que Francia ocupara grandes extensiones de «suelo ligero», en palabras del primer ministro inglés. En el nordeste de África, la preocupación por la seguridad de Egipto volvió más exigentes a los británicos, pero no tuvieron necesidad de actuar hasta 1896, ya que el valle del Nilo estaba controlado, no por una potencia europea rival, sino por un reino mahdista. El Mahdi sudanés, Muhammad ibn Abdallah, se había rebelado en 1881 como líder de los pueblos de Sudán de organización política laxa contra el gobierno de Egipto, debilitado entonces por los disturbios de El Cairo. Tres años después, sus fuerzas tomaron Jartum e instauraron un régimen teocrático que los británicos se daban por satisfechos con mantener a raya. Más alarmada por las ambiciones francesas sobre Etiopía, Gran Bretaña alentó los intereses italianos en la zona, lo que permitió la ocupación de Eritrea en 1889 y el avance hacia el sur de este reino cristiano que el emperador Menelik rechazó en la batalla de Adua, en 1896; la mayor victoria africana contra los invasores extranjeros. La derrota socavó la política británica y los planes franceses para

acceder al Nilo desde África ecuatorial. En 1898 Gran Bretaña acabó con las fuerzas mahdistas en Omdurman y asumió el control de Sudán. Seis años después, Francia dejó de oponerse a la política británica en Egipto a cambio de tener manos libres en Marruecos, que invadió en 1911. A los italianos se les dio vía libre para invadir la provincia otomana de Trípoli (la Libia moderna).

Los acontecimientos de las diferentes regiones estaban todos interrelacionados, lo que convirtió una lenta expansión en una «carrera» que también afectó al sur de África. Allí, la principal iniciativa de Gran Bretaña fue el intento fracasado de anexionarse, en 1877, la República Sudafricana (Transvaal) para crear una Confederación Sudafricana, bajo el control de Ciudad del Cabo, que garantizara las comunicaciones imperiales. Siete años después, Bismarck puso en entredicho la hegemonía regional de Gran Bretaña al crear el África sudoccidental alemana (hoy Namibia). Para evitar una alianza entre ella y la hostil República Sudafricana que bloquearía la expansión hacia el norte, Gran Bretaña proclamó su protectorado sobre el territorio intermedio, Bechuanalandia (hoy Botsuana) en 1885. Un año después, el descubrimiento de oro en la República Sudafricana transformó la situación, porque con el oro, y quizá con aliados europeos, la República podría dominar toda el África austral. Lo primero que hizo Gran Bretaña, en 1890, fue animar al magnate de los diamantes, Cecil Rhodes, a que enviase una columna avanzada hacia el norte, en dirección a Rodesia del Sur (Zimbabue), con la esperanza de que los yacimientos de oro descubiertos allí compensaran los de la República Sudafricana. Gran Bretaña ocupó asimismo Rodesia del Norte (Zambia) y Nyasalandia (Malaui) haciendo caso omiso de las reivindicaciones que sobre este último territorio planteaba Portugal, aunque reconociendo las fronteras de Mozambique y Angola. Pero los yacimientos de oro de Rodesia del Sur fueron decepcionantes, por lo que, en 1895, con la aquiescencia tácita de Gran Bretaña, Rhodes organizó una invasión de la República Sudafricana con el fin de provocar la insurrección de los inmigrantes británicos. Su fracaso no dejó más alternativa que la guerra. En 1899, el Alto Comisionado Británico de El Cabo, Sir Alfred Milner, incitó al presidente de la República Sudafricana, Kruger, a que lanzase un ultimátum que llevó al taciturno gabinete británico a la guerra anglo-boer, no ya para controlar las minas de oro, sino para proteger la posición británica en Sudáfrica contra la amenaza que suponían las minas. La victoria costó a Gran Bretaña tres años de

guerra, cerca de 500.000 combatientes alistados, 22.000 muertos y 222 millones de libras esterlinas.

Al acabar la Primera Guerra Mundial, las potencias europeas se habían repartido, sobre el papel, todo el territorio africano, excepto Liberia y Etiopía, que habían usado armas de fuego para ensanchar sus respectivos territorios. Sobre el terreno, sin embargo, grandes y remotas zonas escapaban al control europeo. Darfur en Sudán y Ovambolandia en el norte de Namibia fueron conquistados durante la Primera Guerra Mundial, y el interior de la Somalia británica en 1920. Los seguidores bereberes de Abd el-Krim resistieron en las montañas del Rif ante 250.000 soldados franceses y españoles hasta 1926, mientras que el Alto Atlas se libró de la administración colonial hasta 1933. Dos años antes se había sometido a los beduinos de Libia. En 1940, los europeos aún no controlaban el interior del Sáhara occidental, pero estos son los grandes ejemplos. A lo largo y ancho del continente, pequeños grupos políticamente poco organizados desafiaron a los soberanos europeos como habían desafiado a todo gobierno previo. Un funcionario de distrito de veintisiete años escribió sobre Nigeria central en 1925: «Les zurraré hasta que se rindan. Es, sin duda, harto lastimoso contemplar una aldea reducida a pedazos, y desearía que hubiera otro modo, pero desgraciadamente no lo hay»[1]. Ese funcionario se convertiría, 32 años después, en el primer gobernador general de la Ghana independiente. En África, la experiencia colonial solía ser breve.

Los europeos no tenían un solo motivo para el reparto. África no era crucial para las economías europeas: en la década de 1870 sólo se realizaba allí el 5 por 100 del comercio británico, principalmente con Egipto y África del Sur. Los intereses comerciales en África tropical eran vitales para las anexiones en la costa occidental. Pero en otras zonas, los comerciantes, como los alemanes en Zanzíbar, solían oponerse a la conquista colonial, para no interrumpir el comercio existente. Los comerciantes prósperos dejaban las arriesgadas inversiones coloniales en manos de competidores menos prósperos o de entusiastas con motivos no comerciales. La Compañía Británica del África del Sur de Rhodes no pagó un solo dividendo en los 33 años en que administró Rodesia. Sólo cuando otros ya habían corrido con los gastos de exploración, invirtieron en África los grandes bancos alemanes o el trust dominante belga, la

[1] Citado en D. Rooney, *Sir Charles Arden-Clarke,* Londres, 1982, p. 30.

Société Générale. Las razones económicas para el reparto fueron, ante todo, los intereses imperialistas británicos y esperanzas y temores a largo plazo, como las visiones de Leopoldo II basadas en la riqueza congoleña; pensemos en los sueños franceses de El Dorado en Tombuctú, o en el miedo de los británicos a ser apartados del comercio a causa de las colonias francesas protegidas. Tal vez fueran motivos de peso para los estadistas, pero les preocupaba más la necesidad estratégica de controlar el sur del Mediterráneo o las rutas hacia la India.

Los hombres de Estado no siempre controlaban la expansión imperial. Sin duda, Bismarck controlaba la de su país, como también los gabinetes británicos, aunque sus agentes sobre el terreno tomaron las riendas en Egipto en 1882 y, hasta cierto punto, en el África del Sur, mientras la agitación misionera eliminaba otras consideraciones en Nyasalandia. Los intereses sectoriales fueron especialmente fuertes en el sistema multipartidista francés, cuya expansión colonial fue llevada a cabo por ambiciosos coroneles en las fronteras y el *parti colonial* en París (un grupo de presión de los diputados coloniales), personas con intereses geográficos y comerciales, funcionarios, oficiales retirados, publicistas y patriotas profesionales. Ellos dieron forma a la política que llevó a las tropas francesas hasta el lago Chad, amenazando a los británicos en el Nilo y adueñándose de Marruecos.

Es más: el reparto de África no se llevó a cabo sólo porque los estadistas o los soldados lo desearan, sino, sobre todo, porque por vez primera se disponía de la capacidad tecnológica para hacerlo. Hasta entonces, dos obstáculos habían contenido la pujanza europea en la línea costera africana, excepto en el norte y el sur. Uno eran las enfermedades, en especial el paludismo, que a comienzos del siglo XIX causaba en el plazo de un año la muerte de aproximadamente la mitad de los europeos que llegaban a África occidental. El empleo de la quinina como profilaxis a lo largo de la década de 1850 redujo el índice de mortalidad en cuatro quintas partes, posibilitando las operaciones militares europeas. El otro obstáculo había sido la inexistencia de una superioridad militar real, pues los antiguos mosquetes del siglo XIX requerían al menos de un minuto para la carga, tenían un alcance de sólo 80 metros y fallaban el tiro tres veces de cada diez. En 1866 se generalizó el uso del fusil de cerrojo. Dos décadas después fueron sustituidos por fusiles de repetición, que las fuerzas francesas de África occidental comenzaron a adoptar en 1885, un año después de que se patentara la ametralladora «Maxim», que

disparaba 11 balas por segundo. La artillería de campaña destrozaba las fortalezas de empalizadas de África oriental y las defensas de adobe de la sabana, y permitió a los franceses expulsar a los tukulor de Segú sin una sola baja. Los seguidores de Abd el-Qader combatieron a los franceses casi con el mismo armamento en la década de 1830, pero los británicos mataron en 1898 por lo menos a 10.800 sudaneses en Omdurman, con sólo 49 bajas por su parte.

Las campañas en las que se empleaban tantos efectivos blancos fueron excepcionales. La mayoría de los ejércitos coloniales estaban compuestos por bandas de guerreros africanos mercenarios que no se diferenciaban en nada de las de Mirambo o de Samori Ture. Los *tirailleurs sénégalais* que conquistaron para Francia la sabana de África occidental fueron en su mayoría esclavos, y muchas de las tropas africanas eran deliberadamente reclutadas entre las «tribus marciales» de regiones remotas. Pero incluso esas fuerzas tenían un armamento muy superior a los mosquetes que disparaban los guerreros de Buganda apoyándolos en la cadera o a la altura del brazo. Tenían un alcance de 10 metros y los reclutas lucían sus blanquísimos uniformes como emblema de su valor. Varios líderes africanos adquirieron fusiles de cerrojo; Samori Ture, por ejemplo, poseía más de 6.000 en sus mejores tiempos. Pero en África tropical sólo Etiopía, Dahomey, los tukulor y los mahdistas poseyeron algunas piezas de artillería, y únicamente Menelik y los mahdistas contaban con ametralladoras. Abd el-Krim, por su parte, empleó unas 200 ametralladoras arrebatadas al enemigo y, en la década de 1920, compró tres aeroplanos (que nunca usó). Por entonces, los europeos estaban perdiendo el monopolio casi total de armamento moderno que ostentaron brevemente, gracias a que sus conquistas les salieran más baratas, tanto en bajas como en dinero.

Resistencia y negociaciones

Debido a su inferioridad tecnológica, los africanos tuvieron que decidir entre combatir o negociar con los invasores para convertir el reparto sobre el papel en poder sobre el terreno. Era una cuestión de táctica, ya que el objetivo de los africanos era el mismo en ambos casos: conservar tanta independencia y tanto poder como fuera posible dadas las circunstancias. Al elegir sus tácticas, los africanos tuvieron que tener en

cuenta su situación global. Los que tenían experiencia previa del poder militar de los europeos juzgaron inútil toda resistencia, como hicieron los asante en 1896 tras enfrentarse, en 1874, a «los fusiles con los que se alcanzaba a cinco asantes a la vez». A otros no les quedaba más remedio que combatir. Los ambiciosos comandantes franceses, que habían aprendido en Argelia que el islam no negociaba, obviaron los intentos de los jefes tukulor por hallar un *modus vivendi.* De igual modo, los oficiales británicos en Uganda consideraron que los bunyoro eran enemigos inevitablemente, pues ya antes habían entrado en conflicto con los visitantes europeos y con el reino de Buganda en el que los británicos tenían su base. Pero, incluso allí donde cabía negociar, algunos pueblos como los esclavistas yao de Nyasalandia no podían conservar su modo de vida bajo el control europeo. Para otros, en cambio, las ventajas de aceptar una supremacía europea inicialmente remota podían ser mayores que su coste. De ahí que los reinos guerreros yoruba firmaran tratados con los británicos cuando uno de ellos, el ijebu, sufrió una dura derrota. Los africanos aprendieron rápidamente de sus vecinos. El rey Leuanika de Bulozi preguntó a su aliado Jana de Bechuanalandia si, dada su experiencia con los británicos, era recomendable aceptar su «protección». Al parecer, Jana le recomendó que se sometiera, al igual que uno de los misioneros que residía en su reino. La situación de África central nos permite hacernos una idea de la gran complejidad de las circunstancias históricas en las que los africanos tuvieron que elegir. Los kololo y otros grupos sudafricanos de la primera mitad del siglo XIX padecían, además, las consecuencias de la invasión por los ndebele, un reino militar que intentó coexistir con la Columna Pionera de Rhodes, pero no tuvo más remedio que guerrear, en 1893, debido a la agresión blanca y a la militancia de sus propios guerreros jóvenes. Los blancos hallaron aliados entre algunos pueblos shona que querían que los protegiaran de la agresión de los ndebele. Leuanika también temía a los ndebele, una razón más para negociar con los británicos. Pero lo que más le importaba era la inestabilidad del trono lozi, que había reconquistado frente a los invasores kololo en 1864. Amenazado por rivales políticos, súbditos disidentes y numerosos esclavos, Leuanika consintió en formar parte de un protectorado británico. Así lo manifestó en 1888, aclarando que era «para protegerme de esos [los lozi]. Ustedes no los conocen; conspiran contra mi vida»[2].

---

[2] F. Coillard, *On the Threshold of Central Africa,* Londres, [3]1971, p. 322.

El único rasgo común de esta compleja situación era que las formaciones políticas africanas estaban divididas. Al igual que las potencias europeas, cada cual tenía sus partidos de la guerra y de la paz, sus halcones y sus palomas. En ocasiones, como sucedió en Asante y en Dahomey, los defensores de una y otra política se disputaron el poder. Otras veces desataban guerras civiles, como en Buganda, donde el débil partido protestante utilizó a las fuerzas británicas, que llegaron en 1890, como aliadas para asegurarse el predominio sobre los partidos católicos, los musulmanes y los tradicionalistas. El avance europeo polarizó aún más la opinión. En 1879, a raíz de la victoria británica sobre los zulú, el dirigente pedi Sejujuni propuso en una asamblea aceptar el gobierno europeo, por lo que le llamaron cobarde y le obligaran a resistir. Doce años después, el pueblo mpondo, en el límite nordeste de la Colonia de El Cabo, emprendió una guerra civil a causa de las discrepancias internas sobre si debían resistir o no a la invasión británica. Agrias disputas dividían asimismo al califato de Sokoto cuando las fuerzas británicas lo invadieron en 1900. Cada emir tomó su propia decisión con respecto a la guerra o la sumisión. Kontagora, una jefatura tribal militarizada de la frontera, muy dependiente de la esclavitud, resistió con las armas en la mano. Zaria, que se llevaba mal con Sokoto, abrió las puertas a los británicos. Kano fortificó y guarneció sus muros, pero ofreció poca resistencia en cuanto los cañones abrieron brecha en la muralla. La opinión en el propio Sokoto se hallaba dividida entre la resistencia, la negociación y la retirada. Una minoría combatió hasta la muerte en las afueras de las ciudades, pero otros se marcharon hacia el este, hacia La Meca y, cuando encontraron el camino cortado, no tuvieron ni siquiera la oportunidad de rendirse. Perecieron el 27 de julio de 1903, con su califa Attahiru a la cabeza, en la batalla de Burmi. Los amarraron con sogas unos a otros para que no pudieran retirarse.

Las alternativas eran muy parecidas y las decisiones complejas, pero sería erróneo pensar que las «sociedades guerreras» combatían siempre y que los pueblos pacíficos negociaban en todos los casos. Los soto lucharon con el Estado Libre de Orange en las décadas de 1850 y de 1860, negociaron un protectorado británico en 1868, combatieron en 1880 para evitar que el gobierno de El Cabo los desarmase y en 1884 negociaron la restauración de la protección británica. Tanto el bando africano como el europeo decidían según las circunstancias en las que se encontraban sus halcones y sus palomas. Pero los halcones eran especialmente

numerosos en dos tipos de sociedades. Las comunidades políticas militarizadas hegemónicas no siempre combatían (Ibadán, el Estado yoruba dominante, optó por negociar) necesitaban una razón para luchar. Ni Sejujuni de los pedi; ni Lobengula de los ndebele podían convencer a sus jóvenes para que negociasen. El honor militar era para ellos tan vital como para los mahdistas, para los que se trataba de una guerra santa. Las demás sociedades con facciones guerreras fuertes eran pueblos políticamente poco organizados que vivían en constante pendencia entre sí, tenían en gran estima sus propias nociones del honor y nunca habían sido gobernados por extranjeros. Remotos y amorfos, eran sumamente difíciles de conquistar. Los baulé de Costa de Marfil, por ejemplo, combatieron a los franceses aldea por aldea hasta 1911; los igbo de Nigeria no fueron totalmente derrotados hasta 1919; los jola de Senegal hasta la década de 1920, y los dinka del sur de Sudán hasta 1927. Algunos pueblos pastores, como los somalíes o los beduinos de Libia, fueron aún más intratables, tampoco estaban organizados políticamente y su acérrima independencia se mantuvo gracias a su movilidad y su fervor islámico. Esas sociedades (militarmente fuertes pero carentes de organización política) no sólo resistieron más obstinadamente, sino que provocaron las mayores rebeliones contra el gobierno colonial en sus comienzos.

Rebelarse contra un gobierno colonial era más difícil que resistir a la conquista inicial ya que la rebelión, para tener éxito, había de organizarse en secreto y a gran escala. Muchos caudillos de las grandes rebeliones armadas fueron autoridades políticas y militares de los principales reinos, especialmente allí donde se había acabado con la resistencia inicial a la conquista, se les imponían exigentes demandas de impuestos, tierras y trabajo y surgía una oportunidad favorable. Los ndebele de Rodesia del Sur organizaron una rebelión de ese tipo en 1896, tres años después de su derrota por los pioneros blancos de Rhodes en una guerra en la que sólo había participado una parte de las fuerzas ndebele. Amargados por las capturas de ganado y envalentonados por la ausencia de policías blancos en la expedición de Jameson, los ndebele se alzaron al mando de sus jefes militares, movilizaron a los pueblos sometidos y a los clientes shona de los alrededores que no habían tomado parte en la resistencia anterior, y extendieron la rebelión hasta los señoríos shona que, por entonces, ya tenían buenas razones para la insurrección. Tras asediar Bulauayo, los líderes ndebele consiguieron importantes concesiones antes de aceptar la paz. En Buganda, Kabaka Muanga

desató una rebelión en 1897 movilizando a muchos de los excluidos del orden colonial y cristiano, pero fue derrotado por los británicos y los jefes cristianos. Tres años después, en 1896, los asante intentaron rebelarse tras su fallida resistencia a la ocupación británica, alzándose bajo el mando de la Reina Madre y los jefes militares durante el exilio del rey, asediando a los británicos en Kumasi durante cuatro meses hasta que los refuerzos acabaron con la rebelión. La última gran rebelión iniciada desde instituciones políticas y militares establecidas tuvo lugar en Mozambique, en 1917, cuando el pueblo barue (del grupo shona) restauró un antiguo reino y consiguió amplio apoyo en una época en que abundaban las protestas por la guerra y la debilidad portuguesa era manifiesta.

Las quejas contra el gobierno colonial estaban bastante extendidas, y los pueblos carentes de organización política se unieron a pequeñas jefaturas tribales para promover rebeliones locales que solían fracasar por su falta de organización. En cualquier caso, nunca fueron una amenaza para el control europeo como los ndebele o los asante, aun cuando contaban con instituciones que transcendían las divisiones políticas. Pensemos, por ejemplo, en cómo los adeptos al culto niabingi encabezaron la oposición al control alemán y británico en la frontera entre Ruanda y Uganda hasta 1928, o en la sociedad secreta que organizó la resistencia ekumeku ante el gobierno británico en tierras de los igbo del oeste entre 1898 y 1910. La Rebelión Maji Maji en 1905-1907 en el África oriental alemana (actual Tanzania) fue una excepción a la tónica general. Se extendió por muchos pueblos carentes de organización política a través del liderazgo de un profeta, Kinjikitile, que defendía un culto religioso territorial, hablaba con la autoridad que le confería la posesión divina, y distribuía un agua medicinal *(maji)* que supuestamente hacía invulnerable a las balas. Hubo rebeliones similares de inspiración religiosa en el Alto Volta (Burkina Faso), entre 1915 y 1917, y en el África ecuatorial francesa entre 1928 y 1932. En otras zonas, la rebelión a gran escala de los pueblos carentes de organización política se inspiró en el islam. La revuelta sudanesa del Mahdi contra el gobierno egipcio se basó en la misma combinación de autoridad divina y llamamiento multiétnico que la de Kinjikitile. La mayor rebelión islámica contra los inicios de gobierno europeo tuvo lugar en Níger, entre 1916 y 1917, cuando las tribus tuareg asediaron Agadés en una época de debilidad francesa y de decadencia de la economía del desierto. El

cristianismo sólo inspiró una rebelión significativa en 1915, la de los braceros de las plantaciones del sur de Nyasalandia, encabezada por John Chilembue, un sacerdote africano educado en América. Sus seguidores albergaron esperanzas milenaristas y lanzaron un breve y sangriento asalto a sus patrones, pero no consiguieron gran apoyo porque aún había pocos cristianos, y los que había buscaron su prosperidad en el marco del orden colonial. La mayoría de los africanos hicieron lo propio en cuanto se sofocó la rebelión armada.

El Gobierno colonial

Lo que movió a la adquisición de las colonias fue la esperanza de sacar provecho a largo plazo, de ahí que los primeros gobernadores se limitaran a resolver asuntos de trámite. Sus súbditos estaban impresionados por su poderío, como demuestran las memorias de los ganda cultos. Sin embargo, los europeos que gobernaban Buganda eran muy conscientes de su debilidad frente a «algo así como un millón de negros cabalmente inteligentes y poco civilizados, de tendencias guerreras, que poseían alrededor de unos 10.000 o 12.000 fusiles»[3]. Para el gobernador colonial, lo prioritario era mantener un orden precario recurriendo a la violencia, de ser necesario. Pero debía lograrlo con los menores costes posibles. Un veterano comisionado nativo de Rodesia del Sur recordaba que entre sus obligaciones estaba «conocer bien el distrito y a la gente. Mantenerse vigilante, recaudar algún impuesto si era posible, sobre todo, no causar inquietud en la Central»[4]. La Central era una oficina que se había creado con la función de recaudar fondos para un gobierno que no tenía un céntimo. El gobernador general del África ecuatorial francesa advertía a sus funcionarios en 1903: «A la hora de juzgar su trabajo, me basaré en los resultados que obtengan a la hora de recaudar impuestos entre los nativos»[5]. Una co-

---

[3] De Johnston a Salisbury, 17 de marzo de 1900, confidencial del Foreign Office, 7405/75.

[4] W. Edwards, cit. en J. J. Taylor, «The emergence and development of the Native Department in Southern Rhodesia, 1894-1914», tesis doctoral, Universidad de Londres, 1974, p. 78.

[5] Citado en S. Amin y C. Coquery-Vidrovitch, *Histoire économique du Congo 1880-1968,* París, 1969, p. 23.

lonia pobre como Nyasalandia estableció impuestos directos desde el momento de su fundación, en 1891, exigiendo a cada varón adulto que abonase el equivalente a uno o dos meses de paga, lo normal en África oriental, donde los impuestos no se consideraban sólo una fuente de ingresos y un «sacramento de sumisión», sino asimismo una medida «educativa» que obligaba a los africanos a aportar productos o mano de obra a la economía colonial. Al principio, la recaudación de impuestos requería de mucha brutalidad y suscitaba mucha resistencia. El mejor ejemplo son las rebeliones desatadas por la imposición, en 1898, del Impuesto de Guerra por Chozas en Sierra Leona y la rebelión liderada por Bambatha en Zululandia, en 1906. Se dijo que en Uganda hubo hombres que se suicidaron al no poder pagar los impuestos.

Para muchas personas, sin embargo, los impuestos resultaban menos onerosos que los requerimientos de mano de obra por parte de las autoridades coloniales. Cuando los gobernantes europeos requirieron más porteadores y peones de la construcción, antes de la introducción del transporte mecánico, la demanda de mano de obra, escasísima en África, se duplicó. De ahí que el trabajo forzado fuese el abuso más extendido en los inicios del periodo colonial. Los franceses exigieron que cada hombre trabajara gratis un promedio de unos 12 días al año. También reclutaron africanos por periodos más largos para realizar trabajos remunerados y para el servicio militar. Durante la Primera Guerra Mundial, los europeos se llevaron del continente alrededor de medio millón de hombres, pese a que los africanos desertaban y opusieron resistencia armada. Las corveas implementadas por el Estado Libre del Congo en 1903 eran de 40 horas al mes, pero se aplicaba con mucha arbitrariedad. El trabajo forzado siguió siendo algo muy común hasta por lo menos la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo en Liberia y en las colonias portuguesas, donde no fue abolido hasta 1961-1962. En las colonias británicas, se prohibió a principios de la década de 1920. Hasta entonces, un campesino ganda debía, en teoría, una prestación de unos cinco meses de trabajo por año: un mes (en lugar del arrendamiento) para su terrateniente africano; un mes de trabajos comunales; dos meses (en lugar de impuestos) para el Estado, y un mes de trabajo obligatorio remunerado *(kasanvu)* para el Estado o para un amo privado. Reclutar para amos privados solía ser una tarea harto desagradable que incumbía a los primeros funcionarios coloniales.



Mapa 11. Fronteras coloniales.
Fuente: adaptado de Roland Oliver, *The african experience.*

Los administradores estaban más orgullosos de su cuarta tarea básica: juzga y aplicar el derecho. Al principio, los funcionarios de distrito procuraban, al igual que los emperadores etíopes y los asantehene, que los casos se juzgaran en sus tribunales. Lo hacían por las mismas razones que

los africanos: aumentaba su poder político, inspiraba confianza en su gobierno y les permitía imponer sus propias nociones de justicia. Los historiadores han dado escasa importancia al proceso de destrucción de las jurisdicciones africanas rivales puesto en marcha por los gobiernos coloniales, que reprimieron las reyertas con derramamiento de sangre y mantuvieron la prerrogativa de condenar a muerte. Pero los africanos no lo olvidaban y los funcionarios lo consideraban algo muy necesario, teniendo en cuenta que muchas sociedades africanas eran violentas y crueles. La justicia colonial de los primeros tiempos era opresiva. Muchos funcionarios eran hombres brutales, reclutados sólo porque estaban disponibles. Se les daban armas de fuego y no se sometían ni a sus superiores ni a la opinión pública. Tras la Primera Guerra Mundial fueron más profesionales, pero hasta los más justos representaban a regímenes ajenos e impersonales: una mascarada igbo caricaturizaba al «Gobierno» como figura sin rostro que empuñaba una hoja de papel. Sus tribunales imponían sus propias órdenes y prohibiciones. Y cuando esos «aprendices de magistrados», como los denominara un africano, intentaban imponer la ley no escrita indígena, estaban en manos de los hombres mayores a los que consultaban, que solían manipular la costumbre a su conveniencia, sobre todo en perjuicio de las mujeres y los niños. Un igbo recordaba después que «los blancos [...] trajeron la paz entre las comunidades igbo, pero no la impusieron en su seno»[6].

Los funcionarios no podían prescindir de los agentes africanos. En las oficinas centrales dependían de escribanos e intérpretes, uno de los cuales fue acusado en 1909, en Dahomey, de haber «establecido un tribunal en el que decide todos los asuntos antes de someterlos a la discreción del administrador. No se hace a cambio de nada, sino que [...] hay que pagar [...] con pollos, corderos o dinero. Dice que el hombre blanco creerá lo que [él] diga»[7]. Para comunicarse con las zonas rurales, los funcionarios confiaban en mensajeros (figuras clave de la administración rural de Rodesia del Norte) o en soldados, «meros bárbaros, cuya brutalidad con los aldeanos»[8] dio lugar a la rebelión de John Chilembue. Los agentes rurales podían tener autoridad entre los indí-

[6] Nwaokoye Odenigbo, en E. Isichei (ed.), *Igbo Worlds,* Londres, 1977, pp. 27-28.

[7] Citado en W. B. Cohen, *Rulers of Empire: the French Colonial Service in Africa,* Stanford, 1971, p. 127.

[8] G. S. Mwase, *Strike a Blow and Die,* Cambridge Mass., 1967, p. 32.

genas pero, a veces, eran simples «agentes recaudadores de impuestos», como se los denominaba en Costa de Marfil, o «perros del gobierno», como los llamaban los nuba de Sudán. Muchos agentes coloniales de los comienzos sólo pedían una colaboración más activa por parte de los africanos. Algunos eran forasteros en la región, como los suajili de la costa, a los que los alemanes utilizaron en África oriental, o los fulbe a los que alemanes y británicos utilizaron para vencer a los montañeses carentes de organización política de Camerún y Nigeria. Pero los africanos más poderosos de la época colonial fueron los reformadores con mucha vista que rápidamente se dieron cuenta de que la resistencia armada estaba abocada al fracaso y que la prudencia recomendaba la manipulación del orden colonial en provecho propio y de su pueblo. El más importante de estos reformadores fue sir Apolo Kaggua, ministro principal de Buganda entre 1889 y 1926, incansable modernizador que logró que su partido protestante estableciera una provechosa alianza con los británicos recién llegados y negoció un convenio, en 1900, que garantizó a los bugandeses mucha autonomía, conservó su monarquía y dio derecho a los líderes cristianos a repartirse las tierras del reino en propiedad. Su equivalente más fiel en África occidental tal vez fuera Obaseki de Benín, pero hubo muchos hombres de mentalidad semejante que contribuyeron a que el colonialismo en África no fuera sólo una experiencia traumática, sino también una oportunidad.

La forma en que la administración colonial seleccionaba, adiestraba y controlaba a sus agentes africanos determinaba en gran medida su carácter. No era una cuestión de principios, sino de conveniencia. A mediados del siglo XIX, las pequeñas colonias costeras de África occidental se regían por principios en gran medida europeos. En Senegal, los residentes permanentes de las ciudades costeras tenían la ciudadanía francesa. Las posesiones británicas eran colonias de la Corona, con instituciones formales y en las que regía el derecho inglés. Pero este sistema no era viable en los grandes territorios adquiridos en el reparto. Allí donde la ocupación fue relativamente pacífica y el comercio extranjero intenso, como en Nigeria del Sur, el gobierno podía financiarse con los aranceles aduaneros, de modo que se evitaban los impuestos directos y la administración estaba en manos de un puñado de funcionarios blancos que instruían a los dirigentes africanos en las nociones europeas del buen gobierno. Así llevaba organizándose la administración de El Cabo en África del Sur desde hacía ya un tiempo.

No obstante, por lo general los primeros administradores coloniales fueron oficiales militares que consideraban a los africanos un riesgo para la seguridad. Este punto de vista era el más común entre los oficiales franceses adiestrados en Argelia. Por ejemplo, cuando el coronel Archinard tomó Segú en 1890, deportó a 20.000 de los dirigentes tukulor de vuelta a Senegal, instauró en el trono a un jefe de una dinastía bambara indígena y afín, al que ejecutó de modo sumario al desconfiar de su lealtad, nombrando a un candidato rival bambara. Por último, abolió el gobierno tribal y estableció la administración francesa directa, todo ello en tres años. Desde la perspectiva de la seguridad, cualquier africano con poder resultaba peligroso. El mentor de Archinard le aconsejó: «Debemos considerar a todos esos jefes gente a eliminar». Los oficiales británicos asumieron idénticos puntos de vista en Sudán, donde su hostilidad inicial hacia los vestigios del mahdismo rozó la paranoia, algo muy común entre los colonos blancos. Este estilo de administración cuajó en la rutina civil en torno al cambio de siglo, cuando se empezó a denominar gobierno directo. Los funcionarios franceses, belgas y portugueses gobernaban directamente, creían en la centralización y consideraban que los gobernantes hereditarios «solían ser parásitos», en palabras de William Ponty, gobernador general del África occidental francesa. Los funcionarios franceses y belgas eran más numerosos que los británicos. En 1926, había en Costa de Marfil un funcionario blanco por cada 18.000 personas, y en Nigeria del Sur, uno por cada 70.000. Los franceses encabezaban los *cercles* y subdivisiones en que se dividían las Federaciones de África occidental y África ecuatorial. Por debajo de ellos, los jefes africanos administraban los *cantons* (que solían coincidir con las antiguas unidades *kafu*) y las aldeas. El gobierno directo exigía que los sistemas políticos adoptaran este modelo. Los monarcas dieron paso a los *chefs de canton* en Dahomey y Futa Jalon, a la par que el Mossi Mogho Naba («Señor del Mundo») fue privado de poder deliberadamente. Los pueblos que carecían de organización política estaban subordinados a los *chefs de canton* correspondientes. Solían formar parte de la población local, pero se les escogía sobre todo por su lealtad, educación y eficacia, y los soldados retirados gozaban de gran predicamento. Los *chefs de canton* confiaban en los jefes de aldea, que normalmente eran hombres locales. La primera administración belga también procuró igualar el estatus de los jefes promoviéndoles o rebajando su rango para crear la base de una pirámide burocrá-

tica. De modo que, en realidad, los africanos gobernaban incluso allí donde el gobierno era «directo». La cuestión era a qué nivel se vinculaba la sociedad indígena a la burocracia colonial para no agudizar las contradicciones en las que incurría el gobierno de las colonias.

Los británicos inventaron un original «gobierno indirecto» para el califato de Sokoto (Nigeria del Norte) antes de la Primera Guerra Mundial que, posteriormente, se extendería a otras colonias. Frederick Lugard, el soldado que conquistó el califato e ideó el sistema, estaba imbuido del odio del ejército indio hacia los «hindúes políticamente mentalizados», que tradujo en repugnancia hacia los «africanos europeizados» del sur de Nigeria. Necesitaba una administración más autoritaria, y se dio cuenta de que los emires fulbe y sus complejas instituciones podían servir a sus fines «porque han nacido para gobernar y su capacidad está muy por encima de la de las tribus negroides». Las fuerzas militares inusualmente fuertes de Lugard le permitieron derrotar y derrocar a los emires gobernantes manteniendo intactas sus administraciones. Tras tomar Sokoto, proclamó: «Todos los sultanes y emires [...] gobernarán a sus súbditos igual que en los tiempos pasados [...] pero obedecerán las leyes del gobernador y obrarán de acuerdo con el dictamen del residente»[9]. El califato fue abolido como unidad política y cada emir pasó a encabezar una administración indígena concreta con poderes subalternos para legislar, juzgar y recaudar impuestos, remitiendo parte de lo recaudado a las autoridades británicas. A diferencia de los kabaka de Buganda que se regían por el Convenio de Uganda de 1900, los emires no tenían una postura definida; gobernaban porque los británicos se lo permitían. Muchos fueron reemplazados, pero la clase gobernante fulbe retuvo poder, a costa de mucha opresión (los hausa denominan a la primera época colonial «el gran desgarro») y de mucho estancamiento.

Lugard había concebido el gobierno indirecto pensando en las circunstancias del norte de Nigeria, pero se convenció, y convenció a los demás, de que sus principios podían crear una administración más ordenada que los arreglos *ad hoc* hechos sobre la marcha durante la conquista. Pocas sociedades habían poseído instituciones administrativas como las de Sokoto, y allí donde existieron, la conquista las destruyó. Sin embargo, fuera de Nigeria, el gobierno indirecto implicaba redes-

---

[9] M. Crowder y O. Ikime (eds.), *West African Chiefs,* Nueva York, 1970, p. 15.

cubrir o inventar instituciones compatibles con la estructura de las administraciones, los tribunales y las tesorerías indígenas. Esto dio lugar a un nuevo idioma en la lucha política africana. Por ejemplo, cuando el propio Lugard quiso unir, en 1912, a Nigeria del Sur con la del Norte, sus funcionarios inventaron un siglo XVIII en el que Ibadán se habría integrado en un «imperio oyo» restaurado, en el que un ambicioso Alafin dominaba a un Oyo Mesi, que ejercía funciones puramente ceremoniales, e impuso impuestos directos. En las sociedades con escasa organización política del sudeste de Nigeria, las consecuencias fueron aún más destructivas y culminaron en la «Guerra de las Mujeres» de 1929, en la que las mujeres igbo, convencidas de que les iban a exigir impuestos, atacaron a los jefes, los tribunales y los puestos comerciales europeos, desatando una represión que costó 53 vidas. Tanganica (antes África oriental alemana) adoptó el gobierno indirecto en 1925, y lo impuso a los pueblos carentes de organización política, creando consejos de notables, pero tuvo dificultades para descubrir qué instituciones habían existido antes de la conquista alemana. Allí, como en otros lugares, las unidades gobernadas por administraciones indígenas pasaron a considerarse a sí mismas «tribus». En la década de 1930, el gobierno indirecto se extendió a Nyasalandia, a Rodesia del Norte (donde sustituyó a la administración dependiente de los jefes) y a Basutolandia, Bechuanalandia y Suazilandia, donde los británicos lo emplearon sobre todo para restringir el poder de los jefes tribales. Era una política fuertemente conservadora. En Sudán, por ejemplo, las elites egipcias y sudanesas, inicialmente utilizadas por sus simpatías antimahdistas, fueron abandonadas a su suerte a partir de 1924, cuando un motín del ejército reveló indicios de un nacionalismo sudanés. En cambio, los británicos adoptaron el gobierno indirecto y rehabilitaron a los «jefes tribales» como parte de una política que el gobernador describía como «preparar a Sudán para la autocracia». Un primer paso era evitar que el islam del norte influyera en los pueblos no islámicos del sur. En Costa de Oro, la Confederación Asante, restaurada en 1935, carecía de la burocracia que había podido equilibrar la jefatura tribal hereditaria. La Confederación pronto concedió prioridad a la abolición de las «asociaciones juveniles» por su «militancia injustificada».

No todos los territorios británicos adoptaron el gobierno indirecto. Los colonos blancos opinaban que otorgaba a los jefes demasiado poder y obstaculizaba el suministro de mano de obra. Rodesia del Sur

utilizaba a los jefes como meros agentes del gobierno y se negó a restaurar la monarquía ndebele. Kenia creó jefaturas administrativas, pero desde 1924 estableció asimismo consejos indígenas locales a nivel de distrito. El hecho de que algunos de sus miembros fueran elegidos directamente, estimuló la política rural hasta hacer de ella la más vital de África tropical. El gobierno indirecto no sólo se convirtió en la forma de gobierno distintiva de la administración británica, sino que influyó en otros sistemas de gobierno colonial que, en principio, lo habían calificado de típica muestra de la indolencia británica. Cuando los belgas arrebataron Ruanda y Burundi a los alemanes, tras la Primera Guerra Mundial, gobernaron a través de unas monarquías tutsi, a las que la pirámide administrativa transformó, racionalizándolas, hasta que resultaron irreconocibles. El Mogho Naba, hasta entonces ignorado, se fue convirtiendo en un aliado clave de los franceses tras demostrar su eficacia reclutando tropas durante la Primera Guerra Mundial y cultivando algodón. En 1917, el gobernador general del África occidental francesa urgió el reclutamiento de jefes que poseyeran autoridad sobre sus pueblos, añadiendo que el jefe había de seguir siendo «un instrumento en nuestras manos»[10]. Esa siguió siendo la política francesa incluso en Marruecos y Túnez, donde teóricamente los funcionarios protegían a los gobernantes indígenas, aunque en la práctica explotaban su prestigio sin remilgos. El primer gobernador general francés de Marruecos declaró: «En toda sociedad hay una clase gobernante nacida para mandar [...] Hay que ponerla de nuestro lado»[11]. Sus compatriotas tardaron en seguir este consejo, pero en la década de 1930 los funcionarios en toda África compartían ese punto de vista.

Las primeras economías coloniales

Cada colonia debía decidir si quería que su economía siguiera siendo agrícola y si debía basarse en haciendas, plantaciones o el trabajo en las minas europeas; tal vez en un sistema mixto. Aunque al principio

[10] Van Vollenhoven, circular de 1917, reeditada en G. Congah y S.-P. Ekanza (eds.), *La Côte d'Ivoire par les textes,* Abiyán, 1978, pp. 127-129.

[11] Citado en A. Audibert, «Le service social en Afrique francophone», tesis doctoral, París-I, s.f., vol. I, p. 248.

vacilaran, la mayoría de las colonias conservaron a lo largo de toda su historia la trayectoria económica fijada antes de la Primera Guerra Mundial. En contados casos se debió a una planificación deliberada, ya que muchos gobiernos europeos dejaron el desarrollo económico en manos de la empresa privada, contribuyendo ellos mismos con la infraestructura, la administración de justicia y una sed de impuestos que introdujo a sus súbditos a la economía monetaria. El resultado fue que, en un periodo de prosperidad para los productores de bienes de consumo, cada colonia se integró en la economía internacional como productora de mercancías especializada, aprovechando sus ventajas naturales. Los efectos se hicieron sentir en el resto de la economía. El coste de la reestructuración, incluido el humano, varió de una colonia a otra.

El proceso fue menos traumático en las colonias ya integradas en el comercio internacional. Una de ellas fue Egipto, donde en 1879, tres años antes de la invasión británica, el mayor cultivo de exportación, el algodón, ocupaba ya el 12 por 100 de la superficie cultivada. La cifra se había elevado en 1913 al 22 por 100, ya que el gobierno británico fomentó esta evolución, que generó mucha riqueza (los ingresos *per capita* subieron a casi un 50 por 100)[12], pero también acentuó las diferencias. En 1917, un 53 por 100 de las familias rurales no poseía tierras en el Alto Egipto y un 36 por 100 no las poseía en el Delta. En África tropical, la costa occidental era la región más integrada hasta entonces en la economía mundial. Esto fue una ventaja a lo largo de todo el periodo colonial para las regiones que exportaban productos tropicales, e hizo que algunas de ellas gozaran de una espectacular expansión. Las exportaciones de cacahuete de Senegal se multiplicaron por diez entre la década de 1880 y la Primera Guerra Mundial. La producción, hasta entonces limitada a la costa, se extendió tierra adentro gracias al ferrocarril que la unía a Níger, reduciendo los costes de transporte en más del 95 por 100. Los nuevos productores fueron mayoritariamente wolof que dejaron de hacer la guerra para colonizar las llanuras interiores de secano. Fueron los morabitas de la cofradía Mourid, una rama local de la Qadiriya creada en la década de 1880 por Amadou Bamba, los que organizaron una intensa explotación de la selva virgen, restablecieron el espíritu militar de los ceddo y canalizaron el materialismo del campe-

[12] C. Issawi, *An Economic History of the Middle East and North Africa,* Londres, 1982, p. 105.

sinado en comunidades de pioneros disciplinados. Como hizo notar el gobernador general Ponty: «Los negros [...] fueron unos colonos perfectos». Más espectacular aún fue la colonización hacia el este del sector productor de ñame en África occidental. Fueron ellos los que empezaron a producir cacao, un árbol nuevo que tardaba cinco años en dar fruto. Los pioneros fueron los akuapim del sur de Costa de Oro, a los que los agentes de las Indias occidentales de la emprendedora misión de Basilea enseñaron a cultivar cacao. A partir de la década de 1880, los akuapim emigraron hacia la vecina selva de Densu, comprando y desbrozando el terreno para crear haciendas de cultivo de cacao, metiendo el producto en barriles que hacían rodar por los senderos hasta la costa. Muchos de los empresarios eran comerciantes, maestros o clérigos, que daban empleo a campesinos pagados. Cuando el ferrocarril de la costa llegó a Kumasi en 1903, la producción de cacao se extendió rápidamente por tierras de los asante, donde muchos jefes se convirtieron en pioneros para controlar la riqueza y el trabajo de los esclavos y otros subalternos. Hacia 1911 puede que hubiera unos 2.500 kilómetros cuadrados de cultivo de cacao en Costa de Oro, que ya era, a la sazón, el mayor exportador del mundo. Otra región pionera fue la tierra de los yoruba, donde unos mercaderes fracasados procedentes de Lagos crearon plantaciones de cacao en tierra firme y las extendieron tierra adentro. El éxito de los productos de consumo africanos de esa región garantizó, en palabras del gobernador de Lagos en 1901: «que el futuro desarrollo de esta comarca ha de ser liderado por el pueblo, realizado por el pueblo para el pueblo»[13]. Seis años después, el gobierno de Nigeria del Sur rechazó un proyecto de la compañía aceitera Lever Brothers para establecer plantaciones de palmeras. En cambio, la firma obtuvo tierras en el Congo Belga.

África ecuatorial no exportaba productos agrícolas antes de que tomara las riendas el gobierno colonial. Su población estaba dispersa, y su entorno geográfico y climático dificultaba mucho el tendido de las vías de ferrocarril. Su principal gobernante, el rey Leopoldo II de Bélgica, carecía de recursos financieros para crear un Estado, y sus vecinos franceses estaban en la misma situación con escasos recursos humanos y financieros. Estas razones explican que la región ecuatorial sufriera la

[13] W. MacGregor, cit. en *Church Missionary Intelligencer* 27 (1902), nueva serie, p. 276.

explotación más brutal de los primeros tiempos del periodo colonial. La solución de Leopoldo a su dilema financiero en el Estado Independiente del Congo fue incrementar el comercio, con toda la violencia que su fuerza militar le permitía. Se dio la casualidad de que esa decisión coincidió con la creciente demanda internacional de caucho, cuando se multiplicó la demanda de bicicletas primero y de automóviles después. Entre 1890 y 1910, el precio mundial del caucho se triplicó, y los africanos de los trópicos recorrieron las selvas en busca de otros recursos naturales. Ese «tiempo del dinero caliente», como se denominaba en tierras de los yoruba, enriqueció a muchos pero, como le contaron a un cónsul británico en 1899, no en el Congo:

> Llegaban en canoas a una aldea, cuyos habitantes huían invariablemente. Los soldados desembarcaban y comenzaban el saqueo, apoderándose de los pollos, el grano, etc., que había en las casas. Luego atacaban a los indígenas y capturaban a sus mujeres manteniéndolas como rehenes hasta que el jefe de Distrito les traía los kilos de goma que habían exigido[14].

En 1908, a raíz de las protestas internacionales, Bélgica tomó posesión del territorio y estableció un régimen menos brutal, aunque todavía autoritario. La otra técnica de Leopoldo para recaudar fondos consistía en dejar grandes regiones en manos de compañías privadas, y se extendió a finales de la década de 1890 al África ecuatorial francesa, donde 40 firmas concesionarias saquearon la región durante toda una generación. Se dieron concesiones similares en gran parte de Camerún y Mozambique.

En otras zonas, el desarrollo económico no se basó en la *Raubwirtschaft* (economía del pillaje) o en la mayor difusión de productos de la costa, sino en la construcción del ferrocarril, máximo logro tecnológico de la época, y medio decisivo para romper el círculo vicioso africano de infrapoblación y falta de transporte adecuado. En la década de 1880, Egipto, Argelia y la Colonia de El Cabo ya tenían redes ferroviarias. Las nuevas vías llegaron hasta Bulauayo (procedentes de Sudáfrica) en 1897, al lago Victoria (desde Mombasa) en 1901, al Níger (desde Senegal) en 1905, a Kano (desde Lagos) en 1912 y al lago Tanganica

[14] Citado en R. Anstey, *King Leopold's Legacy,* Londres, 1966, p. 6.

(desde Dar es Salam) en 1914. Los gobiernos las construyeron por razones estratégicas, pero su impacto económico fue enorme, ya que solían rebajar los costes de transporte en un 90 o un 95 por 100. El ferrocarril reestructuró los sistemas de comercio, generó empleo y dio salida a la producción de bienes de consumo de tierra adentro, dando lugar a unas economías coloniales diversificadas.

Muchas de las redes comerciales antiguas no pudieron competir con el ferrocarril. El comercio transahariano desde tierras de los hausa hasta Trípoli, que floreció a lo largo del siglo XIX, decayó en cuanto el ferrocarril se acercó a Kano desde el sur, empujando a los mercaderes tuareg del desierto a una rebelión en 1916. A medida que las vías férreas alcanzaban el lago Tanganica, dejaron de ser necesarios los porteadores de caravanas que iban de Bagamoyo hacia el interior del este africano, de manera que, entre 1900 y 1912, su número se redujo de 43.880 a 193. Dar es Salam, Mombasa, Dakar y Conakry florecieron, mientras que los puertos, superados por los ferrocarriles, perdieron toda importancia. Las ciudades situadas junto a las vías del tren, como Bamako y Buaké, sustituyeron en importancia a las más románticas como Congo o Tombuctú. Otros antiguos centros de comercio como Kano y Kumasi apostaron por el vapor. En África occidental y central, el transporte ferroviario facilitó a las firmas comerciales europeas y a sus agentes africanos o libaneses una penetración más profunda en el continente, dando lugar a la *économie de traite* (el intercambio de manufacturas importadas por productos locales) como modelo económico dominante. Los nuevos mercaderes de África oriental eran asiáticos. El más próspero, Alidina Visram, poseía al morir, en 1916, unas 240 tiendas. No por ello se empobrecieron los mercaderes africanos. En África occidental tuvieron que dejar la exportación e importación, pero encontraron nuevas oportunidades en el comercio interior, estimulado en gran medida por la abolición colonial de los aranceles internos y otros obstáculos. Como recordaban los nuevos ricos asante (los *akonkofo*): «Éramos guerreros y nos volvimos mercaderes, comerciantes, cristianos y terratenientes, guardamos nuestro dinero en los bancos bajo protección británica y empezamos a edificar grandes casas»[15]. En África ecua-

[15] De Kofi Sraha y otros al comisionado jefe de los asante, 11 de octubre de 1930, en K. Arhin, «Some Asante views of Colonial Rule», *Transactions of the Historical Society of Ghana* 15, 1 (junio de 1974), p. 78.

torial y oriental, en cambio, lo único que sobrevivió del sistema comercial del siglo XIX fueron sus líneas de comunicación.

En primer lugar, los ferrocarriles permitieron la explotación a gran escala del principal recurso económico de África: los minerales. A principios de siglo, los ferrocarriles posibilitaron la minería de oro a gran escala en Rodesia del Sur y en tierras de los asante, aunque ninguna de las dos regiones se convirtió en un segundo Witwatersrand. El descubrimiento de diamantes revitalizó el sudoeste de África a partir de 1908, y Angola desde 1910. La evolución de Túnez fue menos espectacular, pero se convirtió en el principal proveedor de fosfatos de Europa, antes de que Marruecos le hiciera la competencia. La expansión de los ferrocarriles hizo de Nigeria central un gran productor de estaño durante la Primera Guerra Mundial. Pero la evolución más importante fue la de las minas de cobre de Shaba en 1911, cuando se conectó con las vías del sur. Las inversiones demuestran la importancia que había cobrado la minería. De los 1.222 millones de libras esterlinas que se estima que fueron invertidos en el África subsahariana en 1938, 555 millones fueron a parar a África del Sur, 143 millones al Congo Belga, 102 millones a ambas Rodesias, y solamente 422 millones de libras esterlinas a las restantes regiones, donde la mayor parte del dinero se invirtió en el ferrocarril.

El transporte ferroviario también fue vital para el establecimiento de la agricultura de los blancos en las tierras montañosas del este y sur de África, que demostraron ser tan útiles para los europeos como para las vacas. En Rodesia del Sur, los colonos blancos de la columna de pioneros de Rhodes conquistaron la colonia y se apropiaron de una sexta parte de sus tierras en la década de 1890, sobre todo del alto *veldt* central, de casi todo el reino ndebele y de la mayoría de su ganado. Desde alrededor de 1908, cuando perdieron las esperanzas de encontrar oro, los colonos comenzaron a tomarse en serio el cultivo de cereales y experimentaron con el tabaco, llegando a controlar la mitad de las tierras de la colonia. La colonización extensiva blanca en Rodesia del Norte sólo comenzó cuando se construyó un ferrocarril que unía su centro a Shaba, reservándose a los europeos las tierras a ambos lados de la vía. Por entonces, los europeos colonizaron Suazilandia, Nyasalandia del Sur y el sudoeste de África. La colonos blancos de las regiones montañosas de Kenia querían sacar rendimiento al ferrocarril del lago Victoria y se apoderaron de alrededor del 18 por 100 de las mejores tierras agrícolas

de la colonia. En el África oriental alemana, las plantaciones de sisal y los colonos se concentraron al nordeste, en torno al ferrocarril. Otra región de asentamiento blanco fue África del Norte. Las haciendas europeas se duplicaron en Argelia entre 1881 y 1921, empujando a los musulmanes a tierras marginales. En Túnez, los europeos poseían 920.000 hectáreas en 1914, aproximadamente la mitad de las regiones de cultivo de cereal del norte. Marruecos también se consideraba un granero potencial, y se fomentó el establecimiento de haciendas europeas en las llanuras atlánticas. Sin embargo, estos datos son algo engañosos, ya que en varias colonias creadas antes de la Primera Guerra Mundial, las haciendas africanas y árabes también florecieron cuando los colonos blancos introdujeron mejoras en el transporte creando así nuevos mercados. Para los shona de Rodesia del Sur y los kikuyu de Kenia, la década de 1900 fue una época de prosperidad y expansión. En 1913, al menos las tres cuartas partes de las exportaciones de Kenia eran de producción africana. Hasta la producción de los Estados europeos creció gracias a los pequeños propietarios africanos o árabes ya que, al igual que en tiempos de los romanos, muchos colonos blancos acumulaban capital explotando a aparceros o a arrendatarios indígenas como los *jamanisa* en el norte de África o los *squatters* en el este.

El cultivo de tierras fue exitoso incluso fuera de África occidental, ya que los cultivadores luba derrotaron a los colonos blancos de Shaba en la competición por el mercado de alimentos de las ciudades del cobre, y en Nyasalandia y Uganda los criadores de algodón africanos desplazaron a los plantadores europeos. Al igual que Nigeria y Costa de Oro, Uganda siguió siendo un país de hombres negros, porque sus campesinos se convirtieron en productores de bienes de consumo para los comerciantes europeos, apoyaban al Estado colonial pagando sus impuestos y llevaban cultivando algodón desde 1903 en respuesta a la llegada del ferrocarril al lago Victoria dos años antes. Cuando la línea de ferrocarril llegó a Kano en 1912, estimuló una copiosa producción de cacahuetes y un floreciente comercio entre los campesinos hausa. Allí, los empresarios eran sobre todo antiguos mercaderes de cola. Al igual que en otros sitios, solían ser cristianos con cierta instrucción, como lo eran los primeros cultivadores de café del África oriental alemana, o dirigentes políticos, como los jefes ganda que obligaron a sus arrendatarios a cultivar algodón para poder pagar arriendos e impuestos.

Ese control del trabajo fue decisivo en los inicios de la época colonial, entre otras cosas porque los africanos dependían mucho de la esclavitud, que todos los regímenes coloniales querían abolir. En la práctica, el problema se abordó con toda cautela. Sabían que la rápida abolición de la esclavitud en la Colonia de El Cabo y Senegal había resultado cara y provocado crisis económicas coyunturales, seguidas de nuevas formas de dependencia. En la India, sin embargo, los británicos habían abolido la esclavitud de modo paulatino, sin compensación ni dislocación (aunque también sin suprimir la dependencia), primero prohibiendo el tráfico de esclavos y luego declarando que la esclavitud carecía de estatuto legal, dejando que el esclavo proclamase su libertad donde y como quisiera. Esta política se adoptó en Costa de Oro en 1874 y después en el resto de África, si bien con muchas variaciones locales. En Zanzíbar, por ejemplo, toda la economía dependía de la esclavitud, y el gobierno británico se afianzó estableciendo alianzas con los árabes que poseían esclavos. Cuando se abolió la esclavitud, en 1897, la legislación contra vagabundos obligó a muchos esclavos manumitidos a permanecer en las plantaciones, donde pasaron a ser mano de obra pagada. En el norte de Nigeria, la sociedad esclavista tenía mucho peso y el deseo de Lugard de conservar las jerarquías indígenas le llevó a limitar la abolición a aquellos esclavos de sexo masculino que pudieran comprar su libertad, a la vez que les impedía adquirir derechos sobre tierras libres y los devolvía a sus amos si se escapaban, de manera que en esa zona la esclavitud fue desapareciendo sólo paulatinamente, y no fue ilegal hasta 1936. Las autoridades británicas de Sudán fueron igual de precavidas. El régimen militar del África occidental francesa dependía inicialmente de la mano de obra esclava, pero Francia abolió la esclavitud en 1903 y los esclavos adquirieron rápidamente su libertad, quizá porque muchos eran cautivos recientes, víctimas en muchos casos de Samori. Decenas, quizá centenares de miles, dejaron a sus amos, pese a que los franceses intentaron impedirlo. Algunos regímenes coloniales liberaron a los esclavos de sus enemigos, como ocurriera en Ijebu y en Dahomey. En otras regiones, la esclavitud o algo semejante se fue prolongando hasta finales del periodo colonial y aún más allá, por ejemplo en Mauritania y Botsuana, donde los amos conservaron el poder político. En otras regiones, la liberación provocó la crisis de determinadas aristocracias africanas. Los propietarios árabes de las plantaciones de la costa de Kenia se arruinaron; se dice que algunos terrate-

nientes gola de Liberia se suicidaron, y la gente culta se quejaba de que «una muchedumbre de siervos y sirvientes presumían ante sus amos». Pero, por lo general, la emancipación fue llamativamente suave. En parte porque fue llevada a cabo por gobernantes extranjeros y en gran medida desinteresados. En parte porque muchos de los esclavos se quedaron con sus amos y fueron adquiriendo poco a poco un estatus mejor pero dependiente, acelerando la creación de un linaje de esclavos. Es lo que ocurrió en el caso de la mayoría de las mujeres esclavas, porque solían disponer de pocos medios alternativos de subsistencia y las autoridades (masculinas) coloniales las trataban como a concubinas: «Era más una cuestión de divorcio que de esclavitud», escribía Lugard. Los esclavos solían caer en manos de prestamistas, según una antigua forma de dependencia en la que el acreedor pagaba al prestamista en trabajo, en vez de abonarle intereses, hasta que la deuda quedaba saldada. En 1909 se decía que sólo en la ciudad de Ibadán se habían concedido 10.000 «préstamos», y la institución sobrevivió hasta bien entrado el periodo colonial. La liberación de los esclavos también fue poco traumática porque, salvo en Nigeria del Norte, solía haber tierras disponibles para que los esclavos se convirtieran en campesinos. Las cofradías Mourid, por ejemplo, aceptaron libertos en sus comunidades de colonizadores y los trataron como a iguales. Además, la gran demanda de mano de obra masculina dio empleo asalariado a muchos esclavos manumitidos.

La enajenación de las tierras fue una fuente de mano de obra; la emancipación, otra, y la coacción, una tercera. La cuarta, quizá la que creciera más rápidamente, fue la mano de obra emigrante, que solía llegar huyendo de los impuestos y, al proceder de otras regiones que no tenían acceso al transporte por ferrocarril, no podían exportar su producción. La mano de obra emigrante no era ninguna novedad. Los kru de la costa de Liberia, que habían servido a los europeos como marineros y obreros portuarios desde el siglo XVIII, realizaron gran parte de las tareas no cualificadas en África occidental, y muchos de los braceros agrícolas de las plantaciones alemanas de África oriental procedían de regiones que habían abastecido de porteadores a las caravanas del siglo XIX. Pero muchos pueblos entraron en el mercado por primera vez. El éxodo mossi a «Inglaterra» (como llamaban a Costa de Oro) comenzó con la campaña de impuestos de 1896, al igual que el de otros emigrantes, pues los mossi necesitaban dinero para comprar mercancías importadas e invertir en su propia economía. Los emigrantes lozi de la llanu-

ra aluvial del Zambeze, en muchos casos esclavos manumitidos, buscaron trabajo por las mismas razones. Ambas regiones habían sido famosas por su prosperidad agrícola en el siglo XIX, pero sus productos fueron cayendo en el olvido, lo que afectó especialmente a los bulozi, cuyo sistema de riego se desplomó al carecer de la mano de la obra esclava para mantenerlo. Este ejemplo pone de relieve la desigualdad que tuvo el impacto colonial en sus comienzos. Así como África oriental se había reestructurado en el siglo XIX en torno a Zanzíbar y su comercio, el África colonial (excepto quizá Egipto) se reestructuró en torno a nuevos focos de crecimiento: ciudades, minas, haciendas europeas y fincas africanas donde se cultivaban productos destinados al mercado. Alrededor de esos focos había zonas abastecedoras de alimentos, rodeadas a su vez de regiones más remotas que exportaban obreros o ganado. Como muchos focos de crecimiento estaban en zonas forestales o de montaña, mientras que las reservas de mano de obra estaban sobre todo en la sabana, se invirtió la tendencia principal de los comienzos de la historia africana. En los núcleos de crecimiento, la voraz colonización de la tierra tendría muchos costes en el futuro, pero durante el periodo colonial generó prosperidad. Las reservas de mano de obra, en cambio, estaban en decadencia.

Medio ambiente y demografía

En sus inicios, el África colonial no experimentó una catástrofe demográfica de la misma intensidad que las desatadas en Latinoamérica y el Pacífico por la conquista y las enfermedades que llevaron los blancos. Los africanos se habían adaptado al medio más hostil del mundo y pertenecían a esas poblaciones del Mundo Antiguo que, como los asiáticos, habían adquirido cierta resistencia a las enfermedades europeas. La viruela, por ejemplo, probablemente fuera más mortal en África occidental en tiempos de la trata de esclavos que a principios del periodo colonial. Pero algunas regiones habían tenido menos contacto con Europa y otras eran especialmente vulnerables debido a las características de su medio ambiente o a la intrusión colonial. Dicha diversidad regional causó problemas demográficos en los inicios del periodo colonial, pero fue una crisis atenuada. Una vez más, los pueblos africanos sobrevivieron.

«¡Guerras, sequía, hambre, pestes, plagas de langosta, enfermedades del ganado! ¡Cuántas calamidades una tras otra! ¿Por qué?»[16]. La angustia que expresaba el misionero François Coillard en Bulozi en 1896 era ampliamente compartida. La conquista militar en sí no fue lo más mortífero, pero a nivel regional tuvo efectos devastadores. En los 21 años de guerras intermitentes que costó a los italianos conquistar Libia, probablemente mataran a una tercera parte de su población[17]. En 1904, los alemanes liquidaron una rebelión de los herero en el sudoeste de África llevándolos al desierto de Omaheke. Según un censo de 1911, sólo sobrevivieron 15.130 personas de unas 80.000[18]. La represión y el hambre que acabaron con la Rebelión Maji Maji no sólo mataron a una tercera parte de la población de esa región, sino que «redujeron el promedio de fertilidad de las mujeres supervivientes en más de un 25 por 100», según un estudio realizado por especialistas unos 30 años después[19]. Los combates que libraron entre sí británicos, belgas, alemanes y portugueses en África oriental durante la Primera Guerra Mundial supusieron un desastre comparable porque expuso a más de 100.000 soldados africanos y a alrededor de un millón de porteadores y trabajadores a unos desastrosos índices de mortalidad por enfermedades y agotamiento. Estos horrores fueron excepcionales, pero indican que la violencia colonial pudo tener efectos demográficos significativos, aunque al mismo tiempo terminara con gran parte de la violencia. Cuando los británicos se hicieron con el control del valle del Shire en Nyasalandia, en 1891, los hombres cantaban:

> Hijo del mandril,
> baja de las colinas;
> el país ya vuelve a estar en pie[20].

A escala continental, la violencia causaba menos destrozos que el hambre. A mediados del siglo XIX no llovió en la sabana tropical como

---

[16] Coillard, *Threshold,* p. 627.

[17] J. Davis, *Libyan politics*, Londres, 1987, p. 2.

[18] H. Stoecker (ed.), *German Imperialism in Africa,* B. Zöllner (trad.), Londres, 1986, p. 62.

[19] Culwick, «A study of population in Ulanga, Tanganyika Territory», *Sociological Review* 30 (1938), p. 375.

[20] J. M. Schoeffeleers, *River of Blood*, Madison, 1992, p. 98.

había llovido en la década de 1880, lo que dio inicio a 40 años de sequía relativa hasta que se recuperaron las lluvias en la década de 1920. Hemos obtenido estos datos midiendo los niveles de agua de los lagos, sin tener en cuenta muchas variaciones locales. La sequía interactuó con otros aspectos de la crisis de comienzos de la etapa colonial, produciendo una secuencia de hambrunas por toda la sabana. Comenzó en África oriental en la década de 1880, y alcanzó su primer punto culminante en Etiopía, entre 1888 y1892. Se bautizó como el «día espantoso» el momento en que una epidemia afectó al ganado matando a los bueyes de labranza y acabando con el sistema agrícola. Exacerbada por la sequía, la plaga de langosta, la violencia y las enfermedades humanas, se dice que esa crisis mató a una tercera parte de los habitantes de Etiopía, si bien las cifras no son fiables. Muchas zonas de Sudán también padecieron hambre. En 1896, el norte del Transvaal pasó por la última hambruna mortal de África del Sur. En África oriental, el «Gran Hambre» de 1898-1900, como lo denominaron los kikuyu, se vio agravada por la exportación colonial de alimentos y, posteriormente, se supo que en un solo *mbari* kikuyu habían muerto las dos terceras partes de los habitantes. La sabana de África occidental experimentó esa crisis en 1913-1914, cuando una excepcional sequía coincidió con los nuevos sistemas de impuestos, la exportación de las cosechas, la decadencia del comercio transahariano y el éxodo laboral. La Primera Guerra Mundial provocó una larga época de hambre en África oriental, que fue especialmente devastadora en 1916-1918 entre los rumanura de Ruanda. Por último, el África ecuatorial francesa se vio azotada por la peor hambruna de su historia entre 1918 y 1926 debido, sobre todo, a las excesivas demandas de alimentos y mano de obra que planteaba el gobierno colonial. Como ya era habitual, las hambrunas mataban a quienes se agrupaban en busca de alimentos y de agua en conjunción con las enfermedades, sobre todo la viruela. Esta enfermedad hizo estragos en África oriental a finales de la década de 1890, cuando posiblemente penetrara un nuevo brote asiático en la región. La viruela, al igual que otras plagas, afectó al creciente número de personas que se desplazaban a entornos no familiares, en busca de trabajo, y se cebó en los niños. En Nyasalandia un médico constató, en 1913, que el 93 por 100 de los adultos y el 68 por 100 de los niños examinados habían padecido esa enfermedad.

La peor crisis médica fue la epidemia de la enfermedad del sueño, que compartió muchas características con la epidemia de sida de un

siglo después. La enfermedad del sueño la propagan los tripanosomas, unos microorganismos que atacan al sistema nervioso central causando fiebres y cansancio que llevan al paciente al coma y a la muerte. En África occidental, la enfermedad era antigua, crónica y la transmitía entre los humanos la mosca tsetsé, la *glossina palpalis,* que vive cerca del agua. No se sabe si la enfermedad del sueño existía en África oriental antes de la década de 1890. Ningún observador contemporáneo habla de ella, pero algunos africanos consultados tras 1900 hablaron de una epidemia antigua a orillas de la costa sudeste del lago Victoria, así como de casos aislados en otras partes[21], estos últimos posiblemente transmitidos por la mosca tsetsé de tierras de secano, la *glossina morsitans,* que desde luego infectó a la caza y al ganado. Parece que el origen de la epidemia de comienzos de la época colonial fueron dos procesos cuya interrelación no está nada clara. El primero fue la rápida expansión de la enfermedad del sueño por África occidental, posiblemente debido a que la creciente movilidad exponía más a las personas. Hubo epidemias locales en la costa entre Senegal y Angola desde la década de 1860. La del bajo Congo se difundió río arriba y llegó a orillas del lago Tanganica alrededor de 1901. En los 30 años siguientes, la epidemia mató al 90 por 100 de la población en las localidades más afectadas del África ecuatorial[22]. Hay quien opina que la enfermedad se extendió por la depresión Congo-Nilo hasta alcanzar el lago Victoria, donde apareció a mediados de la década de 1890. Otros opinan que esta segunda epidemia fue de origen local. El caso es que hacia 1905 había matado a más de 200.000 personas en la orilla norte del lago. La epidemia también se difundió por la parte baja del lago Tanganica hacia África central, alcanzando Rodesia del Norte hacia 1907. Allí coincidió con un segundo proceso. La plaga del ganado que causó el hambre en Etiopía de 1888 se había propagado a través del África subsahariana durante la década de 1890, matando en muchos casos al 90 por 100 del ganado, empobreciendo a sus propietarios y obligando a la población a cazar animales infectados por la *glossina morsitans.* Entonces, las moscas tsetsé volvieron a los pastizales y amenazaron los cultivos, en especial allí

[21] *Medizinal-Berichte über die Deutschen Schutzgebiete, 1905-1906*, Berlín, 1907, p. 63; A. Kinghorn, «Human Trypanosomiasis in the Kuangwa Valley, Northern Rhodesia», *Annals of Tropical Medicine and Parasitology* 19 (1925), p. 283.

[22] R. Headrick, *Colonialism, Health and Illness in French Ecuatorial Africa, 1885-1935,* Atlanta, 1994, pp. 34-35, 41-43, 69-71.

donde la violencia, el hambre, la enajenación de tierras o la emigración de la mano de obra habían reducido el número de la población. Cuando la caza volvió a ser abundante, antes de la Primera Guerra Mundial, los animales ocuparon zonas mayores de la selva y las moscas tsetsé pudieron transmitir la enfermedad del sueño más rápidamente a los seres humanos, ya fuera porque la gente había perdido la inmunidad adquirida, o porque la *glossina morsitans* había quedado infectada por tripanosomas más virulentos al entrar en contacto con la epidemia a orillas del lago. Tras numerosas epidemias locales en regiones de la sabana y otras zonas hasta entonces ocupadas por el hombre y el ganado, extensos terrenos quedaron vedados a los seres humanos. Creemos que las epidemias de esta primera fase de la época colonial mataron a cerca de un millón de personas[23]. Los remedios conocidos contra la enfermedad del sueño antes de la Primera Guerra Mundial eran casi tan mortíferos como la propia enfermedad.

Los médicos de época colonial estaban asimismo alarmados por la evidente difusión de las enfermedades venéreas, en especial la sífilis que, según los informes de 1908, afectaba al 80 por 100 de los ganda. Si bien la sífilis venérea estaba efectivamente en expansión, los datos médicos probablemente se refirieran a la epidemia causada por el treponema y la sífilis endémica, enfermedades típicas de África tropical. Pero la alarma oscureció la difusión por esa región (seguramente desde la década de 1860) de otra enfermedad venérea, la gonorrea, que cursaba con síntomas menos agudos pero causaba infertilidad, en especial entre las mujeres, y acabaría siendo la principal razón de los índices de natalidad excepcionalmente bajos de la región.

Algunos africanos consideraban que estas enfermedades eran armas biológicas europeas. Otros las achacaban a los traficantes árabes de esclavos, a sus propios pecados, o a la ira de los antiguos dioses. Y no se había acabado el catálogo de las calamidades. Las moscas de la arena *(phlebotomus)* que anidan en los pies y causan terribles llagas, alcanzaron Angola procedentes de Brasil alrededor de 1850, y se difundieron a través del continente hasta la costa mozambiqueña, donde se registra su existencia en 1895. La tercera plaga de peste bubónica comenzó en China en 1893 y afectó a las ciudades costeras africanas desde Mombasa a Dakar. Asi-

[23] P. de Raadt, «Historique de la maladie du sommeil», *Médicine Tropicale* 64 (2004), p. 116.

mismo, hubo epidemias de cólera, de fiebre amarilla y de meningitis cerebroespinal. Pero la mayor desgracia, con diferencia, fue la pandemia de gripe de 1918, que mató entre un 2 y un 5 por 100 de la población en casi todas las colonias. El hecho de que se fuera contagiando por las nuevas rutas de transporte sugiere que la creciente movilidad y los contactos con el exterior sin la debida asistencia médica fomentaron la coincidencia de desastres a principios de la época colonial.

Aunque nuestros datos demográficos son poco fiables, los inicios del periodo colonial probablemente causaran mayores daños en África ecuatorial, donde coincidieron la violencia, el hambre, la viruela, la enfermedad del sueño, las enfermedades venéreas y la gripe. Estimamos que, entre 1880 y 1920, la población del Congo Belga disminuyó entre una tercera parte y la mitad. En 1914, sufría un descenso del 0,25 por 100 al año. Las pérdidas fueron muy similares en el África ecuatorial francesa, sobre todo en la cuenca de los ríos Ubangi y Chari (República Centroafricana) y en las selvas de Gabón, donde el 20 por 100 de las mujeres nacidas antes de 1890 y entrevistadas en la década de 1960 confesaron no haber tenido nunca un hijo vivo, frente al 13 o 14 por 100 (proporción igualmente muy alta) de las mujeres de condición similar en el conjunto de la región. La infertilidad se debía sobre todo a la gonorrea, extendida en Gabón por la migración de mano de obra para la industria maderera, y la tolerancia de los hijos ilegítimos[24]. Seguramente perdieron población Uganda, Burundi, el norte de Angola y el sur de Sudán. Muchos historiadores opinan que también sufrieron pérdidas, aunque menos graves, las regiones de la sabana de África oriental. La violencia, el hambre, la enfermedad del sueño y la gripe también causaron estragos en la sabana de África occidental, aunque allí escasean los datos demográficos.

En cambio, la crisis de comienzos del periodo colonial fue menos aguda en la selva de África occidental, excepto, quizá, entre los asante, afectados por la derrota de 1874. La exposición temprana a las enfermedades europeas puede haber conferido mayor inmunidad a las poblaciones de la selva. También se libraron del hambre o de la enfermedad del sueño mediante la venta de cultivos comerciales que pudieron procurarles nutrición y cuidados médicos. Pero el crecimiento demográfico fue mayor en África del Norte y del Sur. Hubo violencia en

[24] Cfr. B. Fetter (ed.), *Demography from Scanty Evidence,* Boulder, 1990, caps. 19-20.

Libia y Marruecos y les afectó la epidemia mundial de gripe, pero el norte de África se libró de la crisis de los primeros años de las colonias. La población de Egipto siguió creciendo a alrededor de un 1 por 100 anual y la de Argelia algo más lentamente, debido, sobre todo, a los índices de mortalidad decrecientes, y a que Marruecos y Túnez experimentaron un modesto crecimiento demográfico[25]. África del Sur también se libró de la mayoría de las catástrofes. El censo, realizado en 1904 en la Colonia de El Cabo, demuestra que la población africana estaba creciendo nada menos que a un ritmo del 2 por 100 anual[26]. Rodesia del Sur también experimentó un sorprendente crecimiento demográfico tras 1900, quizá porque se libró de las principales hambrunas y enfermedades, salvo de la gripe[27].

Resumiendo, no está nada claro si la población total de África aumentó o decreció entre las décadas de 1880 y 1920, pero lo cierto es que no había una pauta única. Establecerla sería una de las principales metas del periodo colonial.

---

[25] P. Fargues, «Un siècle de transition démographique en Afrique méditerranéenne, 1885-1985», *Population* 41 (1986), p. 211; D. Noin, *La population rurale du Maroc,* 2 vols., París, 1970, vol. II, p. 96.

[26] C. Simkins y E. van Heyningen, «Fertility, Mortality, and Migration in the Cape Colony, 1891-1904», *IJAHS* 22 (1989), p. 110.

[27] Fetter, *Demography,* cap. 5.

10
El cambio colonial, 1918-1950

Los especialistas en la historia de África están en profundo desacuerdo acerca del periodo colonial. Uno de ellos opina que fue «un mero episodio en el flujo continuo de la historia africana». Otro, que destruyó una tradición política antigua que había sobrevivido incluso a la trata de esclavos[1]. Lo cierto es que uno está pensando en Nigeria occidental y el otro en el Congo Belga, y el impacto de la colonización varió mucho de un lugar a otro. También difieren debido a que el cambio colonial fue contradictorio y sutil. Lo nuevo no se limitó a sustituir a lo viejo, sino que se fundió con ello, a veces lo revitalizó dando lugar a nuevas síntesis genuinamente africanas. El capitalismo, la urbanización, el cristianismo, el islam, la organización política, las etnias y las relaciones de familia (temas centrales del presente capítulo) adoptaron formas peculiares cuando los africanos los readaptaron para hacer frente a sus necesidades de acuerdo con sus tradiciones. Considerar que el colonialismo destruyó la tradición equivale a minimizar la capacidad de adaptación de los africanos. Considerarlo un mero episodio equivale a minimizar lo mucho que la civilización industrial ha ofrecido a los africanos del siglo XX, mucho más que a los latinoamericanos del siglo XVI o a los indios del siglo XVIII. El periodo colonial de África fue tan traumático como breve. Su principal consecuencia fue el rápido incremento demográfico, una novedad en la historia de África, desde 1950.

[1] J. F. A. Ajayi, «The Continuity of African Institutions under Colonialism», en T. O. Ranger (ed.), *Emerging Themes of African History,* Nairobi, 1968, p. 194; J. Vansina, *Paths in the Rainforests,* Londres, 1990, caps. 8-9.

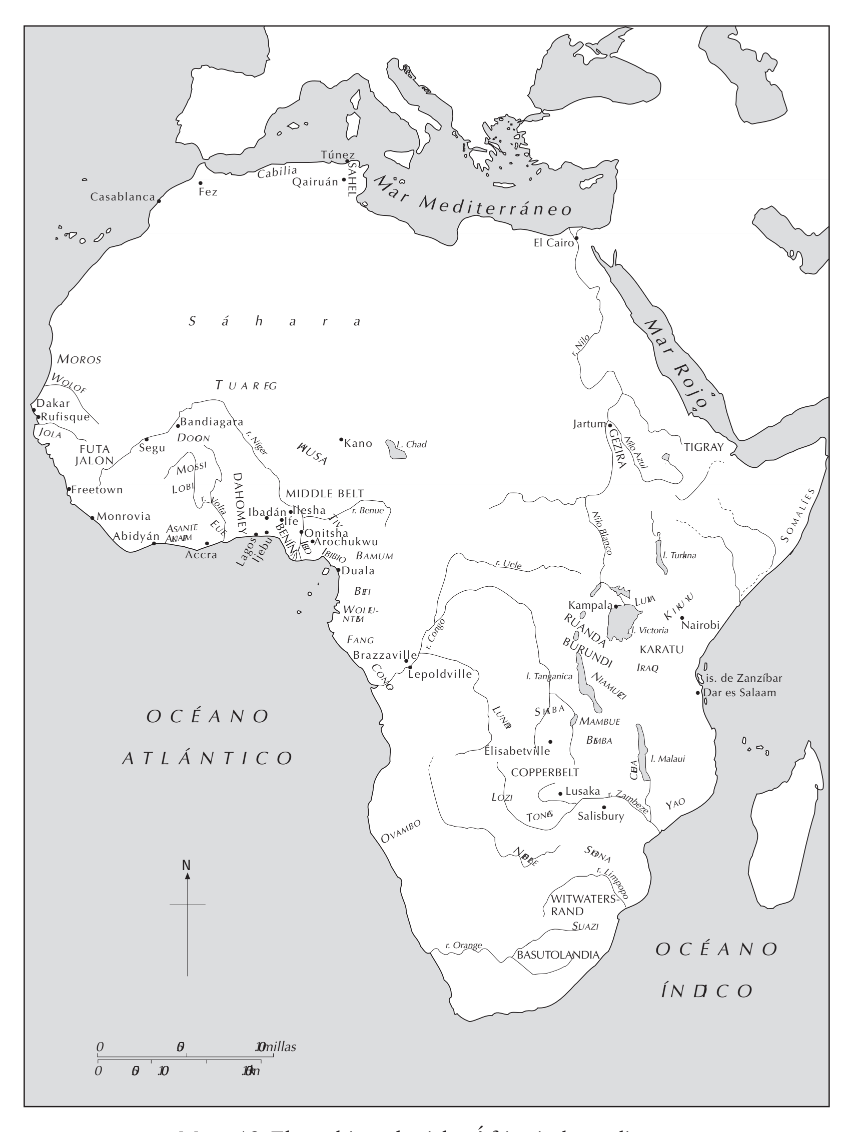
El cambio económico

Si los ferrocarriles revitalizaron la economía de los inicios de la época colonial, la principal innovación del periodo colonial medio fue el transporte motorizado. Los primeros «coches de placer» (utilizando el término *pidgin*) aparecieron en el África occidental francesa con el nuevo siglo. En 1927, «el coche de Alafin, un lujoso Daimler de aluminio con ventilador de aire y nueve faros rutilantes, era el blanco de todas las miradas»[2]. Más funcional fue el camión, de uso corriente ya en la década de 1920, una década dedicada a la construcción de carreteras. Entre 1925 y 1935, los camiones redujeron a la mitad el coste de los portes de cacahuete de Senegal a la estación de ferrocarril, cifra que se fue reduciendo un 80 por 100 más en los 30 años siguientes. Los camiones crearon empleo y dieron a los africanos la oportunidad de pasar de los cultivos y el comercio locales a las empresas a gran escala.

Los camiones llevaron la *économie de traite* a las aldeas más remotas, sustituyendo por camiones a los camellos y burros que utilizaban antes los moros, al igual que muchas otras redes comerciales, para transportar cacahuetes. Las grandes beneficiarias fueron compañías europeas como la United Africa Company, creada durante la década de 1920 por medio de una fusión y responsable de casi la mitad del comercio exterior de África occidental en la década de 1930. Con todo, debido a que el valor real del comercio exterior de África occidental se multiplicó por 15 entre los años 1906-1910 y 1955-1959, los comerciantes africanos disfrutaron de muchas oportunidades. Retuvieron el control del comercio tradicional de ganado, cola y telas indígenas; accedieron a nuevos productos, como los cacahuetes de Nigeria o el café de Tanganica; abastecieron de alimentos, carburante y materiales de construcción a ciudades en desarrollo, y atiborraron los mercados del África occidental con «miles de personas [...] que compraban y vendían pequeñas cantidades de los mismos productos». El primer banco autóctono de África tropical que empezó a funcionar con éxito, el Banco Nacional de Nigeria, se creó en 1933. La depresión de aquel periodo y la Segunda Guerra Mundial dieron lugar a una época de regresión pero, tras 1945, la economía resurgió y nuevas comunidades comerciales sustituyeron a las antiguas en varias ciudades, como Duala, que perdió la

---

[2] *Nigerian Pioneer,* 4 de febrero de 1927.



Mapa 12. El cambio colonial y África independiente.

hegemonía ante la industriosa Bamileke, y Túnez, donde la actividad de los inmigrantes del campo superó a la de las antiguas familias de comerciantes. Hasta la United Africa Company y sus socios formaron una nueva clase de directivos africanos: en 1951, alrededor de un 22 por

100 de los miembros de la primera Asamblea de Nigeria occidental habían recibido este tipo de formación.

El declive de ciertos oficios, la supervivencia de otros y el surgimiento de algunos nuevos caracterizaron asimismo a las industrias artesanas. Los productos de lujo fueron los primeros en desaparecer, pues habían abastecido a aristocracias cuya decadencia hizo estragos en las economías locales. Qairuán tenía 23 curtidores de pieles antes de 1914, pero ninguno en 1940. La artesanía que adquirían las masas también se vio amenazada. La forja del hierro fue decayendo lentamente. En la ciudad de Kano había 64 herreros en 1926, y solamente 37 en 1971. Las industrias textiles atravesaron experiencias de lo más variado. Muchos etíopes siguieron llevando ropas tejidas a mano; los famosos fabricantes tunecinos de gorros fueron perdiendo sus mercados debido a la competencia y a los cambios en la moda islámica. La industria textil de Kano decayó en general, aunque los telares domésticos sobrevivieron en tierras de los hausa, así como en muchas comarcas prósperas de África, donde la riqueza obtenida por las cosechas vendidas al contado expandió los mercados para los que confeccionaban paños de buena calidad o utilizaban innovaciones como los tintes sintéticos y el enhebrado mecánico. Los artesanos más numerosos de las ciudades coloniales eran los sastres, que se beneficiaban del crecimiento urbano e importaban máquinas de coser. La industria de la construcción también tuvo mucho auge, al igual que nuevos oficios como la hojalatería, la reparación de bicicletas y de vehículos a motor y la manufactura de mercancías caseras baratas a partir de desechos industriales. La manufactura de cigarrillos egipcios fue pionera en la producción en masa para un mercado global pero, por lo general, hubo poca continuidad entre los viejos y nuevos comerciantes. Los grupos estigmatizados de África occidental perdieron sus monopolios artesanos, y el estigma que pesaba sobre ellos siguió impidiendo el matrimonio entre grupos y el progreso social. Muchos gremios se hundieron, salvo el de la manufactura de gorros en Túnez y, por razones desconocidas, en tierras de los yoruba, donde los nuevos comerciantes los adoptaron. El sistema de aprendizaje se mantuvo, sin embargo, por toda África occidental y se difundió hacia el este. A comienzos de la década de 1960 había en Nigeria unos dos millones de aprendices, el cuádruple de la fuerza laboral empleada en las grandes empresas.

El transporte a motor permitió a los campesinos africanos colonizar más tierras para la venta de cultivos destinados al mercado, sobre todo cuando los precios mundiales subieron, de manera generalizada, a comienzos de la década de 1920, a finales de la de 1940 y en la de 1950. Los pioneros crearon nuevos cultivos para la venta: de cacao en Camerún y Gabón; de cacao y café en Costa de Marfil; de café en las zonas montañosas de Tanganica, y de tabaco en Nyasalandia. La nueva empresa de ingeniería importante fue el sistema de irrigación del Nilo, en Gezira, río abajo, cerca de Jartum, inaugurado en 1925, donde los propietarios cultivaban más de 400.000 hectáreas a mediados de la década de 1950 y cosechaban un tercio de la producción mundial del algodón de fibra larga. En cambio, un plan francés paralelo pensado para los alrededores de Segú, el Office du Niger, absorbió el 48 por 100 de toda la inversión pública en el Sudán francés (Malí) durante el periodo colonial sin arrojar beneficios, al igual que otras iniciativas oficiales relacionadas con la venta de los cultivos. La empresa privada también soportaba sus costes. En la década de 1940 iban disminuyendo los beneficios de los antiguos campos de cacahuete en Senegal. En Costa de Oro, pionera en el cultivo del cacao, quedaban pocas zonas de selva virgen y la plaga había empezado a hacer mella en los árboles de cacao. Aun así, las zonas de cultivos para el mercado gozaron de una prosperidad inaudita que se materializó en escuelas, iglesias, mezquitas, dispensarios, en casas de varios pisos, en cubiertas de tejados con chapa ondulada, en tiendas, camiones y, lo más importante, en una menor mortandad infantil.

Los cambios en la agricultura no afectaron sólo a los cultivos para la exportación. África fue durante mucho tiempo un conglomerado de núcleos de asentamiento rodeados de espacios desigualmente poblados. A medida que se fue incrementando la población en el periodo de entreguerras (excepto en la región ecuatorial), aumentó la presión ejercida sobre los núcleos de producción. Los rebaños se recuperaron tras la peste, pero muchos pueblos de la sabana fueron restando importancia al pastoreo y dependiendo más de la agricultura. En esas regiones se intensificaron los cultivos. Los igbo refinaron sus métodos de alternancia de cultivos; los mossi abonaron sus campos con estiércol y explotaron el fondo de los valles. Muchos pueblos sustituyeron las azadas de madera o de hierro local, y hasta sus palos de cavar, por mejores herramientas de importación. Cuando la peste bovina privó de excrementos

para abono a los agricultores de Burundi y las exigencias de los colonizadores les privaron de mano de obra, la escasez y las enfermedades se cebaron en la zona hasta que se introdujeron la yuca, la mandioca y los plátanos a finales de la época colonial. Muchos grupos probablemente diversificaran las cosechas. El maíz siguió difundiéndose a expensas del mijo y el sorgo, y las semillas importadas sustituyeron a las variedades más antiguas. La mandioca se difundió con mayor rapidez aún que el maíz, sobre todo en las comarcas densamente pobladas donde su gran productividad ahorraba tierras y mano de obra y su deficiencia en proteínas se podía suplir con la adquisición de productos agrícolas en el mercado. La patata se generalizó en Ruanda y Burundi con mayor rapidez que en Europa. Sin embargo, las innovaciones europeas sólo rivalizaron con el intercambio de cultivos entre africanos (los braceros emigrantes que volvían a casa solían llevar consigo semillas desconocidas) y la experimentación con variedades locales cuando aportaban mejores semillas, herramientas y transportes. Aun así, la presión sobre los núcleos de asentamiento no dejaba de crecer. Muchos africanos poseían tierras suficientes, pero había cierta escasez en el norte de Etiopía, entre los igbo, en las cercanías de las zonas privilegiadas de montaña, en las regiones que habían sufrido muchas expropiaciones y en algunas zonas de cultivos destinados el mercado. Los periodos de barbecho se fueron acortando en muchas colonias.

Los campesinos reaccionaron aplicando los medios tradicionales de la colonización de las zonas de frontera. Cuando la densidad de población aumentaba entre los montañeses, por ejemplo, estos se diseminaban por las tierras bajas vecinas a las que no habían descendido por razones de seguridad. En 1929, un especialista en ritos condujo a una columna pionera de iraqu-cushita desde sus tierras, al norte de Tanzania, hacia las grandes llanuras de Karatu en el norte, con el fin de colonizarlas. En 1937, más de la mitad de los dogón habían abandonado los acantilados de Bandiagara por las llanuras mejor irrigadas. Cada clan creó «una línea de aldeas nuevas, siendo las más distantes las más recientes», y sólo regresaban a las zonas escarpadas para funerales y festivales. Los pueblos de la sabana también se beneficiaron de la paz impuesta por los colonizadores. Los tiv de Nigeria se dispersaron desde sus aldeas rodeadas de empalizadas, rompiendo el «muro» con el que los británicos intentaban contenerles. Los lobi, igualmente individualistas, se expandieron a través de las fronteras de Alto Volta, Costa de Marfil y Costa de Oro, desplazándose

cada familia un promedio de 1 kilómetro al año. En esos asentamientos de pioneros, la cultura brillaba por su ausencia: «redujeron la hospitalidad, empobrecieron el lenguaje, y se temía mucho a las enfermedades y al caos que suponían. El aburrimiento afectaba especialmente a las mujeres, restaba estabilidad a los hogares, y las llevaba a descuidar las casas»[3]. Muchos de esos grupos eran multiétnicos. Bugerere, un territorio conquistado en la frontera norte de Buganda, tenía 10.302 habitantes en 1931, y más de 130.000 a finales de la década de 1960, de los que solamente un 38 por 100 eran ganda. Con muy pocas restricciones de explotación, era el mayor abastecedor de bananas de Kampala. La producción comercial de alimentos solía ser la actividad principal de los asentamientos de pioneros, pero estos no eran los únicos que se dedicaban al comercio. En 1936, los colonos tonga de Rodesia del Norte, que poseían unos 4.300 arados, suministraban maíz a Shaba y al Copperbelt y los granjeros kenianos equipados, asimismo, con arados abastecían a Nairobi. Pero el cambio tecnológico tenía sus límites. Muchos africanos «entraron en el colonialismo con una azada y salieron con ella»[4], si bien solía ser una azada mejor.

Las empresas agrícolas desarticulaban la sociedad. Un misionero de Akuapim lamentaba en 1907: «El cacao lo está echando todo a perder. Hay un conflicto interno [...] insatisfacción, provocación, vida irregular [...], parásitos, corrupción, extorsión, perjurio, mentiras, consumo de alcohol, pereza, orgullo y engaños»[5]. Poco a poco iba cobrando forma una sociedad híbrida, en parte campesina, en la que las familias cultivaban sus propias tierras y producían, tanto para el consumo casero como para el mercado y, en parte capitalista, pues una minoría daba empleo a labradores asalariados, producía principalmente para el mercado y reinvertía los beneficios. Las encuestas realizadas en tierras de los yoruba entre 1951 y 1952 ponían de manifiesto que el 18 por 100 de los grandes cultivadores de cacao comercializaba el 53 por 100 de las cosechas. Esos grandes productores solían fomentar los productos para la venta al público, pero no podían monopolizarlos ni «proletarizar» a sus vecinos. De hecho, incluso los pobres tenían acceso a la tierra y, por consiguiente, gozaban de mucha independencia y podían negociar. Todos los la-

[3] J. Gallais, *Pasteurs et paysans du Gourma,* París, 1975, p. 180.
[4] W. Rodney, *How Europe Underdeveloped Africa,* Londres, 1972, p. 239.
[5] Citado en D. Brokensha, *Social Change in Larteh, Ghana,* Oxford, 1966, pp. 16-17.

bradores emigrantes de la empobrecida sabana, que cultivaban cacao para los empresarios locales en Costa de Oro en la década de 1930, podían permitirse exigir una tercera parte de la cosecha como pago, mientras que sus colegas de Buganda y del sur de Costa de Marfil se daban por pagados con el acceso a la tierra, convirtiendo el trabajo de los emigrantes en una forma de colonización. Otro obstáculo para los aspirantes a capitalistas era la hostilidad oficial. Los empresarios africanos exigían el derecho de propiedad. Algunos, como los kikuyu, lo adquirieron, pero los gobiernos coloniales, al igual que sus antecesores africanos, consideraban a los ricos propietarios, no sólo políticamente peligrosos, sino propensos a crear una clase no menos amenazadora por el hecho de carecer de propiedades. Al principio, los británicos reconocieron la libre propiedad de la tierra en África occidental pero, entre 1907 y 1908, cambiaron su punto de vista e insistieron en que la propiedad comunal de la tierra era la base de un «campesinado próspero». Las autoridades belgas también querían crear «una clase campesina [...] ligada por tradiciones e intereses a una paz social». Las firmas comerciales europeas preferían tratar con los campesinos antes que con los empresarios capitalistas a los que el mercado daba fuerza. A finales de la década de 1930, las firmas compradoras de cacao de Costa de Oro se confabularon con el gobierno para eliminar a los agentes de los cultivadores africanos que hasta entonces habían hecho de intermediarios. Estos problemas se vieron reforzados por un tercer impedimento al capitalismo: la supervivencia de obligaciones y actitudes precapitalistas. Los hombres seguían dividiendo su propiedad en partes iguales entre sus herederos que, en el caso de un polígamo rico, podían ser numerosos. La riqueza se seguía distribuyendo con el fin de ganar subalternos y poder: un criador de algodón de Nyasalandia hacía que sus obreros cuidaran de sus billetes desparramados al sol, aunque la mayoría se conformaba con un tejado de chapa ondulada o un camión. Muchos invertían, no en una producción posterior, sino en educación, creyendo correctamente que un empleo administrativo les daría mayor riqueza y categoría social. En África, la «traición de la burguesía» fue desviar recursos de la agricultura a la enseñanza. Como las obligaciones sociales, en especial el precio de las novias y el coste de las ceremonias, absorbían mucho capital, algunos hombres se convirtieron al islam o se hicieron miembros de alguna secta exclusiva como los Testigos de Jehová, buscando el modo de librarse de tantas obligaciones. Como dijera un

africano a un antropólogo, «Soy cristiano; no hago las cosas por nada». El clientelismo probablemente fuera la mayor traba para las relaciones capitalistas. Por ejemplo, los propietarios ganda eligieron las zonas más populosas para establecer sus haciendas y se comportaban como señores más que como colonos capitalistas. La palabra ganda *okusenga* significa, en secuencia cronológica, «formar una línea de batalla», «servir a un jefe» y «arrendar tierras».

El crecimiento del capitalismo fue más dramático, aunque también ambiguo, entre los hacendados europeos. La principal innovación de entreguerras europea fue la creación en Liberia, por la firma Firestone, de la mayor plantación mundial de árboles del caucho. Libia se convirtió en una colonia-asentamiento importante, y en el Magreb y en África oriental y central prosiguió la enajenación de tierras. En Argelia, 984.031 europeos (en 1954) controlaban políticamente el país, pero los 250.000 europeos de Túnez y los 363.000 de Marruecos no ejercían tanto poder. Los europeos de Rodesia del Sur, unos 136.017, obtuvieron el gobierno autónomo en 1923, mientras que los colonos de Kenia (38.600 en 1951) tuvieron problemas con la oposición asiática. Los colonos portugueses (88.163 en Angola y 52.008 en Mozambique en 1951) no tenían mayor libertad política que los demás portugueses. Los europeos utilizaron todo su poder e influencia para reformar los sistemas económicos coloniales en su propio provecho. Vías de ferrocarril y carreteras rodeaban las tierras de los colonos. Los bancos locales concedían créditos a los europeos. En 1942, el comisionado jefe para Asuntos Indígenas de Kenia describía la red comercial del maíz como «el intento más descarado y continuo de explotación que ha conocido el pueblo de África desde que José acaparó el grano en Egipto»[6]. La agricultura europea monopolizó ampliamente la producción para la exportación en esas colonias, sustituyendo la producción de cereales en pequeñas granjas por los cultivos de plantación: de vino en Argelia, de fruta en Marruecos, de café y té en Kenia o de tabaco en Rodesia del Sur, tendencia reforzada por la mecanización, significativa en África del Norte en el periodo de entreguerras y en la zona tropical desde 1945. En la década de 1930, más de la mitad de las exportaciones argelinas eran de vino y la mitad de ellas procedían de un 5 por 100 de los productores. Sin embargo, la mayoría de los europeos se agrupó en las

[6] Citado en P. Mosley, *The Settler Economies,* Cambridge, 1983, p. 100.

ciudades: el 58 por 100 en Kenia y el 78 por 100 en Argelia a finales de la década de 1940.

La agricultura europea no sólo «proletarizó» a africanos o árabes, sino que estableció diferencias entre ellos. La mecanización en África del Norte barrió a los aparceros *jamamisa* de las tierras, reduciendo su número en Argelia de 350.715 en 1901 hasta 60.300 en 1954. En la década de 1950, al menos una cuarta parte de los musulmanes del Magreb carecía de tierras. Pero en Túnez todavía había prósperos olivareros musulmanes en el Sahel, y en Marruecos había tantos terratenientes ricos como modernos hacendados musulmanes en las llanuras atlánticas. En Rodesia del Sur el incremento de los cultivos de los blancos y de su población redujo muchas reservas africanas a meros depósitos de mano de obra, pero los cultivos empresariales sobrevivieron en las Zonas de Compra Indígenas creadas en 1930. Los kikuyu de Kenia conservaron muchas de sus valiosas tierras cercanas a Nairobi, pero no pudieron ampliarlas, por lo que las ventas de tierras crearon tanto una próspera «clase acomodada» como una amplia clase de los «sin tierra», engrosada esta última por el despido de jornaleros de las explotaciones de blancos debido a la mecanización.

Muchos braceros no eran proletarios sino, al igual que los trabajadores del cacao, inmigrantes con derechos sobre tierras en sus lugares de origen, lo que también se aplica a la industria minera. En 1935, la minería todavía suponía un 57 por 100 de las exportaciones africanas. La principal expansión y los mayores beneficios se registraron en Shaba y en el Copperbelt de Rodesia del Norte, en plena producción desde 1932. Las compañías mineras daban estabilidad a sus trabajadores con la intención de asegurar el abastecimiento, mejorar la formación y silenciar las críticas, aunque siguieron animando a los mineros para que volvieran al campo. Entre 1921-1925 y 1931-1935, la proporción de obreros africanos reclutados anualmente en las minas de cobre de Shaba descendió del 96 al 7 por 100. Pero las industrias menos sofisticadas siguieron contando con los emigrantes de paso. Como había muchos debido al incremento de población, a los impuestos y a la falta de liquidez, el uso de la coacción apenas fue necesario. La falta de fuentes alternativas de dinero era la clave de la emigración. En 1934 habían abandonado Nyasalandia más del 60 por 100 de los hombres de los remotos distritos del norte y sólo un 10 por 100 de los procedentes de los distritos del sur, donde había más posibilidades de obtener un salario. Muchos emigrantes eran

pobres, como los antiguos esclavos de la sabana de África occidental o los súbditos del reino ndebele. Pero en las zonas más pobres, casi todos los hombres tenían que emigrar, incluso repetidas veces a lo largo de sus vidas. Los gobiernos les animaban a regresar periódicamente a sus hogares rurales, lo que ellos mismos también preferirían. La emigración intermitente era, por consiguiente, otra consecuencia del continuo control de la tierra que diferenció a los campesinos africanos pobres de sus homólogos en Europa y Latinoamérica.

Por lo general, los emigrantes se organizaban para que su marcha ocasionara los menores perjuicios en sus lugares de origen. Solían viajar en cuadrillas encabezadas por hombres con experiencia, ya fuera a pie por carreteras muy transitadas (la que comunicaba Rodesia del Sur con Witwatersrand estaba jalonada de lugares de descanso entre los árboles en los que se podía dormir) ya fuera aceptando, a regañadientes, un contrato que incluía el transporte por ferrocarril o en camiones, pero no les permitía elegir el empleo. Los que no disponían de fuentes de dinero alternativas en sus lugares de origen se veían obligados a aceptar las peores tareas. A todos se les trataba como a *manamba* («un número»), como los llamaban los europeos en África oriental, o incluso como a esclavos, con quienes les equiparaban algunos patronos africanos. La corriente migratoria principal llevó hacia el sur a pueblos de la sabana de África occidental como los mossi, que alcanzaron prósperas regiones de la selva. Más de 200.000 trabajaban en Costa de Oro en las plantaciones de cacao a comienzos de la década de 1950 o, más hacia el oeste, como *navétanes* («temporeros de invierno») en las plantaciones de cacahuete de Senegambia. Gezira dependía de la mano de obra del oeste africano que peregrinaba hacia La Meca o volvía de ella. Los africanos del centro se dirigían a las minas de cobre y de oro. Numerosos trabajadores argelinos emigraron a Francia durante la Primera Guerra Mundial y otros tantos africanos occidentales lo hicieron tras 1950. Los estudios urbanos realizados durante la década de 1970 demuestran que entre el 60 y el 80 por 100 de los emigrantes enviaba regularmente a sus casas entre el 15 y el 20 por 100 de sus ganancias, más los ahorros y ciertas compras personales.

Los observadores pusieron de relieve los efectos destructivos de la emigración campesina en tiempos de la depresión de la década de 1930. Probablemente fueran peores en las regiones de la sabana donde la pérdida de mano de obra permitió al ecosistema compuesto por selva, caza y mosca tsetsé ganar terreno a los cultivos. Análisis posteriores,

realizados durante la próspera década de 1950, sugieren más bien que muchos pueblos utilizaron la emigración para conservar su sistema social, como hicieron los mambue de Rodesia del Norte que «se apresuraron a adoptar la economía monetaria para obtener bienes», o los suazi que utilizaron los ingresos en metálico para rehacer sus rebaños y hogares tras la peste del ganado y la enajenación de tierras. Kabilia, principal foco de emigración argelina, tenía fama por su estabilidad social. Los emigrantes solían ser innovadores pues volvían hablando de nuevos cultivos, nuevas religiones y nuevas ideas. En algunas zonas remotas, como Ovambolandia, en el sudoeste de África, encabezaron una rebelión contra la opresión blanca. Pero las sociedades exportadoras de mano de obra se orientaron hacia la producción de géneros en cuanto los adelantos en el transporte lo hicieron posible.

Las grandes ciudades eran las que más emigrantes atraían. Algunas de las ciudades antiguas (El Cairo, Túnez, Kano) crecieron bajo el gobierno colonial. En muchas llegó a haber una grave superpoblación, mientras que otras, privadas de ferrocarril, fueron decayendo. Los gobiernos hicieron poco por reestructurar las ciudades antiguas, edificando nuevos suburbios para sí mismos y para los inmigrantes del campo, creando capitales dobles al estilo de la de la antigua Ghana. En África central se construyeron las nuevas ciudades coloniales a partir de los modelos de segregación de África del Sur, pero crecieron más al azar en otros lugares. Los núcleos que lindaban con barrios europeos y africanos se demolían para construir en su lugar edificios en una especie de «limpieza de barrios de chabolas» que resultaba tremendamente impopular. En 1945, se impuso la segregación de golpe en muchas ciudades, pero el rápido crecimiento posterior las rodeó de cinturones de *bidonvilles* («barrios de latas»). El crecimiento podía ser sorprendente, en especial a partir de 1930. Casablanca, la principal ciudad comercial e industrial de Marruecos, pasó, entre 1912 y 1951-1952, de tener 20.000 a contar con 682.000 habitantes.

Los jóvenes campesinos solían depositar grandes esperanzas en la vida urbana. «Iré a Freetown, seré libre», cantaban. Pero la realidad les chocaba:

> A mi modo de ver, la ciudad [la Ciudad de los Muertos de El Cairo] era peor que un desierto. Era igual de fea y yerma, pero estaba llena de gente. Dondequiera que mirases había una muchedumbre de

> pobres sucios, groseros y mal vestidos. Todos gritaban y vociferaban, sin rastro de educación ni asomo de modestia. La gente de la ciudad era como animales[7].

En 1910, el índice de mortalidad en los asentamientos africanos de Élisabetville (Lubumbashi, en el Congo) era del 24 por 100 al año. Los primeros emigrantes buscaban alojamiento, empleo y ayuda de sus parientes o «los chicos de casa», recreando instituciones rurales, como hiciera la sociedad niau que floreció entre los cheua en Salisbury (Harare). Gradualmente dieron paso a asociaciones urbanas concretas, como las sociedades de danza beni, que imitaban a las bandas y los ejercicios militares que los soldados desmovilizados de la Primera Guerra Mundial difundieron desde Somalia hasta el estuario del Congo. Los muchachos de las misiones también crearon clubes de fútbol, que pasaron a sustituir a los grupos rurales de jóvenes violentos. Las «asociaciones tribales» se ocupaban de los entierros, la ayuda mutua y el progreso rural. En 1938, la Ibibio Welfare Union (Unión para el Bienestar Ibibio) de Nigeria del Sur envió a ocho estudiantes a Gran Bretaña y a América el mismo día.

Los primeros sindicatos fueron, por lo general, pequeñas sociedades de artesanos como la Union Mechanics' Association (Asociación Sindical de Mecánicos), fundada en 1859 en Monrovia. Los trabajadores más organizados de la economía colonial fueron los empleados de transportes y los del gobierno. El primer y mayor sindicato organizó a los tranviarios de El Cairo, mientras que los ferroviarios fueron los primeros en organizarse en Sudán y en Costa de Oro. Los trabajadores portuarios de África oriental también fueron de los primeros en sindicarse, si bien los empleados gubernamentales habían formado ya asociaciones, y los maestros de escuela nigerianos fueron con mucho los empleados mejor organizados. Los trabajadores agrícolas no se sindicaron en aquel periodo, y rara vez lo hicieron los trabajadores industriales, salvo en Egipto. Los mineros tardaron en sindicarse (el primer gran sindicato del Copperbelt se formó en 1949), pero siempre estaban dispuestos a ir a la huelga debido a su concentración en complejos y a sus condiciones laborales, que solían ser brutales. A comienzos de la época industrial, el descontento se traducía en deserciones o sabotajes pero,

---

[7] Citado en H. Watson, *Women in the City of the Dead,* Londres, 1992, p. 109.

tras las dos guerras mundiales, hubo huelgas generalizadas, debido a la inflación, a finales de la década de 1930.

Las turbulencias anteriores a la Segunda Guerra Mundial fueron consecuencia de la depresión internacional, que puso de relieve y profundizó la dependencia de África de las economías metropolitanas. Entre finales de la década de 1920 y comienzos de la de 1930, el promedio de los precios de exportación bajó alrededor de un 60 por 100 y los precios de la producción bajaron más aún. En 1932, incluso la Union Minière tuvo pérdidas, pero las que peor lo pasaron fueron las zonas remotas que abastecían de alimentos y mano de obra a los antiguos focos de crecimiento, lo que demuestra lo fuerte que era la dependencia. Entre 1929 y 1932, el porcentaje de los ingresos públicos del Congo Belga procedentes de impuestos recaudados entre los africanos, se duplicó. Hubo protestas por la subida de impuestos, rebeliones rurales y movimientos milenaristas, mientras los productores de artículos agrícolas organizaron acciones para subir los precios y hacer frente a las prácticas colusivas de las compañías europeas. En las ciudades proliferó menos la protesta, ya que los salarios bajaron menos que los precios de los alimentos, y las principales víctimas fueron los desempleados que tenían menos recursos. Sólo se amotinaron los obreros del cobre, tanto europeos como africanos. Las mayores protestas industriales tuvieron lugar a finales de la década de 1930, cuando los salarios se recuperaron más lentamente que los precios. Las respuestas gubernamentales a la depresión fueron muy variadas. Los belgas intentaron salvar la economía congoleña regulando las cosechas, las cotas de producción y los precios para los africanos en cada región agrícola. Las colonias africanas de Portugal suplantaron a Brasil como principal socio comercial. Los británicos subvencionaron a los colonos blancos y presionaron a los africanos para que incrementaran su rendimiento, pero poco más. Los franceses, en cambio, multiplicaron por cuatro sus inversiones coloniales (sobre todo a través de préstamos) para seguir exportando y que los mercados coloniales pudieran absorber los excedentes de las manufacturas francesas. «La Dakar urbana y su entorno rural se han transformado en amplios solares para la construcción», manifestó su administrador en 1932[8]. El crecimiento de las ciudades, la exportación creciente de

[8] «Circonscription de Dakar: rapport d'ensemble annuel», 1932: Archives Nationales (Section d'Outre-Mer), Ministère des Colonies (París), Affaires politiques 579/1.

productos y el aumento de la deuda pública llevaron a las colonias francesas a una nueva fase de subdesarrollo. En el resto del continente, la situación era otra. Entre 1929 y 1933, la población africana de Nairobi disminuyó en un 28 por 100.

A las tensiones económicas de la depresión les siguió, casi de inmediato, la guerra. El caucho liberiano y el tabaco de Rodesia del Sur se beneficiaron de la demanda durante la guerra, pero los regímenes de Vichy y de De Gaulle explotaron salvajemente las colonias francesas, mientras los controles económicos establecidos durante la década de 1930 se acentuaban por doquier. En julio de 1946, Gran Bretaña debía a sus colonias orientales y occidentales africanas 209 millones de libras esterlinas en concepto de deudas de guerra impagadas. Unos 374.000 africanos servían en las fuerzas armadas británicas en mayo de 1945; otros eran reclutados por patronos privados. La comida estaba racionada en muchas ciudades, escaseaban las mercancías importadas y la inflación era alta. En Duala (Camerún), los salarios reales quedaron reducidos a la mitad durante la guerra, y las protestas fueron duramente reprimidas. El norte de África sufrió mucha presión. Libia y Túnez fueron campos de batalla y la inflación en Egipto redujo los salarios reales en la industria en un 41 por 100.

Tras 1945, las potencias europeas utilizaron sus imperios para reconstruir las metrópolis. Gran Bretaña, el mayor deudor del mundo, extrajo de sus colonias unos 140 millones de libras esterlinas entre 1945 y 1951, además de las sumas retenidas a los productores por la administración del mercado colonial para la inversión local. En la misma época, sólo unos 40 millones de libras esterlinas de fondos metropolitanos fueron invertidos por la Colonial Development and Welfare Act (Ley para el Bienestar y el Desarrollo Colonial). Francia fue más generosa, pues invirtió muchos fondos públicos en infraestructuras y en producción primaria. El primer plan de desarrollo del Congo Belga de 1948 se centró en las infraestructuras y la estabilización del campesinado y las clases urbanas. Portugal invirtió principalmente en infraestructuras y asentamientos blancos. El deseo de reflotar la agricultura lo llevó a realizar gastos absurdos, como el Groundnut Scheme (Plan del Cacahuete) de Tanganica. Pero en 1952, al finalizar la crisis europea de posguerra, África gozaba de prosperidad por primera vez en 25 años, gracias a la gran demanda de mercancías provocada por la Guerra de Corea. En 1949, las ventas de cacao constituían la mitad de la renta

nacional de Costa de Oro y, en los cinco años siguientes, su precio subió un 162 por 100. A comienzos de la década de 1950, el descenso de los precios de los carburantes fomentó el transporte a motor, la creación de empresas africanas y el crecimiento. Hubo incluso cambios estructurales. Hasta entonces, sólo había habido industrias modernas en Egipto, donde ya se había empezado a atajar la importación en la década de 1930 y se habían adoptado más medidas durante la guerra, en los territorios colonizados del norte de África, de Kenia y de África del Sur, en torno a la industria minera de Shaba y, en menor medida, en Dakar. En otros lugares, los gobiernos no fomentaban la creación de industrias. Desde finales de la década de 1940, sin embargo, las firmas comerciales construyeron «factorías protectoras del mercado» (sobre todo destilerías, de elaboración de alimentos, de tejidos, de jabón y de cigarrillos) en las principales colonias, imponiendo barreras arancelarias a los importadores rivales. Algunos empresarios africanos y asiáticos siguieron su estela. En 1954, el valor de las manufacturas de Kenia sobrepasó por primera vez el de su producción agrícola europea. La economía clásica colonial estaba cambiando.

Educación y religión

La educación fue, junto al desarrollo económico, el principal elemento de cambio en las colonias, no sólo como fuente de saber, sino también como forma de diferenciación social y canalización del conflicto político. Comparada con la riqueza, la educación era más fácil de obtener y de transmitir a la generación siguiente, lo que la convirtió en el principal mecanismo de movilidad social y estratificación de África. Pero también liberaba a los individuos y creaba conflictos, obligando a los hombres educados a crear síntesis personales entre los valores heredados y las nuevas ideas, lo que dio mucha vitalidad al periodo colonial. Los padres fang de Gabón, que en el pasado habían insertado una lanza en el agua del primer baño de un niño, sustituyeron esta por un lapicero en el siglo XX.

Los misioneros cristianos fueron los primeros en impartir una educación occidental con miras a crear cristianos cultos, pero los africanos no mostraban gran interés hasta que llegaron a Buganda en 1877. Cuando los «Lectores» llegaron al poder en 1889, seguidos del gobier-

no británico, la competitividad necesaria para medrar en la corte se tradujo en una demanda masiva de enseñanza. En 1900 estaban recibiendo instrucción al menos una cuarta parte de todos los ganda, adultos y niños. En otros lugares, la conquista colonial incitó a muchos jóvenes a «casarse con el alfabeto» en una misión. De este modo, la educación se convertía en un modo de librarse de las labores agrícolas a través de un empleo remunerado. Las demandas más acuciantes procedían de los pueblos más competitivos y con organizaciónes políticas primitivas, como los igbo de Nigeria, los beti de Camerún y los eue de Togo. En la enseñanza, los misioneros daban prioridad a la cantidad sobre la calidad. En 1905, la Iglesia holandesa reformada contaba con 14.000 alumnos entre los cheua de Nyasalandia, pero sólo destinaba unas 100 libras esterlinas a la docencia, y los alumnos aprendían a escribir en la tierra. El paso de las «escuelas de la selva» de las misiones a los sistemas de educación primaria de las colonias británicas tuvo lugar en la década de 1920, gracias a los subsidios y la inspección estatales. En el África occidental francesa, en cambio, las autoridades anticlericales rechazaron las ayudas, y la escuela primaria quedó rezagada. En 1949-1950, sólo un 6 por 100 de los niños de primaria en edad escolar acudía a la escuela, frente al 16 por 100 de Nigeria, el 26 por 100 de Kenia y el 33 por 100 del Congo Belga.

En 1950, sólo estaban matriculados en escuelas de secundaria el 1 o 2 por 100 en las colonias tropicales, frente al 7 por 100 de Egipto. Hasta la Segunda Guerra Mundial, gobiernos y misiones hacían hincapié en la escolarización básica, que preparaba para la vida en las aldeas o para aprender una profesión práctica, mientras que los africanos solicitaban de modo creciente una educación secundaria que les permitiera escapar de esas ocupaciones. Como los regímenes coloniales necesitaban subordinados africanos instruidos, se crearon unas cuantas escuelas secundarias de mucha calidad y prestigio: la Académie Sadiki en Túnez, laica, fundada por Jair ed-Din en 1875; la Overtoun Institution en el norte de Nyasalandia, cuyo programa inicial incluía desde los principios de ingeniería hasta los clásicos griegos, pero que fue decayendo lastimosamente en la década de 1920; la École William Ponty, fundada cerca de Dakar en 1903, donde se formó una elite distinguida del África occidental francesa; y el Gordon Memorial College en Jartum, el Achimota en Costa de Oro y la Alliance High School en Kenia, cada una de las cuales formó a una generación de líderes nacionalistas. Es de

destacar que no hubo escuelas de ese tipo ni en las Rodesias ni en el Congo Belga, donde según el dicho popular: «Donde no hay elites, no hay problemas». La primera universidad de estilo occidental del norte de África se inauguró en El Cairo en 1909. A comienzos de la década de 1950, Egipto tenía, en proporción, el doble de estudiantes universitarios que Gran Bretaña. En África tropical, sólo se graduó una pequeña minoría, casi todos en Europa o los Estados Unidos, pero tras la Segunda Guerra Mundial se abrieron nuevas universidades en Nigeria, Costa de Oro, Uganda, Sudán y Etiopía entre 1948 y 1951, en Salisbury en 1956, y en Dakar en 1957.

Al contrario de lo que ocurría en la India, la educación africana de esa época hizo más por fomentar la movilidad social que por defender a capa y espada a las viejas clases privilegiadas, debido en gran medida a que en África tropical no había más elites instruidas establecidas desde antiguo que los clérigos musulmanes, aunque Egipto fue una excepción a esa tendencia general. Los regímenes coloniales dieron educación privilegiada a los hijos de los jefes en muchas colonias, y algunas clases gobernantes, como las de Bulozi y Suazilandia, se apropiaron rápidamente del privilegio de la escolarización. Sin embargo, en términos generales la educación se difundió tan rápidamente que, incluso donde se transmitía como privilegio, muchos de los alumnos eran de categoría social relativamente baja. De los estudiantes de la École William Ponty en 1940-1941, un 38 por 100 eran hijos de granjeros, pastores o pescadores, mientras que un 23 por 100 eran hijos de funcionarios u otras profesiones liberales. Las porcentajes equivalentes entre las mujeres en Rufisque, sin embargo, eran de 7 y 54 por 100, debido a que había una oferta educativa mucho menor para las muchachas. Había grandes y duraderas diferencias regionales. El 40 por 100 de todos los africanos orientales que ingresaron en el Makerere College de Kampala antes de 1953 procedían de Buganda, mientras que, dos años antes, en toda Nigeria del Norte sólo había un licenciado (un cristiano). La insatisfacción con la enseñanza oficial llevó a algunos africanos a establecer sus sistemas escolares propios; los kikuyu fundaron de 300 a 400 escuelas independientes entre 1929 y 1952.

La instrucción fascinaba a los jóvenes:

> En las praderas, uno de ellos se puso a enseñar a escribir a otro y yo los miraba de reojo [...] y decía: «Yo también llegaré a escribir algo

> en un papel» [...] Con el tiempo, escribí muchas letras sobre el papel. Y, por último, mi maestro me dijo: «Esas son todas las letras. Ya has terminado». Ese día comenzó mi amor por el saber[9].

La escritura aún poseía esa aura mágica de la que gozaba cuando la monopolizaron los musulmanes, pero también ofrecía ventajas materiales (los linotipistas eran los obreros africanos mejor pagados en Nairobi en 1927) y daba acceso a la ilustración y al poder del que los analfabetos se sabían excluidos. Se convertían en *abatasoma,* «los que no saben leer», término despectivo oficial en Buganda para los paganos. La ilustración podía ser un arma para la elite, como sucedía en el Antiguo Egipto. Sir Apolo Kaggua adquirió una prensa con el fin de publicar su versión de la historia y costumbres de Buganda, y Njoya, el notable dirigente bamum de los primeros tiempos del Camerún colonial, inventó una lengua y una escritura para plasmar la historia de su reino, recopiló derecho consuetudinario, compiló una farmacopea local y codificó una nueva religión con elementos islámicos, cristianos e indígenas. Pero como la instrucción del siglo XX era abierta sin restricciones, alfabética y relativamente fácil de aprender, podía igualmente convertirse en un arma para la disidencia. Los seguidores de John Chilembue leyeron las Escrituras y se rebelaron, como lo hicieron, menos violentamente, muchos cristianos de los inicios del periodo, ya que la Biblia fue el primer libro impreso en una lengua africana. La imprenta también difundió textos islámicos y estimuló una vigorosa actividad literaria en Egipto y Túnez. En otras regiones se popularizó el saber indígena a través de la publicación de la historia de las costumbres y el folclore locales.

Los primeros periódicos africanos importantes al sur del Sáhara, excluyendo Liberia, fueron *Imvo Zabantsundu (Opinión Indígena),* publicado en el África del Sur en 1884, y el *Lagos Weekly Record* de 1891. La circulación de este último en 1914 era de sólo 700 ejemplares, en comparación con los 10.000 vendidos por el principal periódico nacionalista de El Cairo en aquella época. Pero, a mediados de la década de 1940, el *West African Pilot,* editado en Lagos por el pionero nacionalista Nnamdi Azikiue, distribuía 20.000 ejemplares. Hasta 1953, sólo alrede-

---

[9] E. Kootz-Kretschmer (ed.), *Ways I Have Trodden: The Experiences of a Teacher [Msaturwa Mwachitete] in Tanganyika*, M. Bryan (trad.), Londres, 1932, p. 30.

dor de un 10 por 100 de los nigerianos sabían leer y escribir caracteres latinos, pero los que sabían crearon una red popular de lectores. La primera y principal novela del África tropical, *Forest of a Thousand Daemons (La selva de los mil diablos),* de D. O. Fagunua, se publicó en yoruba en 1936; en ella se narraban cuentos populares de deslumbrante vitalidad. Su equivalente en África oriental fue *Mr. Myombekere and his Wife Bugonoka (El señor Myombekere y su esposa Bugonoka),* escrita en lengua kerebe durante la Segúnda Guerra Mundial por Aniceti Kitereza, que carecía de hijos y quien «quería preservar las costumbres y el modo de vida de nuestros antepasados… narrando la historia de un matrimonio puesto a prueba en sus inicios por un largo periodo de esterilidad»[10]. Las populares novelas cortas, publicadas en Onitsha desde 1945, satisfacían el interés de los habitantes de las ciudades que dejaban la escuela al acabar la primaria, haciendo hincapié en el individualismo, en el éxito material, en las buenas relaciones entre generaciones y en el amor romántico, como lo hiciera la literatura amhárica popular. Los opúsculos de Onitsha dieron a conocer a Cyprien Ekuensi, cuya novela de 1954, *People of the City (Gente de la ciudad),* dio paso a una generación de novelistas realistas que redescubrieron su continente sobre el papel en los tiempos de la independencia y no han dejado de diseccionar sus dilemas desde entonces. El escritor más dotado fue el dramaturgo Wole Soyinka, cuya síntesis entre las formas culturales de los yoruba y la tradición dramática europea occidental le hizo merecedor del premio Nobel de Literatura en 1986.

Los vínculos del cristianismo con la instrucción y la educación a comienzos del periodo colonial le hacían más atractivo e incitante, confiriéndole un nuevo carácter. La Iglesia africana se convirtió, por primera vez, en la Iglesia de los jóvenes, y logró el éxito del que participaba todo movimiento asociado a la juventud en el África moderna. A menudo querían una educación por sólidos motivos materiales. También les atraía la novedad, aun cuando seguían cumpliendo con las obligaciones religiosas indígenas. La adolescencia es, habitualmente, la edad más adecuada para la conversión religiosa. Y, como las sociedades polígamas de África habían reprimido a los jóvenes, adoptar el cristianismo era

---

[10] Citado por G. Ruhumbika en A. Kitereza, *Mr. Myombekere and his Wife Bugonoka, theri Son Ntulanalwo and Daughter Bulihwali,* G. Ruhumbika (trad.), Dar es Salaam, 2002, p. xvii.

para ellos el mismo tipo de rebelión generacional que hacerse comunista en el Asia del siglo XX. En 1912, todos los miembros del primer consejo de la Iglesia anglicana del oeste de Kenia aún estudiaban en la escuela. Un obispo anglicano escribía en 1898, refiriéndose a Ijebu, en tierras de los yoruba: «Casi todos los fieles son jóvenes. Muy pocos pasan de los cuarenta años, la mayoría están en la flor de la vida»[11]. La conversión en masa de los jóvenes de Ijebu se repitió entre los igbo, los beti de Camerún (el 90 por 100 de los cuales se hicieron cristianos en 30 años) y, de forma menos espectacular, en otros lugares. Estos movimientos, que nacían en las escuelas, no sólo fueron rápidos, sino también, a diferencia de los raptos milenaristas para hacer frente a enfermedades o a las fuerzas del mal, bastante duraderos. Como explicaba un misionero católico en tierras de los igbo, muchos de ellos se dieron cuenta rápidamente de que «debemos centrarnos en las escuelas porque, si no, nuestros enemigos los protestantes captarán a toda la juventud»[12]. Los monjes benedictinos, los oficiales del Ejército de Salvación y los quietistas moravos descubrieron su propio camino abandonando sus tradiciones europeas y organizando unas redes casi idénticas de escuelas y catequesis. Sus alumnos solían pertenecer a familias pobres, ya que la mayoría de los dirigentes africanos desconfiaban de los misioneros. El rey de Ruanda, por ejemplo, permitió establecerse a los Padres Blancos entre sus súbditos hutu, amenazando con matar a cualquier tutsi que se uniese a ellos. Muchos conversos hallaron refugio en asentamientos misioneros muy paternalistas, como las «granjas-capillas» de los jesuitas en el Congo Belga, donde los catequistas fundaron aldeas cristianas junto a los asentamientos existentes, para atraer y enseñar a sus jóvenes. Las mujeres también podían buscar protección en las comunidades cristianas. Lo que latía tras la impresionante difusión del cristianismo en la primera mitad del siglo XX no era un proceso puramente intelectual catalizado por la expansión colonial, sino el intenso deseo de autoemancipación de los jóvenes, los pobres y las mujeres.

En 1910 había probablemente más de 10.000 misioneros europeos en África. Se les había encomendado crear una Iglesia, ya que la evangelización previa la habían llevado a cabo sobre todo africanos. Algunos

[11] De Tugwell a Baylis, 20 de agosto de 1898, CMS G3/A2/O/1898/146.

[12] Cit. en A. S. O. Okwu, «The Mission of the Irish Holy Ghost Fathers among the Igbo», tesis doctoral, Univ. de Columbia, 1977, p. 148.

de esos evangelistas africanos carecían de mandato específico o de preparación. Muchos trabajadores emigrantes difundieron las enseñanzas del Ejército de Salvación o de los Testigos de Jehová por toda África meridional y oriental. Otros eran catequistas-maestros de escuela, con escasa instrucción, y enviados, como puntualizó uno de ellos, «a la pequeña escuela de una aldea perdida, llena de brujas y hechiceros y de gusanos parásitos de aquellas tierras»[13]. En 1931, sólo los Padres del Espíritu Santo empleaban a 8.399 catequistas. Los misioneros solían dedicarse a formar al clero africano, sabiendo, como se había demostrado en el Congo, que era vital para una Iglesia duradera. Pero también se mostraban cautos, no fuera a ser que ese clero se mostrase indigno. Los católicos insistían en el celibato y en el pleno rigor del paso por el seminario, ordenando a sus primeros sacerdotes africanos antes de la Primera Guerra Mundial, y consagrando en 1939 a sus dos primeros obispos, Joseph Kiuanuka, de Buganda y Joseph Faye, de Senegal. En 1950 había unos 800 sacerdotes católicos africanos. Las misiones protestantes, que no exigían el celibato ni tan larga formación, ordenaron a sus primeros clérigos a mediados del siglo XIX, y con posterioridad, formaron a muchos miembros, pero tardaron bastante en confiarles la administración de la Iglesia, excepto durante la Primera Guerra Mundial, cuando varias misiones alemanas se convirtieron en Iglesias autónomas africanas. En 1910 quizá hubiera unos siete millones de cristianos en África; en 1930, unos 16 millones; en 1950, unos 34 millones[14].

La evangelización fue rápida pero conflictiva. A comienzos del siglo XX, los misioneros se mostraron intolerantes con la paulatina cristianización de las costumbres africanas. Preferían apropiarse de los símbolos indígenas, como lo hicieran los Padres Blancos, que utilizaban los tambores del dios Mukasa para convocar a los fieles a misa, pero la prueba capital para los cristianos conversos era «derribar sus ídolos». A pesar de todo, África no fue una *tabula rasa.* En la práctica, hubo un sincretismo, cierta reconciliación con las creencias y prácticas heredadas, llevado a cabo por los propios conversos. Como en el mejor de los casos eran personas recién instruidas, lo hicieron de modo ecléctico, pero el eclecticismo podía apuntar en dos direcciones, como ocurriera en periodos

---

[13] B. Adebiyi, *The Beloved Bishop: the Life of Bishop A. B. Akinyele,* Ibadán, 1969, p. 76.

[14] D. B. Barrett, «A.D. 2000: 350 Million Christians in Africa», *International Review of Mission* 59 (1970), p. 47.

anteriores de la historia del África cristiana. Algunos cristianos siguieron creyendo de modo ferviente en la realidad de sus viejos dioses, pero ahora los veían como fuerzas del mal. En Buganda, destrozada por la guerra civil, los cristianos victoriosos quemaban los lugares de culto indígenas allí donde los encontraban. Sus líderes les urgían: «Adelante; detestad a los dioses del pasado y amad al Dios vivo»[15]. El antiguo culto chuezi de la región de los Grandes Lagos resistió vigorosamente. Como recordaba un catequista, «sus asambleas eran meros clubes de descontentos y reaccionarios, y mi casa era el lugar de encuentro de los jóvenes, repletos de una sencilla esperanza en un futuro mejor»[16]. Hasta los ataques a las prácticas indígenas tenían antecedentes en los movimientos populares para destruir los enseres de brujería y los encantamientos protectores. Las conversiones masivas más importantes de principios del periodo colonial se debieron a profetas africanos que seguían esa tradición, entre los que destacaron William Wade Harris, en Costa de Marfil durante 1912-1914, Garrick Braide, en el delta del Níger durante 1914-1916, y Simon Kimbangu, en la región del Congo en 1921. Se dice que Harris proclamó: «Hay fetiches en la ciudad, en la selva, en el *wattah*. Dios me ha enviado a quemarlos [...] Si crees en Dios, todo se vuelve provechoso. Tendrás éxito en todo lo que hagas»[17]. El dualismo indígena sirvió de base al dualismo cristiano, en el que la magia y los espíritus podían identificarse con Satanás sin dejar de ser reales. Algunas comunidades celebraron ceremonias rituales para informar a los espíritus de que, en lo sucesivo, ya no serían venerados.

Pero el eclecticismo que permitió creer en ambas fuerzas espirituales llevó a otros pueblos a sacar provecho de ambas, infundiendo al cristianismo una tolerancia indígena que a los misioneros les era ajena. Un estudiante de Nyasalandia escribía: «Los cristianos africanos simplemente eligieron aquellos elementos del cristianismo que tenían sentido o utilidad para ellos, olvidando los demás»[18]. Aceptaron la instrucción, la percepción más clara del Gran Dios, y elementos de la escatología

---

[15] Traducción de manuscrito por J. A. Rowe, de Ham Mukasa, *Simuda nyuma: biro bya Mutesa,* Londres, 1938, pp. 7-8.

[16] Nicholas Mugongo, «Les mémoires d'un catéchiste noir», manuscrito s.f., Centro Pastoral de Kipalapala, Tanzania.

[17] Cit. en G. M. Haliburton, *The Prophet Harris,* Londres, 1971, p. 54.

[18] I. Linden, *Catholics, Peasants, and Cheua Resistance in Nyasaland 1889-1939,* Londres, 1974, p. 205.

cristiana, que eran mucho más atractivos que las creencias indígenas en la supervivencia de los espíritus. «¿Queréis arder?», preguntaban los aldeanos cristianos a sus vecinos a orillas del lago Malaui. Pero, en general, los cristianos pasaban por alto las enseñanzas de los misioneros sobre el matrimonio, igual que hicieran sus antecesores en Cartago, Etiopía y el Congo. Dos generaciones después de la evangelización, sólo una cuarta parte de los anglicanos de Buganda o de los católicos de Rodesia del Sur estaban casados por la Iglesia. Muchos cristianos conversos adoptaron cualquier recurso espiritual que consideraran más apropiado para remediar su desventura particular, consultando a adivinos, empleando hechizos y pócimas protectoras, e interpretando las prácticas cristianas en términos mágicos. Con el tiempo, ese eclecticismo dio origen a pautas de espiritualidad rural que eran tan cristianas como africanas, aunque constituyesen anatema para los más ortodoxos.

A medida que se iban entendiendo mejor mutuamente, misioneros y conversos avanzaron en direcciones opuestas. Tras 1918, los misioneros aprendieron a respetar más las religiones africanas y algunos intentaron adaptar los ritos de iniciación o el uso ritual de la música africana. Pero casi siempre tropezaban con la hostilidad de los africanos conversos, ya que muchos de estos últimos identificaban las prácticas indígenas con el diablo y buscaban modelos en la Biblia, que por entonces ya estaba disponible en las lenguas africanas. Esas tendencias fueron el origen de muchas de las Iglesias independientes, que escapaban al control de los misioneros y llegaron a ser muy características de la cristiandad africana. Las primeras se debieron a ciertas disputas acerca del control de la Iglesia, de la ordenación del clero africano y otros agravios a los que subyacían tensiones políticas. Este fue el caso de las Iglesias independientes fundadas en Lagos a partir de la década de 1880, así como las primeras Iglesias similares de África del Sur, la Iglesia Thembu de 1884 y la Iglesia Etíope de 1892, que dio su nombre al tipo de organización que conservó las doctrinas básicas y los ritos de las misiones primitivas, pero rechazaba su autoridad. Tras 1918, la protesta adoptó una forma política laica y se crearon Iglesias independientes por razones más espirituales. Las Iglesias sionistas, fundadas primero por blancos en África del Sur en la década de 1890, fueron más innovadoras en el ritual y la doctrina, se dirigían a un público menos instruido y estaban especializadas en la curación y la experiencia espiritual. Las Iglesias más importantes de África del Sur, la Iglesia Isaias Sembe de los nazaritas (fundada en 1911)

y la Enginasi Lekhanyane Zion Christian Church (Iglesia Cristiana de Sion Enginasi Lekhanyane) de 1925, siguieron esa pauta, al igual que las Iglesias Aladura fundadas en Nigeria en reacción ante la epidemia de gripe de 1918. Los independentistas creían que la religión podía sanar el cuerpo tanto como las almas y restauraron el holismo de las tradiciones religiosas africanas, utilizando recursos cristianos para hacer frente a las necesidades africanas. Estudiando la Biblia e intentando librar al cristianismo de sus aditamentos europeos, quisieron crear una Iglesia más espiritual, como hicieron muchos que se quedaron en las Iglesias de las misiones pero, por ejemplo, se unieron al Revival Movement (Movimiento Renacentista) que revitalizó las Iglesias protestantes de África oriental tras 1929. Otros no sólo leían la Biblia, sino también los panfletos de la Watchtower Bible and Tract Society (Sociedad Watchtower de Biblias y Tratados), antecesora de los Testigos de Jehová, que desde alrededor de 1908 instaba a los africanos del sur (que solían ser trabajadores emigrantes) a crear sus propias comunidades «Watchtower», a esperar el inminente milenio y a denunciar como satánicos tanto el orden indígena como el colonial. Los sionistas crearon comunidades de apoyo similares que adjudicaban un papel satisfactorio a las mujeres, los ancianos, los analfabetos y los polígamos, pero tenían escasa actividad política. Su anhelo de independencia no era una mera resistencia al colonialismo, pues no abundaban las Iglesias en las regiones más oprimidas (había muchas en las prósperas tierras de los yoruba, gobernadas con mano menos firme) y siguieron proliferando tras la independencia. Se trataba, más bien, de hacer frente a las necesidades africanas en regiones fuertemente cristianas donde las Iglesias procuraron modelos institucionales para pueblos que tenían pocas instituciones indígenas importantes. Ciertas iniciativas religiosas, como la Déima en Costa de Marfil, que tenían bien poco de cristianas, podían ignorar la Biblia pero imitaban a la Iglesia. En 1950, probablemente hubiera entre 1.000 y 2.000 Iglesias en África, con unos dos millones de fieles.

El gobierno europeo podía parecer un entorno menos propicio para el islam. Es lo que debieron de pensar los musulmanes. Tras la derrota, algunos se retiraron nada menos que hasta La Meca, mientras que la mayoría trató a los gobiernos europeos con la aparente sumisión y la reserva interior que prescribía su fe. Muchos regímenes musulmanes perdieron poder, y sus sistemas educativos fueron marginados o, como en Argelia, destruidos. Los gobernantes británicos en Sudán y las prime-

ras autoridades francesas se mostraban muy suspicaces ante el islam. Sin embargo, Lugard extendió el gobierno islámico de los fulbe a pueblos no islámicos; los alemanes de África oriental contaron con los agentes de la costa, y hasta los franceses buscaron aliados musulmanes en África occidental en el periodo de entreguerras, sobre todo entre las poderosas hermandades senegalesas. Es más, el cambio colonial fomentó la expansión del islam. La necesidad de reconstrucción social tras la conquista popularizó las cofradías Mourid y dio lugar a conversiones en masa entre los yao de África central y los yoruba de Ijebu. Muchos esclavos manumitidos parecen haberse convertido al islam para afirmar su nueva identidad. El éxodo laboral exponía a muchos campesinos a la cultura urbana islámica. Los jola de Senegal tuvieron sus primeros contactos con el islam a través de los cacahuetes y las camionetas, pero los maestros musulmanes tomaron el relevo, porque se recurrió al proselitismo deliberado para la difusión; la cofradía Qadiriya de África oriental es un buen ejemplo. Como el islam era una cultura compleja, se adoptó de forma ecléctica. El Gran Dios podía ser identificado con Alá, mientras que se demonizaba a los espíritus inferiores incluyéndolos en la categoría de *djinn.* Mientras que los cristianos insistían en la salvación, los musulmanes ofrecían la adivinación y la magia protectora. El oráculo yoruba ifa, por ejemplo, fue reemplazado por el *hati* islámico, con la diferencia de que el adivino musulmán consultaba un libro, en lugar de los textos memorizados, y aconsejaba la caridad en lugar del sacrificio. Los textos escritos del islam fueron limando el eclecticismo y fomentaron la profundización en la fe. Su principal agente en África del Norte fue el movimiento modernizador Salafiyya, que actuaba desde El Cairo y creó escuelas independientes a través de todo el Magreb en el periodo de entreguerras, educando a toda una generación de futuros nacionalistas. Llegó a África occidental tras 1945, aunque hubo iniciativas más tempranas, emprendidas por asociaciones de enseñanza locales y cofradías como la Tijaniyya reformada.

Antes de 1950, muchos africanos recurrían a prácticas religiosas indígenas. Como carecían de instituciones y textos escritos, sólo obtenemos atisbos de su resistencia al impacto colonial analizando la Rebelión Maji Maji inspirada por Kinjikitile, la coordinación de la Guerra del Impuesto por Chozas llevada a cabo por la sociedad poro, o el acoso a los catequistas y los escolares de las aldeas en la sociedad niau. En 1931 los sacerdotes de Dahomey aún conservaban sus funciones intac-

tas, una generación después de la destrucción del reino. Pero las religiones indígenas, que durante mucho tiempo habían sido los elementos más dúctiles de las culturas africanas, no se limitaron a resistir. Muchas inventaron profecías de hombres blancos que llevaron a cabo más fácilmente la conquista porque estaba prevista. El culto territorial de Muari consideraba a los colonos blancos de Rodesia del Sur los hijos de la hermana de Muari. El mártir Mbona adoptó los rasgos típicos de Jesús. Los cultos de la aflicción domesticaron a las fuerzas del cambio incorporándolas como espíritus posesivos. Los lugares de culto y las medicinas proliferaron con la creciente movilidad y las nuevas tensiones de la época. Muchos cultos adoptaron elementos europeos. En el Congo, por ejemplo, utilizaron tanto la Sagrada Comunión como la cirugía en las terribles pruebas ideadas para demostrar acusaciones de brujería, mientras que los fang de Gabón, en una época de despoblamiento masivo antes de la Primera Guerra Mundial, crearon el culto a Buiti para revitalizar su sociedad sintetizando sus creencias y símbolos en un marco institucional que tenía como modelo una Iglesia cristiana.

Sin embargo, pese a esa creativa vitalidad, las religiones indígenas se hallaban por lo general en decadencia. En 1913, un cristiano plantaba árboles de cacao en unas tierras antes sagradas de Arochukwu. La decadencia se debía en algunos lugares a la desaprobación oficial (en 1933 fueron depuestos todos los jefes de Burundi que llevaban a cabo ritos indígenas) y a la rivalidad entre musulmanes y cristianos, pero también a la movilidad personal y al cambio comercial, ya que las religiones indígenas eran religiones comunitarias que sólo tenían sentido en un entorno local. Lo normal, por consiguiente, era que ciertos rituales decayeran, mientras que la fe en un Gran Dios, la magia y la brujería incluso se fortalecían. Probablemente, los africanos siempre creyeran en la brujería cuando las condiciones metereológicas empeoraban, pero la alarma se disparó durante el periodo colonial, no sólo por la decadencia de las religiones indígenas, sino también por la movilidad creciente, los nuevos aires sociales, y en especial, la negativa de los gobiernos europeos a tomarse en serio la brujería y su insistencia en perseguir, no sólo a supuestas brujas, sino asimismo a quienes intentaban identificarlas. Los africanos eludieron esas leyes coloniales multiplicando las, hasta entonces escasas, cazas de brujas y administrando medicamentos a todas las comunidades que las hacían invulnerables a la brujería y mataban a cualquiera que, habiéndola bebido, practicase hechizos. Estos movimientos, que

solían ser milenaristas y anticoloniales, fueron tan característicos del periodo colonial como el propio cristianismo.

El cambio político

La educación occidental transformó la política africana. El crecimiento político se centraba, en 1918, en el norte. Los nacionalistas de Egipto, derrotados en 1882, levantaron cabeza antes de la Primera Guerra Mundial y, en 1918, enviaron a la Conferencia de Paz una delegación pidiendo la independencia. Al ser desairados, los terratenientes y juristas, encabezados por Saad Zaghlul, fundaron un partido, el Wafd (Delegación), y buscaron el apoyo de los jeques de las aldeas. Cuando los británicos deportaron a Zaghlul, se desencadenó la violencia en el campo. Intentando evitar una represión prolongada, los británicos cedieron el gobierno a los conservadores egipcios, proclamando la independencia de Egipto en 1922, aunque reservándose ciertos «derechos» de intervención para asegurarse el uso del canal de Suez, defender Egipto, proteger los intereses extranjeros y mantener la integridad de Sudán. Al igual que en las descolonizaciones posteriores, los británicos fallaron en la elección de sus sucesores, ya que el Wafd ganó en 1924 las primeras elecciones. Sin embargo, cuando intentaron forzar la expulsión de los británicos llamando a la agitación popular, estos obligaron al rey a disolver el gobierno. Pero lo único que consiguieron fue que el Wafd volviera a ganar las elecciones. Este ciclo debilitador se cumplió tres veces entre 1922 y 1952. Tanto el Wafd como la monarquía se volvieron más conservadores y más corruptos. Los manejos de la política radical sacaron a las calles al Partido Comunista y a la Hermandad Musulmana, el primer movimiento fundamentalista de África del Norte, fundado por Hasan al-Banna en 1928. El crecimiento de la población y la acumulación de tierras por parte de los ricos llevaron a los campesinos al desempleo urbano. Pese a cierto desarrollo industrial, la renta nacional *per capita* egipcia cayó casi un 20 por 100 entre la década de 1900 y 1945.

No obstante, Egipto fue un modelo para los primeros nacionalistas del Magreb. En Túnez, hubo una elite modernizadora, antes de la ocupación francesa, que resurgió en 1907 bajo el nombre de Jóvenes Tunecinos; estos defendían la asimilación en el sistema político francés. Al

negárseles voz en las negociaciones de paz, algunos crearon el Partido Destour (Constitución) en 1920, con miras a frenar la autocracia formal del bey a través de la cual gobernaban los franceses. La negativa del partido a sacar provecho de la desazón popular exasperó a ciertos jóvenes con educación europea y dio lugar a una política extremista entre las capas más bajas de población y en las pequeñas ciudades. Encabezados por Habib Burguiba, crearon el Neo-Destour en 1930, el primer auténtico partido nacionalista de África, cuyo objetivo era la independencia. En 1937 tenía unas 400 oficinas, con 28.000 activistas y posiblemente unos 400.000 miembros. Frustrado por la represión y la oposición de los colonos, a comienzos de la década de 1950 se deslizaba hacia la violencia terrorista.

Marruecos y Argelia eran territorios más fragmentados que carecían de elites precoloniales con educación moderna. En Marruecos, los antiguos grupos estudiantiles de la burguesía urbana crearon el Partido Istiqlal (Independencia) en 1943, que fue eclipsado por la política del rey Mohammed V (cuyo exilio impuesto por los franceses en 1953 le convirtió en mártir) y por los caudillos bereberes y los grupos guerrilleros de las montañas. En Argelia, el nacionalismo constitucional también era sólo una tendencia política. A sus representantes, los Jeunes Algériens (Jóvenes Argelinos), se les negó la asimilación por la oposición de los colonos antes de la Primera Guerra Mundial. La política musulmana estaba entonces fragmentada. En la política electoral, las elites occidentalizadas hicieron el papel de minoría. Los musulmanes modernizadores se unieron, creando un sistema de enseñanza independiente. En 1926 se formó entre los trabajadores argelinos en Francia una organización populista, la Étoile Nord-Áfricaine (Estrella Norteafricana), que se infiltró en Argelia en 1934. Cuando el fraude electoral de las autoridades dio al traste con las reformas constitucionales de 1947 que les aseguraba la mitad de los escaños en la Asamblea argelina, los jóvenes militantes se lanzaron a la insurrección que había de liberar a Argelia en 1954.

A las colonias italianas, en cambio, la Segunda Guerra Mundial les trajo la independencia. Incapaces de ponerse de acuerdo sobre quién había de controlar Libia, las Naciones Unidas reconocieron su independencia en 1951 y el gobierno se la entregó al rey Idris, líder hereditario de la cofradía Sanusi, muy sometido a la influencia occidental. En 1949, Somalia volvió a ser «protectorado» italiano durante un pe-

riodo de 10 años, pero Eritrea se unió a Etiopía en 1952, en contra del parecer de muchos eritreos. En cierto modo, la Segunda Guerra Mundial fue importante para Etiopía. Pese a las iniciativas modernizadoras de Menelik, su defunción, en 1913, fue la chispa que disparó una guerra sucesoria. El vencedor, Haile Selassie (1916-1974), prosiguió la centralización y modernización de Menelik, pero sus fuerzas estaban sólo ligeramente armadas y divididas en bandos aristocráticos que no pudieron evitar que, en 1935, les conquistaran 500.000 soldados italianos, aunque la guerrilla mantuvo grandes zonas rurales fuera del control de los europeos. Cuando los británicos restauraron en 1941 a Haile Selassie, este aprovechó para deshacerse de sus enemigos que habían colaborado con los italianos, suprimir los ejércitos provinciales, derrotar las revueltas regionales, crear una burocracia asalariada e instaurar impuestos directos individualizados. Fue un periodo capital en la creación del Estado etíope moderno.

Como muchas de las colonias tropicales eran meras creaciones europeas, no contaban con las elites precoloniales de África del Norte. En cambio, modernizaron a otros dos niveles. Muchos africanos se centraron en resolver los problemas locales: defender sus pequeños territorios contra la intrusión europea, incrementar su prosperidad y atender a su progreso personal. A comienzos del siglo XX, maestros, funcionarios, clérigos, comerciantes y agricultores formaron innumerables asociaciones locales «en pro del desarrollo de nuestro país, y con la meta de buscar un sistema más fácil de aplicar la civilización en beneficio mutuo»[19]. En muchos casos, esas asociaciones fomentaron identidades tribales. Los africanos precoloniales tenían diversas identidades. Podían pertenecer a linajes, clanes, aldeas, ciudades, jefaturas tribales, grupos lingüísticos, Estados y a casi todas las combinaciones posibles entre estos últimos. Las identidades se solapaban, ya que gentes que hablaban la misma lengua podían pertenecer a diferentes unidades políticas, mientras que la gente de una jefatura tribal podía hablar lenguas diversas. Era un orden social inmensamente complejo. Los individuos o los procesos sociales lo simplificaban periódicamente haciendo hincapié en una identidad dominante. Por ejemplo, Ewuare el Grande de Benín decretó que sus súbditos llevasen las marcas faciales distintivas de Benín. Los

---

[19] Petición de la Bukoba Bahaya Union, 13 de julio de 1924, en R. A. Austen, *Northwest Tanzania under German and British Rule,* New Haven, 1968, p. 165.

pobladores de la costa de África oriental daban a los mercaderes y porteadores procedentes del oeste una nueva identidad, la de «niamuezi» («gente de la luna»). Las circunstancias coloniales también podían acentuar una identidad preexistente que los europeos denominaban tribal, e incluso la creaban de ser necesario. Algunos gobiernos utilizaron las identidades tribales para crear divisiones entre sus súbditos; así, por ejemplo, los británicos en el sur de Sudán y los franceses en Marruecos. Más frecuentemente recurrieron a las identidades tribales para establecer los límites entre tribus con fines administrativos, sobre todo bajo el gobierno indirecto. A veces las diferencias étnicas se expresaban en términos raciales, sobre todo en Ruanda y Burundi, donde los europeos consideraban superiores a los tutsi reforzando su dominio sobre los hutu, mucho más numerosos y destruyendo el fundamento militar del prestigio de los tutsi. Los misioneros también contribuyeron, intentando reducir los innumerables dialectos a unas pocas lenguas escritas, cada una de las cuales definía (supuestamente) una tribu. De ese modo se formaron las «tribus» yoruba, igbo, eue, shona y muchas más. Esa labor lingüística fue complementada por intelectuales africanos que tradujeron mucho, formaron parte del personal de las iglesias y escuelas primarias que propagó las lenguas de las tribus, recogieron las tradiciones que componían los relatos tribales y expusieron la costumbre en la que se basaban sus leyes. Algunos intelectuales inventaron nuevas tribus, como la de los abaluyia del oeste de Kenia. Otros hicieron campaña por la elección de jefes destacados que fomentasen la unidad y el progreso entre grupos previamente divididos, o bien abogaron por la reunificación de los eue, los congo, los somalíes y demás pueblos divididos por el trazado de las fronteras coloniales. Pero esta identidad tribal no fue sólo obra de los intelectuales. «Las tribus modernas nacieron, por lo general, camino al trabajo»[20], ya que los trabajadores emigrantes necesitaban grupos solidarios y una forma de clasificar a otros pueblos de las ciudades que destacase las diferencias en el acceso al cambio colonial. Un habitante de la ciudad recordó: «Solían decir que éramos caníbales, y que no formábamos una tribu. Por consiguiente, los demás intelectuales y yo mismo organizamos una especie de federación en Abiyán, en la que incluimos a toda la gente de nuestras aldeas y de las zonas

[20] J. M. Lonsdale, en *CHA,* vol. VI, p. 758.

circundantes que hablaban poco más o menos la misma lengua»[21]. La importancia concedida a identidades mayores en lugar de menores, la creciente competencia por los recursos, la integración de las economías locales en los mercados nacionales y la penetración del Estado en los asuntos del campo: todo fomentó la rivalidad étnica.

De modo que la mayoría de los africanos del siglo XX sólo entendían la política a nivel local. Muchos intelectuales locales estaban deseosos de colaborar con los jefes hereditarios para defender sus comarcas y progresar. Los leuanika de Bulozi convirtieron a un joven cristiano en primer ministro en 1898, y las personas cultas trabajaban en pro de la monarquía. Pero estas alianzas se debilitaron en el periodo de entreguerras, cuando los gobiernos coloniales, alarmados por el nacionalismo, recurrieron a dirigentes hereditarios para acabar con las elites nacientes. En Nyasalandia y Rodesia del Norte, por ejemplo, los gobiernos desincentivaron la formación de las asociaciones indígenas a través de las cuales los miembros más instruidos de las tribus intentaban fomentar el desarrollo local, insistiendo en que todas las iniciativas tenían que partir de los jefes o gestionarse por mediación suya. Todo esto dificultó la implementación de políticas agrarias. Al Consejo Nacional de Basutolandia, controlado por los jefes, se opuso desde 1919 un Consejo de Comunes, inspirado, en parte, en el Partido Comunista de Sudáfrica:

> Los jefes de Basutolandia han progresado a expensas de los basutos pobres. Los jefes son recaudadores de impuestos, y la gente de a pie les paga. Los jefes recorren el país en grandes cochazos y no tienen el menor contacto con los campesinos. Por consiguiente, han perdido la confianza del pueblo, pero no lo ven[22].

Los campesinos cultivadores de algodón, los jefes de los clanes, excluidos del poder, y sus propios hijos se rebelaron, en la década de 1920, contra los jefes cristianos de Buganda, a quienes consideraban terratenientes explotadores que impedían el progreso. Aunque los británicos sustituyeron a sir Apolo Kaggua y sus coetáneos por hombres más jó-

---

[21] Séry Koré (1959), cit. en A. R. Zolberg, *One-party Government in the Ivory Coast,* Princeton, 1964, p. 64.

[22] Keable 'Mote, en *Ikwezi le Afrika,* 18 de abril de 1931, reeditado en R. Edgar (ed.), *Prophets with Honour: A Documentary History of Lekhotla la Bafo,* Johannesburgo, s.f., pp. 169-170.

venes, hubo serios disturbios en Buganda en 1945 y 1949. Los intentos por parte del gobierno de contentar a los críticos tuvieron poco éxito. En Kenia, por ejemplo, muchos de los cristianos que formaron las asociaciones de los Jóvenes Kikuyu y de los Jóvenes Kavirondo, tras 1918, eran jefes o consejeros indígenas locales en 1939. Otros siguieron expresando su descontento a través de la Asociación Central Kikuyu, el cuerpo político africano más activo en el campo durante el periodo de entreguerras, que contaba con unos 600 o 700 miembros activos.

En el África tropical de aquella época, la política también se vivía básicamente a nivel local. En 1914, los ciudadanos franceses africanos de las ciudades costeras de Senegal eligieron a su primer representante africano en la Asamblea Nacional francesa, Blaise Diagne. Dahomey también tuvo una elite política muy dinámica entre ambas guerras mundiales pero, al igual que otros gobernantes coloniales, los franceses intentaron evitar que los políticos de las ciudades contaran con el apoyo la gente del campo, por lo que los hombres instruidos de sus otras colonias africanas sólo pudieron expresarse políticamente antes de 1945, sobre todo como estudiantes en Francia, donde se sintieron atraídos por las nociones de *négritude* propuestas por los intelectuales del Caribe. Algo parecido ocurrió en las colonias portuguesas, cuando el dictador António Salazar, que gobernaba el país desde 1928, suprimió los grupos políticos urbanos, que menudeaban entre los pueblos de raza mixta. El Congo Belga careció de actividad política moderna. En el África británica, la política supratribal se centró en las elites comerciales y profesionales de la Costa occidental que, en 1920, crearon el Congreso Nacional del África occidental Británica (CNAOB) con ramificaciones en Costa de Oro, Nigeria, Sierra Leona y Gambia. El Congreso exigió poder elegir a algunos miembros de los cuerpos legislativos territoriales, y lo logró en las ciudades de la costa durante la década de 1920. El brillante Herbert Macaulay, «el Napoleón de la política nigeriana», creó el Partido Nigeriano Nacional Democrático que obtuvo amplio apoyo entre los jefes, las asociaciones musulmanas, los gremios y las mujeres de Lagos. El CNAOB contribuyó asimismo, en 1925, a inspirar a la Unión de Estudiantes del Oeste Africano, que en Londres introdujo a muchos jóvenes africanos en la política panafricana. Este foco de resistencia del oeste africano fue muy conocido entre los radicales, que opinaban que el pueblo de una sola colonia no podría derrotar al Imperio británico. Como escribió Nnamdi Azikiue en 1938: «Mientras

pensemos en términos de Nigeria, Costa de Oro, Sierra Leona o Gambia, en vez de en un África occidental unida, tendremos que contentarnos con una dictadura colonial»[23].

Era lógico que los africanos se centrasen en su localidad, su región, su continente o su raza, ya que las fronteras territoriales y las identidades eran creaciones coloniales que difícilmente podrían ser criterios válidos para futuros Estados. La acción política a nivel territorial, como la del norte de África, fue, por tanto, poco frecuente entre los africanos del trópico antes de 1939. Se dio allí donde la colonia coincidía con un reino precolonial, como en Basutolandia, Ruanda o Burundi. Algunos intelectuales fundaron en el norte de Sudán el Congreso General de Licenciados, en 1938, si bien muchos de ellos deseaban la unión con Egipto. Hubo una acción política embrionaria en Tanganica debida a que el hecho de que el territorio fuera una excolonia alemana favoreció la creación de una identidad separada, y el uso generalizado de la lengua suajili permitió a una organización de elite, la Asociación Africana de 1929, extenderse por todo el país. La Asociación Central Kikuyu emprendió la ofensiva política para solucionar el problema de las tierras en Kenia. Antes de ser proscrita, en 1940, exigió representación en el Consejo Legislativo y coordinó la protesta con los demás cuerpos locales hasta que la proscribieron. En 1936, ciertos jóvenes nigerianos, muy críticos con Macaulay, crearon el Movimiento Juvenil Nigeriano, que aspiraba a una «autonomía completa dentro del Imperio británico» y «al desarrollo de una nación unida a partir del conjunto de pueblos que habitan Nigeria»[24]: el primer programa nacionalista auténtico de África tropical. En 1938, el movimiento aseguraba poseer unas 20 sucursales y 10.000 miembros, pero tres años después se escindió entre los yoruba y los igbo. En aquel tiempo, los funcionarios británicos no creían que el nacionalismo fuera a suponer el mismo tipo de amenaza en África que en la India, dado que consideraban a las colonias africanas meras «unidades geográficas».

Fue la guerra la que impulsó a la política africana hacia el nacionalismo territorial. Como afirmaba el Movimiento Juvenil Nigeriano, el

[23] *West African Pilot,* 21 de julio de 1938, cit. en J. S. Coleman, *Nigeria: Background to Nationalism,* Berkeley, 1963, p. 222.

[24] Nigerian Youth Movement, *Youth Charter and Rules,* Lagos [1938], Colonial Office 583/234/15/1/ reservas, The National Archive, Londres.

nacionalismo no era sólo oposición al gobierno europeo; era el deseo y el intento de crear Estados nacionales como los de Europa y América, que dominaban el mundo. Los nacionalistas no sólo tenían que adquirir poder estatal, sino formar al pueblo para que constituyese una nación, tarea sumamente difícil en África, donde no se hablaba una lengua común: uno de los elementos clave de la nacionalidad. No todos los soldados reclutados para ir a la guerra cobraron mayor conciencia política; la mayoría se dieron por satisfechos con regresar tranquilamente a la vida civil. Más importante fue el impacto de los periodos de escasez, de la inflación y de la represión de la población civil. La creciente conciencia de los sucesos mundiales y los controles en tiempo de guerra agravaron el descontento con los gobiernos territoriales. El jurista J. B. Danquah escribía en 1943: «Cuando digo "nosotros", me refiero a Costa de Oro. No me refiero a los hombres de piel oscura; no me refiero a los negros. No es en absoluto una cuestión de raza»[25]. Danquah fue el principal beneficiario del cambio constitucional limitado que tuvo lugar durante la guerra y otorgó al Consejo Legislativo de Costa de Oro una mayoría no oficial.

Pero las naciones europeas seguían necesitando a las colonias para la reconstrucción de posguerra. En la Conferencia de Brazzaville de 1944 Francia rechazó el autogobierno colonial. A cambio se concedía representación electoral a todas y cada una de las colonias en la Asamblea Nacional francesa. Gran Bretaña también necesitaba los recursos de sus colonias y ofreció concesiones a las elites modernas, tanto a los colonos blancos de África oriental y central como los a nacionalistas negros de África occidental. En mayo de 1947, un comité de la Oficina Colonial que informaba sobre el caos de la descolonización india instó a la formación de grandes colonias africanas que adoptaran la forma de Estados viables y mantuvieran relaciones amistosas con Londres en el seno de la Commonwealth. El comité advertía:

> Los acontecimientos han dado alas a ciertas aspiraciones [...] Podemos dar por sentado que, dentro de una generación, muchos de los territorios del Imperio colonial aspirarán a asumir la plena responsabilidad de sus asuntos locales [...] A menos que se pueda diseñar una

[25] Citado en A. G. Hopkins, «Economic Aspects of Political Movements in Nigeria and in the Gold Coast 1918-1939», *JAH* 7 (1966), p. 151, n. 99.

> maquinaria que cree redes de consulta donde hoy hay redes de control, el peligro de que se disuelva la parte colonial de la Commonwealth británica, es real[26].

Aunque las autoridades locales no cumplieron plenamente su cometido, los «eslabones de consulta» se concretarían, en el África Británica, en la elección de consejos legislativos.

La representación de las elites locales fue la mayor innovación de la posguerra en el África occidental francesa y británica ya que, para hacer frente a las elecciones territoriales, las elites políticas cambiaron su perspectiva racial por una nacionalista e intentaron convencer a los votantes de que podrían satisfacer sus aspiraciones locales apoyando a los partidos nacionalistas. El nacionalismo (no confundir con el anticolonialismo) de África occidental fue una respuesta a las elecciones. Costa de Marfil nos da la pauta del proceso: en 1944, los cultivadores de cacao y café fundaron el Syndicat Agricole Áfricain (Sindicato Agrícola Africano) pensado, sobre todo, para acabar con el trabajo forzado. Lo encabezaba un médico colono llamado Félix Houphouët-Boigny. En las primeras elecciones legislativas de 1945, el sindicato apoyó a Houphouët-Boigny, elegido representante en la Asamblea de París, desde donde consiguió la abolición del trabajo forzado y se alió con otros representantes de África occidental para formar un partido nacionalista denominado Rassemblement Démocratique Áfricain (Grupo Democrático Africano). El nuevo sistema electoral también transformó la política en Senegal (donde los ciudadanos franceses tenían derecho al voto desde hacía tiempo), pues la extensión del voto permitió a las elites rurales elegir diputados como Léopold Sédar Senghor, que creó un partido nacional para quebrar el monopolio urbano en la política moderna.

Decisivas fueron también las elecciones en el África occidental Británica. En Costa de Oro, la Constitución Burns de 1946 creó una mayoría no oficial y parcialmente electa en el Consejo Legislativo. J. B. Danquah y sus amigos profesionales crearon el primer partido nacionalista de la colonia, la United Gold Coast Convention (Convención de

---

[26] Informe del Colonial Office Agenda Committee, 22 de mayo de 1947, en R. Hyam (ed.), *The Labour Government and the End of Empire, 1945-1951*, 4 vols., Londres, 1992, vol. I, pp. 199-201.

Costa de Oro), que participó en las elecciones y encargó a un joven panafricanista, Kuame Nkrumah, que lo organizase. Pero cuando el descontento económico provocó disturbios en 1948 y los británicos aceleraron el progreso constitucional, los nacionalistas se dividieron y Nkrumah formó el Convention People's Party (CPP, Convención Popular), más radical. En cambio, Sierra Leona siguió el modelo senegalés de «revolución verde» de la mano de políticos de tierra adentro encabezados por un médico local, Milton Margai, que desbancaron a la elite krio en Freetown. En Nigeria, la Constitución Richards de 1946 creó unas mayorías no oficiales y no electas en el Consejo Legislativo y en los tres nuevos parlamentos regionales del norte, este y oeste. Cuando se convocaron elecciones en 1951, el temor al Consejo Nacional de Nigeria y Camerún, encabezado por los igbo, llevó a los políticos del oeste y del norte a crear partidos regionales, el Grupo de Acción y el Congreso del Pueblo del Norte.

Las elecciones no formaban parte de la estrategia de la posguerra británica en África oriental, pues consideraban que los africanos aún no estaban maduros para competir con los colonos blancos, sobre todo en Kenia. Pero los políticos de África oriental se fijaban en los modelos de acción nacionalista en otras partes y en la organización territorial de europeos y asiáticos. Cuando el primer africano fue nombrado miembro del Consejo Legislativo de Kenia, en 1944, los africanos instruidos formaron una Unión Africana de Kenia para apoyarle. Pero ciertos radicales, menos instruidos, les negaron su apoyo político y no deseaban hallar una solución al lacerante problema de las tierras de los kikuyu. Se escindieron y prepararon una insurrección armada que la represión británica de 1952 convirtió en una guerra de guerrillas contra los mau mau, que luchaban desde sus refugios en la selva. En Tanganica, el miedo de los africanos a la dominación de los colonos, añadido al ejemplo del CPP, condujo, en 1954, a la conversión de la African Association (Asociación Africana), de difusión territorial, en un partido nacionalista, la African National Union (Unión Nacional Africana), de Tanganica. En Uganda, el descontento social que en principio se dirigía contra la oligarquía bugandesa, llegó a crear, en 1948, una organización nacional de cultivadores de productos agrícolas, la Uganda African Farmers Union (Unión de Granjeros Africanos de Uganda) que, en 1952, se convirtió en un partido político, el Uganda National Congress (Congreso Nacional de Uganda). Pero el proceso se abortó en 1953, cuando

los británicos deportaron al Kabaka de Buganda por oponerse a la incorporación de su reino a Uganda. La resistencia de los ganda a unirse en un patriotismo tribal imposibilitó el surgimiento de un nacionalismo ugandés. En Zanzíbar, los miembros más jóvenes de la clase gobernante árabe intentaron contrarrestar el nacionalismo africano creando su propio Partido Nacionalista de Zanzíbar, en 1956.

En África central, el deseo de los británicos de crear Estados sucesores viables llevó en 1953 a la creación de la federación entre Rodesia del Norte y del Sur y Nyasalandia, pensada para hacer frente a los recelos y ambiciones de los colonos blancos pero, sobre todo, para evitar que se uniesen a la República Sudafricana dominada por los afrikáneres en una alianza que podría fomentar lo que un documento gubernamental británico denominaba «terribles guerras [...] entre un África oriental gobernada por blancos y un África occidental gobernada por negros»[27]. Para evitarlo, los británicos desautorizaron la oposición de los africanos, que respondieron ampliando el Congreso Africano de Nyasalandia (federación de asociaciones locales de indígenas creada en 1944) y el Congreso de Rodesia del Norte (un cuerpo similar fundado en 1948) hasta convertirles en nacientes movimientos nacionalistas. En Rodesia del Sur, donde la federación brindaba muchas más oportunidades políticas, los primeros movimientos importantes fueron la Liga Juvenil de 1955 y el Congreso Nacional Africano de 1957, que seguían modelos sudafricanos.

La familia

Al hilo de la política, el cambio colonial fue penetrando en la vida diaria. Los jóvenes obtuvieron más libertades en el seno de la familia, pero aún había restricciones y conflictos. En el primer periodo colonial se originó una intensa pugna por controlar el trabajo de los jóvenes cuando se prohibió la esclavitud, se incrementaron las demandas coloniales, se comercializó la agricultura y menguaba la población. Un jefe en el Sudán francés cavilaba: «¿Qué tenemos que hacer nosotros, los "antiguos amos"? Trabajar y hacer que nuestros hijos trabajen». Ciertos

[27] Gordon Walker, memorándum del gabinete, 16 de abril de 1951, en *ibid.,* vol. IV, p. 311.

cambios coloniales reforzaron la posición de las personas mayores. La posibilidad de los ricos de legar la propiedad absoluta de tierras, o una plantación de café, o su capacidad para pagar las matrículas escolares o el precio de una novia, permitía a los padres prósperos retener a sus hijos en el seno de unos hogares complejos, mientras que las casas de los pobres se fragmentaban. Los jóvenes perdieron el poder que les había deparado la violencia, aunque la instrucción les procuró acceso a un mundo más variado que el de sus padres y, a veces, les permitió librarse de la dura disciplina de los sistemas de iniciación. La autoafirmación de la juventud, que durante tanto tiempo fue una fuerza muy dinámica en las sociedades africanas polígamas, halló nueva expresión en las Iglesias cristianas, en las sociedades de danza, en los clubes de fútbol y en asociaciones políticas como el Movimiento Juvenil Nigeriano. Muchos de los conflictos se centraron en la antigua pugna generacional por las mujeres. El éxodo laboral y el empleo asalariado confirieron a los jóvenes una nueva libertad económica y les hacía mayores de edad antes, pues podían abonar el precio a pagar por una novia o incluso los impuestos exigidos a sus padres. Los viejos respondieron utilizando su control sobre las hijas casaderas para sacarles las pagas a los emigrantes, o exigiendo que el precio de la novia se abonase en bienes de prestigio cuyo valor iba más allá del dinero, si bien el valor real de la novia se calculaba de acuerdo a la inflación. Al evitar la monetarización de la dote de la novia y de las tierras, los patriarcas mossi logaron mantener su dominio a lo largo de todo el periodo colonial, pese a su dependencia del trabajo emigrante para mantener sus tierras, densamente pobladas. Hay indicios de que la educación, la emigración de la mano de obra y el aumento de la dote de la novia elevaron en determinadas zonas el promedio de edad de los hombres que contraían matrimonio por primera vez. Pero gran número de datos también indican que ese promedio en general descendió, a causa, sobre todo, del acceso al trabajo asalariado.

Por lo que respecta a las mujeres, no parece que se casaran a edades más tempranas; contraían matrimonio más tarde debido a la escolarización. En general su vida cambió poco, ya que la mayoría de las mujeres del periodo colonial siguieron casándose en cuanto alcanzaban la madurez sexual. De hecho, el problema que planteaban las relaciones maritales y familiares era su resistencia a renunciar a su antigua tradición por imposición de los colonizadores, unida a lo fácilmente que absorbían los cambios y su diversidad. Según un proverbio liberiano: «El árbol de

la familia se inclina, pero no se rompe». Las novelitas rosa podían seguir insistiendo en el amor romántico y las cortes coloniales dando importancia al libre consentimiento, pero el matrimonio seguía constituyendo un aspecto de la estrategia familiar más que una cuestión meramente privada. Según un estudio realizado en tierras de los yoruba entre mujeres que habían contraído matrimonio antes de 1960, la mayoría de los matrimonios habían sido de conveniencia y todas decían haberse casado vírgenes[28]. Incluso los cristianos defendían el pago de la dote, tanto los novios como los padres. Sólo una minoría practicaba el matrimonio cristiano, desechado por su intolerancia hacia la poligamia y el divorcio. Mientras los harenes de los jefes fueron desapareciendo poco a poco, la «poligamia de la clase media» probablemente se extendiera entre quienes buscaban trabajo a comienzos del periodo colonial en el oeste africano, donde más del 40 por 100 de las mujeres mantenían uniones polígamas cuando acabó el gobierno colonial. En el norte de África, en cambio, la poligamia fue decayendo (datos franceses sugieren que el 16 por 100 de los maridos argelinos eran polígamos en 1886, mientras que sólo el 3 por 100 lo era en 1948) y lo mismo sucedía en África central y oriental, donde la proporción de mujeres polígamas cayó de manera significativa al 20 o el 30 por 100 a raíz de la independencia, debido principalmente al éxodo laboral, a la escasez de tierras y a las elevadas dotes en ganado. El matriarcado mostraba asimismo mucha elasticidad. En las sociedades matriarcales, los padres podían sentirse ofendidos por su imposibilidad de transmitir las plantaciones de cacao o las compañías comerciales a los hijos que habían trabajado en ellas, y algunos dividieron sus derechos de propiedad entre hijos y sobrinos, si bien la herencia por vía matrilineal continuó siendo la norma, pues nadie estaba dispuesto a renunciar a los derechos transmitidos por vía materna.

Para las mujeres, el cambio colonial fue menos liberador que para los jóvenes. Las mujeres, claro está, tenían experiencias muy diversas, pues no constituían un mundo homogéneo, pero muchas de ellas salieron perdiendo con el cambio económico. Las esclavas encontraban dificultades para liberarse y el trabajo de los esclavos manumitidos recayó en muchos casos en las mujeres. Los hombres recibieron de ordinario la mayoría de los ingresos provenientes de la venta de las cosechas, mien-

[28] E. P. Renne, *Population and progress in a Yoruba Town,* Edimburgo, 2003, p. 75.

tras que las mujeres llevaron a cabo parte del trabajo extra. Muchas mujeres se beneficiaron de la expansión de los mercados de productos alimenticios, pero pocas consiguieron la propiedad de las tierras o el ganado. La emigración procuró a los hombres dinero en metálico y experiencia, mientras las mujeres se encargaban de cultivar los alimentos para el consumo y la crianza de los hijos, que suponían una pesada carga donde la población estaba creciendo. Cuando el marido emigrante estaba mal pagado, tal vez la mujer tuviera que realizar trabajo ocasional asalariado. Las mujeres de África occidental mantuvieron sus puestos en el comercio, pero la mayor parte de las nuevas oportunidades económicas beneficiaron a los hombres, mientras que las mujeres acabaron «terciarizadas» en el servicio doméstico, o fueron reducidas a la prostitución en las ciudades dominadas por jóvenes solteros. Las mujeres también desempeñaron algún papel político en el orden colonial, mientras que los hombres, deshonrados por el gobierno europeo, reaccionaron a veces tratando cruelmente a sus mujeres, sobre todo en África del Sur, donde históricamente se había proclamado la supremacía masculina y la opresión de los europeos fue mayor. Probablemente decayeran los ritos de iniciación masculinos, pero ambos sexos consideraron una cuestión de honor conservar los ritos femeninos.

Puede que las mujeres se beneficiaran del cambio religioso y educativo. En las primeras tres cuartas partes del siglo XX, la situación de las mujeres mejoró en el norte de África, sobre todo gracias a la educación. La primera asociación feminista de Egipto se formó en 1920 y las clases medias urbanas rivalizaban con las de Túnez por ser las más emancipadas del mundo islámico, aunque las mujeres menos instruidas siguieron sufriendo la injusticia de la falta de oportunidades, de empleo y de derechos sobre las escasas tierras. El impacto del islam en África tropical fue ambiguo ya que, aunque otorgó a las mujeres protección y cobertura legal, esa cobertura a veces fue más restrictiva que antes. El caso extremo fue Nigeria del Norte, donde el confinamiento de las mujeres, hasta entonces una costumbre de las familias de notables, se convirtió en un derecho para todo el que se lo podía permitir. Para las mujeres suponía sustituir los penosos trabajos agrícolas por la sumisión total. El cristianismo también tuvo efectos ambivalentes, ya que hizo más difícil el divorcio para las mujeres y mayores los riesgos de una viudedad sin asistencia, pero elevó la edad para contraer matrimonio, ensanchó sus horizontes y les facilitó acceso al empleo. En resumidas cuentas, las

relaciones familiares demuestran claramente que el África del siglo XX es una síntesis de continuidad y cambio.

Sanidad y demografía

Las catástrofes naturales de comienzos del periodo colonial se suavizaron en la década de 1920. Las lluvias en la sabana tropical fueron aumentando paulatinamente hasta alcanzar un pico en torno a 1960. Esta fue una de las razones por las que África dejó de padecer hambrunas desde mediados de la década de 1920, pero no fue la única. En ciertas regiones, las hambrunas localizadas causaron muchas muertes, por ejemplo en Ruanda en 1928, en Níger en 1931, en Etiopía en diversas ocasiones, y con mayor frecuencia a lo largo de la Segunda Guerra Mundial. Todas esas hambrunas fueron consecuencia de la sequía; pero la mortandad se debió a la ausencia de medidas para prevenirla o a que esas medidas, generalizadas en África colonial entre ambas guerras, fallaron. Lo más importante fue el transporte a motor, que no sólo expandió el comercio de grano, sino que permitió transportar alimentos cuando la sequía impedía viajar a hombres y animales de tracción. La falta de carreteras hizo que Etiopía fuese excepcionalmente vulnerable, y la «escasez de camiones» exacerbó la crisis en tiempos de guerra. El desastre de Níger en 1931 se debió, sobre todo, a la negativa de su gobierno a reconocer la hambruna y recabar ayudas. En otros lugares, gobiernos más eficaces hicieron mucho por reducir la mortandad por hambre, cuando volvió la paz tras 1918. La mandioca se difundió e hizo mucho por combatir el hambre. El trabajo asalariado permitía sobrevivir de otra manera. La medicina colonial rompió el círculo vicioso entre escasez y mortandad curando enfermedades hasta entonces asociadas con el hambre, sobre todo la viruela. Pero esas medidas tenían sus costes. La enajenación de tierras durante el periodo colonial y el éxodo laboral expuso a pueblos hasta entonces prósperos como los ndebele de Rodesia del Sur a una escasez recurrente. Además, los camiones abastecieron a zonas deficitarias transportando los «excedentes» de alimentos de otras zonas, pero lo hacían a expensas de los pobres que, todo lo más, cambiaban la inanición por una desnutrición permanente. En los primeros estudios sobre nutrición realizados en la década de 1930, se vio claramente que la población estaba desnutrida en regiones de suelos pobres,

donde había una intensa emigración laboral, como la comarca de Bemba en Rodesia del Norte y Futa Jalon en Guinea. Los estudios de la década de 1950 se centraron en grupos sociales mal alimentados, sobre todo en madres y niños de medios rurales pobres, cuyos padres estaban ausentes. En general, sin embargo, la nutrición en África debió de cambiar poco durante el periodo colonial. En las décadas de 1960 y 1970, los nigerianos eran por término medio 2 o 3 centímetros más altos que sus antepasados de hacía 150 años, mientras que, en el mismo periodo, los afroamericanos sacaban más de 10 centímetros a los suyos[29].

Los primeros europeos que ejercieron la medicina en África fueron casi siempre misioneros. Pero los gobiernos pronto tomaron la iniciativa en las colonias francesas y belgas, algo que no se produjo en el África oriental hasta la década de 1920. Se ocupaban, en primer lugar, de sí mismos y de su personal, y luego de las enfermedades epidémicas y de paliar el sufrimiento. Hasta la década de 1930 no hubo medicina preventiva, higiene pública ni dispensarios rurales. En 1921, 1937 y 1954, el servicio de salud del gobierno de Nyasalandia trató respectivamente a 19.000, 729.000 y 3.600.000 pacientes. Donde cosechó mayores éxitos la medicina europea, antes de 1945, fue en el campo de la lucha contra las epidemias. Gracias a la vacunación en masa, la viruela dejó de ser la principal enfermedad mortal en la década de 1920. Los equipos móviles que realizaban campañas masivas de seguimiento y aplicaban tratamientos con nuevos medicamentos, más eficaces, contribuyeron a controlar la enfermedad del sueño en la década de 1930, permitiendo a los agricultores africanos recuperar tierras que habían abandonado por miedo a la mosca tsetsé. El tratamiento contra las enfermedades venéreas era menos eficaz debido, precisamente, a la enorme eficacia de los medicamentos contra la frambesia que, al parecer, dañaron la capacidad de respuesta del sistema inmunológico ante enfermedades como la sífilis venérea, que siguió propagándose hasta después de la Segunda Guerra Mundial. La nueva gran amenaza era la tuberculosis, enfermedad de los pobres que arraigó en las ciudades por todo el continente. Los médicos coloniales tuvieron menos éxito con las enfermedades endémicas. Dedicaron mucha atención a la lepra y crearon grandes establecimientos para tratar a los afectados con una substancia que fi-

[29] D. Eltis, «Nutritional trends in Africa and the Americas», *Journal of Interdisciplinary History* 12 (1981-1982), pp. 460-468.

nalmente demostró no ser eficaz. También se centraron en las redes urbanas de alcantarillado y de suministro de agua potable, reduciendo de modo espectacular tanto las enfermedades debidas al mal estado del agua como el paludismo urbano; pero no pudieron remediar el paludismo rural, que se extendió con el desbroce de tierras para la agricultura, y fueron especialmente ineficaces en la lucha contra las enfermedades habituales en niños y mujeres. En la década de 1930, las dos terceras partes de todos los enfermos admitidos en los hospitales de Nigeria fueron del sexo masculino, y la única colonia que atendió debidamente a madres y niños fue el Congo Belga. Esa diferencia entre la exitosa lucha contra las enfermedades epidémicas y los fracasos en la lucha contra los males endémicos antes de la década de 1940 fue crucial para la historia demográfica de África durante el periodo colonial.

En la región ecuatorial que había sufrido más antes de 1918, la crisis demográfica prosiguió hasta mediados del siglo XX. La población del África ecuatorial francesa probablemente fuera decayendo hasta la década de 1930; en Gabón hasta la de 1950. Alrededor del 36 por 100 de las mujeres gabonesas fértiles entre los años desde 1930 a 1954 nunca tuvieron un niño, cuando con el porcentaje normal rondaba el 5 por 100[30]. La razón principal fue la gonorrea, exacerbada por la reacción habitual de los hombres ante la infertilidad: el matrimonio a prueba, la poligamia y el divorcio frecuente. Las regiones de baja fertilidad fuera del África ecuatorial francesa abarcaban gran parte del sur de Uganda y zonas adyacentes de Tanganica, la costa de África oriental, y determinadas partes de Alto Volta, de Nigeria central, del Congo Belga y de las colonias portuguesas. África ecuatorial se fue dividiendo progresivamente en regiones de población creciente y decreciente. En el Congo Belga, el número de habitantes probablemente dejara de descender en la década de 1930; los índices de crecimiento de 1932 en los distritos próximos a la región del Bajo Congo oscilaban entre el 0,4 y el 2,6 por 100 anual. Las variaciones se debían al predominio o no de enfermedades venéreas, pero también a la mala nutrición, a su vez frecuentemente asociada al éxodo laboral. Las mujeres estériles se llevaban la peor parte en África colonial, ya que las sociedades pronatalistas y dominadas por los hombres solían culpar a las mujeres de su propia infe-

[30] R. Headrick, «Studying the Population of French Equatorial Africa», en B. Fetter (ed.), *Demography from Scanty Evidence,* Boulder, 1990, p. 282.

cundidad, atribuyéndola al adulterio o al aborto ilegal. Las afectadas podían manifestar su angustia en el culto Buiti de Gabón, o en la promesa del movimiento Watchtower de que estaba a punto de llegar un reino en el que todas las mujeres tendrían niños.

Pero las regiones de baja fertilidad fueron cada vez más excepcionales, pues en el periodo de entreguerras la población total de África creció a gran velocidad. El crecimiento empezó en diversas épocas y regiones. Algunas zonas lo llevaban experimentando de manera continua desde el siglo XIX, sobre todo Sudáfrica, Argelia y Egipto, donde los primeros censos, realizados en 1917, habían suscitado el temor a la sobrepoblación. En la década de 1930, los tres registraron índices de incremento poblacional cercanos al 2 por 100 anual, al igual que otros países del Magreb. En la selva del oeste africano y en las tierras altas, más favorecidas, de África oriental, también se registró un crecimiento estable. Tras 1918, las nuevas regiones de rápido crecimiento fueron las zonas bien pobladas con cultivos destinados a los mercados, las de labor misionera más intensa y aquellas en las que la instrucción se había generalizado. En el Congo Belga, el crecimiento más rápido tuvo lugar entre el pueblo congo, que había sobrevivido a la viruela y a la enfermedad del sueño y prosperó por la producción comercial de alimentos, el trabajo urbano, la labor misionera y una estabilidad inusual de los matrimonios. En el Congo francés, durante las décadas de 1930 y 1940, las mujeres congo tuvieron un promedio de 5,35 niños, frente al 3,57 de las mujeres en general. Los censos de Costa de Oro mostraban un crecimiento excepcional en los distritos dedicados al cultivo de cacao, lo que en parte hay que achacar a la inmigración. También en Gabón, los woleu-ntem, cultivadores habituales de cacao, estabilizaron su población una década antes que otras regiones. Pero el crecimiento no se limitó a esas regiones favorecidas. La población de Etiopía parece haber crecido de modo continuado desde comienzos de siglo XX. El crecimiento, probablemente se iniciara con la explosión demográfica necesaria para reponer el número de los niños fallecidos en la hambruna de 1888-1892. Al empezar la Segunda Guerra Mundial, la población africana estaba creciendo un promedio del 1 por 100 anual. El crecimiento había pasado a ser lo normal.

Las razones son oscuras y controvertidas. Algunos estudiosos destacan la caída de los índices de mortalidad, mientras que otros aseguran que subieron los índices de natalidad. Nosotros creemos que confluye-

ron muchos cambios (la mayoría descritos en este capítulo), pero que en aquella época lo importante era que los índices de mortalidad estaban cayendo, al igual que en otras regiones del Tercer Mundo que iniciaron un rápido crecimiento demográfico.

Las escasas estadísticas disponibles refuerzan ese enfoque. El índice de natalidad en Egipto era francamente estable en la primera mitad del siglo XX, mientras que su índice de mortalidad disminuyó en casi una tercera parte[31]. Los datos del Congo Belga, los mejores de África tropical, sugieren que el índice de mortalidad cayó entre 1938 y 1948 del 33 al 28 por 1.000 anual, mientras que el índice de natalidad se mantuvo estable en el 43 por 1.000[32]. Estudios muy precisos indican que el bajo índice de mortalidad se debió, sobre todo, a la caída de la mortalidad infantil, en especial en años de hambrunas, lo que confirma la idea de que el principal logro del periodo fue prevenir las crisis de mortalidad vacunando contra la viruela. Pero los datos del Congo Belga también sugieren que las mejoras en el cuidado de las embarazadas y en los partos contribuyeron de modo significativo a la supervivencia de los niños. Por lo general, esta era mucho más alta en las zonas de crecimiento rápido de la población que en las demás. En Costa de Oro, en 1931, la mortalidad infantil oscilaba entre 145 por 1.000 en Asante y 148 por 1.000 en la Provincia occidental (ambas regiones de cultivo de cacao) y el 214 por 1.000 en los territorios del norte, más remotos y atrasados[33]. Estudios recientes demuestran que la escolarización primaria de las niñas pudo reducir a la mitad los índices de mortalidad infantil. La escolarización femenina no se había generalizado lo suficiente antes de 1950 como para causar efectos tan espectaculares, pero probablemente contribuyera al cambio en las regiones desarrolladas, junto a la reducción de la crisis de mortalidad.

Atribuir una parte significativa del crecimiento de la población anterior a 1950 a los elevados índices de natalidad nos plantea un problema, ya que, con tres excepciones, no hay pruebas de que los índices de natalidad subieran y sí muchas de todo lo contrario. Una de las excepciones es Argelia, donde el aumento de la población en

---

[31] P. Fargues, «Un siècle de transition démographique en Afrique méditerranéenne 1885-1985», *Population* 41 (1986), p. 210.

[32] L. de St. Moulin, «What is Known of the Demographic History of Zaire since 1885?», en Fetter, *Demography,* p. 318.

[33] A. W. Cardinall, *The Gold Coast, 1931,* 2 vols., Acre, 1931, vol. I, p. 219.

1916-1920 y 1946-1950 se debió, al parecer, a un incremento del índice de natalidad del 35 al 42 por 1.000. Marruecos también experimentó una subida en su índice de natalidad. La tercera excepción la constituyó Burundi, donde el pequeño incremento en el promedio de niños nacidos por mujer parece deberse, en parte, a una mengua de la infertilidad[34]. En cambio, en Egipto y en el Congo Belga los índices de natalidad fueron notablemente estables entre 1920 y 1950, y las entrevistas a mujeres de diversas edades llevadas a cabo en Costa de Oro y Rodesia del Sur no reflejaban grandes cambios en la fertilidad entre 1880 y 1945. Existía la creencia generalizada de que las enseñanzas cristianas y musulmanas, la urbanización y otras presiones reducían los intervalos entre nacimientos, de manera que las mujeres igbo organizaron en 1925 un «Movimiento de Mujeres Danzantes» con el fin de conservar las costumbres tradicionales. Pero no hay pruebas fiables de que el intervalo entre nacimientos se acortase hasta 1950[35]. Las mujeres no se casaban antes. Los cambios en la poligamia (cuyos efectos demográficos son poco seguros) distaban de ser espectaculares. Mientras no se hallen pruebas del aumento de la fertilidad, habrá que atribuir el crecimiento demográfico anterior a 1950 a la disminución de la mortalidad.

Entre 1920 y finales de la década de 1940, la población africana se incrementó hasta pasar de unos 142 millones de habitantes a los 200 millones[36]. Fue la consecuencia más importante de la ocupación colonial. Una mayor supervivencia infantil preservó la tensión generacional como dinámica de cambio, dando paso en la historia de África a un gran incremento de los jóvenes. Algunos contemporáneos notaron el cambio. Durante la década de 1940, los igbo dejaron de construir las complicadas casas *mbari* en las que rezaban por la fertilidad y la prole. Los colonos argelinos vieron superado su propio crecimiento demográfico durante la década de 1930 por «el desquite de la fertilidad oriental». Y, en 1948, la Secretaría Colonial de Gran Bretaña describía el futuro con tintes sombríos:

---

[34] Fargues, «Un siècle», p. 211; D. Noin, *La population rurale du Maroc,* 2 vols., París, 1970, vol. II, pp. 114-115; C. Thibon, «Fécondité 'naturelle' et fécondité contrôlée», *Annales de démographie historique* (1988), p. 185.

[35] Estudios inéditos del profesor Dr. S. D. Doyle pueden confirmar este extremo.

[36] J. C. Caldwell, en *UNESCO History,* vol. VII, pp. 483, 486.

Aplicamos las mejores medidas sanitarias sólo para enfrentarnos a un problema demográfico de aterradoras dimensiones. Tenemos que dar de comer a una población creciente porque emplean técnicas agrícolas y tienen modos de vida inadecuados para ese volumen de población. [...] Se avecina un periodo difícil. No podemos diseñar unos planes de desarrollo lo suficientemente eficaces como para absorber a la siguiente generación en un modelo de empleo remunerado. No podemos garantizar a cada uno de ellos un lugar sobre la tierra y muchos quizá ni lo deseen. No hay que fomentar esta explosión demográfica ni alimentarla con las reservas. Con su economía actual, no pueden gozar de todos los beneficios que empiezan a pedir. Claman por los beneficios de la civilización sin una base económica para sustentarlos. [...] No podremos satisfacer durante mucho tiempo todos los nuevos deseos de los pueblos coloniales y, por consiguiente, habrá violencia y agitación[37].

[37] C. Jones, discurso inaugural de la Conferencia de Cambridge, 19 de agosto de 1948, en Hyam, *Labour Government,* vol. I, p. 167.

11
África independiente, 1950-1980

Estos fueron años de optimismo, de un crecimiento demográfico sin precedentes que elevó la población de África de 200 millones de habitantes en 1950 a los 600 millones de 1990, gracias al progreso médico complementado con una creciente fertilidad. Un movimiento de liberación acabó con el gobierno europeo, fomentó la movilidad y las oportunidades individuales e inspiró movimientos que intentaron crear Estados-nación. El crecimiento económico mundial llevó la prosperidad a muchas regiones del continente. Los costes de la expansión no se apreciaron hasta la década de 1970, cuando la población creciente empezó a tener problemas para encontrar trabajo, los héroes nacionalistas se convirtieron en autócratas y la recesión mundial puso al descubierto la fragilidad que subyacía a esas tasas de crecimiento.

El rápido crecimiento demográfico

En torno a 1950, el crecimiento demográfico se aceleró rápidamente. En el Congo Belga, por ejemplo, el índice anual de crecimiento se incrementó, entre comienzos de la década de 1940 y finales de la de 1950, de un 1 hasta un 2,5 por 100. En los años 70, la media del África subsahariana era de un 2,8 por 100. En Kenia, en 1979, era del 4,1 por 100, la cifra más alta registrada[1]. La aceleración se debió, sobre todo, a un nuevo descenso en las tasas de mortalidad. Entre 1950 y 1988, la esperanza de vida al nacer en el África subsahariana se elevó de treinta

[1] L. de St. Moulin, «What is Known of the Demographic History of Zaire since 1885?», en B. Fetter (ed.), *Demography from Scanty Evidence,* Boulder, 1990, pp. 307, 315, 318; *WDR* (1990), p. 159, B. Colas, «Des contrastes spatiaux aux inegalités territoriales», en F. Grignon y G. Prunier (eds.), *Le Kenya contemporain,* París, 1998, p. 20.

y nueve a cincuenta y un años[2]. La tasa de mortalidad descendió, entre 1965 y 1988, de un 22 a un 16 por 1.000[3]. El descenso se debió a la disminución de las tasas de mortalidad infantil. En la década de 1950, entre un 30 y un 40 por 100 de los niños de muchas regiones africanas moría antes de los cinco años. Sólo en unos pocos países moría el 22 por 100, si bien la mayoría de las muertes acaecían antes de los cinco años y las tasas de mortalidad eran mucho más altas en África occidental que en cualquier otra región.

Lo que explica los bajos índices de mortalidad tras 1950 es que el pico de la tasa de mortalidad, ya muy reducido en el periodo de entreguerras, se redujo aún más. Al parecer, las hambrunas que se iniciaron en 1968 tuvieron escasa incidencia sobre las cifras totales de población y la vacunación en masa redujo la incidencia de varias enfermedades epidémicas y erradicó la viruela en 1977. Más importante fue el descubrimiento de medicinas sintéticas más baratas y su uso generalizado tras la Segunda Guerra Mundial. Fueron remedios espectaculares contra enfermedades graves como la tuberculosis, la sífilis y la lepra, para la que finalmente se halló una cura en la década de 1980. Pero el principal impacto demográfico de la medicina fue el que tuvo en el caso de enfermedades endémicas infantiles como la neumonía y el paludismo, que finalmente pudieron ser combatidas (junto con el sarampión, la poliomielitis, la diarrea y la desnutrición) mediante la extensión de los servicios sanitarios a niños y madres. En 1960 había en África tropical un médico para cada 50.000 habitantes; en 1980, uno para cada 20.000. El índice de atención médica a la población probablemente se haya duplicado entre 1960 y finales de 1980. La utilización de los remedios modernos dependía ante todo de la educación de las madres. El censo de Ghana de 1960 fue un buen ejemplo de lo que sucedía en África tropical, pues demostró que las madres carentes de instrucción perdieron casi el doble de niños que las que poseían estudios elementales y cuatro veces más que las que habían recibido educación secundaria[4].

Sin embargo, al contrario de lo que había ocurrido en el periodo de entreguerras, lo que elevó el índice de crecimiento de la población

---

[2] *WDR* (1990), p. 179.

[3] *WDR* (1990), p. 231.

[4] J. C. Caldwell, «Education as a Factor in Mortality Decline», *Population Studies* 33 (1979), p. 396.

en África tras 1950 fue el incremento de la tasa de natalidad que, hasta entonces, sólo se había registrado en el norte. El crecimiento más rápido de la fertilidad en África subsahariana parece haber tenido lugar durante la década de 1950. El índice de natalidad en el Congo Belga subió entre 1948 y 1956-1975 de un 43 a un 48 por 1.000, a la vez que su índice de mortalidad bajó de modo espectacular del 28 al 19 por 1.000. En Kenia, en un proceso que culminó a finales de la década de 1970, cada mujer tuvo un promedio de ocho hijos a lo largo de su vida[5]. Una de las razones que explican el incremento de los índices de natalidad es que los antibióticos redujeron el porcentaje de mujeres estériles de modo que, en la década de 1960, la población creció incluso en Gabón, lo que dio inicio a una trayectoria demográfica creciente en todo el continente, quizá por vez primera en su historia.

Pese a las muchas variaciones locales, las mujeres probablemente no se casaban antes, pero los intervalos entre nacimientos disminuyeron, sobre todo en África oriental, donde las mujeres quizá tuvieron un menor control de su fertilidad que en la zona occidental. Lo que más espaciaba los nacimientos era la lactancia, que se mantenía entre 18 y 24 meses en las zonas campesinas tropicales, pero se abreviaba en las urbanas y los alrededores de las ciudades, en especial donde las mujeres tenían instrucción y acceso a empleos remunerados. La abstinencia sexual hasta el destete seguía practicándose en diversas partes de África occidental, aunque probablemente se volviera menos frecuente en otros lugares. Lo normal era que un nuevo embarazo indicara el final de la lactancia materna. Puesto que el espaciamiento de los nacimientos se programaba para garantizar al máximo la supervivencia de madres e hijos, la disminución de la mortalidad infantil puede haber animado a los propios padres a acortar los intervalos entre nacimientos, pero carecemos de pruebas, y los padres pueden haber visto las cosas de modo diferente. El deseo de tener grandes familias no había desaparecido. No sólo demostraba virilidad y éxito, sino que los hijos solían convertirse en activos económicos, y tener muchos incrementaba las posibilidades de que alguno triunfase y mantuviera a sus padres en la vejez. Como decían las mujeres pobres de Nairobi refiriéndose a sus hijos: «Son mis tierras». Las familias grandes eran buenas para los individuos, cuando no

---

[5] *WDR* (1993), p. 82; de St. Moulin, en Fetter, *Demography,* p. 318; W. C. Robinson, «Kenya enters the fertility transition», *Population Studies* 46 (1992), p. 447.

para la comunidad. La planificación familiar moderna se utilizó poco hasta la década de 1960. Hasta entonces, las actitudes heredadas de un continente infrapoblado se fusionaron con la medicina moderna para producir el crecimiento demográfico más repentino y rápido al que el mundo había asistido jamás.

La liberación

Los líderes nacionalistas y los estadistas metropolitanos sólo tuvieron una percepción confusa de la fuerza social de la generación de 1950 que gestionó la liberación de África. Todos tenían asuntos más acuciantes de los qué ocuparse. Los nacionalistas querían el poder en cada colonia para reforzar su propia autoridad y crear modernos Estados-nación. A comienzos de la década de 1950, los colonialistas tenían diversas metas. Los británicos planearon una devolución de poder paulatina a Estados sucesores amigos. Francia y Portugal preveían una mayor integración entre las colonias y sus metrópolis. Bélgica apenas reflexionó en torno al asunto. Al responder a los retos nacionalistas, todos estaban al tanto de las estrategias de la Guerra Fría. Como dijera Kuame Nkrumah: «Si no hubiera sido por Rusia, el movimiento de liberación africano hubiera sufrido la más brutal de las persecuciones»[6]. Las potencias coloniales también fueron conscientes del coste que tendrían la represión del nacionalismo y la modernización del colonialismo, precio que se elevaba en proporción al crecimiento demográfico. Las ventajas de retener el poder se redujeron en cuanto Europa se recobró económicamente, a comienzos de la década de 1950. Los tecnócratas franceses empezaron a considerar a las colonias una carga para los sectores más progresistas de la industria. Las autoridades británicas llegaron en 1957 a la conclusión de que, desde el punto de vista económico, poco importaba si se conservaban o se perdían las colonias. Muchos hombres de negocios estuvieron conformes: su prioridad era mantener buenas relaciones con quienes ejercieran el poder. A finales de la década de 1950, por consiguiente, perseguir el nacionalismo no parecía rentable. El secretario de Colonias británico, I. Macleod, recordaba: «Es posible que no pudiéramos mantener por la fuerza nuestros territorios en África. Desde luego, marcharse rápidamente im-

[6] Citado en D. Rooney, *Kuame Nkrumah,* Londres, 1988, p. 215.

plicaría ciertos riesgos. Pero los riesgos de marcharse lentamente serían mucho mayores»[7]. El general De Gaulle hizo los mismos cálculos cuando llegó al poder en 1958. Los belgas los hicieron en 1959. Todos consideraron más fácil transferir los crecientes problemas de África a sus sucesores africanos. Sólo los portugueses y los colonos de África del Sur optaron por luchar, porque opinaban que conservar el poder político era vital para su supervivencia. Pero todos esos cálculos se vieron condicionados por la acción nacionalista. Aunque la liberación de África desilusionara posteriormente a muchos africanos y europeos, la liberación en sí fue uno de los mejores logros del espíritu humano.

El ímpetu inicial fue más fuerte en el norte. Las dos antiguas colonias italianas, Libia y Somalia, se hicieron independientes en 1951 y 1960, respectivamente. Los británicos estaban seguros en Sudán mientras Egipto reclamase el territorio, por lo que convencieron a los herederos políticos del Mahdi para que se aliaran con Gran Bretaña. Cuando los militares tomaron el poder en Egipto en 1952 y renunciaron a sus reclamaciones sobre Sudán, los británicos tuvieron que aceptar su independencia en 1956. En el Magreb, los franceses lucharon contra el nacionalismo hasta 1954, cuando la derrota en Indochina les obligó a reducir sus compromisos, concediendo el autogobierno al Néo-Destour presidido por Burguiba en Túnez y restaurando en Marruecos al desterrado rey Mohammed V. Ambos países lograron su independencia en 1956. En Argelia, los jóvenes militantes, en gran parte antiguos soldados, se aprovecharon de la debilidad de los franceses y, en 1954, emprendieron la senda del terrorismo en las ciudades y la de la guerra de guerrillas en las montañas. Sin embargo, la opinión pública rechazó otra retirada. «¡Esto es Francia!», insistía el primer ministro. A lo largo de los ocho años siguientes, alrededor de medio millón de soldados franceses derrotaron ampliamente al Front de Libération Nationale (Frente de Liberación Nacional, FLN) en territorio argelino, pero su supervivencia al otro lado de la frontera, tanto en Túnez como en Marruecos, acarreaba a Francia, que tenía que mantener una presencia militar permanente, unos costes insostenibles. En 1962, el FLN obligó a De Gaulle a aceptar la independencia total de Argelia. Alrededor de un 85 por 100 de los colonos europeos se marcharon de inmediato, destruyendo en muchos casos lo que no se podían llevar consigo.

---

[7] I. MacLeod, «Trouble in Africa», *The Spectator,* 31 de enero de 1964.



Mapa 13. Estados del África independiente.
Fuente: Roland Oliver, *The African Experience,* Londres, 1991, p. 232.

África occidental no conoció la violencia a la escala argelina. La apertura se produjo a través del Convention People's Party (CPP), que obtuvo la victoria en las primeras elecciones en Costa de Oro en 1951, enfrentando a los británicos a un tipo de nacionalismo al que nunca podrían transferir el poder. El gobernador reflexionaba: «No tenemos más que un perro en la perrera. Todo lo que podemos hacer es robustecerlo y alimentarlo con vitaminas y aceite de hígado de bacalao»[8]. El líder del CPP, Kuame Nkrumah, salió de la cárcel para presidir el gobierno económico. En los seis años siguientes de gobierno conjunto,

[8] De Arden-Clarke a Cohen, 12 de mayo de 1951, en R. Rathbone (ed.), *Ghana*, 2 vols., Londres, 1992, vol. I, p. 324.

utilizó hábilmente el peligro de desórdenes para deshacerse de los británicos con suavidad, pero como durante ese tiempo también dio rienda suelta a las ambiciones centralizadoras de su partido y a su voluntad de hacer pagar impuestos a los cultivadores de cacao, invocando el desarrollo, se ganó la hostilidad del reino Asante y de los musulmanes del norte. En consecuencia, en 1956 el CPP sólo obtuvo 71 escaños de 104, y Ghana consiguió su independencia un año después, aunque, desgraciadamente, como país dividido. La lucha para suceder a los británicos también puso de relieve las divisiones en Nigeria. Las elecciones de 1951 sirvieron para atrincherar a un partido dominante en cada una de sus tres regiones. Temerosos de las ambiciones de los sureños más educados, los líderes norteños aplazaron su independencia hasta que su región obtuviera una mayoría de escaños en el parlamento federal, arreglo que desde luego provocaría conflictos a raíz de la independencia del país en 1960. En Sierra Leona y en Gambia, los partidos que representaban a los pueblos del interior consiguieron mayorías decisivas sobre las elites costeras, asegurándose la independencia en 1961 y 1965, respectivamente.

El nacionalismo tomó un rumbo diferente en las dos federaciones francesas de África occidental y ecuatorial. En la región occidental, el Rassemblement Démocratique Áfricain (RDA) pasó a ser el partido dominante en muchas colonias, pero no en Senegal, donde el Bloc Démocratique Sénégalais (Bloque Democrático Senegalés) de Léopold Sédar Senghor representaba a la mayoría de los pueblos del interior. Cuando el electorado se amplió, las fuerzas locales cobraron pujanza en cada una de las colonias, en especial en la rica Costa de Marfil, que tenía que mantener a los territorios pobres del interior, y en su homólogo ecuatorial, Gabón. Sus intereses coincidían con los de De Gaulle, que deseaba excluir a los representantes africanos de la Asamblea Nacional francesa y crear lazos individuales con las colonias que dependían estrechamente de Francia. Obligados a elegir en 1958, sólo la rama radical del RDA de Guinea prefirió la autonomía total a mantener su dependencia de Francia, pero esta situación demostró ser efímera, y cada una de las colonias obtuvo su independencia en 1960. Sólo hubo serios incidentes en Camerún, donde la rama local del RDA hundía sus raíces en sindicatos comunistas y entre los campesinos hambrientos de tierras, conjunción que condujo a otras elites políticas a formar una coalición moderada, con apoyo francés, cuya victoria electoral en 1956

precipitó una rebelión que sólo pudo reprimirse tras la independencia. Tres años después tuvo lugar en la Guinea Portuguesa una guerra de liberación más exitosa, que contribuyó en gran medida al golpe de Estado que dio al traste con el Imperio portugués en 1974. La descolonización del Congo Belga fue verdaderamente catastrófica. Como el régimen paternalista no previó ni instituciones representativas ni formación alguna para sus funcionarios, graves disturbios sacudieron Léopoldville (Kinshasa) en enero de 1959. Conscientes de que los imperios se hundían a su alrededor y de que la opinión pública no toleraría la represión armada, los belgas improvisaron apresuradamente unas elecciones con la intención de transferir la autoridad política a los africanos en 1960, reteniendo el control administrativo y militar. En aquella colonia enorme y de población desperdigada, carente de organización política previa, unos 100 partidos salieron a la palestra electoral. Algunos prometían la devolución de todos los impuestos y hasta la resurrección de los muertos. El que más éxito tuvo, encabezado por Patrice Lumumba y sus aliados, sólo consiguió 41 de los 137 escaños. Sus objetivos centralizadores le obligaron a enfrentarse a grandes grupos étnicos en las provincias periféricas.

La rápida organización de elecciones garantizó que el nacionalismo de África occidental adoptase forma constitucional en la mayoría de los casos. En África oriental, en cambio, la violencia fue decisiva. Aunque en Kenia los británicos derrotaron a la insurrección mau mau en 1956, la rebelión hizo que el gobierno colonial obligase a los colonos europeos a aceptar el avance político africano y que transfiriera el poder a los nacionalistas, liderados por Jomo Kenyatta, en 1963. Estaban preparados para salvaguardar los derechos de propiedad, para apaciguar a los militantes y reducir la inestabilidad mediante el reparto de tierras compradas a los colonos que se marcharon. La amenaza de una violencia que no llegó a desatarse fue asimismo crucial en Tanganica, donde la TANU obtuvo un apoyo excepcionalmente amplio en 1954. Había surgido de la Asociación Africana; proponía el uso generalizado de la lengua suajili y la implementación de medidas políticas suaves, pues se había aprendido mucho de la experiencia decimonónica de Tanganica. La victoria total de la TANU en las primeras elecciones convocadas en el país en 1958-1959 condujo rápidamente a la independencia, en 1961. Tres años después, Tanganica se unió a Zanzíbar adoptando el nombre de Tanzania, cuando el Partido Nacionalista de Zanzíbar, encabezado

por los árabes, fue derrocado por una insurrección africana. En Uganda, en cambio, hubo muchas divisiones políticas debidas a que allí no había un enemigo blanco que unificara los poderosos reinos indígenas, sobre todo desde que Gran Bretaña, tras deportar a Kabaka en 1953, insuflara nueva vida al patriotismo ganda. Dos coaliciones de notables no ganda se disputaron el poder, y una de ellas, el Uganda People's Congress (Congreso Popular de Uganda), se hizo con él en 1962 recurriendo a una alianza oportunista con los líderes ganda.

La liberación de África central fue más violenta, pues tuvo poco que ver con los procesos constitucionales y electorales de África occidental. En los territorios británicos, dos partidos nacionalistas, el Malaui Congress Party (Partido del Congreso de Malaui), en Nyasalandia, y el United National Independence Party (Partido Unido para la Independencia Nacional de Rodesia del Norte), UNIP, movilizaron a la oposición africana, casi universal, contra la Central Africa Federation, dominada por los colonos. La desobediencia civil desatada en Nyasalandia en 1959 y en Rodesia del Norte en 1961 convenció a Gran Bretaña de que la represión supondría un coste insostenible. La federación se desintegró en 1963, dejando a Nyasalandia y Rodesia del Norte (que pasaron a denominarse Malaui y Zambia) en manos de gobiernos africanos que incitaron a los colonos blancos de Rodesia del Sur a declarar su «independencia» en 1965. Allí, cuando la independencia de Mozambique permitió a los guerrilleros jóvenes infiltrarse en las reservas africanas de Rodesia, los nacionalistas africanos iniciaron una guerra de guerrillas que tuvo escaso éxito hasta 1975. La escalada de violencia y la alternancia en las victorias militares llevó a ambos bandos a aceptar la celebración, en 1980, de unas elecciones que tanto unos como otros pensaban ganar. Triunfó el movimiento de liberación shona, dirigido por Robert Mugabe, quien se convirtió en primer ministro del Zimbabue independiente. Los sucesos en las colonias portuguesas que llevaron a esa victoria posiblemente empezaron con las revueltas africanas de Angola en 1961 y de Mozambique en 1964, provocadas por el asentamiento portugués, la ausencia de derechos políticos y el ejemplo del resto de África. El movimiento de liberación de Angola estaba dividido en tres facciones que correspondían a los tres asentamientos principales del norte, el centro y el centro-sur. Ninguna consiguió más que sobrevivir. En cambio, el Frente de Liberaçâo do Moçambique (FRELIMO), estrechamente unido, liberó a gran parte del norte y estaba llegando al

centro cuando el ejército portugués, cansado de tanta guerra, se hizo con el poder en Lisboa, en 1974. Los habitantes de ambas colonias huyeron. El FRELIMO tomó el control de Mozambique, pero las facciones angoleñas combatieron entre sí por la supremacía. De todos modos, tras su independencia, Angola sirvió de base de operaciones a las guerrillas de la vecina África del sudoeste, que se independizó de Sudáfrica en 1990 adoptando el nombre de Namibia.

Su fracaso posterior no ensombrece la genuina esperanza y el idealismo que iluminaron al nacionalismo. Como recordara Julius Nyerere de Tanganica, «La libertad nacional [...] era un principio nada complicado que los primeros oradores de la TANU no tenían que justificar. Sabían lo importante que era para sus vidas y tenían la certeza razonable de que obtendrían esa libertad apoyando las propuestas de la TANU»[9]. Pero aunque la mayoría de los africanos fueran pobres personas con intereses muy locales, esas explicaciones no les convencieron fácilmente. La TANU, un partido excepcionalmente eficaz, decía contar con 300.000 afiliados antes de su victoria electoral en 1958, y con un millón tras ella, sobre una población total de 10 millones, la mitad de la cual eran niños. Parecía apoyo suficiente para derribar a un gobierno colonial débil, pero era potencialmente efímero. El CPP sólo obtuvo, antes de la independencia, los votos de uno de cada seis o siete adultos de Costa de Oro. El nacionalismo también despertó a las fuerzas políticas del África profunda, cuya reacción ante las posibilidades de liberación dependió de las circunstancias locales. Allí donde el crecimiento demográfico había dado lugar a nuevas fuerzas sociales, contribuyeron a la liberación.

Casi todos los partidos nacionalistas encontraron su primer y mayor apoyo en las ciudades, cuyo número de habitantes se había visto engrosado a lo largo de la década de 1950 por los emigrantes jóvenes procedentes de las escuelas rurales primarias, atraídos por los salarios artificialmente elevados prometidos por los sindicatos obreros y los gobiernos coloniales reformistas. El CPP obtuvo casi el 95 por 100 de los votos de las ciudades en las elecciones de Costa de Oro de 1951, mientras que Dar es Salam se hizo con más de la mitad de los primeros 40.000 afiliados a la TANU. Entre los nacionalistas predominaban los jóvenes emigrantes, las mujeres que dirigían comercios y los funciona-

[9] J. K. Nyerere, *Freedom and Unity,* Dar es Salam, 1966, p. 1.

rios más jóvenes, cuya inestabilidad era un activo político esencial, como demostraron los decisivos motines de Accra en 1948 y de Léopoldville en 1959. Sólo el RDA de Guinea y Camerún hundía sus raíces en los sindicatos obreros, pero muchos partidos hallaron importante apoyo entre las organizaciones de los trabajadores, aunque su gusto por las huelgas políticas fue menguando a medida que se acercaba la independencia y los trabajadores vieron el peligro de caer bajo el control de partidos autoritarios. Muchos líderes de partidos tenían buenos empleos remunerados en la ciudad. De los miembros del primer gabinete de Zaire, todos menos cuatro eran antiguos oficinistas. El nacionalismo se difundió de la ciudad al campo a través de las redes comerciales. La burguesía marroquí de Fez financió el Istiqlal; una cuarta parte de los líderes nacionalistas de Nigeria eran hombres de negocios, y el comerciante-político fue una figura crucial a nivel local por toda África. Los cultivadores de productos para el mercado, con contactos urbanos, organizaciones locales y participación en las políticas gubernamentales de mercado, fueron vitales para obtener votos en el campo. Sus asociaciones patrocinaron partidos nacionalistas en Costa de Marfil y en Uganda, si bien los cultivadores también lideraron la oposición contra todo movimiento que amenazara sus intereses, como hicieran en el caso del CPP los cultivadores asante de cacao. Pero el apoyo podía proceder de zonas rurales mucho menos prósperas. En muchas colonias con asentamientos blancos, el incremento de la población unido a las escasas tierras disponibles para los africanos crearon un descontento que alentó el nacionalismo. La población africana de Rodesia del Sur se multiplicó por siete entre 1900 y 1970. La Rebelión Mau Mau fue una respuesta al crecimiento demográfico en una zona concreta y a los pesados sistemas de conservación de los suelos impuestos por los gobiernos de África oriental y del Sur que intentaban aliviar la presión demográfica y, en muchos casos, activar el voto nacionalista. Un líder describió a la odiada Land Husbandry Act (Ley Husbandry sobre la Tierra) de 1951 del sur de Rodesia como «la mejor reclutadora que jamás tuvo el Congreso».

La mayoría de los africanos, que vivían sus vidas interesándose por problemas locales, consideraban que el nacionalismo era un nuevo lenguaje para resolver antiguas disputas políticas, algo tan útil como el gobierno colonial. La tierra de los yoruba fue un ejemplo clásico. Allí, el Grupo de Acción, que se proclamaba representante de los yoruba

frente al National Congress of Nigeria and the Cameroons (Congreso Nacional de Nigeria y Camerún, NCNC) gobernado por los igbo, estaba dominado por profesionales y negociantes cristianos, de entre los que destacaba su líder, Obafemi Awolowo, procedente de Ijebu. Como competidores comerciales, los ijebu eran impopulares en Ibadán, como lo era la elite cristiana que ahora gobernaba esa ciudad. La elite se unió al Grupo de Acción, pero la mayoría del pueblo de Ibadán apoyó a un partido populista afiliado al NCNC. A Ibadán se le reprochaba que siguiera imponiendo el imperialismo del siglo XIX en tierras orientales de los yoruba, en especial en Ife, que respaldaba al Grupo de Acción. En Ilesha, rival local de Ife, sin embargo, la mayoría apoyaba al NCNC, mientras que sus adversarios dentro de la ciudad se unieron al Grupo de Acción. No se trataba de «tribalismo», sino del conflicto entre facciones de una sociedad en la que los asuntos locales tenían mucha más trascendencia que las afiliaciones a los partidos nacionales. De hecho, el nacionalismo se difuminaba en esas rivalidades políticas. Algunos movimientos nacionalistas ganaron seguidores, en especial entre el pueblo, los disidentes o entre los pueblos anteriormente carentes de Estado, hostiles a lo que Nkrumah denominó «el cáncer bien arraigado del feudalismo». Como afirmara el gobernador de Costa de Oro, «el CPP es el partido de los jóvenes que en el pasado vieron cómo se les anulaba y negaba toda participación en el gobierno de los asuntos públicos»[10]. En el África occidental francesa, donde los funcionarios utilizaron a los jefes administrativos contra el RDA, los nacionalistas victoriosos acabaron con muchas de las jefaturas tribales. En Ruanda, donde la enseñanza misionera permitió a la mayoría de agricultores hutu formar su propio partido, el conflicto fue más intenso. Ganó las elecciones en 1960 y derribó a la monarquía y aristocracia tutsi, cuyos intentos por recobrar el poder iban a provocar unas terribles represalias en 1994. En la vecina Burundi, los tutsi, que ya estaban sobre aviso, conservaron el liderazgo nacionalista hasta su independencia en 1962 y reprimieron a la mayoría hutu, que no volvió a recobrar el poder a través de las urnas hasta 1993. También hubo grupos de aristócratas que recurrieron al nacionalismo para conservar el poder, como los moros de Mauritania, los gobiernos de los emiratos en el norte de Nigeria, las familias de jefes tribales de Botsuana y Lesoto y (brevemente)

---

[10] De Arden-Clarke a Cohen, 12 de mayo de 1951, en Rathbone, *Ghana,* vol. I, p. 323.

los árabes de Zanzíbar. En tres ocasiones, los nacionalistas dependieron en gran medida de las fuerzas sociales conservadoras. Una fue la «Revolución Verde», en la que un partido rural del interior arrebató el liderazgo político a las ciudades en Senegal, Gambia y, sobre todo, en Sierra Leona, donde, en 1957, alrededor de un 84 por 100 de los parlamentarios eran allegados de los jefes, y el partido gobernante adoptó el emblema de la sociedad poro. Allí donde predominaron los movimientos nacionalistas, se difundieron por los distritos circundantes atrayendo a las elites regionales. El mejor ejemplo fue Rodesia del Norte, donde los líderes del reino bulozi se unieron temporalmente al UNIP en 1962. La tercera alianza entre nacionalistas y conservadores tuvo lugar cuando se aliaron para derrocar a un régimen colonial inusualmente opresivo. En África central, la hostilidad común hacia la Federación Centroafricana permitió al Malaui Congress Party ganar las elecciones gracias al fuerte apoyo que obtuvo entre los jefes conservadores y los campesinos de la región central, escasamente desarrollada. Las antiguas sociedades niau abandonaron la selva el día de la independencia para danzar en las escalinatas de las iglesias de las misiones. En Rodesia del Sur, las guerrillas de la década de 1970 se aliaron con los médiums espirituales del antiguo reino de Munhumutapa, pues compartían sus puntos de vista sobre la tierra y la libertad.

Muchos movimientos nacionalistas intentaron aprovechar y controlar las fuerzas de cambio desatadas por las innovaciones coloniales y el crecimiento demográfico de la década de 1950. El nacionalismo dio en muchos casos más oportunidades políticas a las mujeres africanas, que podían afiliarse a los partidos o convertirse en propagandistas, abastecer a los movimientos de liberación o, en ocasiones, combatir en las guerrillas. En Guinea, las mujeres fueron el mayor apoyo del RDA, y el partido las compensó tras la independencia elevando la edad mínima para contraer nupcias, limitando las cuantías de las dotes, ilegalizando la poligamia y prohibiendo el repudio de las mujeres. Los jóvenes sacaron mayor tajada. Fueron el motor principal del cambio en África, y lo fueron doblemente gracias al incremento demográfico. En Kenia, el porcentaje de hombres jóvenes africanos de más de quince años o de entre quince y veinticuatro pasó, entre 1948 y 1962, del 20 al 32 por 100. El partido que mejor supo incorporar a la juventud y adaptarse al cambio ganó todas las elecciones celebradas en Ghana durante medio siglo a partir de 1945. Los jóvenes, agrupados en organizaciones como los

«muchachos de la baranda» de Accra, confirieron al nacionalismo su característico aire amenazador. Algunos se beneficiaron de la movilidad que les daba ser organizadores de partidos o utilizaron el apoyo del partido para adquirir poder en las comunidades locales. Respaldados por los dirigentes del Partido Radical e Islámico de Guinea, los jóvenes llevaron a cabo en 1959-1962 una «campaña de desmitificación» para destruir los objetos rituales y acabar con los dolorosos ritos de iniciación a través de los que los ancianos les habían dominado tanto tiempo. Los jóvenes se integraron sobre todo en las guerrillas que expulsaron a los regímenes recalcitrantes. Eran los *vakomana* («muchachos»), como se los denominaba en las guerrillas de Rodesia del Sur; al principio, en muchos casos, labradores emigrantes o sus hijos, reclutados fuera de su región. Luego se unieron al movimiento estudiantes de la escuela secundaria que cruzaron las fronteras para recibir entrenamiento militar. Las juventudes de las aldeas siempre respondieron con entusiasmo a la propaganda de la guerrilla. Cuando acabó la guerra de Rodesia en 1980, las dos terceras partes de los miembros de las guerrillas que se presentaron en los puntos de desmovilización tenían veinticuatro años o menos.

El desarrollo económico

Cuando la mayoría de los Estados africanos consiguió su independencia, en torno a 1960, había un clima generalizado de expectación. El nacionalismo aspiraba a construir naciones-Estado modernas. No quería el gobierno minimalista que propugnaban las sociedades agrícolas, sino implementar los planes de desarrollo y las burocracias del modelo industrial socialista. Los nacionalistas estaban convencidos de que el colonialismo había sumido a sus países en el atraso, y su pasmoso éxito político les daba mucha seguridad. Exageraban el poder de un gobierno y una ley que sólo habían experimentado como súbditos. Eran conscientes de que sus frágiles regímenes dependían de la rapidez del progreso económico. Algunos, como Nkrumah, buscaban la oportunidad única que les permitiera dar alcance a los países desarrollados y conseguir el respeto tanto tiempo negado a su raza. Todos habían experimentado un rápido crecimiento económico en la década de 1950, cuando los elevados precios permitieron a los gobiernos coloniales implementar planes de desarrollo que hacían hincapié en las infraestruc-

turas. Cuando Nkrumah llegó al poder en 1951, adoptó el Plan de Costa de Oro, pero ordenó que se completara en la mitad del tiempo previsto, recurriendo a las rentas del cacao acumuladas en Londres. Aparte de otros bienes, muchos Estados nuevos tenían riquezas naturales y una deuda pública relativamente pequeña, tierra abundante y campesinos libres. Eran Estados pobres, pero no los más pobres del mundo. La renta nacional *per capita* de Ghana en 1960 era de 70 libras esterlinas, la de Egipto, de 56, y la de Nigeria, de 29, frente a la de India, con 25 libras esterlinas. La esperanza de una rápida transformación económica era bastante ingenua, pero sí era razonable esperar un crecimiento significativo. Y al principio lo hubo en la mayoría de los países. Entre 1965 y 1980, el Producto Interior Bruto (PIB) *per capita* del África subsahariana (en precios constantes) creció a un promedio del 1,5 por 100 anual, frente al 1,3 por 100 de la India. Durante la década de 1980, en cambio, mientras en la India el índice anual de crecimiento era del 3,1 por 100, el PIB *per capita* en África subsahariana se redujo a un 1 por 100 al año[11]. El cambio decisivo se produjo en África a finales de la década de 1970.

Hasta entonces, el crecimiento económico se había basado en el auge de los cultivos comerciales de la posguerra. La producción campesina se extendió, sobre todo en las selvas vírgenes de Costa de Marfil y en Kenia, donde, entre 1959 y 1980, el fin de las restricciones coloniales permitió a los pequeños propietarios ampliar sus plantaciones, en las que se cultivaba el mejor té del mundo, de 1.000 a 50.000 hectáreas, y hubo incrementos parecidos entre los productores de café. Los antiguos cultivos como el cacahuete de Senegal y el cacao de Ghana se fueron incrementando a lo largo de la década de 1960, a la par que la nueva maquinaria y los abonos químicos estimulaban la creación de nuevas plantaciones, como en el caso de la industria azucarera de Suazilandia. El segundo sector de crecimiento era el minero, en el que residía el principal potencial africano.

Mientras la minería del cobre floreció, entre otras, hasta mediados de 1970, se empezaron a explotar nuevos recursos en la zona del Sáhara (uranio en Níger, hierro en Mauritania, petróleo y gas en el norte), en África occidental (bauxita en Guinea, hierro en Liberia, fosfatos en Togo, manganeso y uranio en Gabón, petróleo en el Congo, Gabón,

[11] *WDR* (1992), pp. 220-221, 268-269.

Angola, Camerún y Nigeria) y en Botsuana (donde las minas descubiertas en la década de 1960 la convirtieron en la mayor exportadora de diamantes del mundo). La minería también ayudó a que el tercer sector de crecimiento del África subsahariana, el industrial, creciera un 7,2 por 100 anual entre 1965 y 1980. El sector manufacturero de Nigeria creció durante esos 15 años a un ritmo del 14,6 por 100 anual.

Estos modestos éxitos económicos desembocaron en una crisis a finales de la década de 1970. De las muchas razones que lo explican, algunas no son políticas. La principal fue el crecimiento de la población, excepcionalmente repentino y rápido. El coste material de la colonización de más tierras marginales y de la extensión de los servicios existentes para suministrar a millones de niños alimentos, alojamiento, dispensarios y escuelas primarias, absorbió el excedente disponible para inversiones antes de que se pudiera pensar en el desarrollo. En tales circunstancias, cualquier crecimiento *per capita* era notable. Los cambios en el escenario mundial también explican la crisis. Cuando los precios mundiales del petróleo se multiplicaron por seis durante la década de 1970, la dependencia de África del transporte a motor (más que del ferrocarril o la navegación) la hacían especialmente vulnerable. En una década, las importaciones de petróleo de Tanzania absorbieron el 60 por 100 de los ingresos por exportación, y su sistema de transportes comenzó a desintegrarse, al igual que en otros países. Las redes comerciales africanas se hundieron a mediados de la década de 1970. A lo largo de la década siguiente, los precios del cobre bajaron un 75 por 100, destruyendo las economías de Zaire y Zambia mientras, en otros lugares, quebraban muchas empresas mineras recientes. Los precios agrícolas a la exportación siguieron el mismo camino a finales de la década de 1970 y, a comienzos de la de 1990, registraron los niveles más bajos de toda su historia. Como los demás continentes producían mercancías a precios competitivos, y el crecimiento del comercio internacional había pasado a depender del nivel de intercambio de bienes manufacturados entre países industrializados, la participación de África tropical en el comercio mundial alcanzó su índice más bajo en 1.000 años. El resultado: la deuda. Unos pocos países habían sido tan temerarios como para pedir préstamos en la década de 1960, pero cuando comenzó la crisis generalizada tras las subidas del precio del petróleo, entre 1970 y 1976, la deuda externa africana se cuadruplicó. En 1991, la deuda exterior del África negra superó su PIB anual, en un porcentaje que do-

blaba el de cualquier otra región. Sólo se pagaba la mitad de lo que se debía, pero los gastos seguían superando a los ingresos procedentes de ayudas exteriores e inversiones.

Las razones políticas de la crisis están relacionadas con esa deuda. Los Estados independientes africanos tuvieron experiencias económicas bien distintas, lo que se debía en parte a que gozaron de oportunidades asimismo diversas. Costa de Marfil, a diferencia de Ghana, tenía selva virgen para cultivar cacao, mientras que Botsuana disponía de diamantes y del índice más elevado de crecimiento del mundo. Pero las decisiones económicas de los gobernantes también marcaron una diferencia.

En el momento de la independencia, en torno a 1960, la mayoría de los economistas creyeron que los países pobres podrían desarrollarse mejor si los gobiernos obtenían rentas de la agricultura y las invertían en sectores más modernos. Es lo que hicieron los líderes nacionalistas modernizadores, sobre todo los socialistas. Como dijo repetidamente Nkrumah: «El círculo vicioso de la pobreza [...] sólo se romperá mediante una abundante inversión planificada en la industria»[12]. Pero esa estrategia resultó desastrosa, tanto en Ghana como en otras regiones. Solamente era viable si las nuevas empresas cubrían sus costes de inversión, pero muchas eran proyectos de construcción de infraestructuras que sólo rendirían beneficios a largo plazo. Además, las fábricas solían ser demasiado grandes y poco eficaces; en 1982, las fábricas de Ghana producían al 20 por 100 de su capacidad. Mientras tanto, el empleo en el sector público ghanés se incrementó entre 1957 y 1979 en un 150 por 100; los impuestos y la corrupción ayudaron a reducir el precio real pagado a los cultivadores de cacao en casi un 93 por 100 entre 1957 y 1983, y la producción total de cacao descendió desde su punto álgido (572.000 toneladas en 1964-1965) hasta las 153.000 toneladas en 1983-1984. El gobierno pidió préstamos exteriores y multiplicó por 100 el volumen de dinero en circulación entre 1965 y 1984. El declive económico de Ghana no se pudo frenar hasta la década de 1980.

En 1966, cuando Nkrumah fue derrocado por un golpe militar, los líderes que tomaron el poder llegaron a la conclusión de que su estrategia era inviable. Julius Nyerere diseñó una alternativa socialista en Tanzania, recogida en la Declaración de Arusha de 1967. Arguyendo que la ayuda exterior no permitiría desarrollar la economía, que la

---

[12] Citado en T. Killick, *Development Economics in Action,* Londres, 1978, p. 44.

producción agrícola para el mercado fomentaba las desigualdades capitalistas y que los servicios no podían llegar a las poblaciones dispersas, Nyerere alentó una estrategia de desarrollo basada en el campo, cuyo núcleo eran las aldeas *ujamaa* (socialistas) que se dedicaban al cultivo comunal. Como los campesinos no protestaban, el poderoso partido gobernante «aldeizó» obligatoriamente, entre 1969 y 1976, a casi la mitad de la población rural, en ocasiones a punta de bayoneta. Esto facilitó la construcción de escuelas, dispensarios y conducciones de agua potable, pero los campos comunitarios fueron un desastre. En 1980 se estudiaron 20 aldeas, que ocupaban el 8 por 100 de las tierras, daban trabajo al 20 por 100 de los habitantes (sobre todo a los pobres) y producían menos del 2 por 100 de la producción agrícola total. Mientras tanto, el transporte se deterioró, bajaron los precios pagados al productor, bajó la producción agrícola, la inflación hizo estragos, los puestos fijos de funcionarios civiles se multiplicaron por cuatro entre 1967 y 1980, en la década de 1970 se triplicó el porcentaje de inversiones en la industria, y la estrategia centrada en el sector primario produjo en Tanzania uno de los índices de urbanización más altos del mundo (por encima del 10 por 100 anual). La «aldeización» obligatoria fue igualmente desastrosa en Etiopía y Mozambique.

Varios países adoptaron estrategias de libremercado mucho más fructíferas que las de sus vecinos socialistas, pero también entraron en crisis en la década de 1980. Kenia es un buen ejemplo. Allí los africanos se hicieron cargo, tras la independencia, de casi todas las empresas agrícolas y comerciales, excepto de las mayores. Lo que aumentó la presión encaminada a mejorar los precios agrícolas (en 1976 pagaban a su productor por el café el doble que en Tanzania) y alentó la adopción generalizada de valiosos cultivos de mercado en las zonas de montaña, elevando las rentas de los pequeños propietarios a expensas de una creciente clase campesina que carecía de tierras. Entre 1965 y 1980, el PIB *per capita* creció al 3 por 100, anual, pero, durante la década de 1980, el índice cayó al 0,4 por 100, la deuda externa se incrementó hasta absorber una tercera parte de los beneficios obtenidos con la exportación y el país se vio sumido en una aguda crisis económica y política. Costa de Marfil siguió una evolución parecida. Entre 1950 y 1990, la selva virgen permitió incrementar la producción de cacao de 61.690 toneladas a las 815.000, y la de café, de 54.190 toneladas a más de 250.000. Los planes de inversión liberales atrajeron capital extranjero, con lo que el volumen de

producción industrial creció alrededor de un 15 por 100 anual entre 1960 y 1975. Los empresarios de Costa de Marfil pasaron de la agricultura a los servicios urbanos y al sector industrial. Pero los precios a la exportación, muy bajos, arrastraron la economía a una crisis a finales de la década de 1970. Se desmoronaron los ingresos presupuestarios. Las empresas extranjeras exportaron sus beneficios. El gobierno solicitó préstamos hasta que tuvo que suspender pagos. El índice de crecimiento del PIB anual *per capita* del 2,6 por 100 anterior a 1980 se transformó en un descenso del 3,2 por 100 anual en la década siguiente. El milagro de Costa de Marfil parecía un espejismo.

El problema económico fue mucho más acuciante en Nigeria. Este país era muy pobre antes de la independencia, pero empezó a producir petróleo en 1958, cada una de sus regiones disponía de un valioso producto agrícola, había una clase comercial fuerte y el gobierno alentaba el capitalismo local. El crecimiento fue rápido hasta 1973, pues los precios del crudo procuraron una riqueza inimaginable. Entre 1968 y 1977, las rentas del gobierno se multiplicaron por 34[13]. Pero, por irónico que parezca, el crecimiento del PIB *per capita* descendió un 1,7 por 100 anual durante la década de 1970, y un 1,1 por 100 anual a lo largo de la de 1980[14]. El mercado del petróleo sólo tenía conexiones financieras con el resto de la economía. Los beneficios que aportaba sobrevaloraron la moneda nigeriana hundiendo las exportaciones agrícolas cuando las importaciones de productos manufacturados con precios a la baja socavaron la industria local. Luego, la depresión internacional de 1979-1983 y un descenso en los precios del crudo, en 1983, redujeron a la mitad las rentas públicas, lo que desequilibró su balanza de pago, obligó a pedir empréstitos públicos, disparó la inflación, redujo la capacidad industrial del país hasta por debajo del 40 por 100 y sumió la economía en el caos que seguiría reinando una década después.

África del Norte tenía dificultades parecidas, pero el crecimiento económico fue más rápido y coherente. Hasta el superpoblado Egipto tuvo un desarrollo económico importante comparado con la pobreza en la que estaba hundido antes de 1950. El golpe militar de 1952 introdujo una reforma agraria que limitó las parcelas individuales a 20 hec-

[13] P. Collier, «Oil and Inequality in Rural Nigeria», en D. Ghai y S. Radwan (eds.), *Agrarian Policies and Rural Poverty in Africa,* Ginebra, 1983, p. 207.

[14] *WDR* (1993), pp. 240, 288.

táreas, redistribuyó tierras entre pequeños propietarios y subió los salarios en el campo. Entre 1952 y 1970, el régimen del coronel Nasser liberó parcialmente a Egipto de los moldes económicos coloniales. La producción agrícola y la participación de la industria en el PIB aumentaron en torno a un 50 por 100. El porcentaje de la renta obtenida por medio de la exportación del algodón se redujo casi a la mitad. En su lugar, Egipto empezó a suministrar bienes manufacturados y mano de obra a Oriente Medio, rico gracias el petróleo, donde trabajaban casi tres millones de egipcios en 1985. El precio a pagar por el crecimiento económico fue la deuda externa, una abultada plantilla de funcionarios públicos, controles excesivos, superpoblación en las ciudades y dependencia de la importación de cereales. Sin embargo, con un crecimiento del 4,1 por 100 anual del PIB *per capita*, entre 1965 y 1990, Egipto estaba muy por encima de la media mundial[15]. Por esos años, la expansión demográfica característica de la historia del país desde Muhammad Ali se iba ralentizando.

Argelia fue la que diseñó las políticas económicas más ambiciosas. Allí, el régimen del FLN disponía de los recursos (desde petróleo hasta gas natural) y la voluntad para emprender inversiones con la mira puesta en la industria pesada estatal que el ala izquierda de los economistas consideraba el único camino hacia la industrialización. En la década de 1970, las inversiones rebasaron en Argelia el 35 por 100 de la renta nacional, y el rendimiento del sector industrial crecía a un ritmo de un 7,6 por 100 anual[16]. Sin embargo, a finales de la década de 1970 la economía estaba sobrecargada de proyectos inconclusos. Las tímidas protestas que exigían la liberalización se transformaron en una estampida cuando cayeron los precios del petróleo y subió el interés a pagar por los préstamos. En la década de 1980, el crecimiento económico no podía hacer frente al de la población. Mientras tanto, la escasez de tierras había estancado la agricultura de un país que había pasado a depender de las importaciones de cereales y se urbanizaba rápidamente.

Lo que explica que todas estas economías, aparentemente muy distintas, atravesaran por graves crisis en la década de 1980, es que tenían algo en común. Tanto si sus gobiernos eran socialistas como si eran

[15] *WDR* (1992), p. 218.

[16] R. Lawless y A. Findlay (eds.), *North Africa,* Londres, 1984, p. 163; *WDR* (1993), p. 241.

capitalistas, tomaban decisiones políticas. Los líderes africanos tenían muy presente el ejemplo del Congo y sabían que el mayor peligro, tanto para la política como para la economía, era el colapso del gobierno y la guerra civil. Para evitarlo, apoyaron a Estados y regímenes frágiles reforzando los controles gubernamentales, difundiendo el clientelismo, fomentando la acumulación por parte de la elite gobernante, favoreciendo a los volubles habitantes de las ciudades en detrimento de unos campesinos menos amenazantes y buscando votos mediante la oferta de unos servicios (carreteras, escuelas y dispensarios) cuya prestación consideraban la única función útil del Estado. Como las políticas se definían a corto plazo, las estrategias económicas de los nuevos Estados independientes africanos no eran irracionales ni se debían sólo a la avaricia. En último término, resultaron perjudiciales porque se basaban en el expolio del campo.

La producción de alimentos era uno de los aspectos más graves de la crisis económica. Los datos no eran muy fiables, pero de la mayoría se deduce que la producción de alimentos *per capita* era adecuada en el África subsahariana en la década de 1960 y empezó a reducirse en un 1 por 100 al año en los siguientes 25 años hasta que el descenso llegó a su fin a mediados de la década de 1980[17]. Las cifras enmascaraban las diferencias locales. Puede que el declive de la agricultura en Etiopía empezara en la década de 1940, mientras que en Malaui, Ruanda y Zimbabue la producción aguantó hasta la década de 1990. La población nunca careció de alimentos, sobre todo en el norte de África, gracias a las importaciones, que, a mediados de los años ochenta, se llevaban un 20 por 100 de los beneficios obtenidos por África gracias a la exportación.

Una de las razones del declive de la producción agrícola fue que el Estado desincentivara la creación de granjas. En un estudio realizado en África occidental durante la década de 1960, se llegó a la conclusión de que, de hecho, la agricultura prosperaba en proporción inversa a la interferencia gubernamental[18]. El Estado mantenía bajos los precios pagados a los productores. Los sistemas de transporte fallaban. Había cada vez menos productos manufacturados y su precio subió. Entre 1965 y

[17] J. P. Platteau, «The Food Crisis in Africa», en J. Dréze y A. Sen (eds.), *The Political Economy of Hunger*, 3 vols., Oxford, 1990-1991, vol. II, p. 281.

[18] W. I. Jones, *Planning end Economic Policy,* Washington, 1976, p. 403.

1980, los precios subieron en Zambia tres veces más en las ciudades que en el campo. Incluso cuando subían los precios de los alimentos, el crecimiento de las ciudades drenaba el campo de hombres. Las mujeres eran las responsables de gran parte de la producción de alimentos, y la carga de los hijos nacidos y vivos las hacía muy dependientes.

Tras estos factores coyunturales latían graves insuficiencias estructurales. En 1980, África en su conjunto no padecía infra ni superpoblación, pero la distribución poblacional era muy desigual. Sólo un tercio de los países disponían de tierras suficientes, entre ellos los dos mayores, Congo y Sudán. Sabemos que, mientras la población se incrementaba un 3 por 100 al año entre 1970 y 1980, sus tierras de cultivo aumentaban sólo un 0,7 por 100 anual, si bien la agricultura crecía más deprisa que la industria y el comercio. En el norte de Etiopía, la escasez de tierras fue un problema mayor. En ciertas zonas del país, cuadrillas de hombres se descolgaban con cuerdas para cultivar las laderas de las colinas más empinadas. Tampoco había mucha tierra cultivable en el norte de África y en asentamientos de población de África occidental como Igbolandia, Burkina Faso, las tierras de los hausa, densamente pobladas, así como las zonas selváticas del este y el sur de África. En estas regiones, los cultivos intensivos permitieron alimentar a grandes poblaciones, aunque a veces a base de productos menos nutritivos. En todas estas áreas, el control de la tierra estaba en manos de los linajes (excepto en Kenia), lo que evitó que los agricultores fueran desposeídos, pero el coste fue la fragmentación y un estrato creciente de agricultores muy pobres, entre ellos muchas mujeres desprotegidas, que trabajaban para vecinos más prósperos y eran especialmente vulnerables en tiempos de escasez. Allí donde aún quedaban tierras por ocupar, los funcionarios y hombres de negocios solían sacar partido de la confusión jurídica para acumular propiedades que lentamente fueron reemplazando al trabajo como fuente de ingresos básica. Gracias a las políticas públicas que incentivaban la apropiación privada de los antiguos pastos comunales, en 1981 Botsuana contaba con 19 ranchos con más de 10.000 cabezas de ganado cada uno, mientras el porcentaje de hogares del campo que carecían de ganado se elevó del 50 al 74 por 100 entre 1974 y 1991. La elite también adquirió muchas de las antiguas propiedades europeas. Lo habitual fue que el control de los pueblos de Egipto a Zambia estuviera en manos de los homólogos modernos de los Hekanath de Tebas: campesinos ricos con muchas tierras que eran propietarios de la mayor parte del

ganado, de los arados y del capital agrícola. Sus parientes no solían trabajar en el campo, tenían un acceso privilegiado a los trabajadores y, probablemente, los insumos agrícolas necesarios, controlaran los sistemas de riego y las cooperativas, ocupaban la mayoría de los cargos públicos de los ayuntamientos y partidos y distribuían el crédito y el empleo entre sus vecinos más pobres.

Mucha gente joven de las zonas con escasas tierras vacantes emigró a las ciudades, aunque algunos decidieron colonizar regiones lejanas. Los campesinos desbrozaron dos terceras partes de los ocho millones de hectáreas de selva virgen de Costa de Marfil en la segunda mitad del siglo XX. También se reclamaron las tierras abandonadas años atrás por estar infestadas de moscas tsetsé, lo que implica que este insecto había desaparecido de Malaui en la década de 1970, cuando los colonos irrumpieron en el Middle Belt nigeriano procedentes de las regiones más diversas. La necesidad había llevado a los colonos hacia las tierras marginales. Los esclavos manumitidos y siervos tuareg de Malí y Niger fueron avanzando hacia el norte por el árido Sahel a expensas de sus antiguos amos y así, en 1977, los cultivos se habían extendido 100 kilómetros más allá de los límites registrados 20 años antes. Los habitantes de las tierras altas de Etiopía y Kenia se asentaron por los valles, lucharon contra la malaria, se repartieron los pastos, no sembraron cultivos extensos ni siquiera en los años de bonanza y multiplicaron el número de víctimas potenciales de futuras hambrunas causadas por la sequía. Se cree que África perdió casi seis millones de hectáreas de pastos entre 1973 y 1988.

En las dos primeras décadas de su independencia, los gobiernos africanos hicieron caso omiso de los campesinos o incluso los explotaron, centrándose en empresas agrícolas a gran escala privadas o públicas, como granjas socialistas o estatales, ocupándose de las canalizaciones de agua y los sistemas de irrigación. Tanto las granjas estatales como las socialistas fueron un completo fracaso. Tal vez se obtengan beneficios de las grandes canalizaciones de agua en Gezira o las tierras bajas de Swazi, pero no es probable que las ingentes sumas invertidas en la canalización del agua de los impredecibles ríos de África occidental lleguen a arrojar beneficios. También fracasaron los modelos de subcontratación allí donde los agricultores utilizaban plantas procesadoras centrales, como en el caso de los productores de té de Kenia y en el caso de las granjas privadas de la sabana. En muchas áreas se recurrió a

innovaciones más modestas, como los arados de bueyes, el transporte de tracción animal o los sistemas de irrigación a pequeña escala, incentivando la agricultura en la década de 1980. Pero la baja productividad de la agricultura africana, debido a lo hostil del entorno, seguía siendo una debilidad crucial. Las cosechas de grano eran la mitad de las de Asia o América Latina. Tampoco tuvieron la opción de sumarse a la Revolución Verde y sus técnicas, que tanto éxito tuvieron en otras zonas, ya que se habían diseñado para atender a sistemas agrícolas estandarizados de entornos como el de las llanuras aluviales de la India, mientras que los agricultores africanos eran expertos en sembrar numerosos cultivos adaptables a pequeñas variaciones en la composición de los suelos y en el clima. Hasta las cosechas de maíz híbrido, muy mejorado, de África central y oriental resultaban poco rentables para los agricultores[19]. Aunque los campesinos de Ruanda o de tierras de los hausa ya practicaran desde hacía tiempo la agricultura intensiva para mantener a sus poblaciones, habían perfeccionado sus técnicas agrícolas en entornos fértiles. A finales del siglo XX, el problema era que el súbito y rápido crecimiento de la población exigía a los campesinos, acostumbrados a recurrir a técnicas de cultivo extensivas, que pasaran a los cultivos intensivos en suelos donde ningún campesino lo había logrado antes.

Además, esta exigencia se planteaba en un momento inoportuno. Las lluvias fueron más frecuentes en la sabana a partir de 1920, y alcanzaron su máximo cuando la mayoría de los Estados adquirieron su independencia. En 1961, los lagos Chad y Victoria alcanzaron el nivel de agua más alto del siglo. Después, a finales de los años sesenta dejó de llover y hubo una sequía generalizada que recurriría a intervalos regulares hasta principios de la década de 1990. Por entonces aún no se sabía que estuviéramos ante un cambio climático permanente. Ni tampoco que el desierto estuviera ganando terreno o lo graves que eran la deforestación y sobrepoblación que se avecinaban en regiones como Etiopía o Lesoto. De hecho, una sequía intermitente causó graves daños en las cosechas de la sabana tropical, sobre todo en el Sahel y Etiopía en 1973; en el norte de Uganda en 1980; en Sudán, Etiopía y Somalia en 1984-1985; en Mozambique, Angola y el sur de Sudán en diversos momentos de la década de 1980, y en Somalia en 1992. Se-

[19] J. C. McCann, *Maize and Grace: Africa's Encounter with a New World Crop, 1500-2000,* Cambridge Mass., 2005, cap. 7.

quías similares afectaron a Botsuana, Zimbabue y Kenia a finales del siglo XX sin dar lugar a hambrunas que se evitaron con ayuda de los sistemas de apoyo y la responsabilidad política. Sólo hubo muertes en masa cuando fallaron los mecanismos de previsión del periodo colonial, salvo en Etiopía, donde nunca hubo. Todas las grandes hambrunas de este último periodo, excepto las de 1973 y la crisis sudanesa de 1984-1985, se debieron, al menos en parte, a la guerra, sobre todo la hambruna gestionada deliberadamente durante la guerra civil en el sur de Sudán, en 1988. La torpeza de los gobiernos no fue de mucha ayuda, sobre todo en Etiopía, donde el sistema de transportes no daba ni para alimentar a las gentes de las regiones más alejadas. De ahí que se cebara especialmente con los pueblos de asentamientos remotos, pastores o colonos nuevos. También fue especialmente dura para los campesinos sin tierras, ya que el incremento de la población hacía las hambrunas más similares a las de Asia. Una innovación del siglo XX sobrevivió prácticamente en todas partes. Puede que en la hambruna de Etiopía de 1984-1985 murieran un millón de personas, y otras tantas en la de Somalia de 1992, pero en ningún caso el hambre se vio agravado por las epidemias. Tendremos que esperar a la realización de censos futuros para poder estimar el impacto, pero todos los datos indican que el hambre no afectó a la demografía africana.

La política

La realidad es que la política africana está centrada, en primer lugar, en los intereses puramente locales, lo que les llevaba a enjuiciar los asuntos nacionales en términos de intereses locales y a juzgar a sus representantes y al Estado por sus contribuciones al progreso local. En segundo lugar, los regímenes independientes hubieron de hacer frente a los obstáculos de siempre a la hora de crear un Estado: las grandes zonas infrapobladas, las malas comunicaciones, la alfabetización limitada, la resistencia de los pobres, celosos de su libertad, a producir excedentes y los códigos de honor que incitaban a la ostentación en el ejercicio del poder. A lo anterior había que sumar los nuevos obstáculos resultantes del cambio colonial: la arbitrariedad de las fronteras internacionales, las rivalidades regionales y sociales entre ricos y pobres, el incremento de una población más necesitada de recursos, la inesta-

bilidad de las principales ciudades, el enorme poder de las nuevas armas, y un nuevo orden social en África tropical. Finalmente, todos esos problemas se agravaron debido a la premura, a veces a la violencia y, paradójicamente, al idealismo de la descolonización. Pensemos en las coaliciones oportunistas, las rivalidades regionales fruto de la lucha política, las Constituciones a medida de los intereses a corto plazo, el deseo de imitar a los Estados-nación más modernos de la época, las expectativas infladas por victorias fáciles y un pueblo con mentalidad localista que ejercía el sufragio universal. Crear democracias estables en estas circunstancias, probablemente sea uno de los mayores retos a los que haya tenido que enfrentarse toda una generación política.

Esas tensiones confluyeron en junio de 1960, en los albores de la independencia, cuando la nueva República del Congo (luego Zaire) se hundió demostrando que la anarquía amenazaba a todo régimen cuya habilidad y poder fallaran. Cuando Bélgica intentó transferir la responsabilidad política a los dirigentes nacionalistas, reservándose el control de la función pública y militar, los soldados se amotinaron, la administración se derrumbó y se crearon cuatro ejércitos regionales. Los políticos de los pequeños grupos étnicos optaban por Estados centralizados, y los de las regiones mayores del Congo y de Lunda, por el federalismo. Cuando el poder central se desplomó, Lunda y sus líderes aliados de Katanga (Shaba) se declararon independientes con el respaldo de los intereses mineros belgas. Una fuerza de intervención de las Naciones Unidas reintegró a Katanga al seno congoleño en enero de 1963, pero luego se retiró, dejando a más de la mitad del país sumida en rebeliones regionales, movimientos milenaristas y guerras tribales con armas modernas. La situación se prolongó durante 1964-1965 hasta que el régimen militar de Joseph Mobutu restableció de forma gradual y muy brutalmente el control central.

El resto de las guerras civiles prolongadas (Eritrea aparte) fueron de tres tipos. Sudán y Chad ocupaban las antiguas fronteras entre los musulmanes del norte y los pueblos negros entre los que estos hacían incursiones en busca de esclavos. En Sudán, los británicos aislaron primero al 30 por 100 de la población sureña y luego la reintegraron a toda prisa antes de la independencia, provocando el amotinamiento del sur en 1955, intentos de islamización del sur y una guerra civil intermitente hasta 2004, cuando un acuerdo de paz dio a la minoría del sur una pequeña participación en el gobierno sudanés previendo la celebración

de un reférendum de autodeterminación en el plazo de seis años. En cambio, en Chad, los sureños constituían casi la mitad de la población y gozaban del respaldo francés, pero sus líderes cristianos trataron a los norteños con una falta de tacto que motivó la revuelta de 1965, seguida de más de dos décadas de guerras en las que los del norte se hicieron con lo que quedaba del poder central y se lo disputaron entre sí. Un segundo modelo de guerra civil es el de Angola y Mozambique, de donde los portugueses se marcharon en 1974, dejando que las antiguas guerrillas se disputasen el control sobre sociedades en las que el poder estatal se había esfumado. En Angola, el Movimiento Para la Liberación de Angola (MPLA, marxista) controlaba la capital, pero no las provincias del norte y del centro-sur, en las que el apoyo norteamericano ayudó a la oposición regional a sobrevivir durante dos décadas. En Mozambique, en cambio, el Frente de Liberación de Mozambique (FRELIMO) carecía de rivales, hasta que su socialismo dogmático y su carácter étnico llevaron a muchos campesinos a dar la bienvenida a la Resistencia Nacional Mozambiqueña (RENAMO), una fuerza desestabilizadora creada por Rodesia y Sudáfrica que se repartió el campo con el FRELIMO. Ambos partidos cayeron sobre el país como aves de rapiña hasta que se negoció la paz en 1992.

Estos desastres, unidos a la gran responsabilidad que recaía sobre los líderes de los nuevos Estados, nos permiten entender mejor la desconfianza y la implacabilidad con que los gobernantes de África ejercieron su poder. La experiencia nigeriana puso de manifiesto lo difícil que era crear democracias políticas en estas circunstancias. Nigeria había pagado un alto precio por su independencia en 1960, pues la región norteña controlaba el parlamento federal, mientras que las otras tres gozaban de mucha autonomía. Esta situación incitó al grupo mayoritario de cada una de las regiones (los hausa en el norte, los yoruba en el oeste, los igbo en el este) a controlar a las minorías locales, en conjunto una tercera parte de la población, lo que unido al localismo de los votantes y el materialismo de las tradiciones culturales dio lugar a una política claramente étnica, clientelista y, además, corrupta. Cuando los jóvenes oficiales igbo derrocaron al gobierno en 1966, su golpe fue inmediatamente tachado de «tribalista», lo que es una simplificación. Los norteños se ensañaron con los igbo locales, las negociaciones fallaron, los igbo optaron por la secesión, creando el Estado de Biafra, y el resto de la federación combatió para impedirlo, en parte por patriotismo, y en

parte porque los campos de petróleo de Nigeria estaban en Biafra pero, sobre todo, porque los pueblos minoritarios de cada región, que hubieran salido perdiendo mucho si el país se desintegraba, aportaban gran parte de los efectivos del ejército, entre ellos su comandante en jefe, el general Y. Gowon. La redivisión de Nigeria en 12 Estados en vísperas de la guerra satisfizo los intereses de las minorías y fue una de las condiciones de la paz cuando Biafra se rindió en enero de 1970 tras 30 meses de valerosa resistencia. Bajo gobierno militar hasta 1979, el sistema político nigeriano se transformó mediante la multiplicación de los Estados y la riqueza que al gobierno federal le aportaban los elevados precios del petróleo. En vez de tres regiones fuertes que luchaban por la autonomía respecto del centro, 30 pequeños Estados competían por influir sobre el centro, haciendo de Nigeria «un Estado unitario con un elemento fuertemente descentralizador»[20]. Que Nigeria sobreviviera como Estado a sus dos primeras décadas de independencia fue todo un logro, aunque puede que lo que lo explique sea que el gobernador general británico había advertido que «si Nigeria se fragmenta, no será en dos o tres partes sino en muchos pedazos»[21].

Enfrentados a estas presiones, muchos líderes de los Estados recién independizados buscaron apoyo en las burocracias heredadas del periodo colonial, otorgando la máxima prioridad a su africanización. Numerosas, tremendamente costosas, y tan autoritarias como los funcionarios del Egipto faraónico, esas burocracias eran el marco que evitaba que muchos Estados se desintegraran. Lo demostró la estabilidad de las antiguas colonias blancas donde los líderes nacionalistas habían heredado las administraciones y las fuerzas de policía creadas para reprimirlos. Pero casi nunca eran las burocracias racionales de la teoría weberiana. Antes bien, como en el Egipto del siglo XIX o entre los asante, eran patrimoniales, en el sentido de que se obtenía el cargo a cambio de lealtad personal y de servicios prestados al gobernante, en unas circunstancias en las que la movilidad social impedía la solidaridad orgánica de una clase dirigente hereditaria. Estos regímenes se basaban en las redes de relaciones personales entre un círculo elegido que en Camerún, a

---

[20] D. C. Bach, «Managing a Plural Society: The Boomerang Effect of Nigerian Federalism», *Journal of Commonwealth and Comparative politics* 27 (1989), p. 220.

[21] Macpherson a Lloyd, 16 de marzo de 1953, en D. Goldsworthy (ed.), *The Conservative Government and the End of Empire 1951-1957,* 3 vols., Londres, 1994, vol. II, p. 192.

finales de la década de 1970, constaba de no más de 1.000 personas. A diferencia de lo que ocurriera en el califato de Sokoto, gobernaban los hombres, no las leyes. «¿Sistema? ¿Qué sistema? Yo soy el sistema», declaró H. Burghiba, presidente de Túnez. Toda declaración pública de J. Mobutu tenía fuerza de ley[22]. Cada miembro de la elite encabezaba una clientela personal, por lo general de corte tribal o regional, que imponía obligaciones onerosas y le vinculaba a una localidad de la que decía ser portavoz y protector, siempre que su labor satisficiese a sus partidarios. Los patronos podían ser aristócratas hereditarios, tecnócratas educados o jefes de partido advenedizos. Como demostrarían los disturbios de Benín (antiguo Dahomey) o de Sudán, su consolidación en un único grupo dirigente fue crucial para la estabilidad del régimen. La solidaridad entre ellos podía proceder de la experiencia compartida en alguna lucha de liberación o de una idea común del desarrollo nacional. También podía provenir del amparo del gobernante, de negocios comunes, de matrimonios entre familias selectas, o de un estilo de vida diferente, la «vida de platino», como se la conocía en Abiyán. Asimismo pudo ser fomentada por la corrupción, antiguo rasgo de la política africana que (como la manipulación de los precios de los cultivos comerciales) era utilizada por los gobernantes débiles para explotar a sus súbditos sin peligro de ataques directos a su autonomía económica. El primer ministro de la República Centroafricana decía: «Todos los días digo a los miembros de nuestra creciente elite que no se avergüencen de aburguesarse ni tengan miedo de enriquecerse»[23]. En torno a 1980, el 10 por 100 de los hogares más ricos de Kenia obtenía el 45 por 100 de la renta nacional, frente al 23 por 100 del Reino Unido.

El «proyecto hegemónico» para reformar la sociedad de las elites dirigentes se basaba en tres instituciones. La primera era un partido político único, bien heredado de un movimiento nacionalista unificado (como en Tanzania), bien consolidado con ocasión de la independencia cuando los líderes de la oposición se apresuraron a unirse a los vencedores (como en Kenia), o bien creado como grupo de apoyo artificial por parte de algún usurpador (como en Zaire). Ciertos partidos únicos eran meros mecanismos para impedir la política real, que proporciona-

---

[22] M. G. Schatzberg, *The Dialectics of Oppression in Zaire,* Bloomington, 1988, p. 108.

[23] Citado en C. Young, «The Northern Republics, 1960-1980», en D. Birmingham y P. M. Martin (eds.), *History of Central Africa,* 3 vols., Londres, 1983-1988, vol. II, p. 302.

ban arenas políticas inofensivas a los ambiciosos, difundiendo la propaganda estatal, organizando las ceremonias políticas, canalizando el patrocinio e imponiendo el control social, sobre todo en las ciudades por lo demás ingobernables. Otros partidos, como el CPP en Ghana y el FLN en Argelia, se convirtieron, con el tiempo y a través del ejercicio del poder, en algo parecido. Pocos deseaban realmente institucionalizar tanta democracia como fuera posible en unas sociedades con fuertes tendencias separatistas. En Tanzania, J. Nyerere articuló esta cuestión, pero los que habían nacido tras la independencia la consideraban pasada de moda.

La segunda institución de apoyo era el ejército, pero era un arma de doble filo. Los dirigentes africanos habían luchado mucho para controlar el poder desproporcionado de quienes tenían armas. Los emiratos del califato de Sokoto, por ejemplo, habían sufrido varios golpes de Estado. El gobierno colonial había ocultado el problema, de manera que cuando se obtuvo la independencia sólo F. Houphouët-Boigny pareció haber previsto el significado político de los ejércitos reclutados en regiones atrasadas. En 1984 habían tenido lugar en el África subsahariana 56 golpes de Estado exitosos y 65 fracasados, la mitad de los gobiernos del continente procedían del ejército y muchos regímenes ostensiblemente civiles recurrieron frecuentemente al apoyo militar. Los militares se hacían con el poder por múltiples razones: acabar con los «vips del despilfarro», como decían los primeros militares nigerianos que se rebelaron contra los políticos civiles; conflictos políticos, expresados durante el golpe de Estado del coronel Gadaffi en Libia en el santo y seña: «Palestina es nuestra»; agravios específicamente militares, como la negativa a dar empleo a las antiguas tropas coloniales que, en 1963, precipitó en Togo el primer gran golpe militar de África tropical; el temor a la victimización, que estimuló el golpe del coronel Amin en Uganda, o la simple rivalidad étnica y la ambición personal. Algunos regímenes militares fueron tiranías brutales, pero la mayoría hicieron lo mismo que sus antecesores civiles.

El tercer elemento que daba seguridad a los regímenes africanos era el orden internacional. Hasta el fin de la Guerra Fría, a finales de la década de 1980, la ayuda exterior brindaba a los gobernantes africanos un amplio poder de patronazgo con escasos costes en cuanto a dependencia. La Organización de las Naciones Unidas y la Organización para la Unidad Africana, fundada en 1963, actuaban como «sindicatos

de Jefes de Estado» (en palabras de J. Nyerere), y salvaguardaron la inviolabilidad de las fronteras coloniales. Esta es la razón de que los Estados independientes africanos, a diferencia de sus regímenes, gozaran de una estabilidad mucho mayor que sus equivalentes en América Latina o Asia. El precio a pagar, que posiblemente compensaba, eran los regímenes irresponsables, la xenofobia hacia otros nativos de África y el colapso de los sueños panafricanos.

Con el fin de controlar a la sociedad, los regímenes recién independizados intentaron destruir o apoderarse de las redes de poder independientes, que podían ser grandes compañías extranjeras, como la Union Minière, nacionalizada en 1967, o bien entidades regionales o étnicas, ya que, aparte de las prolongadas guerras civiles de las que hemos hablado, muchos Estados contaban con al menos una región que quería una autonomía que era incapaz de defender al carecer de las armas modernas. Los reinos precoloniales sólo podían sobrevivir si coincidían con Estados modernos como Marruecos o Suazilandia. En otras regiones hubo víctimas tempranas de regímenes centralizadores, por ejemplo en la Uganda de 1967. Los Estados plurales como Nigeria dieron a los «dirigentes tradicionales» (que en la práctica solían ser miembros de las elites modernas) mucho prestigio pero poco poder institucional. Los regímenes más totalitarios estaban de acuerdo con el FRELIMO en que «en aras de la nación, la tribu ha de morir». Probablemente, pocos ciudadanos estuvieran de acuerdo con ellos, pues no entendían el conflicto entre las identidades étnicas y las nacionales[24]. Otros grupos sociales adoptaron los mismos puntos de vista. Un dirigente minero de Zambia insistía, en 1968, en que «todos somos miembros de la UNIP, pero no mezclemos la política con cuestiones sindicales». Su sindicato obrero era uno de los pocos lo suficientemente fuertes como para conservar su libertad de acción. La idea de las asociaciones y cooperativas de campesinos tuvo menos éxito. Los regímenes más paranoicos también desafiaron a las instituciones religiosas, si bien su incapacidad para suministrar este tipo de servicios frenó los ataques.

La mayoría de los regímenes recién independizados obviaron la democracia, pero algunos conservaron una mayor libertad política que otros. Botsuana, con una economía próspera y una gran homogeneidad étnica, celebraba elecciones regulares. Gambia, pese a sus escasos éxitos

[24] Schatzberg, *Dialectics,* p. 25.

económicos, hizo lo mismo hasta 1994. A Senegal lo unió mucho el islam y la lengua y cultura wolof. Tras un periodo de democracia limitada, se restauró una competitividad política relativamente libre a comienzos de la década de 1980. Pero, para entonces, la mayoría de los Estados unipartidistas habían caído en una espiral de agotamiento, falta de popularidad y represión a medida que sus economías se endeudaban hasta el punto de no permitir desarrollo alguno. Los años de optimismo en África pertenecían al pasado.

12
Industrialización y raza en Sudáfrica, 1886-1994

La actual Sudáfrica merece un tratamiento aparte, ya que el descubrimiento de oro en el Witwatersrand en 1886 le impuso una trayectoria diferente a la de los demás países del continente, llevándola a una economía industrial, al atrincheramiento del poder blanco local y a un sistema único de represión racial que culminó en el programa de *apartheid* de 1948 que, impuesto por el poder central, suponía la segregación racial bajo dominio blanco. Pero aunque África del Sur fuera tan distinta del resto del continente como el Egipto faraónico, compartió con los demás muchos procesos históricos fundamentales. El más importante fue el incremento demográfico, de unos tres o cuatro millones de habitantes en 1886 a los 39 millones de 1991. Lo que, como en otros lugares, alimentó la competencia por los recursos rurales, la urbanización en masa, el conflicto generacional y un sobredimensionamiento del Estado. A comienzos de la década de 1990, estas circunstancias, unidas al desarrollo industrial y al contexto internacional, permitieron a la población negra obligar a sus gobernantes a negociar un arreglo a largo plazo para garantizar su seguridad. El gobierno electo en 1994 hubo de de enfrentarse a los problemas socioeconómicos que afligían a todo el continente. Pero su índice de crecimiento de población ya había alcanzado su máximo y poseían los conocimientos y recursos que hacían que esos problemas fueran potencialmente más fáciles de superar.

Minería e industrialización

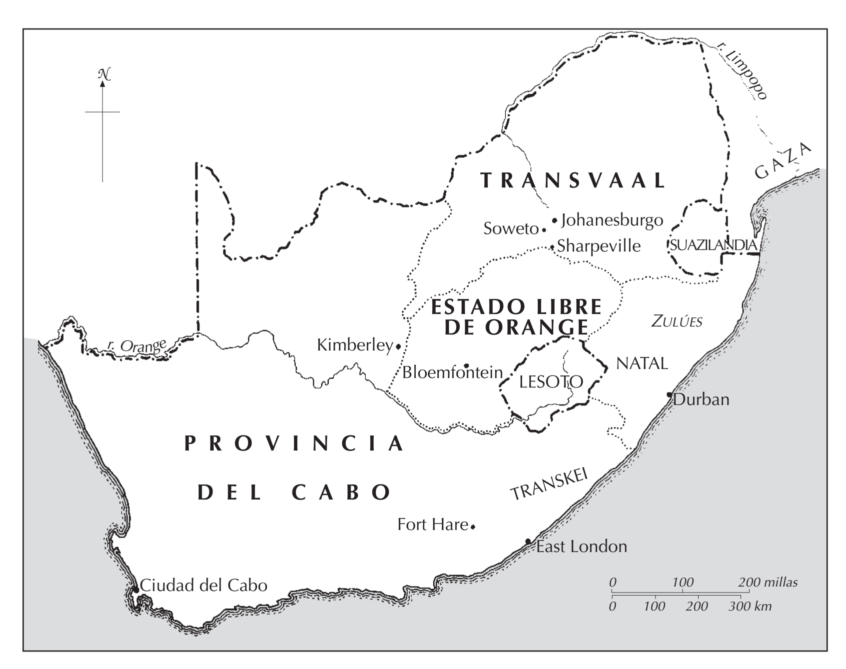
El yacimiento de oro descubierto en 1886 en el Witwatersrand no se parecía en absoluto a los primeros pozos de diamantes de Kimberley. Allí los negros no podían reclamar propiedad alguna, ya que el

Witwatersrand no se hallaba en la Colonia de El Cabo, oficialmente multirracial, sino en la República de África del Sur (Transvaal), cuyo gobierno afrikáner limitó inmediatamente las reclamaciones a los blancos. Tampoco lograron sobrevivir mucho tiempo los pequeños mineros blancos, ya que en la geología específica del Witwatersrand se hallaban desperdigadas escasas vetas de oro en un estrecho filón de roca dura –1 onza (28,35 gramos) de oro por cada 4 toneladas de roca– y, para extraer el oro, había que utilizar maquinaria pesada y la más moderna tecnología química. A finales de la década de 1890, los pozos tenían unos 1.100 metros de profundidad, y el Rand producía más de la cuarta parte del oro del mundo. Por consiguiente, desde sus comienzos, el Witwatersrand estuvo dominado por gigantescas compañías mineras cuyo capital procedía de Kimberley, pero sobre todo de Europa. Las naciones industriales compraron oro a precios fijos, pero en cantidades prácticamente ilimitadas, por lo que las compañías mineras carecían de incentivos para restringir la producción o para hacerse mutuamente la competencia. En fecha tan temprana como 1889 ya formaron una Chamber of Mines (Cámara Minera), cuyo principal cometido fue reducir los salarios de los africanos, ya que con los precios fijos, y dado que el salario suponía más de la mitad de los costes de producción, la rentabilidad de la minería dependía del control del nivel salarial. Los mineros blancos, necesarios al principio por su destreza, llevaron de Kimberley la práctica de reservar el trabajo especializado para los blancos, propia del sistema racial existente en la República de Sudáfrica. Su lucha les llevó a cobrar 10 veces el salario medio de los negros en 1898, el doble de lo establecido en Kimberley una década atrás. Para ajustar esas diferencias sin perder beneficios, la Cámara Minera decidió, en 1896, mantener los salarios de los africanos por debajo de un nivel que permaneció inalterado hasta 1971.

Se pudo reducir los salarios gracias a los cambios en la procedencia de los trabajadores africanos. Muchos eran inmigrantes, no porque los propietarios de minas lo deseasen (opinaban que los trabajadores inmigrantes eran costosos y poco eficaces), sino porque los africanos se negaban a cambiar los derechos adquiridos sobre tierras agrícolas por la vida llena de peligros, enfermedades y pésimas condiciones de la minería de profundidad, «el infierno mecanizado», como la describía un misionero. Al principio, por tanto, los propietarios de minas tenían que

pagar salarios lo suficientemente altos como para atraer temporalmente a los africanos, pero todo cambió cuando estos últimos perdieron su independencia. Entre 1895 y 1897, los portugueses conquistaron el reino de Gaza, al sur de Mozambique, e implantaron allí impuestos y trabajos forzados (a los que, por cierto, pronto siguieron una epidemia que afectó al ganado y una hambruna). Entre 1896 y 1898, tres quintas partes de los 54.000 trabajadores de las minas de oro eran africanos del sur de Mozambique, que aportó el mayor contingente de mineros hasta la década de 1970. Muchos otros procedían del Transkei y de Lesoto, un 20 por 100 de cuyos hombres laboralmente útiles trabajaron en algún momento en Sudáfrica en 1911, y un 47 por 100 en 1936. En lugar de trabajar fuera de sus países una vez, en su primera juventud, los hombres se pasaron la vida deambulando entre sus hogares y sus centros de trabajo. Las economías rurales pasaron a depender de lo que enviaban a sus casas. Las familias de las aldeas aprendieron a sobrevivir con los padres ausentes, y a menudo desaparecían los hogares patriarcales y polígamos para dar paso a un hogar de tres generaciones en el que una mujer vivía con sus padres y sus hijos hasta que el marido se jubilaba y volvía, a veces tuberculoso, pues esta enfermedad afectaba a una gran mayoría de los adultos del Transkei en 1930.

Para los cultivadores africanos, la minería del oro dilató inicialmente el beneficioso mercado urbano ya abierto en Kimberley. La producción de maíz se incrementó entre los zulú, los soto y, sobre todo, entre los pueblos del Estado Libre de Orange y de la República Sudafricana, además de en Natal, donde los campesinos que disponían de arados tirados por bueyes experimentaron una prosperidad que sus hijos recordaban como una edad de oro, ya fuese cultivando las escasas tierras que les quedaban o trabajando como aparceros en las haciendas de blancos. No obstante, desde la década de 1890, los empresarios blancos que competían por los mercados urbanos y por la mano de obra africana intentaron convertir a los arrendatarios primero en jornaleros y luego en labradores sin tierras. Este y no otro era el objetivo de la Natives Land Act (Ley sobre Tierras de los Nativos) de 1913, que prohibía las transferencias de tierras entre razas, fijaba la participación de los africanos en las tierras de África del Sur en un 7 por 100 (posteriormente, un 14 por 100) y limitaba el número de aparceros y arrendatarios que podían residir en una granja de blancos fuera de la provincia de El Cabo.



Mapa 14. Industrialización y raza en Sudáfrica.

Pero la ley no podía cambiar la vida en el campo por sí sola. En el periodo de entreguerras hubo un violento conflicto agrario cuando los hacendados impusieron unas condiciones más severas a los residentes africanos, que replicaron incendiando cosechas, degollando al ganado y creyendo en las promesas milenaristas de profetas religiosos y políticos. En fecha tan tardía como 1954, un 20 por 100 de las haciendas «blancas» carecía de residentes blancos, pero para entonces la mecanización de la agricultura ya había expulsado de las tierras a arrendatarios y aparceros, como en otras partes de África. Mientras tanto, el incremento de la población fue rebasando las limitadas y superexplotadas reservas africanas generando más pobreza. Incluso en la década de 1920, las reservas sólo cubrían la mitad de sus necesidades de alimentos, y el porcentaje fue descendiendo después de modo sostenido. Sólo las minúsculas elites privilegiadas se aferraban a la propiedad absoluta necesaria para financiar la educación y las carreras profesionales de sus hijos.

La comercialización de la agricultura como réplica al crecimiento de la minería y de las ciudades también supuso cambios para la población rural blanca. Sus haciendas se hicieron más pequeñas y más nume-

rosas, pero los *bijwoners* («ocupantes»), que habían pastoreado su escuálido ganado en las franjas aledañas a las haciendas del siglo XIX, fueron expulsados de las tierras y pasaron a unirse a los más de 300.000 blancos (alrededor de una sexta parte del total de la población blanca) que en 1930 «vivían en gran pobreza», frecuentemente en los barrios bajos de las ciudades industriales. Dada la dureza y antigüedad de las rocas de Sudáfrica, la pobreza de las tierras y las sequías intermitentes, al Estado le costó 112 millones de libras esterlinas en subsidios a la agricultura europea mantener, entre 1911 y 1936, al hombre blanco en las tierras y ganarse sus votos, sobre todo mediante un sistema de mercado apoyado por el Estado, que incorporaba servicios de extensión, y a través de la utilización de los transportes de acuerdo con los intereses de los hacendados. A diferencia de lo que en otras partes solían hacer los colonos blancos, muchos hacendados sudafricanos se negaron a convertirse en productores de cosechas específicas para la exportación, como el vino o el café. Pese a su bajo rendimiento, en 1919 el maíz suponía el 39 por 100 del valor de su producción total el 32 por 100 en 1976. El monopolio blanco del mercado de alimentos impidió a los africanos negociar una subida de salarios por encima del nivel de subsistencia. El número de labradores africanos y de color se elevó paulatinamente hasta llegar a un máximo de 1.500.000 en la década de 1960. Muchos eran más pobres que cualquier africano de la ciudad o de la población de las reservas, y a finales de la década de 1930 ganaban un salario medio de 20 libras esterlinas al año.

Aunque la minería de oro fuera vital para la industrialización sudafricana, no fue su causa directa, al igual que 80 años de minería del cobre no industrializaron Zaire; la industrialización de Sudáfrica no fue un proceso repentino. En 1891, el rendimiento de las manufacturas de la Colonia de El Cabo ya era mayor que el de su producción de diamantes. Sin embargo, en la República Sudafricana, la minería del oro estimuló la construcción de ferrocarriles, la urbanización, la minería del carbón y la electricidad por combustión de hulla, la fuente principal de energía industrial. En 1914, el Witwatersrand poseía la mayor estación productora de energía eléctrica de la región, dotada de la ultimísima tecnología alemana. El rendimiento de las manufacturas se duplicó durante la Primera Guerra Mundial, y casi se duplicó nuevamente a lo largo de la década de 1920. Lo que explica el crecimiento industrial aquí, en comparación con África tropical, es que la indepen-

dencia política permitió a los blancos sudafricanos ser nacionalistas en lo económico. Cuando fue primer ministro, de 1919 a 1924, el general J. C. Smuts hizo de la industrialización el principal objetivo de la política estatal. El gobierno nacionalista afrikáner que le sustituyó en 1924 aplicó aranceles protectores e invirtió los ingresos por minería en la industria, sobre todo en la Iron and Steel Corporation, de propiedad estatal, que comenzó su producción en 1934 y estuvo a la cabeza de la transición hacia la industria pesada que tanto costaría luego a los países del norte. Cuando Sudáfrica abandonó el patrón oro, en 1933, el gran aumento del precio de este metal estimuló un crecimiento muy rápido que permitió que la economía no cayera en la trampa de la deuda externa: el principal obstáculo con el que tropezara la industrialización en Argelia y otros países africanos en la década de 1980. Entre 1911 y 1945, el porcentaje de la deuda externa respecto de la deuda pública total bajó del 91 al 3 por 100[1]. Otro avance significativo tuvo lugar durante la Segunda Guerra Mundial, cuando el empleo en las manufacturas creció un 60 por 100 y la industria pesada pasó de la producción artesanal a la manufactura en masa, primero de material de guerra y con posterioridad de productos de consumo duraderos. El porcentaje de producción de metal y la utilización de maquinaria en la producción de manufacturas creció entre 1936 y 1951 desde el 4 al 19 por 100, convirtiendo a Sudáfrica en un país decididamente industrial, con muchos rasgos característicos de las economías de industrialización tardía: grandes empresas, predominio del sector estatal, gran dependencia de las exportaciones primarias (de oro), y una represión severa del mundo laboral. La mano de obra barata, la energía asimismo barata, el oro, el buen gobierno y la implementación paulatina fueron las peculiaridades más destacadas de la industrialización sudafricana.

Su consecuencia más espectacular fue una rápida urbanización. En 1891, los 51.000 habitantes de El Cabo hacían de ella la mayor ciudad de Sudáfrica. Pero en 1896, Johannesburgo, fundada apenas 10 años antes, ya tenía 100.000 moradores, mitad blancos y mitad negros, en una anarquía urbana descrita como «un Montecarlo superpuesto a una Sodoma y Gomorra»[2]. La población urbana total del país, de aproximadamente

[1] D. Yudelman, *The Emergence of Modern South Africa,* Westport (conn.), 1983, p. 258.

[2] W. F. Butler, cit. en D. Cammack, «The Johannesburg Republic», *South African Historical Journal* 18 (1986), p. 48.

1.225.000 habitantes en 1904, subió a 3.218.000 en 1936, de los que un 68 por 100 eran blancos y un 19 por 100 africanos. Las autoridades municipales intentaban controlar la urbanización segregando a los africanos en poblados, algo que luego pasó a ser política nacional tras la promulgación de la Natives (Urban Areas) Act de 1923. Imponer este modelo a una ciudad llena de mineros como Johannesburgo iba más allá de las atribuciones municipales. Cuando se derribaron los poblados de chabolas multirraciales del centro de la ciudad, en la década de 1930, se trasladó a sus habitantes africanos, no a los poblados distantes, costosos y estrictamente vigilados de Orlando (el núcleo de la actual Soweto), sino a tierras libres de Sophiatown y Alexandra, cerca de la ciudad blanca. En 1936, un 37 por 100 de la zona residencial de Ciudad del Cabo era racialmente mixta, sobre todo la zona de trabajadores, mayoritariamente negros, denominada Distrito Seis, cercana al centro de la ciudad.

Hasta la década de 1920, la mayor amenaza para los propietarios de minas y para el Estado no procedía de los mineros africanos, sino de los trabajadores europeos. Inicialmente, la mayoría de los mineros blancos eran inmigrantes solteros en busca de ganancias rápidas antes de que se los llevase la tuberculosis. Defendieron vigorosamente sus puestos de trabajo y la diferencia racial de los salarios frente a unos patronos ávidos por sustituirlos por africanos igualmente competentes pero más baratos. Los mineros blancos practicaban el sindicalismo militante y el racismo. En 1893, el sindicato exclusivamente blanco de mineros impuso a los patronos un monopolio de las voladuras. Veinte años después, una huelga obligó a los patronos y al Estado a reconocer el sindicato. De 1911 a 1925, el Partido Laborista controló el gobierno municipal de Johannesburgo, cuyos empleados fundaron brevemente un soviet en el ayuntamiento, en 1918. Se fundó un partido comunista en 1921. Un año después, cuando los patronos intentaron romper el sindicato y reducir la proporción de mineros blancos, los «Comandos de Huelga» convirtieron un paro en la Revuelta del Rand, cuyos cabecillas tomaron el poder en varias ciudades mineras hasta que el ejército los sofocó con un coste de entre 150 y 220 vidas. Llegados a ese punto, sin embargo, el Estado hizo uso de su victoria para someter tanto al capital como al trabajo. La enmienda a la Ley sobre Minas y Obras Públicas de 1926 fijó la cuota de mineros blancos y negros, permitió a los propietarios de minas mecanizar su industria, e hizo que los mineros fueran los obreros blancos mejor pagados.

A los trabajadores negros, en cambio, la militancia temprana apenas les rindió frutos. Las esporádicas huelgas de estibadores africanos en Port Elizabeth y Ciudad del Cabo pueden retrotraerse a mediados del siglo XIX, pero la primera huelga minera africana de 1913 en el Witwatersrand fue interrumpida por tropas con la bayoneta calada. La urbanización rápida, el crecimiento urbano y la inflación durante la Primera Guerra Mundial radicalizaron a los oficinistas tanto como a los trabajadores manuales, alentando varias huelgas fallidas en 1917-1920 y dando a luz al primer gran sindicato africano, la Industrial and Commercial Workers Union (ICU) (Unión de Trabajadores de la Industria y el Comercio). Este surgió en los muelles de Ciudad del Cabo a lo largo de 1918, encabezado por un escribiente de Nyasalandia llamado Clements Kadalie, y tuvo gran auge primero como sindicato urbano general y luego como canalizador de una protesta rural casi milenarista, proclamando los agravios a los aparceros y arrendatarios del alto *veldt*. En su mejor momento, en 1927, el ICU dijo tener 100.000 afiliados, pero luego se fue desintegrando presa de la desilusión. En 1933 sólo había tres sindicatos africanos en Sudáfrica, ninguno de ellos reconocido por el Estado. En la década siguiente, comunistas y trotskistas fueron construyendo un movimiento obrero desde los cimientos. La militancia en tiempos de guerra culminó en 1946 en una gran huelga minera africana, pero su violenta represión, con al menos 9 muertos y 1.200 heridos, demostró que aún mandaban los patronos y el Estado.

La política entre 1886 y 1948

La minería y la industrialización transformaron la política sudafricana. En 1899, los británicos emprendieron la costosa Guerra Anglo-Bóer con el fin de proteger su supremacía regional de la creciente riqueza y poder de la República de Sudáfrica, pero las guerrillas afrikáneres sólo se rindieron cuando se reconoció en la Paz de Vereeniging, de mayo de 1902, que «la cuestión de conceder el voto a los nativos no se decidiría hasta la introducción del autogobierno»[3]. El control británico de Sudáfrica dependía de su capacidad para atraer suficientes inmigrantes de habla inglesa al Transvaal como para superar en votos a los afrikáneres.

---

[3] W. K. Hancock, *Smuts,* 2 vols., Cambridge, 1962-1968, vol. I, p. 159.

Esto suponía volver a la producción de oro e incluso aumentarla, y dependía del reclutamiento de mano de obra no blanca. Como no hubo suficientes africanos que aceptaran el trabajo y los salarios ofrecidos, se contrató a unos 60.000 obreros chinos, pero eso alienó a los trabajadores blancos angloparlantes, que se opusieron a los planes imperiales de 1907 aliándose políticamente con los líderes afrikáneres.

Estos sucesos fueron capitales para el nacionalismo afrikáner. Los afrikáneres del siglo XIX eran muy conscientes de lo que les diferenciaba de británicos y africanos pero, en los últimos 30 años del siglo, el gobierno de El Cabo y el surgimiento de otros Estados modernos en las repúblicas del norte habían fomentado el patriotismo transversal. El presidente P. Kruger depuso a J. F. Hofmeyr, el líder afrikáner de El Cabo, por «traidor a la causa afrikáner». La guerra anglo-boer subsanó en parte esas divisiones, ya que muchos afrikáneres de El Cabo simpatizaban con las repúblicas y a veces las ayudaron. Pero también abrió nuevos conflictos entre quienes abogaban por la rendición y los que siguieron resistiendo. Fue la unificación de África del Sur y la creación de un sistema electoral lo que unió a los afrikáneres en un nacionalismo político, al igual que sucediera posteriormente en África occidental. La unificación fue llevada a cabo tanto por los británicos como por los políticos blancos locales, en especial los exgenerales afrikáneres, Botha y Smuts, cuyo partido, Het Volk (El Pueblo), ganó las primeras elecciones en el Transvaal en 1907 con ayuda de los trabajadores, garantizando el liderazgo afrikáner en Sudáfrica. Las negociaciones que condujeron a la independencia bajo la Act of Union (Acta de Unión) de 1910 crearon un gobierno central fuerte, defendieron a ultranza la igualdad ante la ley de la lengua inglesa y la holandesa (tras 1925 denominada afrikáans), manteniendo los privilegios existentes en cada provincia antes de la guerra, de modo que los africanos y los mestizos sólo obtuvieron derecho al voto (y limitado) en El Cabo.

El South Africa Party (Partido de Sudáfrica), encabezado por Botha y Smuts, formó el primer gobierno de la Unión. Procuró la reconciliación entre afrikáneres y británicos, pero la ayuda de Sudáfrica a los británicos durante la Primera Guerra Mundial precipitó la rebelión fallida de los afrikáneres extremistas, así como las disputas sobre las relaciones imperiales. En 1924, el Partido Nacional del general Hertzog obtuvo el poder con los votos de la mayoría de los afrikáneres del campo. En política interior, el partido aprobaba el estatuto de *dominion* reconocido en 1926. En lo interno, impulsó la ayuda a los blancos pobres,

así como la segregación de los africanos, ya prevista en la Natives Land Act de 1913 y en la Natives Urban Areas Act de 1923. Casi todos los blancos sudafricanos favorecieron la segregación, incluso los misioneros y los liberales, ávidos de proteger a los africanos del desarraigo. Para Hertzog, un elemento clave de la segregación era borrar a los votantes africanos de El Cabo (10.628 en 1935) de los censos comunes, y darles representación e instituciones separadas. Para obtener la mayoría de los dos tercios necesaria para esa reforma constitucional y hacer frente a los problemas económicos propios de la depresión internacional, Hertzog fusionó su partido con el de la oposición de Smuts en 1934. El nuevo United Party (Partido Unido) sacó a los africanos de los censos electorales en 1936, pero la fusión le enfrentó a los extremistas afrikáneres, que consideraban al nuevo partido una coalición capitalista destinada a dividir a la nación afrikáner en clases. Dejaron el partido en 1934, pasando a formar el Purified National Party (Partido Nacional Depurado), con D. F. Malan a la cabeza, quien se convirtió en el principal defensor del separatismo étnico. Obtuvo el apoyo de los afrikáneres a finales de la década de 1930 basándose en el cultivo deliberado de la lengua afrikáans, en la noción de nación *völkisch,* tan de moda entonces en la Europa continental, en la determinación de conquistar la igualdad económica con los angloparlantes, y en el simbolismo histórico popularizado por el centenario de los Voortrekker en 1938. Cuando la entrada de Sudáfrica en la Segunda Guerra Mundial derrocó al gobierno de Hertzog y dejó a Smuts en el poder, se produjo una dura batalla por el liderazgo de los afrikáneres que ganó Malan. En 1945 se hallaba en situación de reunificar al Volk.

La Guerra Anglo-Bóer y la Unión fueron, asimismo, momentos clave en la organización política para los africanos y la gente de color. Había unas 445.000 personas de color en 1904 que constituían el 9 por 100 de la población del Cabo. En 1902, a finales de la guerra anglo-boer, crearon su mayor organización, denominada African Political Organization (APO) (Organización Política Africana), gracias a la pequeña elite profesional dirigida por el Dr. Abdullah Abdurahman. Su meta era defender la identidad de la comunidad y ampliar sus derechos, sobre todo el derecho al voto, en las provincias del norte recién conquistadas. Pero ese objetivo no cabía en la Paz de Vereeniging. En cambio, la APO sobrevivió como portavoz de la elite mestiza de El Cabo, cuya aspiración a formar parte de las instituciones de los blancos la distanció de la mayoría de los trabajadores negros.

Tras la década de 1880, las elites africanas educadas en las misiones de la Colonia de El Cabo y Natal (clérigos, profesores, funcionarios, hacendados) formaron las primeras asociaciones políticas, modernas de africanos. Eran modestas y la más articulada fue el Congreso Nativo Sudafricano, fundado en la Provincia Oriental del Cabo en 1898. Tras la victoria británica en 1902, estas asociaciones fomentaron la creación de grupos similares en el Transvaal y el Estado Libre de Orange, urgiendo la extensión de los privilegios de El Cabo a esas provincias. Cuando la Act of Union acabó con estas esperanzas y el nuevo parlamento blanco empezó a debatir sobre la segregación territorial, los líderes de la elite se reunieron en Bloemfontein en 1912 para formar el Congreso Nacional Nativo Sudafricano (luego, Congreso Nacional Africano, CNA) «con el propósito de crear la unidad nacional y de defender nuestros derechos y privilegios». El CNA hizo campaña contra la Land Act de 1913 mediante la presentación de peticiones y el envío de delegaciones. Como así no conseguían nada, en 1917 sustituyeron a sus dirigentes más moderados por hombres más radicales del Witwatersrand, quienes metieron a la organización en las huelgas de posguerra y organizaron protestas contra los salvoconductos. Alarmados, los moderados recobraron su liderazgo en 1920; lo volvieron a perder en 1927 frente al comunista Josiah Gumede y le derrocaron una vez más en 1930. La década siguiente fue la menos activa de la historia del CNA. En 1936 no defendió el derecho al voto para los africanos de El Cabo. Cuatro años después, sus fondos ascendían a 15 chelines[4].

La vitalidad de la política africana de entreguerras residía en otros dos ámbitos. Uno fue el campo, donde la protesta adoptó formas milenaristas (como en las Iglesias sionistas, o en el apoyo de los aparceros al ICU), o bien se centró en la resistencia a sacrificar el ganado, a conservar los suelos y a colaborar en otros planes oficiales para salvar las atestadas reservas. También había mucha actividad política en las ciudades, donde surgió un estilo de vida entre la clase trabajadora, conocido a menudo como cultura marabi. Se basaba en la música, el baile, el sexo, las pandillas juveniles y el licor ilegal que se servía en los bares clandestinos de los barrios chabolistas del centro de la ciudad y en los distritos segregados como Sophiatown. La acción política urbana a veces no iba más allá del rechazo a las incursiones represoras de la policía para frenar

[4] P. Walshe, *The Rise of African Nationalism in South Africa,* Londres, 1970, p. 390.

el consumo de licores, pero podía derivar en protestas contra los pases (en concreto, contra los intentos de que las mujeres llevaran salvoconductos) y en boicots a las cervecerías municipales, como los de Durban en 1929-1930 que duraron 18 meses. Eran las bases las que organizaban estas protestas a pequeña escala: empleados o artesanos en paro, conductores de taxi, propietarios de chabolas, herboristas y predicadores sionistas que sacaban ideas y consignas de organizaciones modernas como el ICU, el CNA y el Partido Comunista, a la par que recurrían a símbolos y creencias indígenas. Por ejemplo, en un mítin celebrado en East London (provincia de El Cabo) en 1930, la oradora que habló tras Clements Kadalie era una ayudante de cocina del Strand Hotel y profetisa que

> dijo que había recibido un mensaje divino que le decía que todos los nativos debían escuchar lo que les decía Kadalie. Dios le había revelado que Kadalie era el líder llamado a hacer resurgir África. Además había recibido otro mensaje de Dios Todopoderoso que decía que Kadalie iba a ir a la tierra de los gcaleka en el Transkei y allí organizaría a los AmaXhosas en el Gran Lugar del Jefe Supremo[5].

Estas políticas populares, con frecuencia abiertamente racistas y tribales, tenían poco que ver con las sosegadas resoluciones multirraciales de las conferencias del CNA.

La Segunda Guerra Mundial contribuyó en cierta medida a fusionar ambos niveles políticos. En 1944, los jóvenes del University College (para mestizos) de Fort Hare, hartos de los «caballeros de manos limpias» que regían el CNA, formaron en su seno una liga juvenil pensada como «grupo consultivo y motor» para presionar al Estado con la intención de lograr la igualdad política plena. Deseaban asociar al Congreso con la protesta popular habida durante la guerra a causa del crecimiento industrial que, al fomentar la urbanización en masa, repercutió sobre la vivienda y las condiciones generales de vida. Los residentes de Alexandra protestaron boicoteando los autobuses públicos, andando a pie 9 millas (14,5 kilómetros) para ir y volver del trabajo, en lugar de pagar la subida de 1 penique del billete. En otra protesta, cerca de 100.000 personas sin hogar acamparon ilegalmente

[5] B. Beinart y C. Bundy, *Hidden Struggles in Rural South Africa,* Londres, 1987, p. 314.

en solares vacíos de Johannesburgo y sus afueras. La urbanización acabó con la segregación. Smuts se quejaba en 1942: «Es como si se intentase contener al océano con una escoba». Los residentes blancos de Durban también afirmaron que los barrios indios «inundaban» sus suburbios, exigiendo su contención, o la repatriación de las personas de color. Cuando acabó la guerra, todas las tendencias políticas estaban de acuerdo en que Sudáfrica necesitaba un nuevo orden racial, y en que solamente el gobierno central podría establecerlo.

El predominio del *apartheid*

En 1948 el electorado blanco optó claramente por la política racial. El National Party de D. F. Malan presentó el *apartheid,* palabra de nuevo cuño para describir una segregación más rígida y centralizada, que confinaba a cada raza en unas zonas específicas, asignando a los trabajadores negros a granjas o ciudades, pero prometiendo asimismo a cada raza el respeto a su cultura y el gobierno de sus propios asuntos. El United Party de J. Smuts, por el contrario, se proclamaba defensor del ordenamiento racial tradicional de Sudáfrica, en el que el Estado ayudaba a las comunidades a segregarse de forma voluntaria, pero consideraba que la urbanización africana era irreversible, y que lo deseable era una asimilación gradual a la cultura occidental. Curiosamente, ganaron los nacionalistas con sólo el 40 por 100 de los votos. Sus primeras medidas se encaminaron a la obtención de un mayor apoyo blanco, suprimieron los matrimonios mixtos, crearon procedimientos universales de clasificación racial y fijaron los criterios de segregación obligatoria en la Group Areas Act (Ley Sobre Áreas Asignadas a Grupos Étnicos) de 1950. Cuando más tarde contaron con más apoyo y confianza, su programa adoptó el «*apartheid* positivo», que incluía un sistema diferenciado de enseñanza bantú y *homelands,* con «autogobierno» pero dependientes, para las diversas «tribus» africanas. Los gobiernos de entreguerras aprobaron las leyes de segregación y el régimen nacionalista las implementó. El *apartheid* aportó poder, no política; un poder basado en la riqueza y la capacidad administrativa del Estado industrial, en la fe en la intervención estatal y la ingeniería social comunes al mundo de la posguerra, y en el racismo, que justificaba la incansable lucha de los nacionalistas contra el pueblo negro.

Hasta mediados de la década de 1970, el *apartheid* tuvo un éxito notable. Su principal logro fue la segregación en las ciudades, donde se había desplazado a los habitantes negros a poblados suburbanos aislados por «cinturones de ametralladoras», estrategia que hicieron posible los trenes eléctricos y el transporte mecanizado. Sophiatown, el distrito segregado de Johannesburgo, fue destruido entre 1955 y 1963, y los africanos fueron realojados en las 113.000 viviendas de los bloques de hormigón de Soweto, divididos por tribus. Los alrededor de 120.000 africanos de Cato Manor, principal asentamiento libre de Durban, fueron realojados en dos poblados del cercano *homeland* de los kuazulúes. El Distrito Seis de Ciudad del Cabo fue arrasado en la década de 1970, y sus habitantes negros fueron reasentados asimismo en bloques de hormigón en pleno erial donde, según un informe parcial de 1982, llegó a haber hasta 280 pandillas juveniles callejeras. La legislación establecía que sólo los africanos nacidos en una ciudad o que trabajaran allí de manera continuada durante 15 años (10 para un patrono) tenían derecho al permiso de residencia permanente. El índice de urbanización de África fue bajando desde principios de la década de 1950, aunque las estadísticas probablemente lo subestimaran. Tras la entrada en vigor de la Group Areas Act, se realojó a 305.739 personas de color, a 153.230 asiáticos y a 5.898 blancos hasta marzo de 1976.

La población negra resistió apoyando la política elitista del CNA y la acción popular urbana. En 1949, los miembros de la Youth League se hicieron con el liderazgo del CNA. Tres años después, aliados con políticos indios radicales, lanzaron la Defiance Campaign (Campaña de Resistencia), basada en la resistencia pasiva a las leyes injustas. Fue la mayor protesta que el país había conocido, y granjeó al CNA 100.000 nuevos miembros, el equivalente al 1 por 100 de la población africana, con apoyo en las ciudades industriales del Witwatersrand y la Provincia Oriental del Cabo. Pero el Estado puso fin a esa campaña mediante una legislación que castigaba el quebrantamiento deliberado de la ley con una tunda de latigazos. A medida que avanzaba la década de 1950, quedó claro que el nacionalismo de masas no violento, que tanto éxito tuviera en la India y en el África tropical, había elevado la conciencia política (noblemente expresada en la Freedom Charter [Carta de Libertad] de 1955), pero apenas constituyó una amenaza para un régimen dispuesto a enfrentarse a tiros con los manifestantes. A medida que la política se volvía peligrosa y crecía la frustración entre los africanos, los

jóvenes radicales rompieron con el CNA y formaron el Congreso Panafricano (PA) en 1958, rechazando la alianza con organizaciones no africanas. En marzo de 1960, su campaña contra los salvoconductos hizo que la policía abriera fuego en un mítin en Sharpeville, matando a 69 personas desarmadas. Entonces, el gobierno ilegalizó tanto al CNA como al PA. Ambos se dedicaron al sabotaje, pero fueron aplastados en 1964. Durante toda una década, la política africana organizada sólo dio lugar a conflictos entre facciones en los *homelands.* Volvía a triunfar el *apartheid*.

La economía también prosperó. Entre 1946 y 1973 el PIB real se incrementó de manera estable entre un 4 y un 6 por 100, crecimiento nada rápido para un país en desarrollo con un nivel de renta medio, pero la evolución fue importante y sostenida. Entre 1950 y 1980, el volumen de la producción industrial se multiplicó por más de seis. Las industrias relacionadas con la ingeniería y la metalurgia se convirtieron en el sector más importante gracias a las nuevas industrias tecnológicas como la química y la de los plásticos. La minería del oro se vio revitalizada por el descubrimiento de nuevos y ricos campos auríferos en el Estado Libre de Orange, y la liberalización del precio del oro, a comienzos de la década de 1970, multiplicó por 10 la producción en la década siguiente. La mecanización transformó la agricultura en manos de los blancos, que ya no necesitaban la ayuda de la mano de obra que les proporcionaba el *apartheid*. En cambio, se estima que 1.129.000 africanos fueron expulsados a la fuerza de las explotaciones rurales blancas entre 1960 y 1983. Muchos fueron realojados en los *homelands,* junto a otros dos millones de personas desplazadas de las ciudades y demás zonas «inadecuadas». A muchos los «descargaban» literalmente en «asentamientos cercados» en pleno *veldt* abierto. La densidad de población era elevada y los asentamientos carecían de industrias y servicios. En Quaqua, en los aledaños de Lesoto, la población pasó, en la década de 1970, de 24.000 a 300.000 vecinos[6]. Entre 1960 y 1985, los habitantes de los *homelands* pasaron de ser el 39 por 100 a constituir el 59 por 100 de una población africana que, a su vez, se duplicó, convirtiendo a Sudáfrica en el ejemplo más extremo de esa desigual distribución de la población rural que caracterizó a todo el continente. La agricultura se

[6] Surplus People Project, *Forced Removals in South Africa,* Ciudad del Cabo, vol. I, 1985 (2.ª reimp.), vols. II-V, 1983; vol. I, pp. xxiv-xxv, y vol. III, p. 161.

hundió en los *homelands,* cuyos habitantes vivían de la ayuda de los trabajadores emigrados y los subsidios de Pretoria.

La implacable política de reasentamiento fue una de las características más brutales del régimen, en especial durante la presidencia de B. J.Vorster entre 1968 y 1978, cuando el temor a una invasión llevó a la confección de armas nucleares y dio lugar a un sistema de seguridad que utilizaba la tortura a escala comparable a la de las peores tiranías de África tropical. El electorado blanco lo respaldó todo. En 1948, el National Party sólo obtuvo un 40 por 100 de los votos, mientras que en su mejor momento, en 1977, obtuvo el 65 por 100, no sólo del 85 por 100 de los afrikáneres con derecho a voto, sino probablemente también del 33 por 100 de los angloparlantes. La raza blanca se consolidó bajo el liderazgo de los afrikáneres, lo que para los nacionalistas fue el principal triunfo del *apartheid*.

El fin del *apartheid*

Apenas había transcurrido una década desde la victoria electoral de 1977 cuando el *apartheid* se hundió. De entre las muchas fuerzas que lo destruyeron, las más fundamentales fueron las que desestabilizaron asimismo a los regímenes coloniales y poscoloniales del norte: sobre todo en el incremento demográfico. La población de Sudáfrica se triplicó bajo el *apartheid,* pasando de los 12.671.000 de 1951 a unos 38.900.000 en 1991. En 1951, el 21 por 100 de la población era blanca, el 12 por 100 mestiza o asiática, y el 68 por 100, negra. La población blanca había iniciado hacía tiempo la segunda fase de su transición demográfica. Su tasa de natalidad debió de empezar a descender en la década de 1890, coincidiendo con una disminución temprana de la tasa de mortalidad. A mediados de la década de 1980, los blancos apenas se reproducían. La fertilidad de los asiáticos empezó a descender en la década de 1940 y la de los mestizos, en la de 1960. Sabemos menos acerca de la fertilidad de los africanos, que disminuyó con toda seguridad en la década de 1980 y con bastante probabilidad en la de 1960 pero, en cualquier caso, aún era bastante más alta que la de las demás razas[7]. Por consiguiente, los

[7] J. C. y P. Caldwell, «The South African Fertility Decline», *Population and Development Review* 19 (1993), pp. 230-231, 244.

africanos seguían siendo la mayor parte de la población. Según un estudio realizado en 1986, sólo un 14 por 100 de los sudafricanos eran blancos, y un 10 por 100 mestizos o asiáticos, mientras que el 76 por 100 eran africanos. Ni la emigración ni los febriles intentos oficiales de fomentar entre los blancos las familias numerosas y la anticoncepción entre los africanos pudieron evitarlo. En 1991 Sudáfrica tenía el doble de clínicas de planificación familiar que de centros de salud[8]. Es más: la tendencia tenía visos de continuar. Una proyección para el futuro mostraba que, hacia el año 2005, sólo un 10 por 100 de la población sería blanca[9]. Esto no sólo inclinó la balanza del poder racial, sino que supuso que una economía moderna como la suya no podría funcionar si los pobladores negros no ocupaban su lugar en ella como productores y consumidores, todo lo cual minó los planes de los defensores del *apartheid* que contaban con que, a finales de siglo, la población africana sería sólo la mitad de lo que en realidad ha llegado a ser.

Dada la desigual distribución de la tierra y la riqueza, el rápido crecimiento de la población dio lugar a una urbanización en masa, a una escala que ni siquiera el *apartheid* podía reprimir. Según las cifras oficiales, en 1970 un 33 por 100 de los negros vivía en ciudades, según las de 1985 era un 58 por 100, y se creía que la cifra se seguiría elevando hasta superar el 70 por 100 en el año 2000[10]. En Johannesburgo, donde el control era más estricto, los inmigrantes habían desbordado Soweto, que fue construida para 600.000 habitantes y albergaba a 1.600.000 en 1980. En Durban, los africanos acampaban alrededor de la ciudad, donde se estimaba que vivían 1.400.000 en 1984. Otros se hacinaban en enormes «asentamientos cercados» y, si tenían suerte, recorrían a diario centenares de millas en autobús para ir y volver del trabajo. En 1990, un africano de cada cinco vivía en «alojamientos informales». El control de afluencia y otra medidas adoptadas fueron totalmente ineficaces y llegaron a absorber un 14 por 100 del presupuesto total del Estado[11]. Al igual que en la Unión Soviética, el aparato estatal destinado a controlar los efectos de una revolución industrial sólo podía funcionar en una economía y una sociedad más avanzadas creando una burocracia tan vasta que no sólo

---

[8] *Ibid.*, p. 227.

[9] H. Giliomee y L. Schlemmer, *From Apartheid to Nation-Building,* Ciudad del Cabo, 1989, p. 115.

[10] Commonwealth Secretariat, *Beyond Apartheid,* Londres, 1991, p. 11.

[11] S. B. Greenberg, *Legitimating the Illegitimate,* Berkeley, 1987, p. 88.

resultaba ineficaz, sino que obstaculizaba el desarrollo posterior. La industrialización había permitido al Estado imponer el *apartheid;* su evolución acabó con él.

Y hasta la propia economía industrial se hallaba en crisis. Aunque el PIB siguiera creciendo de forma constante a un promedio del 4 por 100 anual hasta mediados de la década de 1970, a partir de entonces descendió hasta alcanzar el 1,3 por 100 en la década de 1980, muy por debajo del incremento de la población. Al igual que en otras partes, lo que explica ese descenso en África es la crisis internacional de 1979-1983, agudizada en Sudáfrica por las sanciones económicas, la dificultad de exportar productos industriales dada la pequeña envergadura del sector industrial y los elevados costes, y los cambios estructurales que transformaron la economía a principios de la década de 1970. Hasta entonces, Sudáfrica había mantenido bajos los salarios de los negros. Los salarios reales de los mineros eran algo más bajos en 1969 que en 1911. En 1973, empezaron a producirse huelgas sin cabecillas en los muelles de Durban que se propagaron a la industria manufacturera y a las minas de oro. Ponían en entredicho la estructura de salarios bajos en un momento en que los precios del oro estaban subiendo y los propietarios de las minas temían que la independencia política de África central les pudiera privar de la mano de obra aportada por los emigrantes de larga distancia. Por consiguiente, entre 1972 y 1980 se triplicaron los salarios reales medios en las minas sudafricanas, lo que repercutió en toda la economía, sobre todo cuando se duplicaron los salarios reales de los jornaleros de las granjas a tiempo completo. De repente, en comparación con los de otros países en desarrollo, los salarios de Sudáfrica eran relativamente elevados para los africanos con empleos modernos. Esto hizo aún más difícil exportar productos industriales poco competitivos debido a la escasa destreza de los trabajadores, poco formados y mal pagados, que pertenecían a pequeñas unidades de producción pensadas para un mercado interno y pobre. La falta de inversiones, las sanciones internacionales, la competencia asiática, la subida de los precios del petróleo en 1973 y, sobre todo, la depresión económica internacional de 1979-1983, exacerbaron la crisis. Esta situación convenció a los patronos de la necesidad de sustituir la mano de obra por maquinaria, creando una fuerza de trabajo más permanente y cualificada. Hacia 1990, cerca del 90 por 100 de los mineros africanos tenía contratos anuales, y menos de la mitad carecía de cualificación. El precio a pagar

era el desempleo estructural. Entre 1976 y 1985, la fuerza de trabajo potencial creció en cerca de 3.000.000 de personas, mientras que el empleo fijo, en menos de 600.000. A finales de la década de 1980, sólo uno de cada ocho trabajadores que se integraban en el mercado de trabajo encontraba empleo fijo.

El desempleo estructural causaba mayores estragos entre los jóvenes de las ciudades, que constituían un porcentaje excepcionalmente elevado de la población y se ocupaban de los poblados mientras sus padres trabajaban fuera. El paro juvenil coincidió con grandes reformas en la enseñanza porque, aunque la educación que proporcionaba la escolarización bantú fuera mediocre, se daba instrucción a un número de personas muchísimo mayor que antes, pensando en la necesidad de un crecimiento económico sostenido. Entre 1955 y 1987, el alumnado africano de enseñanza media se incrementó de 35.000 a 1.474.300[12]. Según ciertos estudios de opinión, la enseñanza hizo que los africanos se radicalizaran, exponiéndoles a las ideas de la Black Consciousness (Conciencia Negra) sobre la autoconfianza racial propagada por intelectuales como Steve Biko, ideas que les libraron de las inhibiciones sufridas por sus padres educados en las misiones. Los niños que crecían en gigantescas concentraciones urbanas exclusivamente negras como Soweto se convirtieron en jóvenes con el carácter necesario como para desenvolverse en el espacio político que les dejaba el *apartheid.* «No somos meros calcos en papel carbón de nuestros padres. Donde ellos fallaron, nosotros triunfaremos», proclamó un grupo durante el Levantamiento de Soweto de 1976, en el que los estudiantes que protestaban contra la política educativa asestaron uno de los mayores golpes contra el *apartheid*[13]. la insurrección fue reprimida en 1977, pero cobró fuerza de nuevo en 1984, cuando los estudiantes y los jóvenes parados se unieron para hacerse con el control de muchos de los poblados negros, considerándose combatientes por la libertad, asaltando a sus oponentes con una brutalidad que expresaba la furia de hombres deshonrados por las sociedades patriarcales y proclamando su fidelidad al proscrito Congreso Nacional Africano, que se convirtió por entonces en uno de esos movimientos que tanto atraían a los jóvenes africanos.

---

[12] Sudáfrica, *Report of the Commission of Inquiry into Legislation Affecting the Utilisation of Manpower,* Pretoria, 1979, p. 81; Commonwealth Secretariat, *Beyond Apartheid,* p. 26.

[13] B. H. Hirson, *Year of Fire, Year of Ash,* Londres, 1979, p. 250.

La revuelta de los poblados de 1984 fue una protesta contra la nueva estrategia del National Party para consolidar la supremacía blanca después de que el primer ministro, P. W. Botha, diera por finalizado el *apartheid* en 1979 calificándolo de «fuente permanente de conflictos». Botha reconocía la imposibilidad de controlar a una sociedad industrial avanzada con simples métodos policiales, e intentó una reforma estratégica basada en los mercados. También reconocía los cambios que el *apartheid* había introducido entre la población blanca ya que, entre 1946 y 1977, el porcentaje de profesionales afrikáneres de clase media había subido del 29 al 65 por 100 y la educación había moderado a los blancos (al contrario que los africanos). Bajo el liderazgo de Botha, el National Party se aburguesó, pasando a ocuparse principalmente de la seguridad de los blancos y recurriendo a los ingleses tanto como a los afrikáneres, muchos de los cuales se afiliaron a partidos de derechas que obtuvieron un 30 por 100 de los votos de los blancos en 1989. Botha intentó afianzar la supremacía blanca pactando con los mestizos y los asiáticos, y ganaron las elecciones legislativas que les llevó al parlamento tricameral en 1983. Muchos se afiliaron al National Party cuando el poder africano se convirtió en una posibilidad real. Las reformas querían dividir a los africanos en una minoría bien pagada con oportunidades comerciales y derechos sindicales por un lado y, por el otro, una mayoría de empobrecidos residentes en los *homelands.* Así Sudáfrica, una «nación de minorías», podría convertirse en un consociacionalismo laxo en el que los blancos y sus aliados controlaran el centro industrial y fueran los amos, en la sombra, de las unidades negras.

Los africanos rechazaron y destruyeron esa estrategia durante la rebelión de los poblados de 1984. La brutalidad, tanto de la revuelta como de su represión, puso sobre aviso a la comunidad internacional, que inmediatamente dictó sanciones económicas, como la restricción del crédito, que impidieron que Sudáfrica retomara la senda del crecimiento económico. El acontecimiento internacional más importante de esos años fue el hundimiento del comunismo en la Unión Soviética a finales de la década de 1980. No sólo permitió a las potencias occidentales presionar a Sudáfrica para que realizase una reforma, sino que ofreció a los líderes del National Party la oportunidad única de negociar un acuerdo ventajoso y duradero antes de que los blancos se ahogaran en la marea demográfica y mientras aún tenían las riendas del poder y los nacionalistas africanos parecían débiles y aislados. En 1990,

el nuevo presidente, F. W. de Klerk, firme pilar del National Party, lo formulaba así:

> El hundimiento y colapso del comunismo en Europa oriental y en Rusia ha dado un nuevo giro a la situación. Antes, el CNA era un instrumento del expansionismo ruso en Sudáfrica. Cuando desapareció esa amenaza, era como si le hubieran quitado al CNA el suelo bajo los pies. Su financiación, dirección y apoyo moral se habían derrumbado. Era como si Dios nos hubiera echado una mano para que la historia mundial pudiera dar un giro radical. ¡Teníamos que aprovechar esa oportunidad![14].

Legalizó al CNA y puso en libertad a su líder, Nelson Mandela, para tener un interlocutor válido en las negociaciones.

De Klerk había subestimado al CNA, que demostró ser bastante más popular entre los africanos, estar más unido y ser menos fácil de marginar de lo que los líderes del National Party habían esperado. En lugar de imponerse al CNA, cada vez dependían más de él para llegar a un acuerdo aceptable para los africanos. Pero Mandela y los suyos también se sentían inseguros. Privados de fuerza militar y ante la oposición de los partidos atrincherados en los *homelands,* liderados por los inkatha en tierras de los kuazulú, eran muy conscientes de qué fuerzas les habían aupado al poder y puede que las temieran un poco. Mandela advertía en 1992 que:

> Los jóvenes de los distritos segregados han tenido durante décadas un enemigo visible, el gobierno. Ahora, ese enemigo ya no es visible debido a los cambios que están teniendo lugar. Su enemigo en la actualidad somos usted y yo, la persona que tiene un coche y una casa. El enemigo es el orden y todo lo que tenga que ver con el orden. La situación es muy grave[15].

En las elecciones de abril de 1994, el CNA obtuvo el 63 por 100 de los votos, el National Party el 20 por 100 e Inkhata el 11 por 100.

---

[14] Cit. en F. W. de Klerk, *F. W. de Klerk,* Johannesburgo, 1991, p. 27.

[15] Cit. en H. Adam y K. Moodley, *The Opening of the Apartheid Mind,* Berkeley, 1993, p. 180.

Mandela se convirtió en presidente con un parlamento mixto, lo que dejó bien claro que el enfrentamiento entre las razas, si bien era importante, no dejaba de ser la superficie de la marejada política. En el fondo, había dos elites buscando un acomodo que les permitiera contener (y quizás aliviar) la gran presión popular ocasionada por el incremento demográfico, la pobreza de las masas, la urbanización, la educación y las exigencias de la juventud; tensiones, todas ellas, originadas por el impacto de la transición a la modernidad en una vieja sociedad colonizadora. Sudáfrica se reincorporaba a la corriente principal de la historia africana.

13
En tiempos del sida

A principios del siglo XXI, el continente africano atravesaba una época de crisis y renovación. La crisis económica de la década de 1970 había obligado a los gobiernos a implementar reformas estructurales que expusieron a sus poblaciones a dos décadas de duras privaciones antes de que se pudiera percibir el menor signo de recuperación. A medida que los gobiernos, empobrecidos, fueron reduciendo sus prestaciones sociales, los individuos y grupos hubieron de recurrir a su ingenio para sobrevivir. Los Estados de partido único se habían hundido en toda África tropical, dejando tras de sí violencia y una mayor libertad, mientras que en el norte, el fundamentalismo islámico amenazaba con acabar con las pocas libertades que quedaban, pero daba sentido a las vidas de muchos jóvenes. El rápido crecimiento demográfico de finales del siglo XX se iba ralentizando, lo que facilitaba la estabilización y la recuperación económica. Sin embargo, la epidemia de sida había generado mucho sufrimiento y dado lugar a nuevas formas de dislocación social. A medida que entraba el siglo, hasta el más terrible de los desastres dio paso a una tímida esperanza.

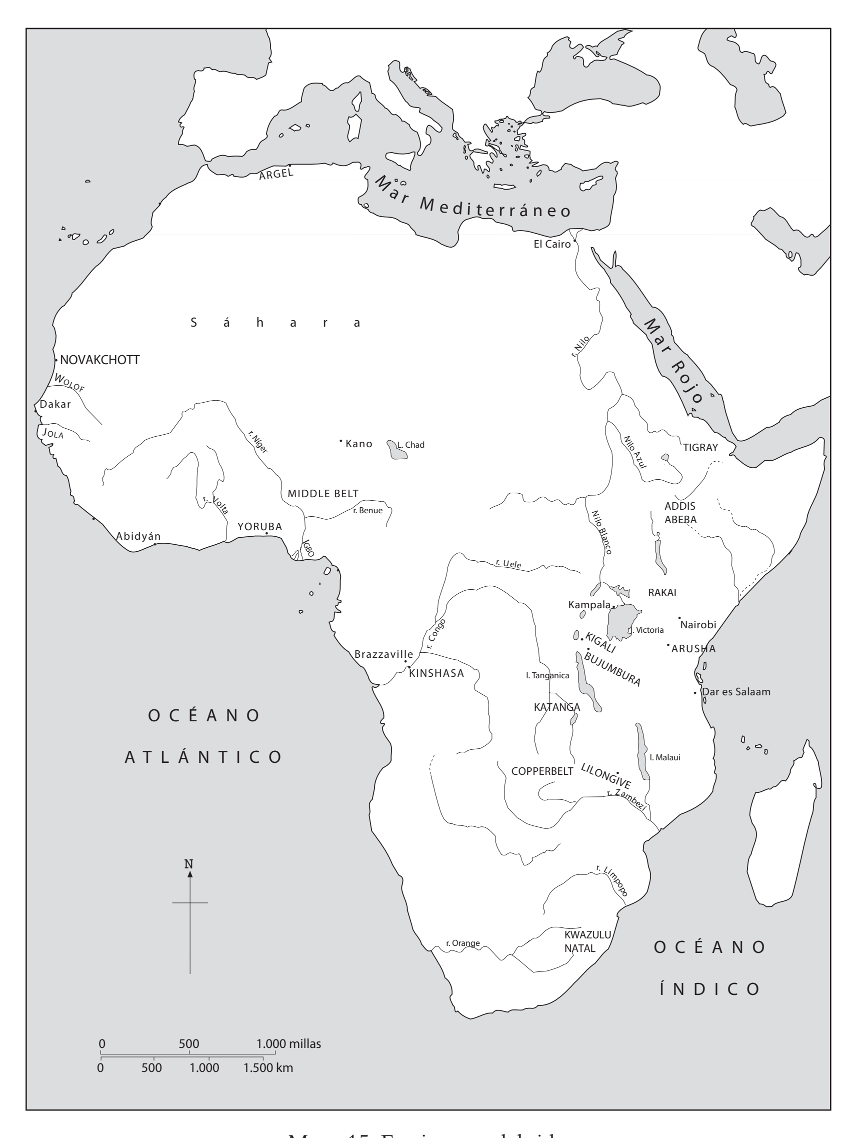
Ajustes estructurales

A finales de la década de 1970, cuando el crecimiento económico de la posguerra dio paso a la recesión mundial, los endeudados gobiernos africanos intentaron obtener préstamos del Fondo Monetario Internacional (FMI) y pidieron al Banco Mundial que analizara su situación económica. El informe emitido por el banco, *Accelerated Development in subsaharian Africa* (1981), aconsejaba dar marcha atrás en las estrategias económicas que se habían aplicado una generación atrás. Escrito en el fascinante lenguaje de la economía monetaria, el informe arremete con-

tra las políticas de desarrollo centralizadas que habían acabado con los granjeros y destruido la red de exportaciones agrícolas para favorecer los intereses de unas empresas públicas corruptas, ineficaces y urbanas. Según el Banco Mundial, más que un factor de desarrollo, el Estado era un obstáculo para este. Su papel en la economía debería reducirse a privatizar las empresas públicas, eliminar los controles gubernamentales, acabar con los subsidios y los impuestos excesivos, cobrar tasas realistas por los servicios y permitir que la moneda fluctuara libremente para que fuera el mercado el que fijara los precios necesarios para que la economía funcionara con un máximo de eficacia. El FMI sólo concedió los préstamos a aquellos Estados que se avinieron a realizar estas reformas estructurales que se presumían cortas pero intensas, y estaban pensadas para volver a encarrilar las economías de la zona. En la década de 1980, 36 de los 47 países del África subsahariana y casi todos los del norte adoptaron programas de este estilo con diversas consecuencias.

Ghana y Uganda tuvieron dos de las experiencias más positivas. Bajo el gobierno de Nkrumah y sus sucesores, Ghana había liderado las estrategias centralizadoras y su crecimiento económico estaba muy por debajo del crecimiento de la población. En 1981 su industria funcionaba a la cuarta parte de su capacidad, la producción de cacao era la tercera parte y un quinto de todos los ciudadanos de Ghana vivía fuera de su país y «votaban con la maleta en la mano». Ese año, los jóvenes radicales liderados por el teniente de aviación Jerry Rawlings se hicieron con el poder tras un golpe militar de tipo socialista. En dos años habían puesto en marcha un programa de austeridad y liberalización económica que hizo de Ghana el buque insignia del FMI. Cambiaron de estrategia por sentido común, por pura desesperación, por la insistencia de las instituciones financieras internacionales, la falta de políticas alternativas viables, la bancarrota de los inversores que podían haberse opuesto a las reformas y la falta de democracia durante los primeros 11 años. Lo primero que hicieron fue devaluar su moneda un 98 por 100. A finales de la década de 1980, la liberalización del mercado del cacao había doblado los precios y la producción. Se había reducido a la mitad el número de funcionarios y doblado la recaudación de impuestos. El PIB se elevó del 1, 4 por 100 de 1965-1980, al 3 por 100 en 1980-1990 y a un 4, 2 por 100 entre 2000 y 2004[1]. Eran cifras modestas

[1] *WDR* (1990), p. 108; *WDR* (2003), p. 296.



Mapa 15. En tiempos del sida.

y no todo iba bien. En 1998 el PIB *per capita* real seguía estando por debajo del de 1970. Los viejos árboles de cacao, bastante improductivos, tenían que competir con las plantaciones de otros continentes. Se destruyeron cerca de dos terceras partes de los empleos en la industria

entre 1987 y 1993, cuando se eliminaron los aranceles a la importación. Las elecciones de 1992 generaron una «inflación de exigencias democráticas», cuando el gobierno empezó a repartir dinero para ganar votos, la moneda se depreció y, en 1998, la deuda creció tres veces más que en 1981. Lo que se suponía un breve periodo de choque llevaba camino de convertirse en una situación permanente pero, al menos, se había salido de la crisis económica.

La experiencia de Uganda fue similar. El régimen del general Amin y la subsiguiente guerra civil habían reducido el PIB *per capita* en un 42 por 100 entre 1971 y 1986, cuando el Movimiento de Resistencia Nacional del presidente Museveni se hizo con el poder. Un breve experimento de perfil socialista había llevado a la economía al borde de la ruina, de manera que el MRN adoptó un programa de ajuste estructural al que los intereses creados, muy debilitados, no supieron oponerse. La moneda se devaluó en un 76 por 100, se eliminaron los pesados impuestos que gravaban las exportaciones de café y habían financiado a los regímenes anteriores, las exportaciones crecieron un 15 por 100 en la década de 1990, los precios de los productores se multiplicaron por tres o cuatro, el número de funcionarios se redujo a la mitad, la recaudación se dobló y el incremento anual real del PIB entre 1986 y 1999 fue, de media, de un 6, 3 por 100. En 1996, el FMI afirmó que la economía de Uganda era la más abierta de África. Al igual que en Ghana, el precio que se pagó fue el de la dependencia. En los años noventa Uganda recibió casi 5.000 millones de dólares en ayuda exterior, que cubría entre una y dos terceras partes del gasto público. Las privatizaciones fomentaron la corrupción. Pero hubo una recuperación real y el PIB siguió creciendo, a principios de la década del 2000, un 5,8 por 100 al año[2].

La conversión al liberalismo más sorprendente fue la del CNA que gobernaba en Sudáfrica. Cuando se hizo con el poder en 1994, el PIB real *per capita* había ido descendiendo una media de un 0,6 por 100 a lo largo de los últimos 21 años[3]. Para contrarrestar la crisis y rectificar las tremendas desigualdades económicas, el nuevo régimen adoptó un

[2] P. Collier y R. Reinikka, «Reconstruction and Liberalization: an Overview» en R. Reinikka y P. Collier (eds.), *Uganda's Recovery,* Washington, 2001, pp. 20, 38, 9, 43; *WDR* (2006), p. 297.

[3] C. H. Feinstein, *An Economic History of South Africa,* Cambridge, 2005, p.7.

Programa quinquenal de Reconstrucción y Desarrollo (PRD) diseñado para crecer a través de la redistribución, nacionalizando, redistribuyendo el 30 por 100 de la tierra cultivable y construyendo un millón de viviendas. Pero en 1996 los signos de recuperación eran escasos y se empezaba a barruntar que este primer intento de reestructurar una economía industrial que carecía del substrato previo de una revolución social, y que estaba inmersa en un sistema capitalista mundial, llevaría mucho más tiempo del que habían soñado los nacionalistas radicales. Pero el PIB crecía al ritmo de la población y se perdió empleo rápidamente, en cuanto el Estado se deshizo de sus funcionarios, los dueños de las minas de oro hicieron contratos a sus trabajadores, los hacendados redujeron el número de trabajadores que precisaban, las grandes empresas se trasladaban a Europa y la liberalización del cambio hizo caer rápidamente el valor del rand en 1996. Sudáfrica aún no estaba a merced del FMI, pero sus líderes decidieron que la estabilidad había de primar temporalmente sobre el desarrollo. En 1996 reemplazaron el PRD por una nueva estrategia sin consultar a nadie, plasmada en un plan de Crecimiento, Empleo y Redistribución (CER) que renunciaba a las nacionalizaciones, aceleraba la privatización, limitaba el gasto público, reducía los aranceles para estimular la competencia, buscaba inversiones extranjeras y flexibilizaba el mercado de trabajo, fomentando las exportaciones y favoreciendo el crecimiento en vez de la redistribución. Cuando obtuvo la presidencia el modernizador Thabo Mbeki, en 1999, insistió en que no debían «preocuparse por el hecho de que surgieran prósperos propietarios negros»[4]. Los principales beneficiarios del nuevo régimen fueron las clases medias africanas, cuyo número creció en un 21 por 100 anual entre 1993 y 2003. Los que más perdieron fueron los trabajadores no cualificados ya que, aunque el CER preveía la creación de 600.000 empleos en cinco años, de hecho Sudáfrica perdió 500.000 puestos de trabajo en esos años, sobre todo en el sector público, la minería del oro y la agricultura. La Confederación de los Sindicatos Sudafricanos organizó tres huelgas generales en protesta por el CER entre 2000 y 2002. A mediados del 2002 el paro empezó a remitir. Para entonces el PIB crecía a un ritmo del 4 por 100 anual, a punto de superar el incremento de una población mucho más estable gracias, en parte, a una nueva subida del precio del oro. Los líderes del

[4] *New Vision,* Kampala, 22 de noviembre de 1999.

CNA se olvidaron del CER sin decir nada, limitaron las privatizaciones, hicieron inversiones públicas y retomaron sus ideales redistribuidores, gastando mucho dinero en pensiones de ancianidad y subsidios infantiles, exigiendo que la cuarta parte de los activos industriales y mineros y el 30 por 100 de la tierra cultivable pasara a manos africanas en el plazo de una década. Los observadores más radicales lamentaban que el CNA hubiera «dejado escapar una oportunidad de dimensiones históricas», sus líderes replicaban que «las acciones cuidadosamente medidas y una estudiada moderación» habían «contribuido a dar seguridad a los inversores y los mercados internacionales» garantizando «una década de paz social y estabilidad política»[5].

En otras regiones del continente, los ajustes estructurales provocaron diversas reacciones y efectos. En el norte de África, la liberalización económica impulsada desde arriba tendió a endurecer el autoritarismo político, sobre todo en Túnez, que implementó con éxito su propio programa y gozó de un crecimiento espectacular. En cambio, en Egipto, la política fluctuó entre la apresurada liberalización de Sadat en los años setenta, lo que produjo un rápido crecimiento y un inmenso aumento de la deuda externa, y la renuencia de Mubarak ante las presiones financieras internacionales. Ambos regímenes se negaron a privatizar las empresas estatales que apuntalaban su poder político y económico. Mayor reluctancia se daba en Argelia, cuyo gobierno insistía en retener la propiedad de la industria petrolera y del gas que, a mediados de la década de 1990, procuraba el 97 por 100 de los ingresos en divisas. La importancia estratégica del norte de África había logrado frenar el celo reformador del FMI, pero se opuso menos resistencia en África central, donde el impacto de los ajustes estructurales fue muy negativo. La aguda crisis económica de Zambia se debió al colapso de los precios mundiales del cobre en los años setenta y se vio obligada a negociar un programa de ajuste en 1983. Pero, al contrario que Ghana y Uganda, su poco popular gobierno llevaba 20 años en el poder, el programa no atrajo inversión extranjera en la que basar la liberalización, la divisa se depreció un 90 por 100 en dos años y el FMI insistió en la eliminación de los subsi-

[5] J. S. Saul, «Cry for the Beloved Country: The Post-Apartheid Denouement», *Review of African Political Economy* 89 (2001), p. 448; P. Jordan, «The African National Congress: From Illegality to the Corridors of Power», *Review of African Political Economy* 100 (2004), p. 206.

dios que antes percibían el 45 por 100 de los ciudadanos de Zambia que vivían en los núcleos urbanos. El resultado fueron huelgas y revueltas en las ciudades, el hundimiento del gobierno y una crisis económica imparable hasta fin de siglo. El programa que se diseñó para Zimbabue, en 1991, hizo aún más daño a una economía que había sido relativamente próspera. Al tenerse que enfrentar sus industrias a la competencia de las sudafricanas, los ajustes estructurales redujeron la producción industrial en un 20 por 100 en cuatro años, bajaron las exportaciones, subió el desempleo, aumentó la deuda y el régimen procedió a la expropiación de las granjas de los europeos que quedaban, acabando con la producción agrícola. Entre el 2000 y el 2004, el PIB de Zimbabue descendió en un 30 por 100, la divisa perdió el 99 por 100 de su valor y puede que tres cuartas partes de la población quedara reducida a la pobreza[6].

No hay que exagerar el poder de las instituciones financieras internacionales sobre los gobiernos africanos. La mayoría de los gobernantes eran conscientes de que las reformas estructurales amenazaban sus ingresos, su patronazgo y su libertad de acción. Como dijera Stevens, presidente de Sierra Leona, es «como decir a la gente que se rebele». Algunos gobernantes, como Senghor de Senegal o Nyerere de Tanzania, se negaron a implementar programas de ajuste. Otros obstaculizaron su implementación todo lo que pudieron, como en Kenia y en Camerún, donde quedaron reducidos a poco más que maquillaje. Algunas reformas, como la libre fluctuación de la moneda, eran más fáciles de aplicar en todas las regiones que otras como la privatización, que no sólo era una amenaza para los intereses de los ricos, sino que a veces obligaba a transferir activos nacionales a los favoritos políticos a precio de saldo, sobre todo a las corporaciones sudafricanas que aprovecharon la oportunidad de comprar la mayor parte de las empresas mineras del África subsahariana, así como bancos, destilerías, negocios de venta al por menor, eléctricas y compañías aéreas. En un estudio sobre la puesta en práctica de los programas del FMI se afirmaba que sólo la mitad se implementaron en el plazo para el que se habían concedido los préstamos[7], pero una vez que las instituciones habían liberado los fondos, lo

[6] C. Stoneman, «Zimbabwe: a Good Example Defused», *Indicator SA* 15, 2 (1998), 80; *WDR* (2006), p. 297.

[7] L. van de Walle, *African Economies and the Politics of Permanent Crisis, 1979-1999,* Cambridge, 2001, p. 67.

único que podían hacer era prestarles más con la esperanza de que el programa tuviera éxito, ya que su propia reputación estaba ligada a esas políticas. La controversia que rodeó el asunto les obligó a cambiar de postura. Si en *Accelerated Development* habían insistido en reducir el peso del Estado, en 1997, ante la quiebra del Estado en países como Somalia y Sierra Leona, el Banco Mundial creía detectar una «crisis de estatalidad» en África y recomendaba la necesidad de extender el alcance del Estado[8], reconociendo que las reacciones adecuadas ante los estímulos liberadores a menudo precisaban el apoyo del sector público. Dos años más tarde, las instituciones internacionales sustituyeron los programas de ajuste estructural, tras publicar los *Poverty Reduction Strategy Papers,* por planes trianuales que el gobierno se comprometía a someter a la consideración de los hombres de negocios locales, los sindicatos y las organizaciones no gubernamentales, antes de solicitar la aprobación de los inversores. Se quería, en palabras del presidente del FMI, «enseñar a una sociedad no sólo lo que es un gobierno justo, sino también a vivir por sus propios medios»[9].

A principios del nuevo milenio, ningún Estado africano había terminado de aplicar su plan de ajuste estructural y el FMI, dechado de prudencia financiera, les había prestado más de lo que podía. Pero había signos de recuperación. El crecimiento anual del PIB en el África subsahariana hubiera descendido entre 1965-1980 de un 4, 8 por 100 a un 1,7 por 100 en 1980-1990, para recuperarse hasta un 2, 6 por 100 entre 1999 y el 2001 y volver a ascender hasta un 3, 9 por 100 en el 2004, muy por encima del crecimiento de la población (2,2 por 100)[10]. Todavía no está claro si se trata de una mejora estable ni si ha sido fruto del ajuste estructural.

La contracción del Estado y el cambio cultural

A medida que la crisis económica y los ajustes estructurales reducían los ingresos públicos, los gobiernos dejaron de prestar servicios sociales y las comunidades, la auténtica savia de la civilización africana,

---

[8] *WDR* (1990), p. 181; (2003), p. 239; (2006), pp. 293, 297.

[9] Citado en A. Fraser, «Poverty Reduction Strategy Papers. Now Who Calls the Shots?», *Review of African Political Economy* 104 (2005), p. 327.

[10] *WDR* (1990), p. 181; (2003), p. 239; (2006), pp. 293, 297.

se adaptaron a las nuevas condiciones como siempre habían hecho en el pasado cuando se acomodaron a las sociedades esclavistas o al gobierno colonial. La educación es lo que mejor ilustra este proceso. La mayoría de los nacionalistas debían su posición a sus estudios e invirtieron masivamente en ella después. Entre 1960 y 1983, el número de estudiantes de primaria del África negra se había cuadruplicado, las plazas de secundaria se habían multiplicado por seis y el número de estudiantes universitarios se había multiplicado por veinte[11]. La educación había sido uno de los grandes logros de la independencia que tuvo importantes implicaciones políticas. Pero después los sistemas educativos fallaron a medida que la creciente población infantil consumía todos los recursos. La educación universitaria era cara y su calidad se fue reduciendo, pero aún preparaba para el acceso al empleo cualificado. Entre 1994 y 2000, la Universidad de Makerere, en Uganda, pasó de tener 7.000 a contar con 22.000 estudiantes. El número de estudiantes de secundaria no paraba de crecer. Cuando se implantó la educación primaria gratuita en Uganda, en 1997, y en Kenia, en el 2003, hubo un gran aumento del número de niños escolarizados, pero en Tanzania, donde en 1991 sólo el 5 por 100 de los estudiantes de primaria accedía a la secundaria, el número de alumnos de primaria descendió de un 94 a un 67 por 100 entre 1981 y 1997[12]. Muchos padres, convencidos de que la educación era la mejor oportunidad para su familia, creaban sus propias escuelas, sobre todo de enseñanza secundaria. En 1995 había más escuelas secundarias privadas que estatales en Tanzania. Las Iglesias también crearon escuelas, y en ciertas regiones de predominio musulmán surgieron sistemas privados similares, incluso en Egipto. Kenia fue uno de los muchos países donde proliferaron las escuelas como negocio.

Parecido esquema siguieron los cuidados sanitarios. Entre la década de 1960 y mediados de la de 1980, el incremento de personal médico, junto al abaratamiento de las medicinas, las campañas de vacunación y el desarrollo general, redujeron la mortalidad infantil en aproximadamente un tercio, y evitaron en África todas las epidemias de importancia. Esas intervenciones médicas fueron tan enérgicas que su efecto perduró a lo largo de la década de 1980 a escala continental, aunque

[11] Banco Mundial, *Education in Subsaharian Africa,* Washington, 1988, p. 1.

[12] N. Bonini, «Une siècle d'education scolaire en Tanzanie», *Cahiers d'Études Africaines* 43 (2003), p. 54.

disminuía donde reinaban la violencia y el hambre o la decadencia económica era extrema. La inversión pública real *per capita* en sanidad bajó en Ghana un 60 por 100 entre 1974 y 1984; ocho años después, el país sufría 50.000 casos de erupción tropical, enfermedad que se daba por erradicada antes de la independencia, y aumentó su índice de mortalidad infantil. La tuberculosis, el cólera y la fiebre amarilla campaban a sus anchas y, a finales de siglo, aproximadamente medio millón de africanos contraían la enfermedad del sueño cada año y uno de cada seis sufría un ataque de paludismo, a lo que había que añadir las epidemias de sida. La esperanza de vida al nacer en el África subsahariana se había elevado de cuarenta y dos años en 1965 a cincuenta y tres en 1996; en el 2003 había vuelto a descender a los cuarenta y seis años[13]. Cuando los sistemas nacionales de salud se vieron desbordados, muchos médicos que habían estudiado en Europa montaron consultas privadas. La gente compraba las medicinas en cualquier parte, consultaba a médicos locales y mezclaba los remedios farmacéuticos con la farmacopea africana tradicional haciendo gala de su eclecticismo. La facilidad para conseguir medicamentos empezó a depender del nivel de ingresos, de manera que las tasas de mortalidad infantil variaban más dependiendo de los ingresos familiares en ciudades como Abidyán que en la Europa decimonónica.

Todo lo anterior no frenó la inmigración a las ciudades, aunque esta se tornó más lenta a partir de la década de 1960, y se fue concentrando en centros provinciales, más que en capitales. Durante la década de 1980, el número de habitantes de las ciudades del África subsahariana, un 29 por 100 de la población total en 1991, se incrementó el doble de rápido que la población total. La emigración más rápida era la de los que huían de la dislocación rural, sobre todo en Tanzania y Mozambique. Las provisiones de alojamiento perdieron todo contacto con la realidad, de manera que los pobres se hacinaron en habitaciones únicas a precios exorbitantes o en chabolas familiares construidas por ellos mismos en la periferia de las ciudades, conocidas en Nvakchott como «vertederos de desechos». Mientras que los salarios urbanos habían sobrepasado con mucho las ganancias rurales durante la década de 1960, en la de 1980 cayeron más de un 30 por 100 por término medio. Pero el empleo seguía siendo un privilegio, en especial para los pobres, hasta entonces,

[13] *WDR* (1998-1999), p. 193; (2006) p. 293.

sobre todo, los discapacitados y ahora también los parados. Según las estadísticas de comienzos de la década de 1980 eran entre un 8 y un 15 por 100 de la fuerza de trabajo urbana potencial, pero la proporción creció durante esa década hasta alcanzar el 25 por 100 en las ciudades de Kenia y el 40 por 100 en la Sudáfrica de 1996, si bien esta última cifra está inflada por la falta de viabilidad de la agricultura y, en general, las cifras eran equívocas debido a que los pobres apenas se podían permitir estar desempleados, y en su lugar tenían «ocupaciones» con salarios ínfimos. Los totalmente desempleados eran, sobre todo, jóvenes que todavía contaban con el apoyo de la familia. Más de la mitad de los argelinos con poco más de veinte años estaban parados a finales de la década de 1980, cuando el crecimiento de la población y la enseñanza sobrepasó al del empleo. Florecieron pandillas juveniles como las *ninjas* de Lusaka o los Taliban de Nairobi. En 1988, uno de cada cinco presos de Nigeria era un adolescente. Un antropólogo que realizó estudios en el Copperbelt de Zambia por esos años describió una «increíble sensación de decadencia y desesperación, a medida que se desvanecía toda esperanza de tener un trabajo normal en un entorno moderno»[14].

La supervivencia en las ciudades decadentes dependía en gran medida de las ocupaciones irregulares, que en Nigeria daban empleo a un 72 por 100 de la fuerza urbana de trabajo en 1978, incluyendo sus inmunerables mujeres comerciantes y los aprendices jóvenes. Hasta en Sudáfrica, donde las autoridades llevaban muchos años cerrando negocios informales, estos habían proliferado en el año 2000 hasta constituir aproximadamente el 28 por 100 del PIB. Los ingresos de los empleados por cuenta propia podían ser relativamente altos, pero se explotaba en demasía a los empleados y muchos jóvenes comenzaban a trabajar en tareas sin retribuir. Las ocupaciones irregulares se unieron a la «segunda economía» del mercado negro, el contrabando, la corrupción y el crimen que se expandió según se iba contrayendo el Estado. Estas actividades solían depender de la existencia de lazos familiares o étnicos. Escuelas privadas, empresas informales, las diásporas dedicadas al tráfico ilícito, fuerzas de vigilancia en lugar de la policía inexistente y asociaciones urbanas de beneficencia en lugar de sindicatos ineficaces movilizaban la solidaridad étnica, al igual que la pasión continental por el fútbol. En

[14] J. Ferguson, *Expectations of Modernity: Myths and Meanings of Urban Life on the Zambian Copperbelt,* Berkeley, 1999, p. 12.

el seno de la familia, la situación de las mujeres había mejorado, en general, tras la independencia, salvo en el norte de África, donde el fundamentalismo revocó los logros anteriores. Todas las mujeres adultas habían obtenido el derecho al voto y, en ciertos lugares como Sudáfrica o Uganda, llegaron a ejercer una considerable influencia política; en el 2006 Liberia eligió presidenta a la primera mujer en desempeñar ese cargo en África. Algunas mujeres urbanas y trabajadoras lograron mayores cotas de igualdad en el seno familiar, a medida que aumentaban la economía sumergida y las tasas de empleo femenino, mientras disminuían los puestos de trabajo a disposición de los varones. Las campesinas, por su parte, sufrieron mucho a consecuencia de la crisis económica y la creciente presión popular sobre la tierra. Todas las mujeres eran vulnerables al sida, sobre todo las más jóvenes.

La religión fue otro gran nexo de solidaridad social. El cristianismo y el islam se expandieron rápidamente en el África independiente, al reclamar los hasta entonces marginados (en especial las mujeres y las regiones remotas) su lugar en el mundo moderno. Una mujer explicaba: «Todas se han unido, y me quedé rezagada como una tonta». Una estimación dice que, entre 1950 y 1990, los cristianos africanos pasaron de los 34 a los 200 millones[15]. La expansión más rápida fue en Kenia y Zimbabue, tanto en las ciudades como en la región sudanesa que va desde Senegal hasta Etiopía. Muchos sudaneses del sur aceptaron el cristianismo durante su resistencia contra el dominio del norte, mientras que el conflicto entre los cristianos en expansión y los fundamentalistas musulmanes originó graves disturbios en Nigeria central. Las jerarquías eclesiásticas se africanizaron con total rapidez. En 1993, la Iglesia católica tenía 16 cardenales africanos, y en la Conferencia de Lambeth celebrada por la Iglesia anglicana había dos o tres obispos africanos más que británicos. Los misioneros y el dinero siguieron afluyendo hacia el continente, procedentes, sobre todo, de los Estados Unidos, y el número de vocaciones africanas se incrementó rápidamente a finales de siglo, a medida que empezaban a escasear los empleos laicos. Los cristianos rebasaron la capacidad pastoral de sus sacerdotes, dando lugar a un campesinado cristiano al modo etíope con congregaciones aldeanas fuertes, evangelizadores con una instrucción religiosa sólo superficial, poca superestructura o influencia en la vida familiar y un ritual muy africanizado.

---

[15] R. Oliver, *The African Experience,* Londres, 1991, p. 257.

Las Iglesias independientes en expansión, que llegaron a ser más de 10.000 a finales de la década de 1980, tenían estructuras similares. Algunas tenían una organización muy jerárquica, como la Iglesia kimbanguista de la República Democrática del Congo y la Iglesia sionista de Sudáfrica, pero la mayoría eran pequeñas y funcionaron eficazmente a pesar de la austeridad y la contracción del Estado, porque eran comunidades de apoyo que ofrecían servicios sanitarios y salvación espiritual, dando sentido a las vidas de la gente. Algunas de las nuevas Iglesias eran milenaristas, sobre todo en Uganda, donde la epidemia de sida fue más grave. Los líderes del Movimiento para la Restauración de los Diez Mandamientos de Dios decían a sus seguidores: «Es un castigo del señor… el mundo lo llama sida…, pero es un castigo que nos ha enviado». En marzo del 2000 asesinaron a miles en espera de la promesa de una «nueva generación»[16].

La necesidad de certidumbre en medio de la enfermedad y la confusión intelectual que caracterizara el fin de siglo africano explica el fenómeno cristiano más destacado de la época: el rápido avance de las Iglesias pentecostales, que había comenzado en Sudáfrica y se había extendido rápidamente por toda el África subsahariana a partir de la década de 1970. En el 2000, un 24 por 100 de los habitantes de Ghana decía pertenecer a la Iglesia pentecostal. Se trataba de una congregación que hacía hincapié en la salvación personal a través del arrepentimiento y el bautismo en el Espíritu Santo. Al contrario que otras Iglesias independientes, se mostraban a favor de la modernización de África. Recibían mucha ayuda de misioneros norteamericanos, bien provistos de fondos que predicaban el «evangelio de prosperidad», pues Dios recompensaría en este mundo a los generosos, unas enseñanzas que casaban bien con las expectativas que los indígenas depositaban en una religión. Hasta las Iglesias pentecostales que rechazaban este punto de vista solían apelar a los jóvenes urbanos que disfrutaban de una mayor movilidad social, difundiendo la modernización y el internacionalismo, haciendo hincapié en la importancia del individuo y la familia nuclear, condenando la corrupción y ofreciendo esperanzas de progreso. En el campo, las Iglesias pentecostales defendían una moral austera incompatible con la poligamia, el alcohol, el dominio patriarcal, la brujería y otras prácticas religiosas, consideradas obra del demonio.

---

[16] B. Atuhaire, *The Uganda Cult Tragedy: A Private Investigation,* Londres, 2003, p. 30.

Este dualismo radial, tan característico del pentecostalismo, recuerda a la cristiandad primitiva del norte de África. Describían el mundo como un campo de batalla entre Dios y sus fieles por un lado y Satanás, las brujas, los viejos dioses y los que habían vendido su alma a cambio de poder político y económico, por otro. A cierto nivel, esto dio lugar a una próspera demonología, reflejada en las películas. Según un estudio realizado por el gobierno de Kenia, hubo muchos al culto al demonio en esos años, algunos con ritos de iniciación caníbales, a los que se acusaba de provocar accidentes de tren y de tráfico. De ahí que se recomendara analizar toda organización religiosa, prohibir la música en las busetas (típicos lugares donde se manifestaba el descontento) y censurar la emisión televisiva de combates de lucha libre[17]. A otro nivel, los pentecostalistas criticaban un orden estatal y social al que consideraban corrupto, lo que tranquilizaba psicológicamente a los que pensaban en la política en términos morales.

El dualismo no dividía necesaria e irremediablemente a las comunidades. Como señalara un antropólogo: «La gente todo lo ve blanco o negro y sobre esa base crea modelos más complejos»[18]. El dualismo permitía explicar de forma diferente las fuerzas que los africanos sabían que actuaban sobre ellos. Un rasgo común a todas las naciones africanas de finales del siglo xx fue la gran preocupación suscitada por la brujería, tanto si se la creía eficaz como si no. Las autoridades perseguían brujas en diversos lugares y consultaban a los adivinos «expertos», y los aldeanos tenían cierta tendencia a comprobar sus sospechas recurriendo a la acción directa. El islam también creció, al igual que el cristianismo, desplegando un dualismo similar e incluso más intenso, sobre todo en el caso de los fundamentalistas, como veremos, pero no debemos dejar de mencionar protestas de tipo milenarista como la liderada por Muhammadu Marwa, que fundó una «república privada» compuesta por jóvenes inmigrantes en Kano, «predicando que cualquiera que llevara reloj, fuera en bicicleta, condujera un coche o mandara a sus hijos a la escuela pública, era un infiel»[19]. Derrocarle costó a los militares unas 4.000 vidas en 1981.

---

[17] *East African*, Nairobi, 9 de agosto de 1999.

[18] P. W. Geissler, «Are We Still Together Here? Negotiations about Relatedness and Time in the Everyday Life of a Modern Kenyan Village», tesis doctoral, Universidad de Cambridge, 2003, p. 249.

[19] Nigeria, *Report of the Tribunal of Inquiry on Kano Disturbances,* lagos, 1981, p. 41.

Esta fue la protesta más violenta en una ciudad poscolonial. Normalmente, los pobres urbanos, aunque se dolían de la corrupción y el abismo entre «ellos» y «nosotros», eran demasiado vulnerables para enfrentarse abiertamente a sus gobernantes, se hallaban divididos y dependían del patronazgo, confiaban en los valores rurales y aprovechaban la incipiente movilidad social. Los líderes religiosos les movilizaban al igual que los sindicatos, como en los «tres días gloriosos» que acabaron con el gobierno de Brazzaville en 1963. También salían a la calle cuando se rompía el orden tras un golpe de Estado, como en la orgía saqueadora que tuvo lugar en Nairobi en 1982. El único motivo que sacaba regularmente a las calles a los pobres de las ciudades era la subida de precio de los alimentos debida a la retirada de los subsidios tras la implementación de un plan de ajuste. Disturbios de ese tipo derrocaron regímenes en Liberia, Sudán y Zambia, y amenazaron a otros muchos a lo largo de la década de 1980. Las masas urbanas actuaban poco, pero cuando lo hacían eran muy brutales, sobre todo con el enemigo interior que llevó en ocasiones a la masacre del enemigo, como ocurriera en Kinshasha en 1998, cuando la gente de la ciudad respondió a la invasión de Ruanda matando a todos los tutsi que pudieron encontrar, o en Abidyán, en 2004, cuando las multitudes enfervorecidas se vengaron de los franceses, destruyendo sus propiedades después de que los «garantes de la paz» hubieran acabado con la aviación de Costa de Marfil. Las revueltas de Abidyán fueron obra de «jóvenes patriotas», militantes cuyos homólogos idealizaban a Nkrumah, liberaron Zimbabue y Uganda y acabaron con el *apartheid*. En circunstancias menos violentas, la cultura de los jóvenes hubiera sido capaz de fusionar las tradiciones indígenas y la modernidad. En la década de 1990, los Boys of Dakar cultivaban el *bul faale* (tomátelo con calma). Valoraban el trabajo duro y la sofisticación urbana y exigían un *sopi* (cambio político). Hablaban un argot franco-wolof con algún detalle de inglés estadounidense, eran fanáticos del rap iconoclasta e idolatraban a un campeón de lucha surgido de su entorno llamado Tyson. Eran fruto del rápido crecimiento de la población, habían recibido buena educación pero carecían de empleo, no podían casarse para acceder a la edad adulta ni podían aprovecharse de los rápidos cambios sociales que habían ayudado a sus padres. Apoyarían cualquier tipo de cambio: destructivo o constructivo.

Los jóvenes no eran los únicos que ponían en tela de juicio el orden social establecido y la independencia. Presidentes-filósofos de Se-

negal y Tanzania llevaban mucho tiempo diciendo que sólo tomaban asiento en la Organización para la Unidad Africana junto a sargentos y patrulleros. A medida que los ingresos públicos disminuían, los salarios oficiales de esfumaban y crecía el número de empresas informales, los *evolué* perdieron prestigio social ante los *américain,* que habían hecho fortuna emigrando a Occidente, y ante los *moodu moodu,* comerciantes ricos carentes de educación. Hasta los médicos formados en Occidente, la «crème de la crème» de las elites cultas, dejaron de buscar un salario haciendo huelga en defensa de su ética profesional. En el año 2000, la nota media exigida para estudiar medicina en Makerere era un 15 por 100 más baja que en farmacia, una carrera más lucrativa. Los clérigos doctorados en teología dieron paso a los empresarios del evangelio de la prosperidad. Algunos miembros de las elites cultas se refugiaron en la esfera privada resistiéndose a la pérdida de estatus. Solían actuar a través de las organizaciones no gubernamentales que proliferaban a medida que los Estados de partido único perdían su capacidad de monopolio de la vida pública. En 1980, Nigeria contaba con 1.350 ONG; en el 2000, con 4.028. Estaba surgiendo una política africana de nuevo cuño.

El cambio político

Cuando cayó el Muro de Berlín en 1989, 42 de los 45 Estados subsaharianos eran regímenes autoritarios en los que se celebraban elecciones libres. Cinco años después, ninguno era oficialmente un Estado de partido único, 38 celebraron elecciones y 16 antiguos regímenes autoritarios habían sido derrocados y sustituidos por gobiernos electos[20]. Los movimientos democratizadores de aquellos años no colmaron todas las esperanzas, pero para muchos Estados fue un nuevo comienzo.

El origen de estos movimientos fue Benín (antiguo Dahomey), donde, en 1989, estudiantes, funcionarios que no cobraban y las multitudes urbanas organizaron marchas para protestar contra la situación económica por la que atravesaba el régimen del presidente Kérékou. Adoptaron la forma de la *oma,* una muestra de la indignación colectiva

[20] N. Bratton y N. van de Walle, *Democratic Experiments in Africa: Regime Transitions in Comparative Perspective,* Cambridge, 1997, pp. 7-8, 204.

tradicionalmente liderada por los sacerdotes *vodun*. El ejército retiró su apoyo a Kérékou y Francia suspendió las ayudas mientras convocaba una conferencia nacional pensada para desenmascarar a los miembros de la oposición. Pero sus miembros se declararon soberanos, convocando elecciones en marzo de 1991. Era la primera vez que un gobernante africano era depuesto por las urnas. El modelo se extendió por toda el África francófona. Los líderes de Níger y Congo-Brazzaville fueron reemplazados pacíficamente a través de conferencias y elecciones. El astuto Houphouet-Boigny, de Costa de Marfil, convocó rápidamente unas elecciones multipartidistas para evitar que las organizaran sus oponentes antes. El presidente Biya, de Camerún, se negó a convocar una conferencia nacional, cerró acuerdos con sus partidarios y finalmente ganó unas elecciones libres gracias a la división entre sus rivales. En Togo, el presidente Eyadema dependía del ejército controlado por sus compañeros de tribu. Permitió que sus adversarios convocaran la conferencia nacional, la disolvió en cuanto se proclamó soberana y ganó unas elecciones que la oposición boicoteó. Mobutu pospuso la convocatoria de la conferencia nacional cuatro veces, muchos de sus 2.842 delegados eran partidarios suyos, permitió su funcionamiento durante 18 meses, plazo en el que llegaron a fundarse 200 partidos, lo que utilizó como excusa para no celebrar elecciones presidenciales y, finalmente, la disolvió.

La democratización siguió un modelo similar en el África anglófona, donde aún resonaban los ecos de 1789. Zambia fue pionera. Allí el IMF movilizó a los mineros del cobre y los disidentes exigían elecciones libres. Cuando al final se celebraron, fue el fin del presidente Kaunda, que dejó el poder en 1991 tras 27 años. Los demás países de la zona imitaron el proceso, sobre todo Malaui. Pero de nuevo había diferencias. En Kenia, el presidente Moi se resistía a celebrar elecciones libres, alegando que partirían al país en dos. Cuando la ayuda internacional le obligó a celebrar elecciones en 1992, invirtió 100 millones de dólares en la campaña, dividió a la oposición y ganó habiendo obtenido tan sólo el 36 por 100 de los votos. Repitió la jugada en 1997 y su partido fue derrotado en el 2002, cuando ya se había jubilado. En la vecina Uganda, el presidente Museveni alegaba que la lucha entre los partidos casi había acabado con su país en los años sesenta y se resistió a la convocatoria de elecciones hasta el 2006, cuando derrotó a sus rivales. En Tanzania, el poderoso partido en el poder nombró una comisión que

sondeara a la opinión pública, hallando que el 77 por 100 de los votantes prefería un Estado de partido único. Aun así convocó elecciones libres en 1995 y las ganó con elegancia. Muchas circunstancias cimientan este notable cambio en el comportamiento político. La más importante era, simplemente, el paso del tiempo, que fue robado por partidos nacionalistas de legitimidad única, ya sea como liberadores o como agentes de desarrollo. Estados de partido único habían perdido toda pretensión de modernizarse, una consideración importante para muchos africanos. El ajuste estructural había privado a los regímenes de mecenazgo y había radicalizado tanto a multitudes urbanas como a gente instruida. Por otra parte, la contracción del Estado había promovido la asociación civil y de ONG característica de los delegados de congresos nacionales. Cada conferencia francófona fue presidida por un prelado católico, pues era, en parte, una lucha de las elites cultas por recuperar el estatus perdido y reafirmar la vida asociativa activa sofocada por el partido único. La relativa fuerza de los grupos sociales es un factor determinante del éxito de los movimientos de democratización, como ocurrió con los mineros de cobre de Zambia, pero estos grupos no avanzaron contra Eyadema o Mobutu mientras los soldados permanecieron leales a ellos; por contra, los ejércitos en Benín, Níger, Malí, Congo-Brazzaville y Malaui se negaron a reprimir las demandas de democracia. «El rumbo de la transición lo marcaba el ejército»[21], concluía un análisis. Los factores externos también fueron importantes. El movimiento en Benín procedió de la caída del comunismo en Europa del Este, cuyo impacto directo sobre los acontecimientos en África era, probablemente, muy pequeño, a pesar de que la visita a la Alemania poscomunista convenció a Nyerere de que el sistema de partido único de Tanzania estaba condenado. Indirectamente, sin embargo, el fin de la Guerra Fría liberó a los donantes occidentales de obligar a Moi en Kenia y a Banda en Malaui a aceptar la liberalización, aunque esa presión no se intentó en Camerún, Togo ni en el norte de África, donde las retribuciones estratégicas seguían siendo vitales.

Los cambios democráticos eran limitados pero fundamentales. Dieciséis de los regímenes autoritarios dejaron de serlo tras la celebración de elecciones en 1994. En otros 15, los partidos únicos que ejercían el

[21] N. Bratton y N. van de Walle, *Democratic Experiments,* p. 217.

poder en 1989 seguían haciéndolo en el 2002 tras ganar unas elecciones libres. A menudo los políticos eran los mismos, aunque cambiaran los regímenes. En Malaui se les denominaba «políticos renacidos», pues era un país que había tenido un régimen unipartidista desde el principio y habían vuelto a hacerse con el poder tras la celebración de elecciones democráticas, pero seguían considerando al Estado una fuente personal de ingresos. En los primeros siete años de democratización, el número de parlamentarios del África subsahariana se incrementó en un 22 por 100[22]. Se votaba a personas, no a políticas ni a estructuras políticas. No hubo ni un solo partido de izquierdas y la democratización fue, en gran medida, un fenómeno urbano, sobre todo de las capitales. En el campo se resentían la vulgaridad y las divisiones entre los partidos, de manera que autócratas a la antigua como Mugabe en Zimbabue pudieron contener el pluralismo urbano movilizando a la gente del campo. Las elecciones libres se celebraban a nivel regional, exacerbando a menudo las tensiones étnicas y religiosas, y el dinero cambiaba de mano con mayor libertad que antes. Las estructuras socioeconómicas de África no habían cambiado lo suficiente desde la independencia como para facilitar la política democrática.

En 1997, tres famosos analistas afirmaron sin más que la democratización había sido un fracaso[23]. No pensaban sólo en las limitaciones que acabamos de describir, sino también en las recaídas en el autoritarismo. La primera democracia multipartidista que se hundió fue Burundi, donde las elecciones de 1993 dieron la victoria a los hutu, que fueron desalojados del poder cuatro meses después por el ejército tutsi. Un año después, los intentos de liberalización en Ruanda acababan en un genocidio. El presidente que había sido derrocado por la conferencia nacional de Congo-Brazzaville recuperó el poder en 1997, tras una guerra civil. En los 12 años siguientes a la legalización de los partidos en Níger, en 1991, el país tuvo tres repúblicas, celebró 11 elecciones o referéndums y sufrió dos golpes de Estado. Hasta Costa de Marfil, en tiempos el más estable de los Estados africanos occidentales, pasó por una partición y casi entra en guerra civil en el 2002 debido a la locura de los adversarios políticos. Los datos de otros continentes demuestran

---

[22] *WDR* (1997), p. 150.

[23] J. F. Bayart; S. Ellis y B. Hibou, *The Criminalisation of the State in Africa,* S. Ellis (trad.), Oxford, 1999, p. 4.

que, aunque la pobreza no evitara el establecimiento de la democracia, sí hacía muy difícil mantenerla.

Sin embargo, es una visión excesivamente negativa. No había ningún régimen perfecto en África pero, a finales del 2000, unos 35 países habían celebrado sus segundas elecciones, 10 de ellos, las terceras[24]. Habían sobrevivido muchos políticos al antiguo estilo, pero los jóvenes activistas velaban por la efectiva celebración de elecciones, al igual que otros grupos sociales que carecían de influencia en el momento de la independencia. Los candidatos tenían que prestar más atención a sus votantes que antes. En los ocho canales de la televisión de Tanzania, sus 10 o más emisoras de radio, 40 periódicos y sus 2.000 revistas se hacía gala de una extendida y apreciada libertad de expresión y las urnas translúcidas que se usaban en las elecciones denotaban cierta preocupación por la transparencia. A excepción de Botsuana, eran democracias presidenciales más que parlamentarias, pero se habían impuesto límites a un presidencialismo que sólo podrían traspasarse a costa de la legitimidad. La democracia no se había limitado a sustituir a los regímenes de partido único; se había fusionado con ellos. El resultado más habitual fue el surgimiento de regímenes en los que había un partido dominante, a menudo el antiguo partido único, que ganaba las elecciones, ejercía el clientelismo y encarnaba la unidad nacional, mientras los grupos y regiones descontentos creaban algunos partidos menores, en la sombra pero libremente. El Congreso Nacional de la India había demostrado que era una eficaz forma de transición para gobernar países enormes y heterogéneos. A principios del siglo XXI fue el modelo adoptado por Botsuana, Tanzania, Etiopía, Egipto, Túnez, Sierra Leona, Malí, Camerún, Gabón, Namibia y Sudáfrica.

La presencia de Sudáfrica en la lista demuestra que la continuidad fue el rasgo más característico del paso al gobierno de las mayorías, aunque allí la transición tuviera lugar entre un partido blanco y un partido negro dominantes. Las elecciones de 1994 fueron, en verdad, un plebiscito étnico: sólo un 3 por 100 de los blancos votó al CNA y un 3 por 100 de los afrikáneres al National Party. El CNA obtuvo un 63 por 100 de los votos, incrementando ligeramente ese porcentaje en las elecciones de 1999 y del 2004, aunque su representación parlamen-

[24] N. van de Walle, «Presidentialism and Clientelism in Africa's Emerging Party Systems», *Journal of Modern African Studies* 41 (2003), p. 299.

taria fuera multirracial y hubiera cierto equilibrio entre el número de representantes masculinos y femeninos. A nivel nacional, el National Party dejó de existir en 2005, dejando a 14 partidos pequeños compartir 107 de los 400 escaños parlamentarios. Los mayores de entre ellos representaban a los afrikáneres de Kua-Zulu-Natal y a la población blanca y mestiza del occidente del Cabo. La nueva Constitución ahondó en la centralización gradual emprendida por Sudáfrica en el siglo XX, de manera que el 95 por 100 de los ingresos de las provincias dependían del Estado central. A partir de 1998 ya no se eligió a los representantes provinciales; los elegía directamente el presidente. Tres años después, el Estado central ejerció su poder constitucional para hacerse temporalmente con el control del Cabo Oriental, justo cuando las autoridades se quedaron sin fondos para pagar subsidios sociales. Mientras tanto, los líderes del CNA habían vuelto de su exilio haciendo gala de todas las tendencias autoritarias de un movimiento de liberación, controlando las innumerables organizaciones civiles que habían dirigido la lucha interna contra el *apartheid* en la década de 1980. El gobierno tampoco consultaba con los sindicatos y consideraba prerrogativa suya el diseño de las políticas públicas. Aun preservando cierto grado de democracia interna, el CNA se había convertido en un partido electoralista. Se creó un tribunal constitucional que imponía límites al poder y al parlamento y fue más eficaz que en muchos otros Estados africanos. Sin embargo, la Sudáfrica del presidente Mbeki avanzaba rápidamente hacia formas presidencialistas de democracia.

En cambio, Nigeria tendía hacia un Estado de partido dominante. Era una opción desde 1979, cuando el gobierno militar que ganó la guerra civil restauró una estructura política civil en la que 19 Estados competían por el poder y los recursos de un gobierno federal que controlaba la venta del petróleo. El National Party of Nigeria (NPN), con base en el norte del país, obtuvo una estrecha victoria para su candidato a la presidencia en 1979, con sólo el 34 por 100 del voto total. Sin embargo, a lo largo de los años siguientes, su clientelismo atrajo a grupos minoritarios de todas las regiones, salvo al núcleo duro de los yoruba y los igbo. En las elecciones de 1983, el NPN afirmaba haber obtenido 264 de los 450 escaños de la Asamblea Nacional y el 47 por 100 de los votos. Esto lo convertía en el partido dominante, pero las elecciones fueron tan corruptas y la situación económica era tan nefasta que los militares se volvieron a hacer con el poder. Frustraron la evolución po-

lítica a lo largo de los siguientes 16 años, abolieron las elecciones presidenciales, pensadas para restaurar la democracia civil, en 1993, cuando se supo que había ganado un candidato del sur yoruba. Esto reabrió las heridas regionalistas y acabó en una guerra civil entre 1967 y 1970. Tras seis años de dictadura militar, volvieron a celebrarse unas elecciones democráticas, en 1999, que ganó el People's Democratic Party, parecido al CNA sudafricano. El presidente, Olusegun Obasanjo, obtuvo el apoyo de todas las regiones, excepto de su propia región yoruba. A lo largo de los años siguientes, el PDP obtuvo también el voto yoruba, pero se veía cada vez más amenazado por la relevancia de los partidos religiosos fundamentalistas, violentos combates por el control de las ciudades del Middle Belt, entre norte y sur, y por la determinación de los zelotes de norte a reforzar la ley islámica en las zonas musulmanas. En 2003, Obasanjo fue reelegido con un 62 por 100 de los votos y el PDP se hizo con 28 de las 36 gobernaciones, a pesar de la oposición de las provincias del norte que, en esta ocasión, se mostraban contrarias a él. Perdió el poder en el 2007 y, al no haber candidatos alternativos, Nigeria empezó a temer por su futuro político.

El aumento del fundamentalismo islámico fue un fenómeno de significado comparable al de la democratización. Surgió en Egipto, en 1928, de la mano de los Hermanos Musulmanes. Sus adeptos no lo llamaban fundamentalismo sino islamismo, y defendían ciertos dogmas: Dios y no los hombres era soberano; su voluntad se revelaba en el Corán y sólo en el Corán; su ley no estaba sujeta a modificaciones humanas; el Estado laico era anatema por definición, y había que sustituir el Estado-nación por una comunidad musulmana, mientras se prohibía toda innovación (incluida la creación de hermandades religiosas). El fundamentalista egipcio más influyente, Sayyid Qutb, añadió a estos principios la idea de que todos los Estados existentes, incluso los islámicos, eran paganos en realidad y comparables a la *jahiliyya* que anunciaría la venida del islam. De ahí que se convirtieran en objetivos de la yihad en un proceso de demonización parecida a la de los cristianos pentecostalistas. Esta radicalización fue consecuencia de las persecuciones desencadenadas por el régimen de Nasser, quien mandó ejecutar a Sayyid Qutb. La lucha se intensificó tras la derrota de Egipto en la Guerra de los Seis Días contra Israel que tuvo lugar en 1967, el éxito de la Revolución iraní en 1978-1979 y la negativa de los gobernantes egipcios a convertir a los Hermanos Musulmanes en un partido político. Los jóvenes militantes, proce-

dentes del atrasado campo del sur del país, fueron creando organizaciones terroristas en la década de 1970. Cuando la polícía las reprimía, se refugiaban en los barrios marginales de El Cairo o iban al exilio, donde uno de sus líderes, Ayman al Zawahiri, se convirtió en el segundo de Osama Bin Laden. Mientras tanto, la Hermandad Musulmana derivó hacia un fundamentalismo moderado, ganando influencia en el derecho y la cultura egipcios. En las elecciones legislativas del 2005 se presentaron como independientes 88 de sus miembros, constituyendo el principal grupo de oposición al régimen del presidente Mubarak.

En otros lugares del norte de África, los fundamentalistas también tuvieron muchos problemas para evitar que sus rivales musulmanes se hicieran con el poder ostentado por los gobiernos nacionales. Donde tuvieron más éxito fue en Sudán, donde los Hermanos Musulmanes, procedentes de Egipto en los años cuarenta, se dieron cuenta de que no podían ganar las elecciones a los partidos establecidos y se fueron aliando con los sucesivos regímenes militares a partir de 1979. Su talentoso líder, Hassan al-Turabi, ejerció gran influencia hasta que los militares se deshicieron de él, en el 2000, temiendo su exceso de ambición. En cambio, en Túnez, el movimiento Islamic Way, creado en 1981 y rebautizado posteriormente como Nahda, se enfrentaba a un partido laico e inusualmente disciplinado que permitió a los fundamentalistas participar en las elecciones como independientes e incluso tener cierto éxito en 1989, pero tres años más tarde suprimió el movimiento cuando su ala más radical empezó a recurrir a tácticas terroristas. El gobierno de Libia, que se consideraba islámico, aunque a su manera, prohibió en su territorio a los Hermanos Musulmanes locales. La Corona de Marruecos también afirmaba tener autoridad religiosa, debido a que los reyes eran supuestamente descendientes del Profeta y ejercían una autoridad, a menudo implacable, sobre una sociedad en la que las hermandades musulmanas y otras tradiciones islámicas eran muy fuertes. Algunos grupos fundamentalistas operaban en la región con libertad limitada. El más importante, liderado desde 1981 por Abd al-Salam Yasin, buscaba el renacer espiritual más que el poder político, pero cuando resurgió tras 1999 para encauzar la oposición popular contra los planes liberalizadores del joven rey Mohammed VI, un partido fundamentalista moderado obtuvo 42 escaños parlamentarios en el 2002.

Los mayores enfrentamientos entre los fundamentalistas y el Estado tuvieron lugar en Argelia. A principios de la década de 1980, la caída

temporal de los precios del petróleo trastocó los programas de industrialización e incrementó el paro entre los emigrantes jóvenes a los que, procedentes del campo donde la población crecía rápidamente y sólo el 3 por 100 de la tierra era cultivable, se amontonaba en las *bidonvilles* de Argel y otras ciudades de la costa. Mientras, el Frente de Liberación Nacional (FLN), partido único del régimen, se había ido corrompiendo progresivamente y se fue desacreditando totalmente a medida que la guerra de liberación se convertía en parte del pasado. Tras graves revueltas urbanas en octubre de 1988, el presidente Chadli intentó restablecer la autoridad corriendo el riesgo (que no se quiso correr ni en Egipto ni en Libia) de crear una democracia multipartidista. Puede que esperara distanciarse así del impopular FLN transfiriendo a los políticos el poder real que el ejército llevaba ejerciendo desde la independencia. El Frente Islámico de Salvación (FIS) fue de los primeros en registrarse, en febrero de 1989. Lo organizaron los fundamentalistas que habían aparecido por Argelia en la década de 1960 y ganado influencia a lo largo de los años ochenta. Uno de sus principales líderes, Abbasi Madani, había participado en el ataque a los franceses de 1954, obtenido un doctorado en la Sorbona y enseñado en la Universidad de Argel. Era un buen ejemplo del tipo de intelectual sofisticado que lideraba la mayoría de los movimientos fundamentalistas; hombres que, en palabras de Yasin, querían «islamizar la modernidad» y tenían mucho éxito entre los estudiantes que buscaban una ideología que legitimara su forma tradicional de actuar. El otro líder principal, Ali Belhadj, procedía de la frontera con el desierto, donde habían florecido el donatismo y el jariyismo. Era más joven y menos formado, pero ocupaba el cargo de imán en la mezquita de un barrio obrero de Argel, lo que le puso al frente de los jóvenes parados de las *bidonvilles,* que dieron al fundamentalismo gran parte de su apoyo.

Aunque el FIS había demostrado su popularidad en las elecciones locales de junio de 1990, Chadli debió de pensar que no podría ganar las elecciones legislativas por que otros partidos se unirían, de ser necesario, para desbancarles en la segunda vuelta. Cuando se celebraron, en diciembre de 1991, el FIS obtuvo tantos votos en la primera vuelta (más del 40 por 100) que intervino el ejército, anulando las elecciones, tras alegar que los fundamentalistas «querían la democracia para destruirla», e ilegalizando el partido. Los militantes huyeron a las colinas siguiendo una antigua tradición argelina. Surgieron, además, otros dos

movimientos, mucho más violentos: la Armée Islamique du Salut (AIS), que buscaba una vuelta a los procedimientos constitucionales, y el Groupe Islamique Armé (GIA), que sostenía que la única forma de crear un Estado islámico era la yihad. A ellos se enfrentaban militares profesionales de línea dura a los que sólo valía una victoria total, mientras toda una sucesión de presidentes civiles intentaban reflotar las negociaciones para volver a la normalidad. El AIS dejó la violencia en 1999 y se celebraron elecciones multipartidistas libres en las que competían partidos fundamentalistas moderados; nunca se volvió a legalizar el FIS. Aún había activas algunas secciones del GIA en el 2005. Por entonces, la guerra había costado ya 150.000 vidas.

La revolución etíope, que comenzó en 1974 y discurrió de la forma característica en la que se daban las revueltas en África a finales del siglo xx, adquirió una importancia histórica similar a la del fundamentalismo y la democratización. Al igual que ocurriera en el caso de las otras dos genuinas revoluciones del continente, las de Ruanda y Zanzíbar, heredó las estructuras del antiguo régimen colonial que se basaba en divisiones étnicas de la población. En Etiopía vivían los pueblos no amháricos, conquistados durante la expansión hacia el sur de Menelik a finales del siglo xix. Cuando Haile Selassie se amotinó en enero de 1974 contra la vieja aristocracia, esta estaba demasiado debilitada como para poder mantener su autocracia, y todo intento de aprobar una Constitución liberal estaba abocado al fracaso porque Etiopía carecía de burguesía al no contar con un capitalismo avanzando. Los estudiantes y sindicalistas de Addis Abeba tomaron la iniciativa y, cuando la integridad territorial de Etiopía parecía amenazada, tomó las riendas una facción militar unitarista liderada por el mayor Mengistu Haile Mariam, que adoptó un lenguaje marxista y solicitó ayuda comunista. El régimen de Mengistu no supo ganarse a, o reconciliarse con, quienes querían la secesión de Eritrea y una mayor autonomía para Tigray y otras regiones periféricas. La legislación de 1975 acabó con los terratenientes y dio poder a las asociaciones de campesinos para redistribuir la tierra, pero el reparto fue muy desigual y el régimen perdió el apoyo del campo al intentar obtener excedentes agrícolas mediante técnicas que en otros lugares de África habían desposeído a los campesinos: granjas estatales, un comercio regulado, cooperativas de productores, «aldeización» obligatoria y reubicación en regiones alejadas, a lo que había que añadir las hambrunas recurrentes.

Debilitado por el hundimiento de la Unión Soviética, Mengistu fue derrocado en mayo de 1991 por una coalición de fuerzas guerrilleras regionales, el Ethiopian People's Revolutionary Democratic Front (EPRDF), encabezadas por antiguos estudiantes revolucionarios. Eritrea optó por la secesión en 1993, y las disputas en torno a la delimitación de las fronteras sumió a ambos países en una costosa guerra sin sentido entre 1998 y el 2000. La nueva Constitución etíope reconocía la fuerza de los sentimientos étnicos y dio lugar a la fundación de una federación cuyos miembros gozaban de una gran autonomía y de «un derecho a la autodeterminación sin condiciones», lo que incluía el derecho a la secesión; si bien, en la práctica, el federalismo sirvió para incorporar a todo el mundo y el EPRDF frustró implacablemente todo movimiento secesionista. Lo más importante era garantizar la supervivencia de la federación a largo plazo. Igual de importante era hacerse con el control de la tierra, puesto que la revolución había acabado con la antigua clase terrateniente y los experimentos socialistas subsiguientes habían sido un fracaso, abriendo las puertas al liberalismo económico y al capitalismo que algunos etíopes consideraban fundamental para el desarrollo económico. El EPRDF pensaba de otra manera y favorecía los arrendamientos de tierras convirtiendo a los campesinos en aparceros del Estado. No tenemos muchos datos, pero parece que la mayoría de los campesinos accedieron a este acuerdo. Lo que ya no está tan claro es que pudieran defender su postura en la práctica.

Lo que diferenciaba al EPRDF del resto de los movimientos guerrilleros del África de finales del siglo XXI era que puso en marcha una organización estatal en vez de destruirla. En Uganda y Ruanda la tradición estatal era lo suficientemente fuerte como para ayudar a las guerrillas victoriosas a imponer orden. Pero hubo tres guerras civiles durante esos años: Somalia a finales de los años ochenta, Liberia en 1989 y Sierra Leona en 1991. Fueron muy destructivas debido a que empezaron con rebeliones contra regímenes sectoriales, opresivos y muy debilitados por la crisis económica. En cuanto las rebeliones se empezaron a hacer por motivos políticos, cobraron protagonismo los señores de la guerra que reclutaban jóvenes carentes de educación o empleo y a los que proveían de armas baratas adquiridas en Europa del Este cuando se hundió el comunismo. No financiaban sus guerras con las típicas subvenciones de la Guerra Fría, como habían hecho en el pasado, sino explotando los recursos naturales de las áreas bajo su con-

trol, sobre todo los diamantes de Sierra Leona. Tanto allí como en Liberia, fuerzas internacionales de interposición fueron restaurando el orden. Sin embargo, a partir de 1991 Somalia se sumió en algo muy parecido a la falta de organización política compleja que la caracterizara en el periodo precolonial.

En medio de todos estos conflictos, los sucesos de Ruanda y Burundi fueron únicos, ya que en cada uno de estos países habitaban dos grupos étnicos, los hutu y los tutsi, ambos muy conscientes de su identidad, que reclamaban su derecho sobre un único territorio, cuando en el resto de África lo normal era que cada grupo étnico poseyera tierras de cultivo propias. En Ruanda, la revolución hutu de tiempos de la independencia (1959-1962) había acabado con la monarquía y condenado a miles de tutsi al exilio. La mayoría escapó a Uganda, y la creciente población hutu se quedó con sus tierras. En 1973, una facción hutu, liderada por Juvenal Habyarimana, se hizo con el poder gracias a la incorporación al Estado, en época colonial, de las provincias del noroeste, que eran muy hostiles a los antiguos gobernantes tutsis. A finales de la década de 1980 y principios de la de 1990, la situación se desestabilizó aún más debido a cuatro sucesos paralelos. En primer lugar, el crecimiento demográfico volvía a crear problemas de escasez de tierras y la economía acusaba mucho la depresión del periodo, que había dejado a muchos hombres jóvenes sin tierra y sin empleo. En segundo lugar, los exilados tutsis del Rwanda Patriotic Front (RPF), que habían adquirido gran experiencia militar en la guerra civil de Uganda de los años ochenta, volvieron a invadir Ruanda en 1990 y fueron penetrando hacia el norte con grandes dificultades. En tercer lugar, los inversores occidentales y los grupos hutu rivales presionaron a Habyarimana para que democratizara su régimen. En los Acuerdos de Arusha de 1993, ambas partes convinieron la incorporación de representantes hutu y tutsi y dar al RPF una representación del 40 por 100 en el ejército, lo que implicaba licenciar a unos 20.000 soldados hutu y perder el apoyo de sus mejores partidarios.

El cuarto elemento que desestabilizó a Ruanda fue la vecina Burundi, que había obtenido la independencia a la vez que Ruanda y había instaurado un régimen liderado por los tutsi moderados. En 1965, los extremistas hutu de Burundi intentaron dar un golpe de Estado, inspirándose en el ejemplo de los hutu ruandeses, pero fueron derrotados por las tropas tutsi. Siete años después, una rebelión hutu «obligó» al

ejército a masacrar a unos 20.000 hutus con el propósito deliberado de acabar con sus líderes en potencia. Pero, desde finales de la década de 1980, Burundi estaba sometida a una presión excesiva por parte de quienes buscaban su democratización. Su líder militar, Pierre Buyoya, compartió el gobierno y celebró elecciones libres en 1993; en ellas resultó derrotado por un partido hutu que obtuvo el 65 por 100 de los votos. Cuatro meses después, el ejército tutsi asesinó al nuevo primer ministro. Muchos hutus huyeron a Ruanda.

En Ruanda, los refugiados se sumergieron en la creciente paranoia e inestabilidad. Los extremistas hutu del partido de Habyarimana se sentían amenazados por una posible invasión del RPF y la necesidad de compartir el poder. De manera que en 1991 habían empezado a convertir la organización juvenil del partido en una milicia denominada Interahamwe. A finales de 1993 algunos extremistas empezaron a hablar de masacrar a los tutsi, pero lo que precipitó el genocidio de abril de 1994 fue el derribo del avión de Habyarimana, probablemente a manos del RPF. En cuestión de horas, la guardia presidencial de Habyarimana empezó a asesinar sistemáticamente a los tutsi y los líderes hutus moderados de la capital. Cuando se recibió la noticia de la muerte del presidente en las zonas rurales, los jefes militares regionales y los líderes de los partidos iniciaron masacres similares, movilizando al Interahamwe y exigiendo a los campesinos que se implicaran asesinando a sus vecinos tutsi y a todo sospechoso de estar en connivencia con los hutu. A lo largo de los tres meses siguientes se asesinó a unas 800.000 personas, a menudo con una crueldad deliberada, en lo que fue un genocidio organizado que pretendía vengar generaciones de desigualdad y explotación. La animadversión étnica había cristalizado en las teorías raciales europeas y la propaganda extremista, y la acentuaba el temor a que los tutsi se pudieran volver a hacer con el poder. Por otro lado, los pobres necesitaban desesperadamente las tierras y propiedades de los tutsi. En cuanto el RPF se hizo cargo de la situación, fue avanzando rápidamente hacia el sur poniendo en fuga al régimen hutu y a millones de refugiados que cruzaron las fronteras. Ruanda se abrió para que pudieran volver unos 600.000 exilados tutsi y el nuevo régimen estaba dispuesto a no permitir nunca que los tutsi corrieran peligro de exterminio.

El genocidio de Ruanda afectó inmediatamente a Burundi y su impacto fue sorprendente y, una década después, aún incierto. Tras el

golpe militar dado por los tutsi en 1993, las fuerzas hutu iniciaron una guerra de guerrillas, Buyoya recuperó el poder y los mediadores internacionales presionaron a las partes para que llegaran a un acuerdo. Lo lograron en 1995 cuando el 90 por 100 de los votantes aprobó una Constitución que creaba una Asamblea Nacional y un gobierno en el que el 60 por 100 fueran hutus y el restante 40 por 100, tutsis. En el ejército, ambos grupos estarían en pie de igualdad. Seis meses después fue elegido presidente el líder de la principal guerrilla hutu. La existencia de dos regímenes tan diferentes en ambos países hacía el futuro incierto para los dos.

Mientras, el genocidio de Ruanda había desatado la primera guerra en la que participaron numerosos Estados independientes africanos. En 1994, las tropas hutu en retirada y el Interahamwe de Ruanda cruzaron la frontera de la República Democrática del Congo cuyo gobierno estaba en la distante Kinshasha y no podía o no quería controlar la situación. En 1996, las fuerzas del RPF entraron en el Congo para dispersarles y acabar con ellos de forma brutal y, tras ellas, penetraron en el país unidades ugandesas que querían proteger sus propias fronteras. La invasión acabó en un intento fallido de derrocar al débil régimen de Mobutu en Kinshasha y poner en su lugar a un gobierno más complaciente. Eligieron para el cargo a Laurent Kabila, un superviviente de las fuerzas de Lumumba de principios de la década de 1960, al que instalaron en el poder en mayo de 1997. Los nacionalistas congoleses le obligaron a pedir a los invasores que se retiraran. Pero, al igual que Mobutu, no fue capaz de poner coto a la violencia en la frontera ruandesa. En 1998, tanto Ruanda como Uganda volvieron a invadir el Congo pero, esta vez, otros Estados africanos como Angola y Zimbabue mandaron tropas para defender el régimen de Kabila. Frenaron la invasión, pero los ruandeses y ugandeses se aliaron con los políticos y los señores de la guerra del este y norte del Congo que querían librarse de Kabila. Entre 1999 y el 2000, el Congo se dividió en dos a lo largo de una línea que iba del nordeste al sudeste. Al igual que ocurriera en las guerras civiles de Liberia y Sierra Leona, los partidos financiaron las operaciones explotando los recursos naturales, sobre todo minerales, de las zonas bajo su control. Según un informe de la Organización de las Naciones Unidas, en 1999 Ruanda obtuvo unos 320 millones de dólares de sus actividades en el Congo. Los mediadores internacionales lograron un alto el fuego en agosto de 1999

que no llegó a entrar en vigor hasta enero del 2001, cuando Kabila fue asesinado y le reemplazó su hijo. En agosto del 2002, los partidos congoleños decidieron crear un gobierno de transición bajo su presidencia que gobernaría hasta las elecciones del 2006, que ganó Joseph Kabila. Ruanda y Uganda se retiraron oficialmente, pero siguieron obteniendo beneficios del este del Congo a través de sus redes clientelares congoleñas. Ruanda estableció una especie de protectorado sobre gran parte de la provincia kibu, una zona que tradicionalmente había absorbido sus excedentes de población. La violencia local no cesó en el este, donde se entabló una feroz lucha por la tierra. Ruanda tenía mucho interés en que la región no se estabilizara, lo que resultaba especialmente peligroso.

La guerra del Congo probablemente fuera la que más bajas civiles causara en África. Unida a las crisis localizadas que se registraban en Liberia, Sierra Leona, Somalia, Congo-Brazzaville, Costa de Oro, Argelia y la frontera entre Etiopía y Eritrea, daba buenas razones para pensar que la transición al nuevo milenio estaría marcada por una gran inseguridad. Pero también es cierto que por fin llegó la paz a Angola y el sur de Sudán, hubo una transición en Sudáfrica muy poco violenta y muchos pueblos africanos obtuvieron mayores libertades políticas. La democracia multipartidista ha imperado desde tiempos de la independencia en la próspera y étnicamente homogénea Botsuana. A lo largo de las décadas de 1990 y del 2000 se afianzaron los sistemas bipartidistas en Ghana, Senegal y Benín. En el 2002, los hombres de Estado convirtieron la Organización para la Unidad Africana en la Unión Africana y empezaron a hablar de un Renacimiento africano y una nueva Asociación Económica para el Desarrollo en África. Por otro lado, las tasas de crecimiento se han mantenido en lo que ya es un crecimiento ininterrumpido desde la década de 1970. A otro nivel, la evolución de la demografía y el control de las enfermedades daban pie tanto a la esperanza como a la desesperación.

El descenso de las tasas de fertilidad

El mayor crecimiento de la población africana se registró en torno a 1990, con cifras que rondaban el 3 por 100 anual. Entre el 2000 y el 2004, la tasa de crecimiento del África subsahariana había descendido

hasta alcanzar un 2,2 por 100[25]. En Egipto y Túnez había empezado a descender en la década de 1960; en Argelia, Zimbabue, África del Sur y posiblemente Botsuana, en la de 1980. Los índices de natalidad cayeron algo antes, pero los de mortalidad también estaban bajando. La generación más joven de mujeres egipcias había reducido sus niveles de fertilidad desde la década de 1940; las sudafricanas y las mujeres urbanas de Kenia, Sudán y Ghana posiblemente desde la de 1960, mientras que las campesinas del este y sur no reducirían su número de hijos hasta la década de 1970[26]. El índice global de fertilidad del África subsahariana empezó a descender hacia 1983. En 1990, los índices de natalidad habían caído entre un 15 y un 25 por 100 en Botsuana, Zimbabue y Kenia, y un 10 por 100 o más en algunas zonas del sur de Nigeria[27].

En el norte de África, el descenso de la fertilidad se debió sobre todo a los matrimonios más tardíos (entre 1966 y 1986, el promedio de edad de las mujeres argelinas que se casaban por primera vez subió de los dieciocho a los veintitrés años) y a la utilización de anticonceptivos (principalmente, la píldora), tras el tercer parto en las ciudades, sobre todo[28]. En África tropical, el descenso de la fertilidad empezó 10 años después y se notó antes en las ciudades que en el campo. Se debió sobre todo a la anticoncepción, difundida en muchos países por organizaciones de voluntarios tras la independencia, ya que la mayoría de los gobiernos africanos no reconocieron su necesidad hasta la década de 1980[29]. Entre 1981-1982 y 1987-1988, Kenia pasó de tener 100 centros de planificación a tener 465. Según las cifras del Banco Mundial (probablemente infladas), a finales de la década de 1980, un 50 por 100 de las mujeres casadas en edad de tener hijos o sus maridos usaban métodos anticonceptivos en Túnez, un 43 por 100, en Zimbabue, un 38 por

---

[25] *WDR* (2006), p. 293.

[26] P. Fargues, «Un siècle de transition demographique en Afrique Mediterranéene 1885-1985», *Population* 41 (1986), p. 210; Banco Mundial, *Population Growth and Policies in Subsaharian Africa,* Washington, 1986, p. 3; M. Garenne y V. Joseph, «The Timing of the Fertlity Transition in Subsaharian Africa», *World Development* 30 (2002), p. 1840.

[27] *WDR* (1993), p. 82; J. C. Caldwell; I. O. Orobuloye y P. Caldwell, «Fertility Decline in Africa», *Population and Developmental Review* 18 (1992), p. 211.

[28] Ali Kouaouci, «Tendences et facteurs de la natalité algerienne entre 1970 et 1986», *Population* 47 (1992), pp. 335, 344-345; P. L. Fargues, «The Decline of Arab Fertility», *Population: English Selection* 1 (1989), p. 162; A. Richards y J. Waterbury, *A Political Economy of the Middle East*, Boulder, [2]1996, pp. 78-89.

[29] Garenne y Joseph, «Timing», pp. 1835, 1841; R. Cassen *et al., Population and Development: Old Debates, New Conclusions,* New Brunswick, 1994, pp. ix, 3.

100 en Egipto, un 36 por 100 en Argelia, un 33 por 100 en Botsuana y un 27 por 100 en Kenia. Sin embargo, en muchos países tropicales sólo usaban anticonceptivos un 10 por 100 o menos de las mujeres en edad fértil, y se da una correlación muy fuerte entre el escaso uso de anticonceptivos, la pobreza y los altos índices de natalidad[30].

La moderna adopción de medidas anticonceptivas también estaba estrechamente vinculada a la educación femenina. Las mujeres tenían una razón para la planificación familiar y el estatus necesario para hacer que se respetasen sus deseos. Además, los índices relativamente bajos de mortalidad infantil posiblemente neutralizaran el temor a la extinción de las familias. Un estudio hecho en Kenia en 1989 demostraba que tanto los hombres como las mujeres querían limitar el número de hijos para poder pagar los gastos de su educación y no tener que dividir las escasas tierras entre muchos hijos. La riqueza de los kenianos ya no se basaba en su descendencia, sino en sus propiedades. En el sur de Nigeria, en cambio, eran sobre todo las mujeres las que favorecían la anticoncepción, que les permitía posponer el matrimonio y el embarazo por razones profesionales, o dilatar los nacimientos en el seno del matrimonio sin tener que recurrir a la crianza y la abstinencia sexual. Fueron ellas las que se beneficiaron de los incentivos oficiales a la planificación familiar y obtenían los anticonceptivos en las farmacias y tiendas de medicinas que iban proliferando[31]. No se sabía cómo y con qué rapidez se difundiría esa segunda etapa de la transición demográfica por África tropical, ni tampoco en torno a cuántos hijos se estabilizarían las familias. Entre 1990 y el 2005, el porcentaje de los habitantes del África subsahariana en edad de trabajar se había elevado del 50 al 55 por 100[32]. África había sobrevivido a su mayor incremento de población.

De ahí que fuera doblemente trágico que el continente hubiera de enfrentarse a una nueva y diferente crisis demográfica. En el año 2005, la Organización de las Naciones Unidas informaba de que Zimbabue, Lesoto, Botsuana y Suazilandia eran los primeros países africanos que registraban un *descenso* de la población. Sudáfrica se escapó por los pelos, pues su índice de crecimiento estimado en el periodo 2004-

---

[30] *WDR* (1993), pp. 102, 290-291.

[31] Caldwell *et al.,* «Fertlity Decline», pp. 212-213, 217, 229; W. C. Robinson, «Kenya Enters the Fertility Transition», *Population Studies* 46 (1992), pp. 446-447, 456-457.

[32] *Cape Times* (Ciudad del Cabo), 22 de septiembre del 2005.

2005 no superaba el 0,6 por 100[33]. Los cinco países tenían algo en común: todos habían registrado un rápido descenso de la natalidad y en todos se apreciaba una prevalencia excepcionalmente elevada de casos de sida.

La epidemia del sida

Las primeras pruebas de la existencia del virus de inmunodeficiencia humana (VIH) que causaba el Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida (sida) se obtuvieron, en 1959, gracias al análisis de sangre efectuado a un hombre africano anónimo de Kinshasha, lo que no implica que la enfermedad se originara en África occidental ecuatorial, pero tenemos otras razones para creerlo. En primer lugar, el virus fue transmitido a los humanos por unos chimpancés que sólo viven en ese territorio, posiblemente durante el transcurso de alguna cacería. En segundo lugar, los 10 subtipos del VIH principal, el VIH-1, sólo se hallaron en conjunto en la epidemia desatada en el África occidental ecuatorial, lo que parece indicar que el virus se originó y evolucionó allí antes de que los subtipos se difundieran por otras regiones. En tercer lugar, el VIH en sí no mata, sino que va debilitando gradualmente el sistema inmunológico a lo largo de un periodo de unos 10 años, haciendo vulnerable al cuerpo a todo tipo de enfermedades mortales, produciendo una elevación del número de enfermedades que padecen los afectados. De ahí que no se apreciara la presencia del VIH en el hospital general de Kinshasha hasta finales de la década de 1970.

Por lo tanto, el VIH se llevaba considerando una rara enfermedad en África ecuatorial desde hacía al menos 20 años (y tal vez más) antes de que se declarara la epidemia. Quizá se transmitiera con mayor rapidez debido a la actividad sexual del entorno urbano de Kinshasha. Cuando se detectó allí la enfermedad, en 1983, ya se había difundido tan ampliamente entre la población heterosexual que era imposible frenarla. Las primeras encuestas realizadas en Kinshasha a mediados de la década de 1980 demostraron que entre y un 6 y un 7 por 100 de las mujeres embarazadas atendidas en clínicas prenatales, estaban infecta-

[33] *Inter Press Service* (Johannesburgo), 24 de febrero del 2005, http//allafrica.com/stories (consultada el 25 de febrero del 2005), Braamfonien, febrero del 2006, p. 13.

das[34]. Por entonces, la epidemia se estaba extendiendo a las zonas urbanas del norte y este de Bangui, Kigali y Bujumbura, a las zonas densamente pobladas de Uganda y Tanzania en la orilla occidental del lago Victoria, donde pronto se desató la primera epidemia en el campo. Un estudio realizado cerca de allí, en el distrito de Rakai, indica que el momento álgido de la epidemia se dio en 1987, cuando se constató que se infectaba al año el 8,3 por 100 de la población de entre quince y veinticuatro años[35]. Desde esa orilla del lago, el VIH se difundió por Kampala, Nairobi y Dar es Salam, donde hubo graves epidemias en la década de 1980, y desde allí se extendió por África del Este, debido, sobre todo, a la prostitución, los camioneros y otras personas que recorrían las grandes rutas comerciales. El VIH llegó a Addis Abeba en 1984, adquirió dimensiones epidémicas e infectó las ciudades etíopes.

En la década de 1980, la epidemia fue más grave en África oriental pero, en los años noventa, el foco se situó más al sur. Probablemente la enfermedad se expandiera desde la región de Katanga en el Congo hasta los Copperbelts de la vecina Zambia. Luego infectó otras ciudades de África central antes de invadir el campo. El VIH parece haber llegado a Botsuana en 1985 y afectado a la población de Sudáfrica un años después. Por entonces se daba en Sudáfrica mucha movilidad, había gran cantidad de inmigrantes, poblaciones urbanas crecientes y empobrecidas, elevadas tasas de enfermedades venéreas y otras, así como mucha inseguridad ciudadana. Todo ello era el caldo de cultivo perfecto para el VIH y la epidemia se extendió rápidamente, sobre todo a mediados de la década de 1990, momento en el que tanto las autoridades blancas como las negras estaban ocupadas con el paso a un gobierno democrático. En el 2003, más de cinco millones de sudafricanos estaban infectados, más que en ninguna otra parte del mundo, con una alta prevalencia sobre todo entre la gente joven, y especialmente entre las mujeres de las barriadas de chabolas que rodeaban las grandes ciudades.

En África occidental, el VIH se difundió más lentamente, tal vez debido a que las rutas de transporte hacia el norte desde el epicentro del Congo estaban menos desarrolladas, los habitantes de las ciudades

[34] Bosenge N'Galy y R. W. Ryder, «Epidemiology of HIV Infection in Africa», *Journal of AIDS* 1 (1988), p. 554.

[35] R. Stoneburger, M. Carballo *et al.,* «Simulation of HIV Incidence Dynamics in the Rakai Population-based Cohort, Uganda», *AIDS* 12 (1998), p. 227.

gozaban de una mayor independencia económica que los comerciantes, casi todos los hombres estaban circuncidados (lo que protegía contra la infección), había una menor prevalencia de la enfermedad de transmisión sexual más peligrosa, el herpes simplex virus-2 y las sociedades islámicas eran menos promiscuas. El principal foco de infección por VIH de África occidental fue Abidyán, desde donde la prostitución y sus clientes difundieron la enfermedad por otras ciudades de la costa, mientras los trabajadores inmigrantes la esparcían por las sabanas del norte. Más al oeste, en Guinea-Bissau, ciertos monos locales difundieron una forma menos virulenta de la enfermedad (el VIH-2), desatando una breve epidemia entre 1960 y 1974, que desapareció después. En el norte de África, la incidencia fue escasa debido, sobre todo, a las prohibiciones islámicas en relación a la conducta sexual. Los fundamentalistas afirmaban que el sida era fruto de la *jahiliyya.*

En el 2005, más de 25 millones de africanos vivían con el sida; más de 13 millones habían muerto de la enfermedad (más que el número total de esclavos exportados en los cuatro siglos de trata de negros) y 12 millones de niños africanos habían perdido al menos a uno de sus padres por la enfermedad[36]. Lo que explica que haya sido la peor epidemia que haya afectado nunca al mundo es que ha sido la primera epidemia arraigada entre la población heterosexual antes incluso de que se llegara a conocer la enfermedad. En otros continentes fue importada y afectó sobre todo a grupos concretos, como homosexuales o drogadictos, a los que resultaba más fácil aislar. En este caso, los patrones de conducta sexual eran secundarios. Los africanos no son más promiscuos que otros pueblos, aunque sus costumbres sexuales fueran más abiertas y peligrosas que las de las sociedades islámicas o las de la mayoría de los pueblos asiáticos, donde el sexo extramarital suele reducirse, con frecuencia, a la prostitución. El bajo estatus de las mujeres, sobre todo en el este y sur de África, fue un factor importante, porque en el 2005, el 57 por 100 de los infectados eran mujeres, el mayor porcentaje del mundo[37]. Las enfermedades de transmisión sexual también estaban más difundidas en África, sobre todo el HSV-2, que causaba úlceras

[36] UNAIDS, «AIDS in Africa: Three Scenarios to 2025», 2005, p. 4, http//www.unaids.org/unaids.resources/Home Pge/images, consultada el 7 de marzo del 2005.

[37] UNAIDS «AIDS Epidemic Update, December», 2005, p. 4, http//www.unaids.org,epi2005/doc/EPlupdate2005-pdf-en/epi-update2005, consultada el 28 de noviembre del 2005.

genitales y se propagó en simbiosis con el VIH. La rápida y a menudo caótica urbanización africana explica la relación entre la epidemia y el masivo crecimiento de la población del periodo. También hay que tener en cuenta que el porcentaje de africanos jóvenes era especialmente elevado, lo que no dejaba de ser un factor de riesgo. La pobreza también contribuiría a agravar la epidemia pues, aunque hubiera más pobres en Asia que en África y la epidemia no se cebara especialmente en las zonas o países pobres (como demuestra la alta incidencia de la enfermedad en Botsuana), la asistencia médica africana era totalmente inadecuada y se vio desbordada cuando se implementaron los planes de ajuste estructural. Todo ello ralentizó su reconocimiento generando grandes sufrimientos a muchos pacientes de sida y retrasando el suministro de retrovirales. En el 2005, hacían falta en el África subsahariana más de un millón de trabajadores del ramo sanitario.

Los gobiernos reaccionaron tarde y con reluctancia ante el sida. Muchos líderes lo consideraban una vergüenza para la dignidad nacional y afirmaban que acabar con la enfermedad estaba más allá de sus posibilidades. Ante las presiones de la OMS, elaboraron planes de control del sida, pero sólo Abdou Diouf en Senegal y Yoweri Musaveni en Uganda los implementaron. La gente tendía a negar que estuviera enferma. Se concienciaron pronto de la enfermedad, pero su gravedad y la inexistencia de un tratamiento médico eficaz no invitaban a enfrentarse a los reproches morales y la estigmatización que padecían los infectados. Obviamente, el ocultamiento favorecía el contagio. Sin embargo, las fuertes estructuras familiares africanas daban cobijo a pacientes y se ocupaban de los huérfanos. Les ayudaban una gran proliferación de ONG, muy típicas del periodo. En el 2003 había más de 2.000 ONG ocupándose del sida sólo en Uganda. El sida era una enfermedad muy cara porque cursaba muy lentamente, los pacientes requerían muchos cuidados y había que preservar la dignidad familiar organizando costosos funerales. Muchas familias acababan arruinadas. Su coste social se vio, entre el 2001 y el 2003, en Malaui y las regiones circundantes que atravesaron por un tipo de hambruna que afectaba especialmente a los enfermos de sida de las familias pobres cuyos ancianos o viudas luchaban para cuidar de huérfanos que no tenían nada, ni siquiera posibilidades de recuperación.

A mediados de la década de 1990, el pesimismo fue extremo. La epidemia se extendía a un ritmo acelerado (sobre todo en Sudáfrica) y

ya no quedaba ni dinero ni energía para seguir con los planes de los gobiernos. Por lo demás, no parecía haber vacuna alguna a la vista. Sin embargo, fue en ese momento cuando resurgió la esperanza. Se obtuvieron datos que demostraban que la prevalencia de la enfermedad había disminuido en Uganda a un ritmo rapidísimo, del 13 por 100 de adultos a principios de la década de 1990 a un 6,7 por 100 en el 2006[38]. En el 2006 aún no sabía con certeza a qué podía deberse. Según algunos, lo que lo explicaba era que la gente observaba una conducta sexual más responsable gracias a la educación pública y el contacto directo con la enfermedad de los ugandeses. Otros negaban que la enfermedad fuera a menos o que la conducta sexual hubiera cambiado significativamente, y afirmaban que el 80 por 100 de la reducción en la prevalencia se debía al número de muertes de los enfermos. Los estudios sobre disminución de la prevalencia en el este de Zimbabue, realizados entre 1998 y el 2003, indican que el cambio de conducta fue el factor explicativo principal en esa región[39]. En otros lugares, como las regiones urbanas y rurales de Kenia, las muy infectadas zonas rurales de Tanzania, las ciudades de Burkina y Zambia, Abidyán y Kigali o Lilongwe, los datos sobre la disminución de la prevalencia fueron recopilándose con mayor lentitud. En ninguna parte se había hallado una explicación definitiva a sus causas, pero los datos suscitaron la esperanza de poder controlar la epidemia. El creciente uso de preservativos y una conducta sexual menos promiscua por parte de los jóvenes dieron alas a la esperanza incluso en Sudáfrica, donde los mayores habían desesperado de poder hacerse con la «generación perdida» de la lucha contra el *apartheid*.

El hallazgo en 1994 de los primeros retrovirales, la azidotimidina, fue una segunda fuente de esperanza, cuando se descubrió que reducía drásticamente la transmisión de la enfermedad de mujeres embarazadas a sus bebés. Al principio, África no podía permitírselo, pero para 1998 se hacían ensayos clínicos con sustancias más baratas. En África del Sur esto desató un conflicto entre los médicos, los activistas y los pacientes de VIH/sida por un lado y el gobierno del CNA por otro, que temía

[38] UNAIDS «AIDS Epidemic Update, December», 2006, p. 17, http//www.unaids.org/pub/EpiReport/2006/2006-EpiUdate-en.pdf, consultada el 1 de diciembre del 2006.

[39] S. Gregson, G. P. Garnett *et al.,* «HIV Decilen Associated with Behaviour Change in Eastern Zinbabwe», *Science* 311 (2006), pp. 664-666.

que si se centraba en el sida, no podría hacerse cargo del sistema sanitario que atendía a los pobres. Los activistas recurrieron a los antiguos métodos de los movimientos anti-*apartheid* para organizar una campaña, la Treatment Action Campaign. El gobierno se obstinó en lo que sus adversarios calificaron de negación y obstrucción. Tras cuatro años de conflictos, el gobierno se avino a suministrar los retrovirales a las mujeres embarazadas con sida. En el 2003 puso en marcha un plan para proporcionar medicamentos que impidieran el avance de la enfermedad (aunque no la curaran) a todos aquellos que padecieran sida en estado avanzado, pues ya había drogas relativamente baratas gracias al mecenazgo internacional. En diciembre del 2005 más de dos millones de sudafricanos recibían tratamiento con retrovirales, aunque sólo era el 21 por 100 de los que lo precisaban. En África subsahariana recibían tratamiento 810.000 (es decir, el 17 por 100 de los que lo necesitaban), siendo así que los programas más exitosos fueron los de Botsuana (85 por 100), Namibia (71 por 100), Uganda (51 por 100) y Senegal (47 por 100)[40].

Los retrovirales y las posibles vacunas dejan abierta la posibilidad de que la epidemia de sida, que tan a menudo se ha considerado toda una metáfora del fracaso de África en sumarse a la modernidad, se considere una muestra de que la medicina moderna se ha impuesto en el continente. La epidemia hundía sus raíces en el pasado africano en muchos otros aspectos, en la contracción del Estado y las luchas anti-*apartheid* de la década de 1980, en el rápido incremento de la población de los años cincuenta, en las ciudades y las redes comerciales del periodo colonial, en las grandes epidemias de los tiempos del gobierno europeo y en las nociones de honor y solidaridad familiar que tanto ayudaron a los africanos a superar la adversidad, así como en la colonización del entorno que había constituido el corazón de su propia historia y que les marcaba una vez más.

[40] Organización Mundial de la Salud, «Progress on Global Access ti HIV Antiretroviral Therapy: A Report On "3 by 5" and Beyond», marzo del 2006, pp. 71-76, http// www.whi.int/hiv/fullreport-en-highres.pdf, consultada el 5 de abril del 2006.

Lecturas recomendadas

General

Existen dos interesantes historias generales de África, en varios volúmenes, ambas con excelentes bibliografías: R. Oliver y J. D. Fage (eds.), *The Cambridge history of Africa,* Cambridge, 1975-1986 (8 vols.), y J. Ki-Zerbo *et al.*, *General history of Africa,* Comité Internacional para la Redacción de una Historia General de África (Unesco), Londres, 1981-1993 (8 vols.). La última se encuentra también en versión acortada. Entre las historias generales en un solo volumen, cabe mencionar: R. Oliver, *The African experience,* Londres, 1991; P. D. Curtin, S. Feierman, L. Thompson y J. Vansina, *African History,* Londres, 1978, y R. A. Austen, *African economic History,* Londres, 1987. La obra de J. F. A. Ajayi y M. Crowder (eds.), *Historical atlas of Africa,* Cambridge, 1985, es magnífica, aunque J. D. Fage, *An atlas of African history,* Londres, 1978 (2.ª ed.) resulte más manejable.

Son buenos estudios regionales: J. Abun-Nasr, *A history of the Maghrib,* Cambridge, 1971; J. F. A. Ajayi y M. Crowder (eds.), *History of West Africa,* Harlow, vol. I, (3.ª ed.), 1985, y vol. II (2.ª ed.), 1987; D. Birmingham y P. M. Martin (eds.), *History of Central Africa,* Londres, 1983-1998 (3 vols.); y R. Oliver *et al.* (eds.), *History of East Africa,* 1963-1976 (3 vols.), Londres, 1963-1976. E. K. Akyeampong (ed.), *Themes in West African history,* Atenas, Ohio, 2006, con un extenso ensayo introductorio. I. Nadywel é Ziem, *Histoire générale du Congo,* Bruselas, 1998, es una historia nacional que abarca más que ninguna otra.

Si se desea ahondar en temas culturales y religiosos: cfr. N. Levition y R. L. Power (eds.), *The history of Islam in Africa,* Atenas, Ohio, 2000; A. Hastings, *The Church in Africa, 1450-1950*, Oxford, 1994; J. Illife, *Honour in African history,* Cambridge, 2005; y J. Vansina, *Art history in Africa: An intrduction to method*, Londres, 1984.

Capítulos 2 y 3

D. W. Phillipson, *African archaeology,* Cambridge, 2005 (3.ª ed.), es una espléndida introducción. Cfr., asimismo, P. Mitchell, *The archaeology of Southern Africa*, Cambridge, 2002. Los estudios actuales sobre evolución humana, en R. G. Klein, *The human career*, 2.ª ed., Chicago, 1999.

W. H. McNeill, *Plagues and Peoples,* Harmondsworth, 1976 [*Plagas y pueblos,* Madrid, Siglo XXI, 1983], constituye una introducción esclarecedora sobre la historia de las enfermedades. Cfr. también K. F. Kiple (ed.), *The Cambridge world history of human disease,* Cambridge, 1993; J. Diamond, *Guns, germs and steel,* Londres, 1998, es una gran historia comparada del entorno y la cultura. Sobre las razas, cfr. J. Hiernaux, *The people of Africa,* Londres, 1974; J. H. Greenberg, *The languages of Africa,* Bloomington, 1970 (3.ª ed.), incluye una clasificación fundamental; C. Ehret, *The civilizations of Africa: a history to 1800,* Oxford, 2002, se basa sobre todo en pruebas lingüísticas. La obra clásica sobre fuentes orales es la de J. Vansina, *Oral tradition as history,* Londres, 1985.

Los estudios recientes sobre los orígenes de la producción de alimentos y muchas otras cuestiones están resumidos en, B. Stahl, *African Archaeology: a critical introduction,* Malden, Mass., 2005, y T. Shaw, P. Sinclair, B. Andah y A. Okpoko (eds.), *The archaeology of Africa: food, metals and towns,* Londres, 1993, y también B. E. Barich, *People, water and grain: The beginnings of domestication in the Sahara and the Nile Valley*, Roma, 1998. Tenemos ilustraciones de las pinturas rupestres y debates sobre el tema en F. Mori, *The great civilizations of the Ancient Sahara*, B. D. Philips (trad.), Roma, 1998. Sobre los orígenes de los bantu, véanse J. Vansina, *Paths in the rainforests,* Londres, 1990, y C. Heret, «Bantu expansions: re-envisioning a Central problem of Early African History», *IJAHS* 34 (2001), pp. 5-41 (y los comentarios adjuntos).

La mejor introducción al Antiguo Egipto es el volumen I de *The Cambridge history of Africa*. Se ha reimpreso, con un cap. adicional sobre el periodo 664-323 a.C., B. G. Trigger, B. J. Kemp, D. O'Connor y A. B. Lloyd, *Ancient Egypt: a social history,* Cambridge, 1983 [*Historia del Antiguo Egipto,* Barcelona, Crítica, 1985]. B. J. Kemp, *Ancient Egypt: anatomy of a civilization*, Londres, 1989 [*El Antiguo Egipto: anatomía de una civilización,* Barcelona, Crítica, 1996], e I. Shaw (ed.), *The Oxford history of Ancient Egypt* (nueva ed., Oxford, 2003), recogen mucha información. J. Cerný describe Deir-el Medina en *A community of workmen at Thebes*

in the Ramesside period, El Cairo, 1973. Sobre la estructura familiar, véase el cap. de A. Forgeau en el libro de A. Burguière *et al.* (eds.), *Histoire de la famille*, I, París, 1986 [*Historia de la familia*, Madrid, Alianza, 1988]. J. Baines estudia la alfabetización en J. Gledhill, B. Bender y M. T. Larsen (eds.), *State and society*, Londres, 1988. J. Assman, *The mind of Egypt,* Cambridge, Mass., 2004, es una magnífica historia religiosa y del pensamiento. Cfr. W. S. Smith, *The art and architecture of Ancient Egypt,* Harmondsworth, 1981 (2.ª ed.). El mejor estudio sobre el Egipto ptolomaico y romano es el de A. K. Bowman, *Egypt after the Pharaohs, 332, B.C.-A.D. 642,* Londres, 1986, y N. Lewis, *Life in Egypt under Roman rule,* Oxford, 1983.

Las obras estándar sobre Nubia, Kerma y Meroe son: W. Y. Adams, *Nubia: corridor to Africa,* Londres, 1977; D. N. Edwards, *The Nubian past,* Londres, 2004; y C. Bonnet *et al.*, *Kerma, royaume de Nubie,* Ginebra, 1990. Sobre África del Norte en tiempos cartagineses, romanos y vándalos, véase P. D. A. Garnsey y C. R. Whittaker (eds.), *Imperialism in the Ancient World,* Cambridge, 1978; D. Harden, *The Phoenicians,* edición revisada, Londres, 1963 [*Los fenicios,* Barcelona, Orbis, 1987]; S. Raven, *Rome in Africa* (3.ª ed.), Londres, 1993; M. Bénabou, *La résistance africaine à la romanisation,* París, 1976; y M. Brett y E. Fentress, *The Berbers,* Oxford, 1996.

Podemos encontrar buenas introducciones sobre la explotación del cobre y el hierro en E. W. Herbert, *Red gold of Africa: copper in precolonial history and culture,* Madison, 1984, e *Iron, gender, and power,* Bloomington, 1993; D. Killick, «What do we know about African iron working?», *Journal of African Archaeology* 2 (2004), pp. 97-112, nos ofrece información puesta al día. T. Shaw, *Nigeria: its archaeology and early history,* Londres, 1978, estudia la cultura nok. Sobre los asentamientos bantu de la zona de los Grandes Lagos, véase D. L. Schoenbrunn, *A freen place, a good place: Agrarian change, gender and social identity in the Great Lakes region to the 15th Century,* Portsmouth, New Haven, 1998.

Capítulo 4

R. L. Fox, *Pagans and Christians,* Harmondsworth, 1986, aporta una visión general. Obras fundamentales sobre África del Norte son: W. H. C. Frend, *The Donatist Church,* Oxford, 1971 (2.ª ed.); *The rise of the Monophysite movement,* Cambridge, 1972; P. Brown, *Ausgustine of Hippo,* Londres, 1967, y *Religion and society in the age of Saint Augustine,* Lon-

dres, 1972. D.W. Phillipson, *Ancient Ethiopia: Aksum, it's antecedents and Succesors*, londres, 1998, resume los estudios más recientes, al igual que D. A. Welsby, *The medieval kingdoms of Nubia,* Londres, 2002. Los hermosos murales de Faras están reproducidos en K. Michalowski, *Faras: die Kathedrale aus dem Wüstensand,* Einsiedeln, 1967.

C. E. Petry (ed.), *The Cambridge history of Egypt: Volume I: Islamic Egypt, 640-1517,* Cambridge, 1998, es una valiosa guía para desbrozar los estudios más recientes. El libro de A. J. Butler, *The Arab conquest of Egypt*, Oxford, 1978 (2.ª ed.), sigue siendo el mejor sobre el tema. A. Laroui, *The history of the Maghrib,* Princeton, 1970, introduce el islamismo en su contexto [*Historia del Magreb. Desde los orígenes hasta el despertar magrebí: un ensayo interpretativo,* Madrid, Mapfre, 1994]. E. Savage, *A gateway to hell, a gateway to paradise: The North African response to the Arab Conquest,* Princeton, 1997, da mucha información sobre el jariyismo bereber. S. D. Goitein, *A Mediterranean society,* Berkeley, 1967-1994, (6 vols.), analiza el Egipto fatimí a partir de los documentos de Geniza. M. W. Dols, *The Black Death in the Middle East,* Princeton, 1977, describe la peste y sus efectos demográficos, mientras que J. L. Abu-Lughod, *Before European hegemony: The world system A.D. 1250-1350,* Nueva York, 1989, analiza el contexto global de la decadencia islámica. Sobre el comercio y la intervención de Europa, véase el cap. de D. Abulafia en M. M. Postan y E. Miller (eds.), *The Cambridge economic history of Europe: volume II,* Cambridge, 1987 (2.ª ed.) [*Historia económica de Europa,* Madrid, Editoriales de Derechos Reunidas, 1981]. El libro de Ibn Jaldun (N. J. Dawood, ed.), *The Muqaddimah: an Introduction to History,* Londres, 1967, aún sigue siendo fascinante.

El conocimiento sobre el África occidental preislámica se ha transformado gracias a R. J. McIntosh, *The peoples of the Middle Niger,* Malden, Mass., 1998. J. Devisse (ed.), *Vallées du Niger,* París, 1999, es un magnífico catálogo. Véase también, G. Connah, *Three thousand years in Africa: Man and his Environment in the Lake Chad Region of Nigeria,* Cambridge, 1981. T. Shaw, *Unearthing Igbo-Ukwu,* Ibadán, 1977, explica e ilustra una excavación clásica.

Para iniciar el estudio del comercio transahariano, cfr. N. Levtzion y J. F. P. Hopkins (eds.), *Corpus of early Arabic sources for West African history*, Cambridge, 1981. P. D. Curtin describe el comercio de oro en J. F. Richards (ed.), *Precious metals in the later medieval and early modern worlds,*

N.C. Durham, 1983; N. Levtzion, *Ancient Ghana and Mali,* Londres, 1973, sigue siendo el estudio más serio, aunque investigaciones recientes lo hayan dejado algo desfasado.

G. S. P. Freeman-Grenville (ed.), *The East African coast: select documents*, Oxford, 1962, contiene las fuentes escritas. Los informes sobre las principales excavaciones son los de N. H. Chittick, *Kilwa,* Nairobi, 1974, 2 vols., y *Manda* (Nairobi, 1984), y M. Horton, *Shanga* (sin fecha). El libro de D. Nurse y T. Spear, *The Swahili,* Filadelfia, 1985, es un importante estudio realizado a partir de las fuentes lingüísticas, y F. Chami, *The Tanzanian coast in the first millennium A.D.*, Uppsala, 1994, es importante desde el punto de vista arqueológico.

Muy recomendable es el magnífico libro de Taddesse Tamrat, *Church and state in Ethiopia 1270-1527*, Oxford, 1972, así como su cap. incluido en el volumen III de *The Cambridge history of Africa*. S. Kaplan, *The monastic holy man and the Christianization of early Solomonic Ethiopia,* Wiesbaden, 1984, también es excelente. D. Crummey, *Land and society in the Christian kingdom of Ethiopia from the thirteenth to the twentieth century*, Oxford, 2000, es un fascinante estudio sobre la naturaleza del feudalismo etíope. Estas obras sirven de introducción a las ricas fuentes originales etíopes, recogidas en E. A. Wallis Budge (ed.), *The life of Takla Haymanot,* Londres, 1906, 2 vols.; G. W. B. Huntingford (ed.), *The glorious victories of Amda Seyon,* Oxford, 1965; R. P. K. Pankhurst (ed.), *The Ethiopian royal chronicles,* Addis Abeba, 1967; y C. F. Beckingham y G. W. B. Huntingford (eds.), *The Prester John of the Indies,* Cambridge, 1961, 2 vols. Pankhurst, *The history of famine and epidemics in Ethiopia,* Addis Abeba (s.f.), es un resumen muy útil. La cultura etíope se analiza en D. N. Levine, *Wax and gold,* Chicago, 1965.

Capítulo 5

A. G. Hopkins, *An economic history of West Africa,* Londres, 1973, es una muy buena introducción. El libro clave sobre la infrapoblación es G. Sautter, *De l'Atlantique au fleuve Congo,* París, 1966, 2 vols. Cfr. también, I. Kopytoff (ed.), *The African Frontier,* Bloomington, 1987, y E. Croll y D. Parkin (eds.), *Bush base: forest farm: culture, environment and development*, Londres, 1992. La desertificación se analaiza en J. L. A. Webb Jr., *Desert frontier: ecological and economic change along the western Sahel, 1600-1850,* Madison, 1995. Sobre la agricultura de la sabana, cfr.

P. Pélissier, *Les paysans du Sénégal,* Saint-Yrieix, 1966. Sobre la agricultura en la selva, véase el estudio de P. J. Darling, sobre Benín en J. Gledhill; B. Bender y M. T. Larsen (eds.), *State and society,* Londres, 1988, y, sobre todo, la magnífica historia de África ecuatorial de J. Vansina, *Paths in the rainforests,* Londres, 1990.

S. K. McIntosh (ed.), *Beyonf chiefdoms: pathways to complexity in Africa,* Cambridge, 1999, da un repaso al pensamiento político. Las obras estándar sobre Estados de la sabana son: N. Levtzion, *Ancient Ghana and Mali,* Londres, 1973; J. Boulègue, *Le gran Wolof,* Blois, 1987, y Y. B. Usman, *The transformation of Katsina,* Zaria, 1981. Entre las fuentes primarias, cabe mencionar: D. T. Niane, *Sundiata: an epic of old Mali,* Londres, 1965; J. Johnson, T. Hale y S. Belcher (eds.), *Oral epics from Africa,* Bloomington, 1997; D. Lange (ed.), *A Sudanic chronicle: the Borno expeditions of Idris Alauma*, Stuttgart, 1987; J. O. Hunwick, *Timbuktu and the Songhay Empire,* Leiden, 1999, y la *Crónica de Kano* en la parte III de H. R. Palmer, *Sudanese Memoirs,* reeditado en Londres en 1967. R. A. Austen (ed.), *In Search of Sunjata,* Bloomington, 1999, contiene un importante debate sobre la literatura épica. Sobre las innovaciones militares, cfr. R. Law, *The Horse in West African History,* Oxford, 1980, y J. R. Goody, *Technology, tradition, and the state in Africa,* Londres, 1968. Entre la extensa bibliografía sobre la esclavitud, cabe mencionar a S. Miers y I. Kopytoff (eds.), *Slavery in Africa,* Madison, 1977; C. Meillassoux, *The anthropology of slavery,* Londres, 1991, y C. C. Robertson y M. A. Klein (eds.), *Women and slavery in Africa,* Madison, 1983.

El Estado más antiguo que mejor conocemos de la selva de África occidental se describe en G. Connah, *The archaeology of Benin*, Oxford, 1975, y J. Egharevba, *A short history of Benin,* Ibadán, 1960 (3.ª ed.). Sobre la escultura, cfr. F. Willett, *African Art,* Londres, reeditado en 1977, *Ife in the History of West African Sculpture,* Londres, 1967, y P. Ben-Amos, *The Art of Benin,* Londres, 1980. Las principales obras sobre los Estados ecuatoriales son: J. Vansina, *The children of Woot a history of the Kuba people,* Madison, 1978, y *How Societies are born: governance in West Central Africa before 1600,* Charlottesville, 2004; J. K. Thornton, *The Kingdom of Kongo,* Madison, 1983, y A. Hilton, *The kingdom of Kongo,* Oxford, 1985.

P. D. Curtin, *Cross-cultural trade in world history,* Cambridge, 1984, estudia los modelos de África occidental en su contexto. P. E. Lovejoy, los estudia en *Caravans of kola,* Zaria, 1980, y *Salt of the desert sun*, Cam-

bridge, 1986. Cfr. también M. Adamu, *The Hausa factor in West African history*, Zaria, 1978; sobre el sistema monetario caurí, véase J. Hogendorn y M. Johnson, *The shell money of the slave trade*, Cambridge, 1986. Sobre artesanía, véase R. Bolland, *Tellem textiles,* Amsterdam, 1991, y P. C. R. Naughton, *The Mande Blacksmiths,* Bloomington, 1988. El libro de L. Prussin, *Hatumere: Islamic Design in West Africa,* Berkeley, 1986, es un interesante estudio sobre la arquitectura.

Se puede encontrar material sobre la historia religiosa e intelectual en J. Goody, *The Myth of the Bagre,* Oxford, 1972; J. Rouch, *La religion et la magie songhay,* París, 1960, y W. Bascom, *Ifa divination,* Bloomington, 1969. Sobre el islam, cfr. M. Hiskett, *The Development of Islam in West Africa*, Londres. El análisis de J. R. Goody, sobre alfabetización, *The Domestication of the Savage Mind*, Cambridge, 1977 [*La domesticación del pensamiento salvaje*, Madrid, Akal, 1985], es básico y controvertido así como su estudio sobre la estructura y la economía familiar, *Production and Reproduction,* Cambridge, 1976.

Capítulo 6

M. Hall, *The changing past: farmers, kings and traders in southern Africa, 200-1860*, Ciudad del Cabo, 1987, es una buena introducción a la arqueología de la Edad de Hierro. P. S. Garlake, *Great Zimbabwe,* Londres, 1973, es el estudio más accesible, y T. N. Huffman, *Snakes and crocodiles: power and symbolism in ancient zimbabwe,* Johannesburgo, 1996, es el más controvertido. Cfr. también D. N. Beach, *The Shona and Zimbabwe 900-1850*, Londres, 1980, y S. I. G. Mudenge, *A Political History of Munhumutapa c. 1400-1902*, Londres, 1988. Excepcionalmente lúcida es la obra de A. D. Roberts, *A History of Zambia,* Londres, 1976. Sobre Mozambique, véase M. D. D. Newitt, *Portuguese Settlement on the Zambezi*, Londres, 1973.

El estudio más reciente de Sanga es de P. Maret, *Fouilles archéologiques dans la vallée du Haut-Lualaba*, Tervuren, 1985. T. Q. Reefe, *The rainbow and the kings: a history of the Luba Empire to 1891,* Berkeley, 1981, describe la historia de esa región. Cfr también M. N. y A. F. Roberts, *A History of the Bemba,* Londres, 1973, así como A. F. Roberts, *Memory: Luba Art and the making of history*, Nueva York, 1996, una bellísima introducción a esta cultura, y M. Mainga, *Bulozi under the Luyana kings,* Londres, 1973. Véase A. C. P. Gamitto, *King Kazembe*, I. Cunnison

(trad.), 2 vols., Lisboa, 1960, un magnífico relato de viajes de principios del siglo XIX.

La mejor introducción a la Edad de Hierro de África occidental está mejor tratada en estudios locales: J. P. Chrétien, *The Great Lakes of Africa,* Nueva York, 2003; J. Vansina, *Antecedents to modern Rwanda: the Nyiginya kingdom*, Oxford, 2004, es una obra excepcional; J. W. Nyakatura, *Anatomy of an African kingdom: a history of Bunyoro-Kitara,* Garden City, Nueva York, 1973; S. R. Karugire, *A history of the kingdom of Nkore,* Oxford, 1971; M. S. M. Kiwanuka, *A history of Buganda,* Londres, 1971; D. W. Cohen, *The historical tradition of Busoga,* Oxford, 1972; J. Vansina, *La legende du passé: traditions orales du Burundi,* Tervuren, 1972; B. A. Ogot, *History of the southern Luo: volume I,* Nairobi, 1967; G. Muriuki, *A history of the Kikuyu 1500-1900,* Nairobi, 1974; S. Feierman, *The Shamba kingdom,* Madison, 1974; I. N. Kimambo, *A Political History of the Pare,* Nairobi, 1969, y O. J. M. Kalinga, *A History of the Ngonde Kingdom*, Berlín, 1985. Sir Apolo Kaggwa, *The kings of Buganda*, Nairobi, 1971, es un clásico.

A. Kuper, *Wives for cattle,* Londres, 1982, es una referencia importante para el estudio de la estructura familiar. La pintura rupestre de los san se analiza cuidadosamente en D. Lewis-Williams y T. Dowson, *Images of power,* Johannesburgo, 1989. Sobre la historia de la religión, véase T. O. Ranger y I. Kimambo (eds.), *The historical study of African religion*, Londres, 1972; J. M. Schoffeleers (ed.), *Guardians of the land,* Salisbury [Harare], 1979; J. M. Schoffeleers, *River of blood,* Madison, 1992, sobre el culto a Mbona; y I. Berger, *Religion and resistance,* Tervuren, 1981, sobre el culto chuezi.

La obra más importante sobre la historia de la colonia holandesa de El Cabo es la de R. Elphick y H. Giliomee (eds.), *The shaping of South African society, 1652-1840*, Ciudad del Cabo, 1989 (2.ª ed.). Véase también R. Elphick, *Kraal and castle: Khoikhoi and the founding of white South Africa* (nueva edición), New Haven, 1985; R. C. H. Shell, *Children of bondage: A social history of the slave society at the Cape of Good Hope, 1652-1838*, Johannesburgo, 1998; N. Worden, *Slavery in Dutch South Africa,* Cambridge, 1985, y W. Dooling, *Law and community in a slave society,* Ciudad del Cabo, 1992. P. Maylam, *South Africa's racial past,* Aldrshot, 2001, es una introducción muy clarificadora; J. B. Peires, *The house of Phalo,* Berkeley, 1981, es una historia sobre los xhosa. H. B. Thom (ed.), *Journal of Jan van Riebeeck,* Ciudad del Cabo, 1952-1958 (3 vols.), resulta muy revelador.

Capítulo 7

El mejor estudio general sobre el comercio atlántico es el de P. D. Curtin, *The rise and fall of the plantation complex,* Cambridge, 1990. P. D. Curtin, *The Atlantic slave trade: a census,* Madison, 1969, dio inicio a los estudios modernos. Estudios posteriores basados en el análisis estadístico de 27.233 viajes de tratantes confirman sus conclusiones. Fueron publicados en un CD por D. Eltis, S. H. Behrendt, D. Richardson y H. S. Klein, que llevaba por título *The Atlantic slave trade: a database on CD-ROM,* Cambridge, 1999. Ayuda a desbrozar estos datos D. Ruden, «Running the Numbers», *Slavery and Abolition* 22, 3 (2001), pp. 141-149. Las interpretaciones de los hallazgos se publicaron en el *William and Mary Quarterly* 58, 1 (2001). S. D. Behrendt, D. Eltis y D. Richardson, «The Costs of Coercion: African Agency in the Premodern Atlantic World», *Economic History Review* 54 (2001), pp. 454-476, resume los datos que tenemos de un motín a bordo. También son importantes P. Manning, *Slavery and African life,* Cambridge, 1990; R. L. Stein, *The French slave trade in the eighteenth century life,* Madison, 1979, y J. Postma, *The Dutch role in the Atlantic slave trade,* Cambridge, 1990. El estudio más interesante sobre la experiencia esclavista es el de P. Edwards (ed.), *Equiano's travels,* Londres, 1967. Cfr. también P. D. Curtin (ed.), *Africa remembered: narratives by West Africans from the era of the slave trade,* Madison, 1967. Sobre la abolición, véase D. Eltis, *Economic growth and the ending of the transatlantic slave trade,* Nueva York, 1987.

Entre los estudios regionales sobre el impacto del comercio y su abolición, se encuentran: P. D. Curtin, *Economic change in precolonial Africa: Senegambia in the era of the slave trade,* 2 vols., Madison, 1975; J. F. Searing, *West African slavery and Atlantic commerce: the Senegal River Valley, 1700-1860,* Cambridge, 1993; R. L. Roberts, *Warriors, merchants, and slaves: the state and the economy in the Middle Niger valley, 1700-1914*, Stanford, 1987; W. Hawthorne, *Planting rice and harvesting slaves. Transformations along the Guinea-Bissau coast, 1400-1900,* Portsmouth, New Haven, 2002; R. Law, *The slave coast of West Africa 1550-1650*, Oxford, 1991; P. Manning, *Slavery, colonialism and economic growth in Dahomey, 1640-1960,* Cambridge, 1982; R. Law, *Ouida: the social history of a West African slaving 'port'; 1727-1892,* Atenas, Ohio, 2004 ; K. Y. Daaku, *Trade and politics on the Gold Coast 1600-1720*, Oxford, 1970; D. Northrup, *Trade without rulers: pre-colonial economic development in South-Eastern Ni-*

geria, Oxford, 1978; R. W. Harms, *River of wealth, river of sorrow,* New Haven, 1981, sobre los comerciantes bobangi y el magnífico libro de J. C. Miller, *Way of death: merchant capitalism and the Angolan slave trade 1730-1830*, Londres, 1988.

La obra de I. Wilks, *Asante in the nineteenth century,* Cambridge, 1989 (2.ª ed.), es otro estudio estupendo sobre un Estado africano. Cfr. también T. C. McCaskie, *State and society in precolonial Asante,* Cambridge, 1995; G. Austin, *Labour, land and capital in Ghana: from slavery to free labour in Asante, 1807-1956*, Rochester, Nueva York, 2004, y M. D. McLeod, *The Asante,* Londres, 1981. R. A. Kea, *Settlements, trade, and polities in the seventeenth-century Gold Coast,* Baltimore, 1982, trata sobre el periodo anterior a los asante. R. Law, *The Oyo Empire c. 1600-c. 1836,* Oxford, 1977, es otro estudio excelente que se basa en el compendio sobre tradiciones yoruba de S. Johnson, *The history of the Yorubas,* Londres, 1973 (reimpresión). Véase también P. C. Lloyd, *The political development of Yoruba kingdoms*, Londres; S. A. Akintoye, *Revolution and power politics in Yorubaland*, Londres, 1971, y T. Falola, *The political economy of a precolonial African state: Ibadan, 1830-1900*, Ile-Ife, 1984. Sobre Nigeria oriental, véase K. O. Dike, *Trade politics in the Niger Delta*, Oxford, 1956; A. J. H. Latham, *Old Calabar 1600-1891*, Oxford, 1973, y E. Isichei, *A history of the Igbo people,* Londres, 1976. Sobre África ecuatorial, véase la bibliografía recomendada para el cap. 5. R. M. Baum analiza las reacciones culturales y religiosas ante el tráfico de esclavos en *Shrines of the slave trade: Diola religion and society in precolonial Senegambia,* Nueva York, 1999, y J. M. Janzen, *Lemba, 1650-1930*, Nueva York, 1982.

Sobre el tema del cristianismo en el Congo, cfr. A. Hilton, *The kingdom of Kongo,* Oxford, 1985, y J. K. Thronton*, The Kongolese Saint Anthony: Dona Beatriz Kimpa Vita and the Antonian Movement, 1684-1706,* Cambridge, 1998, y el ameno *Diaire congolais* de Luca da Caltanisetta, Lovaina, 1970. El libro de J. F. A. Ajayi, *Christian missions in Nigeria 1841-1891*, Londres, 1965, es un clásico al igual que J. D. Y. Peel, *Religious encounter and the making of the Yoruba,* Bloomington, 2000.

Sobre la elite costera del siglo XIX, véase J. Peterson, *Province of freedom: a history of Sierra Leone, 1787-1870,* Londres, 1969; T. W. Shick, *Behold the promised land: A history of Afro-American settler society in nineteenth-century Liberia*, Baltimore, 1977; J. H. Kopytoff, *A preface to modern Nigeria,* Madison, 1965, y R. W. July, *The origins of modern African thought*, Londres, 1968. Probablemente, las obras más interesantes sean las de

D. Boilat, *Esquisses sénégalaises,* París, 1984 (reimpresión) J. A. Horton, *West African countries and peoples,* Edimburgo, 1969 (reimpresión), y la de E. W. Blyden, *Christianity, Islam and the Negro race,* Londres, 1887. Sobre el comercio, cfr. M. Lynn, *Commerce and economic change in West Africa,* Cambridge, 1997; K. Mann, *Marrying well,* Cambridge, 1985, describe la vida de la elite social, mientras que J. B. Webster, *The African churches among the Yoruba,* Oxford, 1964, y E. A. Ayandele, *Holy Johnson*, Londres, 1970, estudian el conflicto religioso.

Capítulo 8

Son fundamentales las siguientes obras: A. Raymond, *Artisans et commerçants au Caire au* XVIII*e siècle,* Damasco, 1973-1974, 2 vols., y L. Valensi, *On the eve of colonialism: North Africa before the French conquest,* Londres, 1977, y *Tunisian peasants in the eighteenth and nineteenth centuries*, Londres, 1985. A las enfermedades y la demografía hacen referencia L. Kuhnke, *Lives at risk: public health in nineteenth-century Egypt*, Berkeley, *c.* 1990, y N. E. Gallagher, *Medicine and power in Tunisia, 1780-1900*, Cambridge, 1983. M. W. Daly (ed.), *The Cambridge history of Egypt,* vol. II, Cambridge, 1998, cubre el periodo desde 1517. La biografía moderna más importante es la de A. L. al-Sayyid Marsot, *Egypt in the reign of Muhammad Ali,* Cambridge, 1984. El libro de E. Lane, *Manners and customs of the modern Egyptians,* Londres, 1966 (reimpresión) [*Maneras y costumbres de los modernos egipcios: una relación de las maneras y costumbres de los modernos egipcios escrita en Egipto durante los años 1833-1875*, Madrid, Ediciones Libertarias, 1993], es absorbente. Tanto K. M. Kuno, *The Pasha's peasants: land, society and economy in Lower Egypt, 1740-1858*, Cambridge, 1992, como K. Fahmy, *All the Pasha's men: mehmed Ali, his army and the making of modern Egypt*, Cambridge, 1997, se basan en datos recopilados en archivos egipcios recientemente abiertos al público. A. Schölch, *Egypt for the Egyptians!,* Londres, 1981, y J. R. I. Cole, *Colonialism and revolution In the Middle East: social and cultural origins of Egypts Urabi movement,* Princeton, 1993, cubren acontecimientos posteriores. C. C. Adams, *Islam and modernism in Egypt,* Londres, 1933, estudia la hermandad salafiyya, y E. D. Evans-Prichard, *The Sanusi of Cyrenaica,* Oxford, 1949, la principal hermandad libia. Sobre Túnez, véase K. J. Perkins, *A history of modern Tunisia,* Cambridge, 2004, y L. C. Brown, *The Tunisia of Ahmed Bey,* Princeton, 1974; J. Ruedy, *Modern Algeria,*

Bloomington, 1992, es una excelente introducción. Más detallado es R. Danziger, *Abd al-Qadir and the Algerians,* Nueva York, 1977. Cfr. el magnífico estudio de C. R. Pennell, *Morocco since 1830,* Londres, 2000. Magníficos igualmente son P. M. Holt, y M. W. Daly, *A history of the Sudan,* Londres, 1988 (4.ª ed.), que conviene complementar con R. S. O'Fahey y J. L. Spaulding, *Kingdoms of the Sudan,* Londres, 1974. R. Gray, *A history of the southern Sudan 1839-1889*, Londres, 1961; P. M. Holt, *The Mahdist state in the Sudan*, Oxford, 1977 (2.ª ed.); una vívida descripcion de una experiencia personal de los mahdiyya, en *The memoirs of Babikr Bedri: volume I,* Londres, 1969. B. Zewde, *A history of modern Ethiopia, 1855-1974*, Londres, 1991, es una buena introducción; más detalles en S. Rubenson, *King of kings Tewodros of Ethiopia,* Addis Abeba, 1966; Zewde Gabre-Sellassie, *Yohannes IV of Ethiopia,* Oxford, 1975; R. H. K. Darkwah, *Shewa, Menilek and the Ethiopian Empire,* Londres, 1975; y H. G. Marcus, *The life and times of Menelik II*, Oxford, 1975.

Una excelente introducción a la yihad de Sokoto en M. Hiskett, *The sword of truth: the life and times of the Shehu Usuman dan Fodio,* Nueva York, 1973. Buena parte del material no publicado o inaccesible se resume en el volumen II de *History of West Africa* de Ajayi y Crowder. Entre los estudios locales más importantes, cabe mencionar a Y. B. Usman, *The transformation of Katsina,* Zaria, 1981, y tres obras de M. G. Smith, *Government in Zazzau,* Londres, 1960; *The affairs of Daura,* Berkeley, 1978, y *Government in Kano, 1350-1950,* Boulder, 1997. También son fundamentales las obras de M. Last, *The Sokoto Caliphate*, Londres, 1967, y J. P. Smaldone, *Warfare in the Sokoto Caliphate,* Londres, 1977. P. E. Lovejoy, *Transformations in slavery,* Cambridge, 1983, cap. 9, describe la economía rural. Sobre la vida intelectual, cfr. F. Hodgkin (ed.), *Nigerian perspectives,* Londres, 1975 (2.ª ed.), y M. Hiskett, *A history of Hausa Islamic verse,* Londres, 1975, y B. B. Mack y J. Boyd, *One Woman's Jihad: Nana Asma'u, scholar and scribe,* Bloomington, 2000. A. H. Bâ y J. Daget, *L'empire peul du Macina*, Abiyán, 1984 (reimpresión), retrata las tradiciones con gran viveza. Sobre los tukulor, cfr. D. Robinson, *The holy war of Umar Tal,* Oxford, 1985. Magníficas crónicas de viajes son la de H. Barth, *Travels and discoveries in North and Central Africa,* Londres, 1965 (reimpresión en tres volúmenes), y G. Nachtigal, *Sahara and Sudan,* Londres, 1971-1987 (4 vols.).

T. R. H. Davenport, *South Africa: a modern history,* Londres, 1991 (4.ª ed.), es un excelente libro de texto. Más corto es el de N. Worden, *The*

making of modern South Africa, Oxford, 1994. La obra clásica sobre el conflicto de comienzos del siglo XIX entre los nguni es la de J. D. Omer-Cooper, *The Zulu aftermath,* Londres, 1966, que debería compararse con C. Hamilton (ed.), *The Mfecane aftermath,* Johannesburgo, 1995. Sobre los reinos resultantes, P. Bonner, *Kings, commoners and concessionaires,* Cambridge, 1983, acerca de los suazi; J. laband, *The rise and fall of the Zulu nation,* Londres, 1997; P. Delius, *The land belongs to us,* Londres, 1984, sobre los pedi; E. A. Eldredge, *A South African Kingdom,* Cambridge, 1993, sobre los soto; P. Scully, *Liberating the family?,* Portsmouth, New Haven, 1997, y N. Worden y C. Crais (eds.), *Breaking the chains,* Johannesburgo, 1994, tratan sobre la liberación de los escalvos; E. Elburne, *Blood ground. Colonialism, missions and the contest for Christianity in the Cape Colony and Britain, 1799-1853,* Montreal, 2002, se centra en la zona este de El Cabo. Sobre el Gran Trek, H. Giliomee, *The Afrikaners,* Ciudad del Cabo, 2003; T. Keegan, *Colonial South Africa and the origins of the racial order,* Londres, 1996, da una visión detallada de los acontecimientos de mediados del siglo XIX. Sobre la labor de los misioneros, cfr. R. Elphick y R. Davenport (eds.), *Christianity in South Africa,* Oxford, 1997; P. S. Landau, *The realm of the word,* Portsmouth, New Haven, 1995. Sobre el reino Kahma, M. McKittrich, *To dwell secure: generation, Christianity and colonisation in Ovambolandk, Portsmouth,* New Haven, 2002. y K. J. McCracken, *Politics and Christianity in Malawi 1875-1940*, Cambridge, 1977. J. B. Peires, *The dead will arise,* Johannesburgo, 1989, es un relato ameno sobre el sacrifico de ganado. Tanto C. Bundy, *The rise and fall of the South African peasantry,* Londres, 1979, como N. Etherington, *Preachers, peasants, and politics in southeast Africa,* Londres, 1978, describen la agricultura comercial africana. R. V. Turrell, *Capital and labour on the Kimberley diamond fields,* Cambridge, 1987, es un estudio global. Sobre las consecuencias políticas, cfr. F. A. van Jaarsveld, *The awakening of Afrikaner nationalism 1868-1881*, Ciudad del Cabo, 1961; T. R. H. Davenport, *The Afrikaner Bond,* Ciudad del Cabo, 1966, y J. V. Bickford-Smith, *Ethnic pride and racial prejudice in Victorian Cape Town,* Cambridge, 1995.

Sobre el aumento del comercio en África, cfr. E. A. Alpers, *Ivory and slaves in East Central Africa,* Londres, 1975; A. Sheriff, *Slaves, spices, and ivory in Zanzibar,* Londres, 1987; y R. Gray y D. Birmingham (eds.), *Pre-colonial African trade,* Londres, 1970. La sociedad costera se analiza en F. Cooper, *Plantations slavery on the east coast of Africa,* New Haven,

1977, y J. Glassman, *Feasts and riot: revelry, rebellion and popular consciousness on the Swahili Coast 1856-1888*, Portsmouth, New Haven, 1995. Sobre el impacto del comercio, véanse las monografías locales incluidas en el cap. 6, además de C. H. Ambler, *Kenyan communities in the age of imperialism,* New Haven, 1988; J. L. Giblin, *The politics of environmental control in northeastern Tanzania,* Filadelfia, 1992; J. Koponen, *People and production in late precolonial Tanzania,* Jyväskylä, 1988; Sobre experiencias personales, véase M. Wright (ed.), *Strategies of slaves and women*, Nueva York, 1993; y las memorias de Tippu Tip traducidas al inglés por W. H. Whiteley, aunque tituladas *Maisha ya Hamed bin Muhammed*, Dar es Salam, 1958-1959. Sobre Buganda, véase A. Oded, *Islam in Uganda*, Nueva York, 1974; D. A. Low, *Religion and society in Buganda 1875-1900*, Kampala (s.f.), y R. J. Reid, *Political power in pre-colonial Buganda,* Oxford, 2002. Sobre Ruanda y Burundi, cfr. E. Mworoha, *Peuples et rois de l'Afrique des lacs*, Dakar, 1977, y J. Vansina, *Antecedents to modern Rwanda,* Oxford, 2004.

Capítulo 9

El mejor estudio monográfico sobre la partición sigue siendo R. Robinson y J. Gallagher, *Africa and the Victorians,* Londres, 1981 (2.ª ed.). Para revisiones, véase A. S. Kanya-Forstner, *The conquest of the Western Sudan,* Cambridge, 1969; P. J. Cain y A. G. Hopkins, *British imperialism: innovation and expansion*, Londres, 1993, y H. L. Wesseling, *Divide and rule: The partition of Africa, 1880-1914*, Westport, 1996. Sobre Sudáfrica, véase A. N. Porter, *The origins of the South African war,* Mánchester, 1980. Sobre la tecnología, es importante el libro de T. Pakenham, *The scramble for Africa,* Londres, 1991, y *The Boer War,* Londres, 1979, de fácil lectura.

B. Vandervort, *Wars of imperial conquest in Africa, 1830-1914*, Londres, 1998, es una útil introducción. Estudios concretos en R. I. Rotberg y A. Mazrui (eds.), *Protest and power in black Africa,* Nueva York, 1970; M. Crowder (ed.), *West African resistance,* Londres, 1971; O. Ikime, *The fall of Nigeria,* Londres, 1977; T. S. Weiskel, *French colonial rule and the Baule peoples*, Oxford, 1980; I. H. Zulfo, *Karari: the Sudanese account of the Battle of Omdurman,* P. Clark (trad.), Londres, 1980; G. L. Caplan, *The elites of Barotseland,* Londres, 1970; J. A. Rowe, *Lugard at Kampala,* Kampala, 1969, y la extensa y fascinante obra de Y. Person, *Samori,* Dakar, 1968-1975 (3 vols.). El clásico estudio sobre la rebelión es el de T. O.

Ranger, *Revolt in Southern Rhodesia,* Londres, 1979 (2.ª ed.). Cfr. también G. Shepperson y T. Price, *Independent African: John Chilembwue and the Nyasaland native rising*, Edimburgo, 1958; M. Saul y P. Roger, *West African challenge to empire. Culture and history in the Volta-Bani anticolonial war,* Athens, Ohio, 2001, y R. Nzabakomada-Yakoma, *L'Afrique central insurgée: la guerre du Kongo-Wara (1929-1930),* París, 1986.

Puede que de lo mejor sobre el gobierno colonial sea el libro de W. B. Cohen, *Rulers of empire: the French colonial service in Africa,* Stanford, 1971. La contribución de R. Robinson al libro de R. Owen y B. Sutcliffe (eds.), *Studies in the theory of imperialism,* Londres, 1978, es un estudio general importante; al igual que el cap. 4 de B. Berman y J. Lonsdale, *Unhappy valley,* Londres, 1992. Sobre Lugard y el gobierno indirecto, véase su obra *The dual mandate in British tropical Africa,* Edimburgo, 1926 (3.ª ed.); M. Perham, *Lugard*, Londres, 1956-1960, 2 vols., y el estudio crítico de I. F. Nicolson, *The administration of Nigeria,* Oxford, 1969. Son estudios útiles, D. A. Low y R. C. Pratt, *Buganda and British overrule,* Nairobi, 1970 (reimpresión); B. Berman, *Control and crisis in colonial Kenya,* Londres, 1990; W. Tordoff, *Ashanti under the Prempehs,* Londres, 1965; J. A. Atanda, *The New Oyo Empire,* Londres, 1973; A. E. Afigbo, *The warrant chiefs,* Londres, 1972; y R. Anstey, *King Leopold's Congo,* Londres, 1962, y *King Leopold's legacy*, Londres, 1966. C. J. Gray, *Colonial rule and crisis in equatorial Africa: southern Gabon, ca. 1850-1940,* Rochester, Nueva York, 2002. Sobre derecho consuetudinario, véase M. Chanock, *Law, custom and social order,* Cambridge, 1985.

Sobre la abolición de la esclavitud, véase S. Miers y R. Roberts (eds.), *The end of slavery in Africa,* Madison, 1988; y P. E. Lovejoy y J. S. Hogendorn, *Slow death for slavery,* Cambridge, 1993, sobre el norte de Nigeria, y M. A. Kelin, *Slavery and colonial rule in French West Africa,* Cambridge, 1998.

La creación de las economías coloniales se analiza en R. L. Tignor, *Modernisation and British colonial rule in Egypt,* Princeton, 1966; J. Marseille, *Empire colonial et capitalisme français*, París, 1984; J. Ruedy, *Modern Algeria,* Bloomington, 1992; A. Phillips, *The enigma of colonialism: British policy in West Africa,* Londres, 1989; P. Hill, *Migrant cocoa-farmers of southern Ghana,* Cambridge, 1963; S. S. Berry, *Cocoa, custom, and socio-economic change in rural Western Nigeria,* Oxford, 1975; C. Coquery-Vidrovitch, *Le Congo au temps des grands compagnies concessionnaires,* París, 1972; G. Clarence-Smith, *The third Portuguese empire,* Mánchester, 1985; R. Palmer y N. Parsons

(eds.), *The roots of rural poverty in Central and Southern Africa*, Londres, 1977; G. Kitching, *Class and economic change in Kenya,* New Haven, 1980; P. Mosley, *The settler economies,* Cambridge, 1983. Es única la obra de L. White, *Magomero: portrait of an African village,* Cambridge, 1987, así como *Heart of darkness* de Joseph Conrad, Londres, 1899 [*El corazón de las tinieblas,* Península, Barcelona, 2007].

La obra de J. Iliffe, *The Africa poor,* Cambridge, 1987, contiene referencias a las hambrunas de comienzos del periodo colonial. Las enfermedades se estudian en G.W. Hartwig y K. D. Patterson (eds.), *Disease in African history,* N. C. Durham, 1978; R. Headrick, *Colonialism, health and illness in French equatorial Africa, 1885-1935,* Atlanta, 1994, y M. Vaughan, *Curing their ills,* Cambridge, 1991. El principal aunque difícil estudio sobre la enfermedad del sueño es el de J. Ford, *The role of the trypanosomiases in African ecology,* Oxford, 1971.Véase también M. Lyons, *The colonial disease,* Cambridge, 1992, y J. Bado, *Médicine colonial et grandes endémies en Afrique, 1900-1960*, París, 1996. La obra clave sobre demografía es la de B. Fatter (ed.), *Demography from scanty evidence,* Boulder, 1990. Un buen estudio aplicado es el de S. D. Doyle, *Crisis and decline in Bubyoro*, Oxford, 2006.

Capítulo 10

D. Brokensha, *Social change at Larteh, Ghana*, Oxford, 1966, y J. D.Y. Peel, *Ijeshas and Nigerians,* Cambridge, 1983, son estudios ejemplares sobre el cambio colonial; al igual que el libro de J. Berque, *French North Africa,* Londres, 1967, sobre la sociedad de los colonizadores. J. Kenyatta, *Facing Mount Kenya,* Londres, 1961 (reimpresión), es un clásico sobre la reacción africana.

Para ampliar conocimientos sobre temas económicos, léase la sección anterior, así como P. Richards, *Indigenous agricultural revolution,* Londres, 1985, y J. McCann, *Green land, brown land, black land: an environmental history of Africa, 1800-1990*, Portsmouth, NH, 1999. Sobre las ciudades, véase O'A. Connor, *The African city,* Londres, 1983; D. M. Anderson y R. Rathbone (eds.), *Africa's urban past,* Oxford, 2000. Los principales artículos sobre la depresión aparecieron en *African Economic History* 4, Madison, 1977. Sobre la reconstrucción de posguerra, véase D. K. Fieldhouse, *Black Africa 1945-1980*, Londres 1986; y P. Kilby, *Industrialization in an open economy: Nigeria 1945-1966*, Cambridge, 1969.

P. Foster, *Education and social change in Ghana,* Londres, 1965, es la mejor introducción al tema; como complemento, K. J. King, *Pan-Africanism and education,* Oxford, 1971; sobre la alfabetización, D. K. Peterson, *Cretaive writing,* portsmouth, NH, 2004; E. Obiechina, *An African popular literature,* Cambridge, 1973, donde se analizan los panfletos de Onitsha.

Los libros sobre la obra misionera se enumeran en la bibliografía de los caps. 7 y 8. Véase también R. Oliver, *The missionary factor in East Africa,* Londres, 1965 (2.ª ed.); J. V. Taylor, *The growth of the church in Buganda,* Londres, 1958; I. Linden, *Catholics, peasants, and Chewa resistance in Nyasaland,* Londres, 1974; G. M. Haliburton, *The prophet Harris,* Londres, 1971, y M. L. Martin, *Kimbangu,* Oxford, 1975. Entre la amplia bibliografía sobre las Iglesias independientes, véase D. B. Barrett, *Schism and renewal in Africa,* Nairobi, 1968; B. G. M. Sundkler, *Bantu prophets in South Africa,* Londres, 1961 (2.ª ed.), y *Zulu Zion,* Londres, 1976; K. E. Fields, *Revival and rebellion in colonial Central Africa,* Princeton, 1985, sobre el movimiento Watchtower; F. B. Welbourn, *East African rebels,* Londres, 1961; H. W. Turner, *African independent church,* Oxford, 1967, 2 vols.; J. D. Y. Peel, *Aladura,* Londres, 1968. Sobre el islam, véase T. G. O. Gbadamosi, *The growth of Islam among the Yoruba*, Londres, 1978; J. N. Paden, *Religion and political culture in Kano*, Berkeley, 1973; D. B. Cruise O'Brien, *The Mourides of Senegal,* Oxford, 1971, y A. H. Nimtz, *Islam and politics in East Africa,* Minneapolis, 1980. J. W. Fernández, *Bwiti,* Princeton, 1982, es una obra maestra.

M. W. Daly (ed.), *The Cambridge history of Egypt: Volume II,* Cambridge, 1998, contiene caps. sobre los inicios del nacionalismo. R. le Tourneau, *Evolution politique de l'Afrique du Nord musulmane 1920-1961,* París, 1962, sigue siendo una introducción valiosa, al igual que Bahru Zewde, *Pioneers of change in Ethiopia: the reformist intellectuals of the early twentieth century,* Oxford, 2002, contiene mucho material novedoso. Sobre la identidad étnica, véase L. Vail (ed.), *The creation of tribalism in southern Africa,* Londres, 1989, y B. Verman, D. Eyoh y W. Kymlicka (eds.), *Ethnivity and democracy in Africa,* Oxford, 2004. Entre las numerosas obras dedicadas a los comienzos de la política moderna, se encuentran: G. W. Johnson, *The emergence of black politics in Senegal,* Stanford, 1971; J. S. Coleman, *Nigeria: background to nationalism,* Berkeley, 1958; T. O. Ranger (ed.), *The African voice in southern Rhodesia,* Londres, 1970; R. I. Rotberg, *The rise of nationalism in Central Africa,* Cambridge,

Massachusetts, 1965; J. Iliffe, *A modern history of Tanganyika,* Cambridge, 1979; D. A. Low (ed.), *The mind of Buganda,* Londres, 1971; D. E. Apter, *The political kingdom in Uganda,* Princeton, 1967 (2.ª ed.) y las lecturas recomendadas en el cap. 11.

Las relaciones intergeneracionales y de género se tratan en M. Wilson, *For men and elders,* Londres, 1977, sobre Tanzania; C. Meillassoux, *Anthropologie économique des Gouro de Côte d'Ivoire,* París, 1974 (3.ª ed.); S. Botman, *Engendering citizenship in Egypt,* Nueva York, 1999; J. Alman, S. Geiger y N. Musisi (eds.), *Women in African colonial histories,* Bloomington, 2002; J. Allman y V. Tashjina, «*I will not eat stone»: a women's history of colonial Asante,* portsmouth, Nh, 2000; C. C. Robertson, *Sharing the same bowl: women and class in Accra,* Bloomington, 1984; C. Obbo, *African women,* Londres 1980; L. White, *The comforts for home: prostitution in colonial Nairobi,* Chicago, 1990; y H. L. Moore y M. Vaughan, *Cutting down trees: gender, nutrition, and agricultural change in the Northern Province of Zambia, 1890-1990*, Londres, 1994.

Las obras sobre hambrunas, enfermedades y demografía se enumeran en la bibliografía para los caps. 9 y 11.

Capítulo 11

Entre los estudios de este periodo, cabe mencionar a F. Cooper, *Africa since 1940: The past of the present,* Cambridge, 2002, y P. Ungent, *Africa since independence: a comprarative history,* Basingstoke, 2004.

Una excelente introducción al cambio demográfico moderno es la del Banco Mundial, *Population growth and policies in sub-Saharan Africa,* Washington, 1986. Otros estudios importantes son: R. J. Lesthaeghe (ed.), *Reproduction and social organization in sub-Saharan Africa*, Berkeley, 1989; E. van de Walle, G. Pison y M. Sala-Diakanda (eds.), *Mortality and society in sub-Saharan Africa,* Oxford, 1992; H. J. Page y R. Lesthaeghe (eds.), *Child spacing in tropical Africa,* Londres, 1981, y R. Cassen *et al., Population and development,* New Brunswick, 1994, que hablan del impacto económico. Sobre la salud, véase R. G. Feachem y D. T. Jamison (eds.), *Disease and mortality in sub-Saharan Africa,* Washington, 1991.

J. D. Hardgreaves, *Decolonization in Africa,* Londres, 1988, es un buen resumen, pero como mejor se estudia es recurriendo a las colecciones de documentos oficiales británicas. S. R. Ahston y S. E. Stoc-

kwell (eds.), *Imperial policiy and colonial practice, 1925-1945,* 2 vols., Londres, 1996; R. Hyam (ed.), *The labour government and the end of empire, 1945-1951* (4 vols.), Londres, 1992; D. Goldsworthy (ed.), *The conservative government and the end of empire, 1951-1957,* 3 vols., Londres, 1994; R. Rathbone (ed.), *Ghana,* 2 vols., Londres, 1992; D. H. Johnson (ed.), *Sudan,* 2 vols., Londres, 1998; M. Lynn (ed.), *Nigeria,* 2 vols., Londres, 2001, y J. M. Lonsdale y D. W. Throup (eds.), *Kenya,* 3 vols., en prensa. Para comparar, véase T. Chafer, *The end of empire in French West Africa,* Oxford, 2002.

Los mejores estudios generales sobre nacionalismo son T. Hodgkin, *African political parties,* Harmondsworth, 1961, y A. Zolberg, *Creating political order,* Chicago, 1966. Entre los estudios monográficos, se encuentran C. H. Moore, *Tunisia since independence,* Berkeley, 1965; R. S. Morgenthau, *Political parties in French-speaking West Africa,* Oxford, 1964; A. Zolberg, *One-party government in the Ivory Coast,* Princeton, 1964; J. R. Cartwright, *Politics in Sierra Leone, 1947-1967,* Toronto, 1970; D. Austin, *Politics in Ghana,* Londres, 1964; R. L. Sklar, *Nigerian political parties*, Princeton, 1963; R. A. Joseph, *Radical nationalism in Cameroun*, Oxford, 1977; F. Bernault, *Démocraties ambiguës en Afrique Centrale. Congo-Brazzaville, gabon, 1940-1965,* París, 1996. C. Young, *Politics in the Congo,* Princeton, 1965; J. Marcum, *The Angolan revolution,* Cambridge, Massachusetts, 1969-1978, 2 vols.; S. Geiger, *TANU women,* Portsmouth, 1997 y D. A. Low, *Political parties in Uganda*, Londres, 1962. Sobre la guerra de Zimbabue, véase T. O. Ranger, *Peasant consciousness and guerrilla war in Zimbabwe,* Londres, 1985; D. Lan, *Guns and rain*, Londres, 1985; y N. J. Kriger, *Zimbabwe's guerrilla war,* Cambridge, 1992. D. Anderson, *Histories of the Hanged*, Londres, 2005, es interesante por su análisis del origen del Mau Mau, que B. Berman y Lonsdale, *Unhappy Valley*, Londres, 1992, caps. 11 y 12, analizan en profundidad. Sobre relatos personales, véase K. Nkrumah, *Ghana,* Edimburgo, 1957; O. Odinga, *Not yet uhuru,* Londres, 1967; A. Cabral, *Revolution in Guinea,* Londres, 1971 (edición revisada); y la biografía de A. Adelabu escrita por K. W. J. Post y G. D. Jenkins, *The price of liberty,* Cambridge, 1973. Cfr. L. de Witte, *The assassination of Lumumba,* Londres, 2001, reconstruye este destacado suceso.

Los mejores estudios sobre la política posterior a la independencia son: D. K. Fieldhouse, *Black Africa, 1945-1980*, Londres, 1986; y T. Killick, *Development economics in action,* Londres, 1978, que resulta exce-

lente para Ghana. Sobre Tanzania, véase A. Coulson, *Tanzania: a political economy*, Oxford, 1982; y los escritos de J. K. Nyerere, especialmente *Freedom and unity,* Dar es Salam, 1966, y *Freedom and socialism,* Dar es Salam, 1968 [*Socialismo, democracia y unidad*, Bilbao, Zero, 1972]. J. Rapley, *Ivoirien capitalism,* Boulder, 1993, ofrece un valioso punto de vista, como T. Forrest, *Politics and economic development in Nigeria*, Boulder, 1995, analiza las estrategias capitalistas. Sobre el norte de África, R. Mabro, *The Egyptian economy 1952–1972*, Oxford, 1974; y M. Bennoune, *The making of contemporary Algeria,* Cambridge, 1988, son buenos estudios monográficos que se pueden complementar con G. A. Nasser, *Egypt's liberation*, Washington, 1955; J. Waterbury, *The Egypt of Nasser and Sadat*, Princeton, 1983. El libro de R. H. Bates, *Markets and States in tropical Africa,* Berkeley, 1981, hace énfasis en el carácter político de las cuestiones económicas.

El análisis más incisivo de la política africana reciente es el de J.-F. Bayart, *The state in Africa,* traducción al inglés de M. Harper, C. Harrison y E. Harrison, Londres, 1993, y *L'état au Cameroun,* París, 1979. T. M. Callaghy, *The state-society struggle: Zaire in comparative perspective,* Nueva York, 1984, y R. J. Rathbone, *Nkrumah and the Chiefs,* Oxford, 2000, que analiza las luchas por el control. Sobre el fracaso económico incluimos: P. Woodward, *Sudan, 1898-1989,* Boulder, 1990; R. Buijtenhuijs, *Le Frolinat et les révoltes populaires du Tchad,* La Haya, 1978; C. Geffray, *La cause des armes au Mozambique,* París, 1990; Nigeria ha derrotado a todos, pero cfr. E. E. Osaghae, *Kcrippled giant: Nigeria since independence,* Londres, 1998, y J. St. Jorre, *The Nigerian Civil War,* Londres, 1972; C. Clapman, *Africa and the international system,* Cambridge, 1996, ofrece el contexto esencial.

D. Siddle y K. Swindell, *Rural change in tropical Africa,* Oxford, 1990, es una lúcida introducción. El principal estudio sobre producción y hambre es J. Drèze y A. Sen, *The political economy of hunger,* Oxford, 1990-1991, 3 vols.; S. Devereaux y S. Maxwell (eds.), *Food security in Sub-Saharan Africa,* Londres, 2001; M. J. Watts, *Silent violence: food, famine, and peasantry in northern Nigeria*, Berkeley, 1983, y A. de Waal, *Famine that kills: Darfur, Sudan, 1984-1985,* Oxford, 1989, y *Famine crimes: politics and the disaster of relief industry in Africa,* Oxford, 1997. M. Leach y R. Merans (eds.), *The lie of the land,* Londres, 1996, es una excelente introducción al volumen creciente de libros que se escriben sobre la historia medioambiental de África.

Capítulo 12

T. R. H. Davenport, *South Africa: a modern history,* Londres, 2000, (5.ª ed.), resulta una buena introducción, y C. H. Feldstein, *An economic history of South Africa,* Cambridge, 2005, un estudio excelente. Sobre la revuelta Rand, véase K. Krikler, *White rising,* Mánchester, 2005, y D. Yudelman, *The emergence of modern South Africa,* Westport, 1983, que estudia el control estatal. C. van Onselen, *Studies in the social and economic history of the Witwatersrand*, Harlow, 1982, 2 vols., analiza las consecuencias sociales. Sobre la emigración laboral y su impacto, véase F. Wilson, *Labour in the South African gold mines 1911-1969,* Cambridge, 1972; C. Murray, *Families divided,* Cambridge, 1981; P. Harries, *Work, culture and identity: migrant laborers in Mozambique and South Africa, 1860-1910,* Johannesburgo, 1994; R. M. Packard, *White plague, black labour, tuberculosis in South Africa,* Pietermaritzburg, 1989, y T. D. Moodie y V. Ndatshe, *Going for gold mines. Men and migration*, Berkeley, 1994.

Sobre la agricultura, véase T. J. Keegan, *Rural transformations in industrialising South Africa,* Basingstoke, 1987, y H. Bradford, *A taste of freedom: the* ICU *in rural South Africa 1924-1930*, New Haven, 1987; C. van Onselen, *The seed is mine. The life of Kas Maine, a South African sharecropper 1894-1985,* Nueva York, 1996, y S. T. Plaatje, *Native life in South Africa,* Harlow, 1987, que contiene una crítica virulenta.

La magistral biografía de W. K. Hancock, *Smuts,* Cambridge, 1962-1966, 2 vols., es el mejor relato sobre la Unión y la política blanca. Véase también L. M. Thompson, *The unification of South Africa,* Oxford, 1960. De la segregación racial se hace un estudio pormenorizado en J. W. Cell, *The highest stage of white supremacy,* Cambridge, 1982; y en S. Dubow, *Racial Segregation and the origins of apartheid,* Basingstoke, 1989. Sobre el nacionalismo de entreguerras, véase D. O'Meara, *Volkskapitalisme,* Cambridge, 1983. La política mestiza se describe en I. Goldin, *Making race,* Londres, 1987; la política india en M. Swan, *Gandhi: the South African experience,* Johannesburgo, 1985; y los orígenes políticos de los africanos modernos, en A. Odendaal, *Vukani Bantu!,* Ciudad del Cabo, 1984; P. Walshe, *The rise of African nationalism in South Africa,* Londres, 1970; y el innovador W. Beinart y C. Bundy, *Hidden struggles in rural South Africa,* Londres, 1987. S. Dubow, *The African National Congress,* es un buen resumen. Las fuentes se encuentran en T. Karis, G. M. Carter y G. M. Gerhart (eds.), *From protest to challenge: a documentary*

history of African politics in South Africa 1882-1964, Stanford-Pretoria, 1972-1997, (5 vols.). Sobre las poblaciones de entreguerras, véase E. Hellmann, *Rooiyard,* Ciudad del Cabo, 1948; E. Mphahlele, *Down Second Avenue,* Londres, 1959; y D. Coplan, *In township tonight: South Africa's black city music and theatre,* Londres, 1985. G. M. Gerhart, *Black power in South Africa,* Berkeley, 1978, describe la Liga Juvenil.

Lo mejor sobre los orígenes y el hundimiento del *apartheid* es H. Giliomee, *The Afrikaners,* Ciudad del Cabo, 2003; también D. Posel, *The making of apartheid,* Oxford, 1991, e I. Evans, *Bureaucracy and race: native administration in South Africa,* Berkeley, 1997. La destrucción de Sophiatown dio lugar al interesante libro de T. Huddleston, *Naught for your comfort,* Londres, 1956. Es excelente el libro de T. Lodge, *Black politics in South Africa since 1945,* Londres, 1983, pero lo esencial es la delicada autobiografía de Mandela, *Long walk to freedom*, Londres, 1994 [*El largo camino hacia la libertad*, Anagrama, 2007]. Sobre el PAC, véase B. Pogrund, *Sobukwe and apartheid,* Londres, 1990.

T. Moll analiza el crecimiento económico tras 1945 en N. Nattrass y E. Ardington (eds.), *The political economy of South Africa,* Ciudad del Cabo, 1990. Sobre el reasentamiento, véase L. Platzky y C. Walker, *The surplus people,* Johannesburgo, 1985. F. Wilson y M. Ramphele, *Uprooting poverty: the South African challenge,* Nueva York, 1989, resume un importante proyecto de investigación. S. B. Greenberg, *Legitimating the illegitimate,* Berkeley, 1987, analiza la desintegración del *apartheid,* y J. Lelyveld la describe con brillantez en *Move your shadow,* Londres, 1986. S. Biko, *I write what I like,* Oxford, 1978, explica el movimiento Conciencia Negra (Black Consciousness). La cultura de la juventud se analiza en C. Blaser, *Bo-Tsotsi: the youth gangs of Soweto, 1935-1976,* Portsmouth, 2000; A. Brooks y J. Brickhill, *Whirlwind before the storm,* Londres, 1980, describe el levantamiento de Soweto. C. Hermer (ed.), *The diary of Maria Tholo,* Johannesburgo, 1992, constituye un vivo relato de primera mano. La revuelta de los poblados de 1984 dio lugar a dos esclarecedores estudios sobre la violencia: G. Straker, *Faces in the revolution,* Johannesburgo, 1992; y B. Bozzoli, *Thetras of struggle and the end of apartheid,* Johannesburgo, 2004; El Informe de la Comision para el Esclarecimiento de la Verdad y la Reconciliación (5 vols., Ciudad del Cabo, 1998) resume un montón de datos. Sobre las negociaciones finales, cfr. P. Waldmeier, *Anatomy of a miracle,* Londres, 1997, y A. Sparks, *Tomorrow is another country,* Londres, 1999; F. W. de Klerk, *The last trek – a new beginning,* Londres, 1998, da su propia versión.

Capítulo 13

El cap. 11 contiene muchos títulos relevantes también en este apartado.

Los ajustes estructurales comenzaron con Banco Mundial, *Accelerated development in sub-saharan Africa: an agenda for action,* Washington, 1981. Una panorámica general del proceso de implementación y las reacciones en T. M. Callaghan y J. Ravenhill (eds.), *Hemmed in: responses to Africa's economic decline,* Nueva York, 1993, y N. van de Walle, *African economies and the politics of permanent crisis, 1979-1999,* Cambridge, 2000. Estudios regionales en E. Hutchuld, *Ghana's adjustment experience; the paradox of reform,* Ginebra, 2002; R. Reinkka y P. Collier (eds.), *Uganda's recovery,* washington, 2001, y E. C. Murphy, *Economic and political change in Tunisia: from Bourguiba to Ben Ali,* Basisngstoke, 1999. Sobre Sudáfrica, cfr. W. M. Gumede, *Thabo Mbeki and the battle for the soul of the ANC,* Ciudad del Cabo, 2000. Las estadísticas e ideas internacionales aparecen en el anuario del Banco Mundial, *World development report,* Nueva York.

D. Rothchild y N. Chazan (eds.), *The precarious balance,* Boulder, 1988, analizan la contracción del Estado. Datos esenciales en Banco Mundial, *Education in sub-Saharan Africa,* Washington, 1988, *World development report 1993: investing in health*, Nueva York, 1993, y *World development report 2000/2001: atacking poverty,* Nueva York, 2001. J. Ferguson, *Expectations of modernity. Myths and meanings of urban life on the Zambian Copperbelt,* Berkeley, 1999. Existen dos estudios muy concienzudos de A. M. Tripp, *Changing the rules: the politics of liberalization and the urban informal economy in Tanzania,* Berkeley, 1997, y *Women and politics in Uganda,* Oxford, 2000. Sobre la identidad étnica, cfr. B. Berman, D. Eyoh y W. Kymlicks (eds.), *Ethnicity and democracy in Africa,* Oxford, 2004; K. R. Hope Sr. y B. C. Chikudo (eds.), *Corruption and development in Africa: lessons from country case-studies,* Basingstoke, 2000, es una buena introducción.

La literatura sobre el cristianismo del siglo XX se ha centrado, sobre todo, en el pentecostalismo. B. Meyer, *Translating the Devil: religion and modernity among the Ewe in Ghana,* Edimburgo, 1999, es una obra magnífica. Cfr. también R. I. J. Hackett (ed.), *New religious movements in Nigeria*, Lewiston, Nueva York, 1987, y P. Gifford, *Christianity and politics in Doe's Liberia*, Cambridge, 1993, y *Ghana's new Christianity: pentecostalism in a globalising African economy,* Londres, 2004. S. Ellis y G. ter Haar,

Worlds of power: religious thought and political practice in Africa, Londres, 2004, señala la importancia de la religión para las culturas africanas, al Igual que J. Tonda, *La guérison divine en Afrique centrale (Congo, Gabon)*, París, 2002. Sobre la brujería, cfr. P. Geschiere, *The modernity of witchcraft. Politics and the occult in postcolonial Africa,* Charlottesville, 1997, y A. Ashfort, *Witchcraft, violence and democracy in South Africa*, Chicago, 2005. M. C. Diop (ed.), *Le Sénegal comtemporaine,* París, 2002, contiene caps. fascinantes sobre la cultura popular.

M. Bratton y N. van de Walle, *Democratic experiments in Africa: regime transitions in comparative perspective*, Cambridge, 1997, ofrece una panorámica de la democratización, pero el mejor análisis es el de R. Banégas, *La democratie à pas de camêlêon: transition et imaginaires politiques au Bênin,* París, 2003. Entre los estudios regionales, cabe mencionar: F. Grignon y G. Prunier (eds.), *Le Kenya contemporaine,* París, 1998; D. W. Throup y C. Hornsby, *Multi-party politics in Kenya: the Kenyatta and Moi states and the triumph of the system in the 1992 election,* Oxford, 1998, y R. Bazenguissa-Ganga, *Les voies du politique au Congo,* París, 1997. K Musenevi, *Sowing the mustard seed: the struggle for freedom and democracy in Uganda,* Londres, 1997, es la autobiografía de una figura clave.

R. P. Mitchell, *The Society of the Muslim Brothers,* Londres, 1969, busca los orígenes del fundamentalismo islámico. La obra más influyente de Sayyid Qutb fue *Milestones.* La mejor introducción al fundamentalismo en el Magreb es F. Burgat y W Dowell, *The Islamic movement in North Africa*, 2.ª ed., Austin, Texas, 1997. Sobre la sociología, cfr. S. Ismail, *Rethinking Islamist politics: culture, the state and Islamism,* Londres, 2003. Sobre Túnez y Marruecos, cfr. Murphy, *Economic and political change in Tunisia,* y J. Ruedy (ed.), *Islamism and secularism in North Africa,* Basingstoke, 1994. A. de Waal (ed.), *Islamism and its enemies in the Horn of Africa,* Londres, 2004, trata de Sudán. Sobre Argelia hay muchas obras: H. Roberts, *The battlefiled Algeria 1988-2002: studies in a broken polity,* Londres, 2003; M. Willis, *The Islamist challenge in Algeria: a political history*, Reading, 1996, y L. Martínez, *The Algerian Civil War*, Londres, 2000. Sobre Izala, cfr. O. Kane, *Muslim modernity in postcolonial Nigeria,* Leiden, 2003.

La Revolución etíope está muy bien descrita en F. Halliday y M. Molyneux, *The Ethiopian Revolution,* Londres, 1981; C. Clapham, *Transformation and continuity in revolutionary Ethiopia,* Cambridge, 1988; J. Young, *Peasant revolution in Ethiopia: the Tigray's People Liberation Front, 1975-1991,* Cambridge, 1997; D. Donham, *Marxist modern: an ethnogra-*

phic history of the Ethiopian Revolution, Berkeley, 1999; Dawit Wolde Giorgis, *Red tears: socialism and after,* Oxford, 2002. Los movimientos más destructivos están muy bien descritos en C. Clapham (ed.), *African guerrillas,* Oxford, 1998; S. E. Hutchinson, *Nuer dilemmas: coping with money, war and the state,* Berkeley, 1996, sobre Sudán. S. Ellis, *The mask of anarchy: the destruction of Liberia and the religious dimension of an African Civil War,* Londres, 1999; P. Richards, *Fighting for the rain forest: war, youth and resources in Sierra Leone,* Oxford, 1996; L.W. Zartmann (ed.), *Collapsed states: the desintegration and restoration of legitimate authority,* Boulder, 1995.

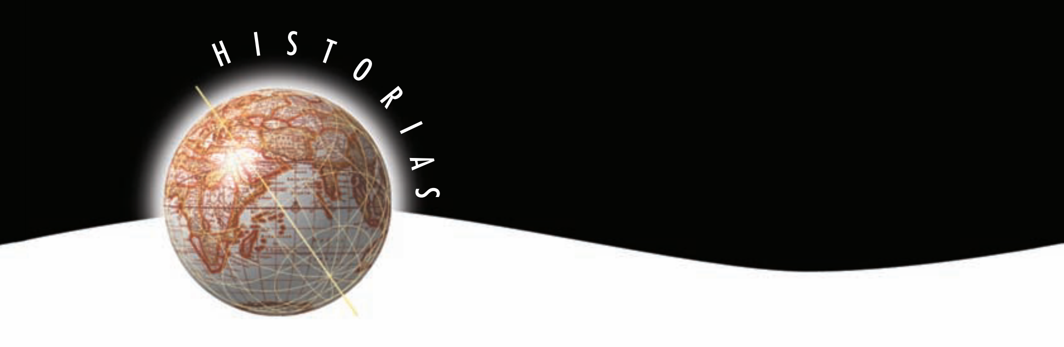
El mejor análisis del genocidio de Ruanda es el de M. Mann, *The dark side of democracy: explaining ethnic cleansing,* Cambridge, 2005, que aporta detalles sobre páginas web relevantes. Para el trasfondo, J. Vansina, *Antecedents to modern Ruanda*, Oxford, 2004, es esencial. Véase también G. Prunier, *The Rwanda crisis 1959-1994*, Londres, 1995; M. Mamdani, *When victims become killers: colonialism, nativism and the genocide in Rwanda,* Kampala, 2001. También son interesantes los testimonios recopilados por African Rights, *Rwanda. Death, despair and defiance,* Londres, 1994, y ediciones posteriores. R. Dallaire, *Shake hands with the devil: the failure of humanity in Rwanda,* Londres, 2004, es el relato que hiciera el comandante de las Naciones Unidas de sus experiencias personales. Sobre Burundi, cfr. R. Lemarchand, *Burundi: ethnocide as discours and practice,* Cambridge, 1994; M. Nest, F. grignon y E. F. Kisangani, *The Democratic Republic of Congo: economic dimensions of war and peace,* Colorado, 2006, es un análisis muy lúcido de las guerras congoleñas. *Africa south of the Sahara* y *The Middle East and North Africa,* son publicaciones londinenses anuales de Europa Publications que narran hasta el presente.

Sobre el declive de la fertilidad, cfr. los artículos citados en las notas. Mi relato sobre el sida se basa en J. Iliffe, *The African AIDS epidemic: a history*, Oxford, 2006, que contiene una bilbiografía. Se puede empezar por el «Report on the global AIDS epidemic», un informe bianual, o el «AIDS epidemic update», que es anual y aparece en la página web de ONUSIDA: http//www.unaids.org.

Índice de mapas y tablas

Índice onomástico

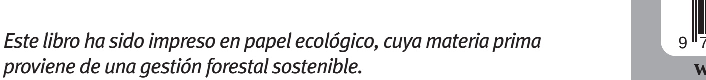
Índice general



En este completísimo estudio de África, John Iliffe analiza la historia del continente desde una nueva perspectiva que abarca desde los orígenes de la humanidad hasta los tiempos del sida. *África. Historia de un continente* se centra en la historia de los pueblos que la habitan y en la grave crisis medioambiental que atraviesa. Los africanos, pioneros en la lucha contra la enfermedad y contra la naturaleza, crearon instituciones sociales, económicas y políticas diseñadas para asegurar la supervivencia de sus pueblos. Sin embargo, con la ayuda de la medicina moderna y otras innovaciones del siglo XX, esas instituciones han dado lugar al crecimiento demográfico más rápido que haya conocido la humanidad. Iliffe analiza la historia de este continente de forma unitaria, reconstruyendo los vínculos existentes entre los africanos actuales y sus más remotos ancestros.

JOHN ILIFFE, exprofesor de Historia de África en la Universidad de Cambridge y miembro del St. John's College, ha escrito diversos libros sobre África, entre ellos *A Modern History of Tanganika* y *The African Poor: A History,* obra por la que obtuvo el premio Herskovits, concedido por la Asociación de Estudios Africanos de los Estados Unidos.






ISBN 978-84-460-3775-0
9 788446 037750

www.akal.com